



NOVELISTAS

V. MUSE

LOS MUSEOS DE LA CIUDAD DE MEXICO

4

PQ2286

.M5

S6

1901

V.4

H 895



1020016685



Núm. Clas. N
Núm. Autor. H895m
Núm. Adq. 30373
Procedencia 1
Lugar
Fecha
Clasific. SR
Catálogo

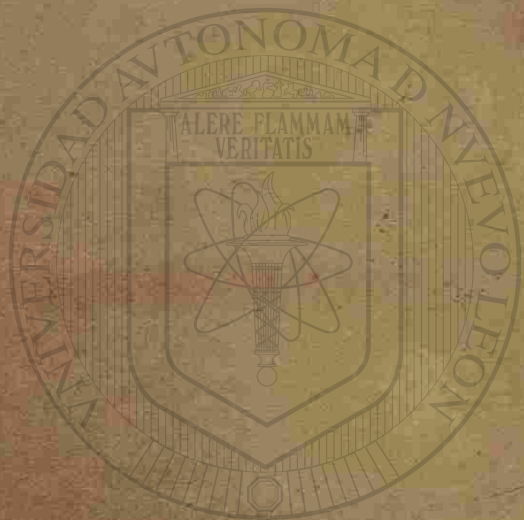
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



52



CUARTA PARTE

EL IDILIO EN LA CALLE PLUMET

LA EPOPEYA EN LA CALLE SAINT-DENIS



ACERVO DE LITERATURA

115652

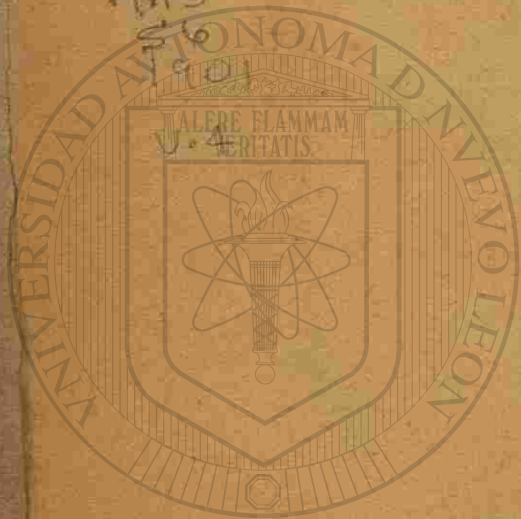
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



30373

PQ 2286

M5



LIBRO PRIMERO

ALGUNAS PÁGINAS DE HISTORIA

UANL

BIEN CORTADO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1831 y 1832, los dos años que siguieron inmediatamente a la revolución de Julio, son uno de los periodos más sorprendentes y singulares de la historia. Aquellos dos años, en medio de los que los preceden y de los que los siguen, aparecen semejantes a dos montañas. Son grandes, con toda la grandeza revolucionaria; y en aquel espacio se distinguen precipicios. Las masas sociales, los mismos basamentos de la civilización, el grupo sólido de los intereses sobrepuestos y adherentes, los rasgos y perfiles seculares de la antigua formación francesa, aparecen allí y desaparecen a cada instante, en medio de las tempestuosas nubes,

de sistemas, de pasiones y de teorías. Estas apariciones y estas desapariciones recibieron el nombre de resistencia y de movimiento. Por intervalos, vese allí lucir la verdad que es la luz del alma humana.

Hállase aquella época notable bastante circunscrita y principia ya á alejarse de nosotros lo suficiente, para que podamos apreciar desde ahora sus principales lineamientos.

Vamos pues á tratar de hacerlo.

La restauracion habia sido una de esas fases intermedias difíciles de definir, en que hay ya fatiga, zumbidos, murmulos, sueño, tumulto, y que no son otra cosa que la llegada de una gran nacion á una etapa. Estas épocas son singulares y engañan á los políticos que quieren explotarlas. Al principio, la nacion no pide sino reposo; no se siente sino una sed, la sed de la paz; una ambicion, ser pequeño. Lo que equivale á la traduccion de permanecer tranquilo. Grandes sucesos, grandes azares, grandes aventuras, grandes hombres, se han visto bastante, gracias á Dios, se han visto hasta la saciedad. Dariase de buena gana á César por Prusias y á Napoleon por el rey de Yvetot. « ¡Qué buen reyecito era este! » Se ha estado en marcha desde el amanecer, y se halla uno en la noche de una jornada larga y ruda, se ha hecho la primera parada con Mirabeau, la segunda con Robespierre, la tercera con Bonaparte, y se encuentra uno derrengado. Cada una de esas paradas de posta pide un lecho.

Las abnegaciones cansadas, los heroísmos envejecidos, las ambiciones repletas, las fortunas labradas, buscan, reclaman, imploran, solicitan, ¿qué? un albergue. Ya letifican. Toman posesion de la paz, de la tranquilidad, del ocio; vedlos ya contentos. Sin embargo, al mismo tiempo surgen ciertos hechos, se dan á conocer, y á su vez llaman ellos tambien á la puerta. Estos hechos han emanado de las

revoluciones y de las guerras, existen, viven, tienen derecho á instalarse en la sociedad, y se instalan; y casi siempre los hechos son como los sargentos y los cabos furrieres, que no hacen más que preparar el alojamiento á los principios.

Y entónces hé aquí lo que aparece á los filósofos políticos.

Al mismo tiempo que los hombres fatigados piden reposo, los hechos consumados piden garantías. Las garantías para los hechos son lo mismo que el reposo para los hombres.

Es lo que la Inglaterra pedia á los Stuardos despues del protector; lo que la Francia pedia á los Borbones despues del imperio.

Estas garantías son una necesidad de los tiempos. Preciso es concederlas. Los príncipes las « otorgan, » pero en realidad es la fuerza de las cosas la que las da. Verdad profunda y útil de saber, pero que ignoraron completamente los Stuardos en 1662, y que no vislumbraron siquiera los Borbones en 1814.

La familia predestinada que volvió á Francia cuando fué derrocado Napoleon, tuvo la fatal simpleza de creer que era ella la que daba, y que lo que ella daba podía quitarlo cuando se la antojara; que la casa de Borbon poseia el derecho divino, que la Francia no poseia nada; y que el derecho político concedido en la Carta de Luis XVIII no era otra cosa que una emanacion, un destello, una rama del derecho divino, rama desprendida por la casa de Borbon y graciosamente entregada al pueblo hasta el dia en que pluguiera al rey volverse á apoderar de ella. Sin embargo, por el pesar y el disgusto que este don la causaba, la casa de Borbon habria debido notar que no provenia de ella.

Mostróse huraña y descontenta con el siglo diez y nueve, poniendo siempre mala cara á cada síntoma de dilatacion

y de progreso en el pueblo. Para servirnos de una palabra trivial, es decir, popular y exacta, reclinó: y el pueblo se apercibió de ello.

Creyó ella que tenía fuerza, porque el imperio había sido arrebatado en su presencia como un bastidor de teatro. Pero no observó que ella á su vez había sido arrebatada de la misma manera. No vió que ella también se hallaba á merced de aquella misma mano que había suprimido á Napoleón.

Creyó que tenía raíces, porque ella representaba el tiempo pasado. Pero se engañaba: formaba parte del pasado, pero todo el pasado era la Francia. Las raíces de la sociedad francesa no estaban en los Borbones, sino en la nación. Aquellas raíces oscuras y vivaces no constituían el derecho de una familia, sino la historia de un pueblo. Se hallaban en todas partes, excepto bajo el trono.

La casa de Borbon era para la Francia el lazo ilustre y sangriento de su historia, pero no era ya el elemento principal de sus destinos y la base necesaria de su política. Podía la nación pasarse sin los Borbones, se había pasado sin ellos veintidos años; había habido solución de continuidad; pero ellos no lo creían, ni lo veían. ¿Y cómo habían de verlo, ellos que se figuraban que Luis XVII reinaba el 9 thermidor, y que Luis XVIII reinaba en la jornada de Marengo? Jamás, desde el origen de la historia, habían sido los príncipes tan ciegos en presencia de los hechos y de la porción de autoridad divina que los hechos contienen y promuegan. Jamás esa pretensión de abajo que se llama el derecho de los reyes había negado hasta tal punto el derecho de arriba.

Error capital que condujo á aquella familia á poner la mano en las garantías « otorgadas » en 1814, en las concesiones, como ella las calificaba. ¡Cosa triste en verdad! lo que ella apellidaba sus concesiones, eran nuestras con-

quistas; lo que llamaba nuestras usurpaciones, eran nuestros derechos.

Cuando la pareció llegada la hora, la restauración, creyéndose victoriosa de Bonaparte y arraigada en el país, es decir creyéndose fuerte y profunda, tomó bruscamente el partido de arriesgar su golpe de mano. Una mañana levantó la cabeza mirando de frente á la Francia, y elevando la voz, la negó el título colectivo y el título individual, á la nación la soberanía, al ciudadano la libertad. En otros términos negó á la nación lo que la constituía nación, y al ciudadano lo que le hacía ciudadano.

Tal es el fondo de aquellos famosos actos que se llaman las ordenanzas de Julio.

La restauración cayó.

Y cayó justamente. No obstante, lo diremos ella no había sido absolutamente hostil á todas las formas del progreso. Habíanse hecho grandes cosas, estando ella al lado.

Bajo la restauración, la nación se había acostumbrado á la discusión en plena calma, lo que faltó á la república, y á la grandeza en plena paz, lo que faltó al imperio. La Francia libre y fuerte había sido un espectáculo animoso, que daba alientos á los demás pueblos de Europa. La revolución había tenido la palabra en tiempo de Robespierre; el cañón la tuvo después en tiempo de Bonaparte; en la época de Luis XVIII y de Carlos X fué cuando tocó el turno á la palabra de la inteligencia. Cesó el viento, y la antorcha volvió á encenderse. Vióse centellear sobre las serenas cimas la pura luz de los espíritus. Espectáculo magnífico, útil y encantador. Vióse trabajar durante quince años, en el seno de la paz, en medio de la plaza pública, á estos grandes principios tan viejos para el pensador, tan nuevos para el hombre de Estado: la igualdad ante la ley, la libertad de conciencia, la libertad de la palabra, la libertad de imprenta, la accesibilidad de todas las aptitudes á

todas las funciones. Esto marchó así hasta 1830. Los Borbones fueron un instrumento de civilización que se rompió en manos de la Providencia.

La caída de los Borbones fué llena de grandeza, no por parte de ellos, sino por parte de la nación. Ellos descendieron del trono con gravedad, pero sin autoridad; su caída en la noche no fué una de esas desapariciones solemnes que dejan una emoción sombría en la historia; ni fué la calma espectral de Carlos I, ni el grito de águila de Napoleón. Se fueron, y nada más. Deposieron la corona, pero no conservaron aureola ninguna. Se mostraron dignos, pero no augustos. Faltaron hasta cierto punto á la majestad de su desgracia. Carlos X, durante su viaje á Cherburgo, haciendo cortar una mesa redonda para convertirla en mesa cuadrada, parecia más preocupado de la etiqueta en peligro que de la monarquía desplomándose. Tanta pequeñez entristeció á los hombres adictos que profesaban amor á su persona, y á los hombres formales que rendían homenaje á su raza. Por lo que hace al pueblo, estuvo admirable. Atacada una mañana, de improviso, á mano armada, por una especie de insurrección regia, la nación se sintió tan fuerte, que no mostró ira ninguna. Se defendió, se contuvo, volvió á colocar las cosas en su sitio, al gobierno en la ley, á los Borbones en el destierro, ¡ah! y se detuvo. Tomó á Carlos X bajo aquel dosel que había cobijado á Luis XIV, y con la mayor suavidad y dulzura le depositó en el suelo. No tocó ella á las personas reales sino con tristeza y precaución. No fué un hombre, no fueron algunos hombres, fué la Francia, la Francia entera, la Francia victoriosa y ebria de su triunfo, la que pareció recordar y la que practicó á la vista del mundo entero estas graves palabras de Guillermo del Vair despues de la jornada de las barricadas: — « Es cosa común y » fácil á los que están acostumbrados á deshojar los fa-

Hijo de un padre á quien la historia concederá sin duda las circunstancias atenuantes, pero tan digno de estimación como digno había sido aquel padre de censura, reuniendo en sí todas las virtudes privadas y muchas de las virtudes públicas; cuidadoso de su salud, de su fortuna, de su persona, de sus negocios; conocedor de lo que vale un minuto, y no siempre de lo que vale un año; sobrio, sereno, apacible, paciente; buen hombre y buen príncipe; que dormía con su mujer y tenía en su palacio lacayos encargados de mostrar el lecho conyugal á los bourgeois, rara ostentación de alcoba que los antiguos alardes ilegítimos de la rama primitiva y directa de los Borbones habían hecho de grande utilidad; que sabía todas las lenguas de Europa, y lo que es más raro aún, todos los lenguajes de todos los intereses, y los hablaba; admirable representante de la « clase media, » pero sobrepujándola, y más grande que ella bajo todos conceptos; que tenía el excelente espíritu, sin dejar de apreciar la sangre de la cual salía el, de contarse sobre todo por su valor intrínseco, y aún en la cuestión de su propia raza, muy particular, declarándose Orleans y no Borbon: muy primer príncipe de la sangre mientras que no había sido sino alteza serenísima, pero sencillo y franco bourgeois el día en que fué majestad; difuso en público, conciso en la intimidad; señalado como avaro, pero no probado; en el fondo, uno de esos hombres económicos fácilmente pródigos por capricho ó por deber; letrado, y poco sensible á las letras; doble y caballeroso, sin ser quijotesco; sencillo, tranquilo y fuerte; adorado de su familia y de su casa; de grata y seductora conversación, hombre de Estado sin ilusiones; interiormente frío, dominado por el interés inmediato, gobernando siempre lo más cerca posible, incapaz de rencor y de reconocimiento, gastando sin piedad las superioridades sobre las mediocridades; hábil para hacer condenar por las mayorías parlamentarias á esas unanimidades

misteriosas que murmuran sordamente bajo los tronos; expansivo, á veces imprudente en su expansión, pero de una destreza maravillosa en esta imprudencia; fértil en expedientes, en gestos, en caretas; haciendo miedo á la Francia con la Europa y á la Europa con la Francia; que amaba incontestablemente á su país, pero que prefería á su familia; que apreciaba más la dominación que la autoridad, y más la autoridad que la dignidad, disposición que suele ser funesta, por que consagrándolo todo al éxito, admite el artificio y no repudia absolutamente la baja, pero que al mismo tiempo ofrece las ventajas de preservar á la política de los choques violentos, de rompimientos al Estado, y á la sociedad de catástrofes; minucioso, correcto, vigilante, atento, sagaz, infatigable; contradiciéndose algunas veces, y desmintiéndose, atrevido contra el Austria en Ancona, terco contra la Inglaterra en España, bombardeando á Amberes y pagando á Pritchard; cantando con convicción la Marsellesa; inaccesible al abatimiento, á la lasitud, al gusto de lo bello y de lo ideal, á las generosidades temerarias, á la utopía, á la quimera, á la ira, á la vanidad, al temor; reuniendo en sí todas las formas de la intrepidez personal; general en Valmy, soldado en Jemmapes; probado ocho veces por el regicidio, y siempre sonriendo; bravo como un granadero, animoso como un pensador; inquieto solamente ante las probabilidades de un movimiento europeo, é impropio para las grandes aventuras políticas; pronto siempre á arriesgar su vida, pero no su obra; distrayendo su voluntad en influencia, á fin de hacerse obedecer más bien como inteligencia que como rey; dotado de observación, pero no de prevision; poco atento á los espíritus, pero conociendo bien á los hombres, es decir, que necesitaba ver para juzgar; buen sentido, pronto y penetrante, sabiduría práctica, palabra fácil, memoria prodigiosa; recurriendo siempre á esta memoria, su único punto de semejanza con

César, Alejandro y Napoleón; conocedor de los hechos, los detalles, las fechas, los nombres propios; ignorando las tendencias, las pasiones, los genios diversos de la muchedumbre, las aspiraciones interiores, las ocultas y oscuras rebeliones de las almas, en una palabra, todo cuanto pudiera llamarse las corrientes invisibles de las conciencias; aceptado por la superficie, pero poco de acuerdo con las capas inferiores ó interiores de la sociedad francesa; zafándose de este peligro por la astucia; gobernando demasiado y no reinando bastante; siendo él mismo su primer ministro; sobresaliente en el arte de hacer de la pequeñez de las realidades un obstáculo á la inmensidad de las ideas; mezclando con una verdadera facultad creadora de civilización, de orden y de organización, cierto espíritu forense y de embrola; fundador y abogado de una dinastía; teniendo algo de Carlomagno y algo de un procurador; en suma, figura elevada y original; príncipe que supo ser poder á pesar de la inquietud de la Francia, y ser potencia en despecho de la envidia de la Europa, Luis Felipe será clasificado entre los hombres eminentes de su siglo, y también figuraría entre los más ilustres gobernantes de la historia, si hubiera él amado la gloria y si hubiera tenido el sentimiento de lo grande en el mismo grado que tenía el sentimiento de lo útil.

Luis Felipe había sido una hermosa figura, y envejecido ya, conservaba aún cierta gracia; no siempre aceptado por la nación, lo era sin embargo por la muchedumbre, á la cual agradaba. Tenía lo que se llama don de gentes. Pálta- bales empero la majestad; ni llevaba corona, aunque era rey, ni canas, aunque anciano. Sus modales eran del antiguo régimen, y sus hábitos del nuevo, rara mezcla de noble y de bourgeois que convenia á 1830; Luis Felipe era la transición en el trono; había conservado la antigua pronunciación y la antigua ortografía que ponía al servicio de las opi-

niones modernas; amaba á la Polonia y á la Hungría, pero escribía *les Polonois* y pronunciaba *les Hongrais*. Llevaba la casaca de la guardia nacional como Carlos X, y el cordon de la Legion de honor como Napoleon.

Iba poco á la capilla, nada á la caza, jamas á la Ópera. Incorruptible á los sacristanes, á los monteros de trailla y las bailarinas; todo esto formaba parte de su popularidad *bourgeoise*. No tenía corte. Salía con su paráguas bajo el brazo, paráguas que tambien constituyó pormucho tiempo una buena parte de su aureola. Era algo albañil, algo jardinero y tambien tenia algo de médico; él mismo sangraba á un postillon que caía del caballo; Luis Felipe no iba nunca sin su lanceta como Enrique III no iba jamas sin su puñal. Los realistas se burlaban de aquel rey ridículo, el primero entre los reyes que ha derramado sangre para curar.

En el catálogo de quejas y agravios de la historia contra Luis Felipe, es preciso hacer una grande rebaja; hay lo que acusa al trono, lo que acusa al reinado, y lo que acusa al rey; tres columnas cada una de las cuales da un total muy diferente. El derecho democrático confiscado, el progreso transformado en el segundo interes, las protestas de la calle reprimidas violentamente, la ejecucion militar de las insurrecciones, el motin pasado por las armas, la jornada de la calle de Transnonain, los consejos de guerra, la absorcion del pais real por el pais legal, el gobierno en aparcería con trescientos mil privilegiados, todo esto es la obra de la monarquía, del trono; la Bélgica rehusada, la Argelia conquistada con demasiada dureza, y, como la India por los ingleses, con más barbarie que civilizacion, la falta de palabra y de fe para con Abd-el-Kader, Blaye, Dentz comprado, Pritchard pagado, son hechos propios del reinado de Luis Felipe; la política más familiar que nacional, es la obra del rey.

Segun se ve, una vez hecho el descuento, el cargo del rey queda bastante disminuido.

Su falta capital, héla aquí: El haber sido modesto en nombre de la Francia.

¿De dónde proviene esta falta?

Lo diremos.

Luis Felipe fué un rey demasiado padre; esta incubacion de una familia que se quiere transformar en dinastia tiene miedo de todo y no gusta de que se la incomode: de aquí una timidez excesiva, importuna para el pueblo que cuenta el 14 de Julio en su tradicion civil y Austerlitz en su tradicion militar.

Por lo demas, si se hace abstraccion de los deberes públicos, que siempre quieren ser desempeñados los primeros, aquella profunda ternura de Luis Felipe por su familia, era muy merecida por parte de esta. Aquel grupo domestico era admirable. Las virtudes se aliaban allí á los talentos. Una de las hijas de Luis Felipe, María de Orleans, colocaba el nombre de su familia entre los artistas, como Carlos de Orleans le habia ya colocado entre los poetas. De su alma hizo ella un mármol al cual dió el nombre de Juana de Arco. Dos hijos de Luis Felipe arrancaron en cierta ocasion á Metternich este elogio demagógico: *Son jóvenes como apénas se ven ya y principes como no se ven nunca.*

Hé aquí, sin disimular nada, pero tambien sin nada agravar, la verdad acerca de Luis Felipe.

Ser el principe igualdad, llevar en sí mismo la antitesis de la restauracion y de la revolucion, tener ese lado inquietante del revolucionario que se transforma en prenda de seguridad una vez convertido en poder; tal fué la fortuna de Luis Felipe en 1830; jamas hubo adaptacion más completa de un hombre á un acontecimiento; el uno entró en el otro, y la encarnacion se hizo. Luis Felipe era 1830 hecho hombre. Ademas, tenia todavia él en su favor

esta grande designacion al trono, el destierro. Habia sido proscrito, errante, pobre. Habia vivido de su trabajo. En Suiza, este propietario de los más ricos dominios que príncipes poseian en Francia, se vió obligado á vender un caballo viejo para comer. En Reichenau habia dado lecciones de matemáticas, mientras que su hermana Adelaida bordaba y cosía para mantenerse. Estos recuerdos, asociados á la idea de un rey, entusiasmaban á la bourgeoisie. Él mismo habia demolido con sus propias manos el último calabozo de hierro del Mont-Saint-Michel, que habia hecho construir Luis XI y que utilizó Luis XV. Era el compañero de Dumouriez, era el amigo de Lafayette; habia sido del club de los Jacobinos; Mirabeau le habia dado con la mano en los hombros; Danton le habia dicho: ¡ Jóven! Á la edad de veinticuatro años, en 93, cuando sólo era el señor de Chartres, habia asistido, desde el fondo de una tribuna oscura de la Convencion, al proceso de Luis XVI, tan oportunamente apellidado *ese pobre tirano*. La ciega perspicacia de la revolucion, destrozando el trono en el rey y al rey con el trono, casi sin reparar en el hombre al aterrarse horriblemente la idea; la vasta tempestad de la asamblea-tribunal; las iras populares interrogando; Capeto sin saber qué responder; la espantosa vacilacion estupefacta de aquella cabeza regia bajo aquel soplo sombrío; la inocencia relativa de todos en aquella catástrofe, de los que condenaban como del que era condenado; habia el mirado estas cosas, habia contemplado aquellos vértigos; habia visto á los siglos comparecer á la barra de la Convencion; habia visto, detras de Luis XVI, este infortunado pasajero responsable, levantarse en las tinieblas la formidable acusada, la monarquía; y le habia quedado en el alma el espanto respetuoso de aquellas inmensas justicias del pueblo, casi tan impersonales como la justicia de Dios.

La huella que la revolucion habia dejado en él era prodigiosa. Su memoria era como una marca viva de aquellos grandes años, minuto por minuto. Un dia, en presencia de un testigo de quien no es imposible dudar, rectificó el de memoria toda la letra A de la lista alfabética de la Asamblea constituyente.

Luis Felipe ha sido un rey á la clara luz del dia. Durante su reinado, la prensa ha sido libre, la tribuna ha sido libre, la conciencia y la palabra han sido libres. Las leyes de Setiembre son de claraboya. Bien que él conociese el poder desgastador de la luz sobre los privilegios, dejó siempre su trono expuesto á la luz. La historia le tendrá en cuenta esta lealtad.

Como todos los hombres históricos separados de la escena, Luis Felipe se halla hoy colocado bajo el juicio de la conciencia humana. Su proceso sólo se encuentra aún en primera instancia.

Aún no ha sonado para él la hora en que la historia habla con su acento venerable y libre; aún no ha llegado el momento de pronunciar acerca de este rey el juicio definitivo; hasta el mismo Luis Blanc, el austero é ilustre historiador, ha mitigado recientemente su primer veredicto; Luis Felipe fué el elegido de esos dos cuasis, ó poco más ó menos, que se llaman los 221 y 1830, es decir, de un semiparlamento y de una semirevolucion; y en todo caso, bajo el punto de vista superior en que debe colocarse la filosofia, nosotros no podríamos juzgarle aquí, segun habrá podido entreverse arriba, sino con ciertas reservas, en nombre del principio democrático absoluto; á los ojos del absoluto, fuera de estos dos derechos: el derecho del hombre, en primer lugar, y despues el derecho del pueblo, todo es usurpacion; pero lo que podemos decir desde ahora, una vez hechas estas reservas, es que, en resumen, y de cualquier manera que le considere, Luis Felipe, to-

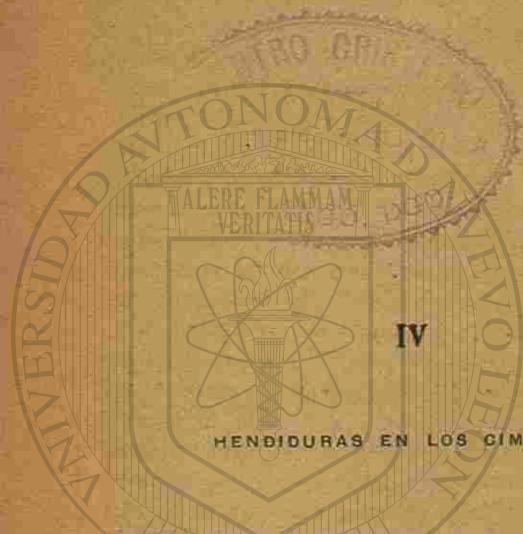
mado en sí mismo, y bajo el punto de vista de la bondad humana, pasará, sirviéndonos del viejo lenguaje de las historias antiguas, por uno de los mejores príncipes de cuantos han ocupado un trono.

¿Qué es lo que tiene él contra sí? Este trono. Suprimid en Luis Felipe al rey, y os quedará el hombre. Y el hombre es bueno. Es bueno á veces hasta ser admirable. Con frecuencia, en medio de los más graves cuidados y atenciones, despues de un dia de lucha contra toda la diplomacia del continente, entraba por la noche en su cámara, y allí, rendido de cansancio, abrumado de sueño, ¿qué es lo que hacía? Tomaba un expediente, un proceso, y pasaba toda la noche en revisar una causa criminal, juzgando que si valia algo el hacer rostro firme á la Europa, valia aún mucho más el arrancar á un hombre de manos del verdugo. Solia mostrarse terco y porfiado con su guarda-sellos; disputaba el terreno de la guillotina palmo á palmo con sus procuradores generales, *estos parlanchines de la ley*, como él los apellidaba. Á veces se hallaba su mesa atestada de procesos apilados; y el rey los examinaba todos; era para él una angustia suprema el haber de abandonar aquellas miserables cabezas condenadas. Un dia dijo al mismo testigo que hemos indicado poco há: *Esta noche, he ganado siete*. En los primeros años de su reinado, la pena de muerte se hallaba como abolida, y el volver á erigir el cadalso fué un acto de violencia hecha al rey. Habiendo desaparecido la Grève con la linea dinástica directa, instituyóse una nueva Grève bourgeoise bajo el nombre de Barrière Saint-Jacques; los « hombres prácticos » se persuadieron de la necesidad de una guillotina cuasi legitima; siendo este uno de los triunfos de Casimir Perier, que representaba la parte estrecha de la bourgeoisie, sobre Luis Felipe, representante del elemento liberal de esta clase. Luis Felipe habia anotado á Beccaria,

de su propio puño. Despues de la máquina de Fieschi, exclamó: *¡Qué lástima que yo no haya sido herido! pues entonces habria podido agraciarse*. En otra ocasion, aludiendo á las resistencias de sus ministros, escribia á propósito de un condenado político que es una de las figuras más generosas de nuestra época: *Su gracia está concedida; ya sólo me falta obtenerla*. Luis Felipe era afable como Luis IX y bueno como Enrique IV.

Ahora bien, para nosotros, en la historia, donde la bondad es la perla rara, el que ha sido bueno pasa casi ántes del que ha sido grande.

Habiendo sido apreciado Luis Felipe severamente por los unos, duramente tal vez por los otros, es muy natural que un hombre, fantasma él tambien en este momento, que conoció á aquel rey, venga á declarar por él ante la historia; esta declaracion, cualq iera que ella sea, es evidentemente, y ante todo, desinteresada; un epitafio escrito por un muerto es sincero; una sombra puede consolar á otra sombra; la participacion de las mismas tinieblas da el derecho de alabanza; no es de temer que se diga jamas de dos tumbas en el destierro: Esta ha adulado á aquella otra.



En el momento en que el drama que referimos va á penetrar en la espesura de una de las nubes trágicas que cubren los principios del reinado de Luis Felipe, era preciso obviar todo género de equivoco, era indispensable que este libro se explicara acerca de aquel rey.

Había entrado Luis Felipe en posesion de la autoridad real sin violencia, sin accion directa de su parte, por el hecho de una virada revolucionaria, muy distinta sin duda del objeto real de la revolucion, pero en la cual él, duque de Orleans, no tuvo la menor iniciativa personal. Nacido príncipe, creíase él elegido rey. No se había conferido á sí mismo este mandato, no le había tomado; se le habían ofrecido y él había aceptado; convencido, sin razon en nuestro sentir, de que la oferta era conforme al derecho, y de que la aceptacion era conforme al deber. De aquí una

posesion de buena fe. Ahora bien, lo decimos en el fondo de nuestra conciencia, hallándose Luis Felipe de buena fe en su posesion, y siendo tambien de buena fe los ataques de la democracia, la cantidad de espanto que se desprende de las luchas sociales no es un cargo para la una ni para el otro. para la democracia, ni para el monarca. Un choque de principios se asemejaba á un choque entre los elementos. El Océano defiende al agua, el huracan defiende al aire; el monarca defiende á la monarquía, la democracia defiende al pueblo; lo relativo, que es el trono, resiste al absoluto, que es la república; la sociedad derrama sangre bajo este conflicto; pero lo que hoy es su sufrimiento, despues será su salvacion; y, en todo caso, no hay por qué censurar á los que luchan; es evidente que uno de los dos partidos se equivoca: el derecho no está, como el coloso de Rhodas en dos riberas á la vez, con un pié en la república y con otro pié en la monarquía; sino que es indivisible, y se halla todo entero en un lado; pero los que se equivocan se equivocan sinceramente; no es más culpable un ciego que bandido un Vendeano. No imputemos sino á la fatalidad de las cosas esas formidables colisiones. Sean cualesquiera esas tempestades, la irresponsabilidad humana interviene en todo eso.

Concluyamos con esta exposicion.

El gobierno de 1830 tuvo muy pronto la vida endurecida de la vejez. Nacido ayer, vióse precisado á combatir hoy. Apénas instalado, sentia él ya por todas partes vagos movimientos de traccion en el reciente aparato de Julio, tan tierno aún y tan poco sólido.

La resistencia nació al dia siguiente, y aún tal vez habia ella nacido la vispera.

Cada mes iba adquiriendo la hostilidad mayor extension, y de sorda que fué al principio, se convirtió al poco tiempo en patente y ostensible.

La revolucion de Julio, poco aceptada fuera de la Francia por los reyes, segun hemos dicho, habia sido en Francia interpretada en diversos sentidos.

Dios entrega á los hombres sus voluntades visibless en los acontecimientos, texto oscuro escrito en una lengua misteriosa. Los hombres hacen de él en seguida sus correspondientes traducciones; traducciones apresuradas, prematuras, incorrectas, llenas de faltas, de vacíos y de contrasentidos. Son muy pocos los espíritus que comprenden la lengua divina. Los más sagaces, los más serenos, los más profundos, desconfían lentamente, y cuando ellos llegan con su texto, hace ya mucho tiempo que la tarea está concluida; hay veinte traducciones en la plaza pública. De cada traducción nace un partido, y de cada contrasentido nace una faccion; y cada partido cree poseer el solo texto verdadero, y cada faccion cree poseer la luz.

De ordinario sucede tambien que el mismo poder es una faccion.

Hay en las revoluciones ciertos nadadores que van contra la corriente, tales son los partidos viejos.

Para los partidos viejos, que continúan siempre adheridos al principio de la herencia por la gracia de Dios, habiendo salido las revoluciones del derecho de rebelion, hay derecho de rebelion contra ellas. Esta teoría no pasa de ser un error. Pues en las revoluciones, el rebelde no es el pueblo, sino el rey. Revolucion es precisamente todo lo contrario de rebelion. Siendo la consumacion de un hecho normal, aunque grande, toda revolucion contiene en si misma su legitimidad, que supuestos ó falsos revolucionarios deshonran á veces, pero que persiste, aún mancillada, que sobrevive, aún ensangrentada. Las revoluciones salen, no de un accidente, sino de la necesidad. Una revolucion es la vuelta de lo facticio á lo real. Existe, porque es preciso que exista.

Mas no por eso dejaban de embestir á la revolucion de 1830 los antiguos partidos legitimistas, con todas las violencias que brotan y emanan del falso razonamiento. Los errores suelen ser excelentes proyectiles, y la herian sabiamente en los puntos en que ella era vulnerable, por falta de coraza, por ausencia de lógica; atacaban á aquella revolucion en su trono, y la gritaban: ¿Si eres Revolucion, por qué es rey? Las facciones son ciegos que hacen buena puntería.

Este grito, tambien le daban á su vez los republicanos. Pero, por parte de ellos, este grito era lógico. Lo que en los legitimistas era ceguedad, era perspicacia en los demócratas. 1830 habia hecho bancarota al pueblo. La democracia indignada se lo echaba en cara.

El establecimiento de Julio se agitaba, pues, y resistia entre el ataque del pasado y el ataque del porvenir. Representaba el minuto luchando, por una parte con los siglos monárquicos, por otra con el derecho eterno.

Además en el exterior, no siendo ya la revolucion, sino la monarquía, 1830 se veía obligado á tomar el paso de la Europa. Guardar la paz, aumento de complicacion. Una armonia querida á la fuerza, establecida como un contrasentido, es de ordinario más onerosa que una guerra. De este sordo conflicto siempre eufrenado, pero siempre bramando, nació la paz armada, ruinoso expediente de la civilizacion que se declara ella misma sospechosa. Á pesar de todo esto, el trono de Julio se encabritaba á veces uncido como él iba en el tiro de los gabinetes europeos. Metternich le habria puesto de buena gana el roncal. Impelido en Francia por el progreso, impelia á su vez en Europa á los demas tronos estas especies de tardigrados. Remolcado, remolecaba él tambien.

Entre tanto, en el interior, pauperismo, proletariado salario, educacion, penalidad, prostitucion, suerte de la

mujer, riqueza, miseria, producción, consumo, repartición, cambio, moneda, crédito, derecho del capital, derecho del trabajo, todas estas cuestiones se multiplicaban y como que se cernían por encima de la sociedad, ocasionando un desequilibrio, un desplomo terribles.

Fuera de los partidos políticos propiamente dichos, manifestábase otro género de movimiento. Á la fermentación democrática, correspondía la fermentación filosófica. La parte selecta de la sociedad se sentía perturbada como la muchedumbre; en otro sentido, pero no con menos intensidad.

Mientras que el suelo, es decir, el pueblo, atravesado por las corrientes revolucionarias, temblaba bajo sus pies con cierta especie de vagos sacudimientos epilépticos, los pensadores meditaban. Estos soñadores, los unos aislados, los otros reunidos en familias y casi en comunión, removían las cuestiones sociales pacíficamente, pero de un modo profundo; mineros impasibles, que hacían avanzar tranquilamente sus galerías por las profundidades de un volcán, estorbados ó distraídos apenas por sordas concusiones y por llamaradas entrevistas.

Esta tranquilidad no era uno de los espectáculos menos bellos de aquella época agitada.

Aquellos hombres dejaban á los partidos políticos la cuestión de los derechos, y ellos se ocupaban de la cuestión del bienestar.

La dicha del hombre, hé aquí lo que ellos querían extraer de la sociedad.

Las cuestiones materiales, las cuestiones de agricultura, de industria, de comercio, las elevaban casi á la dignidad de una religión. En la civilización, tal cual ella se hace, algo por Dios, mucho por el hombre, los intereses se combinan, se agregan y se amalgaman de manera que forman una verdadera roca dura, según una ley dinámica pacien-

temente estudiada por los economistas, estos geólogos de la política.

Aquellos hombres, que se agrupaban bajo distintas denominaciones, pero que podemos designarlos, á todos ellos, con el título genérico de socialistas, procuraban horadar esa roca y hacer que brotasen de ella las cristalinas aguas de la felicidad humana.

Desde la cuestión del cadalso hasta la cuestión de la guerra, sus trabajos lo abrazaban todo. Al derecho del hombre, proclamado por la revolución francesa, añadían ellos el derecho de la mujer y el derecho del niño.

Nadie extrañará que, por diversas razones, no tratemos aquí nosotros á fondo, bajo el punto de vista teórico, las cuestiones suscitadas por el socialismo. Nos limitaremos á indicarlas.

Todos los problemas que los socialistas se proponían resolver, si prescindimos en ellos de las visiones cosmogónicas, de los delirios y del misticismo, pueden condensarse y reducirse á dos problemas principales

Primer problema :

Producir la riqueza ;

Segundo problema :

Repartirla.

El primer problema encierra la cuestión del trabajo.

El segundo contiene la cuestión del salario.

En el primer problema se trata del empleo de las fuerzas.

En el segundo, de la distribución de los goces.

Del buen empleo de las fuerzas resulta la potencia pública, el poderío nacional.

De la buena distribución de los goces resulta la dicha individual.

Por buena distribución, es preciso entender, no una distribución igual, sino una distribución equitativa. La primera igualdad es la equidad.

De estas dos cosas combinadas, poderío público en el exterior, dicha individual en el interior, resulta la prosperidad social.

Prosperidad social, quiere decir el hombre dichoso, el ciudadano libre, la nación grande.

La Inglaterra resuelve el primero de estos dos problemas. Ella crea admirablemente la riqueza; pero la reparte mal. Esta solución que no es completa sino en una parte, la conduce fatalmente á estos dos extremos: opulencia monstruosa, monstruosa miseria. Todos los goces para algunos individuos solamente; todas las privaciones para los demás, es decir, para el pueblo; el privilegio, la excepción, el monopolio, la feudalidad, naciendo allí del trabajo mismo. Falsa y peligrosa situación, que asienta el poderío público sobre la miseria privada, que arraiga la grandeza del Estado en los sufrimientos del individuo. Grandeza mal compuesta, donde se combinan todos los elementos materiales, y en la cual no entra ningún elemento moral.

El comunismo y la ley agraria creen resolver el segundo problema. Se engañan. Su repartición mata la producción. Una distribución igual destruye la emulación; y por consiguiente el trabajo. Es una repartición hecha por el carnicero, que mata lo que reparte. Imposible es por lo tanto el detenerse en estas mal llamadas soluciones. Matar la riqueza, no es distribuirla.

Para resolverlos bien, es necesario resolver juntos estos dos problemas. Las dos soluciones deben de hallarse combinadas, y que no formen sino una sola.

Si sólo resolvéis el primero de los dos problemas, seréis Venecia, seréis Inglaterra. Tendréis como Venecia un poderío artificial, ó como Inglaterra una potencia material; seréis el rico malo. Pereceréis por una vía de hecho, como murió Venecia, ó por una bancarota, como caerá Inglaterra. Y el mundo os dejará morir y caer, porque el mundo

deja caer y morir todo lo que no es más que egoísmo, todo lo que no representa para el género humano una virtud ó una idea.

Entiéndase bien aquí que, por estas palabras, Venecia, Inglaterra, designamos, no pueblos sino organismos sociales; las oligarquías sobrepuestas á las naciones, y no las mismas naciones. Estas tienen siempre nuestro respeto y nuestras simpatías. Venecia, pueblo, renacerá; Inglaterra, aristocracia, caerá; pero Inglaterra, nación, es inmortal. Dicho esto, prosigamos.

Resolved ambos problemas, alentad al rico y proteged al pobre, suprimid la miseria, poned fin á la explotación injusta del débil por el fuerte, aplicad un freno á la invidia del que está en camino contra el que ya llegó, ajustad, apropiad matemática y fraternalmente el salario al trabajo, mezclad la enseñanza gratuita y obligatoria con la crianza y desarrollo de la infancia y haced de la ciencia la base de la virilidad, desenvolved las inteligencias á la vez que ocupéis los brazos, sed al mismo tiempo un pueblo poderoso y una familia de hombres dichosos, democratizad la propiedad, no aboliéndola, sino universalizándola, de modo que todo ciudadano, sin excepción, sea propietario, cosa mucho más fácil de lo que se cree; en una palabra, sabed producir la riqueza y sabed repartirla, y así lograréis combinar la grandeza material y la grandeza moral, y seréis dignos de llamaros la Francia.

Hé aquí, abstracción hecha de algunas sectas que se extraviaban en sus sueños y desvarios, lo que decía el socialismo; hé aquí lo que él buscaba en los hechos, hé aquí lo que él bosquejaba en los espíritus.

¡Admirables esfuerzos! ¡sagradas tentativas!

Estas doctrinas, estas teorías, estas resistencias, la necesidad inesperada para el hombre de Estado de contar con los filósofos, ciertas evidencias confusamente entrevistas,

una política nueva que era preciso crear, acorde con el mundo antiguo sin que estuviera muy desacorde con el ideal revolucionario, una situación en la cual era preciso gastar á Lafayette en defender á Polignac la intuición del progreso transparente bajo la asonada, las cámaras y las calles, las diversas competencias que era menester neutralizar y equilibrar, su fe en la revolución, tal vez cierta especie de resignación eventual nacida de la vaga aceptación de un derecho definitivo superior, su manifiesta voluntad de permanecer siendo de su raza, su espíritu de familia, su sincero respeto al pueblo, su propia honradez, preocupaban á Luis Felipe de una manera casi dolorosa; y en ciertos momentos, por más fuerte y valeroso que él fuese, le abrumaban y confundían bajo la dificultad de ser rey.

Sentía él bajo sus pies una desagregación formidable, que no era sin embargo el desmoronamiento ni el acto de pulverizarse la nación; pues la Francia era entonces más Francia que nunca.

Tenebrosas aglomeraciones, vastos amontonamientos cubrían el horizonte. Una sombra extraña parecía extender poco á poco sus siniestras alas, velando y cubriendo á los hombres, las cosas, la ideas; y aquella sombra provenía de las iras y de los sistemas. Todo aquello que había sido apresuradamente sofocado se removía y fermentaba sin cesar. A veces la conciencia del hombre de bien recobraba su respiración; tan maleado estaba aquel aire donde los sofismas se mezclaban y confundían con las verdades. Los espíritus temblaban en la ansiedad social, como las hojas al acercarse la tormenta. La tensión eléctrica era tal, que en ciertos instantes, el primero que llegaba, un desconocido, alumbraba. Y después volvía todo á cubrirse de oscuridad crepuscular. Por intervalos, profundos y sordos rugidos podían dar á conocer la cantidad de rayo que se contenía en la nube.

Apénas habían transcurrido veinte meses desde la revolución de Julio, y el año 1832 se había inaugurado ya con un aspecto de inminencia y de amenaza. Las escaseces del pueblo, los trabajadores sin pan, el último príncipe de Condé desaparecido en las tinieblas, Brusélas arrojado á los Nassau como París á los Borbones, la Bélgica ofreciéndose á un príncipe francés y dada á un príncipe inglés, el odio ruso de Nicolas, detras de nosotros los demonios del mediodía, Fernando en España, Miguel en Portugal, la tierra temblando en Italia, Metternich extendiendo la mano sobre Bolonia, la Francia mirando bruscamente al Austria desde Ancona; en el norte, cierto ruido siniestro como de un martillo que clava el fétetro en el cual queda sepultada la Polonia, en toda la Europa, miradas de irritación acechando á la Francia, la Inglaterra, aliada sospechosa, pronta á empujar lo que estuviese á punto de caer y á lanzarse sobre lo que cayera, la cámara de los Pares escudándose en Beccaria para rehusar cuatro cabezas á la ley, las flores de lis raspadas en el coche del rey, la cruz arrancada de Nuestra-Señora, Lafayette amenguado, Laffitte arruinado, Benjamin Constant muerto en la indigencia, Casimir Perier muerto en las fatigas y el abatimiento del poder; la enfermedad política y la enfermedad social declarándose á la vez en las dos capitales del reino, la una la ciudad del pensamiento, la otra la ciudad del trabajo; en París la guerra civil, en Lyon la guerra servil; en ambas ciudades el mismo resplandor de hornaza ó de fragua; una púrpura de cráter en la frente del pueblo; el sud fanatizado, el oeste perturbado, la duquesa de Berry en la Vendée, los complots, las conspiraciones, los alzamientos, el cólera, todo esto venía á añadir al sombrío rumor de las ideas el tumulto sombrío de los acontecimientos.



Hacia fines de Abril, todo se había agravado considerablemente. La fermentación se convirtió en efervescencia. Desde 1830, había habido acá y acullá ligeras conmociones parciales, muy pronto comprimidas pero tan pronto renacientes, señal infalible de una vasta y subyacente conflagración. Algo terrible se incubaba. Entreveíanse los lineamientos, poco distintos aún y mal alumbrados, de una revolución posible. La Francia miraba á París, París miraba al arrabal de San Antonio.

El arrabal de San Antonio, sordamente fogueado, entraba en ebullición.

Las tabernas de la calle de Charonne estaban, aunque la asociación de estos dos calificativos parezca singular aplicada á las tabernas, graves y tempestuosas.

Hallábase allí el gobierno, neta y sencillamente, puesto

en cuestión. Discutiase públicamente *la cosa*, es decir, la cuestión que estaba siempre á la orden del día, *de si se habían de batir ó habían de permanecer quietos aún*. Había allí cuartos interiores, ó trastiendas, donde se hacía jurar á los obreros que se hallarian puntuales y fijos á la cita, reunidos en las calles señaladas, al primer grito de alarma, y que « se batirían sin contar el número de los enemigos. » Una vez adquirido este compromiso, un hombre sentado en un rincón de la taberna « hacía una voz sonora » y decía : *¡ Lo oyes ! ¡ lo has jurado !* Á veces se subían al primer piso, á una habitación cerrada, donde tenían lugar ciertas escenas casi masónicas ; haciendo prestar al iniciado juramentos *para servirle y auxiliarle así como á los padres de familia*. Tal era la fórmula empleada.

En las salas bajas se leían folletos « subversivos. » Allí zurraban al gobierno, según se expresa un informe secreto de aquella época.

Oíanse palabras como estas : — *Yo no conozco los nombres de los jefes. Nosotros no sabremos el día sino dos horas antes de la cosa.* — Un obrero decía : — *Nosotros somos trescientos, cada uno ponemos diez sueldos, con lo cual reunimos ya ciento cincuenta francos, para fabricar balas y pólvora.* — Otro decía : *Yo no pido seis meses, ni tampoco pido dos. Antes de quince días estaremos en paralelo con el gobierno. Con veinticinco mil hombres, ya se le puede hacer frente.* — Otro añadía : *Yo no me acuesto, porque paso la noche haciendo cartuchos.* — Devez en cuando unos señores, « de paisano y con levitas nuevas, » venían, « con gran sigilo y dándose mucho tono, » y con trazas como « de mandar, » daban apretones de manos á los *mas importantes*, y después se marchaban. Nunca permanecían allí más de unos diez minutos. Cambiábanse en voz baja ciertas frases significativas : — *El complot está maauero, la rosa está ya en sazón.* — « Y esto se susurraba después entreto-

dos los que estábamos allí, » usando de la expresión empleada por uno de los mismos concurrentes. La exaltación era tal, que un día, en medio de la taberna, gritó un obrero : — ¡No tenemos armas! — Á lo cual respondió uno de sus camaradas : — ¡ Los soldados las tienen ! — parodiando así, sin caer él en la cuenta siquiera, la proclama de Bonaparte al ejército de Italia. — « Cuando tenían algo más secreto que comunicarse, añade un informe, no se lo comunicaban allí nunca. » No se comprende apenas lo que ellos pudieran ocultar, después de lo que en alta voz se decían, como acabamos de verlo.

Á veces estas reuniones eran periódicas : y en ciertas ocasiones, no se juntaban nunca arriba de ocho ó diez, y siempre eran los mismos. En otras circunstancias, entraba todo el que quería, y la sala se llenaba en tales términos, que era preciso estar de pie. Los unos se hallaban allí por entusiasmo y por pasión; los otros, porque *aquel era su camino para ir al trabajo*. Como en la época de la revolución, también había en estas tabernas mujeres patriotas que abrazaban á los recién llegados.

Otros hechos expresivos se traslucían también.

Entraba un hombre en una taberna, bebía, y salía diciendo al tabernero : *Amigo mío, lo que se debe, la revolución lo pagará.*

En casa de un tabernero, frente á la calle de Charonne, se nombraban agentes revolucionarios. El escrutinio se hacía en las gorras.

Varios obreros se reunían en casa de un maestro de esgrima que daba asaltos, en la calle de Cotte. Había allí un trofeo de armas formado con espadones de palo, bastones, garrotes y floretes. Un día desbotonaron los floretes. Un obrero decía : — *Somos veinticinco, pero no cuentan conmigo, porque me consideran como una máquina.* — Esta máquina fué después Quénisset.

Todo lo que allí se premeditaba iba adquiriendo poco á poco cierta notoriedad extraña. Una mujer estaba batiendo la puerta de su casa y decía á otra mujer : — *Hace ya mucho tiempo se trabaja sin levantar mano haciendo cartuchos.*

En medio de la calle se leían proclamas dirigidas á los guardias nacionales de los departamentos. Una de estas proclamas estaba firmada : *Burtot, tabernero.*

Á la puerta de un almacén delicores del mercado Lenoir, hallábase un día un hombre, que tenía la barba corrida y el acento italiano, sentado sobre un guardacanton, leyendo en alta voz un escrito singular que parecía provenir de un poder oculto. Formáronse grupos al rededor de él y aplaudían. Los pasajes que más impresionaban á la muchedumbre fueron recogidos y anotados. — « ... Pónense trabas y obstáculos á la propagación de nuestras doctrinas, nuestras proclamas son rasgadas, los hombres encargados de fijarlas en las esquinas son acechados y encarcelados. » « ... La crisis que acaba de declararse en los algodonos nos ha convertido á muchos del justo-medio. » — « ... El porvenir de los pueblos se elabora en nuestras oscuras filas. » — « ... Hé aquí planteados los términos de la cuestión que hoy se debate : acción ó reacción, revolución ó contrarrevolución. Pues, en nuestra época, no se cree ya en la inercia ni en la inmovilidad. » Por el pueblo, ó contra el pueblo ; tal es la cuestión. Y no hay otra. » « ... El día en que ya nosotros no os convingamos, destituidnos, pero hasta entónces, ayudadnos á marchar hácia adelante. » Todo esto en mitad del día.

Otros hechos, más audaces aún, se hacían sospechosos al pueblo á causa de su misma audacia. El 4 de Abril 1832, un transeunte subió sobre el guardacanton que está en una esquina de la calle de Santa Margarita, y se puso á

gritar : *¡ Yo soy babouvista !* Pero bajo el disfraz de Babouff el pueblo olfateaba á Gisquet.

Entre otras cosas decia aquel transeunte :

— ¡ Abajo la propiedad ! La oposicion de la izquierda es cobarde y traidora. Cuando ella quiere tener razon, se pone á predicar revolucion. Es demócrata para no verse batida, y realista para no combatir. Los republicanos son unos cernicalos. Ciudadanos trabajadores, no os fiéis de los republicanos !

— ¡ Silencio, ciudadano polizonte ! gritó un obrero.

Este grito puso fin al discurso.

Acaecian ciertos incidentes misteriosos.

Á la caída de la tarde, un obrero encontraba junto al canal á « un hombre bien puesto » que le decia : — ¿ Adónde vas, ciudadano ? — Caballero, respondia el trabajador, yo no tengo el honor de conocer á usted. — Pues bien, yo te conozco. Y el hombre añadía : — No temas nada. Yo soy agente del comité. Sospechan de ti, de que no eres muy seguro. Tú debes saber muy bien que si revelarás algo, no se te pierde de vista. — En seguida daba al obrero un apretón de manos y se marchaba diciendo : — Pronto nos volveremos á ver.

La policia, en continuo acecho, recogia, no ya sólo en las tabernas, sino en la calle, diálogos singulares : — Hazte recibir pronto, decia un tejedor á un ebanista.

— ¿ Por qué ?

— Porque pronto va á haber tiros.

Otros dos transeuntes andrajosos cambiaban estas notables réplicas, que rebosaban una aparente *jacquerie* :

— ¿ Quién nos gobierna ?

— Monsieur Felipe.

— No, es la bourgeoisie.

Se equivocaría quien creyera que nosotros tomamos la palabra *jacquerie* en mal sentido. Los *jacques* eran los pobres.

En otra ocasion, se oia que pasaban dos hombres y que uno de ellos decia al otro : — Tenemos un buen plan de ataque.

De una conversacion íntima entre cuatro hombres acurrucados en un foso del redondel de la barrera del Tronq, no se pudo retener sino lo siguiente :

— Se hará lo posible para que no vuelva él ya á pasearse por Paris.

¿ Quién era este *el* ? Osecuridad amenazadora.

« Los principales gejes, » como se los llamaba en el arrabal, se mantenian apartados, sin dejarse nunca ver. Creíase que se reunian para concertarse, en una taberna junto á la esquina de San Eustaquio. Un tal Aug. —, jefe de la sociedad de Socorros mutuos para los sastres, que vivia en la calle de Mondétour, pasaba por servir de intermediario central entre los jefes y el arrabal de San Antonio. Sin embargo, siempre hubo mucha sombra sobre aquellos jefes, sin que ningun hecho pudiese debilitar la singular altivez de esta respuesta dada en dias posteriores por un acusado ante el Tribunal de los pares :

— ¿ Quién era su jefe de usted ?

— *Yo no conocia, ni tampoco reconocia jefe ninguno.*

Todo esto no era apenas aún sino palabras, transparentes, pero vagas ; á veces, ciertos propósitos lanzados al viento, cuentan, dícese, he oído referir. Otros indicios venian despues.

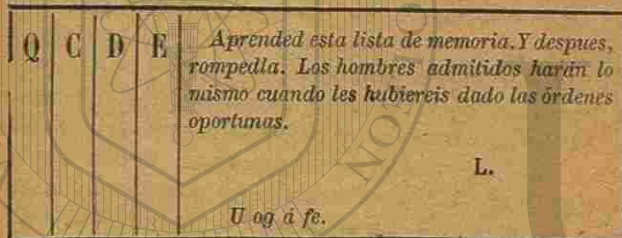
Un carpintero que estaba ocupado, en la calle de Neuilly, en clavar las tablas de una empalizada al rededor de un terreno donde á la sazón construían una casa, encontró en aquel terreno un fragmento de carta rasgada, donde aún podian leerse bien las líneas que siguen :

— « Es preciso que el comité tome sus medidas, á fin de impedir que se reclute en las secciones para las diferentes sociedades..... »

Y en post-scriptum :

« Hemos sabido que habia fusiles en la calle del Fau-
» bourg-Poissonnière, n.º 3 (*bis*), en cantidad de cinco á
» seis mil, en casa de un armero, que está en el patio. La
» seccion carece de armas »

Lo que hizo que el carpintero, fuertemente impresionado y conmovido, enseñase el papel á sus vecinos, fué que á algunos pasos del sitio en que le habia hallado, encontró tambien otro papel, roto como el primero, y aún más significativo que aquel, cuya configuracion reproducimos aquí, á causa del interés histórico de estos extraños documentos :



Las personas que participaron entónces del secreto de este hallazgo no conocieron sino más adelante la explicacion de esas cuatro mayúsculas, que querian decir : *quinturiones, centuriones, decuriones, exploradores*, y el sentido de estas letras : *u og á fe*, que expresaban una fecha, y querian decir : *15 de Abril de 1832*. Por bajo de cada mayúscula se hallaban inscritos varios nombres seguidos de ciertas indicaciones muy características. Así, por ejemplo. — *Q. Bannerel*. 8 fusiles. 83 cartuchos. Hombre seguro. — *C. Boubière*. 1 pistola. 40 cartuchos. — *D. Rollet*. 1 florete. 1 pistola. 1 libra de pólvora. — *E. Teissier*. 1 sable. 1 cartuchera. Exacto. — *Terreur*. 8 fusiles. Valiente, etc.

Por último este carpintero halló, siempre en el mismo solar, un tercer papel en el cual estaba escrita con lápiz, pero muy legible, esta especie de lista enigmática.

Unidad. Blanchard : Arbre-Sec, 6.

Barra. Soize. Salle-au-Comte.

Kosciusko. Aubry-le-Boucher ?

J. J. R.

Cayo Graco.

Derecho de revision. Dufond. Four.

Caida de los Girondinos. Terbac. Maubuée.

Washington. Pinson. 1 pist. 86 cart.

Marsellesa.

Sober. del pueblo. Michel. Quincampoix. Sable

Hoche.

Marceau. Platon. Arbre-Sec.

Varsovia. Tilly, vendedor ambulante de *El Popular*.

El honrado bourgeois á cuyas manos vino á parar esta lista supo su verdadera significacion. Parece ser, en efecto, que esta lista era la nomenclatura completa de las secciones del cuarto distrito de la Sociedad de los Derechos del Hombre, con los nombres y la indicacion de domicilio de los jefes de seccion. Hoy que todos estos hechos, envueltos en la sombra hasta aquí, pertenecen ya á la historia, se los puede dar á la publicidad. Preciso es añadir aquí sin embargo, que la fundacion de la Sociedad de los Derechos del Hombre parece haber sido posterior á la fecha en que fué hallado este papel. Tal vez no era sino un bosquejo en borrador.

Lo cierto es que, despues de los discursos y de las palabras sueltas, despues de estos otros indicios por escrito, ciertos hechos materiales comenzaban ya á dejarse traslucir.

En casa de un mercader de muebles viejos que tenia el baratillo en la calle de Popincourt, hallaron en el cajon

de una cómoda siete hojas de papel de estraza todas igualmente plegadas á lo largo y en cuatro pliegues; estos papeles recubrían veintiseis cuadrados de este mismo papel de estraza plegados en forma de cartucho, y una papeleta en la cual se leía lo siguiente:

Salitre, 12 onzas.

Azufre, 2 onzas.

Carbon, 2 onzas y média.

Agua, 12 onzas.

Al hacer el embargo de esto, se consignó en el acta ó proceso verbal el hecho de que el cajon exhalaba un fuerte olor á pólvora.

Un albañil que, despues de terminar el trabajo de su jornada, se volvía á su casa, dejó olvidado un paquetito sobre un banco junto al puente de Austerlitz. Este paquete fue llevado al cuerpo de guardia inmediato. Abrieronle, y hallaron en él dos diálogos impresos, firmados *Lahautiere*, una cancion intitulada: *Obreros, asociados*, y una caja de hoja de lata llena de cartuchos.

Un obrero que estaba bebiendo con un camarada le hacia tentar para probarle que tenía mucho calor. Lo que el compañero tentó fué una pistola que el otro llevaba bajo la blusa.

En un foso del boulevard exterior, entre el Père Lachaise y la barrera del Trono, en el sitio más desierto, jugando unos muchachos descubrieron bajo un monton de virutas, mondaduras y escorias, un saco que tenía un molde para hacer balas, un taladro de madera para hacer cartuchos, una gamella en la cual habia granos de pólvora de caza, y una pequeña marmita de hierro colado cuyo interior ofrecia trazas evidentes de plomo derretido.

Penetrando de improviso unos agentes de policia, á las cinco de la mañana, en casa de un tal Parbon, que más adelante fué seccionario de la seccion Barricada-

Merry y se hizo matar en la insurreccion de Abril de 1834, le hallaron de pié junto á la cama, teniendo en la mano unos cartuchos que estaba él entónces haciendo.

Á la hora en que suelen reposar los obreros, viéronse pos hombres que se encontraron entre la barrera de Picpus y la barrera de Charenton, en una ronda estrecha, entre dos paredes, cerca de una taberna á cuya puerta habia un juego de siam. Uno de ellos sacó de debajo de su blusa una pistola que entregó al otro. En el momento de dársela, notó que la transpiracion de su pecho habia comunicado alguna humedad á la pólvora. Cebó la pistola y añadió pólvora á la que habia ya en la cazoleta. En seguida, los dos hombres se separaron.

Un tal Gallais, á quien mataron despues, en la calle de Beaubourg, en los sucesos de Abril, se vanagloriaba de tener en su casa setecientos cartuchos y veinticuatro piedras de chispa.

Un dia recibió el gobierno aviso de que acababan de distribuir armas en el arrabal, con doscientos mil cartuchos. La semana siguiente se distribuyeron treinta mil cartuchos más. Cosa notable, la policia no logró apoderarse de nada de esto. En una carta que fué interceptada se leia lo que sigue: — « Yo está ya léjos el dia en que, en ménos de cuatro horas, aparezcan ochenta mil hombres armados. »

Toda esta fermentacion era pública, y aún casi pudiera decirse tranquila. La insurreccion inminente aprestaba su borrasca con calma y serenidad, á la vista del gobierno. Ninguna singularidad faltaba á aquella crisis todavia subterránea, pero perceptible ya. Los bourgeois, los amos de las fábricas y talleres, hablaban tranquilamente á los obreros de lo que se estaba preparando. Se preguntaba: ¿Cómo va la revolucion? en el mismo tono en que se habria preguntado: ¿Cómo está tu mujer?

Un mercader de muebles, de la calle de Moreau, les decía: — ¿Y bien, cuándo atacáis?

Otro tendero se expresaba de este modo:

— Vais á atacar ya pronto, bien lo sé. Hace un mes erais quince mil, ahora sois veinticinco mil.

Y ofrecía el su fusil, mientras que un vecino suyo ofrecía un cachorrillo que quería vender por siete francos.

Por lo demas, la fiebre revolucionaria iba tomando una extension inmensa. Ningun punto de Paris ni de la Francia se hallaba exento de ella. La arteria latía en todas partes. Á la manera de esas membranas que nacen de ciertas inflamaciones y se forman en el cuerpo humano, la red de las sociedades secretas empezaba á extenderse por el país. De la asociacion de los Amigos del pueblo, pública y secreta á la vez, nacía la Sociedad de los Derechos del Hombre, la cual fechaba de este modo una de sus órdenes del día: *Pluvioso, año 40 de la era republicana*, que debía sobrevivir aún á las sentencias del tribunal de audiencia pronunciando su disolucion, y que no vacilaba en dar á sus secciones nombres tan significativos como estos:

Espadas.

Rebato.

Cañon de alarma.

Gorro frigio.

21 de Enero.

Los Descamisados.

Los Truhanes.

Marchad adelante.

Robespierre.

Nivel.

Esto marchará (Ca ira).

La Sociedad de los Derechos del Hombre engendraba á la Sociedad de Accion, la cual se componia de los impacientes qua se destacaban de la primera y corrían delante. Del

mismo modo procuraban reedutarse otras muchas asociaciones en las grandes sociedades matrices. Los seccionarios se quejaban de hallarse siempre hostigados por la impaciencia. Así, por ejemplo, tuvieron origen *la sociedad Gaudioise* y *el comité organizador de las municipalidades*. Así las asociaciones para *la libertad de imprenta*, para *la libertad individual*, para *la instruccion del pueblo*, y *contra las contribuciones indirectas*. Despues venia la sociedad de los Obreros de la Igualdad (*Égalitaires*), que se dividía en tres fracciones, los *egalitaires*, los comunistas y los reformistas. Ademas habia, el Ejército de las Bastillas, especie de cohorte organizada militarmente, cuatro hombres mandados por un cabo, diez por un sargento, veinte por un subteniente, cuarenta por un teniente; sin que hubiera nunca en ella más de cinco hombres que se conociesen entre sí como asociados. Creacion cuyas precauciones estaban combinadas con la audacia, y que parecía una obra del genio de Venecia. El comité central, que era la cabeza, tenia dos brazos, la sociedad de Accion y el Ejército de las Bastillas. Una asociacion legitimista, los Caballeros de la Fidelidad, se removía y se agitaba en medio de todas estas afiliaciones republicanas. Pero era conocida, y estaba denunciada y repudiada.

Las sociedades parisienses tenían sus ramificaciones en las principales ciudades de Francia. Lyon, Nántes, Lila y Marsella tenían su sociedad de los Derechos del Hombre, los Carbonarios, los Hombres libres. Aix fundó una sociedad revolucionaria que se llamaba la Cogurda (*Cougourde*), cuyo nombre hemos pronunciado ya anteriormente.

En París, el arrabal de Saint-Marceau no se removía y agitaba ménos que el arrabal de Saint-Antoine, y el barrio de las escuelas no cedía tampoco á aquellos en ese movimiento y en esa agitacion subterránea. Un café de la calle de Saint-Hyacinthe y el *estaminet* de los Siete Billares, en

la calle de Mathurins-Saint-Jacques, servían de puntos de reunión á los estudiantes. La sociedad de los Amigos del A B C, afiliada á los mutualistas de Angers y á la Cogurda de Aix, se reunía, como lo hemos visto, en el café Musain. Estos mismos jóvenes se congregaban también, según hemos dicho en otra ocasión, en una fonda-taberna que había junto á la calle de Mondétour llamada Corinto. Estas reuniones eran secretas. Otras se hacían tan públicas como era posible, y puede formarse una idea de aquellos actos de osadía por el siguiente fragmento de un interrogatorio sufrido en uno de los procesos ulteriores: — ¿Dónde tuvo lugar esa reunión? — En la calle de la Paz. — ¿En casa de quién? — En medio de la calle. — ¿Qué secciones se hallaban presentes? — Una sola. — ¿Cuál de ellas? — La sección Manuel. — ¿Quién era el jefe? — Yo. — Usted es demasiado joven para que haya tomado enteramente solo el grave partido de atacar al gobierno. ¿De dónde recibía usted las instrucciones? — Del comité central.

El ejército estaba minado, tanto como el pueblo, según lo probaron más adelante los movimientos de Beford, de Luneville y de Epinal. Se contaba con el regimiento 32.º, con el 5.º, con el 8.º, con el 37.º, y con el 20.º de ligeros. En Borgoña y en las ciudades del mediodía se plantaba el *árbol de la Libertad*. Es decir un palo coronado de un gorro frigio.

Tal era la situación.

Más bien que ningún otro grupo de la capital, el arrabal de San Antonio, según hemos dicho al principio, era el que acentuaba esta situación, haciéndola sensible en extremo. Allí era donde estaba fijo el dolor de costado.

Aquel antiguo arrabal, poblado como un hormiguero, laborioso é irritable como una colmena, se estremecía en la expectativa y en el deseo de una conmoción. Todo el mundo se agitaba allí, sin que por eso sufriera la menor

interrupción el trabajo. Nada puede dar una idea exacta de aquella fisonomía sombría y vivaz. Hay en ese arrabal lamentables miserias y angustias ocultas bajo el tejado de sus guardillas; también hay allí raras y ardientes inteligencias; y no hay extremos más peligrosos al tocarse que estos extremos de la inteligencia y de la miseria.

El arrabal de San Antonio tenía aún entonces otros motivos de conmoción y de alarma; pues él es el primero que sufre siempre las tristes consecuencias de las crisis comerciales, de las quiebras, de la penuria, del pánico, de la falta de trabajo, inherentes á los grandes movimientos políticos. En tiempos de revolución, la miseria es á la vez causa y efecto. El golpe que ella da, le viene después encima de rechazo. Aquellas grandes masas populares, llenas de noble y altiva virtud, capaces en el más alto grado de calorico latente, dispuestas siempre á empuñar las armas, prontas á la explosión, irritadas, profundas, minadas, parecía que no esperaban sino la caída de una chispa, de una pavesa encendida. Siempre que vemos ciertos meteoros ígneos, ciertas centellas errantes y flotando en el horizonte, lanzadas por el viento de los sucesos, no podemos ménos de traer á la memoria el arrabal de San Antonio, y el formidable azar que ha colocado á las puertas de París ese polvorín de sufrimientos y de ideas.

Las tabernas del arrabal Antonio, que se han diseñado más de una vez en el bosquejo que acaba de leerse, tienen una notoriedad histórica. En tiempo de disturbios, se embriagan allí de palabras, más que de vino. Cierta especie de espíritu profético y un effluvio de porvenir circula allí, que ensancha los corazones y engrandece las almas.

Las tabernas del arrabal Antonio se asemejan á aquellas *tabernæ vinariæ* del monte Aventino construidas en el antro de la Sibyla y que comunicaban con los profun-

dos hábitos sagrados; tabernas cuyas mesas eran una especie de tripodes, y donde se bebía lo que Ennio llama *el vino de las sibylas*.

El arrabal de San Antonio es como un receptáculo, un depósito de pueblo. El sacudimiento revolucionario forma en él hendiduras por donde penetra la soberanía popular. Esta soberanía puede obrar mal; pues ella se equivoca, como cualquiera otra; pero aún en sus extravíos, siempre se ostenta grande. De ella puede decirse como del ciclope ciego, *Ingens*.

En 93, según que la idea que flotaba era buena ó mala, según que era el día del fanatismo ó del entusiasmo, destacábase del arrabal de San Antonio, ora bandadas salvajes, ora legiones heroicas.

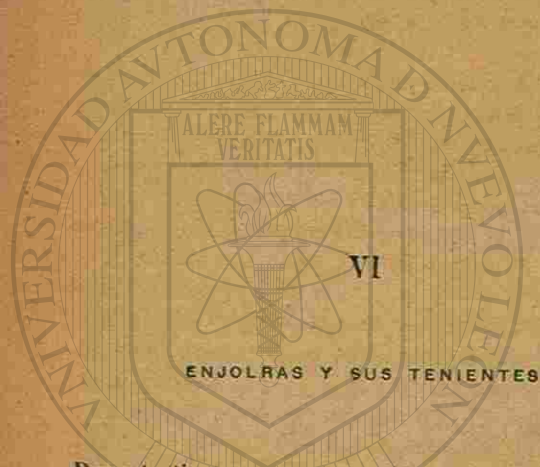
Salvajes. Expliquemos esta palabra. Aquellos hombres de cabello erizado que, en los días genesiacos del caos revolucionario, andrajosos, desarrapados, feroces, aullando, con la pica elevada y levantada la maza, se lanzaban frenéticos sobre el viejo París trastornado y revuelto, ¿qué es lo que querían? Querían el fin de las opresiones, el fin de las tiranías, el fin del sable, el trabajo para el hombre, la instrucción para el niño, la benignidad social para la mujer, la libertad, la igualdad, la fraternidad, el pan para todos, la idea para todos, la Edensación del mundo, el Progreso; y esta cosa santa, buena y dulce, el progreso, llevados ya al extremo, fuera de sí, la reclamaban ellos de un modo terrible, medio desnudos, con la maza en el puño y el rugido en la boca. Eran salvajes, sí; pero eran los salvajes de la civilización.

Proclamaban con furia el derecho; querían, aún cuando fuese por medio del terror y del espanto, forzar al género humano al paraíso. Parecían bárbaros y no eran sino libertadores. Reclamaban la luz con la máscara de la noche.

Frente á estos hombres, feroces, convenimos en ello, y espantosos, pero espantosos y feroces para el bien, hay otros hombres, sonriendo siempre, bordados, dorados, constelados y engalanados de cintas y perifollos, con medias de seda, plumas blancas, guantes amarillos y zapatos de charol, quienes, apoyados de codos en una mesa recubierta de terciopelo, junto á una chimenea de mármol, insisten, muy serenos y tranquilos, por la conservación del régimen pasado, de la edad media, del derecho divino, del fanatismo, de la ignorancia, de la esclavitud, de la pena de muerte, de la guerra, glorificando á media voz y con la mayor finura y cortesía, las proezas del sable, de la hoguera y del cadalso. Por lo que hace á nosotros, si nos viéramos obligados á optar entre los bárbaros de la civilización y los civilizados de la barbarie, elegiríamos los bárbaros.

Pero, gracias al cielo, es posible aún otra elección. Ninguna caída á plomo es necesaria, ni hácia adelante ni hácia atrás. Ni despotismo, ni terrorismo. Nosotros queremos el progreso, en un suave y dulce declive.

Dios provee á esto. La suavidad de las pendientes y declives constituye toda la política de Dios.



Por este tiempo, con corta diferencia, Enjolras, en la prevision de algun acontecimiento posible, hizo una especie de censo ó empadronamiento misterioso.

Todos se hallaban reunidos en conciliábulo en el café Musain.

Mezclando con sus palabras algunas metáforas medio enigmáticas, pero significativas, dijo Enjolras:

— Conviene saber cuántos somos, y con quiénes se puede contar. Si se necesitan combatientes, será menester formarlos. Es preciso tener con qué sacudir. Esto nunca estará demas. Los transeuntes tienen siempre más probabilidades de sufrir algunas cornadas cuando hay baeyes á su paso que cuando no los hay. Por consiguiente, vamos á contar el ganado. ¿Cuántos somos? No se trata de aplazar este trabajo para mañana. Los revo-

lucionarios deben estar siempre de prisa; el progreso no tiene tiempo que perder; desconfiemos siempre de lo inesperado. No nos dejemos sorprender y coger al desprovisto ó desprevenidos. Es menester ir pasando la vista por todas las costuras que hemos hecho, y examinar su consistencia y solidez. Este es asunto que debe quedar hoy completamente terminado. Courfeyrac, tú te encargarás de ver á los potytécnicos. Es día de salida para ellos; hoy es miércoles. Feuilly, usted verá á los de la Glacière, ¿no es verdad? Combeferre me ha prometido que irá á Picpus. Allí hay todo un hormiguero excelente. Bahorel visitará la Estrápade. Prouvaire, los albañiles parecen tibios de algun tiempo á esta parte; tú nos traerás noticias de la logia de la calle de Grenelle-Saint-Honoré. Joly irá á la clínica de Dupuytren, y tomará el pulso á la Escuela de medicina. Bossuet dará una vuelta por el palacio de justicia, y conversará con los pasantes de abogado. Yo me encargó de la Cogurda.

— ¿Y está ya todo arreglado? dijo Courfeyrac.

— No.

— ¿Pues qué es lo que falta aún?

— Una cosa muy importante.

— ¿Qué cosa? preguntó Combeferre.

— La barrera del Maine, contestó Enjolras.

Enjolras permaneció un momento como absorto en sus reflexiones, y despues continuó:

— En la barrera del Maine, hay picapedreros, marmolistas, pintores, los prácticos de los talleres de escultura. Es una familia entusiasta, pero un tanto propensa á la tibieza. No sé lo que les pasa. Parece que piensan en otra cosa. Diríase que se apaga el fuego de su patriotismo. Pasan el tiempo en jugar al dominó. Urge mucho el ir á hablarles algo, y de firme. En casa de Richefeu es donde se reunen. Allí se los hallará entre doce y una del día.

Es menester soplar sobre aquellas cenizas. Para eso habia ya contado con ese distraido de Marius, que á pesar de todo es un buen chico, pero que ya no viene por aquí. Necesitaria álguien para la barrera del Maine, y no me queda ya nadie.

— ¿Pues y yo? dijo Grantaire, aqui me tienes á mí.

— ¿Tú?

— Yo.

— ¡Tú, adoctrinar republicanos! ¡tú, foguear, enardecer, en nombre de los principios, unos corazones entibiados!

— ¿Y por qué no?

— ¿Es que puedes tú ser bueno para algo en este mundo?

— Yo tengo, sin embargo, la vaga ambicion de poder ser útil, dijo Grantaire.

— Tú no crees en nada.

— Creo en ti.

— ¿Grantaire, quieres hacerme un servicio?

— Todos. Limpiarte las botas.

— Pues bien, no te mezcles en nuestros asuntos.

— Duermé tu borrachera.

— Eres un ingrato, Enjolras.

— ¡Serías tú hombre para ir á la barrera del Maine!

— ¡Habrias de ser tú capaz!...

Yo soy capaz de bajar á la calle de Grès, de atravesar la plaza de San Miguel, de oblicuar por la calle de Monsieur-le-Prince, de tomar la calle de Vaugirard, de ir más allá de los Carmelitas, de girar á la derecha por la calle de Assas, de llegar á la calle de Cherche-Midi, de dejar atrás el Consejo de guerra, de medir en cuatro trancos la calle de las Vieilles-Tuileries, de atravesar de un salto el boulevard, de seguir la calzada del Maine, de pasar la barrera, y de entrar en casa de Richefeuf. Soy capaz de todo esto. Mis zapatos son tambien muy capaces

— ¿Es que conoces algo á aquellos camaradas que se reúnen en casa de Richefeuf?

— No mucho. Nos tuteamos solamente.

— ¿Y qué es lo que les dirás?

— ¡Pardiez! les hablaré de Robespierre, de Danton, de los principios.

— ¡Tú!

— Yo. ¡Pero si á mí no se me hace justicia! Cuando yo pongo manos á la obra, soy terrible. He leído á Prudhomme, conozco el Contrato social, me sé de memoria la constitucion del año dos. « La Libertad del ciudadano » concluye donde empieza la Libertad de otro ciudadano. ¿ Por ventura me crees tú algun bruto? tengo en el cajon de mi mesa un antiguo asignado. ¡ Los Derechos del Hombre, la soberania del pueblo, caramba! ¡ ahí es nada! Y áun soy tambien algo hebertista. Ya podré yo espetarles y machacarles, por espacio de seis horas, reloj en mano, cosas estupendas.

— Trata de ser formal, dijo Enjolras.

— Yo soy montaraz, bravío, respondió Grantaire.

Enjolras se puso á cavilar algunos segundos, é hizo por último el gesto del hombre que adopta un partido.

— Grantaire, dijo con gravedad, consiento en ensayarte. Irás á la barrera del Maine.

Habitaba Grantaire un cuarto amueblado muy cerca del café Musain. Salió, y al cabo de cinco minutos ya estaba de vuelta. Habia ido á su habitacion á ponerse un chaleco á la Robespierre.

— Rojo, dijo al entrar y mirando fijamente á Enjolras.

En seguida, de una palmada energética, apoyó sobre su pecho las dos puntas de su chaleco de grana.

Y, acercándose á Enjolras, le dijo al oído

— Descuida.

Se caló el sombrero resueltamente, y se marchó.

Un cuarto de hora despues, la sala interior del café Musain estaba desierta. Todos los Amigos del A B C se habian ido, cada uno por su lado, á emprender su tarea. Enjolras, que se habia reservado la Cogurda, fué el último quesalió.

Los asociados de la Cogurda de Aix que se hallaban en Paris se reunian entonces en la llanura de Issy, en una de las canteras abandonadas que tanto abundan en aquel sitio.

Mientras que iba caminando hácia aquel punto de cita y de reunion, Enjolras iba tambien pasando revista á la situacion. La gravedad de los acontecimientos era evidente y manifiesta. Cuando los hechos, prodromos de una especie de enfermedad social latente, se mueven de una manera torpe y pesada, la menor complicacion los detiene como embargados en un atolladero. Fenómeno del cual provienen los hundimientos y los renacimientos. Enjolras entreveía una luminosa aparicion entre los pliegues tenebrosos del porvenir. ¿Quién sabe? tal vez se acercaba ya el momento. El pueblo recobrando de nuevo sus derechos, ¡qué hermoso espectáculo! la revolucion volviendo á tomar majestuosamente posesion de la Francia, y diciendo al mundo: ¡Se continuará mañana! Enjolras estaba contento. La hornaza daba calor. En aquel mismo instante, tenía él un reguero de pólvora de amigos esparcido por todo Paris; éiba componiendo, en su pensamiento, con la elocuencia filosófica y penetrante de Combeferre, el entusiasmo cosmopolita de Feuilly, el númen feliz de Courfeyrac, la risa simpática de Bahorel, la dulce melancolia de Juan Prouvaire, la ciencia profunda de Joly y los punzantes sarcasmos de Bossuet, una especie de centelleo y de chisporroteo eléctrico, prendiendo fuego á la vez, un poco en todas partes. Todos estaban manos á la obra. Deseguro que el resultado correspondiera á los esfuerzos. Pareciale pues que la cosa marchaba bien. Esto le hizo pensar en Grantaire. — Á propósito, dijo para sí, la barrera del Maine se halla casi en mi camino. ¿Y

si me llegara hasta á casa de Richefeu? Vamos á ver un momento lo que hace Grantaire, y qué es lo que ha adelantado.

La una estaba dando en el campanario de Vaugirard cuando llegó Enjolras al fumadero de Richefeu. Empujó la puerta, entró, cruzóse de brazos, dejando tras sí caer la puerta sobre sus espaldas, y en esta postura se quedó mirando el interior de aquella pieza llena de mesas, de hombres y de humo.

Una voz sobresalía en aquella bruma, vivamente cortada por otra voz. Era Grantaire dialogando con un adversario que habia encontrado allí.

Grantaire estaba sentado, frente á otra figura, junto á una mesa de mármol de Santa Ana jaspeado, constelada de dominós, y sacudia fuertes puñadas sobre aquel mármol. Hé aqui lo que oyó Enjolras:

— Doble seis.

— El cuatro.

— ¡El puercó! ya no tengo.

— Estás fuera. El dos.

— El seis.

— El tres.

— El as.

— Á mí me toca poner.

— Cuatro puntos.

— Con mucha dificultad.

— Ahora te toca á ti.

— He cometido una falta enorme.

— Vas bien.

— Quince.

— Siete más.

— Ya me hacen veintidos. (Cavilando.) ¡Veintidos!

— Tú no esperabas el doble seis. Si yo le hubiera puesto al principio, habria cambiado todo el juego.

- El mismo doble.
 — El as.
 — ¡El as! Pues bien, el cinco.
 — No tengo.
 — ¿Creo que eres tú quien has puesto?
 — Sí.
 — El blanco.
 — ¡Qué suerte tienes! ¡Ah! ¿conque tienes suerte?...
 (Larga cavilacion.) El dos.
 — El as.
 — Ni cinco ni as. Esto es cargante para la
 Dominó.
 — ¡Por vida del Dios Baco!

LIBRO SEGUNDO

EPONINA

EL CAMPO DE LA CALANDRIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

Marius había asistido al inesperado desenlace de la emboscada en cuyas huellas había él puesto á Javert: pero apenas salió este de la casucha Garbeau, llevándose sus prisioneros en tres fiacres, cuando Marius á su vez se escurrió fuera de la casa. Aún no eran más de las nueve de la noche. Marius se dirigió á casa de Courfeyrac. Courfeyrac no era ya el imperturbable morador del barrio latino; había ido á habitar en la calle de la Verrerie « por razones políticas; » este barrio era uno de aquellos en que la insurrección se

- El mismo doble.
 — El as.
 — ¡El as! Pues bien, el cinco.
 — No tengo.
 — ¿Creo que eres tú quien has puesto?
 — Sí.
 — El blanco.
 — ¡Qué suerte tienes! ¡Ah! ¿conque tienes suerte?...
 (Larga cavilación.) El dos.
 — El as.
 — Ni cinco ni as. Esto es cargante para la
 Dominó.
 — ¡Por vida del Dios Baco!

LIBRO SEGUNDO

EPONINA

EL CAMPO DE LA CALANDRIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

Marius había asistido al inesperado desenlace de la emboscada en cuyas huellas había él puesto á Javert: pero apenas salió este de la casucha Garbeau, llevándose sus prisioneros en tres fiacres, cuando Marius á su vez se escurrió fuera de la casa. Aún no eran más de las nueve de la noche. Marius se dirigió á casa de Courfeyrac. Courfeyrac no era ya el imperturbable morador del barrio latino; había ido á habitar en la calle de la Verrerie « por razones políticas; » este barrio era uno de aquellos en que la insurrección se

instalaba en aquella época con las mayores facilidades. Marius dijo á Courfeyrac : Vengo á pasar la noche en tu casa. Courfeyrac sacó un colchon de su cama, que tenía dos, le tendió en el suelo, y dijo : Ahí tienes donde pasarla.

Á la mañana siguiente, á eso de las siete, Marius volvió á la casucha, pagó el plazo de alquiler y lo que debía á la señá Bougon, hizo cargar en un carreton sus libros, su cama, su mesa, su cómoda y sus dos sillas, y se marchó, sin dejar las señas de su nueva morada; de modo que, cuando Javert volvió allí aquella misma mañana, con el objeto de interrogar á Marius acerca de los sucesos de la víspera, no encontró sino á la señá Bougon que le respondió : ¡Se ha mudado!

La señá Bougon estaba convencida de que Marius era algo cómplice de los ladrones cogidos allí la noche ántes. — ¿Quién lo hubiera dicho? exclamaba ella en casa de los porteros del barrio, un jóven que más bien parecía una muchachita!

Dos razones habian movido á Marius para efectuar aquella mudanza tan repentina. La primera, el horror que le inspiraba ya aquella casa, donde habia él visto, tan de cerca y en todo su mayor desarrollo y su más repugnante y feroz ostentacion, una fealdad social más horrenda aún tal vez que el rico malvado á el pobre malvado. La segunda, porque no queria él figurar en la causa, cualquiera que ella fuese, que se seguiria probablemente, por no verse obligado á declarar contra Thénardier.

Javert creyó buenamente que aquel jóven, cuyo nombre no habia él conservado, habria tenido miedo y se habria ahuyentado de allí, ó bien que tal vez no habia entrado aún él en su cuarto en el momento de la emboscada. Sin embargo, hizo algunas diligencias para volverle á hallar, pero no lo consiguió.

Transcurrió un mes, y despues otro. Marius continuaba

siempre viviendo con Courfeyrac. Por un jóven pasante de abogado y habitual paseante de la sala de Pasos-Perdidos, supo él que Thénardier se hallaba incomunicado. Todos los lúnes hacia entregar Marius al alcaide de la prision de la Force cinco francos para Thénardier.

No teniendo ya dinero, Marius le tomaba prestado de Courfeyrac. Era esta la primera vez que en su vida habia él pedido dinero prestado. Estos cinco francos periódicos eran un doble enigma, para Courfeyrac que los daba y para Thénardier que los recibia. — ¿ Á quien irá á parar esto? decia para sí Courfeyrac. — ¿ De dónde me vendrá esto? se preguntaba Thénardier.

Por lo demas, Marius se hallaba afligido en extremo. Todo habia vuelto á entrar para él en un escotillon. Ya no veia nada en su presencia; su vida se sumergió de nuevo en aquella sombra misteriosa donde él á tientas divagaba. Habia vuelto á ver, por un momento, muy cerca, en aquella lóbrega mansion, á la jóven á quien amaba y al anciano que parecia ser su padre, á aquellos seres desconocidos que constituian su único interes y su única esperanza en este mundo; y en el momento en que creia haberlos encontrado para no perderlos ya de vista jamas, un soplo se habia llevado todas aquellas sombras. Ni un solo rayo, ni una sola chispa de certidumbre y de verdad habia salido siquiera de un choque tan extraordinario y tan espantoso. Ninguna conjetura le era ya posible. Ni aún sabia el nombre que hasta entónces creia saber. De seguro que ya no era Úrsula; y la Calandria era apodo. Pero, ¿ qué pensar del anciano? ¿ Se ocultaba él, en efecto, de la policia? Al instante le vino á la memoria aquel obrero de las melenas blancas que encontró él un dia en las cercanias de los Inválidos. Ahora ya le parecia probable que aquel obrero y el señor Leblancera el mismo hombre. ¿ Luego se disfrazaba? Aquel hombre tenia ciertos aspectos heroicos y ciertos aspectos

equivocos? Por qué no habia gritado pidiendo auxilio? ¿por qué se fugó? ¿era él, sí ó no, el padre de aquella jóven? por último, ¿era él en realidad el hombre á quien Thénardier habia creído reconocer? ¿seria tal vez que Thénardier se hubiera engañado? Todos estos eran para él otros tantos problemas sin solucion y sin salida. Es verdad que todo esto no disminuía en nada los angélicos encantos de la jovencita del Luxemburgo. ¡Triste desamparo! ¡angustia punzante! Marius tenía una pasion en el alma y la noche en los ojos. Hallábase al mismo tiempo impelido y atraído, y no le era dado moverse siquiera. Todo para él se habia desvanecido, excepto el amor. Aun del amor habia él perdido los instintos vivaces y las súbitas inspiraciones. Generalmente esta llama que nos abrasa nos ilumina tambien algo, derramando sobre nosotros algun resplandor útil para la vida exterior. Pero Marius no oía ya estos sordos consejos de la pasion. Jamas se decia él: ¿Y si fuese yo allá? ¿y si probase á hacer tal cosa? Aquella á quien él no podia ya apellidar Úrsula estaba sin duda en alguna parte: nada, ningun indicio advertia á Marius hácia qué lado convenia buscar. Toda su vida podia resumirse ahora en dos palabras: una incertidumbre absoluta en una bruma impenetrable. En cuanto á volverla á ver, él aspiraba siempre á ello, pero no abrigaba ya la menor esperanza.

Para colmo de desventura, la miseria volvia á acometerle de nuevo; sintiendo ya muy cerca, y detras de él, el soplo de aquel cierzo glacial. En todas estas tormentas, y desde mucho tiempo ántes ya, habia él interrumpido las tareas de su trabajo, y nada es tan peligroso como el trabajo interrumpido; el hábito se va y se extingue. Hábito fácil de abandonar, y harto difícil de recobrar una vez abandonado.

Cierta cantidad de ensueños y delirios es buena, como lo es un narcótico en discreta dosis. Esto sirve para ador-

mir las fiebres, duras á veces, de la inteligencia en asiduo ejercicio, y hace que emane del espíritu un vapor suave y fresco que corrige los demasiado ásperos contornos del pensamiento puro, rellena acá y acullá los vacíos é intervalos, liga las ensambladuras y esfuma la parte angulosa de las ideas. Pero demasiado delirar y demasiado soñar sumerge y ahoga. ¡Desgraciado del trabajador del espíritu que se deja caer enteramente desde el pensamiento en el delirio! Cree que volverá á ascender en esa escala con facilidad, y dice para sí que, sobre todo, viene á ser lo mismo. ¡Se equivoca!

El pensamiento es la obra de la inteligencia, el delirio es su deleite. Reemplazar el pensamiento por el ensueño y el delirio es confundir un veneno con un alimento.

Marius, segun recordará el lector, habia empezado por aquí. Sobrevinole despues la pasion y acabó de precipitarle en las quimeras sin objeto y sin fondo. Ya no salia de casa sino para ir á soñar. Alumbramiento perezoso. Abismo tumultuoso y estancado. Y, á medida que el trabajo disminuía, las necesidades aumentaban. Esto es una ley. El hombre, en ese estado de ensueño y de desvarío, es naturalmente pródigo y flojo. Un espíritu suelto y dilatado no es posible que tenga la vida estrecha. En este modo de vivir, hay bien mezclado de mal, pues si el enervamiento es funesto, la generosidad es sana y buena. Pero el hombre pobre, generoso y noble, que no trabaja, está perdido. Los recursos se agotan, y las necesidades surgen y se multiplican cada dia.

Pendiente fatal, por donde son arrastrados los más probos y los más firmes, como los más débiles y los más viciosos, y que acaba en uno de estos precipicios, el suicidio ó el crimen.

Á fuerza de salir para ir á soñar, llega un dia en que se sale para ir á arrojarse al rio.

El exceso de delirio produce los Escousse y los Lebras.

Marius iba descendiendo esta pendiente, á paso lento y fijos los ojos en aquella á quien ya no veía. Lo que acabamos de escribir aquí parece extraño, y sin embargo es cierto. La memoria de un ser ausente se aviva y se enciende en las tinieblas del corazón; cuanto más ha desaparecido, tanto más irradia y resplandece; el alma desesperada y oscura ve esta luz en su horizonte, como una estrella de la noche interior. ¡Ella! aquí se cifraba todo el pensamiento de Marius. No soñaba en ninguna otra cosa; percibiase él confusamente de que su frac viejo se hacia ya un frac imposible, es decir, de todo punto inservible, y que su frac nuevo se convertía á toda prisa en frac viejo, que sus camisas se usaban, que su sombrero se deterioraba, que sus botas se desgastaban, es decir, que su vida se iba consumiendo, y decía para sí: ¡ Si pudiera volverla á ver una vez siquiera ántes de morir!

Una sola idea grata le quedaba, y es que Ella le había amado, que su mirada se lo había dicho, que ella no conocía su nombre, pero que conocía su alma, y que tal vez allí doquiera que estuviese, cualquiera que fuese aquel lugar misterioso, ella le amaba aún. ¿ Quién sabe si ella no pensaría en él, como él pensaba en ella? Á veces, en ciertas horas inexplicables, como las tiene todo corazón que ama, no teniendo sino motivos de dolor, y sintiéndose sin embargo un oscuro y súbito estremecimiento de alegría, decía él para sí: ¡ Esto debe de ser sus pensamientos que vienen hácia mí! — Y despues añadía: Tal vez mis pensamientos llegan hasta ella también.

Esta ilusión, sobre la cual movía él la cabeza un momento despues, en señal de pena, de duda y de desesperación, lograba sin embargo derramar en su alma ciertos rayos que á veces se asemejaban á la esperanza. De vez en cuando, sobre todo á esas horas de la tarde que más sue-

len entristecer al que sueña, dejaba él caer sobre un cuaderno de papel donde ninguna otra cosa se hallaba escrita, lo más puro, lo más impersonal, lo más ideal de los delirios con que el amor le poblaba el cerebro. Á esto le llamaba él « escribirla. »

Y no se crea que su razon se hallaba descompuesta. Al contrario. Había él perdido la facultad de trabajar y de moverse firmemente hácia un objeto determinado; pero poseía más que nunca la perspicacia y la rectitud. Marius veía á una luz serena y real, aunque singular, todo cuanto á su vista pasaba, hasta los hechos y los hombres más indiferentes; formando de todo ello el juicio más cabal y exacto que él expresaba brevemente con una especie de abatimiento honrado y de cándido desinterés. Casi destacado de la esperanza, este juicio se cernía manteniéndose siempre á cierta elevación.

En tal situación de espíritu, nada se le escapaba, nada le engañaba, y á cada instante descubría él el fondo de la vida, de la humanidad y del destino. Dichoso, aún en las mayores angustias, aquel á quien Dios ha dado un alma digna del amor y de la desgracia! El que no ha visto las cosas de este mundo y el corazón de los hombres á esa doble luz, nada ha visto en el campo de la verdad y nada sabe.

El alma que ama y que sufre se halla en un estado sublime.

Por lo demas, los dias se iban sucediendo sin que nada nuevo se presentara. Parecía solamente que el espacio sombrío que le quedaba que recorrer se estrechaba y disminuía á cada instante. Creía él ya entrever distintamente el borde de aquel escarpe sin fondo.

— ¡ Cómo! se repetía, sería posible que no volviese yo á verla ántes!

Quando se ha subido la calle de Saint-Jacques, dejado á

un lado la barrera y seguido algun tiempo á la izquierda el antiguo boulevard interior, se llega á la calle de la Santé, despues á la C^ocière, y un poco ántes de llegar al arroyo de Gobelins, se encuentra una especie de campo que es, en el largo y monótono recinto de los boulevards de París, el único sitio donde Ruisdael tendria tentaciones de sentarse.

Allí se encuentra ese no sé qué de donde se desprende la gracia, una verde pradera atravesada de largas cuerdas tendidas donde unos pingajos se secan al viento, una antigua granja de hortelanos construida en tiempo de Luis XIII, con su gran tejado caprichosamente agujereado de guardillas, unas empalizadas en ruinas, un poco de agua entre unos álamos, mujeres, risas, voces; y en el horizonte, el Panteon, el árbol de los Sordos-Mudos, el Val-de-Grâce, negro, rechoncho, fantástico, divertido, magnifico, y en el fondo, la severa cumbre cuadrada de las torres de Nuestra Señora.

Como aquel sitio no vale la pena de ser visto, nadie va á visitar jamas. Todo lo más que pasa por allí es una carreta con su carretero cada cuarto de hora.

En cierta ocasion sucedió que los paseos solitarios de Marius le condujeron á este terreno, junto á esta agua. Aquel dia habia en este boulevard una rareza, un transeunte. Vagamente sorprendido del encanto casi salvaje del sitio, preguntó á aquel pasajero: — ¿Cómo se llama este paraje?

El transeunte respondió: — Este es el campo de la Calandria.

Y añadió: — Aquí fué donde Ulbach mató á la pastora de Iyry.

Pero despues de esta palabra: la Calandria, ya Marius no habia oido nada. En la situacion del que sueña, hay de esas congelaciones súbitas que una sola palabra basta para producir las. Todo el pensamiento se condensa bruscamente en derredor de una idea, y ya no es capaz de ninguna otra percepcion. La Calandria, tal era el nombre que, en las pro-

fundidades de la melancolia de Marius, habia reemplazado á Úrsula. — Vaya, dijo él para sí, en la especie de estupor irreflexivo que es propio de estos « aparte » misteriosos, este es su campo. Aquí sabré donde ella habita.

Esto era absurdo, pero irresistible.

Y todos los dias venia él ya á este campo de la Calandria.

la cuenta, puesto que se hallaba libre. Por lo que hace á Eponina, Javert la habia hecho « recobrar, » ó poner á buen recaudo á última hora, lo cual era siempre un consuelo mediocre para él. Eponina fué á acompañar á Azelma en la cárcel de las Madelonetas.

Por último, en la travesía de la casucha Gorbeau á la prision de la Force, uno de los principales presos, Claquesous, se habia escabullido. Nadie podia darse razon de cómo habia sucedido esto; los guardas y los agentes de policia « no comprendian nada » de semejante desaparicion; aquel hombre se habia convertido sin duda en vapor, se habia soltado de las esposas y escurrido de entre las cuerdas que le sujetaban, se habia colado tal vez como el viento por las rendijas del carruaje, estaba rajado el fiacre y él se habia volado como el humo? No se sabia qué decir, sino que, al llegar á la cárcel, ya no pareció Claquesous. Habia en esto algo de duendes ó hechizos, ó de la policia. ¿ Se habia derretido Claquesous en las tinieblas, como un copo de nieve en el agua? ¿ Habia habido en tan extraño eclipse secreta connivencia de los agentes? ¿ Pertenecia tal vez aquel hombre al doble enigma del desorden y del orden? ¿ Era él concéntrico á la infraccion y á la represion? ¿ Tenia acaso aquel esfinge las patas delanteras en el crimen y las patas traseras en la autoridad? Javert no aceptaba tales hipótesis, semejantes combinaciones, y se le habria á él erizado el pelo y se habria sublevado su espiritu contra tales compromisos; pero su escuadra comprendia otros inspectores que él, tal vez más iniciados que él mismo, aunque eran sus subordinados, en los secretos de la prefectura, y Claquesous era un malvado de tal especie, que podia ser al mismo tiempo un muy buen agente. Hallarse en tan íntimas relaciones de escamoteo con la noche, era una cosa excelente para el bandidaje y admirable para la policia. Existen algunos de estos bri-



El triunfo de Javert en la casucha Gorbeau habia sido completo, pero no lo habia sido enteramente.

En primer lugar, y esto era lo que le tenia más inquieto, Javert no habia hecho prisionero al prisionero. El asesinado que se evade es más sospechoso aún que el asesino; y es probable que aquel personaje, tan preciosa captura para los bandidos, no era tampoco mala presa para la autoridad.

Ademas, Montparnasse tambien se le habia escapado á Javert.

Era menester esperar otra ocasion para echar el guante á aquel « lechuguinito del diablo. » Con efecto, habiendo encontrado Montparnasse á Eponina, al tiempo que estase hallaba en acecho bajo los árboles del boulevard, se le habia llevado consigo, prefiriendo ser Nemorin con la hija á ser Schinderhannes con el padre. Y á fe que le salió bien

bones de dos filos, ó que hacen á pluma y á pelo. Sea lo que quiera, el hecho es que Claquesous, una vez perdido, no se le volvió á encontrar. Javert se mostró más irritado que admirado de este suceso.

Por lo que hace á Marius, «aquel bobo de abogado que probablemente había tenido miedo,» y cuyo nombre había olvidado Javert, tenía este poco interés en saber de él. Por lo demás, un abogado, es cosa que se vuelve á hallar siempre. ¿Pero sería él solamente un abogado?

Ya había comenzado la información.

El juez de instrucción creyó útil no poner en incomunicación á uno de los hombres de la banda Patron-Minette, esperando que charlaría algo. Este hombre era Brujon, el melencólico de la calle del Petit-Banquier. Le habían soltado en el patio de Carlomagno, y la vista de los celadores no se apartaba de él un instante.

Este nombre de Brujon es una de las memorias de la Force. En el horrible patio llamado del Edificio-Nuevo, que la administración denominaba de San Bernardo, y que los ladrones bautizaron con el nombre de la Fosa-de-los-Leones, en aquella pared cubierta de escamas y de lepra que ascendía á la izquierda hasta la altura de los tejados, junto á una puerta vieja de hierro, herrumbrosa, que conducía á la antigua capilla del palacio ducal de la Force, convertida en dormitorio de ladrones y asesinos, veíase aún, hace doce años, una especie de bastilla groseramente esculpida con un clavo en la piedra, y por bajo de ella esta firma:

BRUJON, 1811.

El Brujon de 1811 era el padre del Brujon de 1832.

Este último, á quien sólo se pudo entrever en la emboscada Gorgebeau, era un robusto mozo, muy astuto y muy diestro, que tenía un semblante como pasmado, aturdido y plañidero. Estas trazas de aturdido fueron las que deter-

minaron al juez de instrucción á soltarle, creyéndole más útil en el patio de Carlomagno que incomunicado en un calabozo.

Los ladrones no interrumpen sus operaciones porque estén en manos de la justicia. No se apuran ellos por tan poca cosa. El hallarse en la cárcel por un crimen, no impide el comenzar desde allí mismo la perpetración de otro crimen. Son artistas que tienen un cuadro en la sala, pero que no por eso dejan ellos de trabajar en una nueva obra que está en su taller.

Brujon parecía estupefacto en la cárcel. Veíanle á veces horas enteras en el patio de Carlomagno, de pié junto al ventanillo del cantinero, contemplando como un idiota aquel sórdido cartel donde estaba escrita la tarifa de precios de la cantina, y que empezaba por: *ajo, 62 centimos*, y acababa por: *cigarro, cinco centimos*. Ó bien pasaba el tiempo temblando, dando diente con diente, diciendo que tenía calentura, y averiguando si estaba vacante alguna de las veintiocho camas destinadas á los calenturientos.

De improviso se supo, hacía la segunda quincena de Febrero del año 1832, que Brujon, aquel adormecido y amodorrado, había hecho practicar, por los mandaderos de la casa, no en su nombre, sino bajo el nombre de otros tres de sus camaradas, tres comisiones diferentes, las cuales le habían costado, en todo, unos cincuenta sueldos, gasto exorbitante, que llamó la atención del cabo de los presos.

Pasaron á adquirir informes, y consultando la tarifa de los mandados, que se hallaba expuesta al público en el locutorio de los presos, se llegó á saber que los cincuenta sueldos se descomponían de esta manera; tres recados; uno al Panteon, diez sueldos; otro al Val-de-Grâce, quince sueldos; y el tercero á la barrera de Grenelle, veinticinco sueldos. Este era el más caro de toda la tarifa. Ahora bien en el Panteon, en el Val-de-Grâce, y en la barrera de Gre-

nelle se hallaban precisamente los domicilios de tres vagabundos rondantes de barrera muy temibles, Kruideniers, alias Bizarro, Glorieux, presidiario licenciado, y Barre-Carrosse, hácia quienes se dirigieron desde entonces, con motivo de este incidente, las miradas de la policía. Créase adivinar que estos hombres estaban aliados á Patron-Minette, de cuya banda habian caído en el garlito dos jefes, Babet y Gueulemer. Se llegó á suponer desde luego que en los envíos de Brujon, entregados, no en domicilio determinado, sino á gentes que estaban esperando en la calle, debía de haber ciertos avisos para algun crimen que se estaba tramando. Aún se tenían otros indicios, se echó mano á los tres vagabundos, y se creyó haber olfateado la maquinacion de que Brujon se ocupaba.

Como una semana despues de haberse tomado estas medidas, un celador de ronda que inspeccionaba una noche el dormitorio de abajo del Edificio-Nuevo, en el momento de depositar él su castaña en la caja de las castañas, — pues tal era el medio empleado para asegurarse de que los celadores hacian exacta y puntualmente su servicio; cada hora debía caer una castaña en todas las cajas ó cepillos clavados á las puertas de los dormitorios; — un celador vió, pues, por la trampilla ó júdas del dormitorio á Brujon sentado en la cama y escribiendo alguna cosa á la claridad de la lamparilla. El celador entró, encerraron á Brujon por un mes en el calabozo, pero no se pudo coger ni por consiguiente averiguar lo que habia escrito. La policía no pudo saber más sobre esto.

Lo cierto es que, al dia siguiente, fué lanzado « un postillon » desde el patio Carlomagno á la Fosa-de-los-Leones por encima del edificio de cinco pisos que separaba los dos patios.

Los presos dan el nombre de postillon á una bola de pan

artísticamente amasada que se envía á Irlanda, es decir, por encima de los tejados de una cárcel, de uno á otro patio. Etimología: por encima de la Inglaterra, de la una á la otra tierra; á Irlanda. Esta bola cae en el patio, el que la recoge la arbre, y encuentra dentro una esquela dirigida á algun preso del patio. Si es otro preso el que hace el hallazgo, entrega al instante la esquela al individuo á quien está destinada; si es un celador, ó alguno de los presos secretamente vendidos, y á quienes dan el nombre de carneros en las cárceles y de zorros en los presidios, la esquela pasa á manos del alcaide, quien la entrega á la policía.

Esta vez el postillon llegó á su destino, bien que aquel á quien el mensaje iba encaminado se hallase á la sazón ausente de aquel sitio. Aquel á quien estaba dirigida la esquela era nada ménos que Babet, uno de los cuatro jefes de Patron-Minette.

El postillon contenia un papel enrollado en el cual no se leian sino estas dos líneas:

— Babet. Hay un negocio que hacer en la calle de Plumet. Una verja que da á un jardín.

Este era el negocio que Brujon habia escrito aquella noche.

En despacho de todos los registros y escudriños, Babet halló medio de hacer que pasara aquella esquela desde la Force hasta la Salpêtrière, á manos de una « buena amiga » que él tenía allí y que estaba encerrada. Esta mujer á su vez transmitió el papel á otra á quien ella conocia, la llamada Magnon, muy vigilada por la policía, pero que aún no habia sido reducida á prision. Esta Magnon, cuyo nombre ha visto ya el lector, tenía con la Thénardier ciertas relaciones que precisaremos más adelante, y podia, yendo á ver á Eponina, servir como de puente entre la Salpêtrière y las Madelonetas.

Sucedió justamente que, en este mismo momento, faltando pruebas suficientes en la instrucción dirigida contra los Thénardier con respecto á sus hijas, Eponina y Azelma fueron puestas en libertad.

Cuando Eponina salió á la calle, Magnon, que la esperaba puesta en acecho á la puerta de las Madelonetas, la entregó la esquila de Brujon á Babet, encargándola de explorar el negocio.

Eponina pasó á la calle de Plumet, reconoció la verja y el jardín, observó la casa, espío, acechó, y al cabo de algunos días, llevó á la Magnon, que habí'aba en la calle de Clocheperce, un bollo que Magnon transmitió á la querida de Babet en la Salpêtrière. Un bollo, ó un bizcocho, en el tenebroso simbolismo de las prisiones, significa: *nada hay que hacer allí*.

De modo que, á ménos de una semana de suceder esto, como Babet y Brujon se cruzasen en el camino de ronda de la Force, yendo el uno « á la instrucción » y viniendo el otro:

— ¿Y bien, preguntó Brujon, la calle de P.?

— Bizcocho, respondió Babet.

Así abortó este feto de crimen concebido por Brujon en la Force.

Este aborto sin embargo tuvo sus consecuencias, enteramente extrañas al programa de Brujon. Ya las veremos despues.

Con frecuencia sucede que, creyendo anudar un hilo, es otro el que se ata.



III

APARICION AL TIO MABEUF

Marius no solia ya ir á visitar á nadie, sólo que le sucedia algunas veces el encontrarse con el tío Mabeuf.

Mientras que Marius descendia lentamente esas gradas lúgubres que pudieran llamarse la escalera de las cuevas, y que conducen á ciertos lugares sin luz donde se oye á los afortunados marchar sobre vuestras cabezas, el señor Mabeuf descendia también á su vez.

La *Flora de Caunterez* no se vendia ya absolutamente. Las experiencias sobre el añil no habian sido coronadas de buen éxito en el jardinito de Austerlitz, que se hallaba mal expuesto al sol. El señor Mabeuf no podia cultivar allí sino algunas plantas raras que requieren humedad y sombra. Sin embargo, él no se desanimaba. Habia obtenido un pequeño terreno en el Jardín de las Plantas, en muy buena exposicion, con el objeto de hacer allí, « á

sus expensas, » los ensayos de añil. Para hacer esto había puesto en el monte de piedad los cobres de su *Flora*. Había reducido su almuerzo á un par de huevos, de los cuales dejaba uno para su anciana criada, cuyo salario no pagaba hacia ya quince meses. Y muchas veces este almuerzo era su única comida. Ya no reía con aquella risa infantil que ántes se notaba en él, se había vuelto meditabundo y triste y no recibía ya visitas. Hacía bien Marius en no pensar nunca en ir por aquella casa. Á veces, á la hora en que el señor Mabeuf iba al Jardín de las Plantas, el anciano y el joven se cruzaban en el boulevard del Hospital. Nada hablaban, limitándose á saludarse tristemente con un signo de cabeza. Cosa desgarradora, en verdad, que hay un momento en que la miseria disuelve y desata los lazos de la amistad! Eran dos amigos, y ya no son sino dos transeuntes.

El librero Royol había muerto. El señor Mabeuf no conocía ya más que sus libros, su jardín y su añil; estas eran las tres formas que habían tomado para él la dicha, el placer y la esperanza; y esto le bastaba á él para vivir. Solía decirse: — Cuando haya conseguido hacer mis bolas de azul, me enriqueceré, sacaré mis láminas de cobre del monte de piedad, volveré á poner en boga mi *Flora* á fuerza de charlatanismo, de grandes redobtes de tambor y de anuncios en los periódicos, y compraré, bien me sé yo dónde, un ejemplar del *Arte de navegar* de Pedro de Medina, con grabados en madera, edicion de 1559. — Entre tanto, trabajaba todo el día en su cuadro de añil, y por la tardecita entraba en su casa, á regar su jardín y á leer sus libros. El señor Mabeuf contaba en esta época muy cerca de ochenta años.

Una tarde tuvo cierta singular aparicion.

Había entrado en su casa cuando aún era de día muy claro. Latía Plutarco, cuya salud se iba descomponiendo,

estaba indispuesta y se había acostado. Él había comido de un hueso donde quedaba un poco de carne y un pedazo de pan que encontró sobre la mesa de la cocina, y se había sentado despues sobre un recanton de piedra tendido en el suelo que le servía de banco en su jardín.

Junto á este banco se hallaba, segun era de uso en los antiguos jardines-huertos, un gran cajon formado con vigas y tablas, muy deteriorado ya, madriguera de conejos en su piso bajo y frutero en el alto. En la madriguera no había conejo ninguno, pero en el frutero había algunas manzanas, restos de la provision de invierno.

El señor Mabeuf se había puesto á hojear y á leer, sirviéndose de sus anteojos, dos libros que le apasionaban, y aún, cosa más grave en su edad, le preocupaban mucho. Su natural timidez le hacía propenso á la aceptacion de ciertas supersticiones. El primero de estos libros era el famoso tratado del presidente Delancere, *De la inconstancia de los demonios*, y el otro era un tomo en cuarto, de Mutor de la Rubandiére, *Sobre los diablos de Vauvert y los duendes de la Bièvre*. Este último libraco le interesaba con tanta más razon, cuanto que su jardín había sido uno de los sitios más frecuentados por los duendes en la antigüedad. El crepúsculo empezaba ya á blanquear los puntos elevados y oscurecer los sitios bajos que tocan á la tierra. Mientras que estaba leyendo, el tio Mabeuf levantaba los ojos de vez en cuando por encima del libro que tenía en las manos, y consideraba sus plantas, entre otras un rosago magnifico que era uno de sus consuelos; cuatro dias de bochorno, de viento y de sol, sin una gota de agua, acababan de pasar; los tallos se encorvaban, los capullos se inclinaban, las hojas caian, todo aquello tenía grande necesidad de riego; especialmente el rosago estaba mustio y triste. El tio Mabeuf era una de esas personas para quienes las plantas tienen alma. El anciano había

trabajado durante todo el día en su cuadro de añil, y se hallaba rendido de cansancio; sin embargo, se levantó, colocó sus libros sobre el banco, y se fué andando, todo él encorvado y con pasos inseguros, en dirección del pozo; pero cuando hubo cogido la cadena, no pudo siquiera tirar de ella lo suficiente para desengancharla. Entonces se volvió y alzó una mirada de angustia hacia el cielo que se iba ya poblando de estrellas.

Aquella noche, ó anochecer, tenía esa serenidad que agobia y oprime los dolores del hombre bajo no sé qué especie de lúgubre y eternal placer. La noche prometía ser tan árida como había sido el día.

— ¡ Estrellas por todos partes, dijo para sí el anciano; ni siquiera la más pequeña nube! ni una lágrima de agua!

Y su cabeza, que se había levantado un momento, volvió á caer sobre su pecho.

Levantóla de nuevo, y miró otra vez al cielo murmurando:

— ¡ Una lágrima de rocío! ¡ un poco de conmiseración! Probó segunda vez á desprender la cadena del pozo, y no pudo.

En este momento oyó una voz que decía:

— ¿ Tío Mabeuf, quiere usted que yo le riegue su jardín?

Al mismo tiempo se hizo sentir un ruido como de algún animal, de caza mayor, que atravesaba el seto, y vió salir de entre aquellas malezas una especie de muchachona flacucha que se le plantó por delante mirándole con desdén. Aquella aparición tenía menos trazas de persona humana que de una forma que acababa de crear la sombra crepuscular de la tarde.

Antes que el tío Mabeuf, que se asustaba con facilidad, y que tenía, como hemos dicho, una grande propensión al espanto, hubiera podido responder ni una sola sílaba, aquel ser, cuyos movimientos tenían en la oscuridad una

especie de vivacidad brusca, había ya descolgado la cadena, sumergido y sacado el cubo, llenado de agua la regadera, y el buen hombre contemplaba embaido aquella aparición que tenía los piés desnudos y una falda hecha jirones, corriendo por los acirates, visitando los cuadros y distribuyendo la vida en derredor de ella. El ruido que hacía la regadera sobre las hojas llenaba de gozo y de arrobamiento el alma del tío Mabeuf. Parecíale que ahora ya el rosago era dichoso.

Vaciado el primer cubo, la moza sacó un segundo, y después un tercero, hasta que regó todo el jardín.

Al verla así andar por aquellas veredas donde su figura aparecía enteramente negra, agitando entre sus grandes brazos angulosos su pañoleta recortada y hecha añicos, ofrecía algo del aspecto de un murciélago.

Luégo que hubo concluido, acercóse á ella el tío Mabeuf, con las lágrimas en los ojos, y la puso la mano en la frente.

— Dios la bendecirá á usted, la dijo, usted es un ángel, puesto que tanto cuidado tiene con las flores.

— No, respondió ella, yo soy el diablo, pero me es igual.

El viejo exclamó, sin esperar y sin oír su respuesta:

— ¡ Qué lástima que sea yo tan desgraciado y tan pobre, y que nada pueda hacer por usted!

— Algo puede usted hacer, replicó ella.

— ¿ Qué?

— Decirme dónde vive el señor Marius.

El anciano no comprendió.

— ¿ Qué señor Marius es ese?

Levantó el su mirada vidriosa y pareció como que buscaba algo desvanecido.

— Un jóven que hace algun tiempo venía aquí.

— Sin embargo, el señor Mabeuf había rebuscado en su memoria.

— ¡ Ah! sí... exclamó, ya sé lo que usted quiere decir.

Espere usted: el señor Marius... el baron Marius Pont-mercy, ¡pardiez! vive... ó más bien, ya no vive... ah bien, yo no sé.

Y mientras esto decía, se había inclinado al suelo para sujetar una rama del rosago, y continuó:

— Oiga usted, ahora que me acuerdo: suele él pasar muy á menudo por el boulevard, y va hácia el lado de la Filacière; á la calle de Croulebarbe; al campo de la Calandria. Vaya usted por allí. No es difícil hallarle.

Cuando el señor Mabeuf se incorporó, ya no había allí nadie, la joven había desaparecido.

Decididamente, tuvo él algun miedo.

— De veras, dijo para sí, si no viera que ha regado mi jardín, creeria que eso era un espíritu.

Una hora despues, cuando ya estaba acostado, volvió á acordarse de esto, y al tiempo de adormecerse, en ese momento, turbio y confuso, en que el pensamiento, semejante á aquel pájaro fabuloso que se transforma en pescado para pasar el mar, va tomando poco á poco la forma de delirio para atravesar el sueño, decíase él medio adormido:

— En verdad, que eso se parece bastante á lo que la Ruhauti re refiere de los duendes. ¿ Si será algun duende?

IV

APARICION Á MARIUS

Algunos días despues de esta visita de un « espíritu » al tío Mabeuf, una mañana, — era un lunes, el día en que Marius pedía prestada la moneda de cinco francos á Courfeyrac para enviársela á Thénardier, — Marius se había metido en el bolsillo esta moneda de cien sueldos, y ántes de llevársela al alcaide, había ido á « pasearse un poco, » confiado en que, á su vuelta, esto le haría trabajar. Por lo demas, siempre hacía lo mismo. Desde el momento en que se levantaba, se sentaba frente á un libro y una hoja de papel para borrajear alguna traduccion. En esta ocasion traía él entre manos una tarea que consistia en hacer la version en frances de una célebre querella de alemanes, la controversia de Gans y de Savigny; tomaba á Savigny, ompulsaba á Gans, leía cuatro líneas, probaba á escribir una, no podia, veía una estrella siempre entre su papel y

el, y se levantaba de su silla diciendo: — Voy á salir. Eso me dará alientos para trabajar después.

Y se iba al campo de la Calandria.

Allí veía el más que nunca la estrella, y ménos que nunca á Gans y á Savigny.

Volvióse á casa, probaba á continuar su tarea, pero sin poder conseguirlo; no había medio de reanudar ni uno solo de los hilos rotos en su 3.º rebro. Entónces se decía: — Mañana no saldré. Eso es lo que me impide trabajar. — Y no dejaba de salir ningún día.

Más habitaba él en el campo de la Calandria que en el cuarto de Courfeyrac. Las verdaderas señas de su casa eran estas: boulevard de la Santé, en el séptimo árbol después de la calle de Croulebarbe.

Aquella mañana, se había él separado de este séptimo árbol, y sentábase sobre el parapeto del arroyo de Gobelins. Un sol alegre penetraba por las hojas frescas, dilatadas y enteramente luminosas.

Él no cesaba un instante de soñar con «Ella,» y su ensueño, convertido en reproche, recaía sobre él mismo: pensaba tristemente en la pereza, en aquella parálisis del alma que le dominaba, y en aquella noche que se iba haciendo, de instante en instante, cada vez más lóbrega para él, en términos que ni siquiera distinguía ya el sol de la mañana.

— Sin embargo, en medio de este penoso desprendimiento de ideas indistintas que no eran siquiera un monólogo, tanto se iba debilitando en él la acción, faltándole hasta la fuerza de querer desconsolarse, en medio de esta absorción melancólica, llegábanle las sensaciones del exterior. Oía detras de él, debajo de él, en ambas orillas del arroyo, á las lavanderas de Gobelins golpear la ropa, y por encima de su cabeza, á los pájaros garlar y cantar entre los olmos. Por un lado, el ruido de la libertad, de la indiferencia dichosa, del ocio con alas; y por otro, el ruido del

trabajo. Espectáculo que le hacía soñar profundamente, y casi reflexionar, este de dos ruidos alegres.

De improviso, en medio de su éxtasis opresor, oyó una voz conocida que decía:

— ¡Toma! ¡aquí está!

Levantó los ojos, y reconoció á aquella desdichada criatura que había ido una mañana á su cuarto, la mayor de las hijas de Thénardier, Eponina; ahora sabía él ya cómo se llamaba. Cosa singular, se hallaba empobrecida y embellecida, dos pasos que parecía extraño hubiera ella podido dar. Había realizado sin embargo un doble progreso, hacía la luz y hacía la miseria. Iba descalza y envuelta en andrajos como el día en que había entrado tan resueltamente en su cuarto, sólo que sus andrajos tenían ya dos meses más; los agujeros eran más grandes, y más sórdidos los guiñapos. Era aquella misma voz bronca, aquella misma frente empañada y arrugada por el bochorno, aquella misma mirada libre, extraviada y vacilante. Tenía de más que otras veces en la fisonomía ese no sé qué de espantoso y de lamentable que la residencia en una cárcel añade á la miseria.

Llevaba briznas de paja y de heno entre el pelo, no como Ofelia por haberse vuelto loca al contagio de la locura de Hamléto, sino porque se había acostado en algún pajar.

— Y con todo esto, estaba hermosa. ¡Qué astro eres, oh juventud!

Sin embargo, habíase ella detenido en presencia de Marius con un poco de alegría en su semblante lívido y algo que se asemejaba á una sonrisa.

Durante algunos momentos, estuvo como si la fuera imposible hablar.

— ¡Conque al cabo le encuentro á usted! dijo al fin. ¡El tío Mabeuf tenía razón, era en este boulevard! ¡Cuánto le he buscado! ¡si usted supiera! ¿No sabe usted nada de

eso? He estado en el estaribé. ¡Quince días! Però al fin me echaron á la ulicha¹, cuando vieron que nada tenían que decir contra mí, y que además no tengo la edad del discernimiento. Poco falta ya para dos meses. ¡Oh! cómo le he buscado á usted! seis semanas hace ahora. ¿Conque ya no vive usted allá, donde nosotros vivíamos?

— No, contestó Marius.

— ¡Oh! ya comprendo. Por causa de la cosa. No agrada nunca el ver por casa á esos mequetrefes. Usted se ha mudado. ¡Toma! ¿por qué lleva usted un sombrero tan viejo? un jóven como usted, debe ponerse buena ropa. ¿Sabe usted, señor Marius? el tío Mabeuf le llama á usted el baron Marius de no sé qué más. ¿Verdad que no es usted baron? los barones son unos viejos, que suelen ir al Luxemburgo y se sientan en frente del palacio, donde hace buen sol, y allí pasan el tiempo en leer la *Quotidienne* por un sueldo. Una vez fui yo por una carta á casa de un baron que era así. Tenía más de cien años. ¿Diga usted, adónde vive usted ahora?

Marius no respondió.

— ¡Ah! continuó la muchacha, tiene usted un agujero en la camisa. Es menester que yo le cosa á usted eso.

Y añadió con cierta expresion que poco á poco se iba haciendo sombría:

— Ya veo que no está usted contento de verme.

Marius callaba; ella tambien guardó un momento de silencio, y despues exclamó:

— ¡Y sin embargo, si yo quisiera, le obligaría á usted á estar contento!

— ¿Qué? preguntó Marius. ¿Qué es lo que usted quiere decir?

— ¡Ah! ¡usted me tuteaba ántes! repuso ella.

¹ Á la calle.

— ¿Y bien, qué es lo que quieres decir?

Ella se mordió los labios; parecia vacilar, y como entregada á una especie de combate interior. Por último, se decidió al parecer á tomar un partido.

— No le hace, de todos modos, lo cierto es que usted tiene el semblante triste, y yo quiero que esté usted contento. Prométame usted siquiera que va á reir. Yo quiero verle á usted reir y oírle decir: ¡Ah bien! eso es bueno. ¡Pobre señor Marius! ¿no se acuerda usted? me habia usted prometido que me daría todo lo que yo quisiera...

— ¡Sí! ¡pero habla pues!

Ella miró entónces á Marius en lo blanco de los ojos y le dijo:

— Sé las señas,

Marius palideció. Toda su sangre se le agolpó en el corazon.

— ¿Qué señas?

— ¡Las señas que usted me habia pedido!

Y añadió, como si hiciera ella un esfuerzo:

— ¡Las señas... bien lo sabe usted!

— Sí, tartamudeó Marius.

— ¡De la señorita!

Y al pronunciar esta palabra, dió ella un profundo suspiro.

Marius saltó del parapeto sobre el cual se hallaba sentado y la tomó desatinadamente la mano.

— ¡Oh! ¡Y bien, condúceme! ¡dimelo todo! y pídemelo cuanto quieras! ¿Dónde está?

— Venga usted conmigo, respondió la muchacha. Yo no sé decir bien la calle ni el número; es enteramente al otro lado de la ciudad; pero conozco bien la casa, y voy á conducirle á usted.

Retiró ella su mano, y con un tono que habria llenado

de aflicción á un observador, pero que no llamó siquiera la atención de Marius, ebrio y absorto, añadió :

— ¡ Oh ! ¡ qué contento está usted !

Una nube pasó sobre la frente de Marius. Cogió á Eponina por el brazo, y la dijo :

— ¡ Júrame una cosa !

— ¿ Jurar ? repuso ella, ¿ qué es lo que quiere decir eso ? ¡ Vaya ! ¿ conque quiere usted que yo jure ?

Y al decir esto, se echó ella á reír.

— ¡ Tu padre ! ¡ prométeme, Eponina ! ¡ júrame que no darás á conocer esas señas á tu padre !

Ella se volvió hacia él, mirándole como estupefacta.

— ¡ Eponina ! ¿ Cómo sabe usted que me llamo yo Eponina ?

— ¡ Prométeme lo que acabo de decirte !

pero ella parecia no comprenderle.

— ¡ Es gracioso eso ! ¡ conque me ha llamado usted Eponina !

Marius la asió por ambos brazos á la vez.

— ¡ Pero contéstame, di, en nombre del cielo ! ¡ atiende bien á lo que te estoy hablando, júrame que no comunicarás las señas que sabes á tu padre !

— ¿ Mi padre ? dijo ella. ¡ Ah sí, mi padre ! descuide usted. Está incomunicado. ¿ Y además, cree usted que yo me ocupo de mi padre ?

— ¡ Pero tú no me prometes aún nada ! exclamó Marius.

— ¡ Vamos, suélteme usted ! le dijo ella riendo á carcajadas, ¡ cómo me sacude usted el cuerpo ! ¡ Si, sí ! ¡ yo le prometí á usted eso ! ¡ yo le juro á usted eso mismo ! ¿ qué me importa á mí mi padre ? no le diré á él las señas, no. ¡ Vamos ! ¿ acomoda ? ¿ no es esto lo que usted quería ?

— ¿ Ni á tu padre, ni á nadie ? repuso Marius.

— Ni á nadie.

— Ahora, añadió Marius, condúceme.

— ¿ En seguida ?

— En seguida.

— Venga usted. — ¡ Oh ! ¡ qué contento está ! dijo ella. Después de algunos pasos, la muchacha se detuvo.

— Usted me sigue demasiado cerca, señor Marius. Déjeme á mi ir delante, y así me va siguiendo, con mucho disimulo. No conviene que las gentes vean á un joven decente, como usted, acompañando á una mujer como yo.

Ninguna lengua podría expresar todo cuanto se encerraba en esta palabra, mujer, así pronunciada por aquella niña.

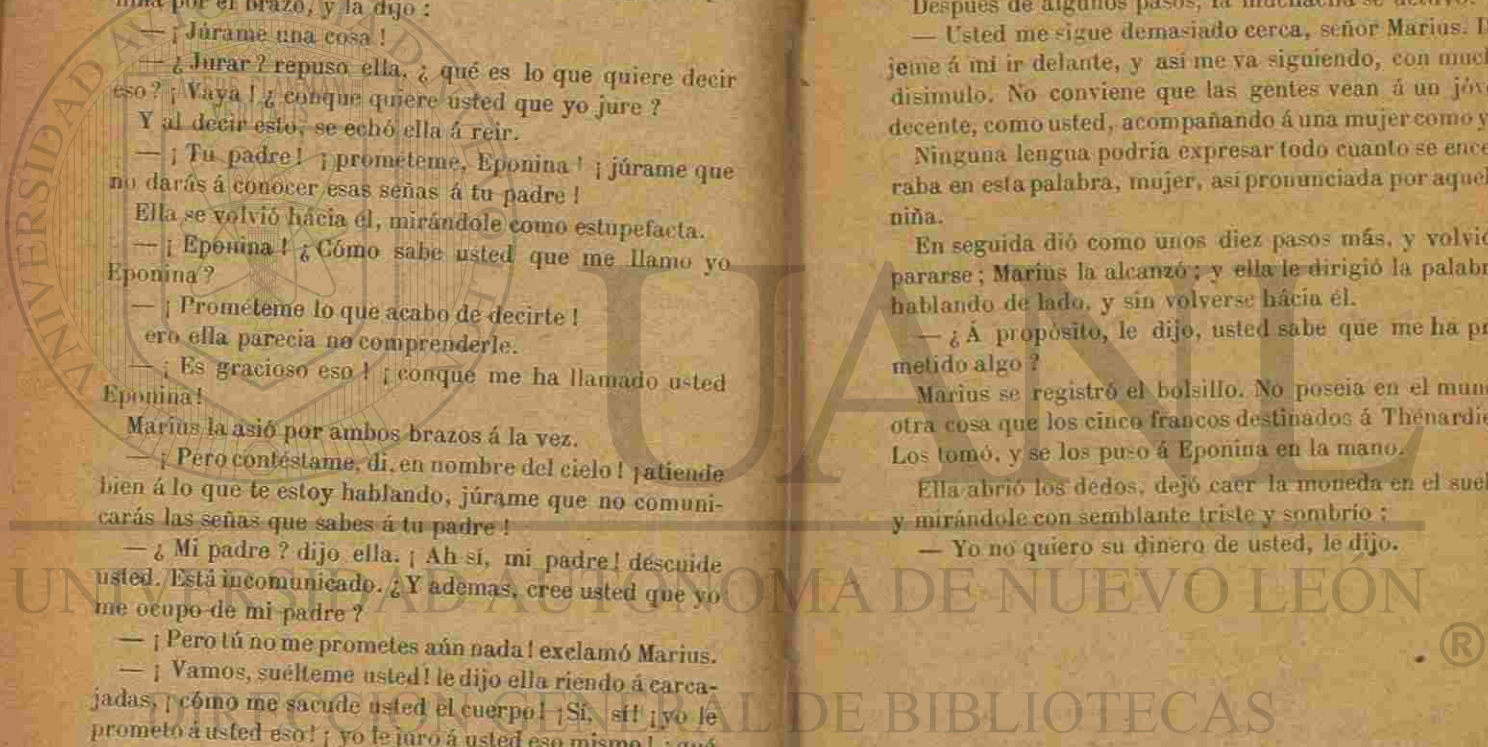
En seguida dió como unos diez pasos más, y volvió á pararse ; Marius la alcanzó ; y ella le dirigió la palabra, hablando de lado, y sin volverse hacia él.

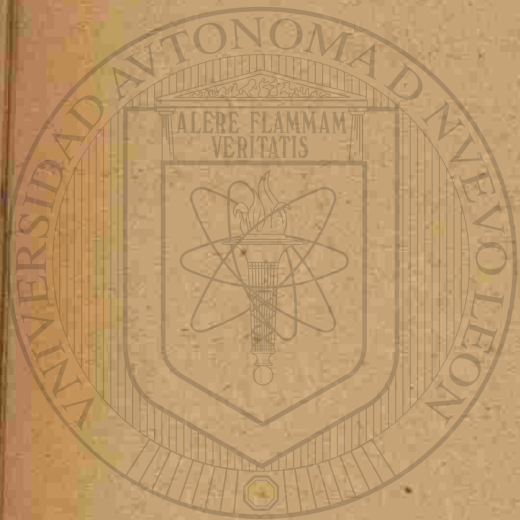
— ¿ Á propósito, le dijo, usted sabe que me ha prometido algo ?

Marius se registró el bolsillo. No poseía en el mundo otra cosa que los cinco francos destinados á Thénardier. Los tomó, y se los puso á Eponina en la mano.

Ella abrió los dedos, dejó caer la moneda en el suelo, y mirándole con semblante triste y sombrío :

— Yo no quiero su dinero de usted, le dijo.





LIBRO TERCERO

LA CASA DE LA CALLE DE PLUMET

U A N L

UNA CASA EN SECRETO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE

Hacia mediados del siglo anterior, cierto presidente consejero en el parlamento de París tenía una querida, que él procuraba ocultar, pues en aquella época los grandes señores ostentaban sus queridas y los bourgeois las escondían; al efecto, hizo construir « una casita » en el arrabal de Saint-Germain, en la desierta calle de Blomet, que hoy llaman calle de Plumet, no lejos del sitio que llamaban entonces el *Combate de los Animales*.

Componiase esta casa de un pabellon de un solo piso; dos salas en el cuarto bajo, otras dos piezas en el principal, abajo una cocina, arriba un gabinete y un granero bajo el

tejado, todo precedido de un jardín, con una gran verja que daba á la calle. Este jardín ocupaba la extensión como de media fanega de tierra. Esto era todo cuanto podían entrever los transeuntes; pero detras del pabellon habia un patio estrecho, y en el fondo de este patio una vivienda baja de dos piezas sobre una cueva, especie de por-si-acaso destinado á disimular, si era necesario, un niño con su nodriza. Esta vivienda comunicaba detras, por medio de una puerta disfrazada y que se abria por un secreto, con un largo corredor estrecho, enlosado, tortuoso, á cielo descubierto, encerrado entre dos altas paredes, el cual, escondido con un arte prodigioso y como perdido entre las cercas y vallados de los jardines y los terrenos cultivados, cuyos ángulos y contornos todos seguia él con designio, iba á parar á otra puerta, tambien secreta, que se abria á medio cuarto de legua de este sitio, casi en otro barrio, á la extremidad solitaria de la calle de Babilonia.

El señor presidente se introducía por allí, en tales términos, que aun aquellos mismos que le hubiesen espiado y seguido, y hubieran observado que el señor presidente solia ir todos los dias con cierto misterio á alguna parte, no habrian podido sospechar nunca que ir á la calle de Babilonia era ir á la calle de Blomet. Gracias á ciertas compras hábiles de terrenos, el ingenioso magistrado habia podido hacer que le practicasen este trabajo de un camino secreto en su casa, en su misma propiedad, y por consiguiente, exento de toda inspeccion oficial. Más adelante habia él revendido, por pequeños lotes, para jardines y culturas, los pedazos de terreno contiguos al corredor, y los propietarios de estos pequeños terrenos creian bienamente, por uno y otro lado del callejon ó corredor, tener ante sus ojos una simple pared de medianía, sin que pudieran sospechar siquiera la existencia de aquella larga cinta de enlosado serpenteando entre dos paredes en medio de sus verieles y de sus acirates.

Sólo las aves veian aquella curiosidad. Es probable que los gorriones y las curruacas del siglo anterior, charlarían mucho á expensas del señor presidente.

El pabellon, construido de piedra, en el estilo de Mansart, artesonado, y amueblado en el gusto de Watteau, rocalla por dentro y peluca por fuera, murado de un triple seto de flores, tenia algo de discreto, de gracioso y de solemne, cual conviene á un capricho del amor y de la magistratura.

Aquella casa y aquel corredor, que hoy han desaparecido, existian aún hace quince años. En 93, un calderero habia comprado la casa para demolerla, pero no habiendo podido pagar el precio convenido, la nacion le declaró en quiebra. De modo que, en vez de demoler el calderero la casa, fué la casa la que demolió al calderero. Desde entónces quedó ya inhabitada, y fué cayendo lentamente en ruinas, como sucede á toda morada á la cual deja de comunicar vida la presencia del hombre. Continuaba siempre sin embargo amueblada, con sus antiguos muebles, y ofrecida en venta ó en alquiler, y las diez ó doce personas que pasan al año por la calle de Plumet eran prevenidas por medio de un cartelon amarillento é ilegible, fijado en la verja del jardin desde 1810.

Á fines de la restauracion, esos mismos pasajeros pudieron notar que el cartel habia desaparecido, y tambien que estaban abiertas las ventanas del piso principal. Con efecto, la casa se hallaba ya ocupada. Las ventanas tenian cortinillas, y señal evidente de que habia allí una mujer.

En Octubre de 1829, habiase presentado un hombre de cierta edad y habia tomado en alquiler la casa, tal cual se hallaba, incluso, se entiende, el trascuarto y el corredor ó pasillo que iba á dar á la calle de Babilonia. Él hizo restablecer las aberturas secretas de las dos puertas de aquel pasillo. La casa, como acabamos de decir, se hallaba

aún casi amueblada con los mismos muebles antiguos del presidente; el nuevo inquilino había ordenado algunas reparaciones, añadiendo acá y acullá lo que faltaba; embaldosó de nuevo el patio, enladrilló las piezas, renovó las gradas de la escalera, puertas, ventanas, vidrieras, y por último, vino, á instalarse allí con una jovencita y con una criada anciana, sin ruido, más bien como quien se escurre y se cuefa, que como quien entra en su casa. Los vecinos no charlaron nada acerca de este suceso, por la sencilla razón de que no había vecinos.

Este inquilino de tan poco efecto era Juan Valjean, la joven era Coseta. La sirvienta era una mujer llamada Toussaint, á quien Juan Valjean había salvado del hospital y de la miseria, la cual era vieja, provinciana y tartamuda, tres cualidades que habían determinado á Juan Valjean á tomarla á su servicio. Había él alquilado aquella casa bajo el nombre del señor Fauchelevent, rentero. En todo cuanto hemos referido anteriormente, el lector ha tardado sin duda ménos tiempo aún que Thénardier en reconocer Juan Valjean.

¿Por qué había dejado Juan Valjean el convento del Petit-Picpus? ¿Qué es lo que había pasado?

No había pasado nada.

El lector recordará que Juan Valjean era feliz en el convento, tan feliz, que su conciencia acabó por inquietarse. Veía á Coseta todos los días, sentía la paternidad nacer y desarrollarse en él cada vez con más vigor é intensidad, cobijaba con el alma aquella criatura, decíase que era suya, que nadie podría privarle de ella, que eso sucedería así indefinidamente, que sin duda se haría ella religiosa, hallándose provocada á ello, cada día y en cada instante, de una manera suave y grata; así que el convento era ya en lo sucesivo el universo para entrambos, que él envejecería allí y ella crecería, que ella envejecería y él moriría

en aquella mansion retirada del mundo y pacífica; por último, la más dulce esperanza para él era que ninguna separacion sería ya posible. Reflexionando de esta manera, llegó de raciocinio en raciocinio á caer en ciertas perplejidades. Y se interrogó. Preguntábase si toda aquella dicha le pertenecía á él, si no se componía de la dicha de otra persona, de la dicha de aquella niña que él confiscaba y que defraudaba, él, anciano; si por ventura no era esto un robo? Decíase que aquella niña tenía derecho á conocer la vida ántes de renunciar á ella, que privarla, anticipadamente y en cierto modo sin consultarla, de todos los goces y alegrías, so pretexto de ponerla á salvo de todas las pruebas, aprovecharse de su ignorancia y de su aislamiento para hacer que germinase en ella una vocacion artificial, era desnaturalizar una criatura humana y mentir á Dios. ¿Y quién sabe si, al darse cuenta un día de todo esto, y hallándose religiosa contra su voluntad, Coseta no acabaría por aborrecerle? Último pensamiento, casi egoísta y ménos heroico que los otros, pero que le era insoportable. Así pues, resolvió abandonar el convento.

Decidióse á ello al fin, y reconoció, con profunda desolacion, que era preciso hacerlo. En cuanío á las objeciones, no las había.

Cinco años de residencia entre aquellas cuatro paredes y de completa desaparicion, habían necesariamente destruido ó dispersado todos los elementos de temor. Así que podía él ya volver á entrar en la sociedad humana tranquilamente. Había envejecido, y todo había cambiado. ¿Quién le habría ya de conocer? Y despues, en la peor de las hipótesis, no había peligro sino para él mismo, y no tenía él derecho de con donar á loseta al claustro por la razón de que él había sido condenado á presidio. Además, ¿qué es el peligro ánte el deber? Por último, nada le impedía ser prudente y tomar sus precauciones.

Por lo que hace á la educacion de Coseta, estaba ya casi terminada.

Una vez adoptada su resolucion, esperó la ocasion oportuna, la cual no tardó mucho en presentarse, con motivo de la muerte del viejo Fauchelevant.

Juan Valjean pidió audiencia á la reverenda madre priora y la dijo que habiendo adquirido á la muerte de su hermano una pequeña herencia que le permitia en lo sucesivo vivir sin trabajar, dejaba el servicio del convento y se llevaba á su hija; pero como no era justo que Coseta, no profesando en religion, hubiese sido educada gratuitamente, él suplicaba humildemente á la reverenda priora que tuviera á bien permitirle que ofreciera á la comunidad, por vía de indemnizacion de los cinco años que Coseta habia pasado en el convento, una suma de cinco mil francos.

Así es como Juan Valjean salió del convento de la Adoracion Perpétua.

Al dejar esta casa, tomó él mismo en sus brazos y no quiso confiar á ningun mozo de cordel la pequeña maleta cuya llave llevaba él siempre consigo. Esta maleta daba mucho en qué pensar á Coseta á causa del exquisito olor embalsamado que ella exhalaba.

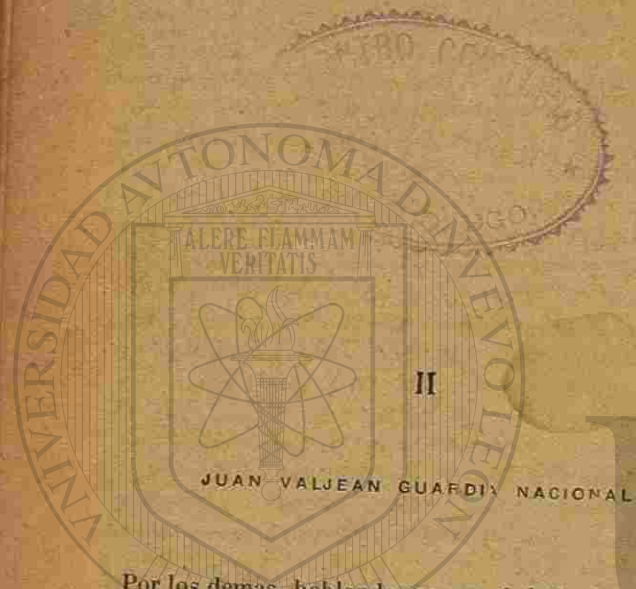
Diremos desde luego que de allí en adelante ya aquella maleta no le abandonó jamas. Siempre la tenía en su cuarto; siendo esta la primera y á veces la única cosa que él se llevaba consigo en sus mudanzas. Coseta se reía mucho de esto, y llamaba á aquel mueble *la inseparable*, diciendo: Tengo celos de ella.

Por lo demas, Juan Valjean no reapareció al aire libre sin una profunda ansiedad.

Descubrió la casa de la calle de Plumet y allí se anidó. Hallábase para lo sucesivo en posesion del nombre de Ultimo Fauchelevant.

Pero al mismo tiempo alquiló otros dos cuartos en Paris, á fin de llamar ménos la atencion que si hubiera permanecido siempre en el mismo barrio, de poder hacer si era necesario ciertas ausencias á la menor inquietud que sintiera, y por último, de no volverse á hallar desprevenido como en la noche en que tan milagrosamente habia escapado á Javert. Estos dos cuartos eran dos viviendas muy mezquinas y de pobre apariencia, en dos barrios muy lejanos uno de otro, una en la calle del Oeste, y la otra en la calle de l'Homme-Armé.

De vez en cuando solia ir, bien sea á la calle de l'Homme-Armé, ó bien á la calle de Oeste, á pasar un mes ó seis semanas con Coseta, sin llevarse á Toussaint. Hacíase él servir allí por los porteros, y se presentaba como un rentero de las afueras de Paris que tenía un apeadero en la ciudad. Esta alta virtud tenía tres domicilios en Paris para escapar á la policia.



Por los demas, hablando con propiedad, vivia él en la calle de Plumet, donde habia arreglado su existencia de la manera siguiente :

Coseta con la criada ocupaba el pabellon; ella tenia el gran cuarto de dormir de los entre-panos pintados, el gabinetito de las molduras doradas, el salon del presidente amueblado de tapicerías y de grandes sillones; y por último, tambien tenia ella el jardin. Juan Valjean habia hecho poner en la alcoba de Coseta una cama de baldaquino de antiguo damasco de tres colores, y un viejo y hermoso tapiz de Persia, comprado en la calle del Figuier-Saint-Paul, en casa de la tia Gaucher, y para corregir la severidad de aquellas magnificas vejeces, habia él amalgamado con esa especie de prenderia todos los muebles alegres y graciosos de las jovencitas, el aparador,

el estante, con sus libros dorados, la papelera, la carpeta, la mesa de trabajo incrustada de nácar, el neceser de plata sobredorada y la *toilette* de porcelana del Japon. Grandes cortinas de damasco de fondo encarnado con tres colores iguales á la cama pendian de las ventanas del primer piso. En el piso bajo habia cortinas de tapiceria. Durante todo el invierno, las habitaciones de Coseta estaban calentadas de arriba abajo. Él habitaba la especie de cuartito de portero que habia en el patio del fondo, con un colchon en un catre sencillo, una mesa de palo blanco, dos sillas de paja, un jarro de loza para el agua, algunos libracos sobre una tabla, su querida maleta en un rincon, y jamas se veia lumbre en su habitacion. Comia con Coseta, y siempre habia un pan de municion para él sobre la mesa. Cuando entró á servir en la casa la Toussaint, la habia él dicho : — La señorita es el ama de la casa. — ¿Y usted, señor? habia replicado la Toussaint estupefacta. — Yo soy mucho más que el amo, soy el padre.

En el convento habian acostumbrado á Coseta á dirigir la hacienda de la casa, y ella era la que arreglaba el gasto, que era bastante modesto. Todos los dias tomaba Juan Valjean el brazo de Coseta y la llevaba á dar un paseo. Solia conducirla al Luxemburgo, á la avenida ménos frecuentada, y todos los domingos á misa, siempre á Saint-Jacques-du-Haut-Pas, porque era bastante léjos. Como aquel es un barrio muy pobre, daba allí muchas limosnas, y los desgraciados le rodeaban en la iglesia, lo cual le valió la epistola de Thénardier : *Al señor benéfico de la iglesia de Saint-Jacques-du-Haut-Pas*. Llevaba de buen grado á Coseta á visitar á los indigentes y á los enfermos. Ninguna persona extraña entraba nunca en la casa de la calle de Plumet. Toussaint traia las provisiones y Juan Valjean iba él mismo por agua á una fuentecita que se

hallaba muy próxima, en el boulevard. La leña y el vino los depositaban en una especie de covacha ó de hueco medio subterráneo tapizado de rocalla que se hallaba junto á la puerta de la calle de Babilonia, y que en otra época habia servido de gruta al señor presidente; pues en el tiempo de las *Folies* y de las *Petites-Maisons*, no habia amor sin gruta.

En la puerta falsa de la calle de Babilonia habia una de esas cajas-buzones destinadas á depositar en ellas las cartas y los periódicos; sólo que como los tres habitantes del pabellon de la calle de Plumet no recibian periódicos ni cartas, toda la utilidad de la caja, en otros tiempos medianera de amorsos y confidenta de un golilla-cupido, se limitaba ahora á los avisos del cobrador de contribuciones y á las papeletas de guardia. Pues el señor Fauchevent, rentero, era de la guardia nacional; no habiendo podido escapar á las estrechas mallas del alistamiento de 1831. Los informes adquiridos en aquella época habian remontado hasta el convento del Petit-Picpus, especie de nube impenetrable y santa de donde Juan Valjean habia salido venerable á los ojos de su alcalde, y por consiguiente digno de hacer centinela.

Tres ó cuatro veces al año endosaba Juan Valjean su uniforme y hacia su servicio de faccion; por lo demás, esto lo hacia él de muy buena gana; era este para él un disfraz correcto que le mezclaba con todo el mundo, dejándole solitario. Juan Valjean acababa de cumplir los sesenta años, edad de la exención legal; pero no mostraba tener arriba de cincuenta. Por otra parte, no tenia él ningun deseo de sustraerse á su sargento mayor y de incomodar al conde de Lobau; no tenia estado civil; ocultaba su nombre, ocultaba su identidad, ocultaba su edad, lo ocultaba todo; y, como acabamos de decirlo, era todo un guardia nacional de buena voluntad. Parecerse

al primer vecino que paga debidamente sus contribuciones, era toda su ambicion. Este hombre tenia por ideal, en el interior, el angel, en el exterior, el bourgeois.

Notemos sin embargo un detalle: cuando Jean Valjean salia con Coseta, se vestia como hemos dicho, presentando con bastante propiedad las trazas de un antiguo oficial. Cuando salia solo, y esto generalmente era de noche, iba siempre vestido con un chaqueton-blusa y un pantalon de obrero, y llevaba puesta una gorra que le tapaba la cara. ¿Era esto precaucion, ó era humildad? Ambas cosas á la vez. Coseta estaba acostumbrada á las fases enigmáticas de su destino, y apenas prestaba ella atencion á las singularidades de su padre. Por lo que hace á Toussaint, veneraba á Juan Valjean, y hallaba bueno todo cuanto él hacia. — Cierto dia, su carnicero, que habia entrevistado á Juan Valjean, la dijo: Vaya una facha que tiene ese hombre. — Ese hombre es un santo, le respondió ella.

Ni Juan Valjean, ni Coseta, ni Toussaint entraban ni salian jamas sino por la puerta de la calle de Babilonia. Á ménos que no se les distinguiese por entre la verja del jardin, era harto difícil adivinar que ellos habitaran en la calle de Plumet. Aquella verja permanecia siempre cerrada. Juan Valjean habia dejado el jardin inculto á fin de que no llamase la atencion.

En esto tal vez se equivocaba.



Entregado de esa manera á sí mismo, hacía ya más de medio siglo, aquel jardín se había hecho extraordinario y hermoso. Los transeúntes, hace cuarenta años, se detenían en aquella calle para contemplarle sin que les pasaran por la mente los secretos que él escondía detrás de sus verdes y frescas espesuras. Más de un sonador dejó en aquella época penetrar muchas veces sus miradas, y su pensamiento indiscretamente al través de los barrotes de la antigua verja cerrada con candado, torcida, bamboleante, apoyada en dos pilares enverdecidos y musgosos, y coronada de un modo extravagante con un frontis de indescifrables arabescos.

Había un poyo ó banco de piedra en un rincón, una ó dos estatuas enmohecidas, algunos enrejados que desprendidos de los clavos por el tiempo se pudrían sobre la

pared; pero sin que se notara allí el curso de ninguna avenida ó calle de árboles, ni vestigios de césped, ni nada en el suelo sino la agreste y verde grama arrastrándose por todas partes. La jardinería había desaparecido de allí y la naturaleza había vuelto á recobrar sus fueros. Las malas yerbas abundaban, aventura admirable para un pobre rincón de tierra. La fiesta de los aleties era espléndida. Nada en aquel jardín contrariaba el sagrado esfuerzo de las cosas hácia la vida: el venerable crecimiento se hallaba allí en su propia casa. Los árboles habían descendido hácia las matas y las matas, se habían empinado hácia los árboles, la planta había trepado, la rama se había doblegado, lo que se arrastra sobre la tierra había ido á encontrar á lo que se extiende y se dilata en los aires, lo que fluctúa en el viento se había inclinado hácia lo que se arrastra en el musgo; troncos, ramas, hojas, libras, pámpanos, sarmientos, espinos, espesuras, se habían mezclado, atravesado, enlazado, y confundido; la vegetación, en un estrecho y profundo abrazo, había celebrado y consumado allí, á la vista satisfecha del creador, en aquel cercado de trescientos piés cuadrados, el santo misterio de su fraternidad, símbolo de la humana. Aquel jardín no era ya un jardín, era un matorral, inmenso, una maleza colosal; es decir, una cosa que es impenetrable como una selva, poblado como una ciudad, tembloroso como un nido, sombrío como una catedral, odorífero como un ramo, solitario como una tumba, vivo como una muchedumbre.

En floreal aquel matorral enorme, libre tras de su verja, y entre sus cuatro paredes, entraba en brama en el sordo trabajo de la germinación universal, se estremecía al sonaciento casi como un animal que aspira los efluvios del amor cósmico y que siente la savia de Abril subir y hervir en sus venas, y, sacudiendo al viento su prodigiosa cabe-

llera verde, sembraba en la tierra húmeda, en las frustas esiatuas, en la arruinada galerta del pabellon y hasta en el piso de la calle desierta, las flores en estrellas, el rocío en perlas, la fecundidad, la belleza, la vida, la alegría, los perfumes. Al mediodía se refugiaban allí mil mariposas blancas, y era un espectáculo divino el ver remolinear en la sombra innumerables copos de aquella nieve viva del estío. Allí, en plácidas tinieblas de verdura, multitud de voces inocentes hablaban suavemente al alma, y lo que los gorjeos se habían olvidado decir, completáballo el murmullo y el zumbido. Por la noche, desprendíase del jardín y le envolvía cierta vapor de ensueño; un sudario de bruma, una tristeza apacible y celeste le cubrían; el olor embriagante de las madreselvas y de las amapolas salía de allí por todas partes como un veneno sutil y exquisito; oíanse las últimas llamadas de los trepadores y de las aguanieves que se adormecían bajo el ramaje; sentíase allí esa intimidad sagrada del ave y del árbol; las alas regocijando de día á las hojas, y las hojas protegiendo de noche á las alas.

En invierno, aquel matorral estaba negro, mojado, erizado, y como tiritando, tembloroso, dejando ver un poco la casa. Distinguíanse, en vez de flores en los ramos y de rocío en las flores, las largas cintas de plata de las babosas y de los caracoles sobre la helada y espesa alfombra de las amarillentas hojas; pero de todos modos, bajo todo los aspectos, en toda estación, en la primavera como en el invierno, en verano como en otoño, aquel pequeño cercado respiraba la melancolía, la contemplación, la soledad, la libertad, la ausencia del hombre, la presencia de Dios; y la antigua verja llena de herrumbre parecía decir al pasajero: este jardín es mío.

En vano se hallaba rodeado por todas partes aquel paraje del rico pavimento de la gran ciudad, con los clásicos y espléndidos palacios de la calle de Varennes á dos pasos de

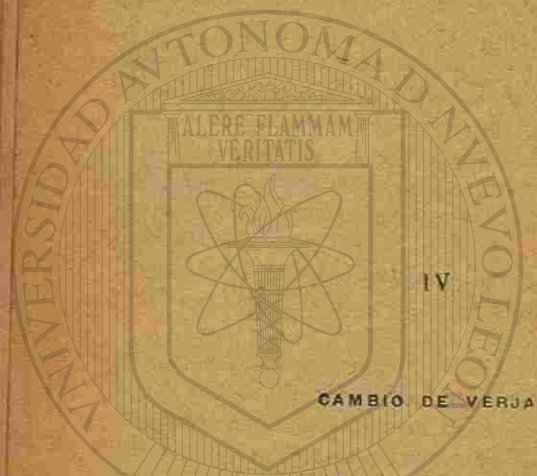
allí, la gran cúpula de los Inválidos muy cerca, la Cámara de los diputados á corta distancia; en vano las lusojas carrozas de la calle de Bourgogne y de la calle de Saint-Dominique rodaban fastuosamente por aquella vecindad; en vano atravesaban los ómnibus amarillos, castaños, blancos y encarnados cruzando por las cuatro esquinas proximas; siempre se hallaba el desierto en la calle de Plumet; y la muerte de los antiguos propietarios, una revolución que había pasado, el hundimiento de las antiguas fortunas, la ausencia, el olvido, cuarenta años de abandono y de viudez, habían bastado para aglomerar en aquel lugar privilegiado los helechos, el gordolobo, la cicuta, las aquileas, los escaramujos, los jaramagos, la alta yerba, las grandes plantas estampadas en sus anchas hojas de paño verde pálido, los lagartos, los escarabajos, los inquietos y rápidos insectos de toda especie; para hacer brotar de las profundidades de la tierra y reaparecer entre aquellas cuatro paredes no sé qué género de grandeza salvaje y feroz; y para que la naturaleza, que desconcierta los mezquinos arreglos del hombre, y que allí donde se ostenta, se ostenta ella siempre toda entera, lo mismo en la hormiga que en el águila, viniera á esparcirse y á desarrollarse en un ruin jardinillo parisiense con tanta rudeza y majestad como en una de las selvas vírgenes del Nuevo Mundo.

Con efecto, nada hay pequeño en el universo. Todo el que está sujeto á las penetraciones profundas de la naturaleza, lo sabe perfectamente. Bien que ninguna satisfacción absoluta se dé jamás á la filosofía, lo mismo para circunscribir la causa que para limitar el efecto, el contemplador cae en un éxtasis sin fondo en presencia de todas estas descomposiciones de fuerzas, que terminan en la unidad. Todo trabaja en todo.

El álgebra se aplica á las nubes; la irradiación del astro aprovecha á la rosa; ningún pensador se atrevería á decir

que el perfume del oxiacanto es inútil á las constelaciones. ¿Quién pues podrá calcular el trayecto de una molécula? ¿qué sabemos nosotros, si tal vez se determinan creaciones de mundos por caídas de granos de arena? ¿quién conoce pues el flujo y reflujó recíprocos de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño, el zambido de las causas en los percipicios del sér, y las masas flotantes de la creación? El diminuto arador tiene su importancia; lo pequeño es grande, lo grande es pequeño; todo se halla equilibrado en la pesesidad; espantosa vision para el espíritu. Hay entre los seres y las cosas ciertas relaciones de prodigio: en este inagotable conjunto, desde el sol hasta el pulgon, no cabe engaño posible; los unos necesitan de los otros. La luz no transporta á las cerúleas regiones los perfumes terrestres sin saber lo que hace de ellos; la noche hace distribuciones de esencia estrellada á las flores adormidas. Todas las aves que vuelan tienen los piés prendidos con el hilo del infinito. La germinacion se complica con el desarrollo de un meteoro y el picotazo de la golondrina rompiendo el huevo, y lleva de frente el nacimiento de un gusano y el advenimiento de Sócrates. Donde concluye el telescopio, el microscopio comienza. ¿Cuál de los dos tiene la vista más grande? Elegid. Una mancha de moho es una pléyada de flores; una nebulosa es un hormiguero de estrellas. La misma promiscuidad, y aún más inaudita, se nota en las cosas de la inteligencia y en los hechos de la sustancia. Los elementos y los principios se mezclan, se combinan, se casan, se multiplican los unos por los otros, en términos de hacer resaltar el mundo material y el mundo moral con la misma claridad. Es un fenómeno que se está plegando y replegando siempre en sí mismo. En vastos y multiplicados canjes cósmicos, la vida universal va y viene en cantidades desconocidas, revolviéndolo todo en el invisible misterio de los efluvios, empleándolo todo, no perdiendo

ningun delirio de ningun sueño, sembrando un átomo animado aquí, desmenuzando un astro más allá, oscilando y serpeando, haciendo de la luz una fuerza y del pensamiento un elemento, diseminada é indivisa, disolviéndolo todo, excepto este punto geométrico, el yo; reduciéndolo todo al alma-átomo; desplegándolo todo en Dios; confundiendo, desde la más alta hasta la más baja, todas las actividades en la oscuridad de un mecanismo vertiginoso, correlacionando el vuelo de un insecto con el movimiento de la tierra, subordinando, ¿quién sabe? aunque no fuese sino per la identidad de la ley, la evolucion del cometa en el firmamento á los desordenados movimientos del infusorio en la gota de agua. Máquina hecha de espíritu. Enorme engranaje cuyo primer motor es el mosquito y cuya postrera rueda es el zodiaco.



Parecía que este jardín, creado en otro tiempo para ocultar misterios de libertinaje, se había transformado y se había hecho á propósito para abrigar los misterios castos. Ya no había allí cenadores, ni emparrados, ni calles de boj y de césped, ni grutas; sólo había una magnífica oscuridad desgredada, cayendo como un veló por todas partes. Paphos convertido de nuevo en Eden. Cierta aire de arrepentimiento había saneado aquella mansión de retiro. Aquella ramillettera ofrecía ahora sus flores al alma. Aquel gracioso jardín, tan comprometido en otros tiempos, había vuelto á entraren la virginidad y el pudor. Un presidente auxiliado de un jardinero, un buen hombre que creía continuar á Lamignon y otro buen hombre que creía continuar á Lenôtre, le habían contorneado, cortado y recortado, mano-seado, engalanado y perifollado, apropiándole á la galan-

tería; la naturaleza le había recobrado despues y le había llenado de sombra, apropiándole al amor.

En aquella soledad había tambien un corazón que estaba enteramente dispuesto. El amor no tenía más que mostrarse; había allí un templo compuesto de verdura, de yerba, de musgo, de suspiros de aves, de blancas tinieblas, de ramas agitadas, y de un alma hecha de dulzura, de fe, de candor, de esperanza, de aspiracion y de ilusion.

Coseta había salido del convento siendo aún casi niña; tenía algo más de catorce años, y estaba « en la edad ingrata; » ya lo hemos dicho, excepto los ojos, más bien parecía fea que bonita; sin embargo, ninguna de sus facciones carecía de gracia, pero era muy delgada, desmanada, tímida y osada á la vez, finalmente, era una niña grande.

Su educacion se hallaba terminada; es decir, que la habían enseñado la religion, y aún, y principalmente, la devocion; despues « la historia, » es decir, la cosa que llaman así en el convento, la geografia, la gramática, los participios, los reyes de Francia, un poco de música, á hacer una nariz, etc., pero fuera de esto, todo lo ignoraba, lo cual es un encanto y un peligro. El alma de una jovencita no se la debe dejar en la oscuridad; más adelante se forman en ella visiones demasiado bruscas y demasiado vivas, como en una cámara oscura. Se la debe esclarecer é ilustrar lenta y discretamente, más bien con el reflejo de las realidades que con su luz directa y dura. Média-luz útil y graciosamente austera que disipa los temores pueriles é impide las caidas. Sólo el instinto maternal, intuicion admirable donde entran los recuerdos de la virgen y la experiencia de la mujer, es el que sabe cómo y de qué debe formars esa média-luz. Nada puede suplir á este instinto. Para formar el alma de una jovencita, todas las religiones del mundo no valen tanto como una madre.

Coseta no había tenido madre. No había tenido sino muchas madres, en plural.

Por lo que hace á Juan Valjean, reuníanse en él, es verdad, todas las ternuras á la vez, y todas las solicitudes; pero no era sino un viejo, que no sabía nada absolutamente.

Ahora bien, en esta obra de la educacion, en este grave asunto de la preparacion de una mujer á la vida, ¡cuánta ciencia no se necesita para luchar contra esa grande ignorancia que se llama la inocencia!

Nada prepara tan bien á una jóven para las pasiones como el convento. El convento vuelve el pensamiento hácia el lado de lo desconocido. El corazon, replegado en sí mismo, se hiende, no pudiendo abrirse, y se profundiza, no pudiendo dilatarse. De aquí provienen las visiones, las suposiciones, las conjeturas, novelas bosquejadas, aventuras anheladas, construcciones fantásticas, edificios contruidos por entero en medio de la oscuridad interior del espíritu, sombrías y secretas moradas en las cuales encuentran las pasiones en seguida donde anidarse, desde el momento en que, atravesada la verja, las es permitido entrar. El convento es una compresion que para triunfar del corazon humano debe durar toda la vida.

Al salir del convento, Coseta no podia encontrar nada más apacible y más peligroso que la casa de la calle de Plumet. Era la continuacion de la soledad con el principio de la libertad; un jardin cerrado, pero una naturaleza áspera, rica, voluptuosa y odorifera; los mismos sueños que en el convento, pero los jóvenes dejándose entrever; una verja, pero que daba á una calle.

Sin embargo, lo repetimos, cuando ella entró en esta casa, no era aún sino una niña. Juan Valjean la confió aquel jardin inculto. — Haz de él lo que quieras, le decía. Aquello divertía mucho á Coseta; ella se entretenía en

remover todas las espesuras y todas las piedras, buscando por allí « bichitos; » y pasaba el tiempo jugando, mientras que la llegaba la época de pasarle soñando; la gustaba mucho el jardin, á causa de los insectos que allí encontraba bajo sus piés, entre la yerba, hasta tanto que la agradara más bien por las estrellas que allí viera al traves de las ramas, encima de su cabeza.

Y despues, ella amaba á su padre, es decir á Juan Valjean, con toda su alma, con una sencilla pasion filial que la hacia del buen anciano un compañero siempre deseado y agradable. El lector recordará sin duda que el señor Magdalena leia mucho; Juan Valjean habia continuado la misma costumbre, de modo que habia concluido por tener una conversacion variada, amena é instructiva; poseia la secreta riqueza y la elocuencia de un alma humilde y veridica que se ha cultivado espontáneamente. Habiale quedado á lo justo la suficiente aspereza para sazonar su bondad; era un espíritu rudo y un corazon dulce y apacible.

En el Luxemburgo, en sus conversaciones á solas, la hacia él largas explicaciones de todo, recurriendo en su memoria á lo que habia leído, y tambien á lo que habia él pasado y sufrido. Mientras que le escuchaba, los ojos de Coseta divagaban errantes.

Aquel hombre sencillo bastaba al pensamiento de Coseta, á la manera que aquel jardin salvaje bastaba á sus ojos. Cuando ella habia perseguido mucho á las mariposas, se acercaba despues á él sofocada, y le decía: — ¡Ah! cómo he corrido! Y él la besaba en la frente.

Coseta adoraba á aquel buen anciano. Ella le seguia por todas partes. Allí donde estaba Juan Valjean estaba la dicha para ella. Como Juan Valjean no habitaba el pabellon, ni el jardin, más se distraía ella en el patio interior empedrado que en el cercado lleno de plantas y flores, y

en el cuartito amueblado con sillas de paja que en el gran salón colgado de tapices donde se respaldaban magníficos sillones de terciopelo. Á veces la decía Juan Valjean, sonriendo de la dicha de verse importunado: — ¡ Anda y vete á tu casa! ¡ déjame, pues, solo algun tiempo!

Ella solía hacerle de esos dulces y tiernos regaños que tienen tanta gracia remontando de la hija al padre.

— Padre, tengo mucho frío en su casa de usted; ¿ por qué no pone usted aquí una alfombra y una estufa?

— ¡ Querida hija mía, hay tantas gentes que valen más que yo, y que no tienen siquiera un techo sobre sus cabezas!

— ¿ Pues entonces, por qué hay lumbre y todo lo que es menester en mi casa?

— Porque tú eres una criatura, y una niña.

— ¡ Vaya! ¿ Conque así los hombres deberán tener frío y estar mal?

— Ciertos hombres.

— Está bien, yo vendré aquí tan á menudo, que se verá usted obligado á hacer que le enciendan lumbre.

También le decía:

— ¿ Padre, por qué come usted un pan tan malo como ese?

— Porque sí, hija mía.

— Pues bien, si usted le come, también le comeré yo.

Entonces, para que Coseta no comiera pan bazo, Juan Valjean comía pan blanco.

Coseta no recordaba sino confusamente su infancia. Por la mañana y por la noche rezaba siempre por su madre, á quien ella no había conocido. Los Thénardier la habían quedado grabados en la memoria como dos figuras horribles, en el estado de sueño. Acordábase de que había ido « un día, por la noche » en busca de agua á un Losque. Creía ella que todo esto había sucedido muy lejos de París. Parecíala que había comenzado á vivir en un abismo, y

que Juan Valjean era quien la había sacado de él. Su infancia, tal cual se la representaba su imaginación, la producía el efecto de un tiempo en que no había en derredor de ella sino cientopiés, arañas y culebras. Cuando por la noche se ¡ onía á cavilar y á soñar, ántes de dormirse, como no tenía ella una idea muy neta de que fuese hija de Juan Valjean y de que él fuese su padre, se imaginaba que el alma de su madre había pasado á aquel buen hombre y había venido á vivir bajo aquella forma junto á ella.

Cuando él estaba sentado, apoyaba ella su mejilla sobre su cabellera blanca, y dejaba caer en esta silenciosamente una lágrima diciendo: ¿ Quizas este hombre es mi madre?

Aunque parezca extraño enunciar estas cosas, es indudable que Coseta, en su profunda ignorancia de niña educada en un convento, siendo por otra parte la maternidad absolutamente inateligible á la virginidad, había concluido por figurarse que ella había tenido tan poca madre como era posible tener. Esta madre era un ser tan escondido á su propio conocimiento, que ni siquiera sabía ella su nombre. Cada vez que la ocurría el preguntárselo á Juan Valjean, Juan Valjean guardaba el mayor silencio. Si ella repetía su pregunta, respondía él con una sonrisa. En cierta ocasión que la niña insistió, la sonrisa de Juan Valjean acabó por una lágrima.

Este silencio de Juan Valjean cubría á Fantina con el velo de una noche profunda.

¿ Era esto prudencia? ¿ era más bien respeto? ¿ era acaso temor de entregar aquel nombre á los azares de otra memoria que la suya?

Mientras que Coseta había sido niña, Juan Valjean había hablado de su madre con el mayor gusto; pero cuando llegó ya á ser mocita, le fué imposible hacerlo. Parecíale que no tenía valor para ello. ¿ Era esto por causa de Coseta? ¿ Era tal vez por causa de Fantina? Experimentaba él una especie

de horror religioso en hacer que entrase aquella sombra en el pensamiento de Coseta, y en colocar á la difunta como un tercer término en sus destinos. Cuanto más sagrada era para él aquella sombra, tanto más formidable le parecía. Pensaba en Fantina, y se sentía silenciosamente abatido. Veía de un modo vago en las tinieblas alguna cosa que parecía un dedo sobre una boca. Todo aquel pudor que había existido en Fantina y que, durante su vida, la había abandonado violentamente, ¿había vuelto acaso despues de su muerte á fijarse en ella, á velar, indignado, por la paz de aquella muerta, y severo y huraño, guardarla en su tumba? ¿Sería que Juan Valjean, sin saberlo él mismo, sufriese esa presión? Nosotros, que creemos en la muerte, no somos de los que rechazarían esta explicación misteriosa. De aquí la imposibilidad de pronunciar, aún para Coseta, este nombre de Fantina.

Un día le dijo Coseta :

— Padre, esta noche he visto á mi madre en sueños. Tenía dos grandes alas. Mi madre en su vida debe haber tocado á la santidad.

— Por el martirio, respondió Juan Valjean.

Por lo demas, Juan Valjean era feliz.

Cuando Coseta salía con él, se apoyaba ella en su brazo, ufana y dichosa, en toda la plenitud del corazón. Á todas estas muestras de una ternura tan exclusiva y tan satisfecha de él solo, Juan Valjean sentía fundirse en delicias su pensamiento. El pobre anciano se estremecía inundado de un gozo angélico; y se afirmaba él, con transportes de placer, que aquello duraría toda la vida; decíase que en verdad él no había sufrido bastante para merecer una dicha tan grande y tan espléndida, y daba gracias á Dios, en las profundidades de su alma, por haberle permitido, á él, miserable, el ser así amado por aquella inocent criatura.

V

LA ROSA SE APERCIBE DE QUE ELLA ES UNA MÁQUINE DE GUERRA

Cierto día se miró Coseta, por casualidad, en un espejo y se dijo : ¡ Vaya ! Casi se figuró que era hermosa. Esto la turbó de un modo singular. Hasta este momento, no había ella pensado nunca siquiera en su rostro. Solía verse en su espejo, pero no se miraba jamás. Y además, la habían dicho muchas veces que era fea ; sólo Juan Valjean decía con bondad : ¡ Nada de eso ! ¡ nada de eso ! De todos modos, Coseta se había creído siempre fea, y había creído en esta idea con la fácil resignación de la infancia. Cuando hé aquí que de improviso su espejo la decía como Juan Valjean : ¡ Nada de eso ! La muchacha no durmió en toda la noche. — ¡ Y si yo fuera bonita ! decía ella para sí, ¡ eso sí que tendría que ver, que fuese yo bonita ! — Y entonces se acordaba de aquellas de sus compañeras cuya hermosura hacía efecto en el convento, y se decía : ¡ Cómo ! ¡ sería yo como la fulanita !

Al día siguiente volvió á mirarse, pero no ya por casualidad, y entró en dudas: — ¿Dónde tenía yo los ojos? dijo entre sí, soy fea. — Y era buenamente que había dormido mal, estaba muy jerosa y muy pálida. No había experimentado un placer excesivo la víspera al creer en su hermosura, pero se entristeció bastante al renunciar á esta creencia: ya no volvió á mirarse, y durante más de quince días, trató de peinarse volviéndose de espaldas al espejo.

Por la noche, después de comer, solía hacer generalmente bordados de tapicería en la sala ó alguna labor del convento, y entre tanto Juan Valjean, sentado junto á ella, estaba leyendo. Una vez alzó los ojos de su trabajo, y se halló muy sorprendida de la manera inquieta cómo la miraba su padre.

En otra ocasión, pasaba por una calle, y la pareció que alguien á quien no pudo ver decía detrás de ella: ¡ Bonita mujer! pero mal puesta. — ¡ Vaya! dijo ella para sí, no lo dice por mí. Yo estoy bien puesta y soy fea. — Entonces llevaba ella su gorro de felpa y su vestido de merino.

Por último, un día, se hallaba en el jardín, y oyó á la pobre vieja Toussaint que decía: — ¿ No observa usted, señor, qué bonita se está haciendo la señorita? Coseta no oyó lo que respondió su padre; pero las palabras de la Toussaint produjeron en ella una especie de conmoción. Se escapó del jardín, subió á su habitación, corrió al espejo, después de tres meses que no había vuelto á mirarse en él, y lanzó un grito. Acababa de deslumbrarse á sí misma.

Estaba hermosa y bonita; por consiguiente, no podía menos de ser de la opinión de Toussaint y de su espejo. Su estatura se hallaba ya formada, su color había emblanquecido, su pelo se había puesto lustroso, un esplendor desconocido había llegado á encenderse en sus pupilas azules. La conciencia de su belleza le avino por completo, un solo instante, como aparece una gran luz en medio de las tinieblas:

además, los otros lo notaban, Toussaint lo decía, evidentemente era de ella de quien el transeunte había hablado, ya no cabía la menor duda; volvió á bajar al jardín, creyéndose reina, oyendo cantar á las aves, — y era en invierno — viendo el cielo dorado, el sol en los árboles, flores en las breñas, desatinada, loca, en un alborozo inexplicable.

Juan Valjean á su vez experimentaba una profunda é indefinible opresión de corazón.

Y es que, en efecto, hacía ya algun tiempo que contemplaba él con una especie de terror aquella belleza que cada día aparecía más radiante en el delicado rostro de Coseta. Aurora risueña y encantadora para todos, lúgubre y triste para él.

Coseta había sido hermosa mucho tiempo antes de que ella lo notara. Pero, desde el primer día, aquella luz invisible era la que ascendía lentamente y cubría por grados toda la persona de la joven, hirió la pupila sombría de Juan Valjean. Conoció él desde luego que aquello era un cambio, una transformación en una vida feliz, tan feliz, que no se atrevía él á remover nada en ella, temeroso de producir el más leve trastorno. Aquel hombre que había pasado por todas las aflicciones y por todos los apuros, que aún tenía brotando sangre las heridas que le había hecho su fatal destino, que había sido casi malvado y que había venido á ser casi santo, que, después de haber arrastrado la cadena del presidiario, arrastraba ahora la cadena invisible, pero pesada, de la infamia indefinida; aquel hombre á quien la ley no había devuelto su libertad y que á cada instante podía aún ser capturado de nuevo y conducido desde la oscuridad de su virtud á la grande claridad del oprobio público; aquel hombre lo aceptaba todo, todo lo toleraba, lo perdonaba, lo bendecía, todo lo recibía y lo admitía de buen grado, sin pedir á la Providencia, á los

hombres, á las leyes, á la sociedad, á la naturaleza, al mundo, sino una sola cosa, que Coseta le amase !

Que Coseta continuase amándole! Que Dios no impidiera al corazón de aquella niña el venir hacia él y permanecer con él! Amado por Coseta, hallábase él curado, tranquilo, aplacado, satisfecho, recompensado, coronado. Amado por Coseta, se encontraba tan bien ! nada más apetecía en el mundo. Si le hubieran dicho : ¿Quieres estar mejor ? habría respondido: No. Si Dios mismo le hubiera dicho: ¿Quieres el cielo ? habría él respondido: Perdería en aceptarle.

Todo cuanto pudiera tocar ó alterar en lo más mínimo esta situación, aunque sólo fuese en la superficie, le hacía estremecer como el principio de otra cosa. Jamas había sabido él á punto fijo lo que era la belleza de una mujer ; pero, por instinto, comprendía que era una cosa terrible.

Aquella belleza que se mostraba y se ostentaba, más y más cada día, triunfante y ufana, junto á él, á su propia vista, en la ingenua y formidable frente de la niña, desde el fondo de su fealdad, de su ancianidad, de su miseria, de su reprobación y de su abatimiento, la miraba él como azorado y despavorido.

Y se decía : ¡ Qué hermosa es ! ¡ Qué es lo que va á ser de mí !

Por lo demás, en esto consistía la diferencia entre su ternura y la ternura de una madre. Lo que él veía con angustia, lo habría visto una madre con alegría.

Los primeros síntomas no tardaron en manifestarse.

Desde el día siguiente á aquel en que ella se había dicho: ¡ Decididamente, soy hermosa ! Coseta empezó ya á cuidar de sus trajes y tocados con esmero. Se acordó en seguida de la expresión de aquel transeunte: — Bonita, pero mal puesta, — soplo de oráculo que había pasado junto á ella y se había desvanecido después de haber depositado en su corazón uno de los gérmenes que más adelante deben de

llenar toda la vida de la mujer, el arte de agradar, o sea lo que llaman en Francia *la coquetterie*. El otro es el amor.

Con la fe en su belleza, toda el alma femenina principió ya á dilatarse en ella. Tuvo horror al merino y á la felpa. Su padre no la había rehusado nunca nada. En seguida supo ella toda la ciencia del gorro, del vestido, de la manteleta, de los cuellos, de las mangas, de las botitas, de la tela que está á la moda, del color que asienta mejor, esta ciencia que hace de la mujer parisiense una cosa tan encantadora, tan profunda y tan peligrosa. La palabra de *femme capiteuse*¹ ha sido inventada para la parisiense.

En ménos de un mes, la señorita Coseta fué en aquella tebaída de la calle de Babilonia — una de las mujeres, no sólo más hermosas, lo que ya es algo, sino de las que iban « más bien puestas, » de París, lo que es mucho más aún. Habría querido ella ahora encontrar á « su transeunte de márras » para ver lo que diría, y para « darle una buena lección ! » El hecho es que ella estaba hechicera bajo todos conceptos, y que distinguía maravillosamente un sombrero de Gérard de un sombrero de Herbaut.

Juan Valjean consideraba estos estragos con ansiedad. Él que conocía bien que no podría jamas hacer otra cosa que arrastrarse por el suelo, andar cuando más, veía ya con alas á Coseta !

Por lo demás, sólo á la simple inspección de la *toilette* de Coseta, habría conocido en seguida una mujer que no tenía ella madre. Coseta no se cuidaba de observar ciertas convenciones especiales, y ciertas pequeneces exigidas por el decoro en las jovencitas de su edad. Así, por ejemplo, una madre la habría dicho que una jóven no debe vestirse nunca de damasco.

El primer día que Coseta salió con su vestido y su pelisa de damasco negro y con su gorro de gasa blanca, se

¹ Mujer embriagada.

acercó á tomar el brazo de Juan Valjean, alegre, radiante, rosada, ufana, deslumbradora. — Padre, dijo, cómo me halla usted así? Juan Valjean respondió con una voz temblorosa, que parecía la amarga voz de un envidioso: — Bellísima! — En el paseo estuvo él como de ordinario. Al volver á entrar en casa, preguntó á Coseta:

— Es que no volverás ya á ponerte el vestido y el sombrero que llevabas antes?

Esto pasaba en el cuarto de Coseta. Volvióse ella hácia la percha del guardaropa donde estaba colgado su modesto traje de colegiala y dijo:

— Ese disfraz! Padre, qué quiere usted que yo haga de eso? Oh! ni pensarlo siquiera, jamás volveré yo á ponerme tales horrores! Con ese caldero en la cabeza, parezco una madama Chien-fou.

Juan Valjean suspiró profundamente.

Desde este día, observó él ya que Coseta, quien otras veces solicitaba generalmente quedarse en casa, diciendo: Padre, me divierte más estar aquí con usted, procuraba ahora ya siempre salir. En efecto, de qué sirve tener una cara bonita y un traje delicioso, si no sale á lucirlos?

También notó él que Coseta no tenía ya la misma afición al patio interior. Gustábala más ahora ir al jardín, donde se paseaba con mucho agrado por delante de la verja. Juan Valjean, con el más severo enojo, no ponía los pies en el jardín, quedándose en el patio interior, como el perro.

Con haber llegado á conocer que era hermosa, Coseta perdió la gracia de ignorarlo; gracia exquisita y preciosa, pues la belleza realzada por el candor es una cosa inefable; no habiendo nada tan adorable como una inocencia deslumbradora que marcha llevando en su mano, sin saberlo, las llaves de un paraíso. Pero lo que ella perdió en gracia ingenua, lo ganó en formales y reflexivos encantos. Pene-

trada de las alegrías de la juventud, de la inocencia y de la belleza, toda su persona respiraba una melancolía espléndida.

En esta época fué cuando Marius, despues de haber transcurrido seis meses sin ir al Luxemburgo, volvió á este paseo y la encontró de nuevo.



Hallábase Coseta en su sombra, como Marius en la suya, enteramente dispuesta á la combustion. El destino, con su paciencia misteriosa y fatal, iba aproximando lentamente uno á otro aquellos dos seres lánguidos y desfallecidos, plenamente cargados de las borrascosas electricidades de la pasión, aquellas dos almas que llevaban el amor como dos nubes llevan el rayo, y que debían abordarse y confundirse en una mirada como las nubes en un relámpago.

Háse abusado tanto de la mirada en las novelas de amor, que se ha acabado por desconsiderarla. Apenas se atrevería ahora nadie á decir que dos seres se han amado porque se han mirado, y sin embargo, así es como se ama, y únicamente de ese modo. Lo demás son las consecuencias, y estas vienen despues. No hay nada más real y positivo que los grandes sacudimientos que se dan dos almas al cambiar esa chispa.

En el mismo instante en que Coseta lanzó, sin saberlo, aquella mirada que turbó á Marius, Marius estaba muy lejos de pensar que él también tuvo una mirada que turbó á Coseta.

Él la hizo el mismo mal y el mismo bien.

Hacia ya mucho tiempo que ella le veía y le examinaba como las niñas examinan y ven, mirando á otra parte. Todavía Marius hallaba á Coseta fea, cuando ya Coseta hallaba á Marius hermoso. Pero como él no hacía caso de ella, aquel jóven la era de todo punto indiferente.

Sin embargo, ella no podía ménos de decirse que él tenía buen pelo, hermosos ojos, bonita dentadura, un metal de voz agradable, cuando le oía hablar con sus compañeros; que andaba sin llevar un porte airoso y elegante, si se quiere, pero con cierta gracia peculiar á él; que según parecía no era nada tonto, que toda su persona era noble, afable, sencilla y altiva; y por último, que tenía trazas de ser pobre, pero que parecía un buen muchacho.

El día en que sus ojos se encontraron y se dijeron por fin bruscamente esas primeras cosas oscuras é inefables que la mirada expresa como de un modo balbuciente, Coseta no comprendió nada al principio. Volvió á entrar, cavilosa y pensativa, en la calle del Oeste, donde Juan Valjean, según su costumbre, había venido á pasar seis semanas. Al día siguiente, al despertar, se acordó de aquel jóven desconocido, indiferente y frío hacia tanto tiempo, pero que parecía que ahora fijaba ya en ella su atención, mas estuvo ella muy lejos de imaginar que esta atención la fuese grata. Al contrario, abrigaba un poco de ira contra aquel bello desdenoso. Un fondo de guerra se removió más bien en ella. Se la figuraba, y esto la hacía experimentar una alegría enteramente infantil aún, que al fin iba á vengarse de él.

Persuadida ya de que era hermosa, conocía ella, aun-

que de una manera indistinta, que poseía un arma. Las mujeres juegan con su hermosura como los niños con su navajita, hiriéndose en ella.

Nuestros lectores recuerdan sin duda las hesitaciones de Marius, sus palpitaciones, sus terrores. Permanecía sentado en su banco, sin atreverse á acercarse adonde ella estaba. Esta manera de conducirse irritaba mucho á Coseta. Un día dijo ella á Juan Valjean: — Padre, vamos á pasear un poco hácia ese lado. — Viendo que Marius no iba hácia ella, ella fué hácia Marius. En tales circunstancias, toda mujer se parece á Mahoma. Y despues, cosa extraña, el primer síntoma del verdadero amor en un jóven, es la timidez; y en una jóven, es la osadía. Esto es una cosa que causa admiracion, y sin embargo, nada es más sencillo. Son los dos sexos que tienden á acercarse y que para ello toman las calidades el uno del otro.

Aquel día, la mirada de Coseta volvió loco á Marius, y la mirada de Marius puso á Coseta temblorosa. Marius se fué de aquel sitio confiado, y Coseta se fué llena de inquietud. Á partir de este día, se adoraron.

Lo primero que experimentó Coseta fué una tristeza confusa y profunda. Parecíala que, en pocas horas, su alma se había ennegrecido. Ya ella no la conocía. La blancura del alma de las jóvenes, que se compone de frialdad y de alegría, se asemeja á la nieve. Se derrite en presencia del amor, que es su sol.

Coseta no sabía lo que es amor. Jamas había oído ella pronunciar esta palabra en el sentido terrestre. En los libros de música profana que entraban en el convento, la palabra *amor* estaba reemplazada por la palabra *tambor* ó *temblor*. Esto daba ocasion á ciertos enigmas que ejercitaban la imaginación de las *grandes*, como: *¡ Ah! cuán grato es el tambor! ó bien: ¡ La piedad no es un temblor!* Pero Coseta había salido del convento demasiado niña

aún para que se hubiera preocupado ella mucho de las cuestiones del « temblor » ó del « tambor. » Por consiguiente, no habría sabido qué nombre dar á lo que ahora experimentaba. ¿ Pero está uno acaso ménos enfermo por ignorar el nombre de su enfermedad ?

Amaba ella con tanta más pasión, cuanto que amaba con ignorancia. No sabía si aquello era bueno ó malo, útil ó peligroso, necesario ó mortal, eterno ó pasajero, permitido ó prohibido; ella amaba, y nada más. La habrían causado grande extrañeza si la hubieran dicho: ¿ No duerme usted? ¡ pero si eso está prohibido! ¿ No come usted? ¡ pues hace usted muy mal! ¿ Tiene usted opresiones y palpitaciones de corazón? ¡ eso no se hace! ¿ Se pone usted encarnada y se vuelve pálida cuando cierto sér vestido de negro aparece en la extremidad de cierta avenida verde y umbría? ¡ eso es una cosa abominable! Ella no habría comprendido ni una sola palabra de esto, y habría respondido: ¿ Cómo es posible que tenga yo culpa ninguna de una cosa en que nada puedo y de la que nada sé?

Sucedió que el amor que se presentó era precisamente el que convenia mejor al estado de su alma. Era una especie de adoracion á distancia, una contemplacion muda, la deificacion de un desconocido. Era la aparición de la adolescencia á la adolescencia, el ensueño de las noches convertido en novela sin dejar de ser ensueño, el anhelado fantasma realizado por fin y hecho carne, pero careciendo aún de nombre, sin agravio, sin mancha, sin exigencia y sin defecto, en una palabra, el amante lejano y que permanece en las vagas regiones del ideal, una quimera revestida de una forma. Cualquier otro encuentro más palpable y más cercano habría asustado en esta primera época á Coseta, medio sumergida aún en la densa bruma del claustro, que todo lo abultaba á sus ojos y lo exageraba. Tenia, mezclados y en confusion, todos los

terrores de los niños y todos los terrores de las monjas. El espíritu del convento, del cual se había ella penetrado por espacio de cinco años, se evaporaba aún lentamente de toda su persona, y hacía temblar todo en derredor de sí. En una situación de tal naturaleza, no era un amante lo que á ella la convenía, tampoco la convenía un enamorado, sino una vision. Se puso, pues, á adorar á Marius como una cosa encantadora, luminosa, imposible.

Como la extrema sencillez toca á la extrema coquetería, ella le sonreía con entera franqueza.

Todos los días esperaba impaciente la hora del paseo, encontraba allí á Marius, se sentía indeciblemente dichosa, y creía con sinceridad expresar todo su pensamiento diciendo á Juan Valjean: — ¡Qué delicioso es este jardín del Luxemburgo!

Marius y Coseta se hallaban en la noche el uno para el otro. No se hablaban, no se saludaban, no se conocían; pero se veían, y como los astros en el cielo, separados entre sí por millones de leguas, vivían de mirarse.

Así es como Coseta iba poco á poco convirtiéndose en una mujer y desarrollándose, bella y enamorada, con la conciencia de su belleza y la ignorancia de su amor. Coqueta sobre todo, por inocencia.

VII

A TRISTEZA, TRISTEZA Y MÉDIA

Todas las situaciones tienen sus instintos. La vieja y eterna madre naturaleza advertía sordamente á Juan Valjean de la presencia de Marius. Juan Valjean se estremecía en lo más oscuro de su pensamiento. Juan Valjean no veía nada, no sabía nada, y sin embargo, consideraba con una atención obstinada las tinieblas en las cuales se hallaba envuelto, como si se apercibiera él de alguna cosa que en un lado se estaba construyendo, mientras que, en el lado opuesto, otra cosa se hundía y se desplomaba. Marius, advertido también, y, conforme á la profunda ley de Dios, por esa misma madre naturaleza, hacía cuanto le era posible á fin de sustraerse á las miradas del «padre.» Sin embargo, ocurría que algunas veces le notaba Juan Valjean. Los pasos y gestos de Marius no dejaban de infundir algunas sospechas. Tenía prudencias torpes y temeridades

desmañadas. Ya no venía muy cerca como lo hacía ántes; se sentaba léjos de donde ellos estaban y se quedaba como extático; tenía un libro y hacía como que leía en él. ¿Por qué afectaba estar leyendo? En otro tiempo venía con un frac viejo, pero ahora traía ya todos los días su frac nuevo; no estaba muy seguro de si también se hacía rizar el pelo, ponía unos ojos muy extraños, y llevaba guantes; en una palabra, Juan Valjean aborrecía con toda su alma á aquel jóven.

Coseta no dejaba adivinar nada. Sin saber á punto fijo lo que ella tenía, experimentaba en realidad el sentimiento de que pasaba por su alma alguna cosa, y que esta cosa era menester ocultarla.

Existía entre el gusto por la toilette que tan de pronto había acometido á Coseta, y la nueva costumbre de plantarse su frac nuevo que había tomado aquel desconocido, cierto paralelismo importuno á Juan Valjean. Tal vez no era todo aquello sino una mera casualidad, sin duda, de seguro, pero una casualidad amenazadora.

Jamás hablaba él una palabra á Coseta acerca de aquel desconocido. Un día sin embargo, ya no pudo contenerse, y con esa vaga desesperacion que arroja bruscamente la sonda en su desgracia, la dijo: — Hé ahí un jovencito que tiene trazas de pedante!

El año anterior, Coseta, niña indiferente, habría respondido: — ¡Oh, no! es bastante agradable. Diez años después, con el amor de Marius en el corazón, habría respondido: — ¡Pedante é insoportable al verle! ¡tiene usted mucha razón! — En el momento de la vida y del corazón en que ella se hallaba, se limitó á responder con una calma suprema: — ¡Aquel jóven!

Como si ella le mirara por la primera vez de su vida.

— ¡Qué estúpido soy! dijo para sí Juan Valjean. Ella no le había notado aún; y yo soy quien se le señala!

¡Oh simplicidad de los viejos! ¡profundidad de los niños!

Aun es esta otra ley de esos tiernos años de sufrimiento y de zozobra, de esas vivas luchas del primer amor contra los primeros obstáculos; la jóven no se deja coger en ningún lazo, el jóven cae en todos. Juan Valjean había comenzado contra Marius una guerra sorda que Marius, con la sublime tontería de su pasión y de su edad, no supo adivinar. Juan Valjean le fraguó una porción de emboscadas; cambió de banco, dejó olvidado el pañuelo, vino solo al Luxemburgo; Marius cayó de cabeza en todos los lazos que él le tendió; y á todos estos puntos interrogante plantados sobre su camino por Juan Valjean, respondía él ingenuamente, si. Entre tanto Coseta permanecía como murada en su aparente indiferencia y en su imperturbable tranquilidad, de tal suerte, que Juan Valjean llegó á esta conclusión: Ese bobo está perdídamente enamorado de Coseta; pero Coseta no sabe siquiera si existe él en este mundo.

Sin embargo, no por eso dejaba él de tener en su corazón un temblor doloroso. El minuto en que Coseta empezara á amar podía ya sonar de un momento á otro. ¿Acaso no principia todo en este mundo por la indiferencia?

Una sola vez cometió Coseta una falta que le asustó. Levantóse él del banco para marcharse á casa, después de haber permanecido allí sentados como más de tres horas, y ella dijo: — ¡Ya!

Juan Valjean no había discontinuado sus paseos al Luxemburgo, no queriendo hacer nada singular, y sobre todo, temiendo dar el alerta á Coseta; pero durante estas horas tan dulces para los dos enamorados, mientras que Coseta enviaba su sonrisa á Marius embriagado de gozo que no se apercibía sino de esto solamente, y que ahora no veía en este mundo nada más que un rostro radiante y adorado,

Juan Valjean clavaba en Marius unos ojos chispeantes y terribles. Él, que había concluido por no crearse ya capaz de un sentimiento malévolo, tenía instantes en que, cuando Marius se hallaba en su presencia, creía volver á sus instintos salvajes y feroces, y sentía abrirse de nuevo y sublevarse contra el joven aquellas antiguas profundidades de su alma donde se habían concentrado en otro tiempo tantas iras. Casi le parecía que de nuevo se formaban en él cráteres desconocidos.

¿Cómo! ¿se hallaba allí, aquel ente! ¿á qué venía siempre á aquel sitio? ¿venía á hacer la rueda, á husmear, á examinar, á probar! venía á decir: ¡Vaya! ¿y por qué no? ¿venía á rondar al rededor de su vida, de la propia vida de Juan Valjean! ¿á rondar al rededor de su dicha, para llevársela y arrebatársela!

Juan Valjean añadía: — ¡Sí, eso es! ¿qué es lo que viene á buscar aquí? ¿una aventura! ¿qué es lo que quiere? ¿unos amoreillos! ¿Unos amoreillos! ¡y yo! ¿Cómo! yo habré sido primero el más miserable de los hombres, y después el más desgraciado, habré hecho sesenta años una vida sobre las rodillas, habré sufrido todo cuanto es posible sufrir, habré envejecido sin haber sido joven, habré vivido sin familia, sin parientes, sin amigos, sin mujer, sin hijos, habré dejado parte de mi sangre sobre todas las piedras, sobre todos los recantones, sobre todas las matas y todos los espinos, á lo largo de todas las paredes, habré sido dulce y afable á pesar de haber sido el mundo tan duro para mí, habré sido bueno, bien que hayan sido tan malos conmigo, me habré vuelto hombre de bien á pesar de todo, me habré arrepentido del mal que he hecho y habré perdonado el mal que me han hecho á mí; y en el momento en que me veo recompensado, en el momento en que todo ha concluido, en el momento en que toco al fin, en el instante mismo en que poseo lo que yo tanto quiero, que es tan

bueno, tan agradable, que lo he pagado, que lo he ganado, todo esto se me irá, todo se desvanecerá, y yo perderé á Coseta, y perderé mi vida, mi alegría, mi alma, porque se le haya antojado á un majadero venir á hacer el moscon al Luxemburgo!

Y entónces sus pupilas se llenaban de una claridad lúgubre y extraordinaria. Aquello no era ya un hombre que mira á otro hombre; no era un enemigo que mira á otro enemigo. Era un perro de presa que mira á un ladrón.

Lo demás ya se sabe. Marius continuó siendo insensato. Un día siguió á Coseta á la calle del Oeste. Otro día habló al portero. El portero á su vez habló también, y dijo á Juan Valjean: — ¿Señor, quién vendrá á ser un joven curioso que me ha preguntado por usted? — Al otro día fué cuando Juan Valjean lanzó á Marius aquella mirada de la cual se apercibió al fin el joven. Ocho días después de este suceso, Juan Valjean había mudado de domicilio; jurando y perjurando entre sí que no volvería á poner los pies en el Luxemburgo, ni en la calle del Oeste. Volvióse pues á la calle de Plumet.

Coseta no se quejó, no dijo nada, no dirigió la menor pregunta, no trató de saber ni averiguar ningún motivo ó causa de tal determinación; hallábase ella ya en el período en que se teme el ser penetrada y hacerse traicion á sí misma. Juan Valjean no tenía ninguna experiencia de estas miserias, las únicas que son agradables y las únicas que él no conocía; esto hizo que él no comprendiera la grande significación del silencio de Coseta. Sólo notó que ella se puso triste, y él también se puso sombrío. Por una y otra parte, eran inexperiencias puestas en lucha.

Una vez hizo él un ensayo. Preguntó á Coseta:

— ¿Quieres venir al Luxemburgo?

Un rayo de luz iluminó de repente el pálido rostro de Coseta.

— Sí respondió la niña.

Y fueron en efecto. Tres meses habian ya transcurrido sin ir Marius no iba ya á aquellos jardines. Marius no se dejó ver por allí aquel día.

Al siguiente, volvió Juan Valjean á preguntar á Coseta:

— ¿Quieres venir al Luxemburgo?

Y ella respondió con voz dulce y triste:

— No.

Juan Valjean se sintió como herido por esta tristeza y enternecido por aquella dulzura.

¿Qué es lo que pasaba en aquel espíritu tan joven, y tan impenetrable ya? ¿Qué es lo que se hallaba allí en via de realizarse? ¿Qué sucedía en el alma de Coseta? A veces, antes de acostarse, Juan Valjean permanecía sentado junto á su camastró, con la cabeza apoyada en su mano, y pasaba noches enteras preguntándose: ¿Qué es lo que habrá en el pensamiento de Coseta? y pensando en las cosas en las cuales podía ella pensar.

¡Oh! en estos momentos, ¡qué miradas tan dolorosas dirigía él hácia el claustro, aquella mansion de castidad, aquel lugar de ángeles, aquel inaccesible ventisquero de la virtud! ¡Con qué dulce y desesperado encanto contemplaba él aquel jardín del convento, lleno de ignoradas flores y de vírgenes encerradas, desde donde todos los perfumes y todas las almas se elevan en derechura hácia el cielo! ¡Cómo adoraba él aquel Eden que veía cerrado ya para siempre, donde había locamente entrado y de donde había salido voluntariamente! ¡Cómo sentía ahora su abnegacion y su demencia al haber devuelto al mundo á Coseta, pobre héroe del sacrificio, cogido, aterrado y abatido por su misma generosidad, por su desprendimiento y su abnegacion! cómo se decía:

¿Qué es lo que he hecho?

Por lo demas, nada de esto traslucía Coseta. Ni el mal humor ni la rudeza. Siempre la presentaba él el mismo semblante, lleno de serenidad y de bondad. Las maneras de Juan Valjean eran más tiernas y más paternales que nunca. Si algo hubiera podido hacer que se adivinase en él ménos alegría que de ordinario, era su mayor mansedumbre.

Coseta á su vez languidecía; se ponía pálida y triste. Sufria de la ausencia de Marius, como había gozado de su presencia, singularmente, sin saber á lo justo de qué sufría ni de qué había gozado. Cuando Juan Valjean había dejado de conducirla á los paseos habituales, un instinto de mujer la había murmurado confusamente, en el fondo de su corazón, que no convenia mostrar grande interés en ir al Luxemburgo, y que si el ir parecia ser para ella una cosa indiferente, su padre la volvería á llevar pronto. Pero transcurrieron días y semanas y meses. Juan Valjean había aceptado tácitamente el consentimiento tácito de Coseta. Ella lo sintió; pero ya era demasiado tarde. El día en que volvió al Luxemburgo, ya Marius no se hallaba allí. Marius había, pues, desaparecido; era asunto terminado; ¿qué hacer? ¿le volvería ella á encontrar alguna vez? Sintióse angustiada por una opresion de corazón que nada podía dilatar, y que cada día iba en aumento; ya no sabia si se hallaba en invierno ó en verano, si llovía ó hacia sol, si las aves cantaban, si era la época de las dalias ó de las margaritas, si el Luxemburgo era ó no preferible á las Tullerías, si la ropa blanca que traía la lavandera estaba demasiado almidonada ó si no lo estaba suficientemente, si Toussain había hecho buena ó mala compra en el mercado; y quedó así abatida, absorta, atenta á un solo pensamiento, con la mirada vaga y fija, como cuando se mira por la noche

el sitio negro y profundo donde acaba de desvanecerse una aparición.

Por lo demás, tampoco ella dejó entrever nada á Juan Valjean, nada excepto su palidez. Siempre continuó también presentándole el mismo semblante, apacible y grato.

Pero aquella palidez era más que suficiente para preocupar á Juan Valjean. Á veces él la preguntaba :

— ¿Qué tienes?

Y ella respondía :

— No tengo nada.

Y después de un momento de silencio, como ella también notara que él estaba triste, añadía :

— ¿Y usted, padre, es que se siente usted mal?

— ¿Yo? no, decía el anciano.

Estos dos seres que se habían amado tan exclusivamente y con un amor tan tierno, que habían vivido tanto tiempo el uno para el otro, sufrían ahora uno al lado del otro, el uno por causa del otro sin decirselo, sin quererse mal, y sonriendo.

VIII

LA CADENA

El más desgraciado de los dos era Juan Valjean. La juventud, aún en medio de sus penas y dolores, tiene siempre una claridad delante de ella.

En ciertos momentos, Juan Valjean sufría tanto, que aparecía pueril. Es propio del dolor el hacer que reaparezca, sin dnda por efecto de la debilidad, el lado infantil del hombre. Conocía él invenciblemente que Coseta se le escapaba. Hubiera querido luchar, retenerla, entusiasmarla con alguna cosa exterior y deslumbradora. Estas ideas, pueriles, como acabamos de decirlo, y al mismo tiempo seniles, le dieron, por su misma puerilidad, una noción bastante justa de la influencia de la pasamanería en la imaginación de las jóvenes. En cierta ocasión le sucedió el ver pasar por la calle un general á caballo, de grande uniforme, el conde Costard, comandante general de París.

Tuvo él mucha envidia á aquel hombre tan dorado ; y dijo para sí : ; Qué dicha sería el poderse poner una cascaca como esa ! y que era una cosa incontestable que si Coseta le viera vestido de aquel modo, no podría ménos de deslumbrarse ; y que cuando él diera el brazo á Coseta y pasaran por delante de la verja de las Tullerías, le presentarían las armas, lo cual bastaría á Coseta y la quitaría toda idea de mirar á los jóvenes.

Un sacudimiento inesperado vino á mezclarse con estos tristes pensamientos.

En la vida aislada que ellos hacían, y sobre todo, desde que habían ido á habitar en la calle de Plumet, tenían una costumbre. Solían hacer á veces la partida de recreo de ir á ver el levante del sol, género de placer, dulce y agradable, que conviene á los que entran en la vida y á los que salen de ella.

Pasear por la mañana temprano, para todo el que gusta de la soledad, equivale á pasear por la noche, con la alegría de la naturaleza por complemento. Las calles están desiertas y las aves cantan. Coseta, que era ella misma una de esas aves, gustaba de despertar y levantarse temprano. Estas excursiones matutinas se disponían la víspera. Él era quien proponía y ella aceptaba. Esto se arreglaba como un complot ; salían antes de amanecer, y esto gustaba á Coseta extraordinariamente. Estas inocentes excentricidades agradan siempre á la juventud.

Sabido es ya que la inclinación de Juan Valjean era el ir á los parajes poco frecuentados, á las rinconadas solitarias, á los sitios olvidados. En aquella época había en las cercanías de las barreras de París unas especies de campos pobres, casi confundidos con la ciudad, donde crecía, en verano, un trigo bastante ruin, y que en el otoño, después de hecha la recolección, no tenían trazas de estar segados, sino pelados. Juan Valjean daba toda su predilección á

frecuentar aquellos campos. Tampoco se aburría allí Coseta. Era la soledad para él y la libertad para ella. Allí volvía ella á ser niña, podía correr y casi jugar ; se quitaba su gorro, le colocaba sobre las rodillas de Juan Valjean y recogía flores silvestres para hacer un ramo. Miraba con delicia las mariposas que posaban sobre las flores, pero no las cogía nunca ; la mansedumbre y la ternura nacen con el amor, y la jovencita que tiene en sí misma un ideal tembloroso y frágil, tiene compasión del ala de una mariposa. Se entretenía en trenzar guirnaldas de amapolas que se ponía en la cabeza, y que, penetradas é inundadas por el sol, purpuradas hasta el brillo de la llama, formaban para aquel semblante rosado una corona de ascuas.

Aún después de haberse entristecida la vida de entrambos, habían conservado su costumbre de los paseos matutinos.

Ahora bien, una mañana de Octubre, tentados por la perfecta serenidad del otoño de 1831, habían salido, y se hallaban al amanecer junto á la barrera del Maine. No era la aurora, era el alba ; momento austero y encantador. Distinguíanse algunas constelaciones acá y acullá en el pálido y profundo azul del firmamento ; la tierra estaba enteramente negra, el cielo enteramente blanco, un estremecimiento en la brizna de la yerba, por todas partes el pasmo misterioso del crepúsculo.

Una calandria, que parecía confundirse con las estrellas, cantaba á una altura prodigiosa ; diríase que aquel himno de la pequeñez al infinito calmaba la inmensidad. Por el lado del oriente, el Val-de-Grâce proyectaba su masa oscura en el horizonte matizado de una claridad de acero ; la deslumbradora Venus subía detrás de aquella cúpula y se asemejaba á un alma que se evade de un edificio tenebroso.

Todo era allí paz y silencio; nadie había en la calzada: en las hondonadas laterales, alguno que otro obrero, apenas entrevisto, se dirigía á su trabajo.

Juan Valjean se había sentado en la calle lateral de la avenida sobre unos maderos que se hallaban tendidos á la puerta de una carpintería. Tenía la cara vuelta hácia el camino, y la espalda vuelta hácia la luz de levante; se había olvidado sin duda de que iba á salir el sol; hallábase sumergido en una de esas profundas cavilaciones en las cuales se concentra todo el espíritu, que hasta embargan y aprisionan la mirada, y que equivalen á una reclusion en cuatro paredes. Hay en efecto ciertas meditaciones que pudieran llamarse verticales; cuando se está en el fondo de ellas se necesita tiempo para volver sobre la tierra. Juan Valjean había descendido á uno de esos sueños. Estaba pensando en Coseta, en la dicha posible, si nada vino á interponerse entre ella y él, en aquella luz con que ella inundaba su vida, luz que era la respiración de su alma. Casi era él dichoso en medio de aquellos sueños de dicha. Coseta, de pie junto á él, miraba cómo las nubes se iban cubriendo de color de rosa.

De improviso exclamó la niña: Padre, parece que viene alguien por allá lejos. Juan Valjean levantó los ojos.

Coseta tenía razón.

La calzada que conduce á la antigua barrera del Maine prolonga, como es sabido, la calle de Sévres, y se halla cortada en ángulo recto por el boulevard interior. En el recodo de la calzada y del boulevard, en el mismo sitio en que se verifica el empalme, oíase cierto ruido difícil de explicar á aquellas horas, apareciendo allí como una especie de obstrucción ó de confuso hacinamiento. Alguna cosa abultada é informe, que provenía del boulevard, entraba en la calzada.

Íbase aquello a grandando en sus proporciones, y parecía

moverse con cierto órden mesurado; sin embargo, era corpulento y pavoroso; parecía ser un carro, pero no se podía distinguir su cargamento. Había caballos, ruedas, gritos; y de vez en cuando se oía el chasquido de algunos latigazos. Los lineamentos de aquel objeto fuéronse fijando al fin gradualmente, aunque ahogados en las tinieblas. Era, en efecto, un carro que acababa de dar vuelta del boulevard hácia el camino, y que se dirigía hácia la barrera junto á la cual se hallaba Juan Valjean; un segundo carro del mismo aspecto siguióse al primero, un tercero venía en seguida, despues un cuarto, hasta que fueron desfilando sucesivamente siete vehículos, en tal disposición que las cabezas de los caballos iban tocando á la parte posterior de los carros. Sobre estos carros se agitaban como unas sombras; distinguíanse ciertos reflejos de luz en el crepúsculo, como si hubiera allí sables desenvainados, oíase un débil repiqueteo como si se removieran unas cadenas; aquello iba avanzando, los voces se percibían cada vez más distintamente, y eran una cosa formidable, como las que salen de las cavernas de los sueños.

Segun que se iba aproximando, aquello adquiría una forma, y se bosquejaba detras de los árboles con la palidez de la aparición; aquella mole empezó á blanquear; la luz crepuscular que se levantaba poco á poco difundía un resplandor descolorido sobre aquel espectro hormigueante, á la vez sepulcral y viviente; las cabezas de las sombras aparecieron como rostros de cadáveres: hé aquí lo que era aquello;

Siete carros marchaban en hilera por la calzada. Los primeros tenían una estructura singular. Parecían carro-matos de toneleros; eran como unas especies de escaleras largas colocadas sobre dos ruedas y formando parihuelas en su extremidad anterior. Cada carro-mato de estos, ó mejor dicho, cada escalera iba tirada por cuatro caballos de

cabo á cabo. Sobre aquellas escaleras iban arrastrados más bien que conducidos extraños grupos ó racimos de hombres. En medio de la escasa luz que aún habia, no se veían aquellos hombres, se los adivinaba. Veinticuatro iban en cada carro, doce á cada lado, respaldados unos en otros, vueltos de cara á los pasajeros, con las piernas colgando; así iban caminando estos hombres, llevando á la espalda una cosa que sonaba y que era una cadena, y en el cuello otra cosa que brillaba, y que era una argolla. Cada uno llevaba su argolla, pero la cadena era para todos; de modo que aquellos veinticuatro hombres, si tenían que bajar del carronato y que ponerse en marcha, se hallaban ligados por una especie de unidad inexorable y debían culebrear por el suelo, sirviéndoles de vértebra la cadena, asemejándose á un cientopés todo aquel conjunto. Delante y detras de cada carro se hallaban dos hombres de pié, cada uno de los cuales pisaba una extremidad de la cadena. Las argollas eran cuadradas. El séptimo carro, vasto furgon con adrales, pero sin toldo, tenía cuatro ruedas y seis caballos, y conducía un sonoro monton de calderas de hierro, de marmitas del mismo metal, de hornillos y de cadenas, donde iban mezclados algunos hombres agarrotados y tendidos á la larga, que parecían enfermos. Aquel furgon, todo él á claraboya, estaba guarnecido de zarzos ó cañizos destrózados, que parecían haber servido á los antiguos suplicios.

Estos carros iban por el medio de la calzada. Á los dos lados marchaban en dos filas unos guardas de infame aspecto, cubiertos de tricornios aplanados como los de los soldados del Directorio, rotos, manchados, sórdidos, arropados con uniformes de inválido y pantalones de sepulturero, mitad pardos mitad azules, casi andrajosos, con charreteras encarnadas, bandoleras amarillas, un sablecillo corto, fusiles y garrotes; especies de soldados-granujas.

Estos esbirros parecían compuestos de la abyección del mendigo y de la autoridad del verdugo. El que tenía trazas de ser su jefe llevaba en la mano un látigo de postillon. Todos estos detalles, esfumados por la débil luz crepuscular, se iban diseñando, cada vez más, á medida que el alba aclaraba los objetos. Á la cabeza y á la cola del convoy, marchaban unos gendarmes á caballo, graves, y sable en mano.

Este cortejo era tan largo, que en el momento en que el primer carro llegaba á la barrera, el último desembo-caba apenas del boulevard.

Una muchedumbre, salida no se sabe de dónde y formada en un abrir y cerrar de ojos, como sucede con frecuencia en París, se apresuraba compacta á los dos lados de la calzada é iba mirando, ávida de satisfacer la curiosidad. Oíanse en las callejuelas inmediatas gritos de gentes que se llamaban unas á otras, los zuecos de los hortelanos que acudían á ver lo que era aquello.

Los hombres así amontonados en los carronatos se dejaban traquear en silencio. Estaban lívidos y tiritando con el frío de la mañana. Todos llevaban pantalones de lienzo y sus piés desnudos calzaban unos zuecos. El resto del traje era según el capricho de la miseria. El conjunto de sus vestimentos era de la más chocante y asquerosa disparidad; no hay cosa más fúnebre que el arlequin de los harapos. Sombreros desfongados, gorras embetunadas, horribles gorros de lana, y con el feísimo pantalon azul blanquizado del peon de albañil, un frac negro agujereado en los codos; algunos de ellos llevaban sombreros de mujer; á otros servía de tocado un cesto; veíanse pechos velludos, y al través de los desgarrones de la ropa, distinguíanse las marcas ó sellos formados en las carnes: templos del amor, corazones inflamados, Cupidos, etc. También se veía, herpes, costras y barros malsanos. Dos ó tres de ellos tenían una cuerda de poja fija en los travesaños del carro, y suspen-

dida por bajo de ellos como un estribo, en la cual apoyaban los pies. Uno tenía en la mano y llevaba á la boca cierta cosa que ofrecia el aspecto como de una piedra negra, y u e parecia morder; era que comia un pedazo de pan. Allí no habia sino ojos secos: apagados, ó encendidos con luz sinistra. La tropa de la escolta iba renegando, maldiciendo, echando votos y ternos, los encadenados no resollaban siquiera; de vez en cuando se oia el ruido de un garrotazo sacudido sobre las espaldas ó sobre las cabezas; algunos de aquellos hombres bostezaban; los andrajos eran terribles; los pies iban colgando, los hombros oscilaban, las cabezas chocaban unas contra otras, los fierros sonaban, las pupilas chispeaban con feroz aspecto; los puños se encogian ó se abrian inertes como las manos de un muerto; detras del cortejo, una bandada de muchachos iba riendo á carcajadas.

Aquella hilera de carros, fuese lo que quisiera, era lúgubre. Es evidente que, al otro dia, ó una hora despues, podía caer un fuerte chaparron, que á este podria seguirse un segundo y al segundo un tercero, y que aquellas ropas destrozadas serian fácilmente penetradas por el agua; que, una vez mojados, aquellos hombres no podrían enjugarse, que una vez helados, no se calentarian, que sus pantalones de hilo, ó más bien de algodón, se pegarian á sus carnes y á sus huesos por la accion del agua, la cual llenaria tambien sus zuecos, que los palos y los latigazos no podrían impedir el castañeteo de las mandibulas, que la cadena continuaria siempre teniéndolos amarrados por el cuello que sus piés seguirian colgando; y era imposible dejar de estremecerse al ver aquellas criaturas humanas atadas de aquel modo y pasivas bajo los nublados frios del otoño, expuestas á la lluvia, al cierzo, á todas las intemperies y á todas las furias del viento, como árboles y como piedras.

Los garrotazos no perdonaban ni aún á los enfermos,

que yacian amarrados con cuerdas y sin movimiento en el séptimo carromato y que parecian haber sido arrojados allí como sacos llenos de miseria.

El sol apareció al fin, de un modo brusco; el inmenso rayo del oriente brotó de improviso, y diríase que ponía fuego á todas aquellas horribles cabezas. Las lenguas se desataron entónces; un incendio de risotadas, de burlas, de tacos, de juramentos y de canciones hizo explosion en el convoy. La ancha faja horizontal de luz cortó en dos toda la fila, iluminando las cabezas y los torsos, y dejando los piés y las ruedas en la oscuridad. Los pensamientos aparecieron en aquellos rostros; este momento fué espantoso; demonios visibles con las caretas quitadas, almas feroces enteramente desnudas. Aún despues de alumbrado, aquel corrillo infernal permaneció tenebroso. Algunos de ellos iban de buen humor, y se divertian, llevando en la boca cañones de pluma, en soplar piojos y otros insectos asquerosos sobre la muchedumbre que se aproximaba á los carros, prefiriendo á las mujeres; la aurora acentuaba por la oscuridad de las sombras aquellos perfiles lamentables; no habia ni uno solo de aquellos seres que no fuese deforme á fuerza de miseria; y era aquello tan monstruoso, que parecia como que cambiaba la claridad del sol en resplandor de relámpago. La carretada que abria la marcha del fúnebre cortejo habia entonado é iba salmodiando, con mucha tenacidad y con una jovialidad feroz, cierto baturrillo de Désaugiers, famoso en aquella época, *la Vestale*; los árboles temblaban lúgubrementemente. En las avenidas que costean la calzada, veíanse unas carazas satisfechas de paisanos que escuchaban con un gozo verdaderamente idiota aquellas chocarrerías cantadas por espectros.

Todas las miserias se hallaban revueltas en aquel cortejo como en un caos; habia allí el ángulo facial de todas bestias, viejos, adolescentes, cráneos despoblados, barbas gri-

ses, monstruosidades cínicas, impacientes resignaciones, rictus salvajes, actitudes insensatas, hocicos de puero cubiertos con gorras de personas, especies de cabezas de mozelas, con tirabuzones sobre las sienes, semblantes infantiles, y por lo mismo, horribles, rostros descarnados de esqueletos, á los cuales no faltaba más que la muerte. En el primer carro se veía un negro que tal vez había sido esclavo y podría comparar las cadenas. El espantoso nivel de abajo, la vergüenza, había pasado sobre aquellas frentes; en este grado de abatimiento, todos ellos sufrían las últimas transformaciones en las últimas profundidades; y la ignorancia, cambiada en embrutecimiento, era igual á la inteligencia cambiada en desesperación. No había elección posible entre aquellos hombres que aparecían á las miradas como la flor y nata del cieno. Era evidente que el que había arreglado y dispuesto aquella inmunda procesion, quienquiera que él fuese, no los había clasificado. Aquellos séres habían sido atados y apareados confusamente, es probable con arreglo al desórden alfabético, y cargados á la ventura en los carromatos. Sin embargo, los horrores agrupados acaban siempre por dar una resultante; toda adición de desgraciados arroja un total; de cada cadena salía un alma comun, y cada carretada tenía su fisonomia particular. Al lado de la que cantaba, había otra que aullaba; una tercera mendigaba; veíase tambien otra que iba rechinando los dientes; otra amenazaba á los transeuntes; otra blasfemaba de Dios y de todos los santos; la última en fin iba silenciosa como una tumba. Dante habría creído ver los siete círculos del infierno en marcha.

Marcha de las condenaciones hácia los suplicios, hecha siniestramente, no sobre el formidable y fulgurante carro del Apocalipsis, sino, cosa más sombría aún, sobre la carreta de las gemonias.

Uno de los guardas, que llevaba un gancho en la punta

de su garrote, hacia de vez en cuando como que escarbaba y removía aquel monton de inmundicias humanas. Una vieja entre la muchedumbre los señalaba con el dedo mostrándolos á un niño de cinco años, y diciéndole: *Mira, gran pícaro, eso te servirá de leccion!*

Como los cantos y las blasfemias fuesen en aumento, el que parecia ser el capitán de la escolta hizo crujir su látigo, y á esta señal, una horrorosa tunda de palos, sorda y ciega, que imitaba el ruido del granizo, descargó sobre las siete carretadas; muchos de ellos se pusieron muy encarnados, echando espumarajos por la boca; lo que redoblaba el gozo y las risotadas de los pilluelos que habían acudido allí, como una nube de moscas sobre aquellas llagas.

Los ojos de Juan Valjean se habían puesto espantosos. Aquello no era ya una pupila; era un vidrio profundo que reemplaza á la mirada en ciertos infortunados, que parece no tener conciencia de la realidad, y donde brilla el reflejo de los terrores y de las catástrofes. Él no miraba un espectáculo, sino que sufría una vision. Quiso levantarse, huir, escapar; pero no pudo mover un pié. Á veces las cosas que vemos nos sobrecogen y nos retienen. Quedó clavado, petrificado, estúpido, preguntándose, en medio de una confusa é inexplicable agonia, lo que significaba aquella persecucion sepulcral, y de donde salía aquel pandemonium que le perseguía. De improviso se llevó la mano á la frente, gesto habitual de todo aquel á quien viene súbitamente la memoria de alguna cosa, y se acordó de que aquel era en efecto el itinerario, que aquel rodeo solía hacerse para evitar los encuentros de las personas reales, encuentros que eran posibles siempre en el camino de Fontainebleau, y que, treinta y cinco años ántes, había él pasado por aquella barrera.

Aunque asustada por otro concepto, Coseta no lo estaba ménos que Juan Valjean. Ella no comprendía nada de

cuanto estaba viendo; faltábala el aliento; lo que tenía á su vista la parecía una cosa imposible; por fin exclamó:

— ¡Padre! ¿qué es eso que hay en esos carros?

Juan Valjean respondió:

— Presidarios.

— ¿Y adónde los llevan?

— A galeras.

En este momento, cien manos levantaron los garrotes por alto, y con exceso de zelo, descargaron á la vez una lluvia de palos mezclados con sablazos de plano; era aquella como una lluvia de golpes, de garrotazos y de fatigazos desencadenada contra aquellos infelices; los galeotes se encorvaron, una obediencia horrorosa se desprendió del suplicio, y todos callaron con miradas de lobos encadenados. Coseta temblaba en todos sus miembros; y preguntó:

— ¿Padre, es que esos son todavía hombres?

— Algunas veces, dijo el miserable.

Era aquella, en efecto, la Cadena que, habiendo salido de Bicêtre antes de amanecer, tomaba la ruta del Mans para esquivar á Fontainebleau, donde á la sazón se hallaba el rey. Este rodeo hacía durar tres ó cuatro días más aquel espantoso viaje; pero con tal de evitar á la real persona la vista de un suplicio, se puede muy bien prolongarle.

Juan Valjean entró en casa abatido simo. Encuentros de esta naturaleza son verdaderos choques, y la memoria que ellos dejan se parece á un estremecimiento.

Sin embargo, Juan Valjean, al retirarse con Coseta á la calle de Babilonia, no notó que ella le dirigió otras varias preguntas con respecto á lo que acababan de ver; tal vez se hallaba él demasiado absorto en sus reflexiones y en su propio abatimiento para prestar atención á aquellas palabras y para responder. Sólo que aquella noche, al tiempo de despedirse de él Coseta para irse á acostar la

oyó que decía á media voz y como hablando consigo misma: — Se me figura que si yo hallara en mi camino á uno de aquellos hombres, Dios mio, me moriría nada más que de verle junto á mi!

Afortunadamente la casualidad hizo que al otro día de este en que presenciaron tan trágica escena, hubo en París, con motivo de no se qué solemnidad oficial, grandes fiestas, revista en el Campo de Marte, justas en el Sena, teatros en los Campos Eliseos, fuegos artificiales en el Arco de la Estrella, é iluminaciones en toda la ciudad. Haciendo violencia á sus hábitos, Juan Valjean condujo á Coseta á estas diversiones, á fin de distraerla de la memoria de la vispera, y de borrar, bajo el alegre tumulto de todo París, aquella cosa abominable que había pasado delante de ella. La revista, que sazónaba la fiesta, hacía muy natural la circulación de los uniformes; Juan Valjean se puso su casaca de guardia nacional, con el vago sentimiento interior de un hombre que se refugia. Por lo demás, el objeto de este paseo pareció haberse conseguido. Coseta, que se hacía un deber de complacer á su padre, y para quien, por otra parte, todo espectáculo era nuevo, aceptó la distracción con la buena gracia fácil y ligera de la adolescencia, y no hizo un gesto demasiado desdenoso en presencia de esa gamella de gozo que se llama una fiesta pública; en tales términos, que Juan Valjean pudo creer que había logrado completamente el fin que se propuso, y que no quedaba ya en ella ningún vestigio de la horrible visión.

Algunos días despues, una mañana que hacía un sol hermoso y que ambos se hallaban en la escalera que bajaba al jardín, en virtud de otra infracción á las reglas que parecía haberse impuesto Juan Valjean, y á la costumbre de permanecer en su cuarto que la tristeza había hecho tomar á Coseta; vestida con un simple peinador, estaba la niña de

en ese traje de *négligé* propio de la primera hora que envuelve adorablemente á las jóvenes y que se asemeja á la nube sobre el astro; y con la cabeza inundada de luz solar, rosadas las mejillas de haber dormido bien, mirada con dulzura y con delicia por el buen hombre enternecido, se entretenía en deshojar una margarita. Coseta ignoraba la preciosa leyenda *me ama un poco, apasionadamente, etc.*; ¿quién se la había de haber enseñado? Manoseaba ella aquella flor, como por instinto, inocentemente, muy lejos de pensar que deshojar una margarita, es despedazar un corazón. Si existiera una cuarta Gracia llamada la Melancolía, y sonriendo, habría parecido ser ella esta Gracia. Juan Valjean estaba fascinado por la contemplación de aquellos delicados deditos sobre aquella flor, olvidándolo todo en el centelleo que aquella criatura enviaba á sus ojos. Un pitirojo gorjeaba entre las matas de al lado. Blancas nubes atravesaban el cielo tan alegremente, que se diría que acababan de ser puestas en libertad. Coseta proseguía deshojando su flor con la mayor atención; parecía como que tenía puesto el pensamiento en alguna otra cosa; pero que esta cosa debía de ser encantadora; cuando hé aquí que, de repente, volvió la cabeza sobre sus hombros con la delicada lentitud del cisne, y dijo á Juan Valjean: Padre, ¿qué viene á ser eso de las galeras?

LIBRO CUARTO

SOCORRO DE ABAJO

PUEDE SER SOCORRO DE ARRIBA

I

HERIDA POR FUERA, CURACION POR DENTRO

Su vida iba así oscureciéndose y entristeciéndose por grados.

Ya sólo les quedaba una distracción que en otro tiempo había sido para ellos una dicha, tal era la de ir á llevar pan á los que tenían hambre y ropas á los que tenían frío. En estas visitas á los pobres, en las cuales acompañaba generalmente Coseta á Juan Valjean, encontraban ellos de

en ese traje de *négligé* propio de la primera hora que envuelve adorablemente á las jóvenes y que se asemeja á la nube sobre el astro; y con la cabeza inundada de luz solar, rosadas las mejillas de haber dormido bien, mirada con dulzura y con delicia por el buen hombre enternecido, se entretenía en deshojar una margarita. Coseta ignoraba la preciosa leyenda *me ama un poco, apasionadamente, etc.*; ¿quién se la había de haber enseñado? Manoseaba ella aquella flor, como por instinto, inocentemente, muy lejos de pensar que deshojar una margarita, es despedazar un corazón. Si existiera una cuarta Gracia llamada la Melancolía, y sonriendo, habría parecido ser ella esta Gracia. Juan Valjean estaba fascinado por la contemplación de aquellos delicados deditos sobre aquella flor, olvidándolo todo en el centelleo que aquella criatura enviaba á sus ojos. Un pitirojo gorjeaba entre las matas de al lado. Blancas nubes atravesaban el cielo tan alegremente, que se diría que acababan de ser puestas en libertad. Coseta proseguía deshojando su flor con la mayor atención; parecía como que tenía puesto el pensamiento en alguna otra cosa; pero que esta cosa debía de ser encantadora; cuando hé aquí que, de repente, volvió la cabeza sobre sus hombros con la delicada lentitud del cisne, y dijo á Juan Valjean: Padre, ¿qué viene á ser eso de las galeras?

LIBRO CUARTO

SOCORRO DE ABAJO

PUEDE SER SOCORRO DE ARRIBA

I

HERIDA POR FUERA, CURACION POR DENTRO

Su vida iba así oscureciéndose y entristeciéndose por grados.

Ya sólo les quedaba una distracción que en otro tiempo había sido para ellos una dicha, tal era la de ir á llevar pan á los que tenían hambre y ropas á los que tenían frío. En estas visitas á los pobres, en las cuales acompañaba generalmente Coseta á Juan Valjean, encontraban ellos de

nuevo algun resto de su antigua efusion de ternura; y á veces, cuando la jornada habia sido buena, cuando habian socorrido muchas necesidades y miseria, y reanimado y abrigado á muchos niños, Coseta se hallaba algo laegre por la noche. En esta época fué cuando visitaron el desvan de Jondrette.

Al día siguiente de esta visita, apareció Juan Valjean por la mañana en el pabellon, tranquilo como de ordinario, pero con una grande herida en el brazo izquierdo, muy inflamada, y de bastante mal aspecto, que tenia trazas de ser una fuerte quemadura, que él explicó de un modo cualquiera. Esta herida le produjo más de un mes de calentura, en cuyo tiempo no salió de casa. Se negó á que le viese médico alguno. Cuando Coseta le hablaba de esto con instancias: Llama al médico de los perros, decia él.

Coseta le curaba la llaga por la mañana y por la noche, con tan divina afabilidad, con tan angélica dicha de serle útil, que Juan Valjean sentia renacer en él toda su antigua alegría, disiparse sus temores y sus ansiedades, y contemplaba á Coseta diciendo: ¡ Oh! dichosa herida! ¡ Oh! enfermedad deliciosa!

Viendo á su padre enfermo, Coseta habia desertado el pabellon, volviendo á tomar gusto de nuevo al cuartito y al patio interior. Casi todo el día lo pasaba allado de Juan Valjean, leyéndole los libros que él quería. Generalmente eran libros de viajes. Juan Valjean se rejuvenecia; su dicha revivia, radiante é inefable; el Luxemburgo, el jóven rondador desconocido, la frialdad que habia ántes notado en Coseta, todos estos nublados de su alma se disipaban; y acababa por decirse á sí mismo: Yo soy quien he imaginado todo esto. Soy un viejo loco.

Su dicha era tan grande, que el horrible hallazgo de los Thénardier, hecho en el desvan de Jondrette, de un modo tan inesperado, habia pasado por él como resbalando y

casi desapercibido. Ha'ia conseguido escapar; su huella estaba perdida; que le importaba á él todo lo demas! no se acordaba de tan horrible escena sino para compadecerse de aquellos miserables. Ya por fin están presos, y de hoy más, imposibilitados para hacer daño, decia él entre sí, pero qué desdichada familia envuelta en todas las miserias y en todos los horrores!

Por lo que hace á la espantosa vision de la barrera del Maine, Coseta no habia vuelto ya á hablar de ella.

Sor Santa Mechtilde habia enseñado á Coseta la música en el convento. Coseta tenia la voz de una calandria que tuviese un alma, y á veces, por la noche, en la humilde estancia del herido, cantaba ella canciones tristes que hacian la delicia de Juan Valjean.

La primavera llegaba, y el jardín estaba tan admirable en esta estacion del año, que Juan Valjean dijo á Coseta: — Tú no vas allí nunca, quiero que te pasees entre las plantas. — Haré lo que usted guste, padre, dijo Coseta.

Y para obedecer á su padre, volvió á la antigua costumbre de pasearse en el jardín, generalmente sola, pues, como hemos ya indicado, Juan Valjean, temiendo probablemente que le vieran por la verja, no iba allí casi nunca.

La herida de Juan Valjean habia sido como una distraccion, una digresion en la vida monótona de aquella casa.

Luégo que Coseta vió que su padre sufría ménos, que ya iba sanando, y que parecia alegre y dichoso, experimentó ella á su vez un contento del cual no se apercibió siquiera, segun Josuaye y naturalmente que la vino. Además, era ya el mes de Marzo, los días iban siendo más largos, el invierno se marchaba, y el invierno se lleva siempre consigo algo de nuestras tristezas; despues vino Abril, esta aurora del esto, fresca como todas las auroras, alegre como todas las infancias; algo lloran á veces como un recién nacido

que es. La naturaleza en ese mes tiene bellísimos resplandores que pasan del cielo, de las nubes, de los árboles, de las praderas y de las flores, al corazón del hombre.

Coseta era aún demasiado joven para que esta alegría de Abril que tanto se la asemejaba dejara de penetrarla. Insensiblemente, y sin que ella lo notase siquiera, toda idea lugubre se alejó de su espíritu. En la primavera, reina la claridad hasta en las almas tristes, á la manera que á las doce del día penetra la luz del sol hasta en las cuevas. La misma Coseta no estaba ya triste apenas. Por lo demás, aunque esto era así en efecto, ella no se daba cuenta de semejante situación. Por la mañana, á eso de las diez, después de almorzar, cuando había conseguido traerse á su padre hacia el jardín, por un cuarto de hora, y le hacía pasear al sol por delante de la escalera, sosteniéndole el brazo enfermo, no se apercibía ella de que reía á cada instante y de que era dichosa.

Juan Valjean, embriagado de gozo, la veía ponerse á toda prisa encarnada y fresca.

— ¡Oh! qué herida tan afortunada! repetía él sin cesar en voz baja.

Y estaba agradecido á los Thénardier.

Una vez curada ya su herida, volvió él á emprender sus paseos solitarios y crepusculares.

Sería un error creer que se puede uno pasear solo, de ese modo, por las regiones inhabitadas de París, sin encontrar alguna aventura

II

LA TIA PLUTARCO NO HALLA DIFICULTADES PARA EXPLICAR UN
FENÓMENO

El niño Gavroche se quedó una noche sin cenar; acordóse de que la vispera tampoco había comido, y esto le fatigaba bastante. Entonces tomó la resolución de buscarse cena. Al efecto, se fué á rondar más allá de la Salpêtrière, en aquellos parajes desiertos. Allí es donde está la fortuna inesperada; donde no hay nadie, siempre se halla alguna cosa. Llegó hasta un caserío que le pareció ser el pueblecito de Austerlitz.

En una de sus excursiones anteriores, había él notado allí un jardín viejo frecuentado por un hombre viejo y por una mujer vieja, y que en aquel jardín existía un manzano de regulares condiciones. Junto á este manzano había una especie de frutero mal cerrado, donde se podía conquistar una manzana. Una manzana es una cena; una

manzana es la vida. Lo que perdió á Adan podia salvar á Gavroche. El jardin flanqueaba una callejuela solitaria, sin empedrar, y orillada de matas silvestres hasta tanto que se construian allí casas; un seto separaba al jardin de esta callejuela.

Gavroche se dirigió á aquel sitio; encontró la callejuela, reconoció el manzano, se hizo cargo de donde estaba el frutero, examinó el seto; un seto es una zancada. El dia iba declinando, ni siquiera un gato se veia en la calleja, la hora era excelente. Gavroche bosquejó su escalada, pero de improviso se detuvo, porque oyó que hablaban en el jardin. Gavroche se puso á mirar por uno de los claros del seto.

Á dos pasos de donde él estaba, al pié del seto por la parte de adentro, precisamente en el punto donde le habria hecho desembocar el agujero que él meditaba, habia una piedra tendida en el suelo formando como una especie de banco, y sobre este banco estaba sentado el anciano del jardin, frente al cual se hallaba de pié la vieja sirvienta. Hablaba esta en son de regañar. Gavroche, poco discreto, se puso á escuchar lo que estaban diciendo.

— ¡Señor Mabeuf! decia la vieja.

— ¡Mabeuf! dijo para si Gavroche, ese es nombre de farsa.

El anciano interpelado no se movia. La vieja repitió:

— ¡Señor Mabeuf!

El anciano, sin apartar su vista de la tierra, se decidió al fin á responder:

— ¿Qué dice usted, tia Plutarco?

— ¡Tia Plutarco! dijo entre sí Gavroche, otro nombre de farsa.

La tia Plutarco insistió, y el anciano se vió al fin obligado á aceptar la conversacion:

— El casero no está contento.

— ¿Por qué?

— Se le deben tres trimestres.

— Dentro de tres meses, se le deberán cuatro.

— Dice que le enviará á usted á dormir fuera.

— Pues me iré.

— La frutera pide que se la pague. Ya no quiere soltar sus gavillas combustibles. ¿Con qué se calentará usted este invierno? ¿No tendremos leña!

— Tenemos el sol.

— El carnicero no quiere ya fiar, se niega á darnos más carne.

— Eso no me viene mal. Yo digiero mal la carne. Es un alimento demasiado pesado.

— ¿Y qué es lo que tendremos para comer?

— Pan.

El panadero quiere que le demos algun diner á cuenta, y dice que si no hay dinero no habrá pan.

— Está bien.

— ¿Sí, pero y qué es lo que le daré á usted de comer?

— Tenemos las manzanas de nuestro manzano.

— Pero, mi buen señor, es imposible sin embargo que continuémos viviendo así sin dinero.

— Yo no tengo ninguno.

La vieja se marchó y el viejo quedó allí solo. Entonces se puso á cavilar y á soñar, Gavroche á su vez tambien estaba entregado á sus ensueños. Ya era casi noche oscura.

El primer resultado de los sueños de Gavroche fué que, en vez de esalar el seto, se acurrucó debajo de él. En la parte baja de aquellas malezas las ramas se hallaban algo separadas.

— ¡Toma! exclamó para sus adentros Gavroche, ¡hé aquí una alcoba! y se agazapó allí. Casi estaba respaldado contra el banco del tio Mabeuf, oyendo perfectamente desde donde se hallaba la respiracion del octogenario.

Entonces, para comer, procuró antes dormir.

Sueño de gato, sueño de un ojo. Mientras que así se amodorraba, Gavroche estaba en acecho.

La blancura del cielo crepuscular reflejaba en la tierra, y la calleja formaba una línea livida entre dos oscuras hileras de mata.

De improviso, aparecieron dos sombras moviéndose en aquella faja blanquiza. Una de ellas venía delante, y la otra detrás, á cierta distancia.

— Allí vienen dos seres, refunfuñó Gavroche.

La primera sombra parecía algún viejo bourgeois encorvado y pensativo, vestido de una manera más que sencilla, andando despacio á causa de la edad, y callejeando de noche á la luz de las estrellas.

La segunda era derecha, firme, delgada, ó iba arreglando sus pasos por los pasos de la primera; pero en la lentitud voluntaria de su marcha notábase desde luégo la flexibilidad y la agilidad. Aquella sombra tenía todas las trazas de lo que entonces llamaban un elegante, con no sé qué aspecto temeroso que inspiraba inquietud, el sombrero era de buena forma, la levita era negra, bien cortada, probablemente de paño fino y ajustada al talle.

La cabeza se alzaba con una especie de gracia robusta, y, bajo el sombrero, entreveíase en el crepúsculo un pálido perfil de adolescente. Aquel perfilado rostro llevaba una rosa en la boca. Esta segunda sombra era bien conocida de Gavroche; era Montparnasse.

Por lo que hace á la otra, nada habria podido él decir, sino que era algún pobre anciano.

Gavroche entró inmediatamente en observacion.

Era evidente que uno de aquellos dos transeuntes abrigaba sus proyectos sobre el otro. Gavroche se hallaba bien situado para ver la escena. La alcoba se convirtió para él muy oportunamente en escondrijo.

Montparnasse de caza, á tales horas, y en tal sitio, era un síntoma amenazador. Gavroche sentía sus entrañas de gamin conmoverse de compasion por aquel anciano.

¿Qué hacer? ¿intervenir? ¿una debilidad socorriendo á otra! Era cosa de que se reíría Montparnasse. Gavroche no abrigaba la menor duda de que, para aquel temible bandido de diez y ocho años, el anciano primero, y después el muchacho, eran como dos bocados.

Mientras que Gavroche estaba deliberando consigo mismo, tuvo lugar el ataque, de una manera brusca y horrible. Ataque del tigre al onagro, ataque de la araña á la mosca. De improviso, arrojó Montparnasse la rosa, se avalanzó al viejo, le agarró por el cuello, le sujetó y se encaramó sobre él, costando mucho trabajo á Gavroche el retener un grito. Un momento despues, uno de aquellos hombres se hallaba debajo del otro, agobiado, jadeando, forcejeando con una rodilla de mármol sobre el pecho. Sólo que no era enteramente lo que Gavroche esperaba que sucediese. El que se hallaba derribado en el suelo, era Montparnasse, y el que estaba encima, era el anciano. Todo esto sucedía á pocos pasos de donde se hallaba Gavroche.

El viejo habia recibido el choque y le habia devuelto, y devuelto de un modo tan terrible, que en un abrir y cerrar de ojos, el acometedor y el acometido habian cambiado completamente de papel.

— ¡Vaya un inválido arrogante! dijo para sí Gavroche. Y no pudo ménos de dar un palmoteo da aplauso. Pero fue un palmoteo perdido; pues no llegó á oídos de los combatientes, absortos y ensordecidos uno por otro, y mezclando sus alientos en la lucha.

Siguióse un profundo silencio. Montparnasse dejó de bregar y forcejear. Gavroche tuvo este aparte: ¿Si estará muerto.

El anciano no había pronunciado ni una sola palabra ni dado un grito. Se incorporó, y Gavroche le oyó que decía á Montparnasse :

— Levántate.

Montparnasse se levantó, pero el viejo continuaba siempre manteniéndole sujeto. Montparnasse tenía la actitud humillada y furiosa de un lobo que se viera aprisionado por un carnero.

Gavroche miraba y escuchaba, haciendo esfuerzos para duplicar sus ojos por medio de sus oídos. Aquello le divertía á él muchísimo.

Y á fe que se vió recompensado de su concienzuda ansiedad de espectador, puesto que logró coger al vuelo este diálogo que adquiría de la oscuridad cierto acento trágico. El anciano preguntaba, y Montparnasse respondía:

— ¿Qué edad tienes?

— Diez y nueve años.

— Eres robusto y gozas de buena salud. ¿ Por qué no trabajas?

— Porque eso me fastidia.

— ¿Cuál es tu oficio?

— Holgazan.

— Habla con formalidad. ¿ Se puede hacer algo por ti?

— ¿Qué es lo que quieres ser?

— Ladrón.

Pasaron algunos momentos de silencio. El anciano parecía profundamente pensativo. Se hallaba inmóvil y sin soñar á Montparnasse.

Á cada instante, el joven bandido, vigoroso y ágil, daba brincos y sacudidas como una fiera cogida en el lazo. Ora ensayaba un tiron, ora probaba á echar la zancadilla á su adversario, torciendo desatinadamente sus miembros, procurando escaparse. El anciano parecía que no notaba siquiera aquellos esfuerzos del vencido agresor, á quien

tenía sujetos ambos brazos con una sola mano, con la soberana indiferencia de una fuerza absoluta.

La cavilacion del anciano duró algunos minutos; y despues, mirando con fijeza á Montparnasse, levantó la voz suavemente y le dirigió, en aquella sombra en que se hallaban, una especie de alocucion solemne de la cual no perdió Gavroche ni una sola sílaba :

— Hijo mio, le dijo, por pereza vas entrando en la existencia más laboriosa. ¡ Ah! con que te declaras holgazan! prepárate para trabajar. ¿ No has visto tú nunca cierta máquina formidable? Llámala el laminador. Preciso es tener con ella el mayor cuidado, es una cosa solapada y feroz; si os coge la falda de vuestra levita, os hace pasar sin remedio todo el cuerpo. Esa máquina es la ociosidad. ¡ Detente, mientras que aún es tiempo, y sálvate! De lo contrario, es asunto concluido; dentro de poco tiempo, te hallarás bajo sus ruedas. Una vez cogido, no esperes ya nada. ¡ Á la fatiga, perezoso! no más descanso. La mano de hierro del trabajo implacable te ha cogido. ¡ Ganar tu vida, hacer una tarea, cumplir un deber, son cosas que se te hacen imposibles! ¡ ser como son los demas, es una cosa que te fastidia! ¡ Pues bien! serás muy diferente de ellos. El trabajo es la ley; el que le rechaza como fastidio, le tendrá como suplicio. ¿ No quieres ser obrero? pues serás esclavo. El trabajo no os abandona por un lado sino para volveros á coger por otro; ¿ tú no quieres ser su amigo? pues serás su negro. ¡ Ah! ¿ no has querido la honrada lasitud de los hombres? pues tendrás el horrible sudor de los condenados. Donde los otros cantan, tú acezarás con lúgubre estertor. Verás desde lejos, desde abajo, á los demas hombres trabajar; y se te figurará que están reposando. El labrador, el segador, el marinero, el herrero, te aparecerán en la luz como los bienaventurados de un paraíso. Trabajar en el yunque, te

parecerá una delicia; conducir el arado, manejar la hoz, atar las gavillas, es un verdadero gozo! La barca en plena libertad á merced del viento, ¡qué fiesta tan hermosa! ¡Tú, perezoso, cava, tira, rueda, arrastra, marcha! ¡Sufré tu cabestro, héte ahí convertido en bestia de carga, en acémila uncida al tiro del infierno! ¡Ah! no hacer nada, tal era tu objeto, tu sueño dorado. ¡Pues bien! no tendrás ni una semana, ni un día, ni una hora sin opresión y abatimiento. Nada podrás levantar sino con angustia. Cada minuto que pasa te hará crujir los músculos. Lo que para los demás será una pluma, para ti será una roca. Las cosas más sencillas serán como talladas en escarpa. La vida será un monstruo en derredor tuyo. Ir, venir, respirar, otras tantas faenas terribles. Tu pulmón te hará el efecto de un peso de cien libras. Andar por aquí, en vez de andar por allí, será un problema difícil de resolver. Cualquiera que desee salir, empuja la puerta, y es cosa hecha, vedle ya fuera. Tú, si quieres salir, tendrás que perforar una muralla. Para ir á la calle, ¿qué es lo que hace todo el mundo? Todo el mundo baja la escalera; pero tú, romperás las sábanas de tu cama, harás con ellas, hilo á hilo, una cuerda, en seguida pasarás por tu ventana, y te suspenderás de aquella cuerda sobre un abismo, y será de noche, en medio de una tormenta, en lo más fuerte de la lluvia, en lo más horrible del huracán, y si la cuerda es demasiado corta, no tendrás ya sino un modo de bajar, dejándote caer. Caer á la ventura, en el golfo, en el abismo, desde una altura desconocida, ¿y sobre qué? Sobre lo que está abajo, sobre lo desconocido también. Ó bien treparás por un cañón de chimenea, á riesgo de abrasarte; ó te arrastrarás por un conducto de letrinas á riesgo de ahogarte. No te hablo de los agujeros que es menester tapar, de las piedras que es preciso quitar y volver á

poner veinte veces cada día, del cascote que hay que esconder dentro de su gergon. Preséntase una cerradura; el amo tiene en su bolsillo la llave fabricada por un cerrajero. Pero tú, si quieres pasar adelante, estás condenado á hacer una obra maestra formidable; tomarás una moneda de dos sueldos, la cortarás en dos láminas; ¿con qué herramientas? tú las inventarás. Eso es de cuenta tuya. En seguida, ahuecarás el interior de estas dos láminas, cuidando mucho de que nada se conozca en el exterior, y practicarás en el borde, al rededor de la moneda, una vuelta de espiral, de modo que se ajusten estrechamente una sobre otra, formando así como un fondo y una tapadera. Una vez atornilladas entre sí estas dos láminas circulares, nada se podrá adivinar de aquel secreto. Para los celadores, pues siempre estarás vigilado, aquello no será más que una moneda de dos sueldos; para ti, será una caja. ¿Qué introducirás en esta caja? Un pedacito de acero. Un resorte de reloj al cual habrás hecho dientes convirtiéndole en una sierra. Con esta sierra, tan larga como un alfiler, y oculta dentro de una moneda de cobre, tendrás que cortar el pestillo de la cerradura, la cruz del cerrojo, el asa del candado, la barra que habrá en tu ventana y el grillete que llevarás en la pierna. Concluida esta obra maestra, consumado este prodigio, ejecutados todos estos milagros de arte, de destreza, de habilidad, de paciencia, si se llega á descubrir que tú eres el autor, ¿cuál será tu recompensa? el calabozo. Hé aquí el porvenir. ¡La pereza, el placer, qué precipicios! No hacer nada, ¿sabes qué esa es la más triste y lúgubre resolución que puede adoptar un hombre? ¡Vivir ocioso, de la sustancia social! ¡ser inútil, es decir, nocivo! Esto conduce directamente al fondo de la miseria. ¡Desgraciado el que se empeña en ser parásito! que no será sino vil gusano de la tierra. ¡Ah! ¿no te

agrada trabajar? ¡Ah! tú no tienes más que un pensamiento: comer, beber y dormir bien. Pues beberás agua, comerás pan negro, dormirás sobre una tabla, con un hierro remachado que sujetarán tus miembros y cuyo frío sentirás por la noche sobre tu carne! Romperás, si puedes, aquel hierro, y te fugarás. Está bien. Entonces irás arrastrando de bruces por los matorrales y por las malezas, y comerás yerba como los animales de los bosques. Y te volverán á coger. Y esta vez ya pasarás años enteros en un calabozo subterráneo, profundo, amarrado á una pared, buscando á tientas á tu lado el cántaro para apagar la sed, mordiendo un horrible pan de tinieblas, que los perros no querrán saborear siquiera, comiendo habas que los gusanos habrán ya comido ántes que tú. Serás una cucaracha encerrada y amarrada en una fosa. ¡Ah! ten compasion de ti mismo, miserable criatura, tan jóven, que aún no hace veinte años te hallabas á los pechos de tu nodriza, y que sin duda tienes aún tu madre! ¡Yo te conjuro, escúchame! Tú quieres vestir de rico paño negro, llevar botas charoladas, rizarte el pelo, ponerte en tus bucles aceites con olorosas esencias, agradar á las mozas, parecer guapo y hermoso! Pues bien, irás rapado á navaja, con una casaca roja y unos zuecos. Quieres llevar una sortija en el dedo, pues llevarás una argolla en el cuello; y si te atreves á mirar á una mujer, te darán un garrotazo. Y entrarás allí á la edad de veinte años, y saldrás á los cincuenta! ¡Entrarás jóven, rosado fresco, con tus ojos brillantes y todos tus dientes blancos, con tu hermosa cabellera de adolescente, y saldrás de allí cascado, encorvado, arrugado, desdentado, encanecido, horrible! ¡Ah! jóven desdichado, llevas muy mal camino, la ociosidad te aconseja de un modo deplorable; el más rudo de todos los trabajos es el robo. Créeme, no emprendas esa penosa tarea de ser un perezoso. No creas

que es nada cómodo el oficio de bribon. Es mucho ménos penoso el de hombre de bien. Ahora véte ya, y reflexiona sobre lo que te he dicho. Á propósito, ¿qué es lo que querías? ¿mi bolsa? aquí la tienes.

Y soltando á Montparnasse, el viejo le puso en la mano su bolsa, que Montparnasse sospesó en un instante; despues de lo cual, con la misma precaucion maquina que si la hubiera robado, Montparnasse la dejó escurrir suavemente en el bolsillo trasero de su levita.

Dicho y hecho todo esto, el buen hombre volvió la espalda y prosiguió tranquilamente su camino.

— ¡Zorro viejo! murmuró Montparnasse.

¿Quién era este buen hombre? el lector lo ha adivinado sin duda.

Montparnasse, estupefacto, le vió desaparecer en el crepúsculo. Esta contemplacion le fué fatal.

Mientras que el anciano se alejaba de él, Gavroche se acercaba.

Gavroche, de una mirada al soslayo, se habia asegurado de que el tío Mabeuf, adormecido tal vez, continuaba siempre sentado en el banco. Y el pilluelo habia salido de entre las matas, y se habia puesto á andar de gatas, casi arrastrándose en la sombra detras de Montparnasse, que estaba inmóvil. Así logró llegar hasta Montparnasse sin que este le viera ni oyera, introdujo con la mayor suavidad su mano en el bolsillo de atras de la levita fina de paño negro, cogió la bolsa, sacó la mano, y volviendo á arrastrarse por el suelo, hizo una verdadera evasion de culebra en las tinieblas. Montparnasse, que no tenta ningun motivo para estar en guardia contra una asechanza de esta especie, y que cavilaba y soñaba por la primera vez de su vida, no se apercibió de nada. Cuando hubo llegado al mismo punto donde estuviera ántes escondido, y donde se hallaba por la parte de adentro el tío Mabeuf,

Gavroche arrojó la bolsa por encima del seto, y echó á correr á toda prisa.

La bolsa fué á caer sobre los piés del tío Mabeuf. Esta conmoción despertó al pobre viejo, quien se inclinó y recogió la bolsa. Nada comprendía él lo que estaba pasando. La abrió, y vió que era una bolsa de dos compartimentos; en uno de ellos, habia algunas monedas de cobre; el otro contenia seis napoleones de oro.

El tío Mabeuf, todo azorado y aturdido de lo que estaba viendo, llevó el hallazgo á su ama de gobierno.

— ¡ Esto cae del cielo ! dijo la tía Plutarco.

LIBRO QUINTO

—
CUYO FIN

NO SE PARECE AL PRINCIPIO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA SOLEDAD Y EL CUARTEL COMBINADOS

El dolor de Coseta, tan punzante aún y tan vivo cuatro ó cinco meses ántes, habia entrado ya en convalecencia, sin que ella lo notara siquiera. La naturaleza, la primavera, la juventud, el amor á su padre, la alegría de las aves y de las flores, hacian filtrar poco á poco, día por día, gota á gota, en aquella alma tan virginal y tan jóven, un no sé qué algo semejante al olvido. ¿ Seria que el fuego se iba apagando allí enteramente? ¿ ó bien sólo se formaban ciertas capri

Gavroche arrojó la bolsa por encima del seto, y echó á correr á toda prisa.

La bolsa fué á caer sobre los piés del tío Mabeuf. Esta conmoción despertó al pobre viejo, quien se inclinó y recogió la bolsa. Nada comprendía él lo que estaba pasando. La abrió, y vió que era una bolsa de dos compartimentos; en uno de ellos, habia algunas monedas de cobre; el otro contenia seis napoleones de oro.

El tío Mabeuf, todo azorado y aturdido de lo que estaba viendo, llevó el hallazgo á su ama de gobierno.

— ¡ Esto cae del cielo ! dijo la tía Plutarco.

LIBRO QUINTO

—
CUYO FIN

NO SE PARECE AL PRINCIPIO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA SOLEDAD Y EL CUARTEL COMBINADOS

El dolor de Coseta, tan punzante aún y tan vivo cuatro ó cinco meses ántes, habia entrado ya en convalecencia, sin que ella lo notara siquiera. La naturaleza, la primavera, la juventud, el amor á su padre, la alegría de las aves y de las flores, hacian filtrar poco á poco, día por día, gota á gota, en aquella alma tan virginal y tan jóven, un no sé qué algo semejante al olvido. ¿ Seria que el fuego se iba apagando allí enteramente? ¿ ó bien sólo se formaban ciertas capri

de ceniza? Sea de esto lo que quiera, el hecho es que casi no se sentía ella ya punto alguno dolorido ni abrasado.

Un día la ocurrió de repente acordarse de Marius: — ¡Vaya! dijo, ya nunca pienso en él.

En aquella misma semana observó, al pasar por delante de la verja del jardín, un oficial de lanceros bastante guapo, con talle de avispa, brillante uniforme, mejillas de jovencita, sable bajo el brazo, bigote encerado, y chascas relucientes de charol. Por lo demás, pelo rubio, ojos azules y saltones, cara redonda, vana, ostentosa, insolente y bonita; todo lo contrario de Marius. El acicalado oficialito llevaba un puro en la boca. — Coseta pensó que aquel oficial pertenecía sin duda al regimiento que estaba acuartelado en la calle de Babilonia.

Al día siguiente, volvió á verle pasar, y se hizo ella cargo de la hora.

¿A partir de este momento, ¿sería tal vez casualidad? le vió pasar casi todos los días.

Los camaradas del oficial observaron que había allí, en aquel jardín « mal conservado, » detras de aquella herumbrosa y vetusta verja, una muchacha bastante lindita, que se hallaba casi siempre mirando por entre la verja en el momento de pasar el teniente buen mozo, el cual es ya conocido del lector y se llamaba Théodulo Gillenormand.

— ¡Vamos! le decían sus compañeros, allí hay una niña que te hace buenos ojos, mírala.

— ¿Por ventura, respondió el lancero, tengo yo tiempo para mirar á todas las chicas que ponen los ojos en mí?

Precisamente este era el instante en que Marius descendía gravemente hácia la agonía y decía para sí: — ¡Si pudiera verla siquiera una vez más ántes de morir! Si este deseo suyo se hubiera cumplido, si hubiera él visto en este momento á Coseta mirando á un lancero, no habría podido pronunciar ni una sola palabra, y habría espirado de dolor.

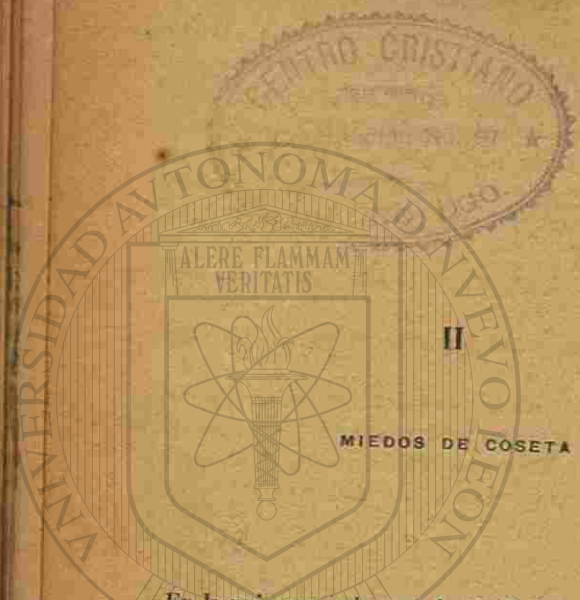
¿Quién tiene la culpa? Nadie.

Marius era uno de esos temperamentos que se sumergen en la tristeza y que allí fijan su residencia; Coseta era de los que se sumergen, pero que al cabo salen de aquella lúgubre morada.

Por otra parte, Coseta atravesaba ese momento peligrroso, fase terrible de los ensueños femeninos abandonados á su propia accion, en que el corazon de una jóven aislada se asemeja á esos tiernos tallos ó pámpanos de la vid que se adhieren indiferentemente y á la ventura, al capitel de una columna de mármol ó al poste de una taberna. Momento rápido y decisivo, criticó en extremo para toda huérfana, bien sea ella pobre ó rica, pues la riqueza no pone á la mujer á salvo de una mala eleccion; las malas alianzas se realizan tambien con harta frecuencia en las regiones más elevadas; la verdadera mala alianza es la de las almas; y á la manera que más de un jóven desconocido, sin nombre, sin nacimiento, sin fortuna, es un capitel de mármol que sostiene un templo de grandes sentimientos y de grandes ideas, del mismo modo tal hombre, de la sociedad satisfecha y opulenta, que usa botas almibaradas y palabras charoladas, si bien se mira, no el exterior, sino el interior, es decir, lo que está reservado á la mujer, no es otra cosa que un poste grosero y estúpido, oscuramente frecuentado por las pasiones más violentas, inmundas y vinosas; el poste de una taberna.

¿Qué es lo que había en el alma de Coseta? Pasion calmada ó adormecida; amor en el estado flotante; una cosa pura y brillante turbada á cierta profundidad, sombría más abajo. La imagen del lindo oficialito se reflejaba en la superficie. ¿Existía acaso un recuerdo en el fondo, — enteramente en el fondo? — Tal vez. Coseta no lo sabía.

Entónces avino un incidente singular.



En la primera quincena de Abril, hizo Juan Valjean un viaje. Es cosa sabida, por lo demás, que esto le sucedía á él de vez en cuando, con muy largos intervalos. Su ausencia solía durar uno ó dos dias, á lo más. ¿ Adónde iba ? nadie lo sabía, ni aún Coseta. Sólo una vez, en una de estas expediciones, le había ella acompañado en fiacre hasta la esquina de un pequeño callejon sin salida en cuya entrada se leía : *Impasse de la Planchette*. Al llegar á este sitio, se había él apeado, y el fiacre había vuelto á llevar á Coseta á la calle de Babilonia. Generalmente hacia Juan Valjean estas breves excursiones cuando en casa hacía falta dinero.

Juan Valjean se hallaba pues ausente. Al marchar, había dicho : Dentro de tres dias estaré de vuelta.

Aquella noche estaba Coseta sola en su salon. Con el objeto de distraerse, había abierto el piano y se había puesto

á cantar, acompañándose, el coro de Euryantho : *¡ Cazadores extraviados en los bosques !* que tal vez es lo más hermoso que hay en toda la música. Luego que le hubo concluido, la niña quedó como pensativa.

De repente se la figuró que oía pasos en el jardin.

No podía ser su padre, que estaba ausente ; tampoco podía ser la Toussaint, porque estaba acostada. Eran las diez de la noche.

Dirigióse junto á la ventana de la sala, que estaba cerrada, y aplicó allí el oído.

Creyó notar pasos de un hombre, y que andaba muy despacio.

Subió rápidamente al primer piso, á su cuarto, abrió un postiguillo que tenia su ventana, y por allí miró al jardin. Era el momento de la luna llena ; de modo que se veía con tanta claridad como en mitad del dia.

No habia nadie.

Abrió en seguida la ventana. El jardin se hallaba en una calma absoluta, y todo lo que se veía de la calle estaba desierto como siempre.

Coseta pensó que se había engañado ; que habia creído oír pasos. Sin duda fué aquello una alucinacion producida por el sombrío y prodigioso coro de Weber, que abre al espíritu inmensas y payorosas profundidades, que tiembla ante una mirada como la selva vertiginosa y donde se hace oír el crujido de las ramas muertas bajo el paso inquieto de los cazadores entrevistos en el crepúsculo.

Ya no volvió ella á pensar en semejante cosa.

Por lo demás, Coseta, por naturaleza, no era muy propensa á asustarse. Habia en sus venas sangre de gitana y de aventurera que va descalza. El lector recordará que ella era más bien calandria que paloma. Tenia un fondo hurano y bravío.

Al dia siguiente, algo más temprano, apenas anochecido.

estaba ella paseándose en el jardín. En medio de los pensamientos confusos que la ocupaban, creyó distinguir bien por instantes un ruido igual al de la vispera, como de una persona que marchara por la oscuridad, entre los árboles, no muy lejos de ella; pero se decía á sí misma que nada se parece tanto á unos pasos de alguien que anda sobre la yerba como el frotamiento de dos ramas sacudidas por el viento, y no hizo caso ninguno. Por lo demas, ella nada veía.

Salió de «las malezas»; quedábala que atravesar una pequeña pradera de yerba para llegar á la escalera. La luna, que acababa de elevarse á su espalda, proyectó, al mismo tiempo que Coseta salía de la espesura, su sombra delante de ella sobre aquella pradera.

Coseta se detuvo aterrorizada.

Al lado de su sombra, la luna dibujaba distintamente sobre el césped otra sombra singularmente espantosa y terrible, una sombra que tenía un sombrero redondo.

Era como la sombra de un hombre que hubiese estado de pié sobre la orilla de la espesura á poco pasos detras de Coseta.

Durante un minuto estuvo ella sin poder hablar, ni gritar, ni llamar, ni moverse, ni volver siquiera la cabeza.

Por fin logró reunir todo su valor y volvió la vista atras resueltamente.

No habia nadie.

Miró hácia el suelo. La sombra habia desaparecido.

Volvió á entrar en las malezas, registró y escudriñó animosa todos los rincones, llegando hasta la verja, y no halló nada.

Sintióse verdaderamente helada. ¿Seria esto tambien una alucinacion? ¡Cómo! dos dias seguidos! Una alucinacion, pase, pero dos alucinaciones? Lo que la inquietaba sobremanera, es que la sombra no era seguramente una fan-

tasma. Las fantasmas no suelen llevar sombrero redondo.

Al otro dia volvió Juan Valjean. Coseta le refirió lo ocurrido, lo que ella habia creído oír y ver; esperando que su padre la tranquilizaria, y que se encogeria de hombros diciéndola: Eres una niña loca.

Léjos de ser así, Juan Valjean entró en el mayor cuidado y recelo.

— No, eso no es posible que deje de ser algo, dijo él.

La dejó, con un pretexto cualquiera, y se fué al jardín. Ella le observó que se puso á examinar la verja con mucha atención.

Aquella noche despertó ella; esta vez ya estaba segura de que oía distintamente pasos muy cerca de la escalera del jardín, debajo de su ventana. Corrió á su postiguillo y le abrió. Con efecto, en el jardín habia un hombre que tenía un enorme garrote en la mano. En el momento en que ella iba á gritar, la luna alumbró el rostro del hombre. Era su padre.

Volvió á acostarse diciendo para sí: — ¡Cuánto le ha inquietado lo que le he dicho!

Juan Valjean pasó en el jardín aque'la noche y tambien las dos siguientes. Coseta le vió por el agujero de su ventana.

La tercera noche, la luna menguaba y empezaba á salir más tarde; podria ser como la una de la mañana, cuando ella oyó una gran carcajada y la voz de su padre que la estaba llamando:

¡Coseta!

Saltó ella fuera de la cama, se puso corriendo su bata y abrió la ventana.

Su padre estaba abajo en la pradera.

— Te he despertado para tranquilizarte, la dijo, mira: aqui tienes la sombra que vistes con sombrero redondo.

Y al mismo tiempo la enseñaba una sombra proyectada

sobre el césped y que la luna dibujaba en términos que se asemejaba en efecto bastante bien al espectro de un hombre que tuviera puesto un sombrero redondo. Era la sombra producida por un cañon de chimenea, de hierro bañado, con cornisa ó capitel, que se elevaba sobre un tejado inmediato.

Coseta tambien se echó á reir; todas las suposiciones lúgubres se desvanecieron para ella en aquel instante; y al otro dia, cuando estaba almorzando con su padre, se divertía mucho á propósito del siniestro jardín frecuentado por sombras de chimenea.

Juan Valjean se tranquilizó tambien enteramente; por lo que hace á Coseta, no fijó ella mucho su atención en si el cañon de chimenea se hallaba realmente en la dirección de la sombra que ella habia visto ó creído ver, y si la luna se encontraba en el mismo punto del firmamento. Tampoco se interrogó ella acerca de esta singularidad de un tubo de chimenea que teme ser cogido en flagrante delito y que se retira cuando miran su sombra, pues el hecho es que la sombra se habia borrado cuando Coseta se habia vuelto y Coseta se creyó muy segura de ello. Coseta sin embargo se serenó completamente. La demostracion la pareció plenamente satisfactoria, y en cuanto á que pudiera haber alguién que anduviera, por la tarde ó por la noche, rondando el jardín, fué cosa que salió del todo de su cabeza.

Sin embargo, algunos dias despues se produjo un nuevo incidente.

III

ENRIQUECIDO CON COMENTARIOS DE TOUSSAINT

Junto á la verja del jardín, inmediato á la calle, se hallaba un banco de piedra resguardado de las miradas de los curiosos por medio de un vallado, pero que sin embargo, en rigor, podia muy bien llegar hasta él el brazo de una persona que pasara por la calle, por entre la verja y el vallado.

Una noche de este mismo mes de Abril, habia salido Juan Valjean; Coseta, despues de ponerse el sol, se habia sentado en aquel poyo. El viento se refrescaba entre los árboles, Coseta soñaba; una tristeza al parecer inmotivada se iba apoderando de ella insensiblemente, esa tristeza invencible que acomete por la noche y que tal vez proviene, ¿quién sabe? del misterio de la tumba entreabierto á esas horas.

Quizas se hallaba Fantina en aquella sombra.

Coseta se levantó, dió una vuelta al jardín, muy despacio, andando sobre la yerba inundada de rocío y diciendo entre sí, en medio de la especie de sonambulismo melancólico en que estaba sumergida: — En verdad que, á estas horas, necesitaría una zuecos para el jardín. De lo contrario, es fácil resfriarse.

Y se volvió al banco.

En el momento de ir á sentarse, notó que en el mismo sitio que ella habia dejado poco ántes, habia una piedra bastante gruesa, que evidentemente no se hallaba allí hacía un instante.

Coseta consideró aquella piedra, preguntándose qué es lo que aquello significaba. De improviso la ocurrió la idea de que aquella piedra no podia haber venido sola á colocarse sobre aquel poyo, que álguien la habia puesto allí sin duda, que un brazo habia pasado al través de aquella verja, y esta idea que su imaginación la presentó al vivo la infundió cierto pavor. Esta vez ya tuvo realmente miedo, y no sin motivo: la piedra estaba allí. No habia duda posible; ella no la tocó, se ausentó de allí, sin atreverse siquiera á mirar tras de sí, refugiándose en su casa, y cerrando á toda prisa, con puertas, barra y cerrojo, la entrada del jardín por la escalera. En seguida preguntó á la Toussaint:

— ¿Es que mi padre ha entrado?

— Todavía no, señorita.

(Ya hemos indicado, una vez por todas, el tartamudeo de Toussaint. Permitásenos no volverle á acentuar; pues la anotación musical de una enfermedad es cosa que nos repugna.)

Juan Valjean, hombre caviloso y paseante nocturno, no solía entrar en casa generalmente sino á una hora muy avanzada de la noche.

— Toussaint, añadió Coseta, supongo que usted cuida bien de cerrar y atrincherar todas las noches las ventanas

que dan al jardín, á lo ménos con sus barras correspondientes, introduciendo bien las cositas de hierro en los anillitos que sirven para sujetar las barras?

— ¡ Oh! en cuanto á eso, descuide usted, señorita.

Toussaint no dejaba de hacerlo nunca, y Coseta lo sabía muy bien; pero, con todo, no pudo ménos de añadir:

— ¡ Es que está este barrio tan desierto!

— Lo que es eso, contestó la Toussaint, es mucha verdad. La asesinarían á una aquí ántes que tuviera tiempo de decir Jesús! Y añádase á todo esto que el señor no duerme en casa. Pero no tema usted nada, señorita, yo cierro las ventanas como si fueran unas bastillas. ¡ Mujeres solas! ¡ ya lo creo que es cosa que hace estremecer! ¡ Figúrese usted! ver entrar por la noche á unos hombres en su alcoba, diciendo: — ¡ Cállate! y que en seguida se ponen á cortarle á usted el cuello. No es tanto el morir, pues al fin y al cabo, hemos de morir todos alguna vez, eso es cosa sabida, que es preciso morir, sino que es la abominación de sentir á esas gentes ponerla á una sus manos encima. Y despues, sus cuchillos, que deben de cortar mal! ¡ Ay Dios mio!

— Cállese usted, dijo Coseta, y cierre bien todo.

Asustada del melodrama improvisado por Toussaint, y tal vez también del recuerdo de las apariciones de la semana anterior que la venían á la memoria, Coseta no se atrevió siquiera á decirle: — Vaya usted á ver la piedra que han puesto sobre el banco! por miedo de volver á abrir la puerta del jardín, y de que entrasen « los hombres. » Hizo si cerrar con el mayor cuidado todas las puertas y ventanas, hizo también que Toussaint visitara y registrara toda la casa, desde la cueva al granero, se encerró despues en su cuarto, echó sus cerrojos, miró debajo de su cama, y se acostó, pero durmió muy mal. Durante toda la noche estuvo ella viendo la piedra tan

gruesa como una montaña, y toda ella llena de cavernas.

Al despuntar el alba, — es propio del sol naciente el hacernos reír de todos nuestros terrores de la noche con una risa siempre proporcionada á la dosis de miedo que se ha tenido, — al nacer el sol, pues, Coseta, despertando, vió su terror como una pesadilla, y dijo entre sí: — ¿Con qué he ido yo á soñar? Lo mismo es eso sin duda que los pasos que creí haber oído por la noche, la semana anterior, en el jardín! como la sombra del cañon de chimenea! ¿Es que voy yo ahora á hacerme pusilánime y cobarde? El sol, que resplandecía en las rendijas de sus ventanas, dando un color purpurino á las cortinas de damasco, la tranquilizó de tal manera, que todo se desvaneció en su pensamiento, hasta la piedra.

— Lo mismo había una piedra sobre el banco, que había un hombre con sombrero redondo en el jardín; yo soñé la piedra, como todo lo demas.

En seguida se vistió, bajó al jardín, corrió derecha al banco, y se sintió un sudor frio. La piedra se hallaba allí.

Pero esto no fué sino un momento. Lo que de noche es espanto, de día es curiosidad.

— ¡Vaya! dijo, vamos á ver qué es esto.

Levantó la piedra, que era bastante gruesa, y encontró debajo de ella algo que parecia ser una carta.

Era un sobre de papel blanco. Coseta se apoderó de él: ni había sobrescrito ninguno por un lado, ni la cre ni sello por el otro.

Sin embargo, aunque abierto, aquel sobre no estaba vacío. Entreveíanse unos papeles dentro.

Coseta se puso á registrarlos. Ya no era miedo lo que tenía; tampoco puede decirse que era curiosidad; era más bien un principio de ansiedad.

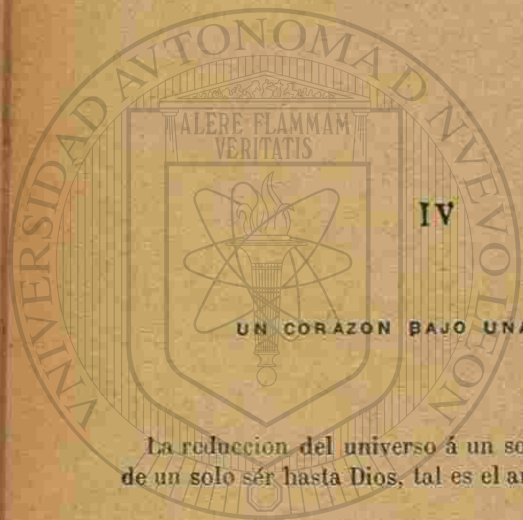
Coseta sacó de aquel sobre lo que contenía, que era un cuadernito de papel, cuyas páginas estaban todas nu-

meradas, y tenía algunas líneas escritas con una letra bastante bonita, á juicio de Coseta, y muy fina.

Coseta buscó un nombre, pero no halló ninguno; una firma, no la había tampoco. ¿Á quién iba aquello dirigido? á ella probablemente, puesto que una mano había depositado el paquete sobre su banco. ¿De quién vendría aquello? Una fascinación irresistible se apoderó de ella; trató de apartar sus ojos de aquellas hojas de papel que temblaban en sus manos, miró al cielo, á la calle, á las acacias inundadas de luz, á las palomas que volaban sobre un tejado inmediato, hasta que por fin su mirada descendió vivamente y de improviso sobre el manuscrito, y dijo para sí que era preciso que ella supiese lo que había escrito en aquellas páginas.

He aquí lo que leyó;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS



La reducción del universo á un solo sér, la dilatación de un solo sér hasta Dios, tal es el amor.

El amor, es la salutación de los ángeles á los astros.

¡Cuán triste está el alma, cuando está triste por el amor!

¡Qué vacío produce la ausencia del sér que por sí solo llena el mundo! ¡Oh! ¡Cuán cierto es que el sér amado

se transforma en un Dios! Se comprendería que Dios tuviese celos de él, si el Padre de todas las cosas no hubiera hecho evidentemente la creación para el alma, el alma para el amor.

Basta una sonrisa entrevista de lejos bajo un gorro de gasa blanca con bavolet color de lila, para que el alma entre en el palacio de los sueños.

Dios está detrás de todo, pero todo oculta á Dios. Las cosas son negras, las criaturas son opacas. Amar un sér es hacerle transparente.

Ciertos pensamientos son verdaderas plegarias. Hay momentos en que, cualquiera que sea la actitud del cuerpo, el alma está de rodillas.

Los amantes separados engañan la ausencia con mil cosas quiméricas, que sin embargo tienen su realidad. Los impiden verse, no pueden escribirse; ellos encuentran una multitud de medios misteriosos para corresponderse. Se envían el canto de las aves, el perfume de las flores, la risa de los niños, la luz del sol, los suspiros del viento, la irradiación de las estrellas, toda la creación. ¿Y por qué no? Todas las obras de Dios han sido

hechas para servir al amor. El amor es bastante poderoso para confiar á la naturaleza entera sus mensajes.

¡Oh Primavera! tú eres una carta que yo la escribo.

El porvenir pertenece más bien á los corazones que á las inteligencias. Amar, hé aqui la única cosa que puede ocupar y llenar la eternidad. El infinito, ha menester de lo inagotable.

El amor participa del alma misma. Es de la misma naturaleza que ella. Como ella, es él un rayo de la luz divina; como ella, es incorruptible, indivisible, imperecedero. Es un foco igneo que está en nosotros mismos, que es inmortal é infinito, que nada puede limitar y que nada puede extinguir. Se le siente arder hasta en la médula de los huesos y se le ve irradiar hasta en el fondo del cielo.

¡Oh amor! ¡adoraciones! ¡deleite de dos espíritus que se comprenden, de dos corazones que se comunican, de dos miradas que se penetran! ¡Ya vendréis hácia mí, no es verdad, felicidades! Paseos de dos en las soledades! ¡días benditos y radiantes! Yo he soñado alguna vez que, de vez en cuando, se destacaban ciertas horas de la vida de los ángeles, y venían á la tierra á atravesar el destino del hombre.

Dios no puede añadir nada á la dicha de los que se aman sino darles una duracion sin fin. Despues de una vida de

amor, una eternidad de amor; es, en efecto, un acrecentamiento de dicha; pero aumentar en su intensidad misma la inefable felicidad que el amor procura al alma desde este mundo, es imposible, áun al mismo Dios. Dios es la plenitud del cielo; el amor es la plenitud del hombre.

Miráis á una estrella por dos motivos, porque es luminosa y porque es impenetrable. Tenéis junto á vosotros una irradiacion más grata y un misterio más grande, la mujer.

Todos nosotros, quienesquiera que seamos, tenemos nuestros seres respirables. Si nos faltan, nos falta el aire, nos ahogamos. Entónces morimos. Morir por falta de amor, es horrible. Es la asfixia del alma.

Cuando el amor ha confundido y mezclado dos seres en una unidad angélica y sagrada, se ha hallado para ellos el secreto de la vida; ya no son sino dos alas de un mismo espíritu. ¡Amad cerniéndoos en las alturas!

El día en que una mujer que pasa junto á vosotros desprende luz al pasar, estáis perdidos, amáis. Ya no os queda sino una cosa que hacer; pensar en ella tan fijamente, que se vea ella obligada á pensar en vosotros.

Lo que el amor comienza, no puede ser acabado sino por Dios.

El verdadero amor se desconsuela y se embelesa por un guante perdido ó por un pañuelo hallado, y necesita la eternidad para sus consuelos y sus esperanzas. Compónese á la vez de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño.

Si sois piedra, sed iman; si sois planta, sed sensitiva; si sois hombre, sed amor.

Nada basta al amor. Se posee la dicha, se desea el paraíso; se posee el paraíso, se anhela el cielo.

Oh vosotros, los que amáis, todo esto se contiene en el amor. Sabed encontrarlo. El amor tiene tanta contemplación como el cielo, y más deleite que el cielo.

— ¿Viene ella aún al Luxemburgo? — No, señor. — En esta iglesia es donde ella oye misa, ¿no es verdad? — Ya no viene aquí. — ¿Continúa habitando en esta casa? — Se ha mudado. — ¿Adónde? — No lo ha dicho.

¡ Qué cosa tan sombría es ignorar el paradero de su alma!

El amor tiene niñerías, las otras pasiones tienen pequeñeces. ¡ Oprobio á las pasiones que hacen al hombre pequeño! ¡ Honor á la que le hace niño!

¡ Cosa extraña! ¿saben ustedes esto? Yo estoy en la noche. Hay un sér que, yéndose, se ha llevado consigo el cielo.

¡ Oh! estar acostados, uno al lado de otro, en la misma tumba, asidas las manos, y de vez en cuando, en las tinieblas, acariciarnos suavemente un dedo, esto bastaría á mi eternidad.

Vosotros los que sufrís porque amáis, amad aún cada vez más. Morir de amor, es vivir.

Amad. Una transfiguración sombría y estrellada va unida á ese suplicio. Hay éxtasis en la agonía.

¡ Oh alegría de las aves! poseen ellas el canto, porque poseen el nido.

El amor es una respiración celeste del aire del paraíso.

Corazones profundos, espíritus sapientes, tomad la vida como Dios la ha hecho; es una larga prueba, una preparación ininteligible para un destino desconocido. Este destino, el verdadero, empieza para el hombre en la primera grada del interior de la tumba. Algo le aparece entonces, y

comienza á distinguirlo definitivo. Lo definitivo, medita esta palabra. Los vivos ven lo infinito; lo definitivo no se deja ver sino á los muertos. Entre tanto, amad y sufrid, esperad y contemplad. ¡ Ah! desgraciado el que no haya amado sino cuerpos, formas, apariencias! La muerte le quitará todo. Tratad de amar almas, y las volveréis á encontrar.

Yo he hallado en la calle á un jóven muy pobre, que amaba. Su sombrero era viejo, su frac raído; llevaba los codos rotos; el agua pasaba al traves de sus zapatos, y los astros al traves de su alma.

¡ Qué cosa tan grande es ser amado! ¡ Qué cosa, más grande aún, amar! El corazon se hace heroico, á fuerza de pasión. Ya no se compone de nada que no sea puro; ya no se apoya en nada que no sea elevado y grande. Ningun pensamiento indigno puede ya germinar en él, como una ortiga no puede germinar en un cristal. El alma elevada y serena, inaccesible á las pasiones y á las emociones vulgares, dominando las nubes y las sombras de este mundo, las locuras, las mentiras, los odios, las vanidades, las miserias, habita el azul del cielo, y no siente ya sino las profundas y subterráneas conmociones del destino, como la cima de las montañas siente los terremotos.

Si no hubiera álguien que amara, el sol se extinguiría.



V

COSETA DESPUES DE LA CARTA

Durante esta lectura, Coseta iba entrando poco á poco en la región de los ensueños. En el momento en que ella levantaba los ojos de la última línea del cuaderno, el lindo oficialito, — ésta era su hora, — pasó con su ademán triunfal por delante de la verja. Coseta le halló feo y repugnante.

Y volvió á ponerse á contemplar el cuaderno. Estaba escrito con una letra maravillosa, en la opinion de Coseta; de la misma mano, pero con tintas diversas, unas veces muy negras, otras veces blanquizas, como cuando se añade agua al tintero, y por consiguiente, en distintos dias. De donde dedujo ella que aquello era un pensamiento que se habia derramado allí, suspiro á suspiro, irregularmente, sin órden, sin eleccion, sin objeto, al acaso. Jamas habia leído Coseta una cosa igual. Aquel manuscrito, en el cual veia ella aún más claridad que oscuridad, la producía el

efecto de un santuario entreabierto. Cada una de aquellas líneas misteriosas resplandecía á sus ojos y la inundaba el corazón de una luz extraña. La educación que ella había recibido la había hablado siempre del alma, y nunca del amor, casi imitando al que hablase del tizon y no de la llama. Aquel manuscrito de quince páginas la revelaba bruscamente y de un modo insinuante todo el amor, el dolor, el destino, la vida, la eternidad, el principio y el fin. Era como una mano que se hubiera abierto y la hubiera arrojado súbitamente un puñado de rayos. En aquellas pocas líneas veía ella una naturaleza apasionada, ardiente, generosa, buena, una voluntad sagrada, un inmenso dolor y una esperanza inmensa, un corazón oprimido, un éxtasis dilatado. ¿Qué venía á ser aquel manuscrito? una carta. Carta sin sobrescrito ninguno, sin nombre, sin fecha, sin firma, urgente y desinteresada, enigma compuesto de verdades, mensaje de amor hecho para ser llevado por un ángel y leído por una virgen, cita dada fuera de la tierra, carta amorosa de una fantasma á una sombra. Era un ausente tranquilo y abatido que parecía dispuesto á refugiarse en la muerte, y que enviaba á la ausente el secreto del destino, la clave de la vida, el amor. Aquello había sido escrito por alguien que tenía el pie en la tumba y el dedo en el cielo. Aquellas líneas, caídas una á una sobre el papel, eran lo que pudieramos llamar gotas de alma.

Ahora bien, ¿de quién podían venir aquellas páginas? ¿quién las habría escrito?

Coseta no vaciló ni instante. Un solo hombre
¡Él!

La luz penetró al fin en su espíritu; todo había reaparecido. Experimentaba ella al mismo tiempo una alegría inaudita y una angustia profunda. ¡Era él! ¡él quien la escribía! ¡él quien estaba allí! ¡él cuyo brazo había pasado por entre aquella verja! ¡Mientras que ella le olvidaba, él la había

vuelto á hallar! ¿Pero es que realmente le había ella olvidado? ¡No, jamás! ¿Estaba loca por ventura de haber creído un momento semejante cosa? Siempre le había ella amado, siempre le había adorado. El fuego se había cubierto y estaba latente hacia algún tiempo, pero ella veía claramente que no había hecho sino ahondar y profundizar cada vez más, y ahora estallaba de nuevo y la abrasaba toda entera. Aquel cuaderno era como una chispa caída de aquella otra alma en la suya. Sentía ella recomenzar el incendio. Penetrábase de cada palabra del manuscrito: — ¡Oh, sí! decía, ¡qué bien reconozco yo todo esto! Es todo lo que yo había leído ya en sus ojos.

Acababa ella de leerle por la tercera vez, cuando el tenniente Théodulo volvió á pasar de nuevo por delante de la verja, haciendo sonar sus espuelas en el empedrado. Forzoso la fué á Coseta el levantar los ojos. Le halló insipido, necio, tonto, inútil, fatuo, desagradable, impertinente y muy feo. El oficial creyó que debía honrarla con una sonrisa. Ella volvióla cara avergonzada é indignada. De buena gana le habría arrojado cualquiera cosa á la cabeza.

Se alejó de allí, volvió á entrar en casa, y se encerró en su cuarto para leer de nuevo el manuscrito, para aprenderle de memoria, y para soñar. Cuando le hubo ya leído y releído bien, le besó y se le guardó en el pecho.

Era cosa terminada, Coseta había vuelto á caer en el profundo amor seráfico. El abismo Eden acababa de volverse á abrir.

Durante todo el día, Coseta estuvo en una especie de aturdimiento. Apenas puede decirse que pensaba; sus ideas se hallaban en el estado de una madeja enredada en su cerebro; no lograba conjeturar nada; esperaba en medio de cierto temblor, ¿qué? cosas vagas. No se atrevía á prometerse nada, y nada quería rehusarse tampoco. Cierta palidez pasaba por su rostro, y cierto estremecimiento por

su cuerpo. Parecía por momentos que entraba en las regiones de lo quimérico; y se decía: ¿será esto realidad? entonces tentaba el querido papel bajo sus vestidos, le estrechaba contra su corazón, sentía sus ángulos sobre su carne, y si Juan Valjean la hubiese visto en este momento, habría temblado en presencia de aquella alegría luminosa y desconocida que la rebosaba fuera de los párpados. — ¡Oh, sí! decía ella en silencio. ¡Sin duda es él! esto viene de él, para mí.

Y añadía que alguna intervención de los ángeles, una celestial ventura se le había rendido.

¡Oh transfiguración del amor! ¡oh dulces ensueños! esa celestial ventura, esa intervención de los ángeles, era aquella bolita de pan lanzada por un ladrón á otro ladrón, desde el patio de Carlomagno á la Fosa de los Leones, por encima de los tejados de la Force.

VI

LOS VIEJOS SUELEN SALIR A PROPÓSITO

Llegada la noche, salió Juan Valjean. Coseta se vistió en seguida. Se arregló el pelo de la manera que la sentaba mejor, y se puso un vestido cuyo corpiño, que había recibido una fíjerelada de más, y que por esta escotadura dejaba ver el nacimiento del cuello, estaba, como dicen las joveneitas, « un poco deshonesto. » No que él tuviera ni el menor asomo de deshonestidad, sino que estaba más bonito que con cualquier otra forma. Toda esta toilette la hizo ella sin saber por qué.

¿Quería salir? no.

¿Esperaba alguna visita? tampoco.

Á la caída de la tarde, bajó al jardín. Toussaint estaba ocupada en la cocina, la cual daba al patio interior.

Se puso á andar bajo las ramas apartándolas de vez en

cuando con la mano, porque habia algunas que estaban muy bajas.

Así llegó por fin al banco.

La piedra habia permanecido allí.

Se sentó, y colocó su delicada y blanca mano sobre aquella piedra, como si quisiera acariciarla y darla gracias.

De repente, sintió esa impresión indefinible que se experimenta, aun sin ver nada, cuando uno tiene á alguien de pie detras de sí.

Volvió ella la cabeza y se enderezó.

En efecto, era él.

Estaba con la cabeza descubierta. Parecía descolorido y delgado en extremo. Apenas se distinguia su traje negro. El crepúsculo palidecia su hermosa frente y cubría sus ojos de tinieblas. Bajo un velo de incomparable dulzura, tenia el algo de la muerte y de la noche. Su rostro estaba iluminado por la claridad del dia que muere y por el pensamiento de un alma que se va.

Parecía que aún no era la fantasma, y que ya no era el hombre.

Su sombrero se hallaba tirado á algunos pasos de distancia, entre las matas.

Coseta, á punto de desfallecer, no lanzó grito alguno. Fue retrocediendo lentamente, pues se sentía como atraída. Él no se movió. Por no se qué de inefable y de triste que le circundaba, sentía ella la mirada de sus ojos que no veía.

Andando hácia atras, Coseta encontró en su camino un árbol y se respaldo en él. Sin aquel árbol, habria caído en tierra.

Entonces oyó su voz, que en realidad no habia ella oído jamas, que apenas se elevaba sobre el ligero zumbido de las hojas y que pronunció balbuciente estas palabras:

— Aquí estoy, perdóneme usted. Tengo el corazon lacerado, me era imposible vivir como vivía, y me he resuelto

á venir á este sitio. ¿ Ha leído usted lo que puse ahí, sobre ese banco? ¿ me conoce usted algo siquiera? no tenga usted miedo de mí. Ya hace mucho tiempo, pero ¿ se acuerda usted del dia en que me miró? Era en el Luxemburgo, junto al gladiador. ¿ Y el dia que pasó usted delante de mí? era el 16 de Junio y el 2 de Julio. Va á hacer un año. ¡ Cuánto tiempo há ya que no la he visto á usted! He preguntado á la mujer que alquila las sillas, y me respondió que ya no la veía á usted nunca. Vivía usted en la calle del Oeste en el piso tercero que da á la calle, en una casa nueva; ya ve usted que sé yo alguna cosa! Yo la seguía á usted siempre. ¿ Qué habia de hacer? Y despues, desapareció usted. Una vez que estaba yo leyendo los periódicos bajo las arcadas del Odeon, creí verla á usted pasar. Eché á correr. Pero nada. Era una persona que llevaba un sombrero como el de usted. Por las noches, vengo aqui siempre. No tema usted nada, nadie me ve. Vengo á mirar de cerca sus ventanas de usted. Ando muy despacio, para que usted no lo oiga, pues tal vez tuviera usted miedo. La otra noche estaba yo detras de usted, usted se volvió, y yo me marché á toda prisa. Una vez la oí á usted cantar. Me contemplaba yo muy dichoso de oirla. ¿ Es que la hace á usted algun mal que la oiga yo cantar al traves de las ventanas? eso no puede hacerla ningun daño. No: ¿ es verdad? Ya usted ve, usted es mi ángel, déjeme venir un poco; creo que me voy á morir. ¡ Si usted supiera! la quiero á usted tanto, que la adoro! Perdóneme usted si la hablo... yo no sé lo que la digo, quizás la enoja á usted, ¿ es que se enojará usted conmigo?

— ¡ Oh, madre mia! dijo la niña.

Y cayó á plomo sobre sí misma, como si estuviese muerta.

Él se apresuró á asirla, para impedir que cayera al suelo, la tomó en sus brazos, la estrechó en ellos sin tener conciencia de lo que hacía, sosteniéndola así, vacilante y tembloroso. Se hallaba él como si tuviera la cabeza llena de

humo; pasábase relámpagos al través de las pestañas; sus ideas se desvanecían; parecía que consumaba un acto religioso y que cometía una profanación. Por lo demás, no tenía el menor deseo de aquella mujer deliciosa cuya forma sentía el contra su pecho. Estaba desatinado de amor.

Tomóle ella una mano y la puso sobre su corazón. Él sintió al tacto el papel que estaba allí, y dijo balbuciente.

— ¿Conque me ama usted?

Ella respondió con una voz tan baja que ya no era más que un soplo que apenas se oía:

— ¡Calla! ¡lo sabes tú muy bien!

Y ocultó su cabeza enrojecida en el seno del joven, efano y ebrio de gozo.

Cayó sobre el banco, y ella junto á él. Ya no tenían palabras. Las estrellas comenzaban á brillar. ¿Cómo sucedió que sus labios se encontraron? ¿Cómo sucede que el ave canta, que la nieve se derrite, que la rosa se abre, que Mayo inspira alegría, que el alba blanquea tras de los árboles negros la vibrante cima de las colinas?

Un beso, y nada más.

Ambos se estremecieron, y se miraron en la sombra con ojos centelleantes.

No sentían ni el fresco de la noche, ni la frialdad de la piedra, ni la humedad del suelo, ni la yerba mojada; se miraban uno á otro, y tenían el corazón lleno de pensamientos. Habíanse cogido las manos, sin saberlo.

Ella no le preguntaba, ni siquiera pasaba por su mente el preguntarle, por dónde había entrado, cómo había podido penetrar en el jardín. ¡La parecía á ella tan sencillo y tan natural que estuviese él allí!

De vez en cuando, la rodilla de Marius tocaba á la rodilla de Coseta, y ambos se estremecían.

Por intervalos, Coseta tartamudeaba una palabra. Su

alma temblaba en sus labios como una gota de rocío en una flor.

Poco á poco se hablaron al fin. La expansión sucedió al silencio, que es la plenitud. La noche brillaba espléndida y serena sobre sus cabezas. Aquellos dos seres, puros como espíritus, se lo hablaron todo, sus ensueños, sus ebriedades, sus éxtasis, sus quimeras, sus deliquios; cómo se habían adorado de lejos, cómo se habían deseado, su desesperación cuando habían dejado de encontrarse y de verse. Confiáronse en una intimidad ideal, que nada podía ya acrecer, todo lo que hasta entonces tenían más escondido y misterioso. Refirieronse, con una fe cándida en sus ilusiones, todo cuanto el amor, la juventud y aquel resto de infancia, que aún tenían ambos, les ponía en sus pensamientos. Aquellos dos corazones se derramaron uno en otro, de modo que, al cabo de una hora, el joven tenía el alma de la niña y la niña á su vez poseía la del joven. Se penetraron, se embelesaron y se deslumbraron.

Luégo que hubieron concluido, que ya se lo habían dicho todo, reclinó ella su cabeza sobre el hombro de él y le preguntó:

— ¿Cómo se llama usted?

— Yo me llamo Marius, contestó él. Y usted?

— Yo me llamo Coseta.



LIBRO SEXTO

EL NIÑO GAVROCHE

U A N L

MALIGNA TRAVESURA DEL VIENTO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

Desde 1823, mientras que el bodegon de Montfermeil decaía y se iba sumergiendo poco á poco, no en el abismo de una bancarota, sino en la cloaca de las más ruines y miserables deudas, los Thénardier habian tenido otros dos hijos, ambos varones. Con estos reunian ya cinco ; tres varones y dos hembras. Era demasiada familia para ellos.

La Thénardier se deshizo, pues, de los dos últimos, cuando aún eran muy niños, con un contento singular.

Que se deshizo de ellos, de ellos, y en efecto esta es la

palabra más propia. En aquella mujer no había más que un fragmento de naturaleza. Fenómeno de que, por lo demás, suelen verse algunos ejemplos. Como la mariscala de La Mothe-Huodancourt, la Thénardier no era madre sino hasta sus hijas. Aquí concluía su maternidad. Su odio al género humano empezaba en sus propios hijos varones. Con respecto á estos, la malignidad de aquella mal llamada madre caía como perpendicular, á pico, y su corazón tenía en aquel sitio una escarpa lúgubre. Según se ha visto ya, ella aborrecía al mayor de sus tres hijos, pero por lo que hace á los otros dos, los execraba. ¿Por qué? Porque sí. El más terrible de los motivos y la más indiscutible de las respuestas: Porque sí. — Yo no tengo necesidad de una garulla de chicos, decía la tal madre.

Explicemos cómo los Thénardier lograron desembarazarse de sus dos últimos niños, y aún sacar partido de ellos.

Aquella muchacha, Magnon, de quien hemos hablado en algún capítulo anterior, era la misma que había hecho señalar una renta, por el viejo Gillenormand, á los dos niños que ella tenía. Vivía en el muelle de los Celestinos, en la esquina de aquella antigua calle del Petit-Musc que ha hecho cuanto ha podido para cambiar en buen olor su malísima reputación. El lector parisiense recordará sin duda la grande epidemia de anginas escrofulosas que desoló treinta y cinco años há, los barrios ribereños del Sena, y de la cual se aprovechó la ciencia para hacer experiencias en grande escala sobre la eficacia de las insuflaciones de alumbre, tan útilmente reemplazadas hoy por la tintura externa de yodo. En aquella epidemia, la Magnon perdió, en un mismo día, uno por la mañana y el otro por la tarde, sus dos niños, que aún eran muy pequeños. Este era un golpe terrible. Aquellos dos niños eran joyas preciosas para su madre, puesto que entre los dos representaban ochenta francos mensuales. Estos ochenta francos la eran entregados con la

mayor puntualidad, en nombre del señor Gillenormand, por su recaudador de rentas, el señor Barge, ujier retirado, calle del Rey de Sicilia. Muertos los niños, la renta quedaba con ellos enterrada. La Magnon apeló á un expediente. En aquella tenebrosa francmasonería del mal de la cual formaba ella parte, todo se sabe, se confían y se guardan los secretos, y se ayudan unos á otros. La Magnon necesitaba dos niños. La Thénardier necesitaba precisamente todo lo contrario, es decir, deshacerse de dos niños que á ella la estorbaban, del mismo sexo y de la misma edad. Arreglo oportuno para la una, excelente colocación para la otra. Los niños de la Thénardier se convirtieron en los niños de la Magnon. La Magnon dejó el muelle de los Celestinos y se fué á vivir á la calle de Clocheperce. En Paris, la identidad que liga á un individuo consigo mismo se rompe con sólo pasar de una á otra calle.

No recibiendo aviso ninguno de nadie, el estado civil no reclamó; de modo que la sustitución se hizo de la manera más sencilla del mundo. Sólo que el Thénardier exigió, por aquel préstamo de niños, diez francos mensuales, que la Magnon prometió y aún pagó. Excusado es decir que el señor Gillenormand continuó siempre sirviendo esta renta con la mayor exactitud. Cada seis meses pasaba él á hacer una visita á los niños; pero no echó de ver el cambio que habían sufrido. — ¡ Señor, le decía la Magnon, cómo se parecen á usted!

Thénardier, que gustaba mucho de metamorfosearse y de disfrazarse, se aprovechó de esta ocasión para darse el nombre de Jondrette. Sus dos hijas y Gavroche no habían tenido apenas tiempo de notar que tenían dos hermanitos más. En cierto grado de miseria, una especie de indiferencia espectral se apodera del ánimo, y se ven los seres como á fueran las vas. Vuestros parientes más cercanos no son generalmente para vosotros sino formas vagas de la som-

bra, apenas distintas del fondo nebuloso de la vida y fácilmente confundidas de nuevo en lo invisible.

La noche misma del día en que ella había hecho la entrega de sus dos niños á la Magnon, con la voluntad bien expresa de renunciar á ellos para siempre, la Thénardier había tenido, ó fingido tener, un escrúpulo; y había dicho á su marido: — ¡Pero esto es abandonar enteramente esas criaturas! Thénardier, magistral y flemático, cauterizó el escrúpulo con esta palabra: ¡Juan Jacobo Rousseau hizo más que eso! Del escrúpulo, la madre había pasado á la inquietud: — ¿Pero y si la policía viniera á atormentarnos? Dígame usted, señor Thénardier, ¿es cosa permitida por las leyes eso que nosotros hemos hecho? — Thénardier respondió: — Todo es permitido. Nadie verá en esto sino el azul del cielo, si mira hácia arriba. Por lo demás nadie tiene tampoco interés ninguno en mirar de cerca unos chicos que no poseen un centavo.

La Magnon, puesta con aseo, era una especie de elegante del crimen. Dividía su vivienda, amueblada de un modo amanerado y miserable, con una erudita ladrona inglesa afrancesada. Esta inglesa naturalizada parisiense, recomendable por sus relaciones muy ricas, íntimamente ligada con las medallas de la biblioteca y los diamantes de la señorita Mars, fué más adelante célebre en los fastos judiciales. Llamábanla *la señorita Miss*.

Los dos niños que adoptó secretamente la Magnon no tuvieron porqué quejarse de su suerte. Recomendados por los ochenta francos, se hallaban cuidados y resguardados como todo lo que es objeto de explotación; ni mal vestidos, ni mal alimentados, tratados casi como unos « señoritos », mucho mejor con la madre postiza que con la verdadera. La Magnon se hacía la dama, y no hablaba nunca caló delante de ellos.

Así transeurrieron algunos años. El Thénardier augu-

raba bien de esto. Un día sucedió que dijo á la Magnon, cuando recibía de ella sus diez francos mensuales: — Será menester que el padre les dé educacion.

De improviso, aquellas dos pobres criaturas, hasta entonces bastante protegidas, áun por su mala suerte, se hallaron bruscamente lanzadas á la vida y obligadas á recomenzarla.

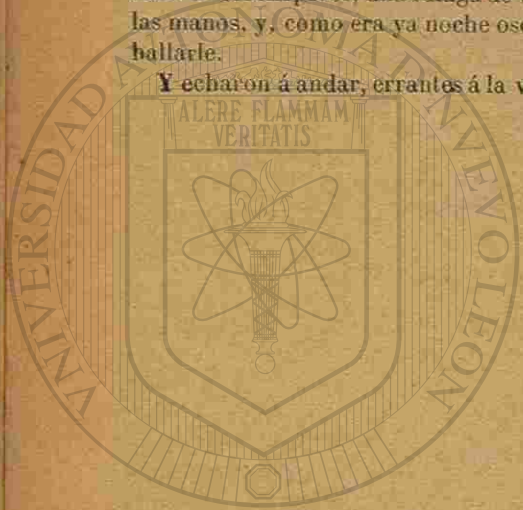
Una prision en masa de malhechores como la del desvan Jondrette, complicada necesariamente con pesquisas y encarcelaciones ulteriores, es un verdadero desastre para esa horrible contra-sociedad oculta que vive bajo la sociedad pública; una aventura de esta especie acarrea todo género de hundimientos en ese mundo sombrío. La catástrofe de los Thénardier produjo la catástrofe de la Magnon.

Un día, poco tiempo despues que la Magnon hubo entregado á Eponina la esquelita relativa á la calle de Plumet, se verificó en la calle de Clocheperce una súbita irrupción de la policía; la Magnon fué presa, como tambien la señorita Miss, y todos los moradores de aquella casa, que en general era bastante sospechosa; todo el mundo cayó en la red. Los dos muchachitos estaban jugando durante este tiempo en un patio interior y no vieron nada de la razzia. Cuando quisieron entrar en su cuarto, hallaron la puerta cerrada y la casa enteramente vacía. Un zapatero de viejo que había en el portal de enfrente los llamó y les entregó un papel que « su madre » le había dejado para ellos. Este papel contenía las señas siguientes: Señor Barge, recaudador de rentas, calle del Rey de Sicilia, n.º 8. El zapatero remendon les dijo: — Vosotros no habitáis ya aquí. Id hácia allá. Es ahí muy cerca. La primera calle á la izquierda. Preguntad por vuestro camino en este papel.

Los niños se marcharon conduciendo el mayorcito al

más pequeño, y llevando en la mano el papel que les había de servir de guía. Tenía frío, y sus dedos entorpecidos sujetaban poco y mal aquel papel. Al volver la calle de Clocheperce, una ráfaga de viento se le arrancó de las manos, y, como era ya noche oscura, el niño no pudo hallarle.

Y echaron á andar, errantes á la ventura por las calles.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

II

DONDE EL NIÑO GAVROCHE SACA PARTIDO DE NAPOLEON
EL GRANDE

En París hállase con frecuencia la primavera atravesada por cierzos ásperos y duros, capaces, si no precisamente de congelarnos, de helarnos cuando ménos; estos cierzos, que suelen entristecer los días más hermosos, producen exactamente el efecto de esas bocanadas de aire que entran en una pieza caliente por las hendiduras de una ventana ó de una puerta mal cerrada. Diríase que la puerta sombría del invierno ha quedado entreabierta, y que por ella entra el viento. En la primavera de 1832, época en que se manifestó la primera grande epidemia de este siglo en Europa, aquellos cierzos fueron más rudos y más penetrantes que nunca. Era una puerta aún más glacial que la del invierno la que estaba entreabierta: la puerta del sepulcro. En aquellos cierzos se sentía el hábito del cólera.

Bajo el punto de vista meteorológico, aquellos vientos fríos tenían esto de particular, que no excluían una fuerte tensión eléctrica. Frecuentes tormentas, acompañadas de relámpagos y de truenos, descargaron en aquella época.

Una noche que aquellos cierzos soplaban rudamente, en términos que parecía haber vuelto el mes de Enero, y que los bourgeois habían echado mano á sus capotes, el niño Gavroche, siempre tiritando alegremente bajo sus miseros arameles, se hallaba de pie y como en éxtasis frente á la tienda de un peluquero de las cercanías del Orme-Saint-Gervais. Estaba adornado de un chal de mujer, de lana, cogido no se sabe dónde, y del cual se había hecho él un tapaboca. El niño Gavroche tenía trazas de estar admirando profundamente una novia de cera, escotada y llevando por tocado una corona de azahar, la cual giraba sobre su eje detras de los cristales, entre dos quinqués, mostrando su sonrisa á los transeúntes; pero en realidad estaba él observando la tienda, á fin de ver si no podría « hirlar » en el aparador una pastilla de jabon, que iria él en seguida á revender por un sueldo á un « peinador » de las afueras de la Ciudad. Sucediale con frecuencia el desayunarse con una de aquellas pastillas. Á este género de trabajo, para el cual mostraba él talento, le llamaba « hacer la barba á los barberos. »

Al mismo tiempo que contemplaba la novia y que dirigia sus miradas á la pastilla de jabon, estaba refunfuñando esto entre sus dientes : — Es mártes. — No es mártes. — ¿Es el mártes? — Tal vez es el mártes. — Si, es el mártes.

Nunca se ha sabido á qué se referia este monólogo.

Si, por ventura, este monólogo aludia á la última vez que él había comido, hacia ya tres dias, pues esto sucedia un viernes.

El barbero estaba afeitando á un parroquiano, en su tienda calentada por una buena estufa, de vez en cuando lanzaba algunas miradas de soslayo á aquel enemigo, á aquel gamin arrecido y descarado que tenia las manos en los bolsillos, pero el espíritu, evidentemente, visitando otros lugares.

Mientras que Gavroche estaba así examinando la novia, las vidrieras y los Windsor-soap, dos niños de estatura desigual, vestidos con bastante limpieza, y más pequeños aún que él, pareciendo el uno de siete años y el otro de cinco, dieron timidamente vuelta al pestillo y entraron en la tienda, preguntando no se sabe qué cosa, tal vez implorando la caridad, en un murmullo plañidero y que se asemejaba más bien á un gemido que á un ruego. Hablaban ambos á la vez, y sus palabras eran ininteligibles, porque los sollozos cortaban la voz del más niño y el frío hacia castañetear los dientes del mayorcito. El figaro se volvió: con un semblante furioso, y sin abandonar su navaja, rechazando el mayor con la mano izquierda y al pequeño con la rodilla, los echó bruscamente á la calle, y cerró de nuevo la puerta diciendo :

— ¡Venir á resfriar á la gente por nada!

Los dos niños prosiguieron su marcha llorando. Entre tanto había aparecido en el cielo un nublado, y empezaba á llover.

Gavroche corrió tras ellos y los alcanzó al fin :

— ¿Qué es lo que queréis vosotros, renacuajos? les dijo.

— No sabemos dónde acostarnos, respondió el mayor.

— ¿No es más que eso? replicó Gavroche. ¡Vaya una gran cosa! ¿Es que nadie llora por eso? No seis majaderos.

Y tomando, al traves de su superioridad un tanto chocarrera, un tono de autoridad compasiva y de afable proteccion, añadió :

— Venid conmigo, chavalitos.

— Sí, señor, contestó el mayor.

Y los dos niños le siguieron como habrían seguido á un arzobispo. Ya entonces habían dejado de llorar.

Gavroche les hizo subir por la calle de San Antonio, en la dirección de la Bastilla.

Mientras que así caminaba con los dos chicos, Gavroche lanzó una mirada retrospectiva é indignada á la tienda del barbero.

— ¡Pedazo de atun, que no tiene corazón! refunfuñó entre sí. Es un enlubanó¹.

Una mozueta que los vió ir á todos tres en fila, marchando Gavroche á la cabeza, prorumpió en una estrepitosa carcajada.

Esta risa era una falta de respeto al grupo.

— Buenos días, señorita Ómnibus, la dijo Gavroche.

Un instante despues, volviéndose á acordar del peluquero, añadió:

— Me he equivocado en el animal, no es un atun, sino una serpiente. Anda, zurce-pelucas, que he de ir en busca de un cerrajero, y te he de poner un cascabel en la cola!

Aquel peluquero le habia hecho agresivo. Al saltar un arroyo de la calle, apostrofó á una portera barbuda y digna de encontrar á Fausto en el Brocken, la cual tenía su escoba en la mano:

— ¿Señora, la dijo, conque al fin sale usted con su caballo?

Y al mismo tiempo, salpicó las bolas charoladas de un transeunte.

— ¡Tunante! gritó el transeunte furioso.

— ¿Se queja ese caballero?

— ¡De ti! dijo el transeunte.

¹ Inglés(en caló).

— El despacho está cerrado, contestó seriamente Gavroche, ya no recibo quejas.

Entretanto, como continuasen sismpresubiendo la calle, distinguió, aterida de frío en un portal, una pobrecita mendiga como de trece á catorce años de edad, vestida con una ropa tan corta, que se le veían las rodillas. Aquella muchachita empezaba ya á ser demasiado grande moza para vestir de tal suerte. El crecimiento suele dar esos chascos. El vestido viene corto en el momento preciso en que la desnudez infringe las leyes de la decencia.

— ¡Pobre muchacha! dijo Gavroche. Ni aún lleva calzones. Ahí tienes, ponte siquiera eso.

Y desliando toda aquella buena lana que llevaba él envuelta al rededor del cuello, la arrojó sobre los hombros flacos y amoratados de la mendiga donde el tapa boca se convirtió de nuevo en chal.

La chica le consideró con la mayor sorpresa y extrañeza y recibió el chal en silencio. En cierto grado de miseria, el pobre, en su estupor, no gime ya del mal que sufre, ni agradece el bien que recibe.

Hecho esto:

— ¡Tirrr! dijo Gavroche, tiritando aún más que san Martín, pues al fin y al cabo este habia guardado para sí la mitad de su capa.

Despues de ese tirrr! un chaparron, redoblando sus iras, descargó con suma violencia y rabia. Esos malos cielos castigan las acciones buenas.

— ¡Caramba! exclamó Gavroche, ¿qué significa eso? Lluve y relleuve! Buen Dios, si esto continúa así, retiro mi suscripción.

Y volvió á emprender su marcha.

— De todos modos, añadió dirigiendo una mirada á la mendiga que se arrebujaaba bien en su chal, esa ya tiene una famosa pellica.

Y, mirando al nublado, exclamó :

— ¡ Chasco !

Los dos niños proseguían la marcha detras de él.

Al pasar por delante de uno de esos espesos enrejados ó celosías de hierro que indican la tienda de un panadero, pues colocan el pan lo mismo que el oro detras de los enverjados de hierro, volviósse Gavroche, y dijo :

— Á propósito, chavalejos, ¿ hemos comido ?

— No, señor, contestó el mayor, no hemos comido nada desde esta mañana.

— ¿ Conque no tienen ustedes padre ni madre ? repuso majestuosamente Gavroche.

— Perdone usted, señor, tenemos papá y mamá, pero no sabemos dónde están.

— Á veces, vale eso más que el saberlo, dijo Gavroche, que era un pensador.

— Ya háce más de dos horas que estamos andando, continuó diciendo el mayor, hemos buscado cosas en el rincón de los guardacantones, pero no hemos hallado nada.

— Yo sé, dijo Gavroche. Son los perros los que se lo comen todo.

Y despues de un momento de silencio, añadió :

— ¡ Ah ! hemos perdido á nuestros autores. Ya no sabemos lo que hemos hecho de ellos. Eso no se hace, chavales. Es una tontería el extraviar así á los viejos. ¡ Ah ! pero, sin embargo, es menester tapillar ¹ algo.

Por lo demas, él no les hizo pregunta ninguna. Estar sin domicilio, ¿ qué cosa más natural y más sencilla ?

El mayor de los dos niños, que había recobrado cast enteramente la pronta indiferencia de la infancia, hizo esta exclamacion :

— ¡ Vaya una cosa rara ! Mamá nos habia dicho que nos

¹ Beber.

llevaria el domingo de Ramos á la iglesia y nos darian boj bendito.

— Dinillo ¹, contestó Gavroche.

Mamá, continuó el mayorcito, es una señora que vive con la señorita Miss.

— Chanao ², replicó Gavroche.

Entre tanto, se habia él detenido, y hacia ya algunos minutos que se iba tentando y registrando toda especie de escondrijos que tenia en sus andrajos.

Por último, levantó la cabeza con un ademan magistral, que no aspiraba sino á manifestarse satisfecho, pero que en realidad era triunfal.

— Tranquilicémonos, chinorrós ³. Aquí hay ya cena para tres.

Y sacó de uno de sus bolsillos un sueldo.

Sin dejar á los dos niños tiempo para sorprenderse y embobarse con el hallazgo, los empujó á ambos hácia adelante, en direccion de la panaderia, y puso su sueldo sobre el motrador del panadero gritando :

— ¡ Mozo ! cinco céntimos de pan.

El panadero, que era el mismo amo en persona, tomó un pan y un cuchillo.

— ¡ En tres pedazos, mozo ! repuso Gavroche, y añadió con dignidad :

— Somos tres.

Y como notase que el panadero, despues de haber examinado á los tres cenadores, habia echado mano á un pan bazo, se introdujo profundamente el dedo en la nariz con una aspiracion tan imperiosa como si hubiera tenido en la punta del pulgar el polvo de rapé del gran Federico, y lanzó al panadero en mitad del rostro este apóstrofe indignado :

¹ Tonto.

² Muy conocida.

³ Pequeñuelos (*momignards* en argot).

— ¿Keksekça!

Aquellos de nuestros lectores que se hallaren tentados de ver en esta interpelacion de Gavroche al panadero una palabra rusa ó polaca, ó alguno de esos gritos salvajes que los *Yoways* y los *Bolocendos* se lanzan desde una á otra orillade los rios en medio de las soledades, deben de tener entendido que esa es una palabra que ellos dicen todos los dias (ellos, es decir, nuestros lectores), y que equivale á esta frase: ¿qué viene á ser eso? (*qu'est-ce que c'est que cela?*) El panadero comprendió perfectamente y contestó:

— ¡Y bien! esto es pan, muy buen pan, de segunda calidad.

— Usted quiere decir *manró gresnó*¹, repuso Gavroche, tranquila y friamente desdeñoso. ¡Pan blanco, mozo! ¡*manró plasnó*! soy yo quien da este banquete.

El panadero no pudo ménos de sonreír, y mientras que partía el pan blanco, los consideraba de una manera compasiva que chocó á Gavroche.

— ¿Qué seso, seor galopin, dijo al panadero, por qué nos mira usted de esa manera, midiéndonos así de piés á cabeza?

Y todos tres juntos sumarian apénas un metro, ó cinco cuartas.

Cuando ya estaba partido el pan en tres pedazos, el panadero depositó el sueldo en caja, y Gavroche dijo á los niños:

— ¡Jamelad.

Los chiquitos le miraron embobados.

Gavroche se echó á reír:

— ¡Ah! toma! es verdad, estos todavía no saben, son tan pequeñuelos!

Y añadió:

— Comed.

¹ Pan negro.

Al mismo tiempo les dió á cada uno un pedazo de pan. Y juzgando que el mayor, el cual le parecia más digno de su conversacion, merecia algun estímulo especial y debia ser desembarazado de toda especie de vacilacion para satisfacer su apetito, le dijo, dándole el pedazo más grande:

— Cuelate todo eso en el fusil.

Habia otro pedazo más pequeño que los dos restantes: este fué el que escogió él para sí.

Los pobres chicos estaban hambrientos, incluso Gavroche. Mientras que devoraban el pan á sendas tarascadas, llenaban los tres la tienda del panadero, quien, ahora que habia ya cobrado, se entretenia en mirarlos, con buen humor.

— Vámonos á la calle, dijo Gavroche.

Y se encaminaron hácia la Bastilla.

De vez en cuando, al pasar por delante de las tiendas y almacenes iluminados, el más pequeño de los tres se detenia para mirar la hora en su reloj de plomo que llevaba colgado al cuello con un pedazo de cuerda.

— Vaya un cernicalo que es el pobre chavalito, decia Gavroche.

Y en seguida, poniéndose como caviloso, refunfuñó entre dientes:

De todos modos, si yo tuviera chavores¹, los tendria más recogidos que estos.

Cuando acababan ya de comer sus pedazos de pan y llegaban á la esquina de aquella fúnebre calle de los Ballets en cuyo fondo se divisa el ventanillo bajo y hostil de la Force:

— ¡Toma! ¿eres tú, Gavroche? dijo un individuo.

— ¡Vaya! ¿eres tú, Montparnasse? dijo Gavroche.

Era un hombre que acababa de acercarse al gamin, y este hombre no era otro que Montparnasse disfrazado, con unas

¹ Hijos.

gafas azules, pero cuyo disfraz no impedía á Gavroche el reconocerle.

— ¡ Caramba ! prosiguió Gavroche, llevas una casaca color de cataplasma de harina de linaza y gafas azules como un médico. ¡ Á fe de viejo te digo que no dejas de tener cierto estilo que te da importancia !

— Chiton, dijo Montparnasse, no hables tan alto.

Y tiró vivamente de Gavroche, llevándole fuera de la luz de las tiendas.

Los dos chiquitos seguían maquinalmente agarrados de la mano.

Cuando se hallaron bajo el negro dintel de un portal, sin farol, al abrigo de la lluvia y de las miradas:

— ¿ Sabes adónde voy ? preguntó Montparnasse.

— Sí, á la filimicha ¹, contestó Gavroche.

— ¡ Calla, pilluelo !

Y Montparnasse continuó diciendo :

— Voy en busca de Babet.

¡ Ah ! dijo Gavroche, se llama ella Babet.

Montparnasse bajó la voz.

— No es ella, es él.

— ¡ Ah, Babet !

— Sí, Babet.

— Yo le creía estardelao ².

— Sí, le estardaron, pero él se desestardó, contestó Montparnasse.

Y refirió rápidamente al gamin cómo, en la mañana de aquel mismo día en que estaban, habiendo sido Babet trasladado á la Conserjería, se había evadido tomando por la izquierda, en vez de tomar por la derecha, en « el corredor de la instrucción. »

¹ Á la horea. *A l'abbaye de Monte-à-regret*, dice el original, que en argot quiere decir al cadalso.

² Preso.

Gavroche admiró la habilidad.

— ¡ Qué chanaor ¹ ! dijo.

Montparnasse añadió algunos detalles sobre la evasión de Babet, y concluyó diciendo :

— ¡ Oh ! y no es eso sólo.

Mientras que le estaba escuchando, Gavroche se había apoderado de un baston que Montparnasse tenía en la mano, habia tirado maquinalmente del puño, y sacó de dentro la hoja de un puñal.

— ¡ Ah ! exclamó, rechazando vivamente el puñal, llevas tu gendarme disfrazado de paisano.

Montparnasse guiñó el ojo.

— ¡ Cáspita ! añadió Gavroche, ¿ vas á darte de trompazos con los chineles ² ?

— No sabe uno lo que puede suceder, contestó Montparnasse con cierto tono indiferente. Siempre es sano llevar un alfiler consigo.

Gavroche insistió :

— ¿ Pero qué es lo que vas tú á hacer esta noche ?

Montparnasse volvió á tomar de nuevo la entonacion grave y dijo mascullando las silabas :

— Ciertas cosas.

Y cambiando bruscamente la conversacion dijo :

— ¡ Á propósito !

— ¿ Qué ?

— Una historia del otro dia. Figúrate que encontré á un bourgeois, que me obsequió con un sermon y con su bolsa. Me lo guardé todo en el bolsillo de la levita ; y un minuto despues, llevé la mano á mi bolsillo, y ya no habia nada.

— Sino el sermon, añadió Gavroche.

— Pero y tú, repuso Montparnasse, ¿ adónde vas ahora ?

¹ ¡ Qué diestro !

² Agentes de policía.

Gavroche le enseñó sus dos protegidos y dijo .

— Voy á acostar á estas criaturas.

— ¿ En dónde vas á acostarlas ?

— En mi casa.

— ¿ Dónde es tu casa ?

— En mi casa.

— ¿ Conque tienes alojamiento ?

— Sí, estoy alojado.

— ¿ Dónde ?

— En el elefante, dijo Gavroche.

— Aunque poco dado á la admiracion, Montparnasse no pudo menos de exclamar :

— ¡ En el elefante !

— ¡ Y bien, sí, en el elefante ! contestó Gavroche.

¿ Kekçaa¹ ?

Esta es tambien una palabra de la lengua que nadie escribe y que todo el mundo habla. Kekçaa, significa : ¿ Y qué tiene eso de particular ?

La profunda observacion del gamin restableció en Montparnasse la calma y el buen sentido, pareciendo que volvía á mejores sentimientos con respecto á la morada de Gavroche.

— ¡ En verdad ! dijo, sí, el elefante. ¿ Se está allí bien ?

— Muy bien, contestó Gavroche. Allí, de véras, se está but lachó². No hay corrientes de aire como debajo de los puentes.

— ¿ Cómo entras allí ?

— Por la puerta.

— ¿ Conque habrá algun agujero ? preguntó Montparnasse.

— ¡ Pardiez ! ¡ Pero cuidado que no lo digas á nadie ! Es.

¹ ¿ Qu'est-ce que cela a ?

² Muy bien.

entre las piernas delanteras. Los bucanós¹ no le han visto.

— ¿ Y tú trepas ? Sí, ya comprendo.

— En un santiamen, tris-tras, ya está hecho, y no se ve á nadie.

Despues de unos momentos de silencio, Gavroche añadió :

— Para estos chiquitos tendré una escalera.

Montparnasse se echó á reir :

— ¿ Dónde diablos has tomado estos chavalillos ?

Gavroche contestó sencillamente.

— Son unos chinorós² con que me ha obsequiado un peluquero.

Entre tanto Montparnasse se habia puesto pensativo.

— Me has conocido al instante, dijo en voz baja.

Sacó de su bolsillo dos objetos pequeños que no eran otra cosa que dos cañoncitos de pluma envueltos en algodón, y se introdujo uno en cada fosa nasal. Esta modificacion le hacia ya una nueva nariz.

— ¡ Eso te cambia enteramente, dijo Gavroche, así estás ménos feo, deberias conservar eso siempre !

Montparnasse era un mozo de gallarda figura, pero Gavroche se burlaba de él.

— Hablando con formalidad, le dijo Montparnasse, ¿ cómo me encuentras con esto ?

Hasta su voz habia cambiado. En un abrir y cerrar de ojos, Montparnasse se habia puesto desconocido.

— ¡ Oh ! no haces el Porri-chinela ! exclamó Gavroche.

Los dos chiquitos, que nada habian escuchado hasta entónces, ocupados como estaban ambos en introducirse los dedos en la nariz, al oír el nombre de Porri-chinela, se

¹ Gente de policia

² Niños.

acercaron y se pusieron á mirar á Montparnasse con un principio de alegría y de admiracion.

Desgraciadamente Montparnasse estaba inquieto y receloso.

Puso una mano sobre un hombro de Gavroche, y le dijo, acentuando bien sus palabras :

— Escucha lo que te digo, chico, si yo me hallara hoy en plaza, con mi dogo y mi daga y con todos mis arrequives, y si tú me prodigaras unos diez calés ¹, no me negaría yo á ostrar ² ahí, pero no estoy ahora en carnestolendas!

Esta frase singular produjo un raro efecto en el gamin. Volvió rápidamente la cabeza, paseó con la mayor atencion sus ojillos brillantes en derredor, y distinguió, á pocos pasos de distancia, un agente de policia que les daba la espalda. Gavroche dejó escapar un: ¡ ah, bueno! que reprimió inmediatamente, y sacudiendo la mano de Montparnasse :

— Pues bien, buenas noches, le dijo, me voy á mi elegante con mis chinorrés. En el supuesto de que tú me necesitaras para algo una noche, podrás ir á buscarme allí. Yo habito el entresuelo. No hay portero. No tendrás más que preguntar por el señor Gavroche.

— Está bien, dijo Montparnasse.

Yse separaron dirigiéndose Montparnasse hácia la Grève y Gavroche hácia la Bastilla. El niño de cinco años, del cual iba tirando su hermanito, mientras que de éste tiraba á su vez Gavroche, asidos los tres por las manos, volvió varias veces la cabeza hácia atrás para ver á Porri-chinela marcharse.

La frase confusa é ininteligible por medio de la cual habia advertido Montparnasse á Gavroche la presencia del agente de policia no contenia otro talisman que la asonan-

¹ Diez cuartos, ó diez sueldos.

² Trabajar, en sentido de robar.

cia *dig* repetida, bajo formas variadas. Esta sílaba *dig*, no pronunciada aisladamente, sino artísticamente mezclada y combinada con las palabras de una frase, quiere decir: — ¡ Cuidado! que no podemos hablar libremente. — Habia ademas en la frase de Montparnasse una belleza literaria que no percibió Gavroche, á saber, *mon dogue. ma dague et ma dague*, locucion propia del argot (caló) del Temple, que significa *mi perro, mi puñal y mi mujer*, muy en uso entre los *pitres* (payasos) y *queues rouges* (juglares) del gran siglo en que escribía Molière y dibujaba Callot.

Hace veinte años, veíase aún en el ángulo sud-este de la plaza de la Bastilla, junto al desembarcadero del canal abierto en el antiguo foso de la prision-ciudadela, un monumento raro que se ha borrado ya de la memoria de los parisienses, y que merecia ciertamente haber dejado allí alguna huella, porque era un pensamiento del « miembro » del Instituto, general en jefe del ejército de Egipto. »

Llamámosle monumento, bien que no fuera él sino una simple maqueta, un modelo escultural. Pero aquella misma maqueta, prodigioso bosquejo, cadáver grandioso de una idea de Napoleon que dos ó tres bocanadas de viento sucesivas habian arrebatado y lanzado cada vez más lejos de nosotros, habia llegado á hacerse histórica, adquiriendo no sé qué especie de carácter definitivo que contrastaba con su aspecto provisional. Era un elefante de cuarenta piés de alto, construido de mampostería y de madera, sobre cuyo dorso se elevaba una torre, semejante á una casa, en otro tiempo pintado de verde por un embadurnador cualquiera, y á la sazón pintado de negro por el cielo, la lluvia y el tiempo. En aquel rincon desierto y descuberto de la plaza, la frente anchurosa del coloso, sus trompa, su defensas ó colmillos, su torre, su enorme grupa, sus cuatro piés como cuatro columnas, formaban por la noche, dibujada en el

cielo estrellado, una sombra sorprendente y terrible. No se sabía lo que aquello quería decir. Parecía ser como un símbolo de la fuerza popular. Sombrio, enigmático, inmenso. Una especie de fantasma poderosa, visible y de pie al lado del espectro invisible de la Bastilla.

Pocos extranjeros visitaban aquel edificio, que apenas miraban siquiera los transeúntes. Insensiblemente se iba arruinando; en cada estacion, enormes masas de yeso desprendidas de sus ijares le hacían horribles heridas. « Los ediles, » como se dice en el patuá elegante, le habían olvidado desde 1814. Hallábase, pues, allí en su rincón, triste, aburrido, enfermo, desmoronándose, rodeado de una empalizada podrida y manchada á cada instante por cocheros borrachos; grandes grietas le hendían el vientre, un listón de madera le salía de la cola, y entre los pies brotaba y crecía la yerba; y como el nivel de la plaza se elevaba, hacia ya treinta años, en derredor de él, en virtud de ese movimiento lento y continuo que levanta insensiblemente el suelo de las grandes ciudades, se hallaba en una hondonada, y parecía que la tierra se hundía bajo sus pies. Estaba inmundo, despreciado, repugnante y magnífico, feo á los ojos del bourgeois, melancólico á los ojos del pensador. Tenía algo de una basura que se va á barrer, y algo de una majestad que va á ser decapitada.

Segun hemos dicho ya, por la noche cambiaba enteramente de aspecto. La noche es el verdadero elemento de todo lo que es sombra. Desde que caía el crepúsculo, el viejo elefante se transfiguraba, adquiriendo una figura tranquila y formidable en la pavorosa serenidad de las tinieblas. Como oriundo del tiempo pasado, pertenecía él á la noche; por eso la oscuridad convenia á su grandeza.

Aquel monumento, rudo, rechoncho, pesado, severo, áspero, casi disforme, pero indudablemente majestuoso y caracterizado por una especie de gravedad magnífica y sal-

vaje, ha desaparecido, para dejar que reine en paz la especie de estufa gigantesca, adornada con su correspondiente tubo, que ha reemplazado á la lúgubre fortaleza de nueve torres, á la manera que la bourgeoisie, ó clase média, reemplaza á la nobleza feudal. Por lo demás, es cosa muy natural que una estufa sea el símbolo de una época cuyo poderío se encierra en una marmita. Esta época pasará, y aún va pasando ya; se principia á comprender que, si puede haber fuerza en una caldera, no puede haber verdadera potencia sino en un cerebro; en otros términos, que lo que dirige y arrastra al mundo, no son las locomotivas, sino las ideas. Enganchad las locomotivas á las ideas, está bien; pero no tomeis al caballo por el jinete.

Sea de esto lo que fuere, y volviendo á la plaza de la Bastilla, el arquitecto del elefante, con yeso, había logrado hacer una cosa grande; mientras que el arquitecto de cañon de estufa, con bronce, ha logrado hacer una cosa pequeña.

Ese tubo, ese cañon de estufa, que se ha bautizado con un nombre sonoro, llamándole la columna de Julio, ese monumento frustrado de una revolucion abortada, se hallaba envuelto aún en 1832 en una inmensa camisa de naderámen, que nosotros por nuestra parte echamos de menos, y en un vasto cerco de tablas que acababa de aislar al elefante.

Hacia este recodo de la plaza, alumbrado apenas por el reflejo de un reverbero lejano, fué hacia donde el gatin dirigió sus dos « chavales. »

Permitásenos interrumpirnos aquí, para recordar á nuestros lectores que estamos en el terreno de las realidades; que, hace veinte años, los tribunales de policía correccional de París se vieron en el caso de juzgar, como acusado de vagabundo y de deteriorar un monumento público, á un muchacho que había sido sorpren-

dido acostado en el interior mismo del elefante de la Bastilla. Una vez consignado este hecho, continuemos

Al llegar junto al coloso, Gavroche comprendió desde luego el efecto que en lo infinitamente pequeño debería de producir lo infinitamente grande, y dijo :

— ¡ Chicuelos ! no tengáis miedo.

En seguida, penetró él por una rotura de la empalizada en el recinto del elefante, y ayudó á los niños á saltar por aquella brecha. Un tanto asustados, los dos chiquitos seguían á Gavroche sin pronunciar ni una palabra, confiándose á aquella pequeña providencia en harapos que les había dado pan y les había prometido albergue

Tendida á lo largo de la empalizada había allí una escalera que servía de día á los obreros del inmediato taller de carpintería. Gavroche la levantó del suelo con un vigor singular, y la aplicó contra una de las piernas delanteras del elefante. Hacia el punto en donde llegaba la escalera, distinguíase una especie de agujero negro en el vientre del coloso.

Gavroche indicó la escalera y el agujero á sus huéspedes y les dijo :

— Subid y entrad.

Los dos chicos se miraron aterrados.

— ¡ Tenéis miedo, chinorós ? les dijo Gavroche.

Y añadió :

— Ahora vais á ver.

Abrazóse él al pié rugoso del elefante, y en un abrir y cerrar de ojos, sin dignarse recurrir á la escalera, llegó al agujero. Se introdujo por él como una culebra que se desliza por una rendija, penetrando en el interior de aquella mole. Un momento despues, los dos niños vieron vagamente aparecer, como una forma blanquizca y pálida, su cabeza desgredada por el borde del agujero lleno de tinieblas.

¡ Ea, vamos ! gritó, subid pues, chavalitos ! ¡ ya veréis que bien se está aquí ! — ¡ Sube, tú ! dijo al mayor, yo te daré la mano.

Los niños se daban hombro con hombro, como si se consullaran ; el gamin los asustaba y los tranquilizaba á la vez, yademas, estaba lloviendo bastante fuerte. Por fin el mayor se arriesgó. El más pequeño, viendo subir á su hermano y quedarse él solo entre las patas de aquel animal tan enorme, tenía grandes ganas de llorar, pero no se atrevía.

El mayorcito iba trepando, no sin grande vacilacion, los peldaños de la escalera, y mientras tanto Gavroche le animaba por medio de exclamaciones de profesor de esgrima á sus discípulos, ó de arriero á sus mulas :

— ¡ No tengas miedo !

— ¡ Eso es !

— ¡ Anda, sin parar !

— ¡ Pon allí el pié !

— ¡ La mano aquí !

— ¡ Ah, valiente !

Cuando ya se halló á su alcance, le asió brusca y vigorosamente por el brazo, y tiró de él.

— ¡ Engullido ! dijo.

El muchachito había penetrado por la gran grieta.

— Ahora, dijo Gavroche, espérame. Caballero, tenga usted la bondad de sentarse.

Y saliendo de la grieta como había entrado, se dejó deslizar con la agilidad de un macaco á lo largo de la pierna del elefante, yendo á caer de pié sobre la yerba : tomó en brazos al niño de cinco años y le plantó en mitad de la escalera ; en seguida empezó él á subir tambien detras de él, llamando al mismo tiempo al niño mayor, y diciéndole :

— Yo voy á empujarle, y tú tirarás de él.

En un instante fué el niño empujado, subido, atraído,

arrastrado, introducido por la hendidura é instalado en la elevada cueva del elefante, sin que hubiese tenido tiempo siquiera para asustarse, ni áun para darse cuenta de lo que le pasaba; y Gavroche, entrando detras de él, apartó de un puntapié la escalera, que cayó sobre el césped y se puso á palmotear exclamando, aunque en voz baja:

— ¡Ya estamos aquí todos! ¡Viva el general Lafayette!

Pasada esta explosion, añadió:

— ¡Chinorós, estáis en mi casa.

Con efecto, Gavroche estaba en su casa.

¡Oh inesperada utilidad de lo inútil! ¡caridad de las cosas grandes! ¡bondad de los gigantes! Aquel monumento desmesurado que habia sido depositario de un pensamiento del emperador se hallaba transformado en nido de un gamín. El gusano habia sido aceptado y abrigado por el coloso. Los bourgeois que pasaban, cada ocho dias, muy ufanos y orgullosos con sus flamantes trajes dominigueros, por delante del elefante de la Bastilla, solian decir mirándole con una mirada y con un ademán desdeñosos, con sus ojos al nivel del cráneo: — ¿Para qué sirve eso?

— Aquello servia para salvar del frio, de la escarcha, de granizo, de la lluvia, garantir del viento de invierno para preservar del sueño en el lodo, que da la fiebre, y del sueño en la nieve, que da la muerte, á un ser diminuto y desgraciado, sin padre ni madre, sin pan, sin vestidos, sin asilo. Aquello servia para recoger al inocente á quien la sociedad rechazaba. Aquello servia para disminuir la culpa pública. Era una guarida abierta á aquel para quien todas las puertas se hallaban cerradas. Parecia que el viejo y miserable mastodonte, invadido por los más asquerosos insectos y por el olvido, cubierto de verugas, de podredumbre, de moho y de úlceras, tambaleándose, arcomido, abandonado, condenado, especie de menaigo colosal pidiendo en vano limosna con una mirada

benévola en medio de aquella vasta enrucijada, se habia é el compadecido de aquel otro mendigo más débil que él, del pobre pigmeo que iba sin zapatos en los piés, sin techumbre sobre la cabeza, soplándose los dedos, vestido de andrajos, alimentado de lo que se tira á la basura. He aquí para lo que servia el elefante de la Bastilla. Aquella idea de Napoleon, desdeñada por los hombres, habia sido adoptada por Dios. Lo que estaba destinado solamente á ser ilustre, habia venido á ser augusto. Para realizar lo que él meditaba, el emperador habria necesitado pórfido, bronce, hierro, oro y mármol; á Dios le bastaba con la vieja armadura de tablas, de maderos y de yeso. El emperador habia tenido un ensueño del genio; en el elefante titánico, armado, prodigioso, levantando su trompa, conduciendo su torre, y haciendo brotar por todas partes, en derredor suyo, aguas alegres y vivificantes, queria él encaraar al pueblo; Dios habia hecho de él una cosa más grande, albergando allí á un niño.

El agujero por el cual entraba Gavroche era una brecha apenas visible desde fuera, como que se hallaba oculta, segun hemos dicho, bajo el vientre del elefante, siendo tan estrecha, que sólo los niños y los gatos podían pasar por allí.

— Comenzaremos por decir al portero que no estamos en casa, dijo Gavroche.

Y engolfándose en aquella oscuridad, con la certidumbre de quien conoce bien los rincones de su casa, tomó una tabla y tapó con ella el agujero.

Volvió Gavroche á sumergirse en la oscuridad, y los niños oyeron chisporrotear la pajuela introducida en la botella fosfórica. Los fósfores químicos no existian aún; el e-labón Fumade representaba en aquella época el progreso.

Una súbita claridad los obligó á cerrar los ojos por ins-

tantes. Gavroche acababa de encender uno de esos pedazos de cuerda empapados en resina, especie de hachas de viento que se llaman en Francia ratas de cueva. La rata de cueva, que daba más humo que luz, hacía confusamente visible el interior del elefante.

Los dos huéspedes de Gavroche miraron en torno de ellos, y experimentaron una sensación parecida á la que experimentaría el que fuese encerrado en el gran tonel de Heidelberg, ó más bien, á la que debió experimentar Jonas en el vientre bíblico de la ballena. Todo un esqueleto gigantesco aparecía allí á su vista y los envolvía. En el techo, una larga y oscura viga, de la cual partían á trechos unos maderos cimbrados y macizos, figuraba la columna vertebral con las costillas; varias estaláctitas de yeso pendientes de aquella techumbre, figuraban las vísceras, y grandes telarañas, que se enredaban de una á otra costilla, desempeñaban el papel de un diafragma pulverulento. Vefanse acá y acullá, en los rincones, gruesas manchas negruzcas que tenían trazas de vivir y que se trasladaban velozmente de un sitio á otro, con un movimiento brusco y azorado.

Los restos caídos desde el dorso del elefante sobre su vientre habían colmado la concavidad, de modo que se podía andar por allí como sobre un piso más ó menos plano.

El más pequeño de los dos niños se arrinconó contra su hermano, y dijo á media voz:

— ¡Qué oscuro!

Esta palabra hizo exclamar á Gavroche. El ademán petrificado de los dos niños hacía ya necesario un sacudimiento.

— ¿Qué es lo que me estáis ahí gruñendo y fastidiando? les gritó. Vamos, ¿qué embustes son esos? ¿os vais á hacer ahora los descontentos? ¿Estos señores sin duda necesitan las Tullerías? ¿Acabaréis de ser brutos? Decidlo.

Os prevengo que yo no pertenezco al regimiento de los papanáts. ¡Pues no faltaba más! ¿es que por ventura sois vosotros hijos del archipámpano de Sevilla?

Un poco de aspereza suele sentar bien en medio del espanto; sirviendo para calmar y tranquilizar el espíritu alarmado. Los dos niños se aproximaron á Gavroche.

Paternalmente enternecido de esta confianza, Gavroche pasó « de lo grave á lo afable, » y dirigiéndose al más pequeño:

— Pedazo de tonto, le dijo, acentuando la injuria con un tono cariñoso, es allá fuera donde está oscuro. Allá fuera llueve y aquí no; fuera hace frío, y aquí no se siente ni una pízca de viento; fuera hay montones de gente, y aquí no hay un alma; fuera no hay ni siquiera la luna, y aquí tenemos mi véla: ¡ voto al chápíro!

Las dos criaturas comenzaban ya á mirar la vivienda con ménos terror; pero Gavroche no les dejó disfrutar mucho tiempo el ocio de la contemplación.

— ¡ Corriendo! dijo.

Y los empujó hácia lo que podemos llamar con propiedad el fondo del aposento.

Allí se hallaba su cama.

La cama de Gavroche era completa. Es decir, que tenía un colchon, una colcha y una alcoba con cortinas.

El colchon era una estera, la colcha un gran cobertor de lana gris, muy espeso, de mucho abrigo y casi nuevo. Hé aquí lo que constituía la alcoba.

Tres estacas bastante largas, clavadas y bien aseguradas en los cascotes del suelo, es decir, del vientre del elefante, dos delante y una atrás, y reunidas con una cuerda en la parte superior, en términos que formaban un pabellon piramidal. Este pabellon soportaba un enrejado de alambre que estaba simplemente puesto encima, pero artísticamente aplicado y sujeto con ligaduras de alambre

de modo que envolvía enteramente las tres estacas ó horquillas. Una fila de piedras gruesas fijaba todo alrededor este enrejado en el suelo, en tales términos que nada dejaba pasar. Aquel enrejado no era otra cosa que un fragmento de esas grandes alambreras de cobre con que se recubren las pajareras en las *ménageries*¹.

La cama de Gavroche se hallaba bajo aquel enrejado como en una jaula. El conjunto se parecía bastante á una tienda de las que usan los esquimales.

El enverjado era el que servía como de cortinaje.

Gavroche removió un poco las piedras que sujetaban el enverjado por delante, y los dos lienzos de la alambreira que caían uno sobre otro se separaron.

— ¡De gatas, chavales! dijo Gavroche.

É hizo entrar á sus huéspedes con precaución en la jaula, donde entró él despues de ellos, arrastrándose por el suelo; volvió á acercar las piedras y á cerrar de nuevo la abertura herméticamente.

Todos tres se hallaban ya tendidos en la estera.

Por más pequeños que fuesen, ninguno de ellos habría podido estar de pie en la alcoba. Gavroche tenía aún su luz en la mano.

— ¡Ahora, dijo, á sornar²! Voy á suprimir el candelabro.

— ¿Señor, preguntó el mayor de los dos hermanitos á Gavroche señalándole el enverjado, que es eso que está ahí puesto?

— Eso, contestó gravemente, es por causa de las ratas. — ¡Sornad!

— Sin embargo, creyóse él obligado á añadir algunas

¹ Casas de fieras.

² Á dormir.

más explicaciones, para instruccion de aquellos dos seres de corta edad, y continuó:

— Estas son cosas del Jardin de Plantas. Todo esto sirve para las fieras. Allí hay tóo un almacén yeno de estas cosas. No cuesta más trabajo que subir por encima de una pared, saltar por una ventana y pasar por bajo de una puerta. Se hallá ayí tóo cuanto se quiera.

Y mientras que así se explicaba con ellos, arrojaba bien al más pequeño con una punta del cobertor. El chiquito decia en voz baja:

— ¡Oh! ¡qué bueno! ¡cómo me abirga esto!

Gavroche fijó una mirada de satisfaccion en su colcha.

— Tambien esta es del Jardin de Plantas, dijo muy formal. Se la birlé á los monos.

Y mostrando al mayorcito la estera sobre la cual se hallaban acostados, estera bastante espesa y admirablemente trabajada, añadió:

— Esta era de la jirafa.

Despues de una pausa prosiguió:

— Los animales tenían todas estas cosas. Yo se las quité, y no lo llevaron á mal, no se enfadaron conmigo. Les dije: Son para el elefante.

Guardó aún silencio por un momento y continuó diciendo:

— Se salta por cima de las paredes, y se burla uno del gobierno. Naíta más que eso.

Las dos criaturas consideraban con un respeto tímido y estupefacto á aquel ser intrépido é inventivo, vagabundo como ellos, aislado como ellos, misero y pobre como ellos, que tenía algo de admirable y de omnipotente, que les parecia sobrenatural, y cuya fisonomía se componía de todas las muecas y gesticulaciones de un viejo saltibánquis mezcladas con la más cándida y agradable sonrisa.

— ¿Señor, le dijo tímidamente el mayor, pues qué, no tiene usted miedo á los agentes de policía?

Gavroche se limitó á contestarle:

— ¡Chinoró! no se llaman agentes de policía, se llaman las arpias, ó los chineles, ó los grullas, ó los durlines.

El más pequeño tenía los ojos abiertos, pero no decía nada. Como este se hallaba en un extremo de la estera, ocupando el mayorcito el centro, Gavroche, que estaba en la orilla próxima á la entrada de la alcoba, le introdujo la punta del cobertor bajo el cuerpo, para que no se desarropara, como habria hecho una madre, y levantó la estera bajo su cabeza por medio de unos trapos viejos, con el objeto de improvisar al niño una especie de almohada.

— ¿Eh? caramba, que aquí se está perfectamente!

— ¡Ah, sí! respondió el mayor, mirando á Gavroche con una expresion de ángel salvado.

Los dos pobres niños, enteramente mojados, empezaban ya á entrar en calor.

— ¿Y bien, continuó Gavroche, por qué llorabais?

Y dirigiéndose al mayorcito, señalándole á su hermano, dijo:

— Un chavalillo como ese, no digo que no, pero un grandon como tú, llorar, es una cobardía; un chico llorando parece un becerro.

— ¡Pues! dijo el niño mayor, no teníamos ya aposento adonde ir.

— ¡Chaval! repuso Gavroche, no se dice aposento, se dice nortó.

— Y además, teníamos miedo de hallarnos enteramente solos cuando llegara la noche.

— No se dice la noche, se dice la rachi.

— Gracias, señor, dijo el muchachito.

— Escucha, añadió Gavroche, ya nunca debéis gemir por nada. Yo cuidaré de vosotros. Ya verás cómo nos

divertimos. En verano, iremos á la Glacière con Navet, que es un camarada mio, y nos bañaremos en la Gare; allí correremos en cueros por encima de los trenes ó rastras de barcas que hay delante del puente de Austerlitz; eso hace rabiarse mucho á las lavanderas. Se ponen á gritar, se desesperan, si vieras tú como nos hacen reir! Iremos á ver al hombre-esqueleto. Está vivo. En los Campos Eliseos. Es magro como una caña-aquel parroquiano. Y despues, os conduciré al teatro. Os llevaré á Federico Lemaitre. Tengo billetes, conozco á varios actores, y yo tambien trabajé una vez en una pieza. Éramos muchos chiquillos, todos como yo, corríamos debajo de una tela muy grande, y aquello hacia el mar. Yo os haré contratar en mi teatro. Tambien iremos á ver á los salvajes. No son de verdá apuellos salvajes. Tienen envolturas color de rosa que hacen pliegues, y yo les he visto en los codos unos zurcidos de hilo blanco. Despues de eso, iremos á la ópera. Entraremos con los de la *claque*. En la ópera está la *claque* muy bien compuesta. No iria yo con la *claque* á los teatros de los boulevards. En la ópera, figúrate tú, hay algunos que pagan hasta veinte sueldos, pero son unos tontos. Los llaman estropajos. — Y despues, iremos á ver guillotinar. Yo os haré ver el verdugo. Vive en la calle de los Marais. Se llama el señor Sanson. Hay un buzón para las cartas á la puerta. ¡ Ah! se divierte uno muy bien!

En este momento, cayo sobre la mano de Gavroche una gota de cera, ó de resina, que le obligó á recordar las realidades de la vida.

— ¡Canario! dijo, ¡ pues no estoy consumiendo toda la mecha! ¡ Atencion! yo no puedo gastar más de un sueldo al mes en mi alumbrado... Cuando la gente se acuesta, es para dormir. No tenemos aqui tiempo para leer novelas del señor Paul de Koek. Con todo y con eso tambien la luz podria pasar por las rendijas de la puerta de la calle, y

no nos faltaba más sino que la guiparan las arañas !
— Y después, observó tímidamente el mayor, que era el único que se atrevía á platicar con Gavroche y á replicarle en caso necesario, podría caer un tizo ó una pavesa encendida en la paja, y es menester cuidar mucho de que no arda la casa.

— No se dice arder la casa, repuso Gavroche, sino jacharar la qué.

La tempestad arreciaba. Al traves de los redobles del trueno, oíase el aguacero caer fuertemente sobre las espaldas del coloso.

— ¡ Se fastidia, la lluvia ! dijo Gavroche. Me divierte á mí eso de oír como cuela la garrafa á lo largo de las piernas de la casa. El invierno es un majadero, pierde su mercancía y pierde su trabajo, no puede mojarnos, y eso le hace refundañar á ese viejo aguador.

Esta alusion al trueno, cuyas consecuencias todas aceptaba Gavroche, á fuer de filósofo del siglo diez y nueve, fué seguida de un espacioso y vivísimo relámpago, tan deslumbrador, que algo de él penetró por la hendidura que servía de puerta en el vientre del elefante. Casi al mismo tiempo, rebramó el trueno de un modo furioso. Los dos niños lanzaron un grito, y se levantaron tan rápidamente, que casi arrancaron el enrejado ; pero Gavroche volvió hácia ellos su cara atrevida y se aprovechó del estampido del trueno para dar una grande carcajada.

— ¡ No hay que asustarse, niños ! No demos con el edificio en tierra. Hé ahí un trueno magnífico ; sea en hora buena. Esto no es ya ese niñuque de relámpago. ¡ Bravo, por el Dios de los truenos ! ¡ cáspita ! casi lo hace él tan bien como en el teatro del Ambigú.

Dicho esto, volvió á colocar la alambreira en su lugar, empujó suavemente á los dos niños sobre la cabecera de la cama, les hizo bajar las rodillas y que

se tendieran bien á la larga en la estera, y exclamó :

— Puesto que Dios enciende su hacha de viento, yo puedo apagar la mia. Niños, ahora tocan á dormir, jóvenes humanos. Es una cosa muy mala el no dormir. Eso os haria funguelar el chiporró, ó como dicen las gentes finas, jeder el aliento. ¡ Envolveros bien en la uecharcarisa ! voy á apagar la luz. ¿ Estáis ya bien acomodados ?

— Sí, contestó el mayor, yo estoy muy bien. Tengo como si fuera pluma debajo de la cabeza.

— No se dice la cabeza, replicó Gavroche, se dice la jeroscosa.

Los dos niños se estrecharon uno contra otro. Gavroche acabó de arreglarlos sobre la estera, les subió el cobertor hasta las orejas, y después les repitió por tercera vez la órden formal en lengua gerática ó sagrada, es decir, en argot, caló ó lengua gitana :

— ¡ Sornad !

Y dió un soplo al cabo de hacha, que ya le quemaba los dedos.

Apénas se habia apagado la luz, cuando un temblor singular empezó á sacudir el enverjado bajo el cual estaban acostados los tres niños. Era una multitud de frotamientos sordos que daban cierto sonido metálico, como si con uñas y con dientes se hiciera crujir la alambreira. Este extraño ruido iba acompañado de toda especie de chillidos pequeños y agudos.

El niño de cinco años, al oír aquella batahola sobre su cabeza, helado de espanto, hizo seña con el codo á su hermano mayor, pero el hermano mayor « sornaba » ya, como se lo habia ordenado Gavroche. Entónces el pequeño, no pudiendo resistir más el miedo, se atrevió á interpelar á Gavroche, pero en voz baja, reteniendo el aliento :

¹ En l' colcha.

— ¿Señor?

— ¿Hé? contestó Gavroche, que acababa de cerrar los párpados.

— ¿Qué es eso que hace tanto ruido?

— Son las ratas, respondió Gavroche.

Y volvió á reclinarse su cabeza sobre la estera.

Con efecto, las ratas, que pululaban por millares en el esqueleto ú armazón del elefante, y que eran aquellas manchas negras y vivas de que hemos hablado ántes, se habían mantenido en respeto por la llama de la antorcha mientras que esta había alumbrado, pero desde el momento en que aquella caverna, que era como su ciudad, había sido entregada al lóbrego y pavoroso dominio de la noche, como husmearan allí lo que el narrador Perrault llama « carne fresca, » se habían precipitado á bandadas sobre la tienda de Gavroche, y encaramándose hasta la cima, mordían furiosas en las mallas, como si trataran de abrir brecha y penetrar en aquella jaula habitada y tan bien provista para satisfacer su voracidad.

Entre tanto, el pequeñito no dormía.

— ¿Señor! repitió.

— ¿Hé? contestó Gavroche.

— ¿Qué cosa son las ratas?

— Son ratones.

Esta explicación tranquilizó un poco al niño. Él había visto en cierta ocasión unos ratones blancos y no había tenido miedo de ellos. Sin embargo, volvió aún á levantar la voz:

— ¿Señor?

— ¿Hé? respondió Gavroche.

— ¿Por qué no tiene usted un gato?

— Ya tuve uno, dijo Gavroche, traje un gato, pero me lo comieron.

Esta segunda explicación deshizo la obra de la primera,

y el niño empezó á temblar de nuevo. Por cuarta vez volvió á continuar el diálogo entre él y Gavroche.

— ¿Señor?

— ¿Hé?

— ¿Quién fué á quien comieron?

— Al gato.

— ¿Y quién se comió al gato?

— Las ratas.

— ¿Los ratones?

— Si, las ratas.

Consternado de aquellos ratones que se comen á los gatos, el niño prosiguió aún:

— ¿Señor, y nos comerían á nosotros esos ratones?

— ¡Pardiez, ya lo creo! dijo Gavroche.

El terror del niño llegó á su colmo. Pero Gavroche añadió:

— ¡No tengas miedo! aquí no pueden entrar. ¡Y además, estoy yo aquí también! Toma, agárrate á mi mano. Cállate y sorna!

Al mismo tiempo Gavroche tomó la mano del niño por encima de su hermano. El niño estrechó aquella mano contra sí y se sintió consolado y tranquilo. El valor y la fuerza tienen de estas comunicaciones misteriosas. Habíase restablecido el silencio en aquella morada, el ruido de las voces había asustado y alejado á las ratas; por más que, al cabo de algunos minutos, volvieran ellas á gritar y á morder, y á rabiarse, los tres muchachos, sumergidos ya en profundo sueño, no volvieron á oír nada.

Así pasaron las horas de la noche. La inmensa plaza de la Bastilla estaba cubierta de sombra; un viento glacial de invierno que se mezclaba con la lluvia soplaba á grandes bocanadas: las patrullas exploraban y huroneaban las puertas, las avenidas, los cercados ó empalizadas, los rincones oscuros, y buscando á los vagabundos nocturnos, pa-

saban en silencio delante del elefante; el monstruo, de pié, inmóvil, con los ojos abiertos en las tinieblas, parecía como que soñaba, satisfecho de su buena acción, abrigando contra las inclemencias del cielo y de los hombres á los tres pobres niños dormidos.

Para comprender lo que ahora sigue, es preciso tener presente que, en aquella época, el cuerpo de guardia de la Bastilla se hallaba situado en el otro extremo de la plaza, y que lo que pasaba junto al elefante no podía ser notado ni oído por el centinela.

Hacia fines de aquella hora que precede inmediatamente al amanecer, un hombre iba corriendo por la calle de San Antonio, atravesó la plaza, dió vuelta al gran cerco de la columna de Julio, y se escurrió entre las empalizadas hasta llegar bajo el vientre del elefante. Si una luz cualquiera hubiera alumbrado á aquel hombre, por la manera profunda cómo él se hallaba mojado, habriase adivinado desde luego que había pasado la noche bajo la lluvia. Llegado donde estaba el elefante, hizo oír un grito extraño, que no pertenece á ninguna lengua humana, y que sólo podría reproducir una cotorra. Dos veces repitió este grito, cuya ortografía, que estampamos á continuación, puede dar apenas una idea de él:

— ¡Kirikikiou!

Al segundo grito, una voz clara, alegre y joven contestó desde el vientre del elefante.

— ¡Sí!

Casi inmediatamente, la tabla que cerraba el agujero se removió y abrió paso á un niño que se deslizó bajando por un pié del elefante, y vino con presteza y agilidad á caer junto adonde el hombre se hallaba. Este niño era Gavroche. El hombre era Montparnasse.

Por lo que hace á este grito, *Kirikikiou*, sin duda era lo que el muchacho quiso decirle cuando le recomendó:

Preguntarás por el señor Gavroche.

Al oírle, despertó sobresaltado, se arrastró fuera de su alcoba, apartó un poco la alambreira que procuró cerrar y arreglar de nuevo con el mayor cuidado, abriendo despues la trampa y saltando en tierra.

El hombre y el niño se reconocieron silenciosamente en la noche; Montparnasse se limitó á decirle:

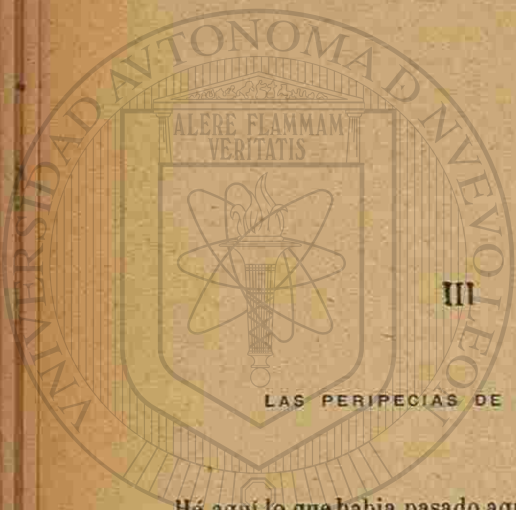
— Tenemos necesidad de ti. Ven á ayudarnos.

El gamin no exigió aclaraciones.

— Aquí me tienes, dijo.

Y juntos se dirigieron hácia la calle de San Antonio de donde venia Montparnasse, culebreando rápidamente por entre la larga hilera de carros de hortelanos que á esa hora descendían en dirección de los mercados centrales de la ciudad.

Acurrucados en sus carros entre las ensaladas y las legumbres, medio dormidos, envueltos hasta los ojos en sus blusas, á causa de la lluvia que no cesaba de caer, los hortelanos no miraban siquiera á aquellos extraños transeuntes.



LAS PERIPECIAS DE LA EVASION

Hé aquí lo que había pasado aquella misma noche en la Force :

Babet, Brujon, Gueulemer y Thénardier, bien que Thénardier se hallase incomunicado, habían concertado entre sí una evasión. Babet había ya hecho el negocio por su propia cuenta, aquel mismo día, según se ha visto antes por el relato de Montparnasse á Gavroche. Montparnasse debía ayudarlos desde fuera.

Habiendo pasado un mes en un cuarto de punición, Brujon había tenido tiempo, primero, de trenzar allí una cuerda, y segundo, de fraguar y madurar un plan. En otros tiempos, estas lúgubres y seyeras estancias donde la disciplina de las cárceles entrega al condenado á sí mismo, se componían de cuatro paredes de piedra, un techo de piedra, un pavimento de baldosas, un catre de campaña,

un ventanillo enrejado, y una puerta forrada de hierro, y se llamaban *calabozos*; pero el calabozo se ha creído demasiado horrible; y ahora esas piezas se componen de una puerta de hierro, un ventanillo enrejado, un catre de campaña, un pavimento de baldosas, un techo de piedra y cuatro paredes de piedra, y á esto se llama *cuarto de punición*. Cuando el tiempo está claro, al mediodía suele haber allí un poco de luz. El inconveniente de estos cuartos que, como acabamos de ver, no son calabozos, es el de dejar allí cavilando y soñando á unos seres que debieran estar trabajando.

Brujon había pues cavilado, y había salido del cuarto de punición con una cuerda. Como tenía fama de muy peligroso en el patio de Carlomagno, le colocaron en el Edificio Nuevo. Lo primero que él halló en el Edificio-Nuevo fué á Gueulemer, y lo segundo, un clavo; Gueulemer, es decir el crimen, y un clavo, es decir la libertad.

Brujon, de quien es ya tiempo de formarse una idea completa, era, con apariencias de una complexión delicada y de una languidez profundamente premeditada, un mozo listo y fino, inteligente y ladrón, que tenía la mirada cariñosa, la sonrisa atroz. Su mirada emanaba de su voluntad, y su sonrisa de su propia é instintiva naturaleza. Los primeros estudios que él había hecho en su arte habían tenido por objeto los tejados: habían inventado y ejecutado grandes progresos en la industria de los que arrancan el plomo, despojan los techados y aligeran los canalones por el procedimiento que llaman *au gras-double*.

Lo que precisamente acababa de hacer el instante favorable para una tentativa de evasión, era que los albañiles estaban aquellos días componiendo, arreglando y rellenando de argamasa las juntas de las pizarras que cubrían la techumbre de la cárcel. El patio de San Bernardo no se hallaba ya enteramente aislado del patio de Carlomagno

y del patio de San Luis. Había en aquellas alturas andamios y escaleras; en otros términos, puentes y graderías del lado de la escapada.

El Edificio Nuevo que, llevando ya por ironía este nombre, estaba todo él arruinado y decrepito, lleno de grietas y hendiduras por todas partes, constituía el punto más débil y vulnerable de la cárcel. Las paredes se hallaban tan carcomidas y roídas por el salitre, que había sido necesario recubrir con un paramento de madera las bóvedas de los dormitorios; porque se desprendían de ellas á menudo piedras que caían sobre los presos en sus mismas camas. Á pesar de su estado vetusto, se cometía la falta de encerrar en el Edificio Nuevo á los reos más peligrosos, de meter allí « las causas fuertes, » como se dice en el lenguaje carcelario.

El Edificio Nuevo contenía cuatro dormitorios superpuestos y una armadura ó copete que llamaban el Bel-Air. Un gran tubo de chimenea, probablemente de alguna antigua cocina de los duques de La Force, partía del piso bajo, atravesaba los cuatro pisos, cortaba en dos todos los dormitorios, figurando en ellos una especie de pilar aplanada, é iba á desembocar en el tejado.

Gueulemer y Brujon se hallaban en el mismo dormitorio. Los habían colocado, por precaucion, en el piso bajo. Casualmente las cabeceras de sus camas se apoyaban contra el tubo de la chimenea.

Thénardier estaba precisamente encima de sus cabezas, en aquella armadura ó remate llamado el Bel-Air.

El transeunte que se detiene en la calle de Culture-Sainte-Catherine, despues del cuartel de bomberos, frente al portal de la casa de baños, ve un patio lleno de flores y de arbustos en cajas, en cuyo fondo se despliega, en dos alas, una pequeña rotonda blanca, que alegran várias contraventanas verdes, el sueño bucólico de Juan-Jacobo. No hace más

de diez años que, sobre esta rotonda, se elevaba una pared negra, enorme, desnuda, horrible, en la cual se hallaba aquella respaldada. Era la pared del camino de ronda de La Force.

Aquella pared detras de aquella rotonda, era Milton entrevisto detras de Berquin.

Sobre aquella pared, tan alta sin embargo, descollaba un tejado más negro aún, que se distinguía más allá de ella. Era el tejado del Edificio Nuevo, en el cual se veían cuatro lumbreras abocardilladas, armadas de barrotes. Eran las ventanas del Bel-Air. Una chimenea sobresalía por el tejado; era la chimenea que atravesaba los dormitorios.

La copa ó remate del Edificio Nuevo que llevaba el nombre de Bel-Air era una especie de grande lonja abocardillada, cerrada con triple enrejado y puertas dobles de hierro batido consteladas de enormes clavos. Cuando se entraba allí por la extremidad del norte, tenía uno á su izquierda las cuatro claraboyas, y á su derecha, dando frente á estas lumbreras, cuatro prisiones cuadradas bastante vastas, espaciadas, separadas por corredores estrechos, construidas de mampostería hasta la altura del modillon, y el resto hasta el tejado de barrotes de hierro.

Thénardier se hallaba incomunicado en una de estas prisiones desde la noche del 3 de Febrero. Nunca se ha podido descubrir cómo, y por qué especie de connivencia, había él conseguido procurarse y ocultar allí una botella de ese vino inventado, segun dicen, por Desruca, el cual contiene un narcótico, y que tan célebre ha hecho la banda de los *Adormecedores* (*Endormeurs*).

En muchas cárceles suele haber ciertos empleados traidores, mitad carceleros mitad ladrones, que prestan á las evasiones un poderoso auxilio, que venden á la policia una servi-lumbre infiel, y que suelen sisar de lo lindo en las compras que se les confían.

En aquella misma noche, pues, en pue el niño Gavroche había recogido las dos criaturitas errantes, Brujon y Gueulemer, sabedores de que Babet, escapado aquella misma mañana, los esperaba en la calle, lo mismo que Montparnasse, se levantaron sin que nadie los sintiera y se pusieron á horadar, con el clavo que Brujon había encontrado, el tubo de chimenea al cual tocaban sus camas. Los cascotes caían sobre la cama de Brujon, de modo que no se oían caer. Fuertes aguaceros acompañados de truenos conmovían las puertas sobre sus goznes, produciendo en la cárcel un estruendo horrible y que les era provechoso. Aquellos de entre los presos que despertaron asustados por este infernal ruido, fingieron dormirse de nuevo y dejaron maniobrar á Gueulemer y Brujon. Brujon era diestro. Gueulemer era vigoroso. Antes que el celador acostado en la pieza enrejada que tenía ventana hácia el dormitorio llegase á oír ningún ruido, estaba ya horadada la pared, escalada la chimenea, forzada la alambreira de hierro que cerraba el orificio superior del tubo, hallándose los dos temibles handidos sobre el tejado. La lluvia y el viento redoblaban, y el tejado estaba bastante resbaladizo.

— ¡Qué buena rachi para una chapescani! dijo Brujon.

Un abismo de seis piés de ancho y de ochenta piés de alto los separaba de la pared de ronda. En el fondo de este abismo veían relucir en la oscuridad el fusil de un centinela. Ataron por una punta á los trozos de los barotes de la chimenea que acababan de torcer la cuerda que había trezado Brujon en su calabozo, lanzaron la otra punta por encima de la pared de ronda, atravesaron de un salto el abismo, se encaramaron en el cabrial de la pared, desde donde descendieron dejándose deslizar uno en pos de otro á lo largo de la cuerda sobre un tejadito que toca á la casa

¡Qué buena noche para una evasión!

de baños, tiraron de la cuerda, saltaron al patio de los baños, le atravesaron, empujaron el postigo del portero, junto al cual pendía el cordon, tiraron del cordon, abrieron la puerta de la casa, y se hallaron en la calle.

Aún no hacía tres cuartos de hora que se habían ellos levantado de pié sobre sus camas en las tinieblas, con un simple clavo en la mano, y su proyecto en la cabeza.

Algunos instantes despues se les unieron Babet y Montparnasse que andaban rondando por aquellas cercanías.

Al tirar de la cuerda hácia ellos, la habían roto, quedando un pedazo de ella enganchado en la chimenea sobre el tejado. Por lo demas, no sufrieron otra avería que la de haberse arrancado casi enteramente la piel de las manos.

Aquella noche, Thénardier estaba avisado sin que se haya podido nunca averiguar de qué manera, y no dormía.

A eso de la una de la mañana, estando la noche muy oscura, vió pasar sobre el tejado, en medio de la lluvia y de la tempestad, por delante del ventanillo ó claraboya que estaba en frente de su prision, dos sombras. Una de ellas se detuvo en el ventanillo el tiempo suficiente para lanzar una mirada. Era Brujon. Thénardier le reconoció y comprendió. Con esto le bastaba.

Señalado como ladrón y asesino, y preso bajo la prevención de emboscada nocturna á mano armada, Thénardier se hallaba guardado á vista. Delante de su prision se paseaba un centinela con el fusil cargado, que se relevaba cada dos horas. El Bel-Air estaba alumbrado por medio de un quinqué. El preso tenía puestos en los piés un par de grillos de hierro del peso de cincuenta libras. Todos los dias, á las cuatro de la tarde, un celador escoltado por dos perros de presa, — esto se practicaba así todavía en aquella época, — entraba en su prision, colocaba junto á su cama un pan negro de dos libras, un cántaro de agua y una hertera llena de un caldo con muy poca grasa en el cual

nadaban unas cuantas habas, visitaba sus grillos y golpeaba sobre los barrotes, para reconocerlos ó revisarlos. Aquel mismo guarda, con sus perros, volvía dos veces durante la noche.

Thénardier había obtenido permiso para conservar una especie de clavija de hierro de la cual se servía para clavar su pan en una rendija de la pared, « á fin, según decía él, » de preservarle de las ratas. » Como Thénardier estaba guardado á vista, no había habido inconveniente en permitirle aquella clavija. Sin embargo, más adelante se acordó que un guarda dijo en cierta ocasión : — Más valdria no consentirle sino una clavija de palo

Á las dos de la mañana relevaron el centinela, que era un veterano, viniendo á reemplazarle un quinto recién entrado en el servicio. Algunos momentos despues de esta hora, hizo su visita el hombre de los perros, y se marchó sin haber notado nada, sino la excesiva juventud y las « trazas campesinas » del « pobre bisoño. » Dos horas despues, á las cuatro, cuando fueron á relevar al quinto, le encontraron dormido y tendido en el suelo como un tronco junto á la prision de Thénardier. Por lo que hace á Thénardier, ya no estaba allí. Sus grillos hechos pedazos se hallaban en el suelo. En el techo de su prision había un agujero, al cual correspondia otra agujero hecho en el tejado. Una tabla había sido arrancada de su cama, y sin duda se la había llevado, pues no se la encontró. También hallaron en su calabozo una botella casi vacia que contenia el resto del vino narcótico que había servido para aletargar al soldado. La bayoneta del centinela había desaparecido.

En el momento en que descubrieron esta evasión, creyese que Thénardier se hallaria ya fuera de todo alcance. La realidad es que ya no se hallaba él en el Edificio Nuevo, pero aún estaba en grande aprieto y peligro.

Al descender sobre el tejado del Edificio Nuevo, Thénar-

dier había encontrado el resto de la cuerda de Brujon que estaba colgando de los barrotes de la trampa superior de la chimenea, pero siendo demasiado corta aquella punta de la cuerda rota, no había podido evadirse al traves del camino de ronda como lo habían hecho Brujon y Gueulemer.

Cuando se pasa desde la calle de los Ballets á la calle del Rey de Sicilia, se encuentra casi en seguida á la derecha una hondonada sórdida. En el siglo anterior existia allí una casa de la cual no queda ya sino la pared del fondo, verdadera pared de casucha arruinada que se eleva á la altura de un tercer piso entre los edificios inmediatos. Aquella ruina se la puede reconocer por dos grandes ventanas cuadradas que aún se ven allí; la del centro, la más próxima á la fachada de la derecha, está cerrada con una viga carcomida, ajustada en forma de cabrial de defensa. Al traves de estas ventanas distinguíase en otro tiempo una pared elevada y lúgubre que era un trozo del recinto del camino de ronda de la Force.

El vacío que la casa demolida ha dejado en la calle está medio ocupado por una empalizada de tablas podridas que tienen por estribos cinco guardacantones de piedra. En este recinto se oculta una pequeña barraca apoyada en la ruina que ha quedado de pie. La empalizada tiene una puerta que, hace algunos años, no se cerraba sino con un simple pestillo.

Sobre la cresta ó caballete de esta ruina es adonde Thénardier había logrado llegar en su escapada, un poco despues de las tres de la mañana.

¿Cómo había llegado hasta allí? Esto es lo que no se ha podido explicar ni comprender jamás. Los relámpagos habían debido incomodarle y ayudarle á la vez, ¿Se había servido quizás de las escaleras y de los andamios de los albañiles para llegar de tejado en tejado, de cerco en cerco, de compartimiento en compartimiento, al cuerpo de edificio

del patio de Carlomagno, después al del patio de San Luis, á la pared de ronda, y desde allí á la casucha de la calle del Rey de Sicilia? Pero en este trayecto habia soluciones de continuidad que parecian hacerle imposible. ¿Habia colocado la tabla de su cama como un puente desde el tejado del Bel-Air hasta la pared del camino de ronda, y se habia ido arrastrando de bruces sobre el cabrial de la pared de la ronda todo en derredor de la prision hasta la casucha? Pero la pared del camino de ronda de la Force dibujaba una línea dentada ó almenada y desigual, subia y bajaba, descendia en el cuartel de bomberos, ascendia en la casa de baños, estaba cortada por diferentes construcciones, no tenia la misma altura en el hôtel Lamoignon que en la calle Pavée, ofrecia por todas partes caídas y ángulos rectos; y además, los centinelas habrian debido ver lo sombra del fugitivo; así, pues, también de esta manera queda casi enteramente inexplicable el camino seguido por Thénardier. De las dos maneras, fuga imposible. Thénardier, iluminado por esa espantosa sed de libertad que transforma los precipicios en fosas, los grillos de hierro en zarzos de mimbre, un enclenque en un atleta, un gotoso en un águila, la estupidez en instinto, el instinto en inteligencia, la inteligencia en genio, ¿habia inventado é improvisado tal vez un tercer modo de llevar á cabo su evasión? Nunca se ha sabido nada de esto.

No es posible darse cuenta siempre de las maravillas de la evasión. El hombre que se escapa, lo repetimos, es un inspirado; en el misterioso resplandor de la fuga, hay algo del relámpago y de la estrella; el esfuerzo hácia la libertad no es ménos sorprendente que el vuelo hácia lo sublime, y se dice de un ladrón escapado: ¿Cómo ha hecho para escalar ese tejado? á la manera que se dice de Corneille: ¿Dónde ha encontrado que muriese? (*qu'il mourût?*)

Sea de esto lo que quiera, chorreando sudor, empapado

por la lluvia, con las ropas hechas jirones, las manos desolladas, los codos brotando sangre, destrozadas las rodillas, Thénardier habia llegado sobre lo que los muchachos, en su lenguaje figurado, suelen llamar « el cortante » de la pared de la ruina, donde se habia tendido á la larga, agotadas sus fuerzas enteramente, y desfallecido de cansancio. Un escarpe ó vertiente perpendicular, de la altura de un tercer piso, le separaba del empedrado de la calle.

La cuerda que él tenia era demasiado corta.

Allí quedó aguardando, pálido, consumido, abatido, desesperado de toda la esperanza que habia concebido, cubierto aún por las sombras de la noche, pero calculando que el día iba á llegar pronto, aterrado ante la idea de oír ántes de algunos momentos dar en el inmediato reloj de San Pablo las cuatro de la mañana, en cuya hora vendrian á relevar el centinela á quien hallarian dormido bajo el tejado en el cual se veria al instante un grande agujero improvisado: y desde allí miraba con estupor, á una profundidad terrible, al resplandor de los reverberos, el suelo de la calle, mojado y negro, aquel suelo tan anhelado y tan pavoroso que era para él la libertad, pero que también era la muerte.

Preguntábase si sus tres cómplices de evasión habrian salido bien en su empresa, si le habrian oído, y si vendrian en su auxilio. Y se ponía á escuchar con la mayor atención. Excepto una patrulla, nadie habia pasado por la calle desde que él estaba allí. Casi todo el desfile de los hortelanos de Montreuil, de Charonne, de Vincennes y de Bercy á los mercados centrales de Paris se verifica por la calle de San Antonio.

Los relojes dieron por fin las cuatro de la mañana. Thénardier se estremeció. Á los pocos instantes, estalló en la cárcel ese rumor despavorido y confuso que se sigue al descubrimiento de una evasión. El ruido de las puertas que se

abren y se cierran, el rechinar de las verjas sobre sus goznes, el tumulto del cuerpo de guardia, los gritos broncos de los porteros llamando, el choque de las culatas de los fusiles en las losas de los patios, llegaban hasta él. Multitud de luces subían y bajaban á las enrejadas ventanas de los dormitorios, un hacha de viento se agitaba en el Edificio Nuevo, los bomberos del cuartel inmediato habian sido llamados. Sus cascos, que el hacha alumbraba en la lluvia, iban y venian por los tejados. Al mismo tiempo veia Thénardier por el lado de la Bastilla como una nube pálida blanquear lúgubrememente la parte baja del cielo.

El se hallaba sobre la cima de una pared de diez pulgadas de espesor, tendido bajo el aguacero, con dos abismos á derecha é izquierda, sin poder moverse, víctima del vértigo de una caída posible y del horror de una captura cierta, y su pensamiento iba, como el badajo de una campana, de la una á la otra de estas ideas: — Muerto si caigo, cogido si permanezco.

En medio de esta angustia, y á pesar de estar aún la calle enteramente oscura, distinguió de repente á un hombre que se iba deslizándose á lo largo de las paredes y que venia por el lado la calle Pavée á detenerse en la hondonada que estaba junto á la pared sobre la cual se hallaba Thénardier como suspendido. Á aquel hombre se unió al poco tiempo un segundo hombre, que iba andando con las mismas precauciones que el primero, despues un tercero, y despues un cuarto. Luégo que estos hombres se hallaron reunidos, uno de ellos levantó el pestillo de la puerta de la empalizada, y entraron todos cuatro en el recinto donde está la barraca. Hallábanse precisamente debajo de donde se hallaba Thénardier. Evidentemente aquellos hombres habian escogido la hondonada para poder hablar sin ser vistos de los pasajeros ni del centinela que guarda el postigo de la Force á algunos pasos de distancia de aquel sitio. Es preciso

decir tambien que la lluvia tenia bloqueado en su garita á aquel centinela. No pudiendo distinguir sus semblantes, Thénardier aplicó el oído á sus palabras con la atencion desesperada de un miserable que se siente perdido.

Thénardier vió pasar ante sus ojos una cosa parecida á la esperanza; aquellos hombres hablaban argot (caló).

El primero decia en voz baja, pero distintamente:

— Chapesquemos. ¿Qué hemos de querer ya acói¹?

El segundo respondió:

— Brijinda para bedelar el llagulé del benguí. Y ademas, las arpias van á naquelar. Allí hay un perdinel que está de rendiqué. ¿Vamos á hacernos sinastrar ondoqui²?

Estas dos palabras, acói y ondoqui³, que ambas quieren decir *aquí*, y que pertenecen, la primera al argot de las barreras, y la segunda al argot del Temple, fueron otros tantos rayos de luz para Thénardier. Por el acói conoció él á Brujon, que era un vagabundo ó rondador de barreras, y por el ondoqui conoció á Babet, quien, entre todos sus oficios, contaba el de haber sido revendedor del Temple.

El antiguo argot del gran siglo no se habla ya sino en el Temple, y aún Babet era el único que le hablaba con pureza. Sin el ondoqui (*icicaille*), Thénardier no le habria conocido, porque disfrazaba completamente la voz.

Entre tanto habia intervenido el tercero:

— Nada urge todavía, esperemos un poco. ¿Quién nos dice que no necesita de nuestro auxilio?

Por estas palabras, dichas en un frances muy corriente, conoció Thénardier á Montparnasse, quien hacia consistir su elegancia y su gran tono, tocante á conversacion, en

¹ Vámonos, ¿qué hemos de hacer aquí ya?

² Llueve para apagar el fuego del diablo. Y ademas, van á pasar los agentes de policia. Allí hay un soldado que está de centinela.

³ Es que vamos á hacernos prender aquí?

⁴ En el argot frances del autor, *icigo* é *icicaille*.

comprender todos los argots y no hablar nunca ninguno de ellos.

Por lo que hace al cuarto, guardaba silencio, pero sus espaldas enormes revelaban desde luego quién era. Thénardier no vaciló un instante. Era Gueulemer.

Brujon replicó casi impetuosamente, pero siempre en voz baja:

— ¿Qué nos estás tú ahí araqueroando? El julai no habrá astisao chalar. ¡El no pincharda el curriel, arromali! Asparabar su primicha y querer cotarés el bostan desu piltra para terelar una rapela, expandar jebes en las burdás, querer machirias de jonjaina, brojañar clichies de sierpe, asparabar sus antojos, luandar su rapela bartrabé, soscabar burriñé, ustibar la compuesta, es preciso ser jiriné! ¡El puró no habrá arcilao, no jabela el curripen! ¡

Babet añadió, siempre en ese sabio argot clásico que hablaban Poulaille y Cartouche, y que es al argot atrevido, nuevo, matizado y arriesgo que usaba Brujon lo que la lengua de Racine es á la lengua de Andrés Chénier:

— Tu puró talonero habrá sido sinastro sarmuñé. Es preciso ser tualó, y él es un bicondoy. Se habrá dejado jonjabar por un besañi, tal vez por algun braco, que se le ha querao el quiribó. Aplica el cané, Montparnasse, ¿junelas esas gollis en el estardó? ¿Has dicao todos esos merrellines? ¿Arromales, le han trujipao! Aotal terela para vin dañés. Yo no abelo arasnó, no sino un gindon, esto es una buchi chanaa, pero ya no hay nastiá que querer,

1. ¿Qué es lo que tú estás ahí charlando? El mesonero no ha logrado escapar. No sabe él el oficio, ¿caramba! Rasgar en tiras su camisa y sus sábanas para hacer con ellas una cuerda, abrir agujero en las puertas, fabricar documentos falsos, confeccionar llaves falsas ó ganzúas, cortar sus grillos, suspender la cuerda por la parte de afuera, esconderse, disfrazarse.... ¡ya es menester tener malicia para hacer todo esto! El viejo no habrá podido, él no conoce esta especie de trabajo

ó de lo contrario, nos la querarán guillibar. No te norunjes, abillela con jaberés. Chalamos á tapillar juntos una menderi de mol lachó!

— No se deja así á los amigos en el peligro, refunfunó Montparnasse.

— Yo te pendablo que soscaba estardao. ¡Ocaná, el julay no valé un calé! Nosotros no arcilamos nastiá en ocoisa. Chapesquemos sarmuñé. ¡Yo panchabo que á cada momento abilla un durlin y me trujipa el murciá!

Montparnasse no oponia ya sino una débil resistencia; el hecho es que aquellos cuatro hombres, con esa fidelidad que es peculiar á los bandidos, de no abandonarse nunca entre ellos, habian rondado toda la noche al rededor de la Force, á pesar del gran peligro que corrían, con la esperanza de ver que asomara Thénardier por aquellas alturas de la cárcel. Pero la noche, que se habia puesto realmente demasiado buena para la arriesgada operacion de la fuga, siendo un continuo aguacero que dejaba todas las calles enteramente desiertas, el frio que los penetraba, sus ropas empapadas en agua, su calzado lleno de humedad, el ruido inquietante que acababa de estallar en la prision, las horas que transcurrían, las patrullas que circulaban, la esperanza que iba extinguiéndose por instantes, el miedo que los iba

1. Tu viejo posadero habrá sido atrapado al instante. Es preciso ser muy diestro para eso, y él es un aprendiz. Se habrá degado engañar por algun espía, tal vez por algun carnero, que se ha fingido su compadre. Aplica el oído, Montparnasse, ¿oyes ésos gritos en la prision? ¿Has visto todas esas luces? ¡Vaya, le han cogido! Ahora ya tiene para veinte años. Ya no sé lo que es miedo, no soy un cobarde, esto es cosa sabida, pero aquí ya no hay nada que hacer, ó de lo contrario, nos la harán bailar. No te enfades, vente con nosotros, vamos á beber una botella de buen vino.

2. Yo te digo que le han vuelto á encerrar. A estas horas el mesonero no vale un ochavo. Nada podemos nosotros ya en esto. Vámonos en seguida. A cada momento se me figura que viene un agente de policía y me agarra por el brazo.

invadiendo, todo esto los incitaba á retirarse. Hasta el mismo Montparnasse, que tal vez era algo yerno de Thénardier, cedía. Un momento más, y se habrían ya marchado. Thénardier entre tanto estaba jadeando sobre su pared como los náufragos de la *Medusa* sobre su balsa viendo desvanecerse en el horizonte el buque aparecido.

No se atrevía él á llamarlos, un grito que fuese oído podía perderlo todo. En tal situación, ocurrióle una idea, una postrera idea, una vislumbre; sacó de su bolsillo el fragmento de cuerda de Brujon que había él desatado de la chimenea del Edificio Nuevo, y le arrojó en el recinto de la empalizada.

Aquella cuerda vino á caer á los pies de ellos.

— ¡ Una rapela¹ ! dijo Babet.

— ¡ Es mi geliché² ! dijo Brujon.

— Abi está el julay, dijo Montparnasse.

Y levantaron los ojos hácia aquellas alturas. Thénardier asomó un poco la cabeza.

— ¡ Corriendo! dijo Montparnasse, ¿ tienes tú la otra punta de la cuerda, Brujon?

— Si.

— Átalas una con otra, le arrojaremos la cuerda, él la fijará en la pared, y con eso le bastará para bajar.

Thénardier se arriesgó á alzar la voz.

— ¡ Estoy helado!

— Ya te calentarás.

— ¡ No puedo moverme!

— Te dejarás deslizar, y nosotros te recibiremos.

— ¡ Tengo las manos entumidas!

— Engancha á lo ménos la cuerda á la pared.

— ¡ No podré!

¹ « Una cuerda. » *veuve*, en argot del Temple.

² « Es mi cuerda, » *tortouse*, en argot de las barreras.

— Es preciso que uno de nosotros suba, dijo Montparnasse.

— ¡ Tres pisos! replicó Brujon.

Un antiguo conducto ó canalón de yeso, que habia servido en otro tiempo á una estufa que encendian en la barraca, eulebreaba á lo largo de la pared y subia casi hasta al sitio en donde se distinguía á Thénardier. Aquel tubo, entónces ya bastante hendido y resquebrajado todo él, ha caido despues, pero aún se ven allí sus huellas. Era muy estrecho.

— Por ahí se podría subir, dijo Montparnasse.

— ¿ Por ese tubo? exclamó Babet, ¡ un gachó¹ jamas! se necesitaría un bedoro².

— Es verdad, sería menester un chinorré³, repuso Brujon.

— ¿ Y en dónde hemos de hallar ahora un chaval? añadió Gueulemer.

— Esperad, dijo Montparnasse. Yo tengo lo que es menester.

Entreabrió con mucho tiento la puerta de la emplizada, se aseguró de que nungun transeunte pasaba por la calle, salió con la mayor precaucion, volvió á cerrar la puerta tras de sí, y echó á correr á toda prisa, dirigiéndose hácia la Bastilla.

Siete ú ocho minutos transcurrieron, que fueron ocho mil siglos para Thénardier; Babet, Brujon y Gueulemer permanecieron allí sin atreverse siquiera á desapretar los dientes; por fin volvió á abrirse la puerta, y apareció Montparnasse, sofocado y haciéndose acompañar de Gavroche. La lluvia continuaba manteniendo las calles completamente desiertas.

¹ Un hombre.

² Un niño, *miou* (argot del Temple).

³ Un *mône*, niño (argot de las barreras).

El niño Gavroche entró en el recinto y miró aquellos rostros de bandidos con ademan tranquilo. El agua le chorreaba por el pelo. Gueulemer le dirigió la palabra:

— Vamos, chaval, ¿eres tú un hombre?

Gavroche se encogió de hombros y contestó:

— Un chaval como mendá es un gachó, y gachós como ostrés son chavales¹.

— ¡Arromales, y que bien luanda la chipi del chinoró²! exclamó Babet.

— El chavoró *pantinois* no está querao de banjari jorrodáa, añadió Brujon.

— ¿Qué es lo que queréis? dijo Gavroche.

Montparnasse respondió:

— Tregar por ese tubo.

— Con esta rapela³, dijo Babet.

— Y pandebrar la geliché⁴, continuó Brujon.

— En lo suco de la muré⁵, repuso Babet.

— Empersó de la felicha⁷, añadió Brujon.

— ¿Y despues? preguntó Gavroche.

— ¡Hé ahí! dijo Gueulemer.

El gamin examinó la cuerda, el tubo, la pared, la ventana, é hizo ese inexplicable y desdeñoso ruido de los labios que significa:

— ¡Y qué vale eso!

— Ahí arriba hay un hombre á quien es preciso que tú salves, añadió Montparnasse.

¹ Un chiquillo como yo es un hombre, y hombres como vosot^{os} son chiquillos.

² ¡Cáspita, y que bien le cuelga la lengua al chiq^u! o!

³ El hijo de París no está hecho de paja mojada.

⁴ Esta cuerda.

⁵ Y atar la cuerda.

⁶ E i lo alto de la pared.

⁷ Al traves de la ventana.

— ¿Quieres hacerlo? repuso Brujon.

— ¡Majadero! respondió el muchacho, como si la pregunta le pareciera inaudita; y se quitó los zapatos.

Gueulemer cogió á Gavroche por un brazo, le puso sobre el tejado de la barraca, cuyas carcomidas tablas se plegaban bajo el peso del niño, y le entregó la cuerda que Brujon habia atado en sus dos puntas durante la ausencia de Montparnasse. El gamin se dirigió hácia el tubo donde era fácil penetrar, merced á una enorme grieta que tocaba al tejado. En el momento en que iba á subir, Thénardier, que veía acercársele la salvacion y la vida, se asomó inclinándose al borde de la pared; el primer resplandor del dia blanqueaba su frente toda ella inundada de sudor, sus lívidas mejillas, su nariz afilada y arisca, su barba gris erizada, y Gavroche le conoció en seguida:

— ¡Toma! dijo, es mi padre!... Oh! no le hace.

Y cogiendo la cuerda con los dientes, empezó resueltamente la escalada.

Así llegó á la cúspide de aquella casucha, montó sobre la vieja pared como sobre un caballo, y ató sólidamente la cuerda al travesaño superior de la ventana.

Á los pocos instantes, Thénardier se hallaba en la calle.

Desde el momento en que hubo tocado el empedrado con sus piés, desde que se vió fuera de peligro, ya no se sentia cansado, ni helado, ni tembloroso; aquellas cosas terribles de las cuales acababa de salir se desvanecieron como el humo, toda aquella extraña y feroz inteligencia despertó en él, y se encontró de pié y libre, pronta á marchar de nuevo hácia adelante. Hé aquí cuál fué la primera palabra de aquel hombre:

— ¿Y ahora, á quién nos vamos á comer?

Inútil es explicar el sentido de esta palabra, de horrosa transparencia, que significa á la vez, asesinar y desbaliar. *Comer*, en su sentido real y genuino. *devorar*.

— Estrechemos ahora bien, dijo Brujon. Acabemos en dos palabras, y en seguida nos separaremos. Había un negocio, que tenía muy buenas trazas, en la calle de Plumet, una calle desierta, una casa aislada, una reja vetusta y podrida que da á un jardín, mujeres solas.

— Y bien! ¿por qué no? preguntó Thénardier.

— Tu chavori! Eponina ha ido á ver aquello, respondió Babel.

— Y ha traído un bizcocho² á Magnon, añadió Guenlemer. Nada hay que querelar allí³.

— La chavori no es diuilli⁴, dijo Thénardier. Sin embargo, será conveniente ver lo que es eso.

— Sí, sí, dijo Brujon, bueno será informarse y verlo.

Entre tanto, ninguno de aquellos hombres se ocupaba ya de ver siquiera dónde se hallaba Gavroche, quien durante este coloquio, se había sentado sobre uno de los guardacantones de la empalizada, donde esperó algunos instantes tal vez á que su padre se volviese hácia él; después volvió á ponerse los zapatos, y dijo:

— ¿Concluyó esto ya? ¿no necesitan más de mí los hombres? ya estáis fuera del apuro. Me voy. Es preciso que vaya á levantar á mis chinorós.

Y se marchó.

También los cinco hombres salieron uno tras otro de la empalizada.

Luégo que Gavroche hubo desaparecido, dando vuelta por la calle de los Ballets, Babel llamó aparte á Thénardier.

— ¿Has mirado á ese chaval? le preguntó.

¹ Tu hija.

² Traer bizcocho, en el lenguaje de los bandidos de París, quiere decir que no hay nada que hacer, según se ha explicado ya antes.

³ Nada hay que hacer allí.

⁴ Tonta.

— ¿Qué chaval?

— El que ha trepado á la pared y te ha llevado la cuerda.

— No he reparado mucho en él.

— Pues bien, yo no sé, pero se me figura que es tu hijo.

— ¡Vaya! dijo Thénardier, ¿te ha parecido?



LIBRO SÉPTIMO

EL ARGOT

EL ORIGEN

*Pigricia*¹ es una palabra terrible.
Ella engendra un mundo, *la pègre*², es decir el robo, y
un infierno, *la pègrene*³, es decir el hambre.

Así, pues, la pereza es madre.
Esta madre tiene un hijo, el robo, y una hija, el hambre.
¿Dónde estamos en este momento? En el argot.
¿Qué cosa es el argot? Es á la vez la nación y el

¹ Voz latina, « pereza. »

² Argot, ó caló frances.

³ Argot.

idioma; es el robo bajo sus dos especies: pueblo y lengua.

Cuando, hace treinta y cuatro años, el narrador de esta grave y sombría historia introducía en una obra estricta con el mismo fin que esta¹ un ladrón hablando argot, hubo grande sorpresa y clamor. — ¡Qué! ¡cómo! ¡el argot! Pero si el argot es horrible! ¡pero si esa es la lengua de la chusma, de los presidios, de las cárceles, de todo lo más abominable que hay en la sociedad! etc., etc., etc.

Nosotros no hemos comprendido jamás este género de objeciones.

Más adelante, dos grandes novelistas, uno de los cuales es un profundo observador del corazón humano, y el otro un intrépido amigo del pueblo, Balzac y Eugenio Süe, hicieron también hablar á unos bandidos en su lengua natural, como lo había hecho en 1828 el autor de *El último día de un reo*, y se elevaron contra ellos las mismas reclamaciones, repitiéndose: — ¿Pero adónde van á parar los escritores con esa jerga repugnante? ¡El argot es odioso! ¡el argot hace temblar y estremecer!

¿Quién lo niega? Sin duda.

Cuando se trata de sondar una herida, un abismo ó una sociedad, ¿de cuándo acá es una falta el ahondar y descender demasiado adelante, y el ir hasta el fondo? Nosotros habíamos pensado siempre que este era un acto de valor, ó cuando ménos, una acción sencilla y útil, digna de la atención simpática que merece el deber aceptado y cumplido. No explorarlo todo, no estudiarlo todo, detenerse en el camino, ¿por qué? Detenerse es el hecho de la sonda y no del que la emplea.

En verdad que, ir á buscar en las capas bajas del orden social, allí donde la tierra acaba y principia el cieno, escudriñar en esas olas espesas, perseguir, coger

¹ *El último día de un reo*.

y lanzar palpitante al suelo ese idioma abyecto que está chorreando fango sacado así á luz, ese vocabulario pustuloso cuyas palabras parecen cada una un anillo innundo de un monstruo del légamo y de las tinieblas, ni es una empresa atractiva, ni tampoco una empresa fácil. Nada más lúgubre que el contemplar así al desnudo, á la luz del pensamiento, el espantoso hormigueo del argot. Parece, en efecto, que sea una especie de animal horrendo que vive en la noche, y al cual se acaba de arrancar de su cloaca. Creeríase ver una horrible maleza, viva y áspera, que se estremece, se mueve, se agita, reclama otra vez la sombra, amenaza y mira. Tal palabra se asemeja á una garra, tal otra á un ojo apagado y sangriento; tal frase parece remover como unas pinzas de cangrejo. Todo esto vive de esa repugnante vitalidad de las cosas que se han organizado en el seno de la desorganización.

Ahora bien, ¿de cuándo acá el horror excluye el estudio? ¿de cuándo acá la enfermedad expulsa al médico? Créese por ventura que haría bien un naturalista que se negase á estudiar la víbora, el murciélago, el escorpión, la escolopendra, la tarántula, y que los relegase á sus tinieblas diciendo: ¡Oh! qué feo y qué asqueroso es todo eso! El pensador que se alejara del argot se parecería á un cirujano que se alejara de una úlcera ó de una verruga. Sería un filólogo vacilando en examinar un hecho de la lengua, un filósofo vacilando en escudriñar un hecho de la humanidad. Pues, es preciso decirlo á los que lo ignoran, el argot es á la vez un fenómeno literario y un resultado social. ¿Qué cosa es el argot propiamente dicho? El argot es la lengua de la miseria.

Aquí podrán detenernos; podrán generalizar el hecho, lo que á veces es una manera de atenuarle; podrán decirnos que todos los oficios, todas las profesiones, y aún casi podría añadirse que todos los accidentes de la jerar-

quía social y todas las formas de la inteligencia, tienen su argot. El mercader que dice : *Mompeller disponible, Marsella buena calidad*, el agente de cambio que dice : *report, prima fin corriente*, el jagador que dice : *envido el resto, doy mate ahogado, le daré capote*, el ujier de las islas normandas que dice : *el enfeudador á quien se retiene su fondo no puede reclamar los frutos de este fondo durante el embargo hereditario de los inmuebles del renunciador*, el vaudevillista que dice : *han divertido al oso*¹, el cómico que dice : *he estado de huelga*, el filósofo que dice : *triplicidad fenomenal*, el cazador que dice : *á echar un ojeo, la pieza va dada*, el frenólogo que dice : *amatividad, combatividad, secretividad*, el soldado de infantería que dice : *mi clarinete*, el de caballería que dice : *mi pollo de Indias*, el maestro de esgrima que dice : *tercera, cuarta, romped*, el impresor que dice : *aquí está un pliego de capilla*, todos, impresor, maestro de esgrima, soldado de caballería y de infantería, frenólogo, cazador, filósofo, cómico, vaudevillista, ujier, jagador, agente de cambio y mercader, hablan argot. El pintor que dice : *mi gatuelo*², el notario que dice : *mi salta-arroyos*, el peluquero que dice : *mi dependiente*, el zapatero de viejo que dice : *mi ramplon*, todos hablan argot. En rigor, y si se quiere absolutamente, todos estos diversos modos de decir la derecha y la izquierda, el marinero, *abor y estribor*, el maquinista, *lado-patio y lado-jardin*, el perliguero, *lado de la Epístola y lado del Evangelio*, son también argot. Hay el argot de las remilgadas como hay el argot de las *preciosas*. El hôtel de Rambouillet confinaba algo con la Cour des Miracles. Hay el argot de las duquesas, como por ejemplo esta

¹ Han silbado la pieza.

² Mor rapin

frase escrita en una carta amorosa por una muy elevada señora y bellísima mujer de la restauración. « En esas chispas hallará usted baribustres razones para que yo me listrabe¹. » Las cifras diplomáticas son igualmente argot; la chancillería pontificia, cuando dice 26 en lugar de *Roma*, *grkzntgzyal* en lugar de *envío* y *abfzstgrno-grkzu tu XI* por *duque de Módena*, habla argot. Los médicos de la edad media que, para decir zanahoria, rábano y nabo, decían : *opoponach, persroschinum, reptitalmus, dracatholicum angelorum, postmegorum*, hablaban argot. El fabricante de azúcar que dice : — *Vergeoise, tête, clairce, tape, lumps, mēlis, bātarde, commun, brulé, plaque*; — este honrado manufacturero habla su argot. Cierta escuela crítica de hace veinte años que decía : — *La mitad de Shakspeare se reduce á juegos de palabras y retruécanos*, — hablaba argot. El poeta y el artista que, con un sentido profundo, calificó en al señor de Montmorency de « un bourgeois », si no es entendido en versos y en estatuas, hablan argot. El clásico académico que llama á las flores *Flora*, á los frutos *Pomona*, al mar *Neptuno*, al amor *los fuegos*, á la belleza *los encantos*, á un caballo *un corcel*, á la escarapela blanca ó tricolor *la rosa de Belona*, al sombrero tricorno *el triángulo de Marte*, ese académico clásico, decimos, habla argot. El álgebra, la medicina, la botánica, tienen su argot. La lengua que se emplea á bordo, esa admirable lengua del mar, tan completa, y tan pintoresca, que hablaron Juan Bart, Duquesne, Suffren y Duperré, que se mezcla con el silbido de las jarcias, con el ruido de las bocinas, con el choque de las hachas de abordaje, con el balance y vaiven de las naves, con el viento, con las

¹ En esos chismes hallará usted una multitud de razones para que yo recobre mi lista.

ráfagas, con el cañon, es todo un argot heroico y brillante, el cual es al feroz de la *pègre* lo que el leon es al chacal.

Sin duda. Pero, digase lo que se quiera, este modo de comprender la palabra argot es una extension, que ni todo el mundo admitirá tampoco. Por lo que hace á nosotros, conservaremos á esta palabra su antigua y precisa acepcion, circunscrita y determinada, y limitaremos el argot al argot. El verdadero argot, el argot por excelencia, si es que estas dos palabras pueden ir juntas, el inmemorial argot que era un reino, no es otra cosa, lo repetimos, que la lengua fea, inquieta, solapada, traidora, venenosa, cruel, opaca, vil, profunda, fatal, de la miseria. En la extremidad de todos los abatimientos y de todos los infortunios, háy una postrer miseria que se subleva y que se decide á entrar en lucha contra el conjunto de los hechos felices y de los derechos reinantes; lucha terrible, en la cual, ora astuta, ora violenta, malsana y feroz á la vez, ataca al órden social á alfilerazos por el vicio, y á mazadas por el crimen. Para las necesidades de esta lucha, la miseria ha inventado una lengua de combate que es el argot.

Hacer que se brenade y que se sostenga encima del olvido, encima del abismo, aunque no sea más que un fragmento de una lengua cualquiera que el hombre ha hablado y que se perdería, es decir, uno de los elementos, buenos ó malos, de que se compone ó con que se complica la civilizacion; es multiplicar los datos de la observacion social; es servir á la misma civilizacion. Este servicio, Plauto también le prestó, con designio ó sin él, haciendo hablar en fenicio á dos soldados cartagineses: este servicio, también le prestó Molière, haciendo hablar el levantino y toda especie de dialectos ó patuás á tantos de sus personajes. Aquí se reaniman las objeciones: el fenicio, sea en buen-

hora! el levantino, perfectamente! áun el patuas, pase! todas estas son lenguas que han pertenecido á ciertas naciones ó á ciertas provincias; ¿pero el argot? ¿y para qué conservar el argot? ¿por qué hacer que el argot «sobrenade?»

Á esto no responderemos sino una palabra. Ciertamente, si la lengua que ha hablado una nacion ó una provincia es digna de interes, hay una cosa más digna aún de atención y de estudio, tal es la lengua que ha hablado una miseria.

La lengua que ha hablado en Francia, por ejemplo desde hace más de cuatro siglos, no sólo una miseria, sino la miseria, todo la miseria humana posible.

Y ademas, insistimos en esto, estudiar las deformidades y las enfermedades sociales y señalarlas para curarlas, no es una tarea en la cual sea permitida la eleccion. El historiador de las costumbres y de las ideas no tiene una mision ménos austera que el historiador de los acontecimientos. Este tiene la superficie de la civilizacion, los hechos de las coronas, los nacimientos de los príncipes, los casamientos de reyes, las batallas, las cuchilladas, las asambleas, los grandes hombres públicos, las revoluciones al sol, todo el exterior; el otro historiador tiene á su cargo el interior, el fondo, el pueblo que trabaja, que sufre y que espera, la mujer abatida, el niño que agoniza, las guerras sordas de hombre á hombre, las ferocidades oscuras, las preocupaciones, las iniquidades convenidas, las repercusiones subterráneas de la ley, las secretas evoluciones de las almas, los estremecimientos indistintos de la muchedumbre, los descalzos, los desnudos, los hambrientos, los desheredados, los huérfanos, los desgraciados y los infames, todas las larvas que vagan errantes en la oscuridad. Es menester que él descienda, con el corazon lleno de caridad y de severidad á la vez, como un

hermano y como un juez, hasta á esas casasmatas impenetrables donde en deplorable confusion se arrastran los que hieren y los mutilados, los que lloran y los que maldicen, los que ayunan y los que devoran, los que sufren el mal y los que le hacen. Esos historiadores de los corazones y de las almas, ¿tienen por ventura menores deberes que los historiadores de los hechos externos? ¿Créese que Alighieri tenga ménos cosas que decir que Maquiavelo? La parte baja de la civilizacion, por ser más profunda y más sombría, ¿es acaso ménos importante que la parte alta? ¿Es posible conocer bien la montaña, cuando no se conoce la caverna?

Por lo demas, digámoslo de paso, de algunas palabras de lo que precede se podria inferir entré las dos clases de historiadores una separacion marcada que no existe en nuestro espíritu. Nadie es buen historiador de la vida patente, visible, pública y manifiesta de los pueblos, si al mismo tiempo no es, hasta cierto punto, historiador de su vida profunda y oculta, y nadie es buen historiador de la sociedad interna, si no sabe ser, cuantas veces fuere necesario, historiador de la sociedad externa. La historia de las costumbres y de las ideas penetra en la historia de los acontecimientos, y reciprocamente. Son dos órdenes de hechos diversos que se corresponden, que se encadenan siempre y á menudo se engendran. Todos los lineamientos que la Providencia traza en la superficie de una nacion tienen sus paralelos sombríos, pero distintos, en el fondo, y todas las convulsiones del fondo producen levantamientos en la superficie. Como la verdadera historia se mezcla en todo, el historiador se ocupa de todo tambien.

El hombre no es un círculo con un solo centro; es una elipse con dos focos. Los hechos son el uno, y el otro las ideas.

El argot no es otra cosa que un vestuario en el cual la lengua, teniendo que ejecutar alguna mala accion, se disfraza. Allí va ella y se reviste de palabras con careta y de metáforas en andrajos.

De esta manera llega á hacerse horrible.

Cuesta trabajo el conocerla. ¿Es en efecto la lengua francesa, esta lengua vigorosa y grande? Vedla ahí pronta á entrar en escena y á dar al crimen la réplica, y apta para todos los empleos del repertorio del mal. Ya no anda ella, sino que se arrastra penosamente, cojeando sobre la muleta de la Cour des Miracles, muleta metamorfoseable en maza; llámase truhanería; todos los espectros, sus camareros, la han disfrazado; va arrastrándose é irguiéndose al mismo tiempo, doble actitud del reptil. En adelante, ya es ella apta para todos los papeles, hecha opaca por el falsario, verde-gris por el envenenador, ennegrecida de hollin por el incendiario, y el asesino la comunica el color rojo.

Quando se escucha, por parte de las gentes honradas, á la puerta de la sociedad, se sorprende el diálogo de los que están fuera. Distinguense preguntas y respuestas. Percibese, sin comprenderlo, un murmullo horroroso, que suena casi como el acento humano, pero más semejante al aullido que á la palabra. Es el argot. Sus voces son disformes, y marcadas con una especie de bestialidad fantástica. Creeríase oír hablar á las hidras.

Es lo ininteligible en lo tenebroso. Una cosa que rechina y cuchichea al mismo tiempo, completando el crepúsculo por el enigma. Reina la oscuridad en la desgracia, y mayor oscuridad aún en el crimen; estas dos oscuridades reunidas y amalgamadas componen el argot. Oscuridad en la atmósfera, oscuridad en los actos, oscuridad en las voces. Espantosa lengua de sapo que va, viene, salta, se arrastra, babea, y se mueve monstruosamente en esa

inmensa bruma gris formada de lluvia, de noche, de hambre, de vicio, de mentira, de injusticia, de desnudez, de asfixia y de invierno, que es el verdadero mediodía de los miserables.

Tengamos compasión de los castigados. ¡ Ah ! ¿ qué es lo que somos nosotros mismos ? ¿ qué soy yo, que os estoy hablando ? ¿ qué sois vosotros, los que me escucháis ? ¿ de dónde venimos ? ¿ y es bien seguro que no hayamos hecho nada antes de haber nacido ? La tierra no carece de semejanza con una prisión. ¿ Quién sabe si el hombre no es un condenado de la justicia divina ?

Observad la vida de cerca, y notaréis que está hecha de modo que por todas partes se siente el castigo.

¿ Sois por ventura lo que se llama una persona feliz ? Pues bien, estáis triste á cada momento. Cada día tiene su grande pena ó su pequeño disgusto. Ayer, temblabais por una salud que os es cara, hoy teméis por la vuestra ; mañana será una inquietud de dinero, pasado mañana la diatriba de un calumniador, otro día la desgracia de un amigo ; después el tiempo que hace, en seguida algo que se rompe ó que se pierde, otra vez un placer que la conciencia y la columna vertebral os reprochan, y por último, también la marcha de los negocios públicos. Todo esto sin contar las penas del corazón. Y así sucesivamente. Una nube se disipa, otra se forma. Apenas un día sobre ciento de plena alegría y de pleno sol. ¡ Y sois sin embargo de ese corto número que se considera feliz ! Por lo que hace á los demás hombres, una noche permanente pesa sobre ellos.

Los espíritus reflexivos suelen emplear poco esta locución : los felices y los infelices. En este mundo, vestíbulo de otro evidentemente, no hay felicidad.

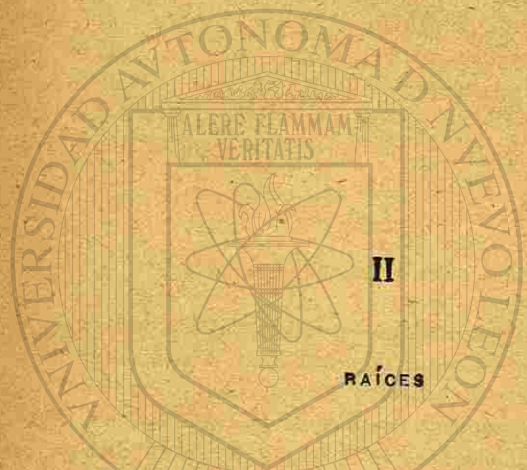
La verdadera división humana es esta : los luminosos y los tenebrosos.

Disminuir el número de los tenebrosos, aumentar el

número de los luminosos, hé aquí el objeto. Por eso nosotros clamamos enseñanza ! ¡ ciencia ! enseñar á leer, es encender la luz ; toda sílaba deletreada brilla y chispea.

Por lo demás, quien dice luz, no dice necesariamente alegría. También en la luz se sufre ; el exceso quema. La llama es enemiga del ala. Arder sin cesar de volar, tal es el prodigio del genio.

Cuando tuviereis ciencia, y cuando tuviereis amor, sufriréis aún. La luz nace entre lágrimas. Los luminosos lloran, aunque sólo sea sobre los tenebrosos.



El argo es la lengua de los tenebrosos.

El pensamiento se halla conmovido en sus profundidades más sombrías, la filosofía social se ve solicitada á sus más punzantes meditaciones, en presencia de ese enigmático dialecto condenado y rebelado á la vez. Aquí es donde existe un castigo visible. Cada sílaba ofrece bien marcadas las huellas de este castigo. Las palabras de la lengua vulgar aparecen allí como fruncidas, encogidas y endurecidas bajo el hierro enrojecido del verdugo. Algunas de ellas parece que aún están arrojando humo. Tal frase os produce el efecto del hombro flordelisado de un ladrón bruscamente puesto al desnudo. Casi rehusa la idea el dejarse expresar por esos sustantivos de justicia. Á veces la metáfora es tan descarada, que se conoce que ha estado en la argolla ó en la picota.

Por lo demas, á pesar de todo esto, y aún á causa de todo esto, ese extraño dialecto, ese patuá, tiene derecho á su compartimiento en el grande estante imparcial donde hay lugar para el triste ochavo oxidado y herrumbroso como para la espléndida medalla de oro, y que se llama la literatura. Consíéntanlo ó no, el argot tiene su sintáxis y su poesía. Es una lengua. Si en la deformidad de ciertos vocablos, se reconoce que ha sido mascullada por Mandrin, en el esplendor de ciertas metonimias se advierte que Villon la ha hablado.

Este verso tan exquisito y tan célebre

Mais où sont les neiges d'antan ?

es un verso de argot. *Antan* — *ante annum* — es una palabra del argot de Thunes que significa *el año pasado*, y por extension, *en otro tiempo*. Aún se podía leer, hace treinta y cinco años, en la época de la gran cadena, ó cuerda de presidiarios, de 1827, en uno de los calabozos de Bicêtre, esta máxima grabada con un clavo en la pared por un rey de Thunes condenado á galeras: *Les dabs d'antan trimaient* siempre *pour la pierre du Coësre*. Lo cual quiere decir: *Los reyes de antaño iban siempre á hacerse consagrar*. En el pensamiento de aquel rey, la consagración era el presidio.

La palabra *décarade*, que expresa el acto de salir al galope un carruaje pesado, se atribuye á Villon, y en efecto es digna de él. Esta palabra, que echa chispas por todos sus cuatro costados, resume en una onomatopeya magistral todo este admirable verso de La Fontaine:

Six forts chevaux tiraient un coche ?

1 ¿ Pero dónde están las nieves de antaño ?

2 Seis grandes caballos tiraban de un coche.

Bajo el punto de vista puramente literario, pocos estudios serian más curiosos y más fecundos que el del argot. Es toda una lengua en la lengua, una especie de excrescencia enfermiza, un íngerto malsano que ha producido una vegetación, un parásito que tiene sus raíces en el viejo tronco galo, y cuyo siniestro follaje se arrastra sobre todo un lado de la lengua. Esto es lo que pudiera llamarse el primer aspecto, el aspecto vulgar del argot. Mas para los que estudian la lengua como se la debe estudiar, es decir, como los geólogos estudian la tierra, el argot aparece como un verdadero aluvión. Según que se profundiza en él más ó ménos adentro, se encuentra en el argot, debajo del francés antiguo y popular, el provenzal, el español, el italiano, el levantino, esa lengua de los puertos del Mediterráneo que llaman en el Oriente «lingua franca», y que, con un fondo latino, participa de todas las demas, incluso la lengua alemana y la inglesa, el romance en todas sus variedades, romance francés, romance español, romance italiano y romance romano, el latín, y por último, el vasco, ó vascuence, y el celta. Formación profunda y rara. Edificio subterráneo construido en común por todos los miserables. Cada raza maldita ha depositado en ella su capa ó su contingente, cada sufrimiento ha dejado caer su piedra, cada corazón ha dado su guijarro. Una multitud de malas almas, bajas ó irritadas, que han atravesado la vida y han ido á desvanecerse en la eternidad, se hallan ahí casi enteras, y en cierto modo visibles aún bajo la forma de una palabra monstruosa.

Si se quiere español, el viejo y gótico argot abunda de él considerablemente. Hé aquí *bofette*, que el argot francés ha tomado de la palabra española *bofetón*; *vantane* (que más adelante se llamó *vanterne*), y que viene de *ventana*; *gat*, que viene de *gato*; *acite* que viene de *aceite*; conservando todas esas palabras, y otras muchas, en el

argot, la misma significación que sus equivalentes matrices tienen en castellano. ¿Se quiere italiano? Hé aquí *spade*, espada, que viene de *spada*; *carvel*, barca, que viene de *caravella*. ¿Se quiere inglés? Aquí está *bichot*, obispo, que viene de *bishop*; *raille*, espía, que viene de *rascal*, *rascation*, bribón; *pilche*, estuche, que viene de *pilcher*, funda, forro. ¿Se quiere alemán? Hé aquí el *caleur*, el mozo, *kellner*; el *hers*, el señor, *herzog* (duque). ¿Se quiere latín? Aquí está *frangir*, quebrar ó romper, *frangere* en latín; *affurer*, robar, de *fur* (ladron en latín); *cadène*, cadena, de *cátena*; hay una palabra que reaparece en todas las lenguas del continente con una especie de potestad y de autoridad misteriosas, tal es la voz *magnum*; la Escocia ha hecho de ella su *mac* que designa el jefe del clan, ó tribu, *Mac-Farlane*, *Mac-Callummore*, el gran *Farlane*, el gran *Callummore*¹; el argot hace de ella el *meck*, y más adelante el *meg*, es decir, Dios. ¿Se quiere vasco? Hé aquí *gahisto*, el diablo, que viene de *gaiztao*, malo; *sorgabon*, buena noche, que viene de *gabon*, buena tarde. ¿Se quiere celta? Hé aquí *blavin*, pañuelo, que viene de *blavet*, surtidor de agua; *ménesse*, mujer (en mal sentido), que viene de *meinec*, lleno de piedras; *barant*, arroyo, de *baranton* fuente; *goffeur*, cerrajero, de *goff*, herrero; la *quedouze*, la muerte, que viene de *quennou*, blanqui-negra. ¿Se quiere, en fin, historia? El argot llama á los sueldos *los maltésés*, en memoria de la moneda que circulaba en las galeras de Malta.

Además de los orígenes filológicos que se acaban de indicar, el argot tiene otras raíces más naturales aún, y que emanan por decirlo así del espíritu mismo del hombre.

En primer lugar, la creación directa de las palabras. En esto consiste el misterio de las lenguas. Pintar por

¹ Es de notar sin embargo que *mac* en celta quiere decir hijo

medio de palabras que tienen, no se sabe cómo ni por qué, ciertas figuras. Este es el fondo primitivo de todo lenguaje humano, lo que pudiera llamarse su granito. En el argot pululan las palabras de este género, palabras inmediatas, creadas enteramente no se sabe dónde ni por quién, sin etimologías, sin analogías, sin derivados, palabras solitarias, bárbaras, á veces horribles, que tienen un singular poder ó vigor de expresión y que viven. — El verdugo, el *taule*¹; — la selva, el *sabri*; — el miedo y la fuga, *taf*; — el lacayo, el *larbin*; — el general, el prefecto, el ministro, *pharos*; — el diablo, el *rabouin*. Nada más extraño que estas palabras que disfrazan y que muestran á la vez el objeto que representan. Algunas de ellas, como por ejemplo el *rabouin*, son al mismo tiempo grotescas y terribles, y nos producen el efecto de un gesto ciclópico. En segundo lugar, la metáfora. Es propio de una lengua que quiere decirlo todo y ocultarlo al mismo tiempo, el abundar en figuras. La metáfora es un enigma en el cual se refugia el ladrón que trama un golpe de mano, el prisionero que maquina una evasión. No hay idioma ninguno más metafórico que el argot, — *dévisser le coco*, torcer el cuello; — *tortiller*, comer; — ser *gerbé*, ser juzgado; — un *rat*, un ladrón de pan; *il lanquisne*, está lloviendo, antigua y sorprendente figura, que lleva en cierto modo su fecha consigo, que asimila las largas líneas oblicuas de la lluvia á las pieas espesas é inclinadas de los lansquenets, y que encierra en una sola palabra la meto-

¹ En caló, el verdugo es el *buchi*; pero damos esta y las palabras que siguen, no en caló, sino en el argot francés, porque este es precisamente el dialecto que el autor analiza en el presente capítulo. Por lo demás, la germanía española ó el caló es un dialecto mucho más rico y variado que el argot, tal vez en la misma proporción en que la lengua castellana es más rica, variada, sonora y maestuosa que la lengua francesa (N. del T.)

nimia popular: *Ilueven alabardas*. Á veces, á medida que el argot va de la primera época á la segunda, pasan algunas de sus palabras del estado salvaje y primitivo al sentido metafórico. Entónces deja el diablo de ser el *rabouin*, y se transforma en el *boulangier* (el panadero), es decir, el que mete el pan en el horno. Es más ingenioso, pero ménos grande¹; algo como Racine despues de Corneille, como Eurípides despues de Esquiles. Ciertas frases de argot que participan de las dos épocas y tienen á la vez el carácter bárbaro y el carácter metafórico, parecen verdaderas fantasmagorías. — *Les sorqueurs vont sollicier des gails á la lune* (los andorreros van á robar caballos por la noche). — Todo esto pasa ante el espíritu como un grupo de espectros. No se sabe lo que se ve.

En tercer lugar, el expediente. El argot vive sobre la lengua. Usa de ella á su antojo y conveniencia, la emplea á la ventura, y con frecuencia se limita, cuando la necesidad surge y apremia, á desnaturalizarla sumaria y groseramente. Á veces, con las palabras usuales así deformadas ó corrompidas, y complicadas con otras palabras de argot puro, compone ciertas locuciones pintorescas en las cuales se distingue la mezcla de los dos elementos anteriores, la creación directa y la metáfora: — *le cab jaspine, je marronne que la roulotte de Pantin trime dans le sabri*, « el perro ladra, sospecho que la diligencia de París pasa por el bosque. » — *Le dab est sinve, la dabuge est merlousière, la fee est batíve*, « el amo es tonto, el ama es astuta, la hija es bonita. » Lo más común es que, á fin de desorientar á los que escuchan, el argot se limita á añadir in-

¹ Esta palabra, *rabouin*, que tan grande encuentra Victor Hugo, aplicada al diablo, quiere decir buenamente *rabudo*, y viene del español *raño*, en opinión de M. Francisque-Michel, en sus *Estudios de filología comparada sobre el argot y sobre los idiomas análogos en Europa y en Asia*. (N. del T.)

distintamente á todas las palabras de la lengua una especie de cola ó apéndice innoble, una terminacion en aille, en orgu¹, en iergue, ó en uche. Así por ejemplo: *Vouziergue trouvaillé bonorgue ce gigotmuche?* « ¿Halla usted buena esa pierna de carnero? » Frase dirigida por Cartouche á un portero de la cárcel, con el objeto de saber si la suma ofrecida por la evasión le convenia. — La terminacion en *mar* ha sido añadida muy recientemente.

Siendo el argot el idioma de la corrupcion, se corrompe pronto. Además, como él procura siempre ocultarse, tan pronto como se siente comprendido se transforma. Al revés de cualquiera otra vegetacion, todo rayo de luz mata lo que él toca. Así que el argot va descomponiéndose y recomponiéndose sin cesar; trabajo oscuro y rápido que no se detiene jamas. Anda él más camino en diez años que la lengua en diez siglos. Así el *larton*¹ se convierte en el *lartif*; el *gail*² se transforma en *gaye*; la *fertanche*³ en el *fertille*; el *momignard*⁴ en *momacque*; los *figues*⁵ en *frusques*; la *chique*⁶ en *égrugeoir*; el *colabre*⁷ en *colas*. El diablo es primero *gahisto*, despues *rabouin*, y por último el *bou-langer*; el sacerdote es el *ratichon*, y despues el *sanglier*; el puñal es el *veintidos*, despues el *surin*, y por fin el *lingre*; los agentes de policia son primero *railles*, despues *roussins*, más adelante *rousses*, y luego sucesivamente *marchants de lacets*, *coqueurs*, *cognes*; el verdugo es el *Taule*, despues *Charlot*, más adelante *atigeur*, y por último el *becquillard*. En el siglo diez y siete, *batirse*, era

¹ Pan.
² Caballo.
³ Paja.
⁴ Niño.
⁵ Ropas.
⁶ La iglesia.
⁷ El cuello.

se donner du tabac; en el diez y nueve, es *se chiquer la gueule*. Veinte locuciones diversas han pasado entre estos dos extremos. *Cartouche* hablaría hebreo para *Lacenaire*. Todas las palabras de esta lengua se hallan perpetuamente en fuga, como los hombres que las pronuncian.

Sin embargo, de vez en cuando, y á causa de este mismo novimiento, el antiguo argot reaparece y se presenta como rejuvenecido. Tiene sus capitales, donde se mantiene puro. El Temple conservaba el argot del siglo diez y siete; *Bicêtre*, cuando era una prision, conservaba el argot de *Thunes*; haciéndose oír allí la terminacion en *anche* de los antiguos *thuneurs*, *Boyanches-tu?* (¿bebes tu?) *il croyanche* (él cree). Mas no por eso deja de ser su ley normal el movimiento perpétuo.

Si el filósofo logra fijar un momento, á fin de observarla, esta lengua que sin cesar se evapora, en seguida cae él en dolorosas y útiles meditaciones. Ningun estudio es más eficaz ni más fecundo en enseñanzas. No hay una sola metáfora, ni una etimología del argot que no contenga una leccion. — Entre esos hombres *apalear* quiere decir *fangir*; se *apalea* una enfermedad, es decir, se la aparenta, ó se la finge; el *ardid* constituye su fuerza.

Para ellos la idea del hombre no se separa de la idea de la sombra. La noche se llama la *sorgue*; el hombre *l'orgue*. El hombre es un derivado de la noche.

Se han acostumbrado á considerar á la sociedad como una atmósfera que los mata, como una fuerza fatal, y hablan de su libertad como hablarían de su salud. Un hombre encarcelado es un *enfermo* (*un malade*); un hombre condenado, es decir, un *reo*, es un *muerto* (*un mort*).

Lo más terrible para el preso en las cuatro paredes de piedra que le sepultan es una especie de castidad glacial; al calabozo le llaman el *castus*. — En aquella fúnebre man-

sion, la vida exterior aparece siempre bajo su aspecto más risueño. El preso lleva grillos en los pies; ¿ creéis acaso que él piensa que los pies sirven para andar? no, sólo piensa que sirven para bailar; así que cuando consigue aserrar sus hierros, su primera idea es que ahora ya puede bailar, y llamar á la sierra un *bastringue*¹. — Un nombre es un centro; profunda asimilacion. El bandido tiene dos cabezas, una que razona sus acciones y le conduce y le guía durante toda su vida, y otra que lleva sobre sus hombros el dia de su muerte; á la cabeza que le aconseja el crimen la llama él la *soi bonne*², y á la cabeza que le expía, la *tronche*³. — Cuando un hombre no tiene ya más que andrajos sobre el cuerpo y vicios en el corazon, cuando ha llegado á esa doble degradacion material y moral que caracteriza en sus dos acepciones la palabra *gueux*⁴, se halla á punto para el crimen; es como un cuchillo bien afilado; tiene dos cortes ó filos, su miseria y su maldad; por eso el argot no dice un miserable, un *gueux*; sino que dice un *requise*⁵. — ¿ Qué cosa es el presidio? una hoguera de condenacion, un infierno. El galeote se llama un *fagot*⁶. — Por último, ¿ qué nombre dan los malhechores á la cárcel? el *colegio*. Todo un sistema penitenciario podria fundarse sobre esta palabra.

¿ Se quiere saber dónde han germinado la mayor parte de las canciones de presidio, esos refranes llamados en el vocabulario especial las *lir lonfa*? Óigase esto que voy á decir:

Habia en el Châtelet de París una gran cueva larga. Esta cueva se hallaba á ocho piés verticales bajo el nivel del Sena.

¹ En el francés ordinario, *bastringue* significa una especie de balle de candil.

² La sorbona.

³ La troza.

⁴ Mendigo, miserable.

⁵ Reaguzado ó realfilado.

⁶ Un manojo de leña, sarmiento.

No tenía ventanas ni respiraderos, su única abertura era la puerta. los hombres podian entrar allí, el aire no. Aquella cueva tenia por techumbre una bóveda de piedra y por piso diez pulgadas de lodo. En otros tiempos habia estado enlosada; pero bajo el rezumo de las aguas, las baldosas se habian podrido y hecho pedazos. Á ocho piés sobre el suelo, una larga viga maciza atravesaba aquel subterráneo de parte á parte; de aquella viga colgaban, de trecho entrecicho, unas cadenas de tres piés de largo, y en la extremidad de estas cadenas habia grandes argollas. En aquella cueva encerraban á los hombres condenados á galeras hasta el dia de su salida para Tolon. Los empujaban bajo aquella viga donde cada cual tenia su cadena oscilando en las tinieblas, que le estaba esperando. Las cadenas, aquellos brazos colgando, y las argollas, aquellas manos abiertas, asian á los miserables por el cuello. Se los sujetaba remachándolos bien, y así los dejaban allí. Como la cadena era demasiado corta, no podian acostarse. Permanecian pues inmóviles en aquella cueva, en aquella noche, bajo aquella viga, casi colgados, obligados á hacer esfuerzos mauditos para alcanzar al pan ó al cántaro, con la bóveda sobre la cabeza, el lodo hasta los tobillos, sus excrementos chorreando por las piernas, descuartizados de fatiga, doblándose por las caderas y por las rodillas, colgándose por las manos de la cadena para descansar, no pudiendo dormir sino de piés y despertando á cada instante sofocados por la estrangulacion de la argolla; algunos no despertaban jamas. Para comer, hacian subir con el pié á lo largo de sus piernas, hasta llegar á la mano, el pan que les arrojaban sobre el lodo. ¿ Cuánto tiempo permanecian de esta manera? Un mes, dos meses, seis meses á veces; uno esperó allí un año. Aquella era la antesala de las galeras. Allí iban algunos á parar por haber robado al rev una liebre. Y en aquel sepulcro-infierno, ¿ qué es lo

que hacían? Lo que se puede hacer en un sepulcro, agonizaban, y lo que se puede hacer en un infierno, cantaban. Pues allí donde ya no hay esperanza, queda el canto. En las aguas de Malta, cuando se acercaba una galera, oíase el canto ántes que se oyeran los remos. El pobre Survincent, cazador furtivo, que atravesó la horrible prision-cueva del Châtelet, decía: *Los versos eran los que me sostenían allí. Inutilidad de la poesía. ¿Para qué sirve la rima? en aquella cueva es donde han tenido origen casi todas las canciones del argot. Del calabozo del Gran-Châtelet de París es de donde viene el canto ó estribillo melancólico de la galera de Montgomery: Timoulamisaine, timoulamison. La mayor parte de estas canciones son lúgubres; algunas son alegres; una de ellas es tierna:*

Idealle est le théâtre
Du petit dardant*.

Por mas que hiciereis, no lograréis jamás aniquilar ese resto eterno del corazón humano, el amor.

En esa sociedad de las acciones sombrías, se guarda el secreto. El secreto, es la cosa que pertenece á todos. Para aquellos miserables, el secreto es la unidad que sirve de base á la unión. Romper el secreto, es arrancar á cada miembro de esa comunidad hurfía y salvaje algo de sí mismo. Delatar, en la enérgica lengua del argot, se expresa por: *Cómer el pedazo (manger le morceau)*. Como si el delator tirase hácia él de un pedazo de la sustancia de todos y se alimentase con un pedazo de la carne de cada uno.

¿Qué cosa es recibir un bofetón? La metáfora trivial

* Dardant es archero, soldado que lanza dardos y flechas. En este caso está empleado por el Amor, como si dijera:

* Aquí está el teatro
Del niño Cupido.

responde: *Es ver treinta y seis luces*. Aquí interviene el argot, tomando la palabra luz ó vela (*chandelle*), por *camoufle*, de donde la lengua francesa usual da al bofetón, *soufflet*, por sinónimo la voz *camouflet*. Así sucede que, por una especie de penetración de abajo arriba, la metáfora, esa trayectoria incalculable, ayuda al argot á subir desde la caverna hasta la academia; y Poulailier, diciendo, *J'allume ma camoufle* (enciendo mi vela), hace escribir á Voltaire: *Llangleviel La Beaumelle mérite cent camouflets* (Llangleviel La Baumelle merece cien bofetadas).

Excavar y escudriñar en el argot, es hacer descubrimientos á cada paso. La disquisición y el estudio de este idioma extraño conducen al misterioso punto de intersección de la sociedad regular con la sociedad maldita.

El ladrón tiene también su carne para el cañón (*chair á canon*, que decía Napoleón), es decir, la materia robable, ustedes, yo, cualquier otro transeunte; el *pantré* (*pan*, todo el mundo).

El argot es el verbo convertido en galeote.

Que el principio inteligente del hombre pueda descender á tan bajas regiones, que pueda él ser arrastrado allí y agarrado por las oscuras tiranías de la fatalidad, que pueda ser ligado no se sabe con qué especie de ataduras en aquel precipicio, es en verdad una cosa que nos llena de consternación.

¡Oh pobre pensamiento, desdichada inteligencia de los miserables!

¡Ah! ¿es que nadie vendrá en auxilio del alma humana en esa sombra? ¿Será por ventura su destino el esperar allí eternamente al espíritu, al libertador, al inmenso cavalgador de los pedazos y de los hipógrifos, al combatiente de color de aurora que descende de las cerúneas regiones del firmamento, entre dos alís, al radiante caballero del

porvenir? ¿Llamará ella siempre en vano en su auxilio á la lanza de la luz del ideal? ¿está condenada á ver venir el Mal de un modo espantoso en la espesura del abismo, y á entrever, cada vez más cerca de ella, bajo el agua cenagosa, aquella cabeza draconiana, aquella boca mascando espuma, y aquella serpiente ondulación de garras, de hinchazón y de anillos? Habrá de permanecer siempre allí, sin una vislumbre, sin una esperanza, entregada á esa formidable aproximación, vagamente olfateada por el monstruo, temblorosa, desgredada, torciéndose los brazos, encadenada para siempre á la roca de la noche, Andrómeda, sombría, blanca y desnuda en el seno de las tinieblas!

II

ARGOT QUE LLORA Y ARGOT QUE RIE

Segun acaba de verse, el argot de toda especie, el argot de hace cuatrocientos años como el argot de hoy, está penetrado de ese espíritu simbólico y sombrío que da á todas las palabras, ora un tono lastimero ora un tono amenazador. Nótase en él la antigua tristeza huraña de aquellos truhanes de la Cour des Miracles que jugaban á las cartas con barajas peculiares de ellos, de las cuales se han conservado algunas. El ocho de bastos, por ejemplo, representaba un grande árbol con ocho enormes hojas de trébol, especie de personificación fantástica de la selva. Junto á este árbol, velase una lumbre encendida, en la cual tres liebres hacían asar á un cazador en un asador hecho ascuas, y detras, en otra lumbre, una marmita humeante de la cual salía la cabeza de un perro. Nada más lúgubre que estas represalias en pintura, en una baraja, en presencia de las hogueras donde se asan los contrabandistas y de la caldera donde se mecen

Los falsificadores de moneda. Las formas diversas que tomaba el pensamiento en el reino de argot, aún la canción, aún la burla, aún la amenaza, tenían todas ellas este carácter impotente y abatido. Todos los cantos, de los cuales se han recogido algunas melodías, eran humildes y lamentables en términos de hacer llorar. El *pègre*¹ se llama el pobre *pègre*, y es siempre la liebre que se oculta, el ratón que se escapa, el pájaro que se fuga. Apenas reclama el siquiera, limitándose á suspirar; uno de sus gemidos ha llegado hasta nosotros: — *Je n'entrave que le dail comment meck, le daron des orgues, peut atiger ses mômes et ses monignards et les locher criblant sans être agité lui-même*². — Todas las veces que tiene él tiempo de pensar, el miserable se hace pequeño ante la ley y despreciable ante la sociedad; se arrastra de bruces por el suelo, suplica, se vuelve del lado de la conmiseración; adviértese que él reconoce hallarse en la mala senda.

Hacia mediados del siglo anterior, se operó un cambio notable. Los cantos de las prisiones, los ritornelos y estribillos de los ladrones, tomaron, por decirlo así, un gesto insolente y jovial. Al lastimero *maluré* reemplazó el festivo *larifla*. En el siglo diez y ocho se vuelve á encontrar en casi todas las canciones de las galeras, de los presidios y de las chusmas, cierta alegría diabólica y enigmática. Óyese allí este cantar estridente y rechinante, que parece alumbrado por un resplandor fosforescente y arrojado en medio del bosque por un fuego fatuo tocando el pifano:

Mirlababi surlababo
Miritton ribouribette
Surlababi mirlababo
Miritton ribopribo.

¹ Ladron.

² Yo no comprendo cómo es que Dios, el padre de los hombres, puede atormentar á sus hijos y á sus nietos, y oírlos gritar sin que sea él mismo atormentado.

Esto se cantaba degollando á un hombre en una cueva ó en el rincón de una selva.

Sintoma grave. En el siglo diez y ocho, la antigua melancolía de esas tristes clases se disipa. Nótase que se echan á reír. Se burlan del gran *meg* y del gran *dab*¹; y una vez conocido Luis XV, dan al rey de Francia el nombre de « el marqués de Pantin »². Vedlos ahí ya alegres y contentos. Una especie de luz ligera emana de esos miserables, como si ya no les pesara la conciencia. Esas desdichadas tribus de la sombra no poseen solamente la audacia indiferente del espíritu. Indicio seguro de que ellas pierden el sentimiento de su criminalidad, y de que advierten, aún entre los pensadores y los soñadores, cierta especie de sosten y de ignorado apoyo. Indicio de que el robo y el pillaje principian á infiltrarse hasta en ciertas doctrinas, ó sofismas más bien, en términos de ir perdiendo algo de su fealdad y de su horror, traspasando mucho de esto á los sofismas ó á las mal llamadas doctrinas. Indicio, en fin, si no surge ningún incidente en contra, de alguna prodigiosa y ya próxima expansión.

Detengámonos aquí un momento. ¿ Á quién acusamos nosotros en este instante? ¿ por ventura es al siglo diez y ocho? ¿ ó bien á su filosofía? No, ciertamente. La obra del siglo décinoclavo es sana y buena. Los enciclopedistas, con Diderot al frente, los fisiócratas, con Turgot á la cabeza, los filósofos, con Voltaire por jefe, los utopistas, acaudillados por Rousseau, forman cuatro legiones sagradas. El inmenso progreso de la humanidad hácia la luz les es debido. Son las cuatro vanguardias de género humano marchando hácia los cuatro puntos cardinales del progreso, Diderot hácia lo bello, Turgot hácia lo útil,

¹ Del gran señor y del gran rey.

² El marqués de Paris.

Voltaire hacía lo verdadero, Rousseau hacía lo justo. Pero al lado y por bajo de los filósofos, había también los sofistas, vegetación venenosa mezclada con la naturaleza salubre, planta brotando en la selva virgen. Mientras que el verdugo quemaba en la escalera principal del palacio de justicia los grandes libros libertadores del siglo, escritores olvidados hoy publicaban, con privilegio del rey, cierta especie de escritos singularmente desorganizadores, los cuales eran leídos con avidez por los miserables. Algunas de estas publicaciones, y no es este detalle de los ménos raros y extraños, patrocinadas por un príncipe, se hallan en la *Biblioteca secreta*. Estos hechos profundos, pero ignorados, pasaban desapercibidos en la superficie. A veces el peligro de un hecho está en su misma oscuridad. Es oscuro porque es subterráneo. De todos los escritores, el que tal vez abrió y ahondó entónces en las masas la galería más malsana, fué Restif de La Bretonne.

Este trabajo, comun á toda la Europa, hizo más estragos en Alemania que en ninguna otra parte. En Alemania, durante cierto periodo, resumido por Schiller en su famoso drama *los Bandidos*, el robo y el pillaje se erigian en protesta contra la propiedad y el trabajo, se asimilaban ciertas ideas elementales, especiosas y falsas, justas en apariencia, absurdas en realidad, se envolvian en estas ideas, disfrazándose y desapareciendo en cierto modo, engalanándose con un nombre abstracto y pasando al estado de teoría, y de esta manera circulaban entre las muchedumbres laboriosas, pacientes y honradas, sin saberlo siquiera los imprudentes químicos que habian preparado la mixtura, ignorándolo también las masas que la aceptaban. Siempre que se produce un hecho de esta naturaleza, es grave. El sufrimiento engendra la ira; y mientras que las clases prósperas se ciegan, ó se adormecen, lo que siempre es cerrar los ojos, el odio de las clases desgraciadas enciende su tea-

á la luz de algun espíritu triste y melancólico, ó mal dispuesto, que está soñando en un rincón, y se pone á examinar la sociedad. ¡ Es cosa terrible el exámen del odio!

De aquí, si así lo quiere la desgracia de los tiempos, esas espantosas conmociones que en otra época se llamaron *jacqueries*, y respecto de las cuales las agitaciones puramente políticas son juegos de niños, que no representan ya la lucha del oprimido contra el opresor, sino la sublevación del malestar contra el bienestar. Y entónces todo se desploma y se derrumba.

Las *jacqueries* son terremotos sociales, verdaderos temblores de pueblo.

Este gran peligro, inminente tal vez en Europa hácia fines del siglo diez y ocho, fué el que vino á prevenir la revolucion francesa, inmenso acto de prohibidad.

La revolucion francesa, que no es otra cosa que el ideal armado de una espada, levantó la cabeza, y con un mismo movimiento brusco, cerró la puerta al mal, y abrió la puerta al bien.

Ella despejó y planteó la cuestion, promulgó la verdad, aventó el miasma, depuró y saneó el siglo, coronó al pueblo.

Puede decirse de ella que creó al hombre segunda vez, dándole una segunda alma, el derecho.

El siglo diez y nueve hereda y aprovecha su obra, y hoy la catástrofe social que poco há indicábamos, es enteramente imposible. ¡ El que la denuncie es un ciego, y un necio el que la tema. ¡ La revolucion es la vacuna de la *jacquerie*.

Gracias á la revolucion, las condiciones sociales han cambiado. Las enfermedades feudales y monárquicas no están ya en nuestra sangre. Ya no hay edad media en nuestra construccion. No nos hallamos ya en los tiempos en que hacian irrupcion formidables comezons interiores,

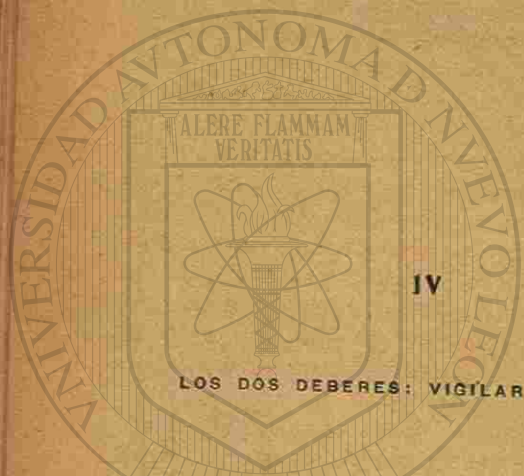
en que oía uno bajo sus piés la marcha oscura de un ruido sordo, en que aparecían en la superficie de la civilización cierto género de levantamientos de galerías de topos, en que el suelo se hendía, en que se abrían las bocas de las cavernas, y en que se veía de improviso salir del fondo de la tierra unas cabezas monstruosas.

El sentido revolucionario es un sentido moral. El sentimiento del derecho, desarrollado, desarrolla á su vez el sentimiento del deber. La ley de todos, es la libertad, la cual concluye allí donde principia la libertad de los demás, según la admirable definición de Robespierre. Desde el año 1789, el pueblo entero se dilata en el individuo sublimado; no hay pobre que, teniendo su derecho, no tenga su rayo luminoso; el más misero y desvalido siente en sí la honradez de la Francia; la dignidad del ciudadano es una armadura interior; el que es libre es escrupuloso; el que vota reina. De aquí la incorruptibilidad; de aquí el aborto de las desordenadas é insanas concupiscencias; de aquí los ojos bajados heroicamente ante las tentaciones. La salubridad revolucionaria es tal, que un día de liberación, un 14 de Julio, un 10 de Agosto, ya no hay populacho. El primer grito de las muchedumbres iluminadas y engrandecidas es: ¡Mueran los ladrones! El progreso es un hombre de bien; el ideal y el absoluto no alternan con los rateros. ¿Por quién fueron escollados en 1848 los carros que contenían las riquezas de las Tullerías? por los traperos del arrabal de San Antonio. Los andrajos hicieron centinela delante del tesoro. La virtud hizo esplendentes á aquellos desarrapados. Había allí, en aquellos carros, en varias cajas apenas cerradas, y aún algunas de ellas entreabiertas, entre cien cofrecitos y estuches deslumbradores, aquella antigua corona de Francia, toda ella de diamantes, que llevaba en su cúspide el gran carbunclo del trono, el célebre Regente, valuado en treinta

millones de francos. Y unos indigentes descalzos guardaban aquella corona.

Por consiguiente, ya no hay jacquerie. Los hábiles deben de sentirlo mucho. El miedo, el terror de tiempos antiguos, produjo su postrer efecto, y ya no es posible en lo sucesivo emplearle jamás en política.

El gran resorte del espectro rojo se ha roto. Hoy lo sabe ya todo el mundo. El espantajo ya no espanta. Los pájaros se han familiarizado con el maniquí, los estercolarios se posan en él, y los bourgeois se rien al verle.



Supuesto lo que acabamos de exponer, ¿hállase disipado todo peligro social? No, ciertamente. Nada de *jacquerie*. Bajo este respecto, la sociedad puede tranquilizarse; ya no la subirá la sangre á la cabeza; pero que se preocupe de la manera cómo respira. La apoplejía no es ya de temer, pero la tisis está ahí, y ofrece gran cuidado. La tisis social se llama la miseria.

Todo consiste en morir minado ó morir fulminado, aterrado.

No nos cansaremos de repetirlo, pensar ante todo en las muchedumbres desheredadas y dolorosas, aliviarlas, sustentarlas, aerearlas, ilustrarlas, amarlas, ensancharlas magníficamente el horizonte, prodigarlas la educación bajo todas las formas posibles, ofrecerlas el ejemplo de la laboriosidad, jamás el ejemplo de la ociosidad, disminuir

el peso de la carga individual aumentando la noción del objeto final y universal, limitar la pobreza sin limitar la riqueza, crear vastos campos de actividad pública y popular, tener como Briareo cien manos que tender en todas direcciones á los oprimidos y á los débiles, emplear la potencia colectiva en este gran deber de abrir talleres á todos los brazos, escuelas á todas las aptitudes y laboratorios á todas las inteligencias, aumentar el salario, disminuir la fatiga, establecer un balance entre el debe y el haber, es decir, proporcionar el goce al esfuerzo y la satisfacción á la necesidad, en una palabra, hacer que se desprenda del aparato social, en beneficio de los que sufren y de los que ignoran, más claridad y más felicidad; tal es, — que no lo echen en olvido las almas simpáticas, — la primera de las obligaciones fraternales; tal es, — teniendo entendido los corazones egoístas, — la primera de las necesidades políticas.

Y, digámoslo de una vez, todo esto no es todavía sino un principio. La verdadera cuestión es esta: el trabajo no puede ser una ley sin ser un derecho.

No insistiremos, pues no es este el lugar oportuno.

Si la naturaleza se llama providencia, la sociedad debe llamarse prevision.

El crecimiento intelectual y moral no es menos indispensable que el mejoramiento material. Saber es un viático, pensar es de primera necesidad, la verdad es un alimento como el pan. Una razón en ayunas de ciencia y de sabiduría, enflaquece. Compadecemos, á la par que los estómagos, los espíritus que no se nutren. Si hay algo más digno de lamentar que un cuerpo agonizando por falta de pan, es un alma que muere del hambre de la luz.

El progreso entero tiende hácia el lado de una solución ya próxima. Llegará un día en que todo será estupefacción. Ascendiendo el género humano, las capas que hoy

se ocultan en las profundidades saldrán naturalmente de la zona del desamparo. Una simple elevación de nivel operará el plausible fenómeno de borrar la miseria.

No hay razón ninguna para dudar de esta solución bendita.

Es verdad que el pasado es muy fuerte en la época actual. Parece como que recobra él hoy sus fuerzas con nuevo aliento. Este rejuvenecimiento de un cadáver no deja de ser sorprendente. Vedle marchar y venir hacia nosotros. Preséntase como victorioso: ese muerto es un conquistador. Ahí llega con su legión, las supersticiones, con su espada, el despotismo, con su bandera, la ignorancia, de algún tiempo á esta parte ha ganado diez batallas. Y avanza, y amenaza, y ríe, y se halla ya á nuestras puertas. Por lo que hace á nosotros, no perdamos la esperanza. Vendamos el campo donde acampa Annibal.

Nosotros, creyentes, ¿qué hemos de temer?

Semejantes á los ríos, las ideas no retroceden jamás.

Pero que reflexionen bien en esto los que no quieren el porvenir. Diciendo no al progreso, no es al porvenir á quien condenan, sino á sí mismos. Se procuran una enfermedad sombría, al inocularse el pasado. No hay sino una sola manera de rehusar mañana, morir.

Ahora bien, ninguna muerte, la del cuerpo lo más tarde que sea posible, la del alma jamás, es lo que nosotros deseamos.

Sí, el enigma dirá su palabra, el esfinge hablará, el problema será resuelto. Sí, el pueblo, bosquejado por el siglo diez y ocho, será acabado y completado por el diez y nueve. ¡El que dudare de esto será un idiota! La expansión futura, la expansión próxima del bienestar universal, es un fenómeno divinamente fatal.

Ciertos empujes inmensos y generales rigen los hechos humanos, conduciéndolos todos en un tiempo dado al

estado lógico, es decir, al equilibrio; es decir, á la equidad. Una fuerza compuesta de tierra y de cielo resulta de la humanidad y la gobierna; esta fuerza es una hacedora de milagros; los desenlaces maravillosos no son para ella más difíciles que las peripecias extraordinarias. Ayudada de la ciencia, que viene del hombre, y del acontecimiento, que viene de otro, se asusta ella poco de esas contradicciones en el planteamiento de los problemas, que parecen imposibilidades al vulgo. No es ménos hábil para hacer que emane una solución del contacto de las ideas que una enseñanza del contacto de los hechos, y todo puede esperarse de parte de ese misterioso poder del progreso que, en un día dado, confronta al Oriente con el Occidente en el fondo de un sepulcro y hace dialogar á los imanes con Bonaparte en el interior de la gran pirámide.

Entre tanto, no hay alto, no hay hesitación, no hay detención ninguna en la grandiosa marcha de los espíritus hacia adelante. La filosofía social es esencialmente la ciencia y la paz. Tiene por objeto y debe tener por resultado el disolver y desvanecer las iras por el estudio de los antagonismos. Ella examina, escudriña, analiza; y despues recompone. Procede por vía de reducción, eliminando el odio en todas partes.

Que una sociedad se desmorone al viento que se desencadena sobre los hombres, esto se ha visto más de una vez; la historia está llena de naufragios de pueblos y de imperios; costumbres, leyes, religiones, en un momento dado pasa por encima de ellos ese desconocido, el huracán, y se lleva todo esto. Las civilizaciones de la India, de la Caldea, de la Persia, de la Asiria, del Egipto, han desaparecido una en pos de otra. ¿Por qué? lo ignoramos. ¿Cuáles son las causas de esos desastres? no lo sabemos. ¿Habrian podido ser salvadas aquellas socieda-

des? ¿tuvieron ellas la culpa de sus catástrofes? ¿se obstinaron acaso en algún vicio fatal que ocasionara su ruina? ¿qué cantidad de suicidio existe en esas muertes terribles de una nación y de una raza? Preguntas sin respuesta. La sombra cubre las civilizaciones condenadas. Puesto que se fueran á pique, es que hacían agua; nada más tenemos que decir; y no sin una especie de pavor miramos hoy, en el fondo de ese mar que se llama el pasado, detras de esas ondas colosales, los siglos, sumergirse esas inmensas naves, Babilonia, Ninive, Társis, Thébas, Roma, bajo el soplo espantoso que sale de todas las bocas de las tinieblas. Pero tinieblas allí, claridad aquí. Nosotros ignoramos las enfermedades de las civilizaciones antiguas, pero conocemos las dolencias y los achaques de la nuestra. Por todas partes tenemos sobre ella el derecho de luz, contemplamos sus bellezas y ponemos al desnudo sus deformidades. Allí donde ella siente el mal, donde sufre, introducimos la sonda; y, una vez comprobada la existencia del sufrimiento, el estudio de la causa conduce al descubrimiento del remedio. Obra de veinte siglos, nuestra civilización es á la vez el monstruo y el prodigio de esas edades; y ciertamente que merece ser salvada; y aún lo será. Aliviarla, es ya mucho; ilustrarla, es también algo. Todos los trabajos de la filosofía social moderna deben ser convergentes hácia este objeto. El pensador tiene hoy un gran deber, el de explorar, auscultar la civilización.

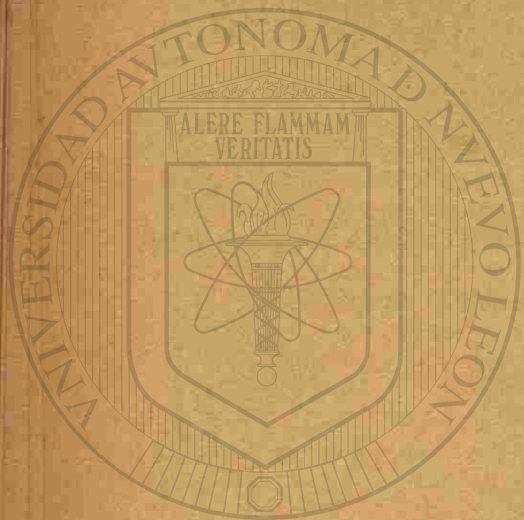
Lo repetimos, esta auscultación infunde ánimo y alientos; y con esta insistencia en el estímulo, es cómo queremos poner fin á estas pocas páginas, entreacto austero de un drama doloroso. Bajo la mortalidad social, sientese la imperdurabilidad humana. Por tener acá y acullá esas heridas, los cráteres, y esos herpes, las sulfurarias, por un volcan que llega á su superficie y que expela su

pus, el globo no muere. Enfermedades de pueblo, no matan al hombre.

Y sin embargo, todo el que sigue la clínica social se encoge de hombros y menea la cabeza por instantes. Los más fuertes, los más tiernos, los más lógicos tienen sus horas de desfallecimiento.

¿Llegará por fin el porvenir? parece como que casi se puede hacer esta pregunta al ver tanta sombra terrible. Sombrío para los egoístas y los miserables. En los egoístas, las preocupaciones, las tinieblas de la educación rica, el apetito creciente por la misma embriaguez, un aturdimiento de prosperidad que ensordece, el temor de sufrir que, en algunos, va hasta la aversión contra los que sufren, una satisfacción implacable, el yo tan engreído y tan inflado que cierra el alma; en los miserables, el deseo de poseer, la envidia, el odio de ver á los otros gozar, los profundos sacudimientos de la bestia humana hácia las satisfacciones y hácia la sociedad, los corazones llenos de bruma, la tristeza, la necesidad, la fatalidad, la ignorancia impura y simple.

¿Deberemos continuar levantando los ojos hácia el cielo? ¿el punto luminoso que allí se distingue, es de aquellos que se extinguen alguna vez? El ideal es espantoso de ver, así perdido en las profundidades, pequeño, aislado, imperceptible, brillante, pero circundado de todas esas amenazas negras, monstruosamente hacinadas en derredor suyo; sin que no obstante se halle él en mayor peligro que una estrella en las bocas y en las gargantas de las nubes.



LIBRO OCTAVO

8

LOS ENCANTOS

Y LAS DESOLACIONES

U A N L
I

UZ PLENARIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

El lector ha comprendido muy bien que Eponina, habiendo reconocido al través de la verja del jardín la morada de aquella casa de la calle Plumet adonde Magnon la había enviado, empezó por desviar á los bandidos de dicha calle, conduciendo allí en seguida á Marius; y que después de muchos días de éxtasis ante la verja, Marius, atraído por esa fuerza que impele al hierro hácia el imán y al enamorado hácia las piedras con que está construida la casa de aquella á quien él ama, concluyó por entrar en el jardín de Coseta como Romeo en el jardín de Julieta.

Yaún esto le había sido á él más fácil que á Romeo, quien se vió obligado á escalar una pared, miéntras que Marius no tuvo más que forzar un poco uno de los barrotes de la verja decrépita que vacilaba en su alvéolo herrumbroso, como vacilan los dientes en las mandíbulas de un anciano. Marius era delgado y pasó con facilidad.

Como nunca había nadie en aquella calle, y que, por otra parte, Marius no penetraba en el jardín sino por la noche, no arriesgaba él ser visto.

Á partir de aquella hora bendita y santa en que un beso desposó á aquellas dos almas, Marius vino todas las noches á aquel sitio. Si, en este momento de su vida, hubiera caído Coseta en el amor de un hombre poco escrupuloso y libertino, estaba perdida; pues hay ciertas naturalezas generosas que se entregan, y Coseta era una de ellas. Una de las magnanimidades de la mujer es el ceder. En esa altura en que él es absoluto, el amor se complica con cierta especie de celestial alucinamiento del pudor. ¡Pero cuántos peligros no corréis, oh almas nobles! Con frecuencia, soléis dar el corazón, y nosotros tomamos el cuerpo. Vuestro corazón queda con vosotras, y vosotras le miráis en la sombra temblando. El amor no tiene término medio; ó pierde ó salva. Todo el destino humano se encierra en ese dilema. El dilema de perdición ó salvación, ninguna fatalidad le plantea más inexorablemente que el amor. El amor es la vida, si no es la muerte. Cuna y féretro á la vez. El mismo sentimiento dice sí y no en el corazón humano. De todas las cosas que Dios ha hecho, el corazón humano es la que desprende más luz y más noche también!

Dios quiso que el amor que halló Coseta fuese uno de esos amores que salvan.

Miénttras que dure el mes de Mayo de aquel año de 1832, hubo allí todas las noches, en aquel pobre jardín salvaje, bajo aquellas malezas cada día más espesas y odoríferas,

dos seres compuestos de todas las castidades y de todas las inocencias, rebosando todas las felicidades del cielo, más próximos á los arcángeles que á los hombres, puros, honrados, embriagados, radiantes, que resplandecían el uno para el otro en las tinieblas. Parecía á Coseta que Marius tenía una corona y á Marius que Coseta tenía una diadema. Tocábanse, mirábanse, cogíanse de las manos, estrechábanse el uno contra el otro; pero había entre ellos una distancia que no traspasaban jamás. No que la respetaran, sino que la ignoraban. Marius sentía una barrera, la pureza de Coseta, y Coseta sentía un apoyo, la lealtad de Marius. El primer beso había sido también el último. Desde entónces, Marius no había ido más allá de tocar apenas con sus labios la mano, ó la pañoleta, ó un rizo de Coseta. Coseta era para él un perfume y no una mujer; y la aspiraba. Nada rehusaba ella, y nada pedía él tampoco. Coseta era dichosa, y Marius se hallaba satisfecho. Vivían en ese maravilloso estado que pudiera llamarse el deslumbramiento de un alma por otra alma. En aquel primero é inefable beso de dos virginidades en lo ideal. Dos cisnes que se encuentran en el Jungfrau.

En esa deliciosa hora del amor, hora en que el deleite calla absolutamente bajo la omnipotencia del éxtasis, Marius, el puro y seráfico Marius habría sido más bien capaz de subir á casa de una mujer pública que de levantar el vestido de Coseta á la altura del tobillo. Una vez, á la claridad de la luna, Coseta se inclinó para recoger algo del suelo, entreabrióse un poco el corpiño de su vestido, dejando ver el nacimiento de su cuello: Marius apartó la vista.

¿Qué es lo que pasaba entre aquellos dos seres? Nada. Se adoraban.

Por la noche, cuando se hallaban allí juntos, aquel jardín parecía un lugar vivo y sagrado. Todas las flores se

abrían en derredor de ellos y les enviaban incienso; mientras que ellos á su vez abrían sus almas y las esparcían sobre las flores. Aquella vegetación lasciva y vigorosa se estremecía llena de savia y de ebriedad en torno de aquellos dos inocentes, y decían palabras de amor que hacían estremecer á los árboles.

¿Qué es lo que eran estas palabras? Soplos, hálitos, nada más. Soplos que bastaban para turbar y para conmover á toda aquella naturaleza. Mágico poder que costaría mucho trabajo el comprender si se leyeran en un libro esas pláticas sencillas, ese inocente gorjeo propio para ser arrebatado y disipado como el humo por el viento bajo las hojas. Quitad á esos mormullos de dos amantes aquella dulce melodía que sale del alma y que los acompaña como una lira, y veréis que lo que queda no es más que una sombra. Parece que oigo decir: ¡Cómo! ¡no es más que eso! ¡Y bien, sí, niñerías, repeticiones, risas por nada, futilidades, boberías, todo lo más profundo y lo más sublime que hay en el mundo! Las únicas cosas que valen la pena de ser dichas y de ser escuchadas!

El hombre que no ha oído jamás, el hombre que no ha pronunciado nunca esas simplezas y esas tonterías, es un imbécil y un mal sujeto.

Coseta decía á Marius:

— ¿Tú no sabes?...

(Á todo esto, y en medio de esta celestial virginidad, sin que fuera posible al uno y al otro decir cómo, habían llegado á tutearse.)

— ¿Tú no sabes? Yo me llamo Eufrosia.

— ¿Eufrosia? ¡Qué! no; te llamas Coseta.

— ¡Oh! Coseta es un nombre bastante feo que me pusieron cuando yo era niña. Pero mi verdadero nombre es Eufrosia. ¿Es que no te gusta á ti ese nombre de Eufrosia?

— Sí... Pero Coseta no es feo.

— ¿Es que te gusta más que Eufrosia?

— Pues... Sí.

— Entonces á mi también me gusta más. Es verdad, es bonito, Coseta. Llámame Coseta.

Y la sonrisa con que ella sazonaba estas palabras hacia del diálogo un idilio digno de un bosque que estuviese en el cielo.

Otra vez le miraba ella fijamente y exclamaba:

— Caballero, es usted muy guapo, muy hermoso, tiene mucha gracia y mucho talento, no es usted nada tonto, no, sabe mucho más que yo, pero yo le desafío á usted por esta palabra: ¡yo te amo!

Y Marius, en pleno firmamento, creía oír una estrofa cantada por una estrella.

Ó bien, le daba ella una palmadita porque tosía, diciéndole:

— No tosa usted, caballero. Yo no quiero que tosan delante de mí sin mi permiso. Es una cosa muy fea el toser de esa manera é inquietarme. Quiero que tengas buena salud, porque desde luego, yo, si tú no estuvieras bueno, sería muy desgraciada. ¿Qué es lo que quieres tú que yo haga?

Y esto era sencillamente una cosa divina.

Una vez dijo Marius á Coseta:

— Figúrate que yo creí algún tiempo que te llamabas Úrsula.

Esto les hizo reír toda la noche.

En medio de otras pláticas, le avino exclamar:

— ¡Oh! un día, en el Luxemburgo, me dieron ganas de acabar de estropear á un inválido.

Pero en esto se detuvo, sin pasar más adelante; pues habría sido menester hablar á Coseta de su liga, y esto le era

imposible. Había allí una frontera desconocida, la carne, ante la cual retrocedía, con una especie de pavor sagrado, aquel inmenso amor inocente.

Figurábase Marius que la vida con Coseta era aquello, y nada más; venir todas las tardes á la calle de Plumet, remover el viejo y complaciente barrote de la verja del presidente, sentarse codo con codo en aquel banco, mirar por entre los árboles el centelleo de la noche que empieza, hacer cohabitar el pliegue de la rodilla de su pantalon con la amplitud del vestido de Coseta, acariciarla la uña del dedo pulgar, hablarla de tú, respirar uno despues de otro el aroma de la misma flor, para siempre, indefinidamente. Durante este tiempo, las nubes pasaban sobre sus cabezas. Cada vez que el viento sopla, se lleva consigo más ensueños del hombre que nubes del cielo.

En cuanto á que este casto amor, casi arisco y huraño, estuviese enteramente exento de toda galantería, eso no. « Hacer cumplidos » á aquella á quien se ama, es la primera forma y manera de hacerla caricias, especie de semi-audacia que se ensaya.

El cumplido es una cosa parecida al beso á través del velo. El deleite aplica su punta suave y delicada procurando ocultarse al mismo tiempo. Ante el deleite, el corazón retrocede, para amar mejor. Las lisonjas y zalamerías de Marius, saturadas enteramente de quimera, eran, por decirlo así, cerúleas como el azul del firmamento. Las aves, cuando vuelan en las más elevadas regiones, cerca de los ángeles, deben oír palabras como esas. Y sin embargo, mezclábase en ellas la vida, la humanidad, toda la cantidad de positivo de que Marius era capaz. Era lo que se dice en la gruta, preludio de lo que se dirá en la alcoba; una efusión lírica, la estrofa y el soneto mezclados, las preciosas hipérboles del arrullo, todos los refinamientos de la adoración dispuestos en forma de ramo exhalando

un celeste y sutil perfume, un inefable gorjeo de corazón á corazón.

— ¡ Oh ! murmuraba Marius, ¡ qué hermosa eres ! no me atrevo á mirarte. Por eso lo que hago es contemplarte. Se me figura que eres una gracia. Yo no sé lo que tengo. El borde inferior de tu vestido, cuando pasa por él la punta de tu zapato, me trastorna, y despues, ¡ qué resplandor, qué brillo tan hechicero cuando se entreabre tu pensamiento ! Tú razones de un modo maravilloso. Por momentos me imagino que eres un sueño. Habla, yo te escucho, y te admiro. ¡ Oh Coseta ! ¡ qué cosa tan extraña y tan deliciosa ! en verdad que estoy loco. Señorita, sois realmente adorable. Yo estudio tus piés al microscopio y tu alma al telescopio.

Y Coseta respondía :

— Yo te amo algo más de todo el tiempo que ha pasado desde esta mañana.

Preguntas y respuestas iban como podían en este diálogo, cayendo siempre acordes, sobre el amor, como las figuritas de saúco caen sobre el clavo.

Coseta era en toda su persona sencillez, ingenuidad, transparencia, blancura, candor, radiación. De Coseta se habría podido decir que era la misma luz, la misma claridad. Á todos cuantos la veían producía ella una sensación de Abril y de la aurora. Había rocío en sus ojos. Coseta era una condensación de la luz del alba en forma de mujer.

Era pues muy natural que Marius, adorándola, la admirase. Mas lo cierto es que aquella colegialita, velozmente desprendida de la huraña timidez del convento, hablaba con una penetración exquisita y decía por momentos toda especie de palabras exactas y delicadas. Su charla era una verdadera conversación. No se equivocaba en nada y veía siempre con el mayor fino. La mujer siente y habla con esa infalibilidad propia del tierno instinto del corazón. Na-

die sabe como una mujer decir á la vez cosas tiernas y profundas. Terrura y profundidad : en esto se encierra toda la mujer ; en esto consiste todo el cielo.

En medio de esta plenitud de dicha, á cada instante les venían las lágrimas á los ojos. Un grillo que pisaran, una pluma caída de un nido, una rama de oxiacanto desgajada, los enternecían ; y su éxtasis, suavemente inundado de melancolía, parecía querer prorumpir en llanto. El síntoma más soberano del amor, es el enternecimiento á veces casi insoportable. Y al mismo tiempo que esto sucedía, — todas estas contradicciones son el relampagueo del amor — reían con las mejores ganas, con una libertad maravillosa, y con tanta familiaridad, que á veces casi parecían muchachos. Sin embargo, sin que de ello se aperciban siquiera los corazones ebrios de castidad, la inolvidable naturaleza estaba allí siempre. Allí estaba, con su objeto brutal y sublime ; y, sea cualquiera la inocencia de las almas, percíbese, en la entrevista ó confidencia más púdica, la adorable y misteriosa diferencia que separa á una pareja de amantes de un par de amigos.

Los dos jóvenes se idolatraban.

Lo permanente y lo inmutable subsisten. Se aman, se sonríen, se rien, hacen gestitos con la punta de los labios, se entrelazan los dedos de las manos, se tutean y todo esto no impide la eternidad. Dos amantes se ocultan en la noche, en el crepúsculo, en lo invisible, con las aves, con las rosas, fascínanse el uno al otro en la sombra con sus corazones que ponen en sus ojos, cuchichean, parlotean, y mientras que sucede todo esto, inmensos balances de astros llenan el infinito.

II

EL ATURDIMIENTO DE LA COMPLETA FELICIDAD

Así existían vagamente, azorados de dicha, sin apercibirse siquiera del cólera que estaba diezmando á Paris precisamente en aquel mismo mes. Habíanse hecho el mayor número de confidencias posible, pero sin que estas pasaran mucho más allá de sus nombres. Marius había dicho á Coseta que él era huérfano, que se llamaba Marius Pontmercy, que era abogado, que vivía de escribir cosas para los libreros, que su padre era coronel, que fué un héroe, y que él estaba reñido con su abuelo que era rico. También la había indicado que era baron ; pero esto no había producido ningun efecto en Coseta. Marius baron ? nada comprendía ella de esto. Ni siquiera sabía lo que quería decir esa palabra. Marius, para ella, era Marius, y nada más. Ella á su vez también le había confiado que había sido educada en el convento del Petit-Picpus, que también á

ella se la había muerto su madre como á él; que su padre se llamaba el señor Fauchelevent, que era muy bueno, que solía dar muchas limosnas á los pobres, pero que él mismo era pobre también, y que él se privaba de todo, no privándola á ella de nada.

Cosa entraña y singular, en la especie de sinfonía en la cual vivía Marius desde que veía á Coseta, el tiempo pasado, aún el más reciente, se había hecho tan confuso y tan lejano para él, que lo que Coseta le contó le dejó enteramente satisfecho. Ni aún siquiera se lo ocurrió á él el hablarla de la aventura nocturna de la casucha, ni de los Thénardier, ni de la quemadura, ni de la extraña actitud y de la singular fuga de su padre. Marius había olvidado momentáneamente todo esto; ni siquiera sabía él por la noche lo que había hecho por la mañana, ni dónde se había desayunado, ni quién le había hablado; tenía ciertos cánticos en el oído que le hacían sordo á cualquier otro pensamiento; en realidad no existía sino en las horas en que veía á Coseta. Y como entonces se hallaba en el cielo, era natural que olvidase la tierra. Ambos soportaban con languidez el peso indefinible de los deleites inmateriales. Así viven esos sonámbulos á quienes llaman los enamorados.

¡ Ah! ¿ quién es el que no ha experimentado todas estas cosas? ¿ por qué llega al fin una hora en que se sale de ese cielo azul, y por qué continúa aún después la vida?

Amar casi reemplaza á pensar. El amor es un ardiente olvido de todo lo demás. Pedid pues lógica á la pasión. No hay más encadenamiento lógico absoluto en el corazón humano que figura geométrica perfecta en la mecánica celeste. Para Coseta y para Marius, nada más y nadie más existía en el mundo que Marius y Coseta. En derredor de ellos, el universo entero había caído en un hoyo profundo. Vivían en un minuto de oro. Nada había delante, nada había tampoco detrás de ellos. Apenas si pensaba Marius, á lo ménos, que

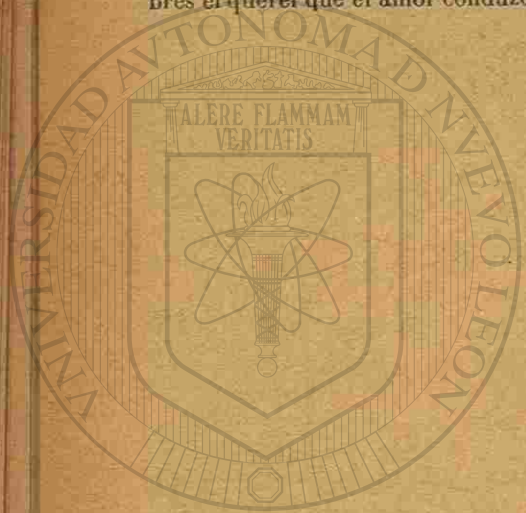
Coseta tenía un padre. Todo lo había borrado en su cerebro el deslumbramiento. Pero de qué hablaban aquellos amantes? Ya lo hemos visto, de las flores, de las gelondrinas, del sol en su ocaso, de la luna en su oriente, de todas las cosas importantes. Todo se lo habían ellos dicho, excepto todo. El todo de los enamorados es nada. Pero el padre, las realidades, aquel horrible desvan, aquellos bandidos, aquella aventura, ¿ para qué todo esto? ¿ y estaba el bien seguro de que aquel sueño, aquella pesadilla hubiese existido alguna vez? Eran dos, se adoraban, y no había nada más que esto. Cualquiera otra cosa, era como si no existiese para ellos. Es probable que este desvanecimiento del infierno detrás de nosotros es inherente á la llegada del paraíso. ¿ Es que se ha visto alguna vez á los demonios? ¿ existen ellos por ventura? ¿ es que se ha temblado? ¿ es que se ha sufrido? Ya no se sabe nada de esto. Una nube color de rosa lo cubre todo.

Vivían pues así estos dos seres, en tan elevadas regiones, con toda la inverosimilitud que está en la naturaleza; ni en el nadir, ni en el zenit, entre el hombre y el serafín, por encima del fango, por debajo del éter, en las nubes; apenas hueso y carne, alma y éxtasis de piés á cabeza; demasiado sublimados ya para andar sobre la tierra, demasiado cargados aún de humanidad para desaparecer en el azul, en suspensión como los átomos que esperan el sedimento; en apariencia fuera del destino; ignorando este pantano, ayer, hoy, mañana; maravillados, pasmados, flotantes; por momentos, bastante aligerados para lanzarse al infinito; casi dispuestos para el vuelo eterno.

Dormían despiertos en aquel mecimiento. ¡ Oh espléndido letargo de lo real sobrecargado de ideal!

Á veces, por más bella que fuese Coseta, Marius cerraba los ojos delante de ella. Es el mejor modo de mirar para el alma, con los ojos cerrados.

Marius y Coseta no se preguntaban adónde los conduciría aquello. Mirábanse y se consideraban como conducidos ya y llegados. Es una extraña pretension de los hombres el querer que el amor conduzca á alguna parte.



III

PRINCIPIO DE SOMBRA

Por lo que hace á Juan Valjean, nada sabía de lo que estaba pasando.

Algo ménos cavilosa y ménos propensa á soñar que Marius, Coseta estaba alegre, y esto era todo lo que bastaba á Juan Valjean para ser feliz. Los pensamientos que tenía Coseta, sus tiernas preocupaciones, la imagen de Marius que la llenaba el alma, no disminuían en nada la incomparable pureza de su hermosa frente, casta y sonriendo. Hallábase en la edad en que la vírgen lleva su amor como el ángel lleva su azucena. Por consiguiente, Juan Valjean estaba tranquilo. Además, cuando dos amantes se entienden, todo marcha siempre muy bien para ellos, y cualquiera otra persona que pudiera turbar su amor se mantiene en una ceguedad completa, mediante un corto número de precauciones que son siempre las mismas para todos los enamo-

rados. Así que jamás había objeción alguna por parte de Coseta á Juan Valjean. ¿Quería él pasear? Sí, padrecito mío. ¿Quería quedarse en casa? Muy bien. ¿Quería pasar la velada con Coseta? Estaba muy contenta de ello. Como él se retiraba siempre á las diez de la noche, en esas ocasiones no venía Marius al jardín sino pasada esta hora, cuando oía él desde la calle que Coseta había la puerta de la escalera que conducía al jardín. Excusado es decir que, durante el día, jamás se encontraba á Marius. Juan Valjean no pensaba ya siquiera que existiese Marius en el mundo. Sólo una vez, una mañana, le ocurrió decir á Coseta: — Mira que tienes toda la espalda llena de blanco! La noche anterior, Marius, en un transporte, había estrechado á Coseta contra la pared.

La vieja Toussaint, que se acostaba temprano, no pensaba más que en dormir, una vez concluidas sus tareas, y todo lo ignoraba, lo mismo que Juan Valjean.

Marius no ponía nunca los pies en la casa. Cuando estaba con Coseta, se ocultaban en una hondonada junto á la escalera, á fin de no poder ser vistos ni oídos desde la calle, y se sentaban allí, contentándose generalmente, por toda conversacion, con estrecharse las manos veinte veces por minuto, mirando á las ramas de los árboles. En estos momentos, aun cuando hubiese caído un rayo á treinta pasos de ellos, no lo habrían notado siquiera; de tal manera se absorbían y se sumergían profundamente los ensueños del uno en los ensueños del otro.

Limpidas y cristalinas purezas. Horas enteramente blancas; casi todas iguales. Este género de amores es una colección de hojas de azucena y de plumas de paloma.

Todo el jardín se hallaba entre ellos y la calle. Cada vez que Marius entraba y salía, volvía á colocar en su sitio, con el mayor esmero, el barrote de la verja, en términos que no se notara ningún desarreglo.

Habitualmente se marchaba á media noche, volviéndose á casa de Courfeyrac. Courfeyrac decía á Bahorel:

— ¿Lo creerás? Marius suele recogerse ahora á eso de la una de la noche.

Y Bahorel respondía:

— ¿Qué quieres? nunca falta un petardo para un seminarista.

En ciertos momentos, Courfeyrac se cruzaba de brazos, ponía un semblante serio, y decía á Marius:

— Usted se nos va descomponiendo, jóven!

Courfeyrac, como hombre práctico, no tomaba por el buen camino este reflejo de un paraíso invisible sobre Marius; estaba él poco acostumbrado al espectáculo de las pasiones inéditas, se impacientaba de ellas, y solía hacer de vez en cuando á Marius ciertas intimaciones para que volviese á entrar en la vida real.

Una mañana le lanzó esta admonición:

— Querido, por de pronto se me figura que te veo situado en la luna, reino del ensueño, provincia de la ilusión, capital Burbuja-de-Jabon. Vamos á ver, sé un buen muchacho conmigo, ¿cómo se llama ella?

Pero nada bastaba á hacer « que hablase » Marius. Antes le habrían arrancado á él las uñas que ninguna de las tres sílabas sagradas que componían el nombre inefable de *Coseta*. El verdadero amor es luminoso como la aurora y silencioso como la tumba. Sólo que, á juicio de Courfeyrac, en el cambio que Marius sufría había una tataruñidad radiante.

Durante este suave y delicioso mes de Mayo, Marius y Coseta conocieron estas inmensas felicidades:

Querellarse y llamarse de usted, únicamente para llamarse mejor de tú en seguida;

Hablarse largamente, y en los más minuciosos detalles, de geates que no les interesaban ni aun lo más remota-

mente; lo que prueba además que, en esa deliciosa ópera que se llama el amor, el libretto casi nada significa;

Para Marius, oír á Coseta hablar de trapos;

Para Coseta, oír á Marius hablar de política;

Oír, rodilla contra rodilla, cómo rodaban los carruajes por la calle de Babilonia;

Considerar el mismo planeta en el espacio ó la misma luciérnaga en la yerba;

Callarse los dos; mayor delicia aún que la de conversar;

Etc., etc.

Sin embargo, varias complicaciones se aproximaban.

Una noche, dirigióse Marius al lugar de la cita, por el boulevard de los Inválidos. habitualmente andaba él con la frente baja; y al tiempo de dar vuelta á la esquina de la calle de Plumet, oyó que una voz le decía muy cerca de él:

— Buenas noches, señor Marius.

Levantó la cabeza, y reconoció á Eponina.

Este encuentro le produjo un efecto singular. Ni una sola vez había él pensado en aquella muchacha desde el día en que ella le condujo á la calle de Plumet; no había vuelto á verla, y se la había borrado completamente en su memoria. Sólo motivos de reconocimiento tenía él para con ella, á quien debía su dicha presente, y sin embargo, era para él incómodo y embarazoso el encontrarla.

Es un error el creer que la pasión, cuando es dichosa y pura, conduce al hombre á un estado de perfección; adonde le conduce buenamente, según lo hemos consignado ya, es á un estado de olvido. En tal situación, el hombre olvida ser malo, pero también olvida ser bueno. El reconocimiento, el deber, los recuerdos esenciales é importunos, se desvanecen. En cualquiera otra circunstancia ú ocasión, Marius habría sido muy otro para Eponina. Absorto por Coseta, ni siquiera se había dado claramente cuenta de que aquella Eponina se llamaba Eponina Thénardier, y que lle-

vaba un nombre escrito en el testamento de su padre, aquel nombre por el cual se habría él sacrificado tan ardientemente algunos meses ántes. Nosotros presentamos á Marius tal cual era. Hasta su mismo padre desaparecía algún tanto en su alma bajo el espléndido velo de su amor.

Al verla, respondió con cierto embarazo:

— ¡Ah! ¿es usted, Eponina?

— ¿Por qué me habla usted de usted? ¿Acaso le he hecho yo á usted algo?

— No, contestó él.

Ciertamente, nada podía él tener contra ella. Muy lejos de esto. Sólo conocía que no podía ménos de hacerlo así; ahora que hablaba de tú á Coseta, debía hablar de usted á Eponina.

Como esta notara que él guardaba silencio, exclamó:

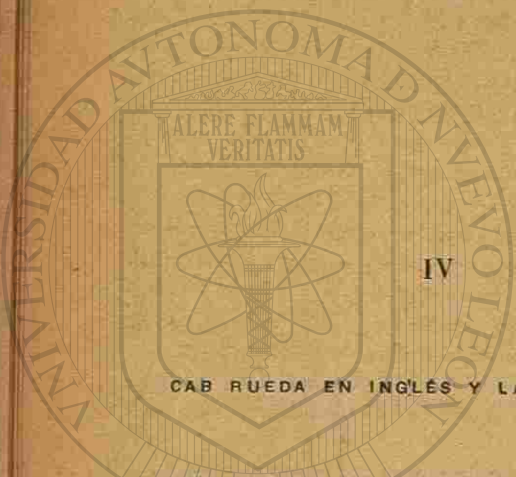
— ¡Vaya! dígame usted...

Y aquí se detuvo. Parecía que la faltaban palabras á aquella criatura en otro tiempo tan indiferente y tan osada. Probó á sonreírse, pero no pudo. Y añadió:

— ¿Ea bien?...

Y después volvió á callarse, permaneciendo con los ojos bajos.

— Buenas noches, señor Marius, dijo al fin bruscamente y de improviso, y se marchó.



Al día siguiente, era el 3 de Junio, el 3 de Junio de 1832, fecha que es preciso indicar á causa de los graves acontecimientos que en aquella época se hallaban suspendidos sobre el horizonte de París en estado de nubes cargadas, seguía Marius al anochecer el mismo camino que la vispera, con los mismos pensamientos de delicioso encanto en su corazón, cuando divisó, entre los árboles del boulevard, á Eponina que se dirigia hácia él. Dos días seguidos, era ya demasiado. Volvió bruscamente la espalda, abandonó el boulevard, cambió de camino, y se marchó á la calle de Plumet por la calle de Monsieur.

Esto hizo que Eponina le siguiese hasta la calle de Plumet, cosa que no habia ella hecho aún nunca. Hasta entónces se habia contentado con verle á su paso por el boulevard, sin que procurase siquiera encontrarse con

él. La vispera solamente habia tratado de hablarle.

Siguióle pues Eponina, sin que él lo notara, le vió apartar el barrote de la verja é introducirse en el jardín.

— ¡Toma! dijo la muchacha, ¡pues entra en la casa!

Se aproximó á la verja, fué tocando los barrotes, uno en pos de otro, y reconoció fácilmente cuál era aquel que Marius habia dislocado para entrar.

Y murmuró á média voz, con un acento lúgubre:

— ¡Nada de eso!

En seguida se sentó sobre el basamento de la verja, junto al mismo barrote descompuesto, como si se installara allí guardándole. Era precisamente el punto en que la verja iba á tocar á la pared inmediata. Había allí un rincón oscuro donde Eponina desaparecía enteramente.

En esta actitud permaneció más de una hora, sin moverse, casi sin respirar, entregada á sus ideas y á sus cavilaciones.

Á eso de las diez de la noche, uno de los dos ó tres transeuntes de la calle de Plumet, un viejo bourgeois que se recogia tarde, y que iba apresurando sus pasos por aquel sitio desierto y mal reputado, costeando la verja del jardín, al llegar al rincón que la verja formaba con la pared, oyó una voz sorda y amenazadora que decía:

— ¡Ya no lo extraño, si viene aqui todas las noches!

El transeunte paseó sus ojos en derredor, sin que viese á nadie, no atreviéndose á mirar hácia aquel rincón oscuro, porque tenía mucho miedo. Y apretó el paso.

Aquel transeunte hizo muy bien en darse prisa, pues al cabo de algunos instantes, seis hombres que marchaban separados y á cierta distancia unos de otros, á lo largo de la pared, y que habrían podido tomarse por una patrulla de ronda, entraron en la calle de Plumet. El primero que llegó á la verja del jardín se detuvo, y esperó á los otros;

un segundo había transcurrido apenas, y ya se hallaban todos los seis reunidos.

Aquellos hombres se pusieron á hablar en voz baj

— Ondoquí¹ es, dijo uno de ellos.

— ¿Hay un cab² en el jardín? preguntó otro.

— No sé. En todo caso, yo he acabelao³ aquí una albondiguilla que le haremos jamelar⁴.

— ¿Traes tú ahí engrudo para asparabar la felicha⁵?

— Sí.

— La verja es vetusta, repuso un quinto hombre que tenía voz de ventrilocuo.

— Tanto mejor, dijo el segundo que había hablado.

Así no simbelará ella bajo la dañ⁶, y no estará tan dura para ajnarla⁷.

El sexto hombre, que aún no había abierto la boca, se puso á reconocer el estado de la verja, como lo había hecho Eponina una hora ántes, empuñando sucesivamente cada barrote y sacudiéndolos con precaucion. Así llegó por fin al barrote que Marius había despegado. En el mismo instante en que iba á agarrar aquel barrote, una mano que salió bruscamente de la sombra se precipitó sobre su brazo sintiéndose él vivamente rechazado en mitad del pecho, mientras que una voz bronca le decía sin gritar:

— Hay un cab.

¹ Aquí (icicaille en argot).

² Cab. en argot, es perro en castellano, ó sea, chuquel en caló; pero en vez de chuquel, dejamos cab en argot, porque esta palabra intitula el capítulo.

³ Traído.

⁴ Comer.

⁵ Para romper la ventana. Se rompe una vidriera por medio de un emplasto de engrudo ó mastie que, apoyado en el cristal, retiene los pedazos de este impidiendo así el ruido.

⁶ No hará ruido bajo la sierra.

⁷ Cortarla.

Al mismo tiempo vió de pié frente á él una muchacha pálida y desgñada.

El hombre experimentó esa fuerte conmocion que produce siempre lo inesperado. Se enderezó con cierto ademán horrible; nada es tan formidable de ver como una fiera inquieta é irritada; su gesto espantado es espantoso. Retrocedió y tartamudeó:

— ¿Quién es esta bribona?

— Su hija de usted, contestó ella.

En efecto, era Eponina quien hablaba así á Thénardier.

Á la aparicion de Eponina, los otros cinco, es decir, Claquesous, Gueulemer, Babet, Montparnasse y Brujon, se habían acercado sin hacer ruido alguno, sin precipitacion, sin pronunciar una palabra, con la calma siniestra que es peculiar de esos hombres, ó de esas sombras, de la noche.

Notábase que traían en las manos no se sabe qué especie de horribles herramientas. Gueulemer tenía una de esas pinzas corvas que los andorreros llaman orbrisas¹.

— ¡Ah! vaya, ¿qué es lo que tú haces aquí? ¿qué tienes tú que ver con nosotros? ¿estás loca? exclamó Thénardier, en cuanto es posible exclamar hablando en voz baja. ¿Por qué vienes aquí á impedirnos de trabajar?

Eponina se echó á reír y se le colgó al cuello.

— Estoy aquí, padrecito mio, porque estoy aquí. ¿Es que ahora no es permitido sentarse la gente sobre las piedras? Usted es el que no debía hallarse aquí. ¿Qué es lo que viene usted á hacer á esta casa, puesto que es un bizcocho? Va se lo dije yo á la Magnon. Aquí no hay nada que hacer. Pero béseme usted, mi buen padrecito! ¿Cuánto tiempo hacia que no le había visto á usted! Conque ya está usted en libertad?

¹ Fanchons, en argot.

El Thénardier procuró desasirse de entre los brazos de Eponina y refunfuñó :

— Está bien. Me has besado. Si, ya estoy fuera. No estoy dentro, sinastroa¹. Ahora, márchate de aquí.

Pero Eponina no soltaba á su padre, redoblando sus caricias.

— ¡ Bato¹ mio ! ¿ pues cómo se las ha arreglado usted ? Es menester que tenga usted mucho talento para haberse largao de allí. ¿ Cuénteme usted cómo ha sido eso ! ¿ Y mi madre ? ¿ dónde está mi madre ? Déme usted noticias de mamá.

Thénardier contestó :

— Va bien, yo nada sé de ella, déjame, y te digo que te vayas.

— Cabalmente yo no quiero irme, le respondió Eponina, haciéndole unos melindres y pucheros de niño mimado, ¡ si me despide usted cuando ya hace cuatro meses que no le habia visto, y que apenas he tenido tiempo para besarle. Y la muchacha volvió á colgarse del cuello de su padre.

— ¡ Ea ! ¡ vamos, to¹ es bastante tonto ! dijo Babet.

— ¡ Despachémoslos ! dijo Gueulemer, pues podrian pasar las arpias por aquí.

La voz de ventriloquo escandió estas palabras : No estamos en día de Año-Nuevo, para venirnos picoteando y piando papá, mamá.

Eponina se volvió hácia los cinco bandidos.

— ¡ Toma ! dijo, es el señor Brujon. — Buenas noches, señor Babet. Buenas noches, señor Claquesous. ¿ Es que no me conoce usted ya, señor Gueulemer ? — ¿ Cómo te va, Montparnasse ?

— ¡ Sí, que te conocen ! dijo Thénardier. Pero con bue-

Eucarcelado.
Padre.

nos días, ó con buenas noches, lo que importa es que te largues, y que nos dejes en paz.

— Esta es la hora de los zorros, y no la delas gallinas, dijo Montparnasse.

— Ya estás viendo que nosotros tenemos que ostabar acoi¹, añadió Babet.

Eponina tomó la mano á Montparnasse.

— ¡ Cuidado ! la dijo éste, no te vayas á cortar, que tengo una serdañí² abierta.

— Mi Montparnassito, respondió Eponina en tono cariñoso, es menester tener confianza en las gentes. Yo soy tal vez hija de mi padre. Señor Babet, señor Gueulemer, á mi fué á quien se me encargó que averiguase este negocio.

Es de notar que Eponina no hablaba ya nunca argot. Desde que conoció á Marius, esta lengua horrorosa se la habia hecho imposible.

Estrechó en su mano pequeña, huesosa y débil como la mano de un esqueleto los dedazos toscos y rudos de Gueulemer, y continuó :

— Ya saben ustedes que yo no soy tonta. Ordinariamente me creen tal. Pero yo les he prestado á ustedes servicios en muchas ocasiones. Pues bien, he tomado mis informes, y sé que se expondrian ustedes aquí sin conseguir nada, ya lo ven ustedes, se lo digo bien claro, para que les sirva de regla. Yo les juro que no hay nada que hacer en esta casa.

— Hay mujeres solas, dijo Gueulemer.

— No. Aquellas personas que habia aquí ántes se han mudado.

— ¡ Pero entodo caso, no se han mudado las luces ! repuso Babet.

Y señaló con el dedo á Eponina, por entre las ramas de

¹ Que trabajar ó robar aquí.

² Navaja.

los árboles, una luz que pasaba en la boardilla del pabellon. Era la Toussaint que había velado para tender ropa á secar.

Eponina intentó un postrer esfuerzo.

— Y bien, dijo, es una gente muy pobre, una barraca donde no tienen un cuarto.

— ¡ Anda y vete al diablo! la dijo Thénardier. Cuando hayamos vuelto y revuelto toda la casa, poniendo la cueva arriba y el granero abajo, te diremos lo que hay dentro, si son lúas, calés ó cornes¹.

Y la empujó para pasar á la ejecucion.

— ¡ Mi buen amigo señor Montparnasse, dijo Eponina, yo se lo ruego á usted, usted que es tan buen muchacho, no entre en esta casa!

— ¡ Cuidado! te he dicho ya y te repito, que te vas á cortar, repuso Montparnasse.

Thénardier añadió con el acento decisivo que le era peculiar:

— ¡ Nájese² de aquí pronto la chavori³, y deje á los hombres hacer sus negocios!

Eponina soltó la mano de Montparnasse que había vuelto á coger, y dijo:

— ¿ Conque al fin quieren ustedes entrar en esta casa?

— ¡ Un poquito, nada más! contestó el ventrílocuo riendo y burlándose.

Entónces ella se respaldó contra la verja, hizo rostro firme á los seis bandidos armados hasta los dientes y á quienes la noche daba semblantes de demonios, y dijo en voz baja pero energética:

— ¡ Pues bien! si ustedes quieren, yo no quiero.

¹ Pesetas, cuartos ó ochavos

² Marchese.

³ Hija.

Ellos se detuvieron estupefactos. El ventrílocuo sin embargo acabó su burla. Ella entónces añadió:

— ¡ Amigos míos! escuchad bien lo que os voy á decir. No se trata de eso. Ahora soy yo quien habla. En primer lugar, si llegáis á entrar en este jardin, si tocáis á esta verja, me pongo á gritar en seguida, me pongo á golpear en las puertas, despierto á la gente, llamo á los de policia, y os hago enjaular á todos los seis.

— Y sería ella capaz de hacerlo, dijo Thénardier en voz baja á Brujo y al ventrílocuo.

La muchacha meneó la cabeza y añadió:

— ¡ Principiando por mi padre!

Thénardier se aproximó á ella.

— ¡ No tan cerca, buen hombre! le dijo Eponina.

Él retrocedió refunfuñando entre dientes: Pero ¿ qué es lo que tiene esta chica? y añadió:

— ¡ Perra!

Ella se echó á reir de una manera terrible:

— Seré lo que usted quiera, pero no entrarán ustedes. Yo no soy hija de perro, puesto que soy hija de lobo. Ustedes son seis, ¿ qué me importa á mí eso? Son ustedes hombres.

Y bien! yo soy una mujer. Anden ustedes, que no les tengo miedo. Ya les digo que no han de entrar en esta casa, porque á mi no me da la gana. Si se aproximan ustedes á mí, me pondré á ladrar. Ya se lo digo á ustedes, el cab soy yo, y maldito el cuidado que me da de ustedes. ¡ Sigan, sigan su camino, que ya me están fastidiando! ¡ Vayanse al diablo, ó dónde quieran irse, pero no vengan aquí, yo se lo prohibo! ¡ Ustedes á navajazos y yo á zapatazos, me es igual, avancen, avancen si se atreven!

Y diciendo esto, dió ella un paso hácia los bandidos; estaba espantosa, y se echó á reir con una risa satánica.

— ¡ Pardiez! yo no tengo miedo. Este verano, tendré hambre, este invierno tendré frio. Pues no son poco tontos

estos bestias de hombres en creer que pueden hacer miedo á una muchacha ! ¡ Cá ! ¿ yo miedo ? ¡ Por supuesto ! ¡ que si quieres ! Porque tenéis unas ñoñas de queridas que se asustan y se meten debajo de la cama cuando levantáis el grito, ó toséis un poco fuerte, no es verdad ? ¡ Pues bien, yo no tengo miedo de nada, ni de nadie !

Y apoyó sobre Thénardier su mirada fija, diciéndole:

— ¡ Ni de usted tampoco, padre !

Después prosiguió paseando sobre los bandidos sus sangrientas pupilas de espectro :

— ¿ Qué me importa á mi que me recojan mañana con la basura del suelo en la calle de Plumet, barastada ¹ por mi padre, ó que dentro de un año me encuentren en las redes de Saint-Cloud ó en la isla de los Cisnes entre los tapones viejos y podridos y entre los perros ahogados !

Al llegar aquí, la fué forzozo interrumpirse ; una tos seca la acometió de repente, su respiración salía como un estertor de su pecho reducido y débil.

Por fin continuó diciendo :

— No tengo más que empezará gritar y, chas, en seguida vienen. Vosotros sois seis, y yo soy todo el mundo.

Thénardier hizo un movimiento hácia ella.

— ¡ No hay que acercarse ! gritó la muchacha.

El padre se detuvo y la dijo en el tono más amable del mundo :

— Está bien, no : no me acercaré, pero no hables, tan alto. Hija mía, conque quieres tú así impedirnos de trabajar ? Sin embargo, es menester que ganemos nuestra vida.

¿ No tienes tú ya ningún cariño á tu padre ?

— Está usted muy cargante, le dijo Eponina.

— Sin embargo, es menester que vivamos, que ~~comamos...~~

¹ Muerta a pieñaladas.

— Morirse, reventad.

Y diciendo esto, la muchacha se sentó sobre el basamento de la verja cantorreando esta tonadilla :

Combien je regrette
Mon bras si doou,
Ma jambe bien faite,
Et le temps perdu ¹.

Tenía apoyado el codo en la rodilla y la barba en la mano, balanceando el pié con ademán indiferente. Los rasgones de su vestido ponían al descubierto sus descarnadas clavículas. El farol inmediato alumbraba su rostro y su actitud. No era posible ver nada más resuelto y más sorprendente.

Sombríos, mohinos y como cortados de verse así impedidos de proseguir en su empresa, por una muchachuela, los seis ardujes ² se dirigieron hácia la oscuridad que dejaba aún la luz del farol, donde celebraron consejo, meneando las cabezas y encogiéndose de hombros, humillados y furiosos.

Entre tanto ella los miraba con un gesto apacible y hueraño.

— Sin duda la muchacha tiene algo, dijo Babet. Algun motivo hay. ¿ Si estará enamorada del cab ? Sin embargo, es lástima que dejemos escapar esta ocasión. Dos mujeres, un viejo que había en un patio interior, y no faltan cortinas en las ventanas. El viejo debe ser un bordajú ³. Yo creo que este es un negocio bueno.

— Y bien ! entrad vosotros, exclamó Montparnasse.

¹ Cuánto hecho de ménos mi brazo rollizo, mi pierna toruçada, y el tiempo perdido.

² Asesinos.

³ Un judío.

Haced el negocio. Yo me quedaré aquí con la muchacha, y si resuella...

É hizo brillar á la luz del farol la enorme navaja que llevaba abierta en su manga.

Thénardier no decía ni una palabra, y parecía dispuesto á todo cuanto quisieran.

Brujon, que era una especie de oráculo, y que, como es sabido, era también el que habia « dado el negocio, » no habia hablado aún. Parecía pensativo. Pasaba él por hombre que no retrocedia ante ninguna dificultad, por más arriesgada y peligrosa que ella fuera, y se sabia que, sólo por fanfarronería y por bravata, habia él desbalijado nada menos que un puesto de agentes de policia. Además, hacia versos y canciones, lo que le daba una grande autoridad.

Babet le interrogó :

— ¿ Tú no dices nada, Brujon ?

Brujon permaneció aún algunos instantes silencioso, en seguida manéó la cabeza de diversas maneras, y se decidió al fin á elevar la voz :

— Hé aquí lo que yo digo: esta mañana encontré á dos gorriones riñendo; esta noche, tropiezo con una mujer que me disputa el paso. Todo esto es de mal agüero. Vámonos.

Y se marcharon.

— De todos modos, si se hubiera querido, yo la hubiera baraustao ¹, dijo Montparnasse.

Babet respondió :

— Yo no. Yo nunca pego á una mujer.

Al llegar á la esquina de la calle, se detuvieron y cambiaron en voz sorda este diálogo enigmático :

— ¿ Adónde iremos á pasar la noche ?

— Debajo de Pantin ².

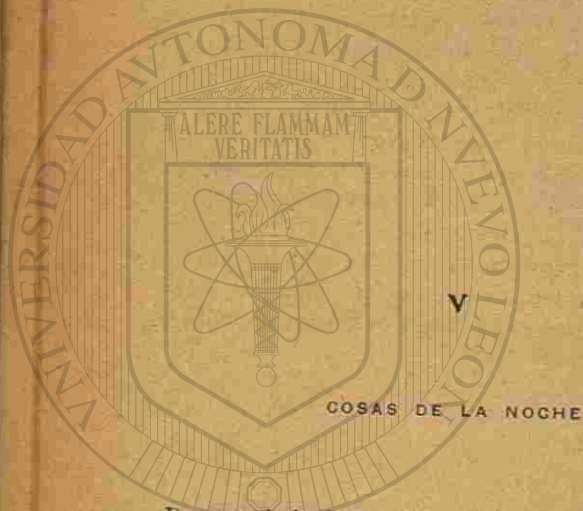
¹ La hubiera dado de puñaladas.

² Pantin, París.

— ¿ Traes tú la llave de la verja, Thénardier ?

— ¡ Pardiez !

Eponina, que no los perdía de vista, notó que volvieron á emprender el camino por donde habian venido. Entónces se levantó y se puso á andar de galas tras ellos á lo largo de las paredes ¹ de las casas, siguiéndolos así hasta el boulevard. Allí se separaron, y ella vió á aquellos seis hombres sumergirse en la oscuridad, donde pareció como que se desvanecieron en las sombras de la noche.



Después de la desaparición de los bandidos, la calle de Plumet recobró su tranquilo aspecto nocturno.

Lo que acababa de pasar en aquella calle no lo habría extrañado un bosque, El monte talar, la selva, el soto, el matorral, las ramas de árboles rudamente entrelazadas, la alta yerba, tienen una existencia sombría; la comezon propia de los lugares salvajes entreve allí las súbitas apariciones de lo invisible; lo que está por bajo del hombre distingue allí, al través de una espesa bruma, lo que está más allá del hombre; y las cosas ignoradas por nosotros los vivientes se confrontan en aquel sitio, en medio de la oscuridad de la noche. La rústica y áspera naturaleza se conmueve ante ciertas aproximaciones en las cuales cree ella sentir lo sobrenatural. Las fuerzas de la sombra se conocen, y tienen entre sí misteriosos equilibrios. Los

dientes y las garras temen lo inasequible. La bestialidad bebedora de sangre, los voraces y famélicos apetitos que van azorados en busca de la presa, los instintos armados de uñas y de mandíbulas que tienen por principio y por fin el vientre, miran y olfatean con inquietud el impasible lineamiento espectral rondando bajo un sudario, de pié, envuelto en su túnica horripilante y que les parece vivir una vida muerta y terrible. Esas brutalidades, que no son sino materia, temen confusamente habérselas con la inmensa oscuridad condensada en un sér desconocido. Una figura negra, atajando el paso, detiene en su marcha á la horrible fiera. Lo que sale del cementerio intimida y desconcierta á lo que sale del antro; lo feroz tiene miedo de lo siniestro; los lobos retroceden ante el encuentro de una gulia.

— ¿Qué tienes?

Y ella había respondido :

— Hé ahí.

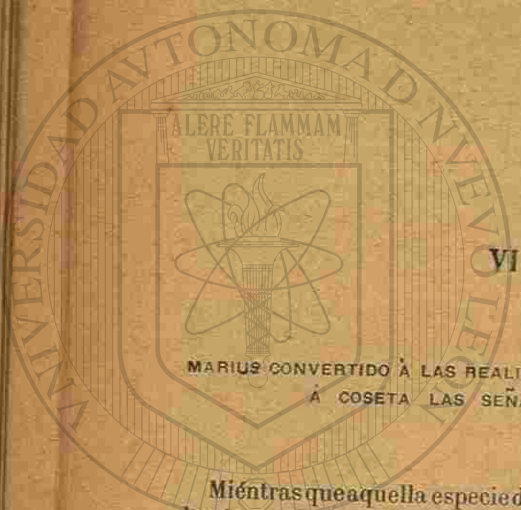
Y en seguida se había sentado en el banco junto á la escalera, y mientras que el tomaba asiento, temblando, cerca de ella, la niña prosiguió diciendo :

Mi padre me ha dicho esta mañana que esté pronta, que tiene ciertos negocios que arreglar, y que tal vez vamos á hacer un viaje.

Marius se estremeció de piés á cabeza.

Cuando uno se halla al final de la vida, morir, quiere decir partir; cuando se halla al principio, partir, quiere decir morir.

En el espacio de las seis semanas transcuridas, Marius había ido cada día, poco á poco, despacio, tomando posesión de Coseta. Posesión enteramente ideal, pero profunda. Según lo hemos explicado ya, en el primer amor, se toma el alma mucho ántes que el cuerpo; más adelante se toma el cuerpo mucho ántes que el alma; á veces no se toma el alma nunca; los Faublas y los Prudhomme añaden: porque no la hay; pero afortunadamente el sarcasmo es una blasfemia. Marius, pues, poseía á Coseta como poseen los espíritus; pero la envolvía con toda su alma y la asia zelosamente, con una increíble convicción. Él poseía su sonrisa, su hálito, su perfume, la profunda radiación de sus pupilas azules, la suavidad de su cútis cuando él la tocaba la mano, el precioso lunar que ella tenía en el cuello, todos sus pensamientos, en fin. Habían convenido entre sí en que no dormirían jamás sin soñar el uno con el otro, y se habían cumplido su palabra respectivamente. Por consiguiente, él poseía todos los sueños de Coseta. Miraba sin cesar y movía á veces con su soplo los cabellos pequeños que ella tenía en la nuca, y se declaraba que no había ni un solo de aquellos cabellos finos y delicados que no le perteneciese á él, á



VI

Mientras que aquella especie de perra con figura humana hacía centinela junto á la verja del jardín, y que seis bandidos armados emprendían la fuga ántes de la resistencia de una muchacha, Marius se hallaba al lado de Coseta.

Jamás había estado el cielo más constelado y más hermoso, ni más temblorosos los árboles, ni la fragancia de las yerbas más penetrante; jamás se habían adormido las aves entre las hojas con un murmurio más dulce y apacible; jamás habían respondido mejor todas las armonías de la serenidad universal á las músicas interiores del amor; jamás había estado Marius más enamorado, más dichoso, más extasiado. Pero había hallado á Coseta triste. Coseta había llorado. Tenía los ojos de un color rojo bastante encendido.

Este era el primer nublado en aquel admirable ensueño. La primera palabra de Marius había sido :

Marius. Contemplaba y adoraba todas cuantas cosas se ponía ella y llevaba, sulazo de cinta, sus guantes, sus puños, sus botitas, como otros tantos objetos sagrados cuyo dueño era él. Consideraba que él era el amo de aquellos lindos peñecitos de concha que tenía ella puestos en el pelo, y aún decía para sí, en esos sordos y confusos tartamudeos, del deleite que se deja entrever, que no había un cordón de su vestido ni un punto de sus medias, ni un pliegue de su corsé, que no le perteneciese á él. Al lado de Coseta, considerábase él junto á su bien, junto á su propiedad, junto á su déspota y junto á su esclavo. Parecía que habían mezclado y confundido sus almas de tal manera que, si hubieran querido recobrarlas, les habría sido imposible reconocerlas. — Esta es la mía. — No, es la mía. — Te aseguro que te equivocas. Ese soy yo, sin la memoria. — Lo que tú tomas por tú, soy yo. — Marius era una cosa que formaba parte de Coseta y Coseta era una cosa que formaba parte de Marius. Marius sentía á Coseta vivir en él. Tener á Coseta, poseer á Coseta, no era para él una cosa distinta de respirar. En medio de esta fe, de esta embriaguez, de esta posesión virginal, inaudita y absoluta, de esta soberanía, vinieron pues á caer de improviso estas palabras: « Vamos á marcharnos, » gritándole la voz brusca de la realidad: ¡Coseta no es tuya!

Marius despertó. Seis semanas hacía que vivía Marius, según hemos dicho, fuera de las condiciones de la vida ordinaria; esta palabra, marcharse! le hizo volver á entrar en ellas de una manera dura.

Ni una sola palabra halló para respuesta. Coseta sintió solamente que su mano estaba muy fría, y le dijo á su vez:

— ¿Qué tienes?

Él respondió entonces en voz tan baja que apenas pudo oírle Coseta:

— Yo no comprendo lo que has dicho.

Y ella prosiguió:

— Esta mañana me dijo mi padre que prepare toda mi ropa y mi equipaje y que esté dispuesta, que él también me dará la suya para colocarla en una maleta, que está precisado á hacer un viaje, que nos vamos á marchar, que necesitaremos una maleta grande para mí y otra pequeña para él, que lo prepare todo de aquí á una semana, y que tal vez vayamos á Inglaterra.

— ¡Pero si eso es monstruoso! exclamó Marius.

Es indudable que en este momento, ningún abuso de poder, ninguna violencia, ninguna abominación de los tiranos más prodigiosos, ningún acto de Busiris, de Tiberio ó de Enrique VIII, igualaba en ferocidad, á juicio de Marius, á esta determinación: El señor Fauchelevent llevándose á su hija á Inglaterra, porque le llamaban allí los negocios!

Entonces la preguntó con voz apagada:

— ¿Y cuándo te marcharás?

— No me ha dicho cuándo.

— ¿Y cuándo volverás?

— Tampoco me ha dicho cuándo.

Marius se levantó, y dijo friamente:

— ¿Coseta, irá usted?

Coseta volvió hacia él sus bellos ojos llenos de angustia y respondió con una especie de extravío ó de delirio:

— ¿Adónde?

— ¿Á Inglaterra, irá usted?

— ¿Por qué me dices usted?

— ¿Yo la pregunto á usted si irá?

— ¿Qué quieres que haga? repuso ella cruzando las manos.

— ¿Conque es decir que irá usted?

— ¿Si mi padre va?

— ¿Conque irá usted á Inglaterra?

Coseta tomó la mano de Marius y la estrechó sin responder.

— Está bien, dijo Marius. Entónces yo iré á otra parte.

Coseta vislumbró el sentido de esta palabra más bien que la comprendió; se puso tan pálida, que su rostro apareció blanco en la oscuridad; y le dijo en tono balbuciente:

— ¿Qué quieres decir?

Marius la miró, en seguida levantó lentamente los ojos hácia el cielo y respondió:

— Nada.

Cuando sus párpados bajaban, vió que Coseta le sonreía. La sonrisa de una mujer á quien se ama tiene una claridad tal que se la ve de noche.

— ¡Qué tontos somos! Marius, yo tengo una idea.

— ¿Cuál?

— ¡Ven tú también si nosotros nos marchamos! yo te diré adónde iremos! y tú vendrás á unirte conmigo allí en donde yo estuviere!

Marius era ya ahora un hombre enteramente despierto de su letargo y de sus delirantes ensueños. Había vuelto al terreno de las realidades; y exclamó replicando á Coseta:

— ¡Marcharme yo con ustedes! ¡estás loca! Pero si para eso se necesita dinero, y yo no tengo un cuarto! ¿Ir á Inglaterra! Pero si estoy debiendo ahora mismo, yo no sé cuánto, más de diez luises, á Courfeyrac, un amigo mío á quien tú no conoces! Pero si tengo un sombrero viejo que no vale tres francos, un frac al cual le faltan botones por delante, mi camisa está toda ella rota, llevo los codos agujereados, mis botas que se llenan de agua por todas partes; en estas seis semanas, no he pensado en ello siquiera, y nada te he dicho de mi situación. ¡Coseta! soy un miserable. Tú no me ves sino por la noche, y me das tu amor; ¡si me vieras de día, me darías un sueldo! ¡Ir yo á Inglaterra! ¡Ah! ni siquiera podría pagar el pasaporte!

Y se apoyó contra un árbol que estaba allí cerca, de pié, con los brazos sobre la cabeza, la frente contra el tronco, sin sentir ni la corteza del árbol que le desollaba el cutis, ni la fiebre que le golpeaba las sienes, inmóvil, y á punto de caer en tierra, como la estatua de la Desesperación.

En esta actitud permaneció largo rato. Se permanecería en tales abismos durante una eternidad. Al fin se volvió. Había oído detras de sí un pequeño ruido ahogado, suave y triste.

Era Coseta que sollozaba.

Estaba ella llorando, hacía ya más de dos horas, al lado de Marius que cavilaba y deliraba.

Dirigióse hácia ella, cayó de rodillas, y prosternándose lentamente, tomó la punta de su pié que pasaba por debajo del vestido y la besó.

Ella le dejó hacerlo en el mayor silencio. Hay momentos en que la mujer acepta, como una diosa sombría y resignada, la religion del amor.

— No llores, la dijo.

Y ella replicó en un lenguaje entrecortado:

— ¡Pues que yo me voy á marchar tal vez, y tú no puedes venir!

Á lo cual repuso él:

— ¿Me amas?

Ella le contestó sollozando esta palabra del paraíso que nunca es más hermosa que cuando va envuelta en lágrimas:

— ¡Te adoro!

Y él prosiguió con un tono de voz que era de una indecible caricia:

— No llores. ¿Dime, quieres hacer eso por mí, no llorar?

— ¿Me amas tú? le dijo ella.

Él la tomó la mano, y la dijo:

— Coseta, yo no he dado nunca mi palabra de honor á nadie. porque mi palabra de honor me causa miedo. Presiento que al lado de ella está mi padre. Pues bien, yo te doy mi palabra de honor más sagrada de que, si te marchas, moriré.

Habia en el acento con que él pronunció estas palabras una melancolía tan solemne y tan tranquila, que Coseta se puso á temblar, sintiendo ese frio que produce una cosa sombría y verdadera que pasa ante nuestra vista y ante nuestra mente. Pasmada y sobrecogida, cesó de llorar.

— Ahora, escucha, la dijo, no me esperes mañana.

— ¿Por qué?

— No me esperes hasta pasado mañana.

— ¡Oh! ¿por qué?

— Ya lo verás.

— ¡Un día sin verte! pero eso no es posible.

— Sacrifiquemos un día para tener tal vez toda la vida.

Y Marius añadió á media voz y por vía de aparte :

— Es un hombre que no cambia en nada sus hábitos, y no ha recibido nunca á nadie sino por la noche.

— ¿De qué hombre estás hablando? le preguntó Coseta.

— ¿Yo? no he dicho nada.

— Pues ¿qué es lo que esperas?

— Aguarda hasta pasado mañana.

— ¿Lo quieres así?

— Sí, Coseta.

Entonces ella le cogió la cabeza entre sus manos, levantándose sobre las puntas de los pies para hallarse á su altura, y procurando leer en sus ojos su esperanza.

Marius añadió :

— Estoy pensando en ello, es preciso que tú sepas las señas de mi casa, podrán suceder ciertas cosas, no sabe uno... yo habito en casa de ese amigo Courfeyrac, de quien ya te he hablado, calle de la Verrerie, número 16.

Se metió la mano en el bolsillo, sacó de él un cortaplumas, y con la lámina escribió en el yeso de la pared :

16, *Calle de la Verrerie.*

Entre tanto Coseta habia vuelto á su afán de mirarle de hito en hito en los ojos.

— Dime tu pensamiento, Marius. Tú tienes un pensamiento sin duda; dímelo. ¡Oh! dímelo, sí, para que yo no pase una mala noche!

— Mi pensamiento, véle aquí : es que es imposible que Dios quiera separarnos. Espérame pasado mañana.

— ¿Y qué es lo que haré yo hasta entonces? dijo Coseta. ¡Tú estás allá fuera, gozas de completa libertad, vas y vienes! ¡Qué dichosos son los hombres! ¡Pero yo, voy á quedarme aquí enteramente sola! ¡Oh! qué triste voy á estar! Pero ¿qué es lo que vas á hacer mañana á la noche, dímelo?

— Voy á hacer una prueba.

— Pues yo rogaré á Dios y pensaré en ti desde aquí hasta entonces á fin de que salgas con bien. Ya no te preguntaré nada, puesto que no quieres. Tú eres mi dueño y mi señor. Mañana, pasaré yo mi velada cantando esa música de *Lurynthe* que tanto te gusta á ti y que viniste á oír una noche junto á mi ventana. Pero pasado mañana vendrás temprano. Yo te esperaré por la noche, á las nueve en punto, te lo prevengo. ¡Dios mio! qué triste es que los días sean tan largos! Lo oyes, á las nueve en punto, ya estaré yo en el jardín.

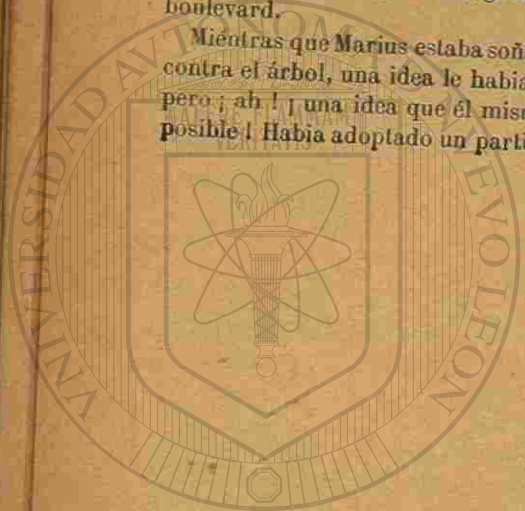
— Y yo también.

Y sin habérselo dicho, movidos ambos por el mismo pensamiento, arrastrados por esas corrientes eléctricas que ponen á dos amantes en continua comunicacion; ebrios ambos de deleite, aun en su propio dolor, cayeron en los brazos uno de otro, sin apercibirse de que sus labios se habian unido mientras que sus ojos levantados, desho-

dando el éxtasis y llenos de lágrimas, contemplaban las estrellas.

Cuando Marius salió, la calle estaba desierta. Era el momento en que Eponina seguía á los bandidos hasta el boulevard.

Mientras que Marius estaba soñando, apoyada la cabeza contra el árbol, una idea le había cruzado por la mente; pero; ah! ¡ una idea que él mismo creía insensata é imposible! Había adoptado un partido violento



VIII

EL CORAZON VIEJO Y EL CORAZON JÓVEN EN PRESENCIA
UNO DE OTRO

El tío Gillenormand contaba en esta época sus noventa y un años bien cumplidos. Vivía siempre, con la señorita Gillenormand, en la calle de las Filles-du-Calvaire, n° 6, en aquella casa vieja que era de su propiedad. Como lo hemos visto ya, era él uno de esos ancianos del antiguo régimen, que esperan la muerte muy derechos, á quienes la edad carga sin hacerlos doblegar sin embargo, y á quienes ni aun los disgustos y las penas hacen inclinar la cabeza.

No obstante, de algun tiempo á esta parte, solía decir su hija: Mi padre va decayendo. Ya no daba de bofetadas á las sirvientas; no golpeaba con su baston, acompañando los golpes de dichos agudos y picantes, el descanso de la escalera cuando Basque tardaba en abrirle la puerta. La revolucion de Julio le había apenas exasperado por espacio de unos seis meses. Había visto casi con tranquilidad en el

Monitor esta asociación de palabras: M. Humblot-Conté, par de Francia. En resumen, el hecho es que el anciano se hallaba ya cansado y agobiado. No se doblegaba, no se rendía; pues esto distaba tanto de su naturaleza física como de su naturaleza moral; pero se sentía desfallecer interiormente. Cuatro años hacía que esperaba él á Marius, á pie firme, digámoslo así, con la convicción de que aquel picaruelo llamaría á la puerta de un día á otro; y ahora había llegado ya, en ciertos momentos tristes, á decirse que, por poco que Marius se hiciese aún esperar... — No era la muerte lo que se le hacía insoportable, sino la idea de que tal vez no volvería ya nunca á ver á Marius. No volver á ver jamás á Marius, era una cosa que no había entrado ni un instante en su cerebro hasta entonces; ahora ya esta idea empezaba á aparecerle en la mente y le helaba de espanto. Como siempre sucede en los sentimientos naturales y verdaderos, la ausencia no había hecho más que acrecer su amor de abuelo para con el nieto ingrato que había abandonado su casa de aquella suerte. En las noches de Diciembre, con diez grados de frío, es cuando más se piensa en el sol. El señor Gillenormand era, ó, al ménos, se creía sobre todo incapaz de dar un paso, él, el abuelo, hacía su nieto; — antes reventaría yo, decía, que hacer semejante cosa! Él no confesaba que le faltase la razón ni aun en lo más mínimo; pero esto no obstante, nunca pensaba en Marius sino con profunda ternura y con la muda desesperación de un pobre viejo que va ya caminando hácia las tinieblas.

Comenzaba á perder sus dientes, lo cual no dejaba de aumentar su tristeza.

Sin que él se lo confesara, no obstante, á sí mismo, pues sólo la idea de esto le habría puesto furioso, avergonzándole, el señor Gillenormand no había amado jamás á ninguna de sus queridas tanto como amaba á Marius.

Había hecho colocar en su cuarto, frente á la cabecera

desu cama, como la primera cosa que él quería ver al despertar, un antiguo retrato de su otra hija, la que había muerto, la señora Pontmercy, retrato hecho cuando ella tenía diez y ocho años. Y miraba sin cesar á aquel retrato. Un día sucedió que dijo al considerarle:

— Yo encuentro que se le parece bastante.

— ¿ Á mi hermana? repuso la señorita Gillenormand.
¡ Oh! sí.

El anciano añadió:

— Y á él también.

Una vez, estando él sentado, apoyadas las dos rodillas una contra otra, y con los ojos casi cerrados, en una actitud de verdadero abatimiento, su hija se arriesgó á decirle:

— ¿ Padre mio, es que usted le guarda siempre el mismo rencor?...

Y ella se detuvo aquí, sin atreverse á pasar más adelante.

— ¿ Á quién? preguntó él.

— Á ese pobre Marius.

Levantó él su vieja cabeza, apoyó sobre la mesa su puño enflaquecido y arrugado, y gritó con su acento más irritable y más vibrante:

— ¡ Pobre Marius, dices! Ese caballerele es un bribon de siete suelas, un picaro, un mal sugeto, un vanidosillo ingrato, sin corazón, sin alma, un orgulloso, un tunante!

Y volvió la cara, á fin de que su hija no viese una lágrima que tenía en los ojos.

Tres días despues, rompió un silencio en el cual se había él encerrado hacía ya como unas cuatro horas, para decir á su hija á quema ropa:

— Yo había tenido el honor de rogar á la señorita Gillenormand que jamás me hablase de él.

La hija del viejo Gillenormand renunció pues á toda ten-

tativa y pronunció para sus adentros este profundo diagnóstico :

— Mi padreno ha querido nunca mucho á mi hermana desde su locura. Es claro tambien que detesta á Marius.

« Desde su locura » queria decir : desde que ella se casó con el coronel.

Por lo demas, y segun se ha podido conjeturar, la señorita Gillenormand habia fracasado en su tentativa de sustituir su favorito, el oficial de lanceros, á Marius. El sustituto Theódulo no habia conseguido agradar. El señor Gillenormand no aceptó el quiproquo. El vacío del corazón no se acomoda con un simple tapon, con un comparsa cualquiera. Theódulo á su vez, sin dejar de ir olfateando la herencia, repugnaba él la carga de tener que agradar. El buen viejo fastidiaba al lancero y el lancero chocaba al buen viejo. El teniente Theódulo era alegre sin duda, pero hablador sempiterno; frívolo, pero vulgar; buen vividor, pero de mala sociedad; tenía queridas, es verdad, y hablaba de ellas mucho, también es cierto; pero hablaba mal. Todas sus buenas calidades iban acompañadas de un defecto. El señor Gillenormand estaba ya cansado de oírle contar las buenas suertes y aventuras que él tenía en los alrededores de su cuartel, calle de Babilonia. Y despues, el teniente Gillenormand solia venir algunas veces de uniforme con la escarapela tricolor, lo cual le hacía enteramente imposible. El tio Gillenormand habia concluido por decir á su hija : — Ya estoy harto del tal Theódulo. Soy poco amigo de las gentes de guerra en tiempos de paz. Recíbele tú, si quieres. Yo no sé si prefiero aún los espada-chines á estos que no hacen más que arrastrar la espada. El sonido agudo de las hojas de acero en las batallas es sobre todo menos miserable que ese ruido fastidioso de las vainas desable arrastrando por el empedrado de la calle ó por el pavimento de la casa. Y ademas, erguirse como un

perdonavidas fanfaron, y apretarse la cintura como una mujerzuela, llevar un corsé bajo una coraza, es ser ridiculoso dos veces. Cuando es un verdadero hombre, procura mantenerse á igual distancia de la fanfarronería y de la mariconería. Ni fierabras, ni afeminado. Guárdate, guárdate tu Theódulo para ti, si lo quieres.

Por más que le dijo su hija : — Sin embargo, es su sobrino de usted, aunque en segundo grado, — siempre resultó que el señor Gillenormand, que era abuelo hasta las puntas de las uñas, no era nada tio, ni en primero ni en segundo grado.

En el fondo, como él no carecia de talento, y comparaba, Theódulo no le habia servido sino para echar más de ménos y hacerle más sensible la ausencia de Marius.

Una noche, era el 4 de Junio, lo que no impedia sin embargo que el tio Gillenormand tuviese una buena lumbre en su chimenea, habia él hecho salir á su hija que estaba cosiendo en la pieza inmediata. Hallábase, pues, solo en su cuarto de las pinturas-églogas, con los pies apoyados en los morillos, medio envuelto en su enorme biombo de coromandel de nueve hojas, reclinado de codos sobre su mesa donde ardian dos bujías bajo una pantalla verde, enterado en su sillón de tapicería, con un libro en la mano, pero sin leer. Estaba vestido, segun su costumbre, de *incroyable*, y se parecia á un antiguo retrato de Garat. Este traje le habria hecho seguir y silbar por los gaminés en las calles de Paris, pero su hija procuraba cubrirle, siempre que salía, con un vasto capoton de obispo, que ocultaba sus vestidos. En casa, excepto para acostarse y para levantarse, jamas usaba él basta. — *Esote da á uno trazas de viejo*, decia.

El tio Gillenormand pensaba en Marius de una manera amorosa y amarga á la vez; y, como sucedia de ordinario, amargura predominaba en él. Su agria ternura acababa

siempre por hacerle hervir la sangre, y por convertirse en indignación. Había llegado á esa situación en que se trata de tomar un partido y de aceptar lo que más nos desgarrar. Estaba en vía de explicarse que ya ahora no había razón ni esperanza alguna de que Marius volviese al redil, que si hubiera debido volver, lo habría hecho ya, que por consiguiente, era preciso renunciar á toda esperanza. Probaba él á familiarizarse con la idea de que aquello era negocio concluido, y que moriría sin volver á ver jamás á « aquel caballero. » Pero toda su naturaleza se sublevaba en él; su vieja paternidad no podía consentir en ello. — ¡Cómo! decía á menudo entre sí, siendo este su estribillo doloroso, y no volverá ya aquí nunca! Su cabeza calva había caído sobre su pecho, y tenía vagamente fija una mirada lamentable é irritada sobre la ceniza de su hogar.

En lo más profundo y concentrado de este ensueño, su antiguo criado, Basque, entró y le preguntó:

— ¿Es que mi amo puede recibir al señor Marius?

El viejo se enderezó sobre su asiento, pálido y semejante á un cadáver que se levanta bajo un sacudimiento galvánico. Toda su sangre se le había agolpado al corazón. Y tartamudeó:

— ¿El señor Marius qué?

— Yo no sé, contestó Basque, intimidado y turbado por la actitud y el gesto de su amo, no lo he visto. Es Nicolette la que acaba de decirme: Ahí está un joven, di al amo que es el señor Marius.

El tío Gillenormand dijo en voz baja y balbuciente:

— Decidle que entre.

Y permaneció en la misma actitud, con la cabeza bamboleando y fijos los ojos en la puerta. Volvióse esta á abrir á los pocos instantes, dando paso á un joven. Era en efecto Marius.

Marius se detuvo á la puerta, como esperando á que le dijeran que pasase adelante.

Su traje, casi miserable, no se distinguía en la oscuridad que hacía la pantalla. Sólo se percibía su rostro tranquilo y grave, pero marcado con un sello de extraña y singular tristeza.

El tío Gillenormand, como atontado de estupor y de alegría, permaneció algunos instantes sin ver otra cosa que una claridad como cuando se halla uno en presencia de una aparición. Estaba á punto de desfallecer; veía él á Marius al traves de una especie de deslumbramiento ó de fascinación. ¡Era en efecto él, era sin duda Marius!

¡Por fin! ¡después de cuatro años! Le abarcó, digámoslo así, todo entero de una ojeada. Le halló hermoso, noble, distinguido, alto, un hombre formado, con la actitud conveniente, con ademán gallardo y gracioso. Viniéronle ganas de abrir los brazos, de llamarle, de precipitarse; sus entrañas se fundieron en alborazo y arrobamiento, las palabras afectuosas le henchían y desbordaban de su pecho; por último, toda esta ternura se dió á luz, le llegó hasta los labios, y por medio del contraste, que era el fondo de su naturaleza, salieron de ellos palabras de dureza, diciendo bruscamente:

— ¿Qué es lo que usted viene á hacer aquí?

Marius respondió con embarazo:

— Señor...

El señor Gillenormand habría querido que Marius se arrojara á sus brazos. Estuvo, pues, descontento de Marius y descontento de sí mismo. Conoció que él se mostraba brusco y que Marius se mostraba frío. Para aquel buen hombre era una insupportable é irritante ansiedad el sentirse tan tierno y tan desconsolado en su interior, y no poder mostrarse sino duro en el exterior. La actitud vol-

vió á apoderarse de él ; é interrumpiendo á Marius con su acento áspero, le dijo de nuevo :

— ¿ Entónces, por qué viene usted ?

Este « entónces » significaba : *Si usted no viene á abrazarme*. Marius miró á su abuelo, á quien la palidez daba un semblante de mármol.

— Señor...

El anciano repuso con voz severa :

— ¿ Viene usted á pedirme perdón ? ¿ ha reconocido usted su error ?

Así creía él colocar á Marius en la senda conveniente, y que « el muchacho » iba á humillarse al fin. Marius se estremeció ; lo que se le pedía, era nada ménos que desconociera y desaprobara á su padre ; bajó los ojos y respondió :

— No, señor.

— Pues entónces, exclamó impetuosamente el anciano con un dolor punzante y lleno de enojo, ¿ qué es lo que usted quiere de mí ?

Marius cruzó las manos, dió un paso hácia adelante, y dijo con voz débil y temblorosa :

— Señor, tenga usted compasion de mí.

Esta palabra removió los humores del señor Gillenormand ; dicha ántes, le habria enternecido, pero ya venia demasiado tarde. El abuelo se levantó ; apoyóse en su bastón con ambas manos, sus labios estaban blancos, su frente vacilaba, pero su talla elevada dominaba á Marius inclinado.

— ¡ Compasion de usted, caballero ! ¡ Yes el adolescente quien implora la compasion al anciano de noventa y un años ! Usted entra ahora en la vida, y yo salgo ; usted va al teatro, al baile, al café, al billar, usted tiene talento, gracia y donaire, usted agrada á las mujeres, es usted un guapo mozo, miéntras que yo escupo sobre mis tizonas en mitad del verano ; usted es rico, puesto que posee las únicas ri-

quezas que hay en el mundo, yo tengo todas las pobrezaas de la vejez ; las enfermedades y el aislamiento ! Usted tiene sus treinta y dos dientes, un buen estómago, los ojos vivos y alegres, la fuerza, el apetito, la salud, la alegría, un bosque de pelo negro, yo carezco ya hasta de mis canas, he perdido mis dientes, pierdo mis piernas, pierdo tambien la memoria, hay tres nombres de otras tantas calles que yo confundo á menudo, la calle Charlot, la calle del Chaume y la calle de Saint-Claude, á esto he venido á parar ; usted tiene delante de sí todo el porvenir lleno de sol, yo empiezo ya á no ver en él ni una pizca, segun lo que voy avanzando en la oscuridad de la noche ; usted está enamorado, esto se supone desde luego, yo no poseo el amor de nadie en este mundo : y es usted quien me pide á mí piedad y compasion ! De seguro que Molière ha olvidado esto. Si así es cómo ustedes se bromean en el Palacio de Justicia, señores abogados, yo los felicito con toda mi alma. ¡ Buenos perillanes están ustedes !

Y el nonagenario volvió á preguntar con voz enfadada y grave.

— ¡ Ea, vamos ! ¿ á qué viene usted á esta casa ?

— Señor, dijo Marius, yo sé muy bien que mi presencia le désagrada á usted, pero vengo solamente para pedirle una cosa, y despues me iré en seguida.

— ¡ Usted es un necío ! dijo el anciano. ¿ Quién le ha dicho que se vaya ?

Esto equivalia á la traduccion de esta palabra tierna que él tenia en el fondo de su corazon : *¡ Pero pídemle pues perdón ! ¡ abalanzate á mi cuello y á mis brazos !* El señor Gillenormand sentia que Marius iba á dejarle al cabo de algunos instantes ; que con su mala acogida le rechazaba, que su dureza le despedia á toda prisa ; decíase él todo esto, y su dolor acrecia por momentos ; y como su dolor se transformaba inmediatamente en ira, su dureza aumentaba

sin cesar. Habría él querido que Marius comprendiese, y Marius no comprendía; y esto ponía furioso al pobre anciano, quien al fin prorumpió diciendo:

— ¡Cómo! usted es quien me ha faltado, á mí, que soy su abuelo, usted ha abandonado esta casa para irse no sé sabe adónde, usted ha llenado de angustia y desconsuelo á su tía, usted se ha ido, esto se adivina desde luego, es más cómodo, á hacer la vida de mocito soltero, á hacer el lechuguino, entrar en casa á todas horas, divertirse, no me ha dado usted señales de vida, ha contraído usted deudas sin decirme siquiera que las pague, se ha hecho usted un turbulento rompe-persianas y rompe-vidrieras, y al cabo de cuatro años, viene usted á mi casa, y no encuentra usted nada más que eso que decirme!

Esta manera violenta de estimular al nieta á la ternura no dió otro resultado que el silencio de Marius. El señor Gillenormand se cruzó de brazos, actitud que era en él particularmente imperiosa, y apostrofó á Marius con extrema amargura:

— Ea, acabemos cuanto antes. ¿Usted viene á pedirme algo, no es verdad? Dígalo pronto. ¿Y bien, qué es? ¿qué quiere usted? hable, pues.

— Señor, dijo Marius con la mirada de un hombre que siente que va á caer en un precipicio, vengo á pedir á usted permiso para casarme.

El señor Gillenormand hizo sonar la campanilla. Basque entreabrió la puerta.

— Haga usted venir á mi hija.

Un segundo despues, volvió á abrirela puerta, la señorita Gillenormand no entró, sino que se asomó solamente; Marius estaba de pié, mudo, con los brazos colgando, y con una cara de criminal; el señor Gillenormand iba y venía, paseándose á lo largo de la pieza. Volvióse hácia su hija y la dijo:

— Nada. Es el señor Marius. Salúdale. Este caballero quiere casarse. Hé ahí. Anda véte.

El sonido de voz, breve y ronca, del anciano anunciaba desde luego una extraña plenitud de arrebato y de ira. La tía miró á Marius como sorprendida y azorada, pareció reconocerle apenas, no dejó escapar ni un gesto, ni una sílaba, y desapareció ante la breve indicacion de su padre, más pronto que una arista ante el soplo del huracan.

Entre tanto el tío Gillenormand habia vuelto á respaldarse contra la chimenea.

— ¡Casarse!; á los veintiun años! ¡Y usted es quien ha dispuesto eso! ¡No tiene usted más que hacer sino pedir un permiso! ¡una simple formalidad! ¡Sientese usted, caballero. Ea bien, usted ha disfrutado de toda una revolucion desde que yo no tengo el honor de verle. Los jacobinos han triunfado. Ha debido usted quedar satisfecho y contento. ¿No es usted republicano desde que es baron? Usted acomoda y concilia bien sin duda todas esas cosas, tan contradictorias. La república hace una salsa á la baronía. ¿No es usted condecorado de Julio? ¿no ha sido usted de los que tomaron el Louvre, caballero? Muy cerca de aquí, en la calle de San Antonio, frente á la calle de las Nonains-d'Hières, hay una bala de cañon incrustada en la pared en el tercer piso de una casa, con esta inscripcion: 28 de Julio de 1830. Vaya usted á ver eso. Es cosa que produce muy buen efecto. ¡Ah! hacen muy bonitas cosas, sus amigos de usted! Á propósito, es que no están haciendo tambien una fuente en el sitio del monumento del señor duque de Berri? Conque así, ¿usted quiere casarse? ¿con quién? se puede, sin indiscrecion, preguntar con quién?

Dicho esto, se detuvo, y, ántes que Marius hubiese tenido tiempo de responder, añadió violentamente:

— ¿Ah pero, usted tiene una profesion, una carrera?

¿una fortuna necha? ¿Cuánto gana usted en su oficio de abogado?

— Nada, contestó Marius con una especie de firmeza y de resolución casi hurana.

— ¿Nada? conque no tiene usted para vivir sino las mil doscientas libras que yo le paso?

Marius no respondió á esto ni una palabra. El señor Gillenormand continuó:

— ¿Entonces, ya comprendo, es que la muchacha es rica?

— Como yo.

— ¡Pues qué! ¿no tiene dote?

— No, señor.

— ¿Y esperanzas?

— No lo creo.

— ¡Pelona! ¿y qué cosa viene á ser el padre?

— No lo sé.

— ¿Cómo se llama ella?

— La señorita Fauchelevent.

— ¿Fauche... qué?

— Fauchelevent.

— ¡Puff! dijo el viejo.

— ¡Señor! exclamó Marius.

El señor Gillenormand le interrumpió con el tono de un hombre que se habla á sí mismo.

— Eso es, veintiun años, sin oficio ni beneficio, mil doscientas libras al año, la señora baronesa de Pontmercy irá á comprar dos sueldos de perejil á casa de la verdalera.

¡Señor, repuso Marius en el extravío y el delirio de la última esperanza que se desvanece, le suplico á usted!... le ruego con las más vivas instancias, en nombre del cielo, con las manos puestas, señor, y postrado á sus piés de usted, le pido encarecidamente que me permita casarme con ella!

El viejo lanzó una estridente y lúgubre carcajada, en medio de la cual tosía y hablaba al mismo tiempo.

— ¡Ah, ah, ah! usted dijo para su coletito: ¡Pardiez! ¡voy á ir á ver á aquel viejo pelucon, aquel absurdo zoquete! ¡Qué lástima que no tenga yo ya mis veinticinco años! ¡cómo me le espetaría yo una buena intimación respetuosa! ¡qué bien me pasaría yo sin él! De todos modos le diré: Viejo tonto, demasiado dichoso eres tú en verme; yo tengo ganas de casarme, me ha dado el capricho de unirme en santo matrimonio con la señorita no importa quién, hija del señor no importa qué; yo no tengo zapatos, ella no tiene camisa, esto marcha; se me antoja echar al río mi carrera, mi porvenir, mi juventud, mi vida; se me ocurre dar una zambullida en la miseria, con una mujer al cuello; es mi voluntad y mi capricho, preciso será que tú consientas en ello! y el viejo fósil consentirá sin duda. Anda, muchacho, haz lo que quieras, cuélgate tu canto al cuello, cástate con tu Pousselevant, ó tu Coupelevant... — ¡Cá! ¡jamás, caballero! ¿lo oye usted? ¡jamás!

— ¡Padre mio!...

— ¡Jamás!

Por el tono en que este «jamás» fué pronunciado, creyó Marius perder toda esperanza. Atravesó la pieza á paso lento y con la cabeza baja, tambaleándose, pareciendo más bien una persona que va á morir que una persona que va á marcharse. El señor Gillenormand le seguía con la vista, y en el momento en que se abrió la puerta y en que Marius iba á salir, dió el cuatro pasos con esa vivacidad senil de los viejos impetuosos y voluntariosos, asió á Marius por el cuello, le recondujo enérgicamente al interior del cuarto, le arrojó sobre un sillón, y le dijo:

— ¡Cuéntame eso!

Esta sola palabra, *padre mio*, escapada á Marius, era la que habia producido en él toda esta revolución.

Marius le miró con la vista extraviada. El semblante móvil del señor Gillenormand no expresaba ya nada más que una ruda é inefable bondad. El abuelo había cedido el campo al padre.

— Vamos á ver, habla, cuéntame tus amoríos, chárlame, dímelo todo! ¡Caracoles! ¡y qué tontos son los jóvenes de hoy día!

— Padre mio, ... añadió Marius.

Y todo el rostro del anciano se iluminó con un resplandor indecible.

— ¡Sí, eso es! ¡llámame tu padre, y ya verás!

Había ahora un no sé qué de bondad, de dulzura y de paternal franqueza en esa actitud brusca del anciano; de modo que Marius, en tan repentino tránsito del desaliento á la esperanza, hallóse como ebrio y azorado. Estaba sentado junto á la mesa, y la luz de las bujías hacia visible el destrozo de sus ropas que el tío Gillenormand consideraba con asombro.

— Y bien, padre mio, ... dijo Marius.

— ¡Ah! ¡pero, según veo, interrumpió el señor Gillenormand, tú no tienes en realidad ni un centavo? Vas vestido como un ladrón.

Y diciendo y haciendo, el viejo tiró de un cajón, y sacó de él una bolsa que puso sobre la mesa:

— Toma, aquí tienes cien luises, cómprate un sombrero.

— ¡Padre mio, prosiguió Marius, mi buen padre, si usted supiera! ¡la amo tanto! ... Usted no puede figurárselo; la primera vez que la vi fué en el Luxemburgo; ella iba allí entonces; al principio, yo no la hice grande atención, y después, no sé cómo sucedió, pero el hecho es que me prendé de ella y me encontré enamorado muy de veras. ¡Oh! cuánto me ha hecho sufrir este amor! ¡qué desgraciado he sido! Pero, al fin, ya ahora la veo todos los días, en su casa; su padre no sabe nada: imagine usted que se van á

marchar; es en el jardín donde nos vemos, por la noche; su padre quiere llevársela á Inglaterra; y entonces yo he dicho para mí: voy á ver á mi abuelo y á contarle lo que me pasa. Me volvería yo loco desde luego, memoriría, me pondría enfermo, me echaría al río. Es preciso absolutamente que me case con ella porque, de lo contrario, perdería el juicio. En fin, ahí tiene usted toda la verdad; no creo haber olvidado nada. Vive en un jardín, donde hay una verja, calle de Plumet. Es hácia el lado de los Inválidos.

El tío Gillenormand se había sentado radiante de gozo junto á Marius. Mientras que así le escuchaba y se deleitaba con el sonido y con el tono de su voz, saboreaba al mismo tiempo un enorme polvo de rapé que tenía empuñado. Al oír esta palabra: calle de Plumet, interrumpió su aspiración y dejó caer el resto del tabaco sobre sus rodillas.

— ¡Calle de Plumet! ¿has dicho calle de Plumet? — ¡Vamos á ver qué es eso! — ¿No hay un cuartel por allí cerca? — Ah, sí, eso es. Tu primo Theódulo me ha hablado de ella. El lancero, el oficial. — ¡Una muchachuela, mi amiguito, una muchachuela! — ¡Pardiez, sí, calle de Plumet. Es la que en otro tiempo llamaban calle de Blomet — Ya lo voy recordando. He oído hablar ya mucho de esa chica de la verja de la calle Plumet. En un jardín, una Pamela. No tienes mal gusto. Dicen que es guapita. Sea dicho acá entre nosotros, yo creo que ese bobalicon de lancero la ha hecho un poco la corte. No sé hasta dónde habrá llegado la cosa. En fin eso no le hace nada. Además, á él no se le debe dar crédito. Es un jactancioso. Marius! yo encuentro eso muy bien, que un joven como tú sea enamorado. Es propio de tu edad. Más te quiero enamorado que jacobino. Me gustará verte prendado de unas faldas, canario! y aunque sea de veinte faldas, más bien que prendado de Robespierre! Por lo que hace á mí, me hago esta justicia, que, en punto

á *sans-culottes*¹, no me han gustado sino las mujeres. Las niñas bonitas son siempre las niñas bonitas, ¡qué diablos! esto no admite réplica. En cuanto á la chica, te recibe á escondidas del papá. Eso ya se entiende. Yo tambien he tenido historias por el estilo de esa. En más de una ocasion. ¿Sabes tú lo que se hace? no se toma la cosa con ferocidad; no hay que precipitarse en lo trágico; no se concluye nunca en casorio, en el señor cura con su estola y en el señor alcalde con su banda. Se procura ser, haciéndose el tonto, un mozo de talento y de chispa. Se tiene juicio. Resbalad, mortales, cuanto quisierais, con tal que no os caséis. Se viene en busca del abuelito que, en el fondo, es un buen hombre, y que siempre tiene algunos rollos de luisés en una gaveta vieja; y se le dice: Abuelo, hé aqui lo que me pasa. Y el abuelo dice: Eso es una cosa muy sencilla. Es preciso que la juventud principie á vivir y que la vejez se vaya despidiendo de la vida. Yo he sido jóven, tú serás viejo. Anda, hijo mio, tambien tú darás esta leccion á tu nieto. Ahí tienes doscientas doblillas de oro. Diviértete, ¡canario! ¡Nada hay mejor que eso! así es como debes hacer esa jugada. No se casa uno, pero eso no impide... ¿Me comprendes?

Marius, petrificado y en estado de no poder articular ni un sola palabra, hizo un signo negativo con la cabeza.

El viejo se echo á reir á carcajadas, guiñó sus párpados arrugados, le dió una palmada en la rodilla, le miró al soslayo con un gesto misterioso y radiante, y le dijo, encogiéndose de hombros de la manera más tierna del mundo:

— ¡Animal! haz de ella tu querida.

Marius palideció. Nada habia comprendido él de cuanto acababa de ensartarle su abuelo. Aquella machaquería de

¹ « Sin-calzones, » nombre que dan en Francia á lo que los políticos españoles llaman « los descamisados, » Conservamos la palabra por el sentido que la da el autor, bien que hoy las mujeres usen casi tanto de los calzones como de la camisa.

calle de Blomet, de Pamela, del cuartel, del lancero, habia pasado como una fantasmagoría por los oídos de Marius. Nada de esto podia referirse á Coseta, que era una cándida azucena. Aquel buen hombre divagaba. Pero esta divagacion habia venido á concluir en una palabra que Marius comprendió al momento, y que era una mortal injuria á Coseta. Esta palabra, *haz de ella tu querida*, penetró como una lámina de acero en el corazon del austero y honrado jóven.

Se levantó, recogió su sombrero que estaba en el suelo, y se dirigió hácia la puerta con paso firme y seguro. Llegado allí, se volvió, se inclinó profundamente ante su abuelo, levantó despues la cabeza, y dijo:

— Cinco años há, ultrajó usted á mi padre; hoy ultraja usted á mi mujer. Ya no le pido á usted nada, señor mio. Á Dios.

El tio Gillenormand, estupefacto, abrió la boca, tendió los brazos, probó á levantarse, y ántes que hubiera él podido pronunciar una palabra, la puerta habia vuelto á cerrarse y Marius habia desaparecido.

El anciano permaneció algunos instantes inmóvil y anodado, sin poder hablar ni respirar, como si un puño cerrado le comprimiera la garganta. Por fin se arrancó de su butaca, corrió hácia la puerta, en cuanto es posible correr á los noventa y un años, la abrió, y gritó:

— ¡Socorro! ¡socorro!

Su hija apareció inmediatamente, y en seguida los criados. Él les dijo entonces, con un estertor lamentable:

— Corred tras él! cogédmele! ¿qué es lo que yo le he hecho? sin duda está loco! se va! Ah! Dios mio! ah! Dios mio! esta vez, ya no volverá!

Y dirigiéndose á la ventana que daba á la calle, la abrió con sus manos vetustas y trémulas, se inclinó más que á

la mitad del cuerpo, mientras que Basque y Nicolette le sujetaban por detras, y gritó desolado :

— Marius! Marius! Marius! Marius!

Pero Marius no podia ya oírle, pues en aquel mismo instante volvía él la esquina de la calle de San Luis.

El nonagenario se llevó dos ó tres veces ambas manos á las sienas, con una expresion de mortal angustia, retrocedió oscilando, y se dejó caer sobre un sillón, sin pulso, sin voz, sin lágrimas, meneando la cabeza y agitando los labios con ademan estúpido, no teniendo ya nada en los ojos ni en el corazón sino cierta cosa triste y profunda que e parecía á la noche.

LIBRO NOVENO

ADÓNDE VAN?

JUAN VALJEAN

Aquel mismo día, á eso de las cuatro de la tarde, hallábase Juan Valjean solo, sentado en el declive de una de las escarpas más solitarias del Campo de Marte. Ora fuese por prudencia, ó bien por el deseo del propio recogimiento, ó buenamente efecto de uno de esos insensibles cambios de costumbre que se introducen poco á poco en todas las existencias, el hecho es que ahora sona salir muy rara vez con Coseta. Llevaba su chaquetón de obrero, y un pantalon de algodón gris; su gorra de ancha visera le cubría enteramente el rostro. Estaba ahora tranquilo y se consideraba di-

la mitad del cuerpo, mientras que Basque y Nicolette le sujetaban por detras, y gritó desolado :

— Marius! Marius! Marius! Marius!

Pero Marius no podia ya oírle, pues en aquel mismo instante volvía él la esquina de la calle de San Luis.

El nonagenario se llevó dos ó tres veces ambas manos á las sienas, con una expresion de mortal angustia, retrocedió oscilando, y se dejó caer sobre un sillón, sin pulso, sin voz, sin lágrimas, meneando la cabeza y agitando los labios con ademan estúpido, no teniendo ya nada en los ojos ni en el corazón sino cierta cosa triste y profunda que e parecia á la noche.

LIBRO NOVENO

ADÓNDE VAN?

JUAN VALJEAN

Aquel mismo día, á eso de las cuatro de la tarde, hallábase Juan Valjean solo, sentado en el declive de una de las escarpas más solitarias del Campo de Marte. Ora fuese por prudencia, ó bien por el deseo del propio recogimiento, ó buenamente efecto de uno de esos insensibles cambios de costumbre que se introducen poco á poco en todas las existencias, el hecho es que ahora sona salir muy rara vez con Coseta. Llevaba su chaquetón de obrero, y un pantalon de algodón gris; su gorra de ancha visera le cubría enteramente el rostro. Estaba ahora tranquilo y se consideraba di-

choso con respecto á Coseta; lo que durante algun tiempo le habia turbado y asustado se habia desvanecido enteramente; pero hacia como una ó dos semanas, habianle acometido ciertas angustias y tribulaciones de distinta naturaleza. Paseándose un dia por el boulevard, habia distinguido á Thénardier; gracias á su traje que le disfrazaba completamente, Thénardier no le habia conocido; pero desde entonces le habia vuelto á ver Juan Valjean varias veces; llegando ahora ya á adquirir la certidumbre de que Thénardier rondaba su barrio. Esto solo habia bastado para decidirle á adoptar un gran partido. Thénardier estaba allí; eran para él todos los peligros reunidos en aquel hombre siniestro. Además, París no estaba tranquilo; los disturbios políticos ofrecian este inconveniente para todo el que tuviese algo que ocultar en su vida, que la policia se manifestaba muy inquieta y suspicaz, y que tratando de olfatear un hombre como Pepin ó Morey, pudiera muy bien descubrir á un hombre como Juan Valjean. Juan Valjean hallábase, pues, decidido á abandonar á París, y aun á la Francia, trasladándose á Inglaterra. Tal era el aviso ó prevencion que habia dado á Coseta. Antes de ocho dias queria él haber marchado. Habíase sentado allí sobre la escarpa del Campo de Marte, revolviendo en su mente toda especie de pensamientos, Thénardier, la policia, el viaje, y la dificultad de procurarse un pasaporte.

Por todos estos motivos se hallaba él inquieto y receloso.

Finalmente, un hecho inexplicable que acababa de descubrir hacia muy pocos instantes, y que le habia chocado en extremo, venia á aumentar su zozobra y á darle una nueva alerta. En la mañana de aquel mismo dia, habiéndose levantado antes que nadie en la casa, como de costumbre, y paseando solo en el jardín antes que se hubiesen abierto las ventanas del cuarto de Coseta, se echó á la cara de improviso aquella linea grabada en la pared, probablemente

con un clavo, en la cual se leia: 16, *calle de la Verrerie*.

Aquello era muy reciente, las incisiones practicadas en la vieja y negra argamasa de la pared estaban aún blancas, una mata de ortigas que hallaba junto á la misma pared estaba empolvada de yeso fino y fresco. Probablemente aquello habia sido escrito allí en la noche anterior. ¿Qué venia á ser aquello? ¿las señas de alguien? ¿un signo para otros? ó bien, ¿era un aviso para él? En todo caso, era evidente que el jardín era violado, que gentes desconocidas penetraban en él. Entónces recordó los extraños incidentes que habian puesto ya en alarma á la casa. Sobre este cróquis se puso á trabajar su inquieta imaginacion. Pero se guardó él muy bien de hablar á Coseta de la linea escrita en la pared, por miedo de asustarla.

En medio de estas preocupaciones, notó, por una sombra que se proyectaba frente al sitio donde él se hallaba sentado, que alguien acababa de detenerse en lo alto de la escarpa, inmediatamente detras de él. Iba á volverse, cuando observó que cayó sobre sus rodillas un papel doblado en cuatro pliegues, como si una mano le hubiera arrojado por encima de su cabeza. Tomó aquel papel, le desdobló y leyó en ésta frase escrita con lápiz, en letras gruesas:

MÚDESE USTED DE CASA.

Juan Valjean se levantó á toda prisa, pero por más listo que anduvo, ya no halló á nadie sobre la escarpa; se puso á buscar en derredor, y divisó por fin una especie de criatura, mayor que un niño, menor que un hombre, vestida de una blusa gris y de un pantalon de pana, color de tierra, que saltaba el parapeto y se dejaba caer en el foso del Campo de Marte.

Juan Valjean se volvió en seguida á su casa, entregado á las mayores cavilaciones.



Marius había salido desconsoladísimo de casa del señor Gillenormand. Había entrado en ella con una esperanza bien débil; y salió con una desesperación inmensa.

Por lo demás, y los que han observado los primeros rudimentos del corazón humano lo comprenderán desde luego, el lancero, el oficial, el bobalicon, el primo Théodulo, no había dejado ni aún la menor sombra en su espíritu, ni el más mínimo vestigio. El poeta dramático podría en apariencia esperar algunas complicaciones de aquella revelación hecha á quemarropa al nieto por el abuelo. Pero lo que ganaría el drama lo perdería la verdad. Marius se hallaba en la edad en que nada malo se cree; más adelante viene la edad en que, por el contrario, basta que una cosa sea mala, para que se la dé crédito en seguida. Las sospechas no son otra cosa que verdaderas arrugas. La primera juventud no

las conoce. Lo que trastornó á Othelo, se desliza sobre Cándido. Sospechar de Coseta! Hay una multitud de crímenes que Marius habría cometido más fácilmente.

Se puso á andar por las calles, que es el recurso de los que sufren, sin pensar en nada de que pudiera conservar un recuerdo. Á las dos de la mañana entró en casa de Courfeyrac y se tiró sin desnudarse sobre su colchón. Ya hacía mucho sol cuando él logró dormirse, con ese sueño horrible y pesado que deja ir y venir las ideas en el cerebro. Cuando despertó, vió de pié en el cuarto, con los sombreros puestos y prontos ya para salir, como preocupados de algún gran negocio, á Courfeyrac, Enjolras, Feuilly y Combeferre. Courfeyrac le dijo:

— ¿Quieres venir al entierro del general Lamarque? Se le figuraba que Courfeyrac le hablaba en chino

Salió algún tiempo después que ellos, metiéndose en el bolsillo las pistolas que Javert le había confiado, con ocasión de la aventura del 3 de Febrero, y que habían quedado en su poder. Estas pistolas estaban aún cargadas. Difícil sería decir qué oscuro pensamiento abrigaba él en su mente al llevarlas consigo.

Durante todo el día anduvo dando vueltas sin saber por dónde iba; de vez en cuando llovía, pero él no lo notaba siquiera; por toda comida, se compró un panecillo de á un sueldo en una panadería, se le guardó en el bolsillo y le olvidó después. Parece que tomó un baño en el Sena sin tener conciencia de tal cosa. Hay momentos en que tiene uno un volcán en el cráneo, y Marius se hallaba en uno de esos momentos. Ya nada esperaba él, ya nada temía; había dado aquel paso desde la víspera; y esperaba la noche con febril impaciencia, sin que tuviese ya sino una sola idea clara; — á saber, que á las nueve vería á Coseta. Esta postrera dicha era ahora ya todo su porvenir; después de esto, la sombra. Por intervalos, mientras

que iba andando por los boulevards más desiertos, parecía oír en París cierto ruido extraño. Entonces hacía salir su cerebro fuera de sus profundas cavilaciones y decía: ¿Será que se estén batiendo?

Luégo que llegó la hora de anoecer, á las nueve en punto, según lo había prometido á Coseta, se hallaba en la calle de Plumet. Cuando se acercó á la verja, todo lo echó en olvido. Cuarenta y ocho horas hacía que no había visto á Coseta, é iba á verla de nuevo: todos los demás pensamientos se borraron en su mente, y ya no experimentaba otra cosa que un gozo inaudito y profundo. Estos minutos en que se viven siglos tienen siempre la calidad soberana y admirable de que, en el momento en que pasan, llenan enteramente el corazón.

Marius apartó el barroto de la verja y se precipitó en el jardín. Coseta no se hallaba en el sitio en que ella le esperaba habitualmente. Atravesó la espesura y se dirigió á la hondonada que había junto á la escalera. — Sin duda me espera allí, se dijo á sí mismo. — Coseta no se hallaba tampoco en aquel sitio. Levantó la vista, y notó que las ventanas de su habitación y todas las de la casa estaban cerradas. Dió una vuelta al jardín, y el jardín estaba desierto. Entonces se volvió hacia la casa, y loco de amor, ebrio, despayorido, exasperado de dolor y de inquietud, como un amo de casa que se recoge á deshora, empezó á golpear las ventanas llamando. Golpeó y volvió á golpear con fuerza, á riesgo de ver que la ventana se abriera dejando aparecer el semblante torvo y sombrío del padre preguntándole: ¿Qué quiere usted? Mas esto no era nada aún en comparación de lo que él entreveía. Cuando hubo ya dado muchos golpes, levantó la voz y empezó á llamar á Coseta. — ¡Coseta! gritaba. ¡Coseta! repetía imperiosamente. Pero nadie respondió. Era, pues, asunto concluido. Nadie en el jardín; nadie en la casa.

Marius fijó entonces sus ojos desesperados en aquella casa lúgubre, tan oscura, tan silenciosa y más vacía que una tumba. Miró al banco de piedra donde él había pasado tantas horas adorables junto á Coseta. Entonces se sentó en las gradas de la escalera que daba entrada al jardín desde la casa, con el corazón lleno de dulzura y de resolución, bendijo su amor en el fondo de su pensamiento, y dijo para sí que puesto que Coseta se había marchado, á él no le quedaba ya más que morir.

De improviso oyó una voz que parecía venir de la calle que gritaba al través de los árboles:

— ¡ Señor Marius!

Al oír la se levantó.

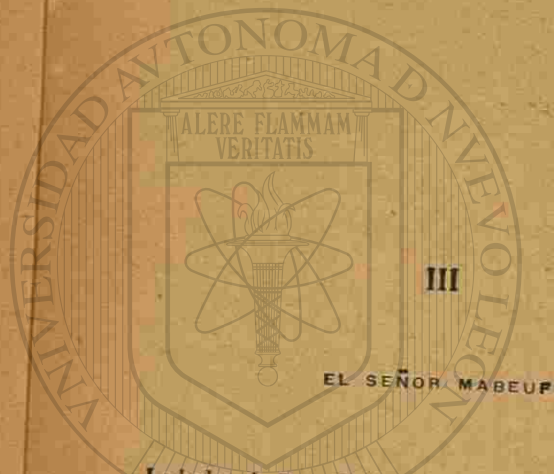
¿ Quién es? dijo.

— Señor Marius, ¿ está usted ahí?

— Sí.

— Señor Marius, repuso la voz, sus amigos de usted le esperan en la calle de la Chanvrerie.

Aquella voz no le era enteramente desconocida. Se parecía mucho á la bronca y ruda voz de Eponina. Marius corrió hácia la verja, apartó el barroto móvil, pasó su cabeza por la abertura y vió á una persona, que le pareció ser un jóven, desaparecer corriendo en la oscuridad del crepúsculo.



La bolsa de Juan Valjean fué inútil al señor Mabeuf. En su venerable austeridad infantil, el señor Mabeuf no había aceptado el presente de los astros; no había creído él que una estrella pudiera acuñar luises de oro. No había adivinado que lo que caía del cielo venía de Gavroche. Había llevado la bolsa al comisario de policía de su barrio, como un objeto perdido puesto por el hallador á la disposición del reclamante. La bolsa fué perdida en efecto. Excusado es decir que nadie la reclamó, sin que hubiera ella servido para socorrer la indigencia del señor Mabeuf.

Por lo demas, el señor Mabeuf había continuado de cayendo cada vez más.

Las experiencias sobre el añil no habían sido más felices en el Jardín de las Plantas que en su jardín de Austerlitz. El año anterior, debía el salario á sus sirvienta; ahora, segun

se ha visto, debía los plazos ó trimestres de su alquiler al casero. El monte de piedad, al cabo de los trece meses transcurridos, había vendido los cobres de su *Flora*, que algun calderero se apresuró á convertir en cacerolas y peroles. Una vez privado de sus cobres, no pudiendo ya completar siquiera los ejemplares descabalados que aún poseía de su *Flora*, había cedido á vil precio á un mercader de libros viejos láminas y texto, como pliegos desparejados, ó como desechos. Ya no le quedaba nada absolutamente de la obra de toda su vida; y se puso á comer el dinero de aquellos ejemplares. Luégo que vió que este mezquino recurso se agotaba, renunció á su jardín, dejándole sin cultivo. Antes, y aún mucho tiempo antes ya, había él renunciado á los dos huevos y al pedazo de carne de vaca que solía comer de vez en cuando; reduciéndose ahora ya su comida á un poco de pan con patatas. También había vendido sus últimos muebles, y ademas, todo lo que poseía doble en ropas de su uso, objetos de cama, colchas, etc., y por último, sus herbarios y sus estampas; pero aún conservaba sus libros más preciosos, entre los cuales había varios sumamente raros, tales como la *Cuadros históricos de la Biblia*, edición de 1560, la *Concordancia de las Biblias* de Pedro de Besse, las *Margaritas de la Margarita* de Juan de la Haya con su dedicatoria á la reina de Navarra, el libro del *Cargo y dignidad del embajador* por el señor de Villiers Hotman, un *Florilegium rabbinicum* de 1644, un Tibulo de 1567, con esta espléndida inscripción: *Venetius in ædibus Manutianis*; y por último, un Diógenes Laercio, impreso en Lyon en 1644, en el cual se hallaban las famosas variantes del manuscrito 411, síglo décimotercero, del Vaticano, y las de los dos manuscritos de Venecia, 393 y 394, tan fructuosamente consultados por Enrique Estienne, y todos las pasajes en dialecto dórico que no se encuentran sino en el célebre manuscrito

del siglo doce, de la biblioteca de Nápoles. El señor Mabeuf no hacía nunca lumbre en su cuarto, y se acostaba con el día para no gastar en alumbrado. Díriase que ya no tenía vecinos, todo el mundo huía de él cuando salía, y él lo notaba con tristeza. La miseria de un niño interesa á una madre, la miseria de un jóven interesa á una jóven, pero la miseria de un viejo no interesa á nadie. Es el más frío y cruel de todos los desamparos. Á pesar de todo, el tío Mabeuf no había perdido enteramente su serenidad de niño. Su pupila adquiría cierta vivacidad cuando ella se fijaba en sus libros, y se sonreía al considerar su Diógenes Laercio, que era un ejemplar único. Su estante con vidrieras era el único mueble que había conservado fuera de lo indispensable.

— Un día le dijo la tía Plutarco :

— No tengo con qué comprar la comida.

Lo que ella llamaba la comida, era un pan y cuatro ó cinco patatas.

— ¿ Fiada ? dijo el señor Mabeuf.

— Bien sabe usted que nadie quiere ya fiarnos nada.

El señor Mabeuf abrió su estante, miró durante largo tiempo todos sus libros, uno en pos de otro, como un padre, obligado á diezmar á sus hijos, los miraría ántes de hacer su eleccion, en seguida tomó uno vivamente, se le puso bajo el brazo, y salió. Al cabo de dos horas volvió á entrar en casa, ya no traía nada bajo el brazo, y puso treinta sueldos sobre la mesa diciendo :

— Haga usted la comida.

Á partir de este momento, la tía Plutarco vió bajar sobre el cándido semblante del anciano un velo sombrío que no volvió á levantarse jamas.

Al día siguiente, al otro día, todos los días, fué preciso recomenzar. El señor Mabeuf salía con un libro y entraba con una moneda de plata. Como los libreros de viejo le

veían obligado á irlo vendiendo todo, le compraban por veinte sueldos lo que él había pagado en veinte francos, á veces á los mismos libreros. Volúmen por volúmen, toda la biblioteca fué así despachándose. En ciertos momentos solía él decir : Ya tengo sin embargo ochenta años, como si abrigara no sé sabe qué especie de secreta esperanza de llegar él al fin de sus días ántes que al fin de sus libros. Su tristeza iba siempre en aumento. Una vez no obstante tuvo una alegría. Salió de casa con un Robert Estienne que vendió por treinta y cinco sueldos en el quai Malaquais, y volvió á casa con un Alde que acababa de comprar por cuarenta sueldos en la calle de Grès. — Debo cinco sueldos, dijo radiante de gozo á tía Plutarco. Aquel día no comió.

Era miembro de la Sociedad de horticultura, donde todos sabían la miserable situacion en que se hallaba. El presidente de la Sociedad fué un día á verle, y le prometió que hablaría de él al ministro de la agricultura y del comercio, y así lo hizo en efecto. ¡ Pues cómo ! exclamó el ministro. ¡ Ya lo creo ! — ¡ Un sabio anciano ! un botánico distinguido y profundo ! ¡ un hombre inofensivo ! ¡ Es preciso hacer algo por él ! Al día siguiente recibió el señor Mabeuf una carta de convite para ir á comer á casa del ministro. Temblando de gozo enseñó la carta á la tía Plutarco. — ¡ Ya estamos salvados ! la decía al leérsela. El día designado, fué en efecto á comer á casa del ministro. Desde luégo notó que su corbata arrugada, su frac viejo, grande y cuadrado, y sus zapatos charolados con clara de huevo chocaron á los porteros y lacayos. Nadie le dirigió la palabra, ni aun el ministro. Á eso de las diez de la noche, como él esperaba siempre alguna palabra que le concerniese, oyó á la señora del ministro, una señora puesta con mucho lujo y descotada, á la cual no había él osado acercarse, que preguntaba : ¿ Pero quién es ese buen viejo ? Volvióse á su casa á pie, á las doce de la no-

che, cuando estaba lloviendo á cantaros. Para pagar el coche que le habia conducido á casa del ministro habia vendido un Elzevir.

Todas las noches, ántes de acostarse, habia tomado la costumbre de leer algunas páginas de su Diógenes Laercio. Sabía bastante griego para gozar de las particularidades del texto que él poseía. Esta era la única satisfaccion que le quedaba. Así transcurrieron algunas semanas, cuando hé aquí que de repente cayó enferma la tia Plutarco. Hay una cosa más triste aún que el no tener con qué comprar pan en casa del panadero, y es el no tener con qué comprar medicinas en la botica. Una noche recetó el médico una poción bastante costosa. Además, la enfermedad se iba agrabando, y se necesitaba una enfermera. El señor Mabeuf abrió su armario de libros, y no halló en él ninguno. El último volumen le habia ya abandonado! Sólo le quedaba el Diógenes Laercio.

Cogió bajo el brazo su único ejemplar y salió, era el 4 de Junio de 1832; dirigióse á la puerta de Saint-Jacques, á casa del sucesor de Royol, y volvió con cien francos. Colocó la pila de monedas de cinco francos sobre la mesa de noche de la anciana sirvienta y se fué á su cuarto sin pronunciar una palabra.

Al día siguiente, desde el amanecer, hallábase sentado sobre el guardacanton tendido en el suelo que servía de banco en su jardín, y por encima del seto pudieron verle toda la mañana inmóvil, con la frente inclinada y la vista fija de una manera vaga en sus marchitos arriates. De vez en cuando llovía; pero el anciano no parecía notarlo siquiera. Después de las doce del día, hizose oír en París un ruido extraordinario, muy semejante á un tiro de cañón mezclado con los clamores de la muchedumbre.

El tio Mabeuf levantó la cabeza, y distinguió á un jardinero que pasaba, á quien preguntó :

— ¿ Qué es eso ?

El jardinero respondió, con su azadon al hombro, y en el tono más pacífico del mundo :

— Es una asonada.

— ¡ Cómo ! ¿ una asonada ?

— Sí. Se están batiendo.

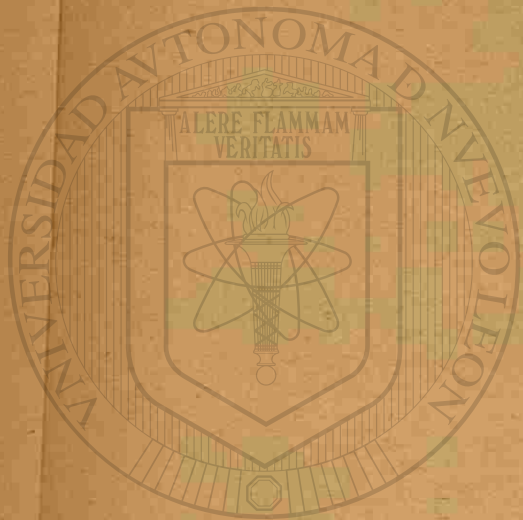
— ¿ Por qué se baten ?

— ¡ Ah, toma ! dijo el jardinero.

— ¿ Hacia que punto ? añadió el señor Mabeuf.

— Hacia el lado del Arsenal.

El tio Mabeuf se entró en su casa, tomó el sombrero, buscó maquinalmente un libro para llevarse bajo el brazo, no halló ninguno, dijo: ¡ Ah ! ; es verdad ! y se marchó, con el semblante de un hombre que tiene extraviada la vista y extraviado el cerebro.



LIBRO DÉCIMO

EL 5 DE JUNIO DE 1832

U A N L

LA SUPERFICIE DE LA CUESTION

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

¿ De qué se compone una insurreccion ? De nada y de todo. De una electricidad desprendida poco á poco, de una llama inflamada súbitamente, de una fuerza errante, de un soplo que pasa. Este soplo encuentra cabezas que hablan, cerebros que sueñan, almas que sufren, pasiones que arden, miserias que braman, y los arrebatá.

¿ Adónde ?

Á la ventura. Al través del Estado ; al través de las leyes, al través de la prosperidad y la insolencia de los demas

Las convicciones irritadas, los entusiasmos exacerba los, las indignaciones conmovidas, los instintos de guerra comprimidos, el valor varonil exaltado, la generosa obcecación; la curiosidad, el gusto ó la afición á cambiar, la sed de lo inesperado, el sentimiento que nos hace complacer en la lectura del cartel de un nuevo drama y en oír en el teatro el silbato del maquinista; los odios vagos, los rencores, los engaños y contrariedades, las esperanzas frustradas, toda vanidad que cree que el destino la ha faltado; el malestar, los sueños del delirio, las ambiciones rodeadas de declives y escarpes, todo el que espera recoger algún provecho de un desmoronamiento, y por último, en las regiones inferiores, la turba, ese lodo combustible, tales son los elementos de una insurrección popular.

Todo lo más grande y todo lo más ínfimo que existe; los seres que van rodando por todas partes, esperando una ocasión, gentes sin oficio ni beneficio, vagabundos de esquina en esquina, los que pasan la noche al raso, sin otro techo que las frías nubes del firmamento, los que piden cada día el pan al azar, y no al trabajo, los desconocidos de la miseria y de la nada, los brazos desnudos, los pies descalzos, pertenecen á la insurrección.

Todo el que encierra en su alma una sublevación secreta contra un hecho cualquiera del Estado, de la vida ó de la suerte, confina con la insurrección, y, desde el momento en que ella aparece, principia á estremecerse y á sentirse arrebatado por el huracán.

La insurrección es una especie de bomba marina de la atmósfera social que se forma bruscamente en ciertas condiciones de temperatura, y que, en su remolino, sube, baja, corre, brama, arranca, arrasca, devasta, arruina, aniquila, arrastrando consigo las grandes como las ruinas naturales, al hombre fuerte y al espíritu débil, al tronco del árbol y á la arista de paja.

Desgraciado del que ella arrebatara como de aquel contra el cual se estrella! Los rompe á uno contra otro.

Á los que ella arrastra les comunica cierta especie de poder extraordinario. Al primero que se presenta le llena con la fuerza de los acontecimientos, y de todo hace ella proyectiles. De un adoquín hace una bala de cañón, y de un mozo de cordel un general.

Si se ha de dar crédito á ciertos oráculos de la política solapada, bajo el punto de vista del poder, un poco de insurrección no está de más, y aún es cosa muy digna de desearse. Sistema: la insurrección robustece á los gobiernos que no logra ella derrocar. Sirve para probar al ejército; concentra la *bourgeoisie* ó clases medias; estira los músculos de la policía; consigna y registra la fuerza de la armazón social. Es una gimnástica; casi un régimen de higiene. El poder goza de mejor salud después de una insurrección, como él hombre después de una fricción.

Treinta años há, la insurrección era considerada aún bajo otros puntos de vista.

Hay una teoría que sirve para todas las cosas y que se proclama por sí misma: tal es « el buen sentido: » Philinto contra Alcéste; mediación ofrecida entre lo verdadero y lo falso; explicación, admonición, atenuación un tanto altiva que, porque va mezclada con la censura y con la disculpa, se cree la misma sabiduría, no siendo de ordinario sino la pedantería. Toda una escuela política, llamada del justo medio, ha salido de ahí. Entre el agua fría y el agua caliente, está el partido del agua tibia. Esta escuela, con su falsa profundidad, superficial toda ella, que diseña los efectos sin elevarse á las causas, vitupera, desde lo alto de su cátedra de media-ciencia, las agitaciones de la plaza pública.

Si hemos de dar oídos á esta escuela, « las insurrecciones que vinieron á complicar la obra de 1830 quitaron á

este grande acontecimiento una parte desu pureza. La revolucion de Julio habia sido un hermoso vendaval del pueblo, bruscamente seguido de un cielo azul. Ellas hicieron reaparecer el cielo nebuloso; é hicieron degenerar en querrela aquella revolucion tan notable desde el principio por su unanimidad. En la revolucion de Julio, como en todo progreso hecho á tirones, habia habido fracturas secretas; la insurreccion que vino despues las hizo sensibles, pudiendo ya decirse: ¡ Ah! esto se ha roto. Despues de la revolucion de Julio, sólo se conocia la liberacion; despues de las insurrecciones, se dió á conocer la catástrofe.

« Toda rebelion cierra las tiendas y almacenes, deprime los fondos, consterna á la Bolsa, suspende el comercio, paraliza los negocios, precipita las quiebras; falta el dinero, las fortunas privadas se muestran inquietas, el crédito público vacilante, desconcertada la industria, los capitales retirándose, el poco trabajo que hay es mal pagado, por todas partes el miedo; en todas las ciudades se deja sentir el golpe de rechazo. De aquí, abismos profundos. Háse calculado que el primer dia de una insurreccion popular cuesta á la Francia veinte millones, el segundo cuarenta, el tercero sesenta. Una rebelion de tres dias cuesta ciento veinte millones, es decir, que sin atender á otra cosa que al resultado material, equivale á un desastre, naufragio ó batalla perdida, que aniquilaria una flota de sesenta navios de linea

» Sin duda que, históricamente hablando, las insurrecciones tuvieron su peculiar belleza; la guerra del empedrado no es ménos grandiosa ni ménos patética que la guerra de los matorrales; en la una está el alma de los bosques, y en la otra el corazon de las ciudades; la una tiene á Juan Chouan, y la otra tiene á Jeanne. Las rebeliones alumbraron de rojo, pero espléndidamente, todos los rieles más originales del carácter parisiense, la generosi-

dad, la abnegacion, la alegría tumultuaria, los estudiantes probando que la bravura forma parte de la inteligencia, la guardia nacional inquebrantable, vivacs de tenderos, fortalezas de gamins, el desprecio de la muerte en los transeuntes. Escuelas y legiones se chocaban. Por lo demas, entre los combatientes, no habia más diferencia que la de la edad; todos son de la misma raza: son los mismos hombres estoicos que mueren á los veinte años por sus ideas, á los cuarenta por sus familias. El ejército, siempre triste en las guerras civiles, oponia la prudencia á la audacia. Al mismo tiempo que ellas manifestaron la intrepidez popular, las rebeliones formaron la educacion del valor bourgeois.

» Está bien. ¿ Pero es que todo esto vale tanto como la sangre derramada? Y á la sangre derramada, añadi del porvenir cubierto de sombras, el progreso comprometido, la inquietud de las gentes honradas, la audacia de los aventureros, el desaliento de los liberales de buena fe, el absolutismo extranjero alegrándose al ver esas heridas hechas á la revolucion por la revolucion misma, los vencidos de 1830 triunfando y diciendo: ¡ Bien lo habíamos dicho nosotros! Añádase á esto que si París tal vez se ha en grandecido, la Francia ha decrecido, seguramente. Añádanse, puesto que es preciso decirlo todo, las matanzas que deshonran con harta frecuencia á la victoria del órden transformado en feroz sobre la libertad transformada en loca. En resumen, las insurrecciones han sido funestas. »

Así habla esa semi-sabiduria con que la bourgeoisie, ese semi-pueblo, se contenta tan fácilmente.

Por lo que hace á nosotros, rechazamos esa palabra demasiado vaga, y, por consiguiente, demasiado cómoda: las rebeliones, ó las insurrecciones. Distinguimos entre un movimiento popular y un movimiento popular. No nos preguntamos si una insurreccion, ó una rebelion, ó un motin en las calles, cuesta tanto como una batalla. En

primer lugar, ¿por qué una batalla? Aquí surge en seguida la cuestión de guerra. ¿Es por ventura la guerra ménos azote que calamidad la rebelion? Y ademas, ¿son calamidades todas las rebeliones? Y aún cuando el 14 de Julio hubiera costado ciento veinte millones, ¿por ventura, el establecimiento de Felipe V en España no costó á la Francia dos mil millones? Aún á igual precio, preferiríamos el 14 de Julio. Por otra parte, nosotros recusamos esos guarismos, que parecen razones, pero que no son sino palabras. Dada una insurreccion, la examinamos ensi misma. En todo cuanto dice la objecion doctrinaria que hemos expuesto arriba, no se trata sino del efecto, y nosotros inquirimos la causa.

Precisamos los hechos.

Hay el motin, y hay la insurreccion: son dos iras diferentes: la una está en error, la otra está en su derecho. En los Estados democráticos, que son los únicos que están fundados en justicia, sucede á veces que una fraccion usurpa el poder supremo; entónces el todo se subleva, y la necesaria revindicacion de su derecho puede ir hasta empuñar las armas. En todas las cuestiones que se refieren á la soberanía colectiva, la guerra del todo contra la fraccion ó contra la parte usurpadora es la insurreccion; el ataque de la fraccion contra el todo es el motin; según que las Tullerías contienen el rey ó contienen á la Convencion, son justa ó injustamente atacadas. El mismo cañon asesado contra la muchedumbre es injusto el 10 de Agosto y justo el 14 Vendimiario. Apariencia semejante, fondo diferente; los

suizos defienden lo falso, Bonaparte defiende lo verdadero. Lo que el sufragio universal ha hecho en su libertad y en su soberanía, no puede ser deshecho por un motin en la calle. Lo mismo acontece en las cosas de pura civilizacion; el instinto de las masas, penetrante y advertido ayer, puede turbarse mañana. La misma furia es legitima contra Terray y absurda contra Turgot. Las fracturas de máquinas, el pillaje de almacenes, las rupturas de rails, las demoliciones de docks, las falsas sendas que á veces sigue la muchedumbre, las denegaciones de justicia por parte del pueblo al progreso, Ramus asesinado por los escolares, Rousseau arrojado á pedradas de la Suiza, todo esto es el motin. Israel contra Moises, Atenas contra Focion, Roma contra Escipion, es el motin; Paris contra la Bastilla, es la insurreccion. Los soldados contra Alejandro, los marineros contra Cristóbal Colon, es la misma rebelion; rebelion impia; ¿porqué? Porque Alejandro hace por el Asia con la espada lo que Cristóbal Colon hace por la América con la brújula; como Colon, tambien Alejandro halla un mundo. Estos presentes de un mundo á la civilizacion son tales acrecentamientos de luz, que toda resistencia contra ellos es culpable. Á veces el pueblo se falsea á sí mismo su propia fidelidad. La muchedumbre hace traicion al pueblo. Hay, por ejemplo, nada más extraño que esa larga y sangrienta protesta de los contrabandistas de sal, legitima rebelion crónica, que, en el momento decisivo, en el dia de la liberacion, en el instante mismo del triunfo popular, se liga con el trono, conviértese en *chouannerie*, y de insurreccion en contra, se transforma en motin en pro. ¡Sombrias locuras de la ignorancia! El contrabandista de sal se escapa de las horcas reales, y con un pedazo de cuerda al cuello, enarbola la escarapela blanca. Muerto para las gabelas, resucita gritando: ¡Viva el rey! Homicidas de la Saint-Barthélemy, degolladores de Setiembre, acuebilladores

de Avignon, asesinos de Coligny, asesinos de madama de Lamballe, asesinos de Brune, Miquelets, Verdets, Cadenettes, compañeros de Jéhu, caballeros del Brassard, tal es el motin. La Vendée es un gran motin católico. El ruido del derecho puesto en accion, en movimiento, se reconoce en seguida y no siempre sale del estremecimiento de las masas trastornadas; hay rabias dementes, hay campanas cascadas; no todos los toques á rebato marcan el sonido del bronce. La oscilación de las pasiones y de las ignorancias es muy diferente del sacudimiento del progreso. Levantaos, en buen hora, pero levantaos para engrandeceros. Mostradme hácia qué lado os dirigis. No hay insurreccion sino marchando hácia adelante. Toda otra especie de levantamiento es de mala indole; todo paso violento hácia atras es un motin; retroceder, es una via de hecho contra el género humano. La insurreccion es el acceso de furor de la verdad; las piedras que la insurreccion remueve arrojan la luz del derecho. Esas piedras no dejan al motin sino su lodo. Danton contra Luis XVI, es la insurreccion; Hébert contra Danton, es el motin.

De aquí procede que, si la insurreccion puede ser, en circunstancias dadas, como lo dijo Lafayette, el más santo de los deberes, la revuelta, el motin, puede ser el más fatal de los atentados.

Tambien hay alguna diferencia en la intensidad de calorico; la insurreccion es á menudo un volcan, el motin es de ordinario fuego de paja.

Las revueltas, segun hemos dicho, se hallan algunas veces en el poder. Polignac es un revoltoso, un amotinado; Camilo Desmoulins es un gobernante.

Otras veces, la insurreccion es resurreccion.

Siendo un hecho enteramente moderno la solucion de todo por el sufragio universal, y hallándose toda la historia anterior á este hecho, desde hace cuatro mil años,

llena de violaciones del derecho y de sufrimientos de los pueblos, cada época de la historia lleva consigo la protesta que la es posible formular. Bajo los Césares, no había insurrección, pero había Juvenal.

El *facit indignatio* reemplaza á los Gracos.

Bajo los Césares hay el desterrado de Syena; hay también el hombre de los *Annales*.

No hablamos del inmenso desterrado de Pátmos que, también él, confunde al mundo real con una protesta en nombre del mundo ideal, hace de la visión una sátira enorme, y lanza sobre Roma-Ninive, sobre Roma-Babilonia, sobre Roma-Sodoma, la esplendente reverberación del Apocalipsis.

Juan, sobre su roca, es el esfinge sobre su pedestal; podrá ser que no se le comprenda; es un judío, y habla en hebreo; pero el hombre que escribe los *Annales* es un latino; mejor dicho, es un romano.

Como los Nerones reinan de una manera negra, deben ser retratados del mismo modo. El trabajo al buril, solo, sería pálido; es menester derramar en la incisión una prosa concentrada y mordiente.

Los déspotas entran por algo en la elevada función de los pensadores. Palabra encadenada es palabra terrible. El escritor duplica y triplica su estilo cuando un tirano impone silencio al pueblo. De ese silencio, sale cierta plenitud misteriosa que se filtra y se coagula en bronce en el pensamiento. La compresión en la historia produce la concisión en el historiador. La solidez granítica de tal prosa célebre no es otra cosa que un acumulamiento hecho por el tirano.

La tiranía obliga al escritor á ciertos encogimientos de diámetro, que son otros tantos acrecentamientos de fuerza. El período eicoroniano, suficiente apenas sobre Verres, se embotaría sobre Caligula: Menos anchura en la frase, más

intensidad en el golpe. Tácito piensa acortándose el vuelo.

La honradez de un gran corazón, condensada en justicia y en verdad, confunde y aterra.

Es de notar, sea dicho de paso, que Tácito no está históricamente superpuesto á César. Los Tiberios le están reservados. César y Tácito son dos fenómenos sucesivos, cuyo encuentro parece misteriosamente evitado por aquel que, al poner en escena el gran drama de los siglos, arregla las entradas y las salidas. César es grande, Tácito es grande; pero Dios conserva estas dos grandezas, haciendo que no choquen una contra otra. Al herir á César, el justiciero podía herir demasiado, y ser injusto. Dios no quiere. Las grandes guerras de África y de España, los piratas de Cilicia destruidos, la civilización introducida en las Galias, en Bretaña, en Germania, toda esta gloria cubre el Rubicon. Hay en esto una especie de delicadeza de la justicia divina, vacilando en lanzar sobre el usurpador el ilustre historiador formidable, haciendo á César gracia de Tácito, otorgando al genio el beneficio de las circunstancias atenuantes.

Á la verdad, el despotismo siempre es el despotismo, aun bajo el déspota de genio. Hay corrupción bajo los tiranos ilustres, pero la peste moral es más horrible aun bajo los tiranos infames. En tales reinados, nada se halla velado por la vergüenza; y los escritores ejemplares, Tácito como Juvenal, abofetean con más utilidad, en presencia del género humano, esa ignominia sin réplica.

Roma exhala peor olor en tiempo de Vitelio que en tiempo de Sylva. Bajo Claudio y bajo Domiciano, hay una deformidad de bajeza correspondiente á la feudal del tirano. La villanía de los esclavos es un producto directo del déspota; un miasma se exhala de aquellas conciencias corrompidas en las cuales se refleja el amo; los poderes públicos son inmundos; los corazones son pequeños,

las conciencias son livianas, las almas son como de asquerosos insectos; y esto sucede así bajo Caracalla, y esto es así bajo Cómodo, y esto es así bajo Heliogábalo, mientras que, bajo César, no sale del senado romano sino el olor de fiemo propio de los nidos de águila.

De aquí la venida, tardía en apariencia, de los Tácitos y de los Juvenales; en la hora de la evidencia, es cuando aparece el demostrador.

Pero Juvenal y Tácito, lo mismo que Isaías en los tiempos bíblicos, como el Dante en la edad media, son el hombre; la revuelta y la insurrección, es la muchedumbre, que ora tiene razón, ora no la tiene.

En los casos más generales, el motin proviene de un hecho material; la insurrección es siempre un fenómeno moral. El motin es Masanielo; la insurrección es Espartaco. La insurrección confina con el espíritu, el motin con el estómago; Gaster se irrita; pero, ciertamente, Gaster no siempre es injusto. En las cuestiones de hambre, la revuelta, Buzancais por ejemplo, tiene un punto de partida verdadero, patético y justo. Y sin embargo, no por eso esa revuelta deja de ser motin. ¿Por qué? Porque teniendo razón en el fondo, carece de ella en la forma. Feroz, aunque asistida del derecho, violenta, aunque fuerte, ha herido ella á la ventura; ha marchado como el elefante ciego, aplastando cuanto encuentra bajo sus piés; ha dejado tras sí cadáveres de ancianos, de mujeres y de niños; ha derramado, sin saber por qué, la sangre de los inofensivos y de los inocentes. Alimentar al pueblo es un buen fin; asesinarle es un mal medio.

Todas las protestas armadas, aún las más legítimas, aún el 10 de Agosto, aún el 14 de Julio, principian por la misma perturbación. Antes que se desprenda el derecho, hay tumulto y espumosas iras. Al principio, toda insurrección es motin, á la manera que todo río es torrente.

De ordinario viene á parar á este océano: Revolución. Á veces sin embargo, emanada de esas altas montañas que dominan el horizonte moral, la justicia, la sabiduría, la razón, el derecho, formada de la más pura nieve del ideal, despues de una larga caída de roca en roca, despues de haber reflejado el cielo en su transparencia y haberse engrosado con cien afluentes en la majestuosa marcha del triunfo, la insurrección se pierde de repente en algun barranco bourgeois, como el Rhin en un pantano.

Todo esto pertenece al pasado, el porvenir es diferente. El sufragio universal posee la admirable calidad de disolver el motin en su principio, y de desarmar á la insurrección, dándola el derecho de votar. El desvanecimiento de las guerras, de la guerra de las calles como de la guerra de las fronteras, tal es el inevitable progreso. Sea lo que fuere de Hoy, la paz, es Mañana.

Por lo demas, insurrección, motin, en qué difiera la primera del segundo, el bourgeois propiamente dicho conoce muy poco estas diversidades. Para él, todo es sedición, rebelion pura y simple, rebellion del dogo contra su amo, ensayo de mordedura que debe de castigarse con la cadena y el nicho, ladrido, aullido, hasta el día en que la cabeza del perro, engrosada de improviso, se bosqueja vagamente en la sombra, en frente del leon.

Entonces el bourgeois grita: ¡Viva el pueblo!

Una vez dada esta explicación, ¿qué viene á ser en la historia el movimiento de Junio de 1832? ¿es un motin? ¿ó es una insurrección?

Es una insurrección.

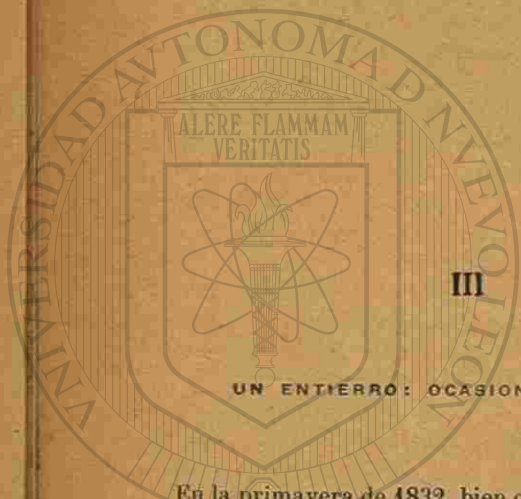
Podrá sucedernos, en esta escena ó representación de un acontecimiento formidable, el decir á veces el motin ó la asonada, pero sólo para calificar los hechos de la superficie, y conservando siempre la distincion entre la forma motin y el fondo insurrección.

El movimiento de 1832 tuvo, en su rápida explosión y en su extinción lúgubre, tanta grandeza, que aún aquellos que se obstinan en no ver en él sino un motín hablan de él con el mayor respeto. Para ellos, es como un corolario, un resto de 1830. Las imaginaciones conmovidas, dicen ellos, no se calman en un día. Una revolución no se corta nunca á pico ó perpendicularmente. Tiene siempre necesariamente algunas ondulaciones ántes de volver al estado de paz, como una montaña al descender hácia la llanura. No hay Alpes sin Jura, ni Pirineos sin Astúrias.

Aquella crisis patética de la historia contemporánea, que en la memoria de los parisienses es conocida bajo el nombre de *la época de las asonadas*, es seguramente una hora característica entre las horas tempestuosas de este siglo. Una postrera palabra ántes de entrar en la narración.

Los hechos que vamos á referir pertenecen á esa realidad dramática y viva que la historia desdeña á veces, por falta de tiempo y de espacio. Aquí sin embargo, insistiremos en decirlo, está la vida, la palpación, el estremecimiento humano. Los pequeños detalles, creemos haberlo dicho ya, son como una especie de follaje de los grandes acontecimientos y se pierden en el lejano horizonte de la historia. La época llamada de *las asonadas* abunda en detalles de este género. Las instrucciones judiciales, por otras razones que la historia, no lo han revelado todo, ni tal vez profundizado todo tampoco. Vamos pues á sacar á luz nosotros, entre varias particularidades conocidas y publicadas, ciertas cosas que no se han sabido, hechos sobre los cuales ha pasado el olvido de los unos, la muerte de los otros. La mayor parte de los actores de estas escenas gigantescas han desaparecido; desde el día siguiente callaban ya; pero de lo que nosotros referiremos, podremos decir: lo hemos visto. Cambiare

mos algunos nombres, pues la historia refiere y no denuncia, pero diremos cosas verdaderas. En las condiciones del libro que escribimos, no mostraremos sino un solo lado y un solo episodio, y de seguro, el ménos conocido, de las jornadas del 5 y del 6 de Junio de 1832; pero lo haremos de modo que el lector entrevea, bajo el velo sombrío que vamos á levantar, la figura real de aquella pavorosa aventura pública.



En la primavera de 1832, bien que *hacia* ya tres meses que el cólera tenía helados los espíritus, arrojando sobre su agitación no sé qué especie de lúgubre sosiego, París se hallaba dispuesto, desde mucho tiempo ántes, para una conmoción. Como hemos dicho en otras ocasiones, la gran ciudad se asemeja á una pieza de artillería; cuando está cargada, basta que caiga una chispa para que salga el tiro. En 1832, la chispa fué la muerte del general Lamarque.

Lamarque era un hombre de fama y de acción. Había mostrado sucesivamente, bajo el imperio y bajo la restauración, las dos bravuras necesarias á las dos épocas, la bravura de los campos de batalla y la bravura de la tribuna. Era elocuente como había sido valiente; su palabra parecía una espada. Como Foy, su antecesor, des-

pues de haber tenido á grande altura el mando, tenía á grande altura la libertad. Sentábase entre la izquierda, y la extrema izquierda, amado del pueblo porque aceptaba las eventualidades del porvenir, amado de la muchedumbre porque había servido bien al Emperador. Él era, con los condes Gérard y Drouet, uno de los mariscales *in petto* de Napoleón. Los tratados de 1815 le sublevaban el alma como una ofensa personal. Aborrecía á Wellington con un odio directo que agradaba á la muchedumbre; y en los últimos diez y siete años, atento apenas á los sucesos intermediarios, había él guardado majestuosamente la tristeza de Waterloo. En su agonía, en su hora postrera, había estrechado contra su pecho una espada que le habían adjudicado los oficiales de los Cien-Días. Napoleón había muerto pronunciando la palabra *ejército*, y Lamarque pronunciando la palabra *patria*.

Su muerte, prevista, era doblemente temida: por el pueblo como una pérdida, y por el gobierno como una ocasión. Aquella muerte fué un duelo universal. Como todo lo que es amargo, el duelo puede transformarse en sublevación. Y así sucedió en efecto.

En la vispera y en la mañana del 3 de Junio, día fijado para el entierro de Lamarque, el arrabal de San Antonio, que debía atravesar el cortejo, ofreció un aspecto formidable. Aquella tumultuosa red de calles se llenó de rumores. Cada cual se armaba allí como podía. Veíanse entre los grupos muchos ebanistas empuñando sus barriletes « para echar abajo las puertas. » Uno de ellos se había improvisado un puñal de un gancho de zapatero, rompiendo el gancho, y aguzando la espiga. Otro, en la fiebre « de atacar, » se acostaba hacia tres días enteramente vestido. Un carpintero llamado Lombier encontró á un camarada que le preguntaba: ¿ Adónde vas? — ¡Y bien! yo no tengo armas. — ¿ Pues y entónces? — Voy á mi taller en busca de mi

compas. — ¿Para qué? — No lo sé, respondió Lombler. Un tal Jacqueline, hombre muy emprendedor y activo, abor-
daba á cuántos obreros pasaban: ¡Oyes, tú, ven! — Pa-
gaba diez sueldos de vino y decía: — ¿Tienes trabajo? —
No. — Anda ve á casa de Filspierre, entre la barrera Mon-
treuil y la barrera Charonne, y allí hallarás ocupacion. —
Iban, en efecto, á casa de Filspierre, y lo que encontraban
eran armas y cartuchos. Ciertos jefes conocidos *hacían la*
posta, es decir, que corrían de casa en casa para reunir su
gente. En casa de Barthélemy, junto á la barrera del Trono,
en casa de Capel, en el Petit-Chapeau, los bebedores se abor-
daban con semblante grave; y se oía que se decían entre sí:
— ¿Dónde llevas tú tu pistola? — *Debajo de la blusa. ¿Y*
tú? Debajo de la camisa. En la calle Traversière, delante
del taller Roland, y en el patio de la Maison-Brûlée, frente
al taller del fabricante de herramientas Bernier, había unos
grupos cuchicheando. Hacíase notar allí, como el más ar-
diente, un tal Mavot, que no solía estar nunca más de una
semana en un taller, despidiéndole en seguida los años
« porque cada día había que sostener disputas con él. » Al
día siguiente mataron á Mavot en la barricada de la calle
de Ménilmontant. Pretot, que también debía morir en la lu-
cha, secundaba á Mavot, y cuando le preguntaban:
¿Cuál es tu objeto? respondía. — *La insurreccion.* Varios
obreros reunidos en la esquina de la calle de Bercy espe-
raban á un llamado Lemarin, agente revolucionario del
arrabal de Saint-Marceau. Cambiábanse casi públicamente
las consignas.

El 2 de Junio, pues, un día mixto, de lluvia y de sol,
atravesó á Paris el cortejo fúnebre del general Lamarque
con la pompa militar de oficio, un tanto exagerada por las
precauciones. Dos batallones con tambores enlutados y fu-
siles á la funerals, diez mil guardias nacionales, con el sa-
ble al costado, y las baterías de artillería de la guardia na-

cional escoltaban el féretro. El carro fúnebre iba tirado por
unos cuantos jóvenes. Seguíanle inmediatamente los oficia-
les de los Inválidos, llevando en las manos ramas de laurel.
En seguida venía una muchedumbre innumerable, agitada,
extraña, los seccionarios de los Amigos del Pueblo, la Es-
cuela de leyes, la Escuela de medicina, los refugiados de
todas las naciones, con banderas españolas, italianas, ale-
manas, polacas, banderas tricolores horizontales, todos los
estandartes posibles, unos niños agitando ramas verdes,
picapedreros y carpinteros que hacían huelga á la sazón,
impresores fáciles de reconocer por sus improvisadas gor-
ras de papel, marchando de dos en dos, ó de tres en tres,
gritando, agitando garrotes casi todos ellos, y áun sa-
bles algunos, sin órden, y no obstante, con una sola al-
ma, ora revolviéndose en corro, ora marchando en co-
lumna. Cada peloton se escogía su jefe; un hombre,
armado de un par de pistolas, perfectamente visible, pa-
recía como que pasaba revista á otros muchos cuyas filas
se apartaban delante de él abriéndole paso. En las ave-
nidas laterales de los boulevards, en las ramas de los ár-
boles, en los balcones, en las ventanas, sobre los tejados,
las cabezas hormigueaban, hombres, mujeres, niños;
todos los ojos estaban llenos de ansiedad. Una muche-
dumbre armada pasaba, y una muchedumbre azorada la
estaba mirando.

El gobierno por su parte también observaba; pero obser-
vaba espada en mano. Podían verse, prontos á marchar, con
las cartucheras bien provistas, cargadas las carabinas y pis-
tolas, en la plaza de Luis XV, cuatro escuadrones de carabi-
neros, montados y con los clarines á la cabeza, y en el bar-
rio latino y en el Jardín de las Plantas, la guardia muni-
cipal escalonada de calle en calle, en la Lonja de los Vi-
nos un escuadron de dragones, en la Grève una mitad del
12.º de ligeros, y la otra mitad en la Bastilla, el 6.º de

dragones en los Celestinos, y el patio del Louvre lleno de artillería. Las demas tropas estaban todas consignadas en los cuarteles, sin contar los regimientos de las cercanías de París. El poder inquieto, tenia suspendidos sobre la muchedumbre amenazadora veinticuatro mil soldados en la ciudad y treinta mil en las afueras.

Diferentes rumores circulaban en el cortejo. Hablábase de maniobras legitimistas; hablábase del duque de Reichstadt, á quien Dios señalaba para la muerte en aquel instante mismo en que la muchedumbre le designaba para el imperio. Un personaje que quedó siempre desconocido anunciaba que, á cierta hora indicada, dos contra maestros ganados abrirían al pueblo las puertas de una fábrica de armas. En las frentes descubiertas de la mayor parte de los concurrentes dominaba un entusiasmo mezclado de abatimiento. Veíase también, acá y acullá, en aquella muchedumbre presa de tantas emociones violentas, pero nobles, verdaderos semblantes de malhechores y bocas innobles que decían: ¡Vamos á saquear! Hay ciertas agitaciones que remueven el fondo de los pantanos y que hacen subir en el agua nubes de cieno. Fenómeno al cual no suelen ser extrañas las policías «bien hechas».

El cortejo fúnebre iba marchando con una lentitud febril, desde la casa mortuoria por los boulevards hasta la Bastilla. Llovía de vez en cuando, sin que la lluvia influyera nada en aquella muchedumbre. Varios incidentes, el tétetro paseado en derredor de la columna Vendôme, piedras lanzadas contra el duque de Fitz-James á quien distinguieron en un balcon con el sombrero puesto, el gallo de los Galos arrancado de una bandera popular y arrastrado por el lodo, un agente de policía herido de una estocada en la puerta de San Martin, un oficial del 12.º de ligeros diciendo en alta voz: Yo soy republicano, la Escuela politécnica apareciendo allí de improviso despues de haber forzado la consigna, y

los gritos de: ¡Viva la Escuela politécnica! ¡Viva la República! marcaron la marcha del entierro. En la Bastilla, las extensas é imponentes filas de curiosos que descendían del arrabal de San Antonio hicieron su reunion con el cortejo, empezando á levantarse desde entónces entre la muchedumbre cierta fermentacion terrible.

Oyóse á un hombre decir á otro: — Repara bien á aquel que está allí que tiene una perilla roja, pues es el que ha de decir cuándo habremos de disparar. Parece que aquella misma perilla roja volvió á ejercer, más adelante, las mismas funciones en otra asonada; en los sucesos de Quémisset.

El carro fúnebre atravesó la Bastilla, siguió el canal, pasó el puente chico y llegó por fin á la explanada del puente de Austerlitz, donde se detuvo. En este instante, aquella muchedumbre mirada á vista de pájaro habria ofrecido el aspecto de un cometa cuya cabeza se hallara en la explanada y la cola extendida por el muelle Bourdon, cubriendo la Bastilla y prolongándose por el boulevard hasta la puerta de San Martin. Un círculo se trazó en derredor del carro fúnebre. La muchedumbre guardó silencio. Lafayette habló, despidiéndose de Lamarque. Fué este un momento tierno y augusto, todas las cabezas se descubrieron, todos los corazones latían. De repente apareció en medio de aquel inmenso grupo un hombre á caballo, vestido de negro, tremolando una bandera roja, si bien otros dicen que lo que llevaba era una pica en cuya punta ostentaba un gorro frigio. Lafayette volvió la cabeza. Exelmans abandonó el cortejo.

Aquella bandera roja sublevó una tempestad y desapareció. Desde el boulevard Bourdon hasta el puente de Austerlitz estalló entre la muchedumbre uno de esos clamores que se transmiten como las olas, haciéndose oír gritos prodigiosos de: — ¡Lamarque al Pantheon! — ¡Lafayette al

Hôtel de Ville—Unos cuantos jóvenes, á las aclamaciones de la muchedumbre, se engancharon al carro fúnebre y empezaron á tirar de Lamarque por el puente de Austerlitz, mientras que otros conducian á Lafayette en un fiacre por el muelle Morland.

En el grupo que rodeaba y aclamaba á Lafayette, hacíase notar y distinguir un aleman llamado Ludwig Snyder, que murió despues centenario, que tambien habia hecho la guerra de 1776, que habia combatido en Trenton bajo las órdenes de Washington, y en Brandywine bajo el mando de Lafayette.

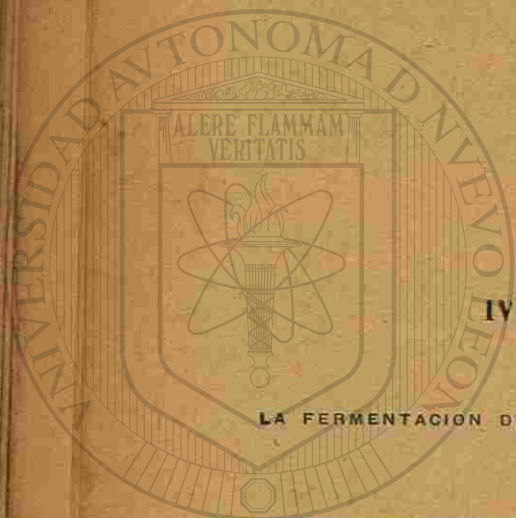
Entre tanto, en la orilla izquierda del Sena, la caballería municipal se puso en movimiento, viniendo á cortar el paso del puente, mientras que, en la orilla derecha, los dragones salian de los Celestinos y se desplegaban á lo largo del muelle Morland. El pueblo que conducia á Lafayette los vió de improviso, en el recodo del muelle, y gritó: ¡ Los dragones! Los dragones entre tanto avanzaban al paso, en silencio, con las pistolas en el arzon, sable envainado y mosquete colgando, como quien espera el momento oportuno de hacer uso de las armas, en una actitud sombría y siniestra.

Á unos doscientos pasos del puente chico hicieron alto. El fiacre en que iba Lafayette fué caminando hasta llegar á donde ellos estaban; abrieron las filas, le dejaron pasar, y en seguida volvieron á cerrarlas. En este momento, los dragones y la muchedumbre se tocaban. Las mujeres huían con terror.

¿ Qué fué lo que pasó en este minuto fatal? nadie podría decirlo. Es el momento tenebroso en que se mezclan dos nubes. Los unos refieren que hácia el lado del Arsenal se oyó una charanga que daba el toque de carga, otros que un muchacho dió una puñalada á un dragon. El hecho es que tres tiros partieron súbitamente, el primero mató al jefe de

escuadron Cho'et, el segundo mató á una pobre vieja sorda, al tiempo de cerrar su ventana, en la calle de la Contrescarpe, y el tercero quemó la charretera á un oficial; una mujer gritó á la sazón: ¡ Se principia demasiado pronto! y de improviso se vió por el lado opuesto al muelle Morland un escuadron de dragones que habia quedado en el cuartel desembocar á galope, sable en mano, por la calle Bassompierre y el boulevard Bourdon, barriéndolo todo por delante.

Despues de esto, todo está dicho, la tempestad se desencadena, las piedras llueven, el fuego de fusilería estalla, muchos se precipitan á la parte baja de la escarpa del Sena y pasan el pequeño brazo del rio que está hoy cegado, los almacenes de madera de la isla Louviers, esa vasta ciudadela que se encuentra enteramente hecha, se erizan de combatientes, arrancan las estacas, disparan pistoletazos, bosquéjase una barricada, los jóvenes rechazados pasan el puente de Austerlitz con el carro fúnebre á la carrera y cargan á la guardia municipal, los carabineros acuden, los dragones acuchillan, la muchedumbre se dispersa en todos sentidos, un rumor de guerra cunde por los cuatro costados de Paris, gritando: ¡ Á las armas! Corren, tropiezan, caen, huyen, resisten. La ira arrebató el movimiento como el viento arrebató el fuego.



LA FERMENTACION DE OTROS TIEMPOS

Nada más extraordinario que la primera comezon de una asonada. Todo estalla á la vez en todas partes. ¿Era esto una cosa prevista? sí. ¿Estaba preparada? no. ¿De dónde sale esto? de las piedras. ¿De dónde cae? de las nubes. Aquí la insurreccion tiene el carácter de un complot; allí de una improvisacion. El primero que pasa se apodera de una corriente de la multitud y la conduce adonde quiere. Principio lleno de espanto, donde se mezcla una especie de alegría formidable. En primer lugar se hacen oír grandes clamores, los almacenes y tiendas se cierran, los aparadores se desguarnecen desapareciendo todos los géneros expuestos al público; al mismo tiempo se hacen oír tiros aislados; los transeuntes corren ahuyentándose del teatro de la asonada: algunas puertas se

abren á culatazos; óyese a las criadas reir en los patios de las casas diciendo: *¡Va á haber jarana!*

Apénas habria transcurrido un cuarto de hora, cuando hé aquí lo que pasana casi al mismo tiempo en veinte puntos diversos de París.

En la calle de Sainte-Croix-de-la-Bretonnerie, unos veinte jóvenes, de barba larga y larga cabellera, entraban en un café del cual salieron al poco tiempo con una bandera tricolor horizontal cubierta de una gasa y llevando á la cabeza de ellos tres hombres armados, uno de un sable, otro de un fusil y el tercero de una pica.

En la calle de Nonains-d'Hyères, un bourgeois bien vestido, ventruado, con la voz sonora, calvo, de frente elevada, barba negra, y uno de esos bigotes rígidos que es imposible asentar, ofrecia públicamente cartuchos á los transeuntes.

En la calle de Saint-Pierre-Montmartre, varios hombres con los brazos desnudos paseaban una bandera negra, en la cual se leían estas palabras en letras blancas: *República ó la muerte*. En la calle de Jeûneurs, en la calle del Cadran, en la calle Montorgueil, en la calle Mandar, aparecian grupos agitando banderas en las cuales se distinguia en letras de oro la palabra *seccion* con un número. Una de estas banderas era roja y azul con un imperceptible entre-dos blanco.

En el boulevard de San Martinsaqueaban una fábrica de armas, y tres tiendas de armeros fueron tambien entradas á saco, la primera en la calle Beaubourg, la segunda en la calle de Michel-le-Comte, y la otra en la calle del Temple. En el espacio de algunos minutos, las mil manos de la muchedumbre cogian y se llevaban doscientos treinta fusiles, casi todos de dos cañones, sesenta sables, y ochenta y tres pistolas: y con el objeto de armar á más gente, uno tomaba el fusil y otro la bayoneta.

En frente del muelle de la Grève, unos jóvenes armados de mosquetes se instalaron en casa de unas mujeres, para desde allí disparar. Uno de ellos tenía un mosquete de rueda. Llamaban, entraban y se ponían á hacer cartuchos. Una de aquellas mujeres ha dicho despues: *Yo no sabía lo que eran cartuchos, mi marido es quien me lo ha dicho.*

Un grupo forzó la entrada de una tienda de curiosidades en la calle de las Vieilles-Haudriettes y tomó allí yataganes y armas turcas.

El cadáver de un albañil muerto de un tiro yacía en medio de la calle de la Perla.

Y además, en la orilla derecha, en la orilla izquierda, en los muelles, en los boulevards, en el barrio latino, en el de los mercados centrales, hombres jadeando, obreros, estudiantes, seccionarios, leían proclamas y gritaban: ¡ Á las armas! rompían los faroles, desenganchaban los caballos de los carruajes, desempedaban las calles, forzaban las puertas de las casas, arrancaban los árboles, registraban las cuevas, hacían rodar toneles, amontonaban piedras, cascote, muebles y tablas para levantar barricadas.

Obligaban á los bourgeois á que los ayudasen. Si entraban en casas donde sólo hallaban mujeres, hacían que ellas les entregasen el sable y el fusil de sus maridos ausentes, y escribían con yeso en la puerta: *las armas están entregadas.* Algunos solían firmar « con sus propios nombres » los recibos del fusil y del sable, y decían: *enviadlos á buscar mañana á la alcaldía.* Desarmaban en las calles á los centinelas aislados y á los guardias nacionales que se dirigían á su municipalidad. Á los oficiales, les arrancaban las charreteras. En la calle del Cimetière-Saint-Nicolas, un oficial de la guardia nacional, perseguido por una turba armada de garrotes y de floretes, logró refugiarse, con mucho trabajo, en una casa de la cual no pudo salir hasta aquella noche y disfrazado.

En el barrio de Saint-Jacques, salían por enjambres los estudiantes de sus hoteles, y subían á la calle de Saint-Hyacinthe, al café del Progreso, ó bien descendían al café de los Siete-Billares, en la calle de Mathurins. Allí, frente á las puertas, varios jóvenes, de pié sobre los guardacantones, distribuían armas. Se saqueaba el almacén de madera de la calle Transnonain para hacer barricadas. En un solo punto opusieron resistencia los habitantes, en la esquina de las calles de Sainte-Avoye y de Simon-le-Franc, donde ellos mismos destruían la barricada. En un solo punto cedían los insurgentes, abandonando una barricada que habían empezado á construir en la calle del Temple des pues de haber hecho fuego contra un destacamento de la guardia nacional, huyendo por la calle de la Corderie. El destacamento recogió en la barricada una bandera roja, un paquete de cartuchos y trescientas balas de pistola. Los guardias nacionales rompieron la bandera, llevándose los pedazos de ella en las puntas de sus bayonetas.

Todo lo que vamos refiriendo aquí lenta y sucesivamente sucedía á la vez en todos los diferentes puntos de la ciudad en medio de un vasto tumulto, como una multitud de relámpagos en un solo redoble de truenos.

En ménos de una hora se levantaron del suelo veintisiete barricadas sólo en el barrio de los mercados centrales (*des halles*). En el centro se hallaba aquella famosa casa n.º 30, que fué la fortaleza de Jeanne y de sus ciento seis compañeros, y que, flanqueada á un lado por una barricada en Saint-Merry, y al otro por otra barricada en la calle Maubuée, dominaba tres calles, la calle de los Arcis, la de San Martin, y la de Aubry-le-Boucher que ella cogía de frente. Dos barricadas en escuadra se replegaban, la una de la calle Montorgueil sobre la Grande-Truanderie, y la otra de la calle Geoffroy-Langevin sobre la calle Sainte-Avoye. Sin contar innumerables barricadas en otros veinte barrios de

Paris, en el Marais, en la montaña de Santa Genoveva; una, en la calle Ménilmontant, donde se veía una puerta cochera arrancada de sus goznes; otra junto al puente chico del Hôtel-Dieu, hecha con un carruaje desenganchado y volcado, á trescientos pasos de la prefectura de policía.

En la barricada de la calle de los Ménétriers, un hombre bien puesto repartía dinero á los trabajadores. En la barricada de la calle Grenetat apareció otro hombre á caballo que entregó al que parecía ser el jefe de la barricada un paquetito que tenía trazas de ser un rollo de dinero. — *Ahi tiene usted, dijo, para pagar los gastos, el vino, et cetera.* Un jóven rubio, sin corbata, iba sin cesar de una á otra barricada á llevar consignas. Otro, con el sable desenvainado, y que llevaba puesta una gorra de cuartel azul, colocaba centinelas. En el interior, más acá de las barricadas, las tabernas y los cuartos de porteros se hallaban convertidos en cuerpos de guardia. Por lo demas, los insurrectos se conducían segun las reglas de la más sábia táctica militar. Las calles estrechas, desiguales, sinuosas, llenas de ángulos y de recodos, estaban admirablemente escogidas; particularmente las cercanías de los mercados cantreles, laberinto de callejuelas más embrollado que una selva. La sociedad de los Amigos del Pueblo habia tomado, segun decían, la direccion del movimiento insurreccional en el barrio de Sainte-Avoye. Al registrar á un hombre á quien mataron en la calle del Ponceau, hallaron que llevaba consigo un plano de Paris.

Lo que en realidad habia tomado la direccion del movimiento, era una especie de impetuosidad desconocida que estaba en el aire. La insurreccion habia erigido bruscamente barricadas con una mano, mientras que con la otra se apoderaba de casi todos los puestos de la guarnicion. Como un reguero de pólvoro que se enciende, en ménos de tres horas habian invadido y ocupado los insur-

rectos, en la orilla derecha, el Arsenal, la alcaldía de la plaza Real, todo el Marais, la fábrica de armas de Popincourt, la Galiote, el Château-d'Eau, todas las calles que rodean los mercados centrales; y en la orilla izquierda, el cuartel de los Veteranos, Santa Pelagia, la plaza Maubert, el polvorin de los Dos-Molinos, y todas las barreras. Á las cinco de la tarde, eran ya dueños de la Bastilla, de la Lingerie, de los Blancs-Manteaux; sus avanzadas llegaban á la plaza de las Victorias, amenazaban al Banco, al cuartel de los Petits-Pères, y á la casa de Correos. La tercera parte de Paris estaba dominada por la insurreccion.

La lucha se hallaba gigantescamente empeñada en todos los puntos; y, de los desarmes, de las visitas domiciliarias, de las tiendas de armeros vivamente invadidas, resultaba esto, que el combate empezado á pedradas continuaba á tiros.

Á eso de las seis de la tarde, el pasaje del Saumon se transformó en campo de batalla. La rebelion se hallaba en un extremo y la tropa en el extremo opuesto; fusilándose así recíprocamente, de la una á la otra verja. Un observador, un soñador, el autor de este libro, que habia ido á ver el volcan de cerca, se encontró en el pasaje cogido entre los dos fuegos. Para preservarse de las balas, no tenia más que el canto de las medias columnas que separan las tiendas, más de media hora estuvo en esta situacion delicada.

Entre tanto continuaba siempre el toque de generala, los guardias nacionales se vestían el uniforme y se armaban á toda prisa, las legiones salían de las alcaldías, al par que los regimientos salían de los cuarteles. Frente al pasaje del Ancre, un tambor recibía de puñaladas. Otro fue acometido, en la calle del Cisne, por unos treinta jóvenes que rompieron la caja y le quitaron el sable. Á otro tambor le mataron en la calle de Grenier-

Saint-Lazare; mientras que, en la calle de Michelle-Conte, tres oficiales caían muertos uno después de otro, y en la calle de los Lombardos retrocedían varios guardias municipales heridos.

Delante de la Cour-Batave, un destacamento de guardias nacionales halló una bandera roja en la cual se leía esta inscripción: *Revolucion republicana, n.º 127.* ¿Era aquella en efecto una revolucion?

Habíase hecho la insurrección, del centro de París, una especie de ciudadela inextricable, tortuosa, colosa!

Allí era donde se hallaba el foco, allí estaba evidentemente la cuestión. Todo lo demás no era otra cosa que escaramuzas. Lo que probaba que todo se decidiría en aquel foco, es que aún no se batían allí.

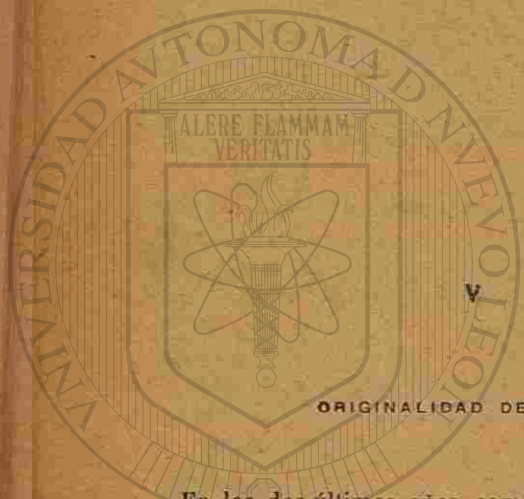
En algunos regimientos, notábase cierta vacilación ó incertidumbre en los soldados, lo que sin duda aumentaba la espantosa oscuridad de la crisis. Se acordaban de la ovación popular que en Julio de 1830 acogió la neutralidad del 53.º de línea. Dos hombres intrépidos y experimentados en las grandes lides, el mariscal de Lobau y el general Bugeaud, ejercían el mando de las tropas, Bugeaud á las órdenes de Lobau. Enormes patrullas, compuestas de batallones de línea encerrados en medio de compañías enteras de guardia nacional, y precedidas de un comisario de policía con su banda, iban reconocer las calles insurrectas; mientras que los insurgentes á su vez colocaban centinelas en las esquinas y encrucijadas y enviaban audazmente patrullas fuera de los puntos donde se hallaban erigidas las barricadas. Por ambas partes se observaban mutuamente. El gobierno, con un ejército á su disposición, vacilaba; iba ya á ser de noche y se empezaba á oír el toque á rebato en la parroquia de Saint-Merry. El ministro de la guerra de

aquella época, el mariscal Soult, que se había hallado en Austerlitz, miraba aquello con ademán sombrío.

Esos viejos marineros, habituados á la maniobra correcta y no teniendo otro recurso ni otra guía que la táctica, esta brújula de las batallas, vense todos desorientados en presencia de esa inmensa espuma que se llama la ira pública. El viento de las revoluciones no es cosa fácil de manejar.

Los guardias nacionales de las afueras acudían á toda prisa y en desórden. Un batallón del 12.º ligero venía á la carrera desde Saint-Denis, el 14.º de línea llegaba de Courbevoie, las baterías de la Escuela militar habían tomado posición en el Carrousel; y de Vincennes descendían numerosos cañones.

En Tullerías iba notándose una grande soledad. Luis Felipe se mostraba muy tranquilo y sereno.



En los dos últimos años, como lo hemos dicho ya, París había visto más de una insurrección. Fuera de los barrios insurrectos, nada suele ser de ordinario más singularmente apacible y sosegado que la fisonomía de París durante un movimiento popular. París se acostumbra muy pronto á todo, — ¡no es más que una asonada! — y París tiene tantos negocios que le ocupen, que no se incomoda él por tan poca cosa. Sólo estas ciudades colosales pueden dar tales espectáculos: sólo estos inmensos recintos pueden contener al mismo tiempo la guerra civil y no se sabe qué especie de extraña tranquilidad. Generalmente, cuando la insurrección comienza, cuando se oye el tambor, la llamada, la generala, el tendero se limita á decir:

— Parece que hay gresca en la calle de San Martín;

Ó bien:

— En el arrabal de San Antonio.

De ordinario suele añadir con indiferencia:

— No sé en qué parte, por allá.

Más tarde, cuando se distingue el ruido lúgubre y desgarrador de la fusilería y los fuegos de peloton, el tendero dice:

— ¡ Parece que la cosa va con calor! ¡ Caramba, que ya va quemando!

Un momento después, si el movimiento gana terreno y se acerca á su casa, cierra corriendo la tienda y se planta el uniforme á toda prisa, es decir, que pone sus mercancías en seguridad y arriesga su persona.

Se fusilan en una encrucijada de calles, en un pasaje, en un callejón sin salida; se toman, se pierden y se vuelven á recobrar de nuevo unas mismas barricadas; la sangre corre, la metralla acribilla las fachadas de las casas, las balas matan á las gentes en su propia alcoba, el suelo de las calles se halla alfombrado de cadáveres. Y á pocos pasos más allá, se oye el choque de las bolas de billar en los cafés.

Los teatros abren sus puertas y representan vaudevilles ó zarzuelas; los curiosos conversan y rien á dos pasos de aquellas calles llenas de guerra. Los coches no cesan de caminar; los transeúntes van á comer á la fonda, á veces al mismo barrio donde se están batiendo. En 1831, se interrumpió un tiroteo para dejar que pasase una boda.

Cuando tuvo lugar la insurrección del 12 de Mayo de 1839, en la calle de San Martín se veía un viejecito enfermo, arrastrando un carretón, cubierto con un trapo tricolor, en el cual llevaba unas garrafas llenas de un líquido cualquiera, iba y venía desde la barricada á la tropa y desde la tropa á la barricada, ofreciendo impar-

cialmente vasos de agua de regaliz — ora al gobierno, ora á la anarquía.

Nada es más extraño; y este es el carácter propio de las revueltas de París, carácter que no ofrecen las revueltas de ninguna otra capital. Para esto se necesitan dos cosas, la grandeza y la alegría de París. Es menester ser la ciudad de Voltaire y de Napoleon.

Esta vez, sin embargo, en la jornada del 5 de Junio de 1832, la gran ciudad sintió alguna cosa que era tal vez más fuerte que ella; y tuvo miedo. Por todas partes, áun en los barrios más lejanos y más « desinteresados, » veíanse puertas, ventanas y persianas cerradas en mitad del día. Los valientes se armaron y los cobardes se ocultaron. El transeunte indiferente y atareado en sus negocios desapareció. Muchas calles estaban desiertas, como á las cuatro de la mañana. Hacíanse circular detalles alarmantes, propagábanse noticias fatales: — que *los sublevados* se habían apoderado del Banco; — que, sólo en el claustro de Saint-Merry, eran seiscientos, atrincheros y bastionados en la Iglesia; — que no había completa seguridad en la línea; — que Armand Carrel había ido á ver al mariscal Clausel y que el mariscal le había dicho: *Ante todo, procuren ustedes contar con un regimiento*; — que Lafayette estaba enfermo, pero que sin embargo les había dicho: *Yo soy de ustedes; y los seguiré á todas partes donde haya sitio para una silla*; — que era preciso estar en guardia; que por la noche habría gentes que saquearían las casas aisladas, en los parajes desiertos de París (en esto se reconocía claramente la imaginación inventiva de la policía, esta Ana Radcliffe mezclada con el gobierno); — que habían establecido una batería en la calle de Aubry-le-Boucher; — que Lobau y Bugeaud se concertaban, y que á media noche, ó lo más tarde, al amanecer, marcharían cuatro

columnas á la vez sobre el centro de la insurrección, la primera procedente de la Bastilla, la segunda de la puerta de San Martín, la tercera de la Grève y la cuarta de los mercados centrales; — que tal vez también las tropas evacuarían á París y se retirarían al Campo de Marte; — que no se sabía lo que sucedería, pero que, de seguro esta vez, era la situación muy grave. — Preocupábanse de las hesitaciones del mariscal Soult. — ¿Por qué no atacaba en seguida? — Es indudable que él estaba profundamente absorto. El león viejo parecía olfatear en aquella sombra un monstruo desconocido.

Llegada la noche, los teatros no se abrieron; las patrullas circulaban con semblante irritado registraban escrupulosamente á todos los transeuntes, prendiendo á los sospechosos. Á las nueve, había ya más de ochocientas personas presas: la prefectura de policía, la Conserjería, la Force, todas las prisiones se hallaban atestadas de gente. Particularmente en la Conserjería, á lo largo del subterráneo que llaman la calle de París, todo estaba lleno de haces de paja sobre los cuales se hallaban como amontonados multitud de prisioneros, á quienes el hombre de Lyon, Lagrange, arengaba con vigor y con bravura. Toda aquella paja, removida por todos aquellos hombres, formaba un ruido semejante al de un chaparrón. En otras partes, los prisioneros se acostaban en los prados, al raso, unos sobre otros. Era general la ansiedad, y cierto temblor ó estremecimiento nada común en París.

Fortificábanse en las casas; las esposas y las madres se inquietaban naturalmente; no se oía sino esta general exclamación: *¡Ay Dios mío! todavía no ha entrado este hombre, ó este chico!* Apenas si se oía desde lejos rodar de vez en cuando algún raro carruaje. Poníanse las gentes la puerta de la calle, por dentro, y cerrada aquella, se entiendo, á escuchar atentas los rumores, los gritos,

los tumultos, los ruidos sordos é indistintos, cosas de las cuales se decian entre sí : *Esa es la caballeria, ó bien : Son cajones de la artilleria que van al galope*, los clarines, los tambores, los fuegos de fusilería, y sobre todo, aquel lamentable somaten que no cesaban de tocar las campanas de Saint-Merry. Esperábase de un momento á otro oír el primer cañonazo. Por las esquinas de las calles se presentaban unos hombres que desaparecian despues gritando : ¡ Á casa ! ¡ vuélvase cada cual á su casa ! Y muchos se apresuraban á echar cerrojos á sus puertas. Otros decian : ¿ Cómo concluirá esto ? De instante en instante, á medida que la noche avanzaba, parecia que Paris se iba cubriendo cada vez más por el lúgubre y formidable resplandor de la insurreccion.

LIBRO UNDÉCIMO

EL ATOMO

FRATERNIZA CON EL HURACAN

ALGUNAS ACLARACIONES SOBRE EL ORIGEN DE LA POESÍA DE GAVROCHE. — INFLUENCIA DE UN ACADÉMICO EN ESTA POESÍA

En el instante mismo en que la insurreccion, surgiendo del choque del pueblo y de la tropa delante del Arsenal, determinó un movimiento hácia atras en la muchedumbre que seguía el carro fúnebre, y que, en toda la longitud de los boulevards, pesaba, por decirlo así, sobre la cabeza del convoy, fué aquel un reflujó espantoso. Aquella inmensa muchedumbre se bamboleó del uno al otro extremo, rompieronse las filas, todos corrieron, se alejaron, escaparon,

los tumultos, los ruidos sordos é indistintos, cosas de las cuales se decian entre sí : *Esa es la caballeria, ó bien : Son cajones de la artilleria que van al galope*, los clarines, los tambores, los fuegos de fusilería, y sobre todo, aquel lamentable somaten que no cesaban de tocar las campanas de Saint-Merry. Esperábase de un momento á otro oír el primer cañonazo. Por las esquinas de las calles se presentaban unos hombres que desaparecian despues gritando : ¡ Á casa ! ¡ vuélvase cada cual á su casa ! Y muchos se apresuraban á echar cerrojos á sus puertas. Otros decian : ¿ Cómo concluirá esto ? De instante en instante, á medida que la noche avanzaba, parecia que Paris se iba cubriendo cada vez más por el lúgubre y formidable resplandor de la insurreccion.

LIBRO UNDÉCIMO

EL ATOMO

FRATERNIZA CON EL HURACAN

ALGUNAS ACLARACIONES SOBRE EL ORIGEN DE LA POESÍA DE GAVROCHE. — INFLUENCIA DE UN ACADÉMICO EN ESTA POESÍA

En el instante mismo en que la insurreccion, surgiendo del choque del pueblo y de la tropa delante del Arsenal, determinó un movimiento hácia atras en la muchedumbre que seguía el carro fúnebre, y que, en toda la longitud de los boulevards, pesaba, por decirlo así, sobre la cabeza del convoy, fué aquel un reflujó espantoso. Aquella inmensa muchedumbre se bamboleó del uno al otro extremo, rompieronse las filas, todos corrieron, se alejaron, escaparon,

los unos profiriendo gritos de ataque, los otros con la palidez propia de la fuga. El gran río que cubría los boulevards se dividió en un abrir y cerrar de ojos, desbordó á derecha é izquierda, y se derramó en torrentes impetuosos, por doscientas calles á la vez, con la corriente precipitada y violenta de una esclusa que acaba de soltarse. En este momento, un muchacho desarrapado, que descendía por la calle de Menilmontant, llevando en la mano una rama de ébano de los Alpes en flor que acababa de coger en las alturas de Belleville, percibió en la delantera de la tienda de un baratillo tenido por una anciana una pistola vieja de arzon. Al verla, arrojó al suelo su rama florida y gritó:

— Tía fulana, le tomo á usted su instrumento prestado.

Y se largó á toda prisa con la pistola.

Dos minutos despues, una porcion de bourgeois asustados, que iban huyendo por la calle Amelot y la calle Basse, encontraron á aquel muchacho que blandía su pistola y cantaba al mismo tiempo:

La nuit on ne voit rien,
Le jour on voit très bien,
D'un écrit apocryphe,
Le bourgeois s'ébouriffe,
Pratiquez la vertu,
Tutu chapeau pointu !!

Era el niño Gavroche que tambien iba á la guerra.

Al llegar al boulevard fué cuando notó que la pistola carecía de gatillo.

¿ De quién era esa copla que le servia para marcar el paso, y todas las demas canciones que, en ocasiones dadas,

¹ Nada se ve por la noche, pero de dia se ve muy bien, un escrito apócrifo hace despeluznar á un bourgeois. Practicad la virtud, ¡ tururú, sombrero de chistera!

solia él cantar espontáneamente? lo ignoramos. ¿ Quién sabe? tal vez eran suyas. Por lo demas, Gavroche se hallaba al corriente de todos los cantos populares á la moda, entre los cuales mezclaba él sus propios gorjeos. Duende y galopin á la vez, hacia una mezclanza de las voces de la naturaleza y de las voces de Paris. Combinaba el repertorio de las aves con el repertorio de los talleres. Conocia á muchos aprendices de varios artes y oficios, tribu contigua á la suya; y aún él parece que lo habia sido tambien, tres meses, en una imprenta. Un dia habia él hecho un mandado para el señor Baour-Lormian, uno de los cuarenta. Gavroche era un gamin letrado.

Por lo demas, Gavroche estaba muy léjos de pensar que en aquella horrible y lluviosa noche en que habia él ofrecido á dos criaturitas la hospitalidad de su elefante, habia ejercido los oficios de providencia con sus propios hermanos. Sus hermanos por la tarde, su padre por la mañana; tal habia sido aquella noche para él. Al dejar la calle de los Ballets, al amanecer, se habia vuelto á toda prisa á su elefante, habia extraido de él artísticamente los dos chinorós, habia partido con ellos un almuerzo cualquiera de su invencion, y despues se habia marchado, confiándolos á esa buena madre la calle que casi le habia criado á él mismo. Al dejarlos, les habia dado cita para la noche en el mismo sitio, dirigiéndoles por despedida este discurso: *Yo rompo mi baston, ó en otros términos, yo chapesco, ó como dicen en la corte, me najo. Mis chinorós, si no encontráis á papá ni á mamá, volved aquí esta noche. Yo os dinaré algo que jallipear, es decir, cenar, y os achirdaré, ó para que lo entendáis bien, os acostaré.* Los dos niños, recogidos por algun agente de policia y conducidos al depósito, ó robados por algun saltimbanquis, ó simplemente extraviados y perdidos en este inmenso dedalo de Paris, no habian vuelto. Las capas inferiores de la actual sociedad abundan

considerablemente en esta especie de huellas perdidas. Gavroche no había vuelto á verlos. Desde aquella noche habían transcurrido ya diez ó doce semanas. Más de cuatro veces le había sucedido ya el rascarse en lo alto de la cabeza y decir: ¿Dónde diablos habrán ido á parar mis dos niños?

Entretanto había él llegado, con su pistola empuñada, á la calle del Pont-aux-Choux. Notó desde luégo que no había ya, en aquella calle, sino una sola tienda abierta, y, cosa digna de reflexion, una tienda de pastelería. Era aquella una ocasion providencial de comer aún un *chausson* ó pastel de manzanas ántes de entrar en lo desconocido. Gavroche se detuvo, se palpó pecho y costados, se registró y aún volvió de adentro afuera todos los bolsitos, pero no halló nada, ni un sueldo siquiera, y se puso á gritar: ¡ Socorro!

Es en verdad cosa dura el verse privado del pastel supremo.

No por eso sin embargo dejó Gavroche de proseguir su camino.

Al cabo de dos minutos, se hallaba en la calle de San Luis. Cuando atravesaba la calle del Parc-Royal sintió la necesidad de indemnizarse del imposible pastelillo de manzanas, y se procuró el inmenso deleite de rasgar en mitad del día los carteles de teatros.

Un poco más allá, como viese pasar un grupo de seres robustos, lozanos y rozagantes, que le parecieron propietarios, se encogió de hombros y escupió al aire y al azar esta bocanada de bilis filosófica:

— ¡ Qué gordos están siempre estos renteros! Es claro, no tienen otra cosa que hacer sino achisparse y chapotearse en buenas comidas. Preguntadles qué es lo que hacen de su dinero. Ni lo saben ellos siquiera. ¡ Toma! se lo comen. Todo se lo consume el vientre.

II

GAVROCHE EN MARCHA

Agitar en la mano en mitad del día y en medio de la calle una pistola sin gatillo es una funcion pública de tal naturaleza, que Gavroche sentia acrecer su númen y su verbosidad á cada paso. Y entre algunos restos ó destrozos de la *Marsellesa* que iba cantando, se puso á gritar:

— Todo marcha á las mil maravillas. Yo sufro bastante de la pata izquierda, me he roto mi romadizo, pero estoy contento, ciudadanos. Ya se pueden ir preparando los bourgeois, pues voy á estornudarles unas cuantas coplas subversivas. ¿ Qué cosa son los espiones polizontes? son unos perros. ¡ Perrones! ¡ chito! no faltemos al respeto á los señores perros..., ni á los gatos tampoco; pues á fe que bien quisiera yo tener uno, es decir, un gatillo en mi pistola. Vengo del boulevard, amiguitos, aquello está caliente que rabia, el caldo que allí hierve echa un vapor-

cillo, ó un humillo, ó un humazo, que huele á pólvora. Cuece aquello que es un primor; y ya es tiempo de espumar la olla. ¡ Adelante los hombres! ¡ que la sangre impura inunde los surcos! ¡ Yo doy mi vida por la patria, ya no volveré á ver á mi concubina, ta ta, esto concluye ya, sí, ta ta! ¡ pero, me es igual, viva la fiesta y viva la gresca! ¡ á batirnos, caracoles! ya estoy yo harto de despotismo.

En este mismo instante, el caballo de un lancero de la guardia nacional que pasaba por allí cayó en tierra, con el jinete; Gayroche depositó su pistola en el suelo, acudió presuroso, levantó al guardia nacional, y en seguida ayudó á este á levantar el caballo. Hecho esto, recogió su pistola y prosiguió su camino.

En la calle de Thorigny, todo era paz y silencio. Tal apatía, propia del Marais, contrastaba singularmente con el vasto rumor de los barrios inmediatos. Cuatro comadres estaban conversando en el umbral de una puerta. La Escocia tiene tercetos de brujas, pero París tiene cuartetos de comadres; y el « tú serás rey » sería no ménos lúgubramente lanzado á Bonaparte en la encrucijada de Baudoyer, que á Macbeth en el matorral de Armuyr. Sería, con corta diferencia, el mismo graznido.

Las comadres de la calle de Thorigny no se ocupaban sino de sus propios negocios. Eran tres porteras y una traperera, con su cuévano y su gancho.

Parecían hallarse de pié todas cuatro en las cuatro esquinas de la vejez que son la caducidad, la decrepitud, la ruina y la tristeza.

La traperera era humilde. Entre es agente que vive al aire libre, la traperera saluda, la portera protege. Esto depende del rinconcillo del guardacanton que es lo que las porteras quieren que sea, abundante ó pobre, segun el humor,

más ó ménos generoso, del que hace el monton. Una escoba puede ser generosa.

Aquella traperera era todo un cuévano reconocido, y sonreía, ¡ y qué sonrisa! á las tres porteras. Declábase allí cosas por el estilo:

— ¿Ea vaya, conque su gato de usted es siempre tan malo?

— Jesus, los gatos, ya lo sabe usted, son naturalmente enemigos de los perros. Son los pobres perros los que se quejan.

— Y la gente también.

— Sin embargo, las pulgas de gato no se van hácia la gente.

— ¿Y qué le hace eso? de todos modos, los perros son bichos muy peligrosos. Yo me acuerdo de un año que había tantos perros, que fué preciso ponerlo en los periódicos. Era en la época en que había en las Tullerías grandes carneros que tiraban del cochecito del rey de Roma. ¿ Se acuerdan ustedes del rey de Roma?

— ¡ Yo! á mí me gusta más el duque de Burdeos.

— Pues yo conocí á Luis XVII. Luis XVII es mi preferido.

— ¡ Es la carne la que está cara, señá Patagon!

— ¡ Ah! no me hable usted de eso, la carnicería está hecha un horror. Un horror horrible. Ya no dan más que huesos y piltrafas.

Aquí intervino la traperera:

— Señoras, el comercio va muy mal. Los montones de la basura están enteramente pelaos. No parece sino que ya nadie tira naa. ¡ Too se lo comen!

— Andé usted, tia l'oricona, que otras hay más pobres que usted.

— ¡ Ah! en cuanto á eso, es verdad, respondió la traperera con deferencia, yo al ménos tengo un oficio.

Siguióse una pausa, y la traperera, cediendo á esa nece-

sidad de ostentacion que constituye el fondo de la naturaleza humana, en todas las clases, añadió :

— Por la mañana, al entrar en casa, expurgo mi cuévano, y hago en él mi lesion (mi eleccion quiso decir, sin duda). Eso hace tantos montones en mi cuarto ! Los trapos los echo en un cesto, los tronchos en una cubeta, las cosas de ropa blanca en mi armario, las de lana en mi cómoda, los papeles viejos en el rincon de la ventana, lo que es bueno para comer en mi cazuela, los pedazos de vidrio en la chimenea, los zapatos detras de la puerta y los huesos debajo de mi cama.

Gavroche, que se habia parado detras de ellas y estaba escuchando, dijo :

— ¡ Vamos con las abuelas ! ¿ qué es lo que ellas hablan ahí de politica ?

Una fuerte andanada descargó sobre él entonces, compuesta de una cuádruple grita :

— ¡ Aquí tienen ustedes otro tunante !

— ¿ Y qué es lo que lleva ahí muy agarrao con sus pezonas ? ¿ no es una pistola ?

— ¡ Hágame usted el favor, un asqueroso de muñeco !

— Será de esos que nunca están tranquilos si no dan al traste con la autoridad.

Gavroche, con el mayor desden, se limitó, por toda represalia y por toda respuesta, á levantar la punta de su nariz con su dedo pulgar abriendo la mano toda entera.

La traperera gritó :

¡ Bribon, vagabundo, descamisao, sin vergüenza !

La que respondia al nombre de señá Patagon (*mame Patagon*) se puso á palmotear con sus manazas estrepitosamente, produciendo el mayor escándalo, y dijo :

— Va á haber desgracias, es seguro. Al galopin de aliao, el que lleva perilla, le veía yo pasar todas las mañanas con una muchacha del brazo que llevaba su papalina

blanca con cintas color de rosa ; pero hoy le he visto pasar, y lo que llevaba al brazo no era la chica, sino un fusil. La señá Bacheux dice que la semana pasáa ha habio una revolucion en... en... en... — ¡ dónde hay terneras ? — en Pontoise. ¡ Y despues, lo ven ustedes ahí con su pistola, á ese horror de pilluelo ! Parece que está too lleno de cañones en los Celestinos. Cómo quieren ustedes que haga el gobierno con unos bribones que no saben qué inventar cada dia para incomodar á la gente, cuando ya comenzábamos á estar algo tranquilos despues de todas las desgracias que ha habido, Dios de mi vida, aquella pobre reina que vi yo pasar en la carreta ! Y todo esto nos va á poner aún más caro el tabaco. ¡ Es uña infamia ! y ciertamente que he de ir yo á verte guillotinar, malhechor.

— ¿ Estás sorbiendo, ó es que gangueas ? buena vieja, anda y suénate el promontorio.

Y prosiguió adelante.

Cuando hubo llegado á la calle Pavée, se acordó de la escena con la traperera y sus tres amigas, y tuvo este soliloquio :

— Haces mal en insultar á los revolucionarios, tia Rincon-del-Guardacanton. Esta pistola, es en tu interes, va en favor tuyo, majadera. Es para que tengas en tu cesto más cosas buenas que comer.

De improviso oyó ruido detras de él : era la portera Patagon que le habia seguido, y que, de léjos, se las iba jurando con el puño cerrado y gritando :

¡ Tú no erés más que un bastardo !

— ¿ Nada más que eso ? dijo Gavroche, pues de eso me río yo á dos carrillos.

Poco tiempo despues pasaba por delante del hôtel Lamignon. Al llegar allí, lanzó esta voz de llamada :

— ¡ En marcha, hácia la batalla !

Y fué acometido instantáneamente de un acceso de melancolía. Miró hácia su pistola con un ademán como de reproche que parecia probar á enternecerla :

— Yo marchó, la dijo, pero tú no marcharás.

Un perrillo vino á tiempo para distraerle de la falta de gatillo de su pistola. Con efecto, pasó á la sazón por allí un perrito de aguas muy flaco, y Gavroche se compadeció de él.

— Mi pobre tustús, le dijo, sin duda te has tragado algún toná, puesto que se te ven todos los aros.

En seguida se dirigió hácia el Orme-Saint-Gervais.

III

JUSTA INDIGNACION DE UN PELUQUERO

El digno peluquero que habia echado de su casa á los dos niños á quienes Gavroche habia abierto el intestino paterno del elefante, se hallaba en aquel momento en su tienda, ocupado en afeitar á un veterano legionario que habia servido en tiempo del imperio. Suscitóse como de costumbre la conversacion, hablando naturalmente el peluquero al veterano del movimiento de aquel dia, y despues, del general Lamarque, y por último, del general Lamarque se pasó á hablar del emperador. De aquí una conversacion de barbero á soldado, que Prudhomme, si se hubiera hallado presente, habria enriquecido con arabescos, intitulándola probablemente : *Diálogo de la navaja de afeitar y del sable.*

¿ Digame usted, buen amigo, decia el peluquero, cómo montaba á caballo el emperador ?

— Mal. No sabía caer. Por eso no caía jamás.

— ¿Tenía buenos caballos? ¿debería tener caballos magníficos?

— El día que me dió la cruz, reparé bien el animal que montaba. Era una yegua corredora, blanca como una paloma. Tenía las orejas muy separadas, y era bastante bien ensillada, la cabeza fina, y marcada con una estrella negra, el cuello muy largo, las rodillas fuertemente articuladas, las costillas salientes, la espalda oblicua, las patas traseras vigorosas, Un poco más de quince palmos de alto.

— Hermosa bestia, repuso el peluquero.

— Era la bestia de Su Majestad.

El peluquero conoció que, despues de esta palabra, convenia observar un poco de silencio, y se conformó á ello: en seguida continuó:

— El emperador no fué herido sino una sola vez, ¿no es verdad, buen militar?

El viejo soldado respondió con el acento tranquilo y sosegado de quien se halló allí:

— En el talon. En Ratisbona. Jamas le he visto tan bien puesto como aquel día. Iba limpio como un sueldo.

— ¿Y usted, señor veterano, tambien ha debido ser herido con mucha frecuencia?

— ¿Yo? dijo el soldado, ¡ah! poca cosa. En Marengo recibí dos sablazos en la nuca, una bala en el brazo derecho en Austerlitz, otra en la cadera izquierda en Léna, en Friedland un bayonetazo — allá, — en la Moskowa, siete ú ocho lanzadas no sé dónde, en Lutzen un casto de granada que me arrancó un dedo... — ¡Ah! y despues en Waterloo una viscaina en la pierna. Nada más.

— ¡Qué hermoso es, exclamó el peluquero con acento pindárico, morir en el campo de batalla! ¡Le doy á usted

mi palabra de honor de que yo, más bien que reventar en camastro, de enfermedad, lentamente, cada día un poco, con las drogas, las cataplasmas, la jeringa y la purga, preferiria recibir en el vientre una bala de cañon!

— No tiene usted mal gusto, respondió el soldado

Apénas acababan de decir esto, cuando hé aquí que un ruido espantoso hizo retemblar toda la tienda. Un cristal de la delantera acababa de estallar bruscamente en mil pedazos.

El peluquero perdió el color enteramente.

— ¡Jesus! exclamó, esa es una!

— ¿Qué?

— Una bala de cañon.

— Aquí está, dijo el soldado.

Y recogió del suelo una cosa que iba rodando. Era un guijarro.

El peluquero acudió presuroso á su vidriera rota, y vió á Gavroche que iba huyendo á todo correr hácia el mercado de San Juan. Al pasar por delante de la tienda del peluquero, Gavroche, que no podia echar en olvido la ruin conducta observada por aquel con los niños, no habia podido resistir al deseo de darle los buenos días, y le habia arrojado una piedra á sus cristales.

— ¡Lo ve usted! aulló el peluquero, quien de blanco se habia puesto azul, esos pilluelos hacen el mal por el mal. ¡Qué es lo que habré yo hecho nunca á ese tuno?

Llegaban allí desde el muelle Morland, sin corbatas, sin sombreros, sofocados, pudiendo apenas respirar, mojados por la lluvia, echando relámpagos por los ojos. Gavroche se les incorporó con la mayor calma y serenidad, y les dijo :

— ¿ Adónde vamos ?

— Anda, le contestó Courfeyrac.

Detras de Feuilly marchaba, ó más bien, iba dando botes y brincos Bahorel, aquel pez en el agua de la vuelta. Llevaba un chaleco carmesí y profería palabras de esas que lo rompen todo. Su chaleco trastornó el seso á un transeunte que, al verle, gritó azorado :

— ¡ Ahí van los rojos !

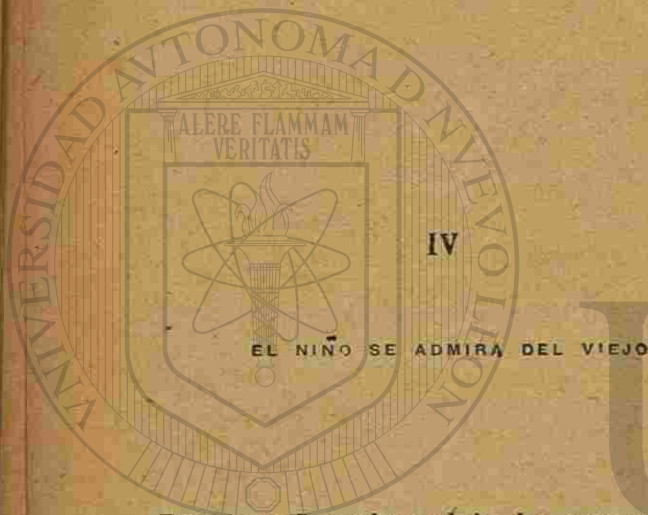
— ¡ El rojo, los rojos ! replicó Bahorel. ¡ Vaya un miedo estúpido, buen bourgeois ! Por lo que hace á mí, yo nunca tiemblo á la vista de una amapola, la caperuzca encarnada, de los cuentos de Perrault, no me ha inspirado jamás ningún pavor. Créame usted, bourgeois, dejemos el miedo al rojo para el ganado vacuno, para los animales de cuernos.

Llegó á pasar junto á una esquina donde vió fijado un cartelón que era el papel más pacífico del mundo, un permiso para poder comer huevos y lacticinios, un mandamiento cuaresmal dirigido por el señor arzobispo de París á sus « ovejas ».

Bahorel exclamó :

— Á sus ovejas, y por consiguiente, á sus carneros¹. Y diciendo esto, arrancó el cartel de la esquina. Este acto le conquistó la voluntad y la adhesión de Gavroche.

¹ « Gansos, » dice el autor (*oies*), para que haga juego con rebaño ú « ovejas » (*ouailles*), cuya pronunciación es muy semejante en frances. Nosotros hemos creído que la traducción libre que aquí damos es la que mejor puede interpretar la idea del texto original.



Entre tanto Gavroche acababa de operar su unión — en el mercado de San Juan, — cuyo puesto había sido ya desarmado, con una banda conducida por Enjolras, Courfeyrac, Combeferre y Feuilly. Todos se hallaban armados, sobre poco más ó ménos. Bahorel y Juan Prouvaire los habían encontrado y eran también de los que engrosaban el grupo. Enjolras llevaba una escopeta de caza, de dos tiros, Combeferre un fusil de guardia nacional que tenía inscrito un número de legión, y en la cintura, su levita desabotonada dejaba entrever dos pistolas, Juan Prouvaire un antiguo mosquete de caballería, Bahorel una carabina; Courfeyrac agitaba un bastón con estoque desenvainado. Feuilly, empuñando un sable, marchaba delante y gritaba : ¡ Viva la Polonia !

Desde aquel momento Gavroche se puso á observar y á estudiar atentamente á Bahorel.

— Bahorel, observó Enjolras, haces mal en eso. Tú habrias debido dejar ese mandamiento tranquilo; nada tenemos nosotros que hacer con él, eso es gastar tu ira inútilmente. Guarda tu provision. Nunca debe hacerse fuego fuera de las filas, con el alma lo mismo que con el fusil.

— Cada cual tiene su género, Enjolras, repuso Bahorel. Esa prosa de obispo me choca, yo quiero comer huevos sin permiso de nadie. Tú perteneces al género frio que quema; mientras que yo me divierto. Por lo demas, no creas tú que yo gasto ó malgasto mi bilis, no; lo que hago es tomar arranques, ensayar y excitar mis instintos destructores; y si he rasgado ese mandamiento, ¡Hercle! no es sino para entrar en apetito.

Esta palabra, *Hercle*, chocó á Gavroche. Buscaba este todas las ocasiones de instruirse, y aquel rasgador de carteles tenia toda su estimacion. Por fin se atrevió á preguntarle:

— ¿Qué es lo que quiere usted decir con esa palabra, *Hercle*?

Bahorel respondió:

— Eso significa voto al diablo, en latin.

En este momento distinguió Bahorel asomado á una ventana á un jóven pálido, con barba negra, que los miraba al pasar, y que probablemente era un Amigo del A B C, á quien le gritó:

— ¡Pronto, cartuchos! *para bellum*.

— Buen hombron, es verdad, añadió Gavroche, que ahora comprendia el latin.

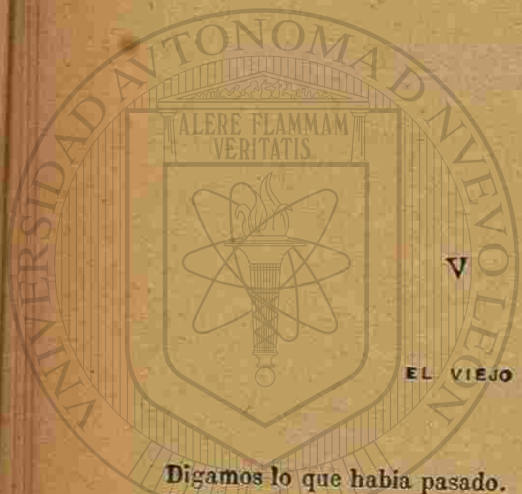
Un cortejo tumultuoso los acompañaba, compuesto de estudiantes, artistas, jóvenes afiliados á la Cogurda de Aix, obreros, marineros, armados todos ellos de garrotes

ó de bayonetas, y algunos, como Combeferre, con pistolas sujetas en la pretina de sus pantalones. Un anciano, que parecia muy viejo, marchaba tambien en aquel grupo. Este no llevaba armas, y se daba mucha prisa para no quedar rezagado. bien que parecia pensativo y triste. Gavroche le vió, y preguntó á Courfeyrac:

— ¿Keksekça?

— ¿No lo ves? es un viejo.

Este viejo era el señor Mabeuf.



Digamos lo que había pasado.

Enjolras y sus amigos se hallaban en el boulevard Bourdon, junto á los graneros de la Abundancia, en el momento en que los dragones habían dado una carga al pueblo. Enjolras, Courfeyrac y Combeferre eran de los que habían tomado por la calle de Bassompierre gritando: ¡ Á las barricadas! En la calle de Lesdiguières, habían encontrado á un anciano que iba andando. Lo que había llamado su atención, era que aquel pobre viejo andaba en zigzag, como si estuviese ebrio. Además, llevaba su sombrero en la mano, bien que hubiese estado lloviendo toda la mañana, y no cesase de llover aún en aquel momento. Courfeyrac había reconocido en él al tío Mabeuf, á quien él conocía bien, por haber acompañado muchas veces á Marius hasta su puerta. Sabedor

de las costumbres pacíficas y más que tímidas del viejo pertiguero-bibliófilo, y pasmado de verle mezclado en aquel tumulto, á dos pasos de las cargas de caballería, casi en medio de los fuegos del tiroteo, con la cabeza descubierta bajo una lluvia tenaz, y paseándose entre las balas, se había acercado á él; y el atinado de veinticinco años y el octogenario habían cambiado este diálogo:

- Señor Mabeuf, vuélvase usted á su casa.
- ¿ Por qué ?
- Porque va á haber gresca.
- Está bien.
- Sablazos, escopetazos, señor Mabeuf.
- Está bien.
- Y cañonazos.
- Está bien. ¿ Y vosotros, adónde vais ?
- Vamos á dar al traste con el gobierno.
- Está bien.

Y se había puesto á seguirlos con afán. Desde este momento ya no volvió á pronunciar ni una palabra. Su paso adquirió de improviso una seguridad y una firmeza sorprendentes; varios obreros le habían ofrecido el brazo, pero él le había rehusado con un signo de cabeza. Se adelantaba casi hasta llegar á la primera fila de la columna, mostrando á la vez el movimiento de un hombre que anda y el semblante de un hombre que duerme.

— ¡ Vaya un viejo terne y rabioso ! murmuraban los estudiantes. En el grupo circulaban rumores de que era — un antiguo convencional, — un viejo regicida. El atropamiento había tomado por la calle de la Verrerie.

El niño Gavroche marchaba delante con aquel cantar incesante y porfiado que hacía de él una especie de clarín. Ahora iba cantando

Voici la lune qui paraît,
 Quand irons-nous dans la forêt ?
 Demandait Charlot à Charlotte.
 Tou tou tou
 Pour Chatou.

Je n'ai qu'un Dieu, qu'un roi, qu'un liard et qu'une botte

Pour avoir bu de grand matin
 La rosée à même le thym,
 Deux molneaux étaient en ribote.
 Zi zi zi
 Pour Passy.

Je n'ai qu'un Dieu, qu'un roi, qu'un liard et qu'une botte.

Et ces deux pauvres petits loups
 Comme deux grives étaient souls ;
 Un tigre en riait dans sa grotte.
 Don don don
 Pour Meudon.

Je n'ai qu'un Dieu, qu'un roi, qu'un liard et qu'une botte.

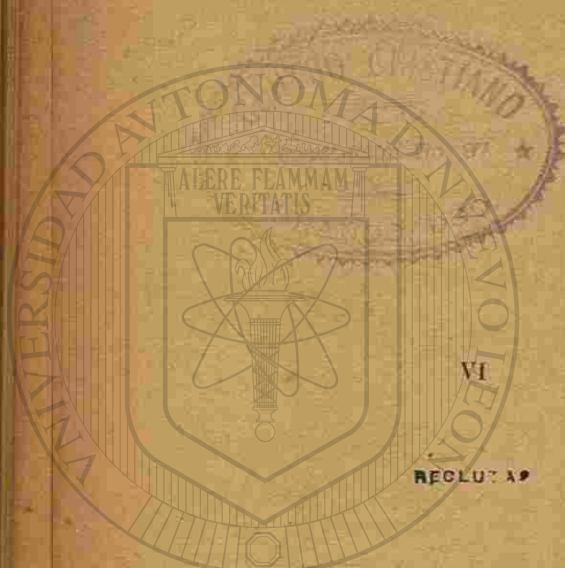
L'un jurait et l'autre sacrait.
 Quand irons-nous dans la forêt ?
 Demandait Charlot à Charlotte.
 Tin tin tin
 Pour Pantin.

Je n'ai qu'un Dieu, qu'un roi, qu'un liard et qu'une botte.

• Ya sale la luna, ¿cuándo iremos al bosque? preguntaba Carlitos & Carlota. — Ton tou ton para Chatou.
 Yo no tengo más que un Dios, un rey, un ochavo y una bota.
 Dos gorriones se emborracharon, por haber bebido rocío en el tomillo, á la hora del alba. — Zi zi zi para Passy.
 Yo no tengo más que un Dios, un rey, un ochavo y una bota.
 Y hé aquí á nuestros dos lobatos, beodos como dos mirlos, y á un tigre riéndose de ellos desde su gruta. — Don don don para Meudon.
 Yo no tengo más que un Dios, un rey, un ochavo y una bota.

Marchaban en direccion de Saint-Merry.

El uno juraba y el otro blasfemaba. ¿ Cuándo iremos al bosque ?
 Preguntaba Carlitos á Carlota. — Tin tin tin para Pantin (Paris).
 Yo no tengo más que un Dios, un rey, un ochavo y una bota.



La banda engrosaba á cada momento. Hacia la calle de Billetes, incorporóse á ella un hombre de elevada estatura, con el pelo gris, cuyo semblante rudo y atrevido llamó mucho la atención de Courfeyrac, Enjolras y Combeferre, pero sin que ninguno de ellos le conociese. Gavroche, ocupado en cantar, en silbar, en zumbar, yendo siempre á vanguardia y golpeando las ventanas y las puertas de las tiendas con la culata de su pistola sin gatillo, no fijó tampoco su atención en aquel hombre.

Sucedió que, caminando por la calle de la Verrerie, pasaron por delante de la puerta de Courfeyrac.

— Esto me viene bien, dijo Courfeyrac, pues se me ha olvidado la bolsa y he perdido el sombrero. Abandonó por unos instantes el grupo y subió en cuatro á cuatro los escalones de su casa. Tomó un sombrero viejo y su bolsa,

y también cogió un cofre cuadrado bastante grande, de las dimensiones de una maleta voluminosa, oculto entre su ropa sucia. Cuando volvió á bajar, corriendo á toda prisa, la portera le gritó :

— ¡ Señor de Courfeyrac !

— ¿ Portera, cómo se llama usted ? repuso Courfeyrac.

La portera quedó como sorprendida.

— Pero si usted lo sabe muy bien, yo soy la portera de la casa, y me llamo la tía Veuvain.

— Pues bien, si usted me vuelve á llamar señor *de Courfeyrac*, la llamaré yo á usted tía de Veuvain. Ahora, hable usted, ¿ qué hay ? ¿ qué es eso ?

Hay una persona que quiere hablar con usted

— ¿ Quién es ?

— No lo sé.

— ¿ Dónde está ?

— En mi cuarto.

— ¡ Vaya al diablo ! dijo Courfeyrac.

— ¡ Pero si está ahí esperando, hace ya más de una hora, á que usted entrara ! replicó la portera.

Y al mismo tiempo, una especie de joven obrero, flaco, descolorido, pequeño, marcado de pecas todo el rostro, vestido con una blusa agujereada y un pantalón de pana remendado, que más bien parecía una muchacha disfrazada de muchacho que un individuo del sexo masculino, salió del cuarto de los porteros y dijo á Courfeyrac con una voz que, esta sí, no tenía las menores trazas de ser voz de mujer :

— ¿ Me hace usted el favor de decirme si está ahí el señor Marius ?

— No está.

— ¿ Entrará esta noche ?

— No lo sé.

Y Courfeyrac añadió : — Lo que es yo, no entraré, de seguro.

El muchacho le miró fijamente y le preguntó :

— ¿ Y por qué no entrará usted ?

— Por qué no.

— ¡ Pues adónde va usted ?

— ¿ Qué te importa á ti ?

— ¿ Quiere usted que yo le lleve su cofre ?

— Yo voy á las barricadas.

— ¿ Quiere usted que yo vaya con usted también ?

— ¡ Si te empeñas !... respondió Courfeyrac. La calle es libre, el empedrado pertenece á todo el mundo.

Y escapó él corriendo para ir á reunirse de nuevo con sus amigos. Cuando los alcanzó, dió el cofre á uno de ellos para que le llevara. Hasta un cuarto de hora despues, no se apercibió él de que el muchacho le habia seguido en efecto, y continuaba formando parte del grupo.

Una banda de gente de esta especie no va precisamente adónde ella quiere ir. Ya hemos explicado que una ráfaga de viento la arrebata. Pasaron más allá de Saint-Merry y se hallaron, sin saber cómo, en la calle de Saint-Denis.

LIBRO DUODÉCIMO

CORINTO

HISTORIA DE CORINTO DESDE SU FUNDACION

Los parisienses que, al entrar hoy en la calle de Rambuteau por el lado de los mercados centrales, observan á su derecha, frente á la calle de Mondétour, una tienda de cestería que tiene por muestra un canastillo figurando al emperador Napoleon el Grande con esta inscripcion :

NAPOLEON ESTÁ HECHO
TODO DE MIMBRE

están muy léjos de sospechar siquiera la existencia de las

Y Courfeyrac añadió : — Lo que es yo, no entraré, de seguro.

El muchacho le miró fijamente y le preguntó :

— ¿ Y por qué no entrará usted ?

— Por qué no.

— ¡ Pues adónde va usted ?

— ¿ Qué te importa á ti ?

— ¿ Quiere usted que yo le lleve su cofre ?

— Yo voy á las barricadas.

— ¿ Quiere usted que yo vaya con usted también ?

— ¡ Si te empeñas !... respondió Courfeyrac. La calle es libre, el empedrado pertenece á todo el mundo.

Y escapó él corriendo para ir á reunirse de nuevo con sus amigos. Cuando los alcanzó, dió el cofre á uno de ellos para que le llevara. Hasta un cuarto de hora despues, no se apercibió él de que el muchacho le habia seguido en efecto, y continuaba formando parte del grupo.

Una banda de gente de esta especie no va precisamente adónde ella quiere ir. Ya hemos explicado que una ráfaga de viento la arrebata. Pasaron más allá de Saint-Merry y se hallaron, sin saber cómo, en la calle de Saint-Denis.

LIBRO DUODÉCIMO

CORINTO

HISTORIA DE CORINTO DESDE SU FUNDACION

Los parisienses que, al entrar hoy en la calle de Rambuteau por el lado de los mercados centrales, observan á su derecha, frente á la calle de Mondétour, una tienda de cestería que tiene por muestra un canastillo figurando al emperador Napoleon el Grande con esta inscripcion :

NAPOLEON ESTÁ HECHO
TODO DE MIMBRE

están muy léjos de sospechar siquiera la existencia de las

escenas terribles que presenció este mismo sitio apenas hará treinta años.

Allí era dónde se hallaba la calle de la Chanvrerie, que las antiguas inscripciones llamaban de la Chanverrière y la famosa taberna titulada Corinto.

Todo el mundo recuerda cuanto se ha dicho acerca de la barricada erigida en aquel sitio y eclipsada por la barricada Saint-Merry. Sobre esta famosa barricada de la calle de la Chanvrerie, sumergida hoy ya en una noche profunda, es sobre la que vamos á derramar alguna luz.

Permitásemos recurrir, para la claridad de la narracion, al medio sencillo empleado ya por nosotros para Waterloo. Las personas que quieran representarse de una manera bastante exacta las manzanas de casas que existían en aquella época junto á la esquina que llaman *pointe Saint-Eustache*, en el ángulo nord-este de los mercados centrales de Paris, donde hoy se halla la desembocadura de la calle de Rambuteau, no tienen más que figurarse, tocando á la calle de Saint-Denis por la cima, y por la base á los mercados (*les Halles*), una N cuyas dos piernas verticales serían la calle de la Grande-Truanderie y la calle de la Chanvrerie; formando la calle de la Petite-Truanderie el palo ó la pierna transversal de la letra. La antigua calle de Mondétour cortaba las tres piernas de tal modo, que venía á formar los ángulos más tortuosos é irregulares; de manera que el complicado laberinto de estas cuatro calles bastaba para formar, en un espacio de cien toesas cuadradas, entre los mercados centrales y la calle de Saint-Denis, por una parte, y por otra entre la calle del Cisne y la calle de los Predicadores, siete islotes de casas, cortados de un modo extraño y caprichoso, de diversos tamaños, colocados al traves y como al azar, y separados apenas, como las rocas ó los grandes trozos de piedra en las canteras, por medio de estrechas rendijas ó hendiduras.

Rendijas estrechas decimos, y no es posible dar más justa idea de aquellas callejuelas oscuras, apretadas, angulosas, formadas por casuchas de ocho pisos. Estas casuchas estaban tan decrepitas que, en las calles de la Chanvrerie y de la Petite-Truanderie, se hallaban las fachadas apuntaladas con vigas que atravesaban de una á otra casa. La calle era estrecha y el arroyo era ancho, en términos que los transeuntes pasaban por un suelo siempre mojado, costeano unas tiendas que más bien parecían cuevas, enormes guardacautones ceñidos con aros de hierro, grandes montones de basura, puertas de avenidas cerradas con inmensas verjas seculares. La calle de Rambuteau ha devastado todo esto.

El nombre de Mondétour pinta maravillosamente las sinuosidades de toda esta vía. Un poco más allá, se las encontraba aún mejor expresadas por medio de la calle *Pirouette*¹ que abocaba á la calle de Mondétour.

El transeunte que se engolfaba de la calle de Saint-Denis en la calle de la Chanvrerie, la veía estrecharse poco á poco delante de él, como si hubiese penetrado en un largo embudo. Al fin de la calle, que era muy corta, se encontraba el paso interceptado hácia la parte de los mercados, por una alta hilera de casas, y habria creído hallarse en un callejon sin salida, si no hubiera notado á derecha é izquierda dos trincheras negras por donde podía escapar. Esta era la calle de Mondétour, la cual iba á unirse, por un lado con la calle de los Predicadores, y por otro con las calles del Cisne y de la Petite-Truanderie. En el fondo de esta especie de callejon sin salida, en el rincón de la trinchera de la derecha, distinguíase una casa menos elevada que las otras y formando una especie de cabo en la calle.

En aquella casa, que no tenía sino dos pisos, era donde

¹ *Pirouette*, es pirueta, ó voltereta, y *mon détour*, mi vuelta.

se hallaba alegremente instalada, hacia ya trescientos años, una taberna ilustre. Esta taberna formaba un ruido de fiesta y algazara en el mismo lugar que el viejo Teófilo dejó señalado por medio de estos renglones :

Allí se bambolea el horrible esqueleto
De un pobre amante que se ahorcó.

El sitio era excelente, y los taberneros se sucedían allí de padre á hijo.

En tiempo de Mathurin Regnier, aquella taberna se llamaba el *Pot-aux-Roses*¹, y como los retruécanos y los jerglíficos estaban entónces muy en boga, tenía por muestra un pilar de madera pintado de color de rosa². En el siglo anterior, el digno Natoire, uno de los maestros fantásticos desdeñados hoy por la escuela rígida, habiéndose achispado varias veces en aquella taberna, en la misma mesa donde se había embriagado Regnier, pintó, por reconocimiento, un racimo de uvas de Corinto en el pilar color de rosa. El tabernero, contento y gozoso, se apresuró á cambiar su muestra, haciendo dorar por bajo del racimo estas palabras: *Al Racimo de Corinto*. De dónde provino este nombre *Corinto*. Nada más frecuente y natural en los borrachos que el uso de las elipses. La elipse es el zigzag de la frase. Corinto fué poco á poco destronando al *Pot-aux-Roses*. El último tabernero de la dinastía, el tío Hucheloup, ignorando ya hasta la tradición, había hecho pintar el pilar de azul.

Una sala abajo, donde se hallaba el despacho, otra sala en el cuarto principal, donde estaba el billar, una escalera de madera en espiral, que taladraba el techo, el vino sobre las mesas, el humo sobre las paredes, velas de sebo encen-

¹ Maceta de rosas.

² Es decir, un *poteau rose*, que se pronuncia en frances lo mismo que *Pot-aux-Roses*, ó maceta-rosal.

didadas en mitad del día; tal era la taberna. Una escalera de trampa ó escotillon en la sala baja conducía á la cueva. En el piso segundo estaba la habitación de los Hucheloup, á la cual se subía por una escalera, ó escala más bien, no teniendo por entrada sino una puerta secreta en la sala grande del primer piso. Bajo el tejado había dos graneros-boardillas, que servían de nidos á las criadas. La cocina dividía el piso bajo con la sala del despacho.

El tío Hucheloup había nacido tal vez químico, pero el hecho es que él fué cocinero; no sólo se bebía en su taberna, sino que también se comía. Hucheloup había inventado una cosa excelente que no se comía sino en su casa, tales eran las carpas rellenas que él llamaba *carpes au gras*. Esto se comía allí al resplendor de una vela de sebo ó de un quinqué del tiempo de Luis XVI, sobre unas mesas donde estaba clavado un hule, en guisa de mantel. Venían de muy lejos á comerlas. Una mañana que se levantó Hucheloup con ganas de advertir á los transeuntes acerca de su « especialidad, » había mojado un pincel en un puchero de negro, y como tenía una ortografía que le era peculiar, á la manera que tenía también una cocina particularmente suya, había improvisado en su pared esta notable inscripción :

CARPES HO GRAS.

Un invierno, los chaparrones y los aguaceros habían tenido el capricho de borrar la S que terminaba la primera palabra y la G que principiaba la tercera; quedando sólo esto :

CARPE HO RAS.

Así, pues, con la ayuda del tiempo y de la lluvia, un humilde anuncio gastronómico se había transformado en un consejo profundo.

De este modo resultó que, no sabiendo frances, el tío Hu-

cheloup habia sabido latin, que habia hecho salir de la cocina la filosofia, y que, queriendo buenamente sobrepujar á Carême, habia igualado á Horacio. Y lo más singular era que aquello tambien queria decir: Entrad en mi taberna.

Nada de esto existe ya hoy. El dédalo Montdétour se hallaba encantado y largamente abierto desde 1847, y probablemente no existe á estas horas. La calle de la Chanvrerie y Corinto han desaparecido bajo el empedrado de la calle de Rambuteau.

Segun lo hemos dicho ya, Corinto era uno de los puntos de reunion, si no de asociacion, de Courfeyrac y de sus amigos. Grantaire era quien habia descubierto á Corinto, donde él entró á causa de *Carpe Horas*, y adonde volvió á causa de las *Carpes au gras*. Allí se bebía, se comía, se gritaba; se pagaba poco, se pagaba mal, ó no se pagaba nada, y siempre era todo el mundo bien recibido. El tío Hucheloup era un buen hombre.

Hucheloup, buen hombre, como acabamos de decir, era un bodegonero con bigotes; variedad bastante curiosa y divertida. Siempre tenía cara de mal humor, parecia querer intimidar á sus parroquianos, regañaba con cuantos entraban en su casa, y tenía más trazas de estar dispuesto á armarles camorra que á servirles la sopa. Y sin embargo, nosotros mantenemos la palabra, siempre era todo el mundo allí bien recibido. Esta misma singularidad habia contribuido á acreditar y á poner á la moda su taberna-figon, adonde acudian de ordinario muchos jóvenes, diciéndose: Vamos á oír los gruñidos del tío Hucheloup. Habia sido maestro de esgrima. Á veces estallaba de improviso en una carcajada. Voz gruesa, buen diablo. Era un fondo cómico, con una apariencia trágica; nada le agradaba á él tanto como el hacer á sus clientes un poco de miedo, pero á semejanza de esas cajas de rapé que tienen la forma de una pistola, y cuya detonacion es un estornudo.

Tenía por mujer á la tía Hucheloup, un sér barbudo y muy feo.

Por los años de 1830 murió el tío Hucheloup, desapareciendo con él el secreto de las carpas rellenas. Su viuda, poco consolable, continuó sin embargo con la taberna. Pero la cocina degeneró, á tal punto, que era ya execrable, y el vino, que siempre habia sido malo, era detestable. Courfeyrac y sus amigos prosiguieron no obstante frecuentando á Corinto, — por conmiseracion, — decia Bossuet.

La viuda Hucheloup era gruesa y diforme, con ciertas reminiscencias campestres cuya rudeza mitigaba ella algun tanto por medio de la pronunciacion. Tenía, en efecto, una manera de decir las cosas que sazonaba sus tradiciones lugareñas y primaverales. Su mayor dicha, en otros tiempos, segun ella solia decir, habia sido el oír « á los ruseñoles cantar en los oliacantos. »

La sala del piso principal, donde se hallaba « la fonda, » era una pieza larga y grande, llena toda ella de taburetes, bancos, banquetas, sillas y mesas, y una de billar vetusta y coja. Llegábase allí por la escalera en espiral que venía á parar al rincon de la sala en un agujero cuadrado semejante á una escotilla de buque.

Alumbrada por una sola ventana estrecha y por un quinqué siempre encendido, aquella sala tenía más bien trazas de un desván ó de un zaquizamí. Todos los muebles de cuatro piés se portaban como si sólo tuviesen tres. Las paredes, blanqueadas con cal, no tenían, por todo adorno, sino el siguiente cuarteto en honor de la señá Hucheloup:

Elle étonne à dix pas, elle épouvante à deux,
Une verrne habite en son nez hasardeux;
On tremble à chaque instant qu'elle ne vous la mouche,
Et qu'un beau jour son nez ne tombe dans sa bouche¹.

¹ A diez pasos nos causa asombro, á dos nos causa espanto, en su

Esto estaba escrito con carbon en la pared.

La seña Hucheloup, verdadera semblanza de ese retrato, iba y venía desde por la mañana hasta la noche, pasando por delante de ese cuarteto, con la más perfecta tranquilidad. Dos criadas, llamadas Matelote y Gibelotte¹, y á quienes no se conoció nunca otros nombres, ayudaban á la seña Hucheloup á colocar sobre las mesas los jarros de vino azul y los variados guisotes que se servían á los hambrientos parroquianos en cazuelas de barro. Matelote, gruesa, rolliza, encarnadota y chillona, antigua sultana favorita del difunto Hucheloup, era fea, más fea que cualquier monstruo mitológico; sin embargo, como es de rigor que la criada se mantenga siempre y en todos conceptos detras del ama, era ella ménos fea que la seña Hucheloup, ó mame Hucheloup. Gibelotte, alta, delicada, blanca de una blancura línfática, bastante ojerosa, con los párpados caídos, siempre fatigada y rendida, sufriendo habitualmente lo que pudiéramos llamar la lasitud crónica, levantándose la primera en la casa, acostándose la última, era la que allí servía á todo el mundo, inclusa la otra criada, con silencio y con amabilidad, sonriendo bajo la fatiga de una especie de sonrisa vaga y adormecida.

Antes de entrar en la sala-comedor, se leía en la puerta este renglon, escrito con tiza por Courfeyrac :

Convida si puedes y come si te atreves.

La nariz habita una verruga; á cada instante temblamos ante la idea de que, al sonarse, nos la eche encima, y de que cualquier día se le caiga la nariz en la boca.

¹ La *matelote* es una manera de guisar el pescado, á la marinera, y la *gibelotte* una pepitoria ó guisado de liebre ó de conejo.

II

ALEGRÍAS PRELIMINARES

Ya sabemos que el águila de Meaux habitaba más bien en casa de Joly que en ninguna otra parte. Tenía él un albergue á la manera que el pájaro tiene una rama. Los dos amigos vivían juntos, comían juntos, dormían juntos. Todo les era comun, hasta un poco de Musichetta. Eran lo que, entre ciertos monjes, llaman *bini*¹. En la mañana del 5 de Junio, se fueron á almorzar juntos á Corinto. Joly bastante resfriado hacia ya algunos días, habia contraído un fuerte romadizo de que Laigle principiaba ya á participar. El fraque de Laigle estaba muy raído, pero Joly iba bien puesto.

Serian como las nueve de la mañana cuando empujaron ellos la puerta de Corinto.

En seguida subieron al primer piso.

¹ Pareja de religiosos con licencia para salir juntos á paseo.

Matelote y Gibelotte los recibieron en aquella estancia — Ostras, queso y jamon, dijo Laigle.

Y se sentaron á la mesa.

La taberna se hallaba enteramente desierta; nadie más que ellos dos habia.

Gibelotte, que conocia los usos y costumbres de Joly y de Laigle, puso una botella de vino sobre la mesa.

Cuando estaban comiendo las primeras ostras, asomó una cabeza por la trampa ó escotilla de la escalera, y una voz dijo :

— Pasaba por aquí. Percibí desde la calle un olor delicioso á queso de Brie, dije : pues entremos ; y aquí me tenéis.

Era Grantaire.

Grantaire tomó un taburete y se sentó á la mesa.

Al ver á Grantaire, Gibelotte puso dos botellas de vino sobre la mesa.

Con estas dos, ya eran tres botellas.

— ¿Es que vas á heberte esas dos botellas? preguntó Laigle á Grantaire.

Grantaire contestó :

— Todos son ingeniosos, solo tú eres ingenuo. Dos botellas no han asustado nunca á un hombre.

Los otros habian empezado por comer, Grantaire empezó por beber. Média botella se tragó del primer sorbo.

— Parece que tienes un agujero en el estómago, le dijo Laigle.

— Tú sí que tienes dos en los codos, repuso Grantaire. Y después de haber vaciado su vaso, añadió :

— ¡ Ah ! pero, Laigle de las oraciones fúnebres, tu frac está viejo.

— Ya lo creo, contestó Laigle. Por eso vivimos en pacífica armonía, mi frac y yo. Él ha tomado todos mis pliegues, dobleces y arrugas, de modo que no me incomoda lo

más mínimo, se ha amoldado á todas mis deformidades, es complaciente en extremo con todos mis movimientos; yo no le siento, sino porque me abriga. Los fracs viejos son semejantes á los viejos abigos.

— Es verdad, dijo Joly tomando parte en el diálogo, un frac viejo es un antiguo abigo.

— Sobre todo, dijo Grantaire, en boca de un hombre acatarrado ¹.

— ¿Grantaire, preguntó Laigle, es que vienes tú ahora del boulevard ?

— No.

— Nosotros acabamos de ver pasar la cabeza del cortejo, Joly y yo.

— Es un espectáculo baravilloso, dijo Joly.

— ¡ Qué tranquila está esta calle ! exclamó Laigle. ¿ Quién podría sospechar aquí que París se halla á estas horas trastornado enteramente ? ¡ Bien se conoce que en otro tiempo no habia por este barrio otra cosa que conventos y monasterios ! Du Breul y Sauval dan la lista de ellos, y tambien el abate Lebeuf. Los habia por aquí, todo en derredor, como hormigueros, calzados, descalzos, pelados, barbudos, grises, negros, blancos, franciscanos, mínimos, capuchinos, carmelitas, agustinos menores, grandes agustinos, agustinos antiguos... — Toda esa gente pululaba.

— No hablemos de frailes, interrumpió Grantaire, pues eso le da á uno ganas de rascarse.

Y en seguida exclamó :

— ¡ Caramba ! acabo de tragarme una mala ostra. La hipocondría se vuelve á apoderar de mí. Las ostras están echadas á perder, las criadas son feas. Yo aborrezco al género humano. Háce poco, he pasado por la calle de Richelieu,

¹ Dice esto, porque Joly ha pronunciado *ami* (amigo) como *habit* (frac) á causa de su catarro.

delante de la enorme librería pública. Aquel montón de conchas de ostras que se llama una biblioteca me quita las ganas de pensar. ¡Cuánto papel ¡cuánta tinta! ¡cuánto garabato! ¡Y han escrito todo eso! ¿Quién es el zamborotudo que ha dicho que el hombre es un bipedo sin plumas? Y después, he encontrado á una linda muchachita á quien yo conozco, bella como la primavera, digna de llamarse Floreal, y alborozada, transportada, dichosa, en sus glorias, la miserable, porque un horrible banquero pintarrajado de viruelas se ha dignado solicitarla y poseerla! ¡Oh! la mujer espía al contratante no ménos que al galanteador; las gatas cazan á los ratones como á los pájaros. Esa damisela, no hace aún dos meses que era honrada y juiciosa en una boardilla, ocupándose en ajustar redondelitos de cobre á los ojétes de corsé, ¿cómo llamáis á eso? ella cosía, tenía un catre de tijera, se sentaba junto á una maceta de flores, y estaba contenta. Ahora vedla ya banquera. Esta transformación se ha hecho la noche anterior. Esta mañana encontré á esa víctima, muy alegre y gozosa. Lo más horrible es que la picarueta estaba hoy tan guapa como ayer. Su banquero no se traslucía en su cara. Las rosas tienen esto de más ó de ménos que las mujeres, que las trazas que las dejan las orugas son visibles. ¡Ah! no hay moral en la tierra, yo pongo por testigo al mirto, símbolo del amor, al laurel, símbolo de la guerra, al olivo, ese zopenco, símbolo de la paz, al manzano, que por poco estrangula á Adán con su pepita, y á la higuera, la abuchita de las enaguas. Por lo que hace al derecho, ¿queréis saber lo que es el derecho? Los Galos codician á Clusa, Roma protege á Clusa, y les pregunta qué mal les ha hecho esta. Breno responde: — El mismo mal que os ha hecho á vosotros Alba, el que os ha hecho Fidena, el mal que os han hecho los Romanos, los Eques, los Volsques y los Sabinos. Eran vecinos vuestros, y nada

más. Los Clusos nos pertenecen. Nosotros comprendemos la vecindad como vosotros la comprendéis. Vosotros habéis robado á Alba, y nosotros tomamos á Clusa. Roma dijo: No tomareis á Clusa. Y Breno tomó á Roma, gritando en seguida: *Væ victis!* Hé aquí lo que es el derecho. ¡Ah! ¡cuántos animales de presa hay en este mundo! ¡cuántas águilas! Me estremezco, sólo de pensarlo.

Y alargó su vaso á Joly que le llenó, bebió en seguida y prosiguió, casi sin haber sido interrumpido por aquel vaso de vino del cual no se apercebíó nadie, incluso él mismo:

— Breno, que se apodera de Roma, es un águila; el banquero, que se apodera de la obrerita, es un águila. No hay aquí más pudor que allí. Por consiguiente, no creamos en nada. No hay sino una realidad: beber. Sea cualquiera vuestra opinion, ora seáis partidarios del gallo flaco, como el cantón de Uri, ó bien del gallo gordo, como el cantón de Gláris, poco importa, bebed. Vosotros me habláis ahí del boulevard, del cortejo, et cetera. ¡Ah! ¿conque, al fin y al cabo, parece que vamos á tener aún otra revolución? Esta indigencia de medios por parte de Dios, no deja de sorprenderme y causarme asombro. Necesita á cada instante, por lo visto, ponerse á dar de sebo á la máquina de los acontecimientos. Que se roza, que se detiene, que no marcha bien; pronto una revolución. Apuesto á que Dios tiene siempre las manos negras, de dar continuamente á las ruedas con ese unto asqueroso. Yo, en lugar suyo, haría la operacion de un modo más sencillo; no me entretendría en reparar la máquina á cada momento, sino que conduciría al género humano por el camino recto, zurciendo ó tejiendo los hechos punto por punto, sin romper el hilo, no usaría nunca expedientes de por-si-acaso, no tendría repertorio extraordinario. Lo que vosotros llamáis el progreso marcha á impulsos de dos motores, los hombres y los acontecimientos. Pero es

triste cosa es ver que, de vez en cuando, lo excepcional se hace necesario. Para los acontecimientos como para los hombres, la turba ordinaria no basta; entre los hombres se necesitan genios, y entre los acontecimientos revoluciones. Los grandes accidentes son la ley; el orden general de las cosas no puede pasarse sin ellos; y, al ver las apariciones de los cometas, casi está uno tentado de creer que aún el mismo cielo necesita ciertos grandes actores en representación. En el momento en que ménos lo espera uno, Dios fija, á manera de cartel, un meteoro en las paredes del firmamento. De improviso se presenta una estrella rara y excéntrica, subrayada por una cola enorme. Y esto hace morir á César. Bruto le hiere con el puñal y Dios con el cometa. ¡Zas! allá va una aurora boreal; allá va una revolución, allá va un grande hombre; 93 en letras gruesas, Napoleon de centinela, el cometa de 1811 en lo alto del cartel. ¡Ah! magnífico cartel azul, constelado todo él de inesperados resplandores! ¡Bum! ¡bum! espectáculo extraordinario. Levantad la vista, bobos. Todo es descabellado, el astro como el drama. Dios de bondad, eso es demasiado, y eso es insuficiente. Esos recursos, tomados en la excepcion, parecen magnificencia y no sino pobreza. Amigos míos, la Providencia se ve reducida á echar mano de expedientes. Una revolución, ¿pero qué es lo que esto prueba? Que Dios anda escaso de medios. Da un golpe de Estado, porque hay solución de continuidad entre el presente y el porvenir, y porque él, Dios, no ha podido reunir los dos cabos. En realidad, esto me confirma á mí en mis conjeturas sobre la situación de fortuna de Jehovah; y al ver tanto malestar, arriba y abajo, tanta mezquindad, tanta miseria, tanta lepra en el cielo y en la tierra, desde el pájaro que no posee un grano de mijo, hasta á mí, que no tengo cien mil libras de renta, al ver los destinos del hombre, que están ya muy gastados, y aún los

regios destinos, que muestran la cuerda, testigo el príncipe de Condé ahorcado; al ver el invierno, que no es otra cosa que un rasgón hecho en el zenit por donde el viento sopla; al ver tantos harapos aún en la novísima púrpura de la mañana en la cima de las colinas; esas perlas falsas que se llaman gotas de rocío; al ver ese strass diamantino de la escarcha; al ver la humanidad descosida y los acontecimientos remendados, y tantas manchas en el sol, y tantos agujeros en la luna; al ver, en fin, tanta miseria por todas partes, sospecho que Dios no está muy rico. Es verdad que tiene apariencia, pero yo noto bien sus apuros y escaseces. Él da una revolución, á la manera que un negociante que tiene vacía la caja da un baile. No debemos juzgar á los dioses por las apariencias. Bajo el dorado del cielo, entreveo un universo pobre. Hay en la creación síntomas de quiebra. Por eso estoy yo descontento. Ya lo ven ustedes, hoy es el cinco de Junio, y casi es de noche; desde esta mañana, estoy esperando á que venga el día, y apuesto á que transcurrirá toda la jornada sin que él venga. Esta es una falta de puntualidad propia de un dependiente mal pagado. Si, todo está mal arreglado, nada se ajusta bien á nada, este viejo mundo está torcido, yo me coloco en las filas de la oposicion. Todo va aquí de traves; el universo es harto incómodo. Sucede como con los hijos, el que los desea no los tiene, y el que no los desea los tiene. Total: yo me desespero. Además, me aflige el ver á Laigle de Meaux, este pobre calvo. Me humilla el pensar que yo soy de la misma edad que esa rodilla¹. Por lo demás, crítico, pero no insulto. El universo es lo que es. Yo hablo aquí sin mala intencion, y para descargó de mi conciencia. Recibid, Padre eterno,

¹ Genou, rodilla, por la analogía ó semejanza de una calva con una rodilla.

las seguridades de mi distinguida consideración. ¡Ah! ¡por todos los santos del Olimpo y por todos los dioses del paraíso, yo no he nacido para ser parisiense, es decir, para dar botes eternamente, como un volante entre dos raquetas, desde el grupo de los ociosos al grupo de los revoltosos! Yo vine al mundo para ser turco, y estarme mirando todo el día un grupo de bachilleras orientales ejecutar esas delicadas danzas de Egipto lúbricas como los sueños de un hombre casto, ó labriego boceron, ó noble veneciano rodeado de lindas cortesanas, ó príncipejo alemán suministrando medio soldado de infantería á la Confederación germánica, y ocupando sus ocios en hacer enjugar sus calcetines sobre el seto de su casa, es decir, sobre su frontera! ¡Hé aquí para qué especie de destinos había yo nacido! Sí, he dicho turco, y no me vuelvo atrás. No comprendo por qué se ha de tomar habitualmente á los turcos en mal sentido; Mahoma tiene mucho bueno; respetemos al inventor de los serallos de huries y de los paraísos de odaliscas! ¡No insultemos al mahometismo, la única religión que está adornada de un gallinero! Dicho esto, insisto en beber. La tierra es una gran majadería. Y parece que se van á batir; todos esos tontos van á hacerse cortar la cara, á destrozarse ahí, á matarse, en mitad del verano, en el mes de Junio, cuando sería más sencillo y mucho ménos arriesgado que se fueran, llevándose del brazo una criatura, á respirar en el campo el grato perfume de la inmensa taza de té que ofrecen los forrajes recién segados! De véras que se hacen demasiados disparates. Un farol viejo que he visto roto, hace poco en casa de un prendero, me sugiere una reflexion: Ya sería tiempo de alumbrar al género humano. ¡Sí, vedme ya triste otra vez! ¡Lo que puede el tragar una ostra y una revolucion de traves! Ya vuelvo á estar lúgubre. ¡Oh! qué horrible es el viejo mundo! ¡Aquí se afanan, se des-

tituyen, se prostituyen, se matan, y acaban al fin por acostumbrarse!¹

Y despues de este fantástico arrebató de elocuencia, Grantaire sufrió otro arrebató de tos, merecido.

— Á propósito de revolucion, dijo Joly, parece que decididamente Barius está edaborado,

— ¿ Se sabe de quién ? pregunto Laigle.

— Do.

— ¿ No ?

— ¡ Do ! te digo.

— ¡ Los amores de Marius? exclamó Grantaire. Desde aquí estoy yo viendo ya lo que es eso. Marius es un nublado, y habrá encontrado un vapor. Marius es de la raza poética: y quien dice poeta, dice loco. *Trynbræus Apollo*. Marius y su Maria ó su Marion, ó su Marietta, ó su Mariquita, deben de hacer unos amantes singulares, y curiosos. Ya yo me figuro lo que eso será. Ciertos éxtasis en que se olvidan hasta de besarse. Castos en la tierra, pero cohabitando en el infinito. Son almas que tienen sentidos. Se acuestan juntos en las estrellas.

Grantaire empezaba su segunda botella y tal vez su segunda arenga, cuando hé aquí que un nuevo sér apareció por el agujero cuadrado de la escalera. Era un niño de ménos de diez años, andrajoso, sumamente pequeño, amarillo, con la cara en forma de hocico, ojos vivos, una enorme cabellera, mojado todo él por la lluvia, y con trazas de estar muy contento.

Escogiendo sin vacilar entre los tres, bien que él no

¹ Esta frase, en el texto francés, es uno de esos juegos de palabras que tanto prodiga el autor, en su manera excéntrica de expresarse, y que pierde en la traducción todo el *chiste* cacofónico y pesado con que golpea el oído del lector diciendo: *On s'y évertue, on s'y destitue, on s'y prostitue, on s'y tue, on s'y habitue!*

conociese evidentemente á ninguno de ellos, el niño dirigió á Laigle de Meaux.

— ¿ Es usted el señor Bossuet ? preguntó el chico.

— Tal es el nombre que me dan, respondió Laigle.

¿ Qué es lo que quieres de mí ?

— Hé ahí. Uno alto y rubio que me vió en el boulevard me dijo: ¿ Conocestú á la lía Hucheloup? Y dije: Sí, calle de la Chanvrerie, la viuda del viejo: y él me dijo entón ces: Vé á su casa. Allí encontrarás al señor Bossuet, y le dirás de mi parte: A-B-C. Es una broma que le juegan á usted, ¿ no es verdad? Me dió diez sueldos.

— Joly, préstame diez sueldos, dijo Laigle, y volviéndose hácia Grantaire — Grantaire, préstame diez sueldos.

Así reunió veinte sueldos, que Laigle dió al niño.

— Gracias, señor, dijo el muchachito.

— ¿ Cómo te llamas? preguntó Laigle.

— Navet, el amigo de Gavroche.

— Quédate con nosotros, dijo Laigle.

— Almuerza con nosotros, dijo Grantaire.

El niño respondió:

— No puedo, soy del cortejo, yo soy el que grita: Abajo Polignac!

Y estirando el pié largamente detrás de él, que es el más respetuoso de todos los saludos posibles, se marchó.

Cuando se hubo ausentado el niño, Grantaire tomó la palabra:

— Esee es el gamin puro, dijo. Hay muchas variedades en el género gamin. El gamin notario se llama salta-arroyos, el gamin cocinero se llama marmiton, el gamin panadero se llama mitron, el gamin lacayo se llama groom, el gamin marino se llama grumete, el gamin soldado se llama tapin, el gamin pictor se llama rapin, el gamin negociante se llama espolique, el gamin cortesano se llama menino, el

gamin rey se llama delfin, el gamin dios se llama bambino en Italia y en España el niño Jesus.

Entre tanto Laigle estaba meditando, y dijo á media voz: A-B-C, es decir: Entierro de Lamarque.

— El alto y rubio, observó Grantaire, es Enjolras que as quien te envía ese aviso.

— ¿ Iremos? dijo Bossuet.

— Está lloviendo, repuso Joly. Yo he jurado que iré al fuego, pero do al agua. Yo do quiero resfriarme.

— Yo me quedo aquí, dijo Grantaire. Prefiero un almuerzo á un carro fúnebre.

— Conclusion: que nos quedamos aquí, añadió Laigle. Pues bien, entón ces, bebamos. Por lo demas se puede faltar al entierro, sin faltar á la revolucion.

— ¡ Ah! la revolucion, yo soy udo de ellos, cuéntese conbigo, exclamó Joly.

Laigle se estregó las manos:

— ¿ Conque es decir que se va á retocar la revolucion de 1830? En verdad que ella incomoda al pueblo en las escotaduras.

— Soy casi de todo punto indiferente á vuestra revolucion, dijo Grantaire. Yo no exereo á este gobierno. Es la corona templada por el gorro de dormir. Es un cetro que termina en paraguas. En realidad, hoy, á lo que yo juzgo, y en los tiempos que corren, Luis Felipe podrá utilizar su trono para dos fines, extender la punta cetro contra el pueblo y abrir la punta paraguas contra el cielo.

La sala estaba oscura, densos nublados acababan de suprimir el día. Nadie había en la taberna, ni en la calle, todo el mundo había ido á « ver los acontecimientos. »

— ¿ Es medio-día ó media-noche? exclamó Bossuet. No se ve gota. ¡ Gibelotte, una luz!

Grantaire, triste, continuaba bebiendo.

— Enjolras me desdeña, decia él entre dientes. Enjol-

ras ha dicho: Joly está enfermo. Grantaire está borracho. Por eso ha enviado á Navet con recado sólo para Bossuet. Si él hubiera venido por mí, le habría yo seguido. ¡ Tanto peor para Enjolras ! no iré á su entierro.

Una vez tomada esta resolución, Bossuet, Joly y Grantaire no se movieron de la taberna. Á eso de las dos de la tarde, la mesa á la cual estaban ellos sentados se hallaba cubierta de botellas vacías. Dos velas de sebo estaban encendidas, una en una palmatoria de cobre enteramente verde, y la otra en el cuello de una garrafa rota. Grantaire había arrastrado á Joly y á Bossuet hácia el vino; Bossuet y Joly habían atraído á su vez á Grantaire hácia el buen humor.

Por lo que hace á Grantaire, desde las doce, había dejado ya atrás el vino, fuente mediocre de ensueños. Entre los borrachos de primer orden, el vino no pasa de disfrutar un éxito de mera estimación. Tocante á embriaguez, hay la magia negra y la magia blanca: el vino no es sino la magia blanca. Grantaire era un aventurado bebedor de sueños. La oscuridad de una embriaguez formidable entreabierto á su vista, lejos de contenerle, le atraía. Había dejado á un lado las botellas y echado mano á la pinta ó el jarro. El jarro es el pozo sin fondo, el abismo. No teniendo á la mano ni opio ni haschichs, y queriendo llenarse el cerebro de crepúsculo, había recurrido á esa horrible mezcla de aguardiente, de stout y de ajeno que produce letargos tan terribles. De estos tres vapores, cerveza, aguardiente y ajeno se compone el plomo del alma. Son como tres tinieblas; la mariposa celeste se ahoga en ellas; formándose allí, en medio de un humo membranoso, vagamente condensado en ala de murciélago, tres furias mudas, la Pesadilla, la Noche, la Muerte, revoloteando por encima de Psiquis adormida.

Grantaire no se hallaba aún en esta fase lúgubre: bien

lejos de esto, estaba él prodigiosamente alegre, y Bossuet y Joly le daban la réplica. Se pusieron á brindar. Grantaire añadía á la acentuación excéntrica de las palabras y de las ideas la divagación del gesto, apoyaba con dignidad su puño izquierdo sobre su rodilla, formando escuadra con el brazo y con su corbata deshecha, á caballo sobre un taburete teniendo en la mano derecha su vaso lleno, dirigía á la criada gruesa, á Matelote, estas palabras solemnes:

— ¡ Que se abran las puertas del palacio ! que todo el mundo sea de la Academia francesa, y tenga derecho de abrazar á madama Hucheloup ! Bebamos.

Y volviéndose hácia la señá Hucheloup añadía:

— Mujer antigua y consagrada por el uso, acércate que yo te contemple.

Y Joly exclamaba:

— Batelotte y Gibelotte, do debeis dar bas de beder á Grantaire. Él gasda hucho didero, consube cobo un loco. Ya hade vorao desde esta mañada en prodigalidades desatidadas dos francos y doventa y cinco céntimos.

Y Grantaire continuaba diciendo:

— ¿ Y quién es el que ha descolgado las estrellas sin mi permiso, para ponerlas sobre esta mesa en guisa de velas? Bossuet, aunque muy embriagado, había conservado su calma.

Se había sentado en el poyo de la ventana abierta, moñándose la espalda con la lluvia que estaba cayendo, y desde allí contemplaba á sus dos amigos.

De repente oyó detrás de sí un tumulto, pasos precipitados, gritos de ¡ *Á las armas!* Volvióla cara, y vió, en la calle de Saint-Denis, al extremo de la calle de la Chanvrière, á Enjolras que pasaba con la carabina en la mano, y á Gavroche con su pistola, Fenilly con su sable, Courfeyrac con su espada, Juan Prouvaire con su mosquetón, Combeferre con su fusil, Bohorel con su escopeta, y

todo el grupo armado y tempuestuoso que los seguía.

La calle de la Chanvrerie no era más larga que el alcance de un tiro de carabina. Bossuet improvisó con ambas manos una cerbatana ó bocina en derredor de su boca, y gritó:

— ¡Courfeyrac! ¡Courfeyrac! Hé!

Courfeyrac oyó que le llamaban, vió que era Bossuet, y dió algunos pasos por la calle de la Chanvrerie, gritando un: ¿Qué quieres? que se cruzó con un: ¿Adónde vas?

— A hacer una barricada, respondió Courfeyrac.

— ¡Pues bien, aquí! ¡el sitio es á propósito! ¡hazla aquí!

— Tienes razón, Agui a, dijo, Courfeyrac.

Y á una señal que este hizo, el grupo se precipitó en la calle de la Chanvrerie.

III

PRINCIPIA Á OSCURECER SOBRE GRANTAIRE

En efecto, el sitio estaba admirablemente indicado; la entrada de la calle ensanchada, el fondo estrecho y sin salida, viniendo á formar allí Corinto como una compresión, la calle de Mondétour fácil de barrear á derecha é izquierda; ningun ataque era posible sino por la calle de Saint-Denis, es decir, de frente y á descubierto. Bossuet, embriagado, había tenido el mismo golpe de vista que tuvo Annibal en ayunas.

La irrupción del grupo difundió el espanto por toda la calle. Ni un solo transeunte dejó de eclipsarse. En el tiempo de un relámpago, en el fondo, á la derecha, á la izquierda, tiendas, talleres, puertas, medias puertas, ventanas, persianas, balcones, boardillas, todo se cerró, desde el suelo hasta el tejado. Una pobre vieja asustada colocó un colchon delante de su ventana, fijándole en

dos pértigas que la servían para enjugar la ropa, á fin de amortiguar los tiros de la fusilería. La casa de la taberna era la única que habia quedado abierta, por una buena razon, porque el grupo se habia precipitado á entrar en ella. — ¡Ay Dios mio! ¡Dios mio! suspiraba la señá Hucheloup.

Bossuet habia bajado para salir al encuentro á Courfeyrac.

Joly, que se habia asomado á la ventana, gritó :

Courfeyrac, has debido tobar un paraguas. Vas á resfriarte.

Entre tanto, en algunos minutos, veinte barras de hierro habian sido arrancadas de la verja delantera de la taberna, y diez toesas de la calle habian sido desempedradas; Gavroche y Bahorel habian cogido al pasar y derribado el carreton de un fabricante de cal llamado Anceau; aquel carreton contenia tres barricas llenas de cal que colocaron ellos bajo unas pilas de adoquines; Enjolras habia levantado la trampa de la cueva, y todas las pipas y toneles vacíos de la viuda Hucheloup habian ido á acompañar á las barricas de cal; Feuilly, con sus dedos habituados á colorear las láminas delicadas de los abanicos, habia apuntalado las barricas y el carreton con dos pilas macizas de ripio y morrillo. Ripio y morrillo improvisados como todo lo demas, y tomados no se sabe dónde. Unas vigas de sosten habian sido arrancadas en la fachada de una casa inmediata y colocadas sobre los toneles. Cuando Bossuet y Courfeyrac se volvieron, la mitad de la calle estaba ya barreada ó interceptada con un muro más alto que un hombre. Nada iguala á la mano popular para edificar lo que se edifica demoliendo.

Matelote y Gibelotte se habian mezclado tambien con los trabajadores. Gibelotte iba y venía cargada de camas-

tros. Su lástid ayudaba á la barricada; sirviendo ella las piedras como habria servido el vino, con trazas de medio adormecida.

Un ómnibus que tenía dos caballos blancos pasó por el extremo de la calle.

Bossuet brincó sobre los adoquines, corrió, detuvo al cobero, hizo que los viajeros se apearan, dió la mano « á las señoras, » despidió al conductor, y se vino trayéndose coche y caballos por la brida.

— Los ómnibus, dijo, no deben pasar por delante de Corinto. *Non licet omnibus adire Corinthum.*

Un instante despues, los caballos desenganchados se marchaban á la ventura por la calle de Mondétour, y el ómnibus tendido de flanco, completaba la barrera que cortaba el paso á la calle.

La señá Hucheloup, trastornada, se habia refugiado en el primer piso.

Tenía la vista vaga, y miraba sin ver, gritando por lo bajo. Sus gritos pavorosos no osaban salir de su garganta.

— Esto es el fin del mundo, murmuraba entre dientes.

Joly depositaba un beso en el pescuezo grueso, rojo y arrugado de la señá Hucheloup, y decia á Grantaire :

— Querido, yo siempre he considerado el cuello de una mujer como una cosa infinitamente delicada.

Pero Grantaire, entre tanto tocaba á las más altas regiones del ditirambo. Habiendo vuelto á subir Matelote al piso principal, Grantaire la habia cogido por la cintura y desde la ventana reía á grandes carcajadas.

— ¡Matelote es fea! gritaba, Matelote es el sueño de la fealdad. Matelote es una quimera. Hé aquí el secreto de su nacimiento : un Pigmaleon gótico que hacía gárgolas para las catedrales se enamoró perdidamente cierto dia de una de ellas, que era la más horrible. Suplicó -

amor que la animase, y de aquí resultó Matelote. ¡Miradla, ciudadanos! tiene el pelo color de cromato de plomo, como la querida del Ticiano, y es una buena muchacha. Yo respondo que ella se batirá bien. Toda buena muchacha puede convertirse en un héroe. Por lo que hace á la tia Hucheloup, es una vieja valerosa. ¡Ved los bigotes que tiene! los ha heredado de su marido. Es una granadera: ¡cómo! también se batirá. Ellas dos solas son capaces de infundir miedo á toda la banlieue¹. Camaradas, derrocaremos al gobierno, tan cierto, como cierto es que existen quince ácidos intermediarios entre el ácido márgárico y el ácido fórmico; por lo demás, á mí todo esto me es enteramente igual. Señores, mi padre me ha detestado siempre porque yo no podía comprender las matemáticas. Yo no comprendo más que el amor y la libertad. ¡Soy Grantaire el buen muchacho! No habiendo tenido nunca dinero, no he adquirido la costumbre de tenerle, de donde resulta que jamás he carecido de él; pero si yo hubiera sido rico, no habria habido pobres! ¡ya se habria visto! ¡Oh! ¡si los buenos corazones tuvieran las grandes bolsas! ¡cómo iria todo mucho mejor! ¡Figuraos á Jesucristo con la fortuna de Rothschild! ¡Cuánto bien no haria él! ¡Matelote, bésame! ¡sois voluptuosa y tímida! tenéis mejillas que reclaman el beso de una hermana, y labios que reclaman el beso de un amante.

— ¡Cállate, tonel! dijo Courfeyrac.

Grantaire respondió:

— Yo soy noble capitular de Tolosa y maestro de los juegos florales.

Enjolras, que se hallaba de pié sobre la cresta de la barricada, con el fusil empuñado, levantó su bello y

¹ Las afueras de Paris.

austero semblante. Sabido es que Enjolras participaba del esparciata y del puritano. Habria él muerto en las Thermópilas con Leónidas y habria quemado á Drogheda con Cromwell.

— Grantaire! le gritó, véte á dormir la mona fuera de aquí. Este es el sitio de la embriaguez que nace del entusiasmo patriótico, y no el sitio de la horrachera. ¡No deshonres la barricada!

Esta palabra llena de irritacion produjo en Grantaire un efecto singular. Diríase que habia recibido un jarro de agua fria en la cara. De repente apareció desembriagado. Se sentó, apoyó un codo sobre la mesa que estaba junto á la ventana, miró á Enjolras con una amabilidad y una bondad inexplicables, y le dijo:

— Déjame dormir aquí.

— Véte á dormir á otra parte.

Pero Grantaire, fijando siempre en él sus ojos tiernos y turbados, respondió:

— Déjame dormir aquí— hasta que muera aquí mismo.

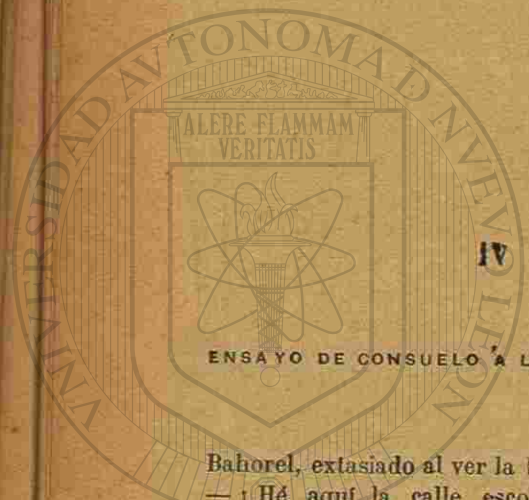
Enjolras le consideró con una mirada desdeñosa:

— Grantaire, tú eres incapaz de creer, de pensar, de querer, de vivir, y de morir.

Grantaire replicó con voz grave:

— Ya lo verás.

Tartamudeó aún algunas palabras ininteligibles, en seguida dejó caer pesadamente su cabeza sobre la mesa, y, lo que suele ser un efecto bastante comun del segundo periodo de embriaguez en que Enjolras le habia impelido tan bruscamente, un instante despues se habia dormido.



Bahorel, extasiado al ver la barricada, gritó :

— ¡ Hé aquí la calle escotada ! ¡ qué bien hace esto !

Courfeyrac, sin dejar de ir demoliendo poco á poco la taberna, procuraba consolar á la viuda tabernera.

— Tia Hucheloup, ¿ no se quejaba usted el otro dia de que la habian significado á usted una sumaria ó proceso, por contravenir á la ley, ó á los reglamentos de policia, á causa de que Gibelotte habia sacudido un tapiz de la cama por las ventanas de la calle ?

— Sí, mi buen señor Courfeyrac. ¡ Ay Jesus de mi vida ! ¿ es que tambien van ustedes á ponerme esta mesa en esos horrores que están ahí haciendo ? Y vea usted que, por el tapiz, y tambien por una maceta que se cayó desde la boardil7 la calle, el gobierno me ha tomado

cien francos de multa. ¡ Ya usted ve si esto no es una abominacion !

— Pues bien, tia Hucheloup, nosotros la vengamos á usted.

En este género de reparac'ón que se la hacia, la tia Hucheloup parecia no comprender suficientemente su beneficio. Mostrábase satisfecha á la manera de aquella mujer árabe que, habiendo recibido un bofeton de su marido, fué á quejarse á su padre, gritando venganza y diciendo : — Padre, tú debes á mi marido afrenta por afrenta. El padre la preguntó : — ¿ En qué mejilla recibiste la bofetada ? — En la mejilla izquierda. El padre la abofeteó en la mejilla derecha y dijo : — Ya estarás contenta. Vé á decir á tu marido que él ha abofeteado á mi hija, pero que yo he abofeteado á su mujer.

La lluvia habia cesado. Varios reclutas habian llegado. Unos obreros habian traído bajo sus blusas un barril de pólvora, un cesto lleno de botellas de vitriolo, dos ó tres hachas de carnaval y una banasta llena de lamparillas (*lampions*) « sobrantes de la fiesta del rey. » Esta fiesta era reciente, pues habia tenido lugar el 1.º de Mayo. Decíase que aquellas municiones venian de parte de un tendero de ultramarinos del arrabal de San Antonio llamado Pepin. Rompieron el único reverbero que habia en la calle de la Chanvrerie, el farol correspondiente de la calle de Saint-Denis, y todos los demas faroles de las calles circunvecinas, de Mondétour, del Cisne, de los Predicadores, y de la Grande y de la Petite-Truanderie.

Enjolras, Combeferre y Courfeyrac eran los que lo dirigian todo. Entre tanto se construian al mismo tiempo dos barricadas, apoyadas ambas en la casa de Corinto y formando escuadra ; la más grande cerraba la calle de la Chanvrerie, la otra cerraba la calle de Mondétour por el lado de la calle del Cisne. Esta última barricada, muy es-

trecha, no estaba construida sino de toneles y aloquines. Había en ella como cincuenta trabajadores; unos treinta armados de fusiles; pues, de paso, los habían tomado á bulto por vía de préstamo en la tienda de un armero.

Nada más extraño y más abigarrado que aquella tropa. El uno llevaba un frac corto, un sable de caballería y dos pistolas de arzon; otro iba en mangas de camisa, con un sombrero redondo y un frasco de pólvora pendiente del costado; un tercero estaba encorazado con nueve pliegos de papel de estraza y armado de una lesna de guarnicionero. Había uno que gritaba: *¡Exterminemos hasta el último y muramos en la punta de nuestra bayoneta!* Precisamente el que esto decía no tenía bayoneta. Otro ostentaba encima de la levita su corraje del cual pendía una cartuchera de guardia nacional, con su funda adornada de esta inscripción en lana roja: *Orden público*. Muchos fusiles que tenían de manifiesto los números de legiones, pocos sombreros, ninguna corbata, muchos brazos desnudos, algunas picas. Añádase á esto todas las edades, todos los semblantes, jovencitos pálidos, marineros y obreros de color bronceado. Todos se afanaban; y mientras que se ayudaban unos á otros, conversaban acerca de las probabilidades que parecían posibles, — que á eso de las tres de la mañana se recibirían auxilios, — que estaban seguros de un regimiento, — que París se sublevaría. Propósitos terribles con los cuales se mezclaba cierta especie de jovialidad cordial. Diríase que todos ellos eran hermanos, é ignoraban los unos los nombres de los otros. Los grandes peligros tienen esta hermosa calidad, de poner de manifiesto la fraternidad de los desconocidos.

En la cocina habían hecho una grande lumbre donde fundían en un molde de balas todas las colodras, cucharas, tenedores, y cuántas vasijas y otros objetos de estaño había en la taberna. En medio de esto, no cesaban

de beber unos y otros. Las cápsulas y las municiones rodaban confusamente sobre las mesas entre los vasos de vino. En la sala del billar, la seña Hucheloup, Matelote, y Gibelotte, diferentemente modificadas por el terror, una embrutecida, otra sofocada y otra despierta, rasgaban rodillas viejas para hacer hilas, auxiliadas por tres insurgentes, tres mocetones melencidos, barbudos y bigotudos que desbrizaban el lienzo con dedos de costurera y que sin embargo las hacían temblar.

El hombre de elevada talla que habían observado Courfeyrac, Combeferre y Enjolras, en el instante mismo en que él se incorporaba al grupo en la esquina de la calle de Billettes, estaba trabajando en la pequeña barricada, procurando allí hacerse útil. Gavroche trabajaba en la grande. Por lo que hace al jóven que había esperado á Courfeyrac en su casa y le había preguntado por el señor Marius, había desaparecido casi en el instante mismo en que derribaron el ómnibus.

Gavroche, completamente fuera de sus casillas y radioso de contento, se había encargado de activar la marcha de todas las operaciones y de auxiliar los trabajos de cada colaborador con una agilidad y una viveza propias de su edad. Así que iba, venía, subía, bajaba, volvía á subir, zumbaba y chispeaba por todas partes. Parecía hallarse allí para animarlos á todos. ¿Tenía él un aguijón, un estímulo? Sí, ciertamente, su miseria; ¿tenía alas? sí, en verdad, su alegría. Gavroche era un torbellino remolineando sin cesar. Veíasele en todas partes, y olíasele siempre. Él solo llenaba el aire, multiplicándose y hallándose á la vez en todos los lugares. Era una especie de ubicuidad irritante; con él no era posible tregua ni respiro. La enorme barricada le sentía sobre su grupa. Aguijaba á los ociosos, excitaba á los flojos, reanimaba á los rendidos por la fatiga, impacientaba á los cavilosos, lle-

vaba á unos la alegría, á otros la animacion, á otros en fin la ira, á todos el movimiento; picaba á un estudiante, mordía á un obrero; tomaba ciertas actitudes, se paraba, volvía á marchar, volaba y se cernía encima del tumulto y del esfuerzo de todos, saltaba de estos á aquellos, murmuraba, gruñía, zumbaba y hostigaba á todo el tiro; verdadera mosca del inmenso Faeton revolucionario.

El movimiento se hallaba encarnado en sus brazos diminutos y el clamor perpetuo en sus reducidos pulmones:

— ¡Audacia! ¡audacia! ¡más piedras aún! ¡más toneladas! ¡más fulanos de esos! ¿dónde hay? Un cesto de yeso para tapar aquel agujero. Es todavía muy pequeña vuestra barricada. Es preciso hacerla subir. Echadlo ahí todo, encajado todo, zampadlo todo. Haced pedazos la casa. Una barricada, es el té de la tía Gibou. Tomad, aquí tenéis una puerta vidriera.

Esto hizo exclamar á los trabajadores:

— ¡Una puerta vidriera! ¿y qué quieres tú que hagamos con una puerta vidriera, tubérculo?

— ¡Más hercúleos sois vosotros! replicó Gavroche. Una puerta vidriera en una barricada es una cosa excelente. Eso no impide atacarla, pero incomoda mucho al tomarla. ¿Conque vosotros no habéis birlado nunca manzanas por encima de una pared adornada con culos de botellas? Una puerta vidriera sirve para cortar los callos en los pies de la guardia nacional cuando quiere ella encaramarse sobre la barricada. ¡Pardiez! el vidrio es muy traidor. Vamos andando, camaradas, que parece que vosotros no tenéis una imaginacion desenfrenada.

Por lo demás, estaba él furioso de tener su pistola sin gatillo; y caminaba de uno en otro reclamando: — ¡Un fusil! ¡yo quiero un fusil! ¿Por qué no me dan á mí un fusil?

— ¡Un fusil á tí! dijo Combeferre.

— ¡Toma! replicó Gavroche, ¿y por qué no? ¡ya tuve

uno en 1830, cuando nos disputamos con Carlos X! Enjolras se encogió de hombros:

— Cuando haya para los hombres, se le dará á los niños. Gavroche se volvió con arrogancia, y le respondió:

— Si te matan á tí antes que á mí, te tomaré el tuyo.

— ¡Gamin! dijo Enjolras.

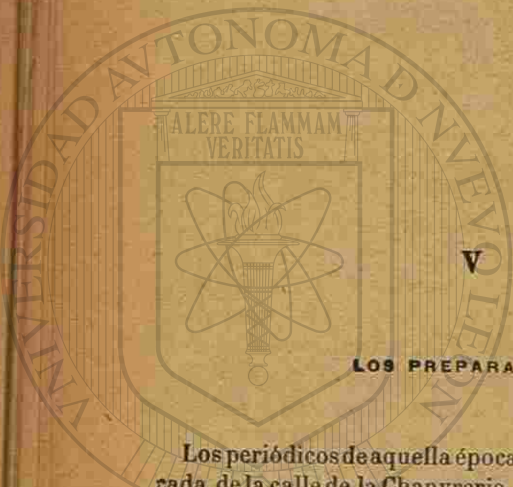
— ¡Boquirubio! dijo Gavroche.

Á este tiempo hizo diversion por aquel sitio un elegante extraviado que apareció divagando por el extremo de la calle.

Gavroche le gritó:

— ¡Vaya, caballero, venga usted con nosotros! ¿Vamos, es que no habrá usted de hacer nada por esta vieja patria?

El elegante escapó á toda prisa.



LOS PREPARATIVOS

Los periódicos de aquella época que dijeron que la barricada de la calle de la Chanvrerie, aquella *construcción casi inexpugnable*, como ellos la llaman, llegaba hasta el nivel de un piso principal, se equivocaron. El hecho es que no excedía ella la altura media de seis á siete piés. Hallábase construida de manera que los combatientes podían, á voluntad, ó desaparecer detras, ó dominar la barrera y al mismo tiempo escalar la cresta por medio de una cuádruple hilera de adoquines superpuestos y arreglados en forma de gradas en el interior. Por la parte de afuera, el frente de la barricada, compuesto de pilas de adoquines y de toneles enlazados entre sí por medio de vigas y de tablas que se trababan en las ruedas de la carreta Anceau y del ómnibus volcado, tenía un aspecto erizado é inextricable.

En el extremo de la barricada más lejano de la taberna, habían dejado, entre aquella y la pared de la calle, una

abertura ó hendidura suficiente para que pudiera pasar un hombre, de manera que fuese posible operar una salida. La lanza del ómnibus había sido colocada en la posición recta y vertical y sostenida con cuerdas, y una bandera roja, fija en la extremidad superior de dicha lanza, tremolaba sobre la barricada.

La pequeña barricada Mondétour, oculta detras de la casa de la taberna, no se percibía. Las dos barricadas reunidas formaban un verdadero reducto. Enjolras y Courfeyrac no habían juzgado á propósito el fortificar el otro trozo de la calle Mondétour que abre por la calle de los Predicadores una salida hácia los mercados centrales, queriendo sin duda conservar una comunicacion posible con el exterior, y abrigando pocos temores de ser atacados por la peligrosa y difícil callejuela de los Predicadores.

Salvo esta salida que quedaba libre, la cual constituía un ramal, ó lo que Folard, en su estilo estratégico, habría llamado un intestino, y teniendo en cuenta también la exigua escotadura ó abertura dejada en la calle de la Chanvrerie, el interior de la barricada, donde la taberna formaba un ángulo saliente, presentaba un cuadrilátero irregular cerrado por todas partes. Entré la gran barrera y las altas casas que formaban el fondo de la calle, había como unos veinte pasos de intervalo; de suerte que podía decirse que la barricada se hallaba respaldada en aquellas casas, habitadas todas ellas, pero cerradas de arriba abajo.

Todo este trabajo se hizo sin el menor obstáculo ni impedimento, en ménos de una hora, y sin que aquel puñado de hombres atrevidos viera aparecer por allí una gorra de pelo ni una bayoneta. Los raros bourgeois que se aventuraban aún, en aquel momento de la revuelta, á pasar por la calle de Saint-Denis, dirigían una mirada hácia la calle de la Chanvrerie, y al distinguir la barricada, redoblaban el paso.

Una vez concluidas las dos barricadas, y enarbolada la bandera, sacaron una mesa fuera de la taberna, y Courfeyrac subió sobre esta mesa. Enjolras trajo entonces el cofre cuadrado y Courfeyrac le abrió. Aquel cofre estaba lleno de cartuchos. Cuando vieron los cartuchos, hubo un estremecimiento de gozo entre los más valientes y un momento de silencio.

AL Courfeyrac los distribuyó sonriendo.

Cada uno recibió treinta cartuchos. Muchos tenían pólvora, y se pusieron á hacer otros cartuchos con las balas que se fundían. Por lo que hace al barril de pólvora, estaba sobre una mesa aparte, junto á la puerta, y se le dejó en reserva.

El toque de llamada, que recorría todo París, no cesaba un instante de sonar, pero habia concluido por no ser otra cosa que un ruido monótono al cual no prestaban ya ninguna atención. Este ruido, ora se alejaba, ora se acercaba, como siguiendo lúgubres undulaciones.

Cargaron los fusiles y las carabinas, todos á la vez, pero sin precipitación, con una gravedad solemne. Enjolras fué á colocar tres centinelas fuera de las barricadas, una en la calle de la Chanvrerie, la segunda en la calle de los Predicadores, y la tercera en la esquina de la Petite-Truanderie.

Después, construidas ya las barricadas, señalados los puestos, cargados los fusiles, colocadas las centinelas, solos en aquellas calles pavorosas por donde ya nadie pasaba, rodeados de aquellas casas mudas y como muertas, donde no palpitaba ningún movimiento humano, envueltos en las sombras crecientes del crepúsculo que comenzaba, en medio de aquella oscuridad y de aquel silencio donde se sentía aproximarse algo, y que tenía un no sé qué de trágico y de aterrador, aislados, armados, resueltos, tranquilos, esperaron

VI

ENTRE TANTO

En estas horas de espera, ¿qué es lo que hicieron? Preciso será que lo digamos, pues que esto es histórico.

Mientras que los hombres hacían cartuchos y las mujeres hacían hilas; mientras que en un hornillo en ascuas humeaba una grande cacerola llena de estaño y de plomo derretidos con destino al molde de las balas; mientras que las centinelas velaban arma al brazo sobre la barricada; mientras que Enjolras, imposible de distraer, velaba á su vez sobre las centinelas, Combeferre, Courfeyrac, Juan Prouvaire, Feuilly, Bossuet, Joly, Bahorel, y algunos otros más se buscaron y se reunieron, como en los días más apacibles de sus tertulias estudiantinas, y en un rincón de aquella taberna-figon convertida en casamata, á dos pasos del reducto que habían levantado, con sus carabinas cargadas y cebadas, apoyándolas en el respaldo de sus sillas respecti-

vas, aqu'ellos excelentes jóvenes, tan próximos á una hora
suprema, se pusieron á recitar versos de amor.

¿ Qué versos ? Hélos aquí :

Vous rappelez-vous notre douce vie
Lorsque nous étions si jeunes tous deux,
Et que nous n'avions au cœur d'autre envie
Que d'être bien mis et d'être amoureux ;

Lorsqu'en ajoutant votre âge à mon âge,
Nous ne comptions pas à deux quarante ans,
Et que, dans notre humble et petit ménage,
Tout, même l'hiver, nous était printemps ?

Beaux jours ! Mannel était fier et sage,
Paris s'essayait à de saints banquets,
Foy lançait la foudre, et votre corsage
Avait une épingle où je me piquais.

Tout vous contemplait. Avocat sans causes
Quand je vous menais au Prado dîner,
Vous étiez jolie au point que les roses
Me faisaient l'effet de se retourner.

Je les entendais dire : Est-elle belle !
Comme elle sent bon ! quels cheveux à flot !
Sous son mantelet elle cache une aile ;
Son bonnet charmant est à peine éclo.

J'errais avec toi, pressant ton bras souple.
Les passants croyaient que l'amour charmé
Avait marié, dans notre heureux couple,
Le doux mois d'avril au beau mois de mai.

Nous vivions cachés, contents, porte close,
Dévorant l'amour, bon fruit défendu ;
Ma bouche n'avait pas dit une chose,
Que déjà ton cœur avait répondu.

La Sorbonne était l'endroit bucolique
Où je t'adorais du soir au matin.
C'est ainsi qu'une âme amoureuse applique
La carte du Tendre au pays latin.

O place Maubert ! O place Dauphiné !
Quand, dans le taudis frais et priantier
Tu tirais ton bas sur ta jambe fine,
Je voyais un astre au fond du grenier.

J'ai fort lu Platon, mais rien ne m'en reste ;
Mieux que Malebranche et que Lamennais
Tu me démontrais la bonté céleste
Avec une fleur que tu me donnais.

Je t'obéissais, tu m'étais soumise.
O grenier doré ! te lacer ! te voir
Aller et venir dès l'aube en chemise,
Mirant ton front jeune à ton vieux miroir !

Et qui donc pourrait perdre la mémoire
De ces temps d'aurore et de firmament,
De rubans, de fleurs, de gaze et de moire,
Où l'amour bégaye un argot charmant !

Nos jardins étaient un pot de tulipe ;
Tu masquais la vitre avec un jupon ;
Je prenais le bol de terre de pipe
Et je te donnais la tasse en japon.

Et ces grands malheurs qui nous faisaient rire !
Ton manchon brûlé, ton boa perdu !
Et ce cher portrait du divin Shakspeare
Qu'un soir pour souper nous avons vendu !

J'étais mendiant et toi charitable.
Je baisais au vol tes bras frais et ronds.
Dante in-folio nous servait de table
Pour manger gaîment un cent de marrons.

La première fois qu'en mon joyeux bouge
Je pris un baiser à ta lèvre en feu,
Quand tu t'en allas décoiffée et rouge,
Je restai tout pâle et je crus en Dieu

Te rappelles-tu nos bonheurs sans nombre,
Et tous ces fichus changés en chiffons ?

Oh! que de soupirs. de nos cœurs pleins d'ombre,
Se sont envolés dans les cieus profonds!

La hora, el sitio, estos recuerdos de la juventud renovados, algunas estrellas que empezaban á brillar en el cielo, el fúnebre reposo de aquellas calles desiertas, la inminencia de la aventura inexorable que se preparaba, daban un patético encanto á estos versos murmurados á média voz en la média luz del crepúsculo por Juan Prouvaire que, según hemos dicho, era un poeta lleno de ternura.

¡ Te acuerdas de nuestra dulce vida, cuando éramos aún ambos tan jóvenes, y que no abrigábamos en nuestros corazones otros deseos que el de ir bien puestos y el de ser amados;

Cuando, sumando con mi edad la tuya, no reuníamos siquiera cuarenta años, y que, en nuestro humilde y pequeño albergue, todo, hasta el invierno, era primavera para nosotros?

¡ Hermosos días! Manuel reunía la prudencia á la arrogancia, París celebraba santos banquetes. Foy lanzaba truenos y rayos, y en el cuerpo de tu vestido había un afiler donde yo me picaba.

Todo hacía de ti objeto de contemplacion. Abogado sin pleitos, cuando te levaba á comer al Prado, estabas tan hermosa, que hasta las rosas me parecía que se volvian para mirarte;

Y yo las oía decir: ¡ Qué bellisima es! ¡ qué rica fragancia exhala! ¡ qué magnífica y undosa cabellera! Sin duda oculta las alas bajo los pliegues de su manteleta; apénas si está abierta su linda papalina.

Yo marchaba contigo á la ventura, estrechando con el mío tu flexible brazo. Los transeúntes creían que, en nuestra dichosa pareja, el amor, ebrio de encantos, había desposado al dulce Abril con el delicioso Mayo.

Vivíamos retirados, contentos, á puerta cerrada, devorando el amor, hermoso y vedado fruto; apénas mi labio había pronunciado una palabra, cuando tu corazón había ya respondido.

La Sorbona era el sitio bucólico donde yo te adoraba desde por la mañana hasta la noche. Así es cómo un alma amorosa aplica el mapa del Tendre (tierno) en el país latino.

¡ Oh plaza Maubert! ¡ Oh plaza Dauphine! Cuando, en nuestro chi-

Entre tanto, habían encendido una lamparilla en la barricada pequeña, y, en la grande, una de esas hachas de eera semejantes á las que se acostumbra poner el mártir de carnaval en la delantera de los coches cargados de máscaras que van á la Courtille. Estas hachas, como se ha visto ya, venian del arrabal de San Antonio.

Habian colocado el hacha en una especie de jaula ó caja formada con adoquines, cerrada por tres lados, á fin de preservarla contra el viento, y dispuesta de tal modo que toda la luz caia sobre la bandera. La calle y la bar-

ribital fresco y primavera!, te estirabas la média sobre tu pierna delicada, distinguía yo un astro en el fondo del granero.

He leído mucho á Platon, pero nada me queda de él; mejor que Malebranch, y que Lamennais me demostrabas tú la bondad celeste al darme un bot.

Yo te obedecía, y tú me estabas sumisa. ¡ Oh dorado desvan! ¡ encordonar tu corsé! ¡ verte ir y venir desde el alba en camisa, mirando tu frente joven en tu vetusto espejo!

¿ Quién pues podría borrar de la memoria aquellos días de aurora y de firmamento, de cintas, de flores, de gasa y de moaré, en que el amor balbuciente pronuncia un *argot* delicioso?

Nuestros jardines consistian en una maceta de tulípanes; tú tapabas la vidriera con una enagua; yo tomaba el tazon de loza ordinaria y te daba á ti la taza de porcelana del Japon.

¡ Y aquellas grandes desgracias que nos hacian reír! ¡ tu manguito quemado, tu boa perdido! ¡ y aquel retrato querido del divino Shakepeare que vendimos una noche para cenar!

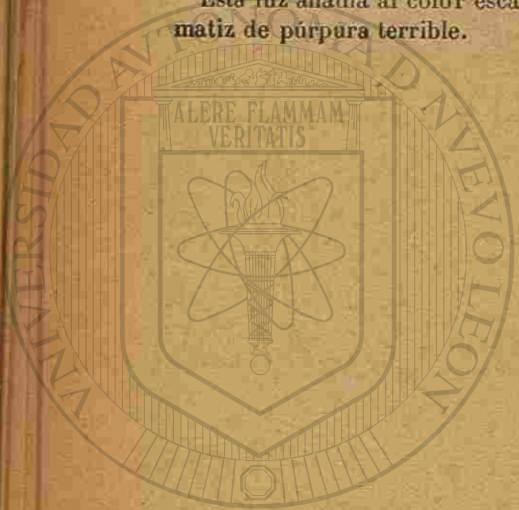
Yo siempre mendigaba, y tú eras conmigo caritativa. Yo te besaba al sereno tus frescos y torneados brazos. Un tomo en folio del Dante me servía de mesa para comer alegremente un ciento de castañas.

La primera vez que en mí alegre tabuco imprimí un beso en tus labios de fuego, cuando tú te fuiste, despeñada y de un rojo subido matizadas tus mejillas, yo quedé enteramente pálido, y creí en Dios!

¡ Te acuerdas de nuestras dichas sin cuento, y de todos aquellos volantes y fichús arrugados? ¡ Oh! cuántos suspiros volaron á los cielos profundos, de nuestros corazones llenos de sombra!

ricada quedaban sumergidas en la oscuridad, sin que se viera nada más que la bandera roja formidablemente alumbrada como una enorme linterna sorda.

Esta luz añadía al color escarlata de la bandera cierto matiz de púrpura terrible.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



VII

EL HOMBRE RECLUTADO

CALLE DE BILLETES

La noche había ya cerrado enteramente, y nada se presentaba aún. Sólo se oían confusos rumores, y de vez en cuando algunos fuegos de fusilería, pero raros, poco nutridos y lejanos. Esta tregua, que así se prolongaba, era señal de que el gobierno ganaba tiempo y estaba reuniendo sus fuerzas. Aquellos cincuenta hombres esperaban sesenta mil.

Enjolras se sintió acometido de esa impaciencia que se apodera de las almas fuertes al acercarse los acontecimientos formidables. Fue adonde estaba Gavroche, quien se había puesto á fabricar cartuchos en la sala baja, á la dudosa claridad de dos velas de sebo, colocadas sobre el mostrador, por precaución, á causa de la pólvora esparcida sobre las mesas. Aquellas dos velas no enviaban ni un solo rayo de luz al exterior. Además, los insurrectos ha-

bían tenido especial cuidado de no encender luz ninguna en los pisos superiores de la casa.

Hallábase Gavroche á la sazón muy preocupado, aunque no precisamente de sus cartuchos.

El hombre de la calle de Billettes acababa de entrar en la sala baja y había ido á sentarse junto á la mesa ménos alumbrada. Habíale tocado en suerte un fusil de municion gran-modelo, que tenía entre sus rodillas. Hasta este momento, Gavroche, distraído por cien cosas « divertidas, » ni siquiera había visto á aquel hombre.

Cuando este entró, Gavroche le siguió maquinalmente con la vista, admirando su fusil, y despues, cuando el hombre se hubo sentado, el gamin se levantó bruscamente. Los que hubieran espiado los movimientos de aquel hombre hasta este instante, le habrían visto observando todo en la barricada y en la banda de los insurrectos con una atención singular; pero desde el momento en que había penetrado en la sala, había entrado como en una especie de recogimiento, y parecía no ver ya nada de cuanto allí pasaba. El gamin se aproximó á aquel personaje pensativo y se puso á dar vueltas al rededor de él, andando sobre las puntas de los piés, como se anda junto á álguien á quien se teme despertar. Al mismo tiempo pasaban por su semblante infantil, tan descarado, y tan serio á la vez, tan aturdido y tan profundo, tan alegre y tan aflictivo, todos esos gestos de viejo que significan: — ¡Vaya, qué! — ¡no es posible! — ¡estoy alucinado! — ¡es que sueño! — ¿sería él por ventura?... — ¡no, no es él! — ¡pero sí, es él! — ¡qué, no! etc. Gavroche se balanceaba sobre sus talones, apretaba ambos puños dentro de sus bolsillos, removía el cuello como un ave, y consumía en un bello desmesurado toda la sagacidad de su labio inferior. Hallábase estupefacto, incierto, incrédulo, convencido, ofuscado. Tenía el semblante del jefe de los eunucos que en el mercado de las esclavas descubre una

Vénus entre unas cuantas mujeres obesas, y el gesto de un aficionado reconociendo á un Rafael en un monton de cuadros mamarrachos. Todo trabajaba á la sazón en su cerebro, el instinto que olfatea y la inteligencia que combina. Era evidente que algun acontecimiento extraordinario acaecía á Gavroche.

En lo más fuerte de esta grave preocupacion fné cuando Enjolras se acercó á él.

— Tú eres pequeño, le dijo Enjolras, y no te verán. Sal de las barricadas, deslízate á lo largo de las casas, recorre un poco las calles inmediatas y vuelve á decirme lo que pasa.

Gavroche se empinó sobre sus caderas.

— ¡Conque los pequeños son buenos para algo! ¡qué dicha! ¡ya voy corriendo! Entre tanto fiese usted de los pequeños, pero desconfíe de los grandes... — Y levantando la cabeza mientras que bajaba la voz, Gavroche añadió, señalando al hombre de la calle de Billettes:

— Repare usted bien en ese grande.

— ¿Y bien?

— Ese es un espía.

— ¿Estás seguro de ello?

— No hace quince dias que me arrancó, por la oreja, de la cornisa del puente Real, donde yo estaba tomando el aire.

Enjolras se separó vivamente del gamin, y murmuró algunas palabras en tono muy bajo á un obrero del puerto de los vinos que se hallaba allí. El obrero salió de la sala, volvió á entrar casien seguida acompañado de otros tres. Los cuatro hombres, que eran cuatro mozos de cordel de anchas espaldas, fueron á colocarse, sin hacer nada que pudiera llamar su atención, detras de la mesa donde estaba apoyado de codos el hombre de la calle de Billettes. Evidentemente se hallaban ellos dispuestos á lanzarse sobre él.

Entonces Enjolras se acercó al hombre y le preguntó de improviso :

— ¿ Quién es usted ?

A esta pregunta brusca, el hombre tuvo un sobresalto. Lanzó una mirada sumergiéndola hasta el fondo de la cándida pupila de Enjolras, y pareció penetrar su pensamiento. Se sonrió con una sonrisa que era todo lo más desdenoso, lo más enérgico y resuelto que es posible imaginar, y respondió con gravedad altanera :

— Ya veo lo que esto significa... ¡ Pues bien, sí !

— ¿ Usted es un espía ?

— Yo soy agente de la autoridad.

— ¿ Su nombre de usted es... ?

— Javert.

Enjolras hizo una seña á los cuatro hombres. En un abrir y cerrar de ojos, antes que Javert tuviera tiempo de volverse siquiera, fué agarrado por el cuello, derribado en tierra, atado fuertemente y registrado.

Encontráronle una tarjeta redonda encerrada entre dos cristales, la cual llevaba en un lado grabadas las armas de Francia, con esta leyenda : *Inspeccion y vigilancia*, y en el otro lado esta mencion : JAVERT, inspector de policía, de edad de cincuenta y dos años, y la firma del prefecto de policía de aquella época, M. Gisquet.

Además llevaba su reloj y su bolsa, la cual contenia algunas monedas de oro. Dejánrole la bolsa y el reloj. Detras del reloj, en el fondo del bolsillo, tentaron y cogieron un papel envuelto en un sobre, que Enjolras desdobló, y en el cual leyó estas cinco líneas escritas de la mano misma del prefecto de policía :

« Luégo que hubiere desempeñado su mision política, el inspector Javert se asegurará, por medio de una vigilancia especial, de si es cierto que unos malhechores

» frecuentan y rondan el ribazo de la orilla derecha del » Sena, en las cercanias del puente de Iena. »

Cuando concluyeron de registrarle, levantaron de pié á Javert, le ligaron bien los brazos detras de la espalda, y le ataron en medio de la sala baja á aquel célebre pilar que habia dado su nombre en otro tiempo á la taberna.

Gavroche, que habia asistido á toda esta escena, y que todo lo habia aprobado con un movimiento de cabeza silencioso, se aproximó á Javert y le dijo :

— Ahora es el raton el que ha cogido al gato.

Todo esto se habia ejecutado tan rápidamente, que ya estaba terminado cuando llegó á conocimiento de las personas que se hallaban al rededor de la taberna. Javert no habia dado ni un solo grito. Al ver á Javert atado al poste, Courfeyrac, Bossuet, Joly, Combeferre, y los hombres distribuidos en las dos barricadas, acudieron á aquel sitio.

Javert, respaldado en el poste, y tan rodeado de cuerdas que no podia hacer el menor movimiento, levantó la cabeza con la intrépida serenidad del hombre que jamas ha mentido.

— Es un espía, dijo Enjolras.

Y volviéndose hácia Javert, añadió :

— Será usted fusilado diez minutos antes que nos tomen la barricada.

Javert replicó con su tono más imperioso

— ¿ Y por qué no ahora ?

— Para economizar la pólvora.

— Estônces, acabad conmigo de una puñalada.

— Espía, dijo el hermoso Enjolras, nosotros somos jueces, y no asesinos.

En seguida llamó á Gavroche y le dijo :

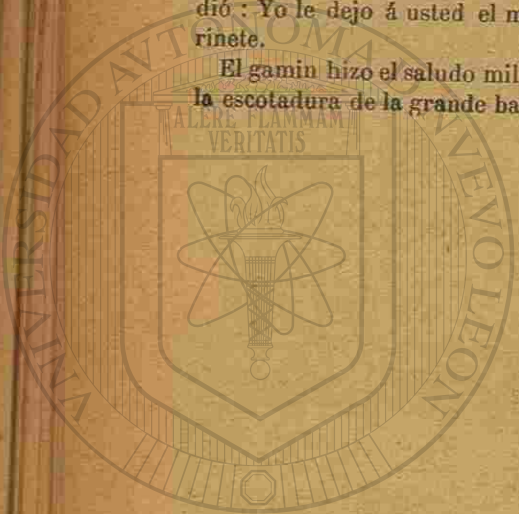
— ¡ Tú ! ¡ anda vé á tu comision ! Haz lo que te he dicho.

— Ya voy, contestó Gavroche.

Y deteniéndose en el momento de partir :

— ¡Á propósito, dijo, me dará usted su fusil! Y añadió : Yo le dejo á usted el músico, pero quiero su clarinete.

El gamin hizo el saludo militar y atravesó alegremente la escotadura de la grande barricada.



VIII

VARIOS PUNTOS INTERROGANTES Á PRÓPOSITO DE UN TAL EL CABUC, QUE TAL VEZ NO SE LLAMABA EL CABUC

La pintura trágica que hemos emprendido no sería completa, el lector no vería en su relieve exacto y real esos grandes momentos de aborto social y de parto revolucionario donde está la convulsión mezclada con el esfuerzo, si omitiéramos, en el esbozo que aquí estamos bosquejando, un incidente lleno de cierto horror épico y feroz que acaeció casi inmediatamente después de haber salido Gavroche.

Los grupos, como es sabido, son semejantes á las bolas de nieve, y según van rodando, aglomeran y se asimilan una porción de hombres tumultuosos. Estos hombres no se preguntan jamás entre sí de dónde vienen. Entre los transeúntes que se habían reunido al grupo que conducían Enjolras, Combeferre y Courfeyrac, figuraba un ser que llevaba la chaqueta del mozo de cordel, usada,

sobre los hombros, que gesticulaba y gritaba, y tenía el semblante de una especie de borracho salvaje. Aquel hombre, á quien daban el nombre ó el apodo de El Cabuc, y que por lo demas era enteramente desconocido de cuantos creían conocerle, muy ebrio, ó á lo ménos, aparentando estarlo, se habia sentado con algunos otros á una mesa que habian sacado fuera de la taberna. Este Cabuc, mientras que hacia beber á los que con él estaban, parecia considerar con ademán reflexivo la grande casa del fondo de la barricada cuyos cinco pisos dominaban toda la calle y daban frente á la calle de Saint-Denis. De repente exclamó :

— ¿Camaradas, no saben ustedes lo mejor? desde esa casa grande es desde donde convendria tirar. ¡ Cuando estuviéramos nosotros allá arriba en las ventanas, el diablo me lleve si nadie avanza en la calle!

— Sí, pero la casa está cerrada, dijo uno de los bebedores.

— ¡Llamaremos!

— No abrirán.

— ¡Echaremos la puerta abajo!

Diciendo y haciendo, El Cabuc corrió hácia la puerta, la cual tenia un enorme picaporte macizo, y llamó. La puerta permanecia cerrada. Llama segunda vez. Nadie responde. Da un tercer golpe. Continúa el mismo silencio.

— ¿Hay álguien aquí? gritó El Cabuc.

Nada se mueve.

Entonces echa mano á un fusil y empieza á golpear la puerta á culatazos. Era una antigua puerta de avenida, cimbrada, baja, estrecha; sólida, toda ella de encina, forrada en el interior con una plancha de hierro colado y de una armazon de hierro batido; una verdadera porterna de bastilla. Los culatazos hacian temblar la casa, pero no conmovian la puerta.

Es probable sin embargo que los habitantes se habian alarmado, pues al cabo se vió alumbrada primero y abrirse despues una ventanilla cuadrada en el tercer piso, y aparecer por aquella ventana una vela encendida y la cara compungida y asustada de un pobre hombre con cabello gris que no era otro que el portero de la casa.

El hombre que llamaba á golpes se interrumpió :

— ¿Qué es lo que ustedes quieren, señores? preguntó el portero.

— ¡Abre! contestó El Cabuc.

— Señores, eso no puede ser.

— ¡Abre de todos modos!

— ¡Imposible, señores!

El Cabuc tomó su fusil y apuntó con él al portero; pero como él se hallaba abajo, y la noche estaba muy oscura, el portero no le vió apuntar.

— ¿Quieres abrir, sí ó no?

— ¡No, señores!

— ¿Dices que no?

— Digo que no, mis buenos...

El portero no pudo concluir la frase. El tiro habia sido disparado ya, entrándole la bala bajo la barba y saliéndole por la nuca, despues de haberle atrevesado la yugular. El viejo inclinó de repente la cabeza sin lanzar siquiera un suspiro. La vela de sebo que tenia en la mano cayó y se apagó, sin que se viera ya nada más que una cabeza inmóvil colgando del borde del ventanillo y un poco de humo blanquizeo que se elevaba hácia el tejado.

— ¡ Ahí tienes! dijo El Cabuc, dejando caer de golpe en el suelo la culata de su fusil.

Apénas habia él pronunciado esta palabra, cuando sintió una mano que se apoyaba sobre su hombro con la pesantez de una garra de águila, y oyó una voz que le decia :

— ¡Arrodillate!

El homicida se volvió y se halló frente al rostro blanco y sereno de Enjolras. Enjolras tenía una pistola en la mano.

Al oír la detonación, se había apresurado á venir á aquel sitio.

Informado de lo que era, habia empuñado con su mano izquierda el cuello, la blusa, la camisa y el tirante del Cabuc.

— ¡De rodillas! repitió.

Y con un movimiento soberano, el frágil jóven de veinte años dobló como una caña al jayan corpulento y robusto y le arrodilló en el lodo. El Calbuc trató de resistirse, pero parecia que se hallaba apresado por un puño sobrehumano.

Pálido, el cuello desnudo y esparecido el cabello, Enjolras, con su rostro de mujer, tenia en este momento un no sé qué de la Thémis antigua. Sus fosas nasales hinchadas, sus ojos bajos, daban á su implacable perill griego esa expresion de ira y esa expresion de castidad que, bajo el punto de vista del mundo antiguo, convienen á la justicia.

Toda la barricada habia acudido allí inmediatamente, todos se habian colocado en círculo, á cierta distancia, conociendo que era imposible pronunciar una palabra ante el suceso que iban á presenciar.

El Cabuc, vencido, no probaba ya á moverse si quiera, y le temblaban todos sus miembros. Enjolras le soltó, y sacó el reloj.

— Recógete, le dijo. Reza ó piensa. Tienes un minuto de vida.

— ¡Perdon! murmuró el asesino, en seguida bajó la cabeza y pronunció balbuciente algunos ternos y juramentos inarticulados.

Enjolras no apartó la vista del reloj; dejó pasar el minuto, y despues volvió á meterse el reloj en el bolsillo.

Hecho esto, cogió por el cabello al Cabuc, el cual se hacia un peloton contra sus rodillas aullando, y le aplicó en el oído el cañon de su pistola. Muchos de aquellos hombres intrépidos, que tan tranquilamente habian tomado parte activa en la más espantosa de las aventuras, volvieron la cabeza.

Oyóse la explosión, el asesino cayó en tierra dando con la frente en el empedrado, y Enjolras levantó la cabeza, paseando en derredor su mirada austera y llena de convicción.

En seguida empujó el cadáver con el pié y dijo:

— Echad eso allá afuera.

Tres hombres levantaron el cuerpo del miserable que ún agitaban las últimas convulsiones maquinales de la vida espirada, y le arrojaron por encima de la barricada chica á la callejuela de Mondétour.

Enjolras habia quedado pensativo. No se sabe qué especie de tinieblas grandiosas se esparecian lentamente por su formidable serenidad. De improviso elevó la voz. Todos guardaron profundo silencio.

— Ciudadanos, dijo Enjolras, lo que ese hombre ha hecho es espantoso, y lo que yo he hecho es horrible. Él ha matado, y por eso le he matado yo. Mi deber ha sido obrar de este modo, pues la insurrección debe de tener su disciplina. Aquí, más que en ninguna otra parte, es un crimen el asesinato; nos hallamos bajo las miradas de la revolución, somos los sacerdotes de la república, somos las víctimas, las verdaderas hostias del deber, y es preciso á todo trance que nadie pueda calumniar nuestro combate. Por eso he juzgado y he condenado á muerte á este hombre. Por lo que hace á mí, obligado á ejecutar lo que he ejecutado, pero teniendo de ello un grande horror, me he juzgado también, y pronto veréis á lo que me he condenado.

Todos los que le escuchaban se estremecieron.

— Nosotros participaremos de tu misma suerte, dijo Combeferre.

Está bien, repuso Enjolras. Una palabra más. Al ejecutar á este hombre, he obedecido á la necesidad; pero la necesidad es un monstruo del viejo mundo, la necesidad se llama Fatalidad. Ahora bien, la ley del progreso consiste en que todos los monstruos desaparezcan ante los ángeles y que la Fatalidad se desvanezca ante la Fraternidad. Este es un mal momento para pronunciar la palabra amor. No importa, yo la pronuncio y la glorifico. Amor, á ti te pertenece el porvenir. Muerte, yo me sirvo de ti, pero te aborrezco. Ciudadanos, en el porvenir no habrá tinieblas, ni rayos, ni feroz ignorancia, ni sangriento falion. Como ya no habrá Satanas, tampoco habrá Miguel. En el porvenir, nadie matará á nadie, la tierra estará radiante, el género humano amará. Llegará, ciudadanos, ese día en que todo será concordia, armonía, luz, alegría y vida, vendrá, y para que él venga, vamos nosotros á morir.

Enjolras calló. Sus labios de virgen volvieron á cerrarse, y permaneció algun tiempo de pié en el mismo sitio en que habia derramado la sangre, en una inmovilidad de mármol. Su mirada fija dió ocasion á que hablaran en voz baja los que le rodeaban.

Juan Prouvaire y Combeferre se estrechaban la mano silenciosamente, y, apoyados uno contra otro en la esquina de la barricada, consideraban con una admiracion en la cual habia algo de compasion á aquel jóven grave, verdugo y sacerdote, compuesto de luz como el cristal, y de roca tambien.

Diremos desde luego que más adelante, despues de la accion, cuando los cadáveres fueron conducidos á la *Mergue* y registrados, se encontró en el del Cabuc una

tarja de agente de policia. El autor de este libro ha tenido en sus manos, en 1848, el informe especial dirigido sobre este asunto al prefecto de policia de 1832.

Añadamos que, si hemos de dar crédito á una extraña tradicion de la policia, pero probablemente fundada, El Cabuc no era otro que Claquesous. Lo cierto es que, á partir de la muerte del Cabuc, no volvió ya á hablarse nunca de Claquesous. Claquesous no ha dejado ninguna huella de su desaparicion; diríase que se habia amalgamado con lo invisible. Su vida habia sido toda ella tinieblas, su fin fué una verdadera noche.

Todo el grupo insurrecto se hallaba aún afectado por la emocion causada por este proceso trágico tan pronto instruido y tan pronto terminado, cuando Courfeyrac volvió á ver en la barricada al jovenzuelo que por la mañana le habia preguntado en su casa por Marius.

Aquel muchacho, con trazas de atrevido é indiferente, habia venido por la noche á mirarse con los insurrectos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO TRECE

MARIUS ENTRA EN LA SOMBRA

U A N L
I

DE LA CALLE DE PLUMET AL BARRIO DE SAINT-DENIS

Aquella voz que al través del crepúsculo había llamado á Marius á la barricada de la calle de la Chanvrerie le había producido el efecto de la voz del destino. Él quería morir, y se le ofrecía la ocasión; llamaba él á las puertas de la tumba, y una mano en la sombra le alargaba las llaves. Estas lúgubres insinuaciones que se hacen en las tinieblas en presencia de la desesperación son tentadoras. Marius apartó la verja que le había dado paso y entrada tantas veces, salió del jardín, y dijo: ¡Vamos!

Loco de dolor, no sintiéndose ya nada que estuviese fijo y sólido en el cerebro, incapaz de aceptar ya de la suerte cosa alguna en lo sucesivo, despues de aquellos dos meses pasados en las ebriedades de la juventud y del amor, abrumado á la vez por todos los sueños de la desesperación, no abrigaba ya más que un deseo: acabar cuanto ántes.

Echó pues á andar con la mayor velocidad. Hallábase precisamente que él iba armado, puesto que llevaba consigo las pistolas de Javert.

El jóven á quien él creyó haber visto se habia perdido á sus ojos en las calles.

Marius, que habia salido de la calle de Plumet por el boulevard, atravesó la explanada y el puente de los Inválidos, los Campos Elíseos, la plaza de Luis XV, y llegó á la calle de Rivoli. Las tiendas de esta calle estaban abiertas, el gas ardía bajo sus arcadas, las señoras hacían allí aún sus compras de géneros y de artículos de modas, en el café Laiter habia gentes bebiendo helados y en la Pastelería Inglesa comían pastelillos. Sólo se notaba que algunas sillas de posta partían al galope del hôtel de los Principes y del hôtel Meurice.

Marius entró por el pasaje Delorme en la calle de Saint-Honoré. Las tiendas aquí estaban cerradas, los mercaderes conversaban junto á sus puertas entreabiertas, los transeúntes circulaban, los faroles estaban encendidos; á partir del piso principal, todas las ventanas se hallaban alumbradas como de ordinario. En la plaza del Palais-Royal habia caballería.

Marius siguió la calle de Saint-Honoré. Segun que se iba él alejando del Palais-Royal, habia ménos ventanas alumbradas; las tiendas se hallaban enteramente cerradas, nadie hablaba en los umbrales de las puertas, la calle se hacia cada vez más oscura, y al mismo tiempo, la muchedumbre era más numerosa y compacta. Pues los transeúntes

eran ya ahora una verdadera muchedumbre. En esta muchedumbre no se oía hablar á nadie, y sin embargo, desprendíase de ella como un zumbido sordo y profundo.

Hácia la fuente del Arbre-Sec, habia «agrupamientos» de gente, especies de grupos inmóviles y sombríos que entre los que iban y venían se asemejaban á las piedras en medio de un agua corriente.

Á la entrada de la calle de Prouvaires, ya no andaba la muchedumbre. Era como un cuerpo resistente, macizo, sólido, compacto, casi impenetrable, compuesto de gentes amontonadas que conversaban en voz baja. Casi no habia allí ya fracs negros ni sombreros redondos. Capotes, anguarinas, chaquetones, blusas, gorras, cabezas erizadas y terrosas. Aquella muchedumbre undulaba confusamente en la bruma nocturna. Sus cuchicheos tenían el acento ronco y tembloroso de un estremecimiento. Bien que nadie anduviera, oíanse sin cesar pisadas y como si pataleasen en el lodo. Más allá de estas grandes masas de gente, en la calle del Roule, en la calle de Prouvaires, y en la prolongación de la calle Saint-Honoré, ya no habia ni una sola vidriera donde se notase luz. Veíanse desplegar por aquellas calles las solitarias y decrecientes hileras de los faroles. En aquel tiempo los faroles del alumbrado de Paris se asemejaban á grandes estrellas rojas pendientes de unas cuerdas y que proyectaban sobre el empedrado de las calles una sombra que afectaba la forma de una grande araña. Aquellas calles no estaban desiertas. Distinguíanse allí numerosos fusiles en pabellones, bayonetas en movimiento y tropas vivaqueando. Ningun curioso se aventuraba á pasar aquella frontera. Allí cesaba toda circulación. Allí concluía la muchedumbre y empezaba el ejército.

Marius queria lo que iba á hacer, con la voluntad del hombre que nada espera ya. Le habian llamado, y era pre-

ciso que él no faltara á este llamamiento. Se ingenió y halló medio de atravesar la muchedumbre y de atravesar también el vivac de las tropas, se ocultó á las patrullas y esquivó las centinelas. Hizo un rodeo, entró en la calle de Béthisy, y se dirigió hácia los mercados centrales. En la esquina de la calle de Bourdonnais ya no habia faroles.

Después de haber atravesado la zona de la muchedumbre, habia pasado también los confines de las tropas; hallábase en medio de alguna cosa que infundia pavor y espanto. Ni un solo transeunte se veía allí ya, ni un soldado, ni una luz; nadie absolutamente. La soledad, el silencio, la noche; y experimentaba cierta sensacion de frío que le helaba todos sus miembros. Entrar en una calle era entrar en una cueva.

Sin embargo, continuó avanzando.

Dió algunos pasos, cuando hé aquí que notó que alguien pasaba corriendo junto á él. ¿ Era aquello un hombre? ¿ era una mujer? ¿ eran varios individuos? No habria podido él decirlo. Aquello habia pasado y se habia desvanecido.

De rodeo en rodeo, llegó por fin á una callejuela que él creyó ser la calle de la Poterie; hácia la mitad de esta callejuela tropezó contra un obstáculo. Extendió las manos, para observar lo que era, y notó ser una carreta volcada; su pié reconoció varios charcos de agua, numerosos baches y hondonadas, piedras esparcidas y amontonadas. Lo que allí habia era una barricada que habian empezado á levantar, abandonándola después. Trepó por encima de las piedras y se halló á la parte opuesta de aquella improvisada barrera. Iba andando muy cerca de los guardacantones y seguía por las paredes de las casas. Un poco más allá de la barricada, le pareció entrever delante de sí alguna cosa blanca. Se acercó, y notó que aquello adquiría una forma. Eran dos caballos blancos; los caballos desenganchados del ómnibus aquella mañana por Bos-

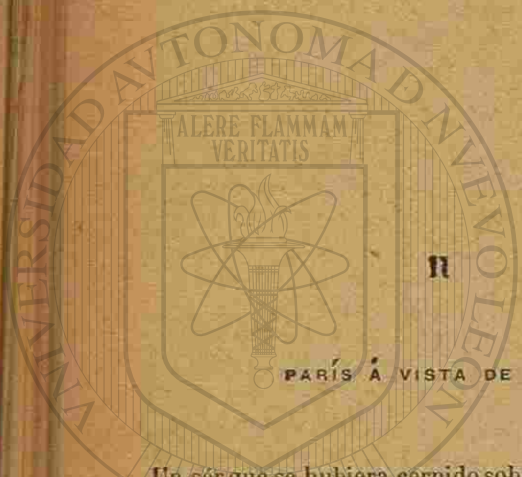
suet, que habian vagado á la ventura de una en otra calle durante todo el dia, y habian concluido por detenerse allí, con esa agobiada paciencia de los brutos que no comprenden más las acciones del hombre de lo que el hombre comprende las acciones de la Providencia.

Marius dejó tras sí los caballos. Al penetrar en una calle que le pareció ser la calle del Contrato-Social, un tiro, venido no se sabe de dónde y que atravesaba los espacios de aquella oscuridad al azar, silbó muy cerca de él, yendo la bala, después de pasar sobre su cabeza, á perforar una bacia de afeitar que de muestra se hallaba colgada á la puerta de una barbería. En 1846 se veía aún, en la calle del Contrato-Social, en la esquina de los pilares de los mercados, aquella bacia agujereada.

Aquel tiro, era aún una señal de vida. Á partir de aquel momento, ya no volvió á encontrar nada.

Todo aquel itinerario parecia un descenso de gradas negras.

Más no por eso Marius dejó de proseguir hácia adelante.



PARÍS Á VISTA DE BUHO

Un sér que se hubiera cernido sobre París en aquel momento, con el ala del murciélago ó del mochuelo, habría presenciado un espectáculo triste y sombrío.

Todo ese antiguo barrio de los mercados centrales, que es como una ciudad en la ciudad, que se halla atravesado por las calles de Saint-Denis y de Saint-Martin, donde se cruzan mil callejuelas, y del cual habian hecho los insurgentes su reducto y su plaza de armas, se le habria representado como un sombrío y enorme hoyo abierto en el centro de París. Allí la mirada se sumergia en un abismo. Gracias á los faroles rotos, gracias á las ventanas cerradas, toda radiación cesaba en aquel sitio, toda luz, toda vida, todo rumor, todo movimiento. La invisible policia de la insurreccion velaba por todas partes, y mantenía el órden, es decir la noche. Eclipsar y como ahogar el corto número en una vasta oscu-

ridad, multiplicar cada combatiente por las posibilidades que aquella oscuridad encierra, tal es la táctica necesaria de la insurreccion. Á la caída de la tarde, toda ventana donde se encendia una vela habia recibido una bala. La luz quedaba apagada, y á veces el morador que la llevaba en la mano quedaba muerto. Así que, nada se movía. Nada reinaba allí, nada se distinguía sino el espanto, el luto, el estupor en las casas; y, en las calles, una especie de horror sagrado. Ni siquiera se percibían allí las largas hileras de ventanas y de pisos, los dentellones y cornisas de las chimeneas y de los tejados, los vagos reflejos que relucen en un suelo mojado y lleno de lodo. La vista que desde lo alto hubiese mirado hácia aquel monton de sombra, habria distinguido tal vez, acá y acullá, de trecho entrecho, ciertas claridades vagas é indistintas que hacían resaltar numerosas líneas interrumpidas y extrañas, perfiles de construcciones singulares, algo parecido á unas vislumbres ó resplandores que iban y venían en medio de las ruinas; allí era donde estaban las barricadas. Todo lo demás era un lago de oscuridad, brumoso, pesado, fúnebre, sobre el cual se alzaban, como otras tantas sombras inmóviles y lúgubres, la torrén de Santiago, la iglesia de Saint-Merry, y otros dos ó tres de esos grandes edificios de los cuales el hombre hace gigantes y la noche hace fantasmas.

En derredor de este laberinto desierto y pavoroso, en los barrios donde la circulacion parisiense no se habia interrumpido enteramente, y donde algunos raros faroles brillaban aún, el observador aéreo habria podido notar el centelleo metálico de los sables y de las bayonetas, el ruido sordo de la artillería rodada, y el confuso hormigueo de los batallones engrosando á cada minuto; cintura formidable que se estrechaba y se iba cerrando lentamente al rededor de la insurreccion.

El barrio así circunvalado no era ya sino una especie de caverna monstruosa; todo parecía allí adormecido é inmóvil, y, como acaba de verse, cada una de las calles adonde se podía llegar no ofrecía nada más que sombra

Sombra huraña y feroz, llena de celadas, llena de choques desconocidos y formidables, donde causaba pavor el penetrar y era más espantoso aún el estacionar, donde los que entraban se horripilaban á la vista de los que los esperaban, donde los que esperaban se estremecían á la vista de los que iban á venir. Combatientes invisibles atrincherados en cada esquina; las asechanzas del sepulcro ocultas entre las densas espesuras de la noche. Era asunto concluido. Ya no había allí que esperar otra claridad que el resplandor de los fusiles, ni otro choque ni otro encuentro que el de la aparición brusca y rápida de la muerte. ¿Dónde? ¿como? ¿cuándo? No se sabía, pero era una cosa cierta é inevitable. Allí, en aquella estancia marcada para la lucha, el gobierno y la insurrección, la guardia nacional y las sociedades populares, la bourgeoisie y los sublevados, iban á abordarse á tientas. Para los unos como para los otros, la necesidad era la misma. Salir de allí muertos ó vencedores, era ya el único desenlace posible. Situación tan extrema, oscuridad tan intensa y tan poderosa, que los más tímidos se hallaban llenos de resolución y los más osados llenos de terror.

Por lo demás, en uno y en otro campo eran iguales la furia, el encarnizamiento y la determinación. Para los unos, avanzar era morir, y nadie pensaba en retroceder; para los otros, permanecer era morir, y nadie pensaba en la fuga.

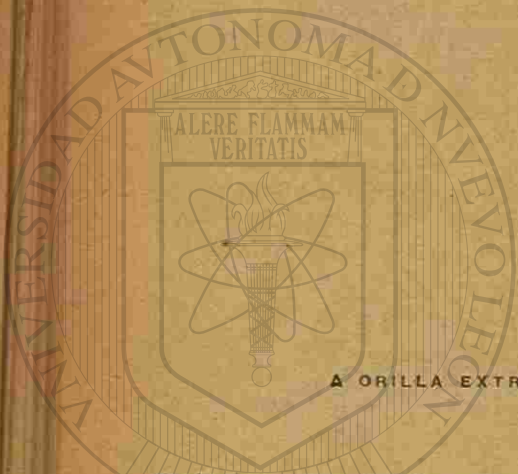
Era indispensable que al día siguiente todo quedara concluido; que se adjudicara el triunfo al uno ó al otro campo; que la insurrección fuese una revolución, ó un motin reprimido por la autoridad. El gobierno lo comprendía así, lo mismo que los partidos; el más torpe bourgeois sentía vagamente que debía suceder una de esas dos cosas, en el tér-

mino de pocas horas. De aquí un pensamiento de angustia que se mezclaba con la sombra impenetrable de aquel barrio donde todo iba á decidirse; de aquí un redoble de ansiedad en derredor de este silencio de donde iba á salir una catástrofe. No se oía allí sino un solo ruido, ruido angustioso como un estertor, amenazador como una maldición, la campana de Saint-Merry tocando á rebato. Nada es capaz de helar tanto el alma como el clamor de aquella campana despavorida y desesperada lamentándose en las tinieblas.

Como sucede con frecuencia, la naturaleza parecía haberse puesto de acuerdo con lo que iban á hacer los hombres. Nada venía á estorbar las funestas armonías de este conjunto. Las estrellas habían desaparecido; pesadas nubes llenaban todo el horizonte con sus pliegues melancólicos. Sobre aquellas calles muertas había un cielo negro, como un inmenso sudario que se extendía sobre aquella tumba inmensa.

Mientras que una nueva batalla, enteramente política también, se preparaba en aquel mismo lugar que había visto ya tantos acontecimientos revolucionarios; mientras que la juventud, las sociedades secretas, las escuelas, en nombre de los principios, y la clase media, en nombre de los intereses, se acercaban para chocar entre sí, para luchar y para derribarse en tierra; mientras que cada uno apresuraba y llamaba la hora postrera y decisiva de la crisis, á lo lejos y fuera de este barrio fatal, en lo más profundo de las insondables cavidades de este viejo y miserable París que desaparece bajo los esplendores del París dichoso y opulento, oíase murmurar sordamente la voz sombría del pueblo.

Voz espantosa y sagrada, que se compone del rugido bruto y de la palabra de Dios, que aterra á los débiles y que advierte á los sabios, que viene á la vez de abajo como la voz del león, y de arriba como la voz del trueno.



A ORILLA EXTREMA

Marius había llegado á los mercados centrales.

Allí estaba todo más tranquilo, más oscuro y más inmóvil aún que en las calles inmediatas. Diríase que la paz glacial del sepulcro había salido de la tierra y se había esparcido bajo el cielo.

Un resplandor rojo sin embargo orlaba en aquel fondo negro el alto techado de las casas que cerraban la calle de la Chanvrerie por el lado de San Eustaquio. Era el reflejo del hacha que ardía en la barricada de Corinto. Marius se había dirigido hácia aquel resplandor, el cual le había conducido al Marché-aux-Poirées, y entreveía la embocadura tenebrosa de la calle de los Predicadores. Entró por fin en ella. La centinela de los insurrectos que estaba de facción en el extremo opuesto no le vió. Sentíase él muy cerca de lo que había venido á buscar, é iba andando sobre las pun-

tas de los piés. Así llegó al recodo de aquel corto trozo de la calle de Mondétour que, según hemos visto anteriormente, era la única comunicacion que Enjolras había conservado con el exterior. En la esquina de la última casa, á su izquierda, avanzó la cabeza, y miró hácia el trozo Mondétour.

Un poco más allá del ángulo negro de la callejuela y de la calle de la Chanvrerie que arrojaba un anchuroso manto de sombra, en el cual se hallaba envuelto él mismo, divisó alguna luz en el empedrado, un poco de alumbrado también en la taberna, y detras, una lamparilla pestañeando en una especie de pared informe, y varios hombres agachados, con los fusiles apoyados sobre sus rodillas. Todo esto se hallaba á diez toesas de él. Era el interior de la barricada.

Las casas que formaban el borde de la callejuela, á la derecha, le ocultaban lo restante de la taberna, la gran barricada y la bandera.

Marius no tenía ya más que un paso que dar.

Entonces el desgraciado jóven se sentó sobre un guardacanton, cruzóse de brazos y se puso á pensar en su padre.

Pensaba en aquel heroico coronel Pontmercy que había sido un soldado tan arrogante y tan valeroso, que había guardado en tiempo de la república las fronteras de Francia y tocado durante el imperio las fronteras del Asia, que había visto á Génova, Alejandria, Milan, Turin, Madrid, Viena, Dresde, Berlin, Moscú, que había dejado en todos los campos de victoria de la Europa gotas de aquella misma sangre que él, Marius, tenía en sus venas, que había encañecido, ántes de la edad generalmente requerida, en la disciplina y en el mando, que había vivido siempre con el cinturón puesto, las charreteras cayéndole sobre el pecho, la escarapela ennegrecida por la pólvora, la frente arrugada

por el casco, bajo una barraca, en el campo, en el vivac, en los hospitales de sangre, y que al cabo de veinte años habia vuelto de las grandes guerras con la mejilla acuchillada, el semblante sonriendo, hombre sencillo, apacible, admirable, con la pureza de un niño, habiéndolo hecho todo por la Francia y nada contra ella.

Dijo para sí que tambien le habia llegado á el su día, que su hora habia sonado al fin, que despues de su padre, iba él á su vez á ser valiente, intrépido, osado, á correr al encuentro de las balas, á ofrecer su pecho á las bayonetas, á derramar su sangre, á buscar al enemigo, á buscar la muerte, que iba él á hacer la guerra á su vez en el campo de batalla, y que este campo de batalla al cual iba á descender, era la calle, y que esta guerra que iba él á hacer era la guerra civil!

Vió la guerra civil abierta como un abismo en su presencia, y que en este abismo era donde él iba á precipitarse.

Entónces Marius se estremeció.

Se acordó de aquella espada de su padre que su abuelo habia vendido á un prendero, y cuya venta habia él sentido de un modo tan doloroso. Y dijo entresí que habia hecho muy bien aquella valerosa y casta espada en huir de sus manos y marcharse irritada á las tinieblas; que si ella se habia ahuyentado de aquella suerte, probaba esto que ella era inteligente y que preveia el porvenir; es que presentia los motines, la guerra de la calles, la guerra del empedrado, los fuegos de fusilería por las ventanas y por los respiraderos de los sótanos, los tiros disparados y recibidos por la espalda; es que, viniendo de Marengo y de Friedland, no queria ir á la calle de la Chanvrerie; es que, despues que habia ella hecho aquello con el padre, no queria hacer esto con el hijo! Dijo para sí, que si aquella espada estuviese allí, si, habiéndola él recogido de la cabecera de su padre

junto al lecho de muerte, hubiera él osado tomarla y traerla consigo á este combate nocturno dado entre franceses en una encrucijada de calles, de seguro que ella le quemaria las manos y empezaria á arrojar llamas delante de él como la espada del ángel! Dijo entre sí que era una gran felicidad que ella no se hallase allí y que hubiese desaparecido, porque esto era bueno, porque esto era justo, que su abuelo habia sido el verdadero custodio ó guardian de la gloria de su padre, y que era mucho mejor que la espalda del coronel hubiera sido vendida en pública almoneda, adjudicada á un baratillo, á un mercader de trastos viejos, y arrojada entre hierro viejo y carcomido de herrumbre, que el destinarla hoy á sangrar con ella las entrañas de la patria.

Y en seguida echó á llorar amargamente.

Todo esto era horrible. Pero ¿qué hacer? Vivir sin Coeseta, no le era posible. Puesto que ella habia marchado, era preciso que él muriese. ¿No la habia él dado su palabra de honor de que moriria? Ella habia marchado sabiendo esto; por consiguiente, era de su agrado que Marius muriese. Y ademas, era cosa evidente que ella no le amaba ya, puesto que se habia ido así, sin avisarle, sin una palabra, sin una carta, y sin embargo, conocia ella las señas de su casa! ¿Para qué vivir ahora ya? ¿de qué le servirá la vida sino de una pesada carga? Y despues, ¡cómo! ¡haber venido hasta allí, y retroceder! ¡haberse aproximado al peligro y huir! ¡haber venido á mirar la barricada, y esquivarse despues! esquivarse temblando y diciendo: En verdad con esto me basta, he visto lo que es, y tengo ya lo suficiente, es la guerra civil, me marchó! ¡Abandonar á sus amigos que le esperaban! ¡que tal vez tenian necesidad de él! ¡que eran un puñado contra un ejército! Faltar á todo á la vez, al amor, á la amistad, á su palabra! ¡Dar á su cobardia el pretexto del patriotismo! Pero esto era imposible, y si la sombra de su padre se hallaba allí

entre aquella oscuridad y le veia retroceder, le azotaria con su espada de plano, gritándole: ¡Adelante pues, cobarde!

Y víctima del va-y-ven de sus pensamientos, bajaba la cabeza.

De repente la levantó al fin. Una especie de rectificación espléndida acababa de hacerse en su espíritu. Hay una dilatación de pensamiento que es propia de la proximidad de la tumba; el que está cerca de la muerte ve claro en el campo de la verdad. La visión de aquel acto en el cual se sentía él tal vez á punto de entrar le apareció, no ya lamentable, sino soberbia y brillante. La guerra de las calles se transfiguró súbitamente para él, merced á no sé qué especie de trabajo interior del alma, ante la vista de su pensamiento. Todos los tumultuosos puntos interrogantes del ensueño le avinieron de tropel, pero sin turbarle. Á ninguno de ellos le dejó sin respuesta.

Examinemos. ¿por qué se indignaría su padre? ¿por ventura no hay casos en que la insurrección se eleva á la dignidad del deber? ¿qué habría pues que pudiera rebajar al hijo del coronel Pontmercy en el combate que va á empeñarse? Es verdad que aquí no se trata ya de Montmirail ni de Champaubert; esto es otra cosa. No se trata ya de un territorio sagrado, sino de una idea santa. La patria se lamenta, sea; pero la humanidad aplaude. Y, por otra parte, ¿es verdad que la patria se lamenta? La Francia se desangra, pero la libertad sonríe; y ante la sonrisa de la libertad, la Francia olvida sus propias heridas. Y después, viendo aún las cosas á mayor altura, ¿por qué hablar de guerra civil?

La guerra civil! ¿Qué quiere decir esto? ¿Es que existe alguna guerra extranjera? ¿Es que toda guerra entre hombres no es la guerra entre hermanos? La guerra no se califica sino por su objeto. No hay guerra extranjera

ni guerra civil; no hay más que la guerra justa y la guerra injusta. Hasta el día en que quede concluido el gran concordato humano, la guerra, á lo ménos aquella que consiste en el esfuerzo del porvenir que se apresura contra el pasado que se retrasa, puede ser necesaria. ¿Qué es lo que habrá de reprocharse á esta guerra? La guerra no es una vergüenza, la espada no es un puñal, sino cuando ella asesina al derecho, al progreso, á la razón, á la civilización, á la verdad. Entónces, guerra civil ó guerra extranjera, siempre es ella inicua; se llama el crimen. Fuera de esta cosa santa, la justicia, ¿con qué derecho menospreciaría una forma de la guerra á otra forma diferente? ¿con qué derecho renegaría la espada de Washington de la pica de Camilo Desmoullins? Leónidas contra el extranjero, Timoleon contra el tirano, ¿cuál es más grande? el uno es el defensor, el otro es el libertador. ¿Se condenará, sin averiguar el objeto, todo recurso á las armas en el interior de la ciudad? pues entónces tachad de infamia á Bruto, á Marcelo, á Arnould de Blankenheim, á Coligny. ¿Guerra entre matorrales? ¿guerra en las calles? ¿Y por qué no? era la guerra de Ambiorix, de Artevelde, de Marnix, de Pelayo. Pero Ambiorix luchaba contra Roma, Artevelde contra la Francia, Marnix contra la España; Pelayo contra los Moros; todos contra el extranjero. Pues bien la monarquía es el extranjero; la opresión es el extranjero; el derecho divino, es el extranjero. El despotismo viola la frontera moral, como la invasión viola la frontera geográfica. Arrojar al tirano ó arrojar al inglés, es, en ambos casos, recobrar su propio territorio. Llegá una hora suprema en que no basta protestar; después de la filosofía, es menester la acción; la viva fuerza acaba lo que la idea había bosquejado; *Pro-meteo encadenado* principia, Aristogiton concluye; la Enciclopedia ilustra las almas, el 10 de Agosto las elec-

triza. Después de Esquiles, Trasibulo; después de Diderot, Danton. Las muchedumbres tienen una tendencia á aceptar un amo. Su masa produce siempre apatía. Una multitud se totaliza fácilmente en obediencia. Es preciso remover, incitar y aun hostigar á los hombres por el beneficio mismo de su propia liberación, herirles la vista con los rayos luminosos de la verdad, arrojarles la luz á puñados terribles. Es preciso aterrarlos un poco con el violento espectáculo de su propia salvación; este deslumbramiento los despierta de su habitual letargo. De aquí la necesidad de los toques á rebato y de las guerras. Es menester que surjan grandes combatientes que iluminen á las naciones por la audacia y sacudan esa triste humanidad, que cubren de sombra el derecho divino, la gloria cesárea, la fuerza, el fanatismo, el poder irresponsable y las majestades absolutas; caterva estúpidamente ocupada en contemplar, en su esplendor crepuscular, esos triunfos sombríos de la noche. ¡Abajo el tirano! ¡Pero, cómo! ¿de quién habláis? ¿llamáis á Luis Felipe el tirano? no; ni tampoco á Luis XVI. Ambos son los que la historia suele llamar buenos reyes; pero los principios no se dividen, la lógica de lo verdadero es rectilínea; es propio de la verdad el no ser complaciente, por lo tanto, no hay concesión posible; toda usurpación hecha contra el hombre debe ser reprimida; hay el derecho divino en Luis XVI, hay el *porque es Borbon* en Luis Felipe; ambos representan hasta cierto punto la confiscación del derecho, y para combatir la usurpación universal, es preciso combatirlos á ellos; es preciso, pues la Francia es siempre la que principia. Cuando el amo, es decir, el tirano, es derrocado en Francia, es derrocado en todas partes. En suma, restablecer la libertad social, devolver su trono á la libertad, devolver el pueblo al pueblo, devolver al hombre la soberanía, reponer la púrpura sobre

la cabeza de la Francia, restaurar en su plenitud la razón y la equidad, suprimir todo germen de antagonismo restituyendo á cada cual á sí mismo, destruir el obstáculo que opone el trono á la inmensa concordia universal; colocar al género humano á nivel con el derecho, ¿qué causa hay más justa, y por consiguiente, qué guerra más grande? Tales guerras construyen la paz. Una enorme fortaleza de preocupaciones, de privilegios, de supersticiones, de mentiras, de exacciones, de abusos, de violencias, de iniquidades, de tinieblas, se halla aún de pie en el mundo con sus torres de odio y de rencor. Preciso es hacer que se desplome esa masa monstruosa. Vencer en Austerlitz, es grande; tomar la Bastilla, es inmenso.

No hay nadie que no lo haya observado en sí mismo, el alma, y esta es la maravilla de su unidad complicada con ubicuidad, tiene esta aptitud extraña de razonar casi friamente en los extremos más violentos, y sucede á menudo que la pasión desolada y la profunda desesperación en la agonía misma de sus más negros monólogos, tratan ciertos asuntos y discuten ciertas tesis. La lógica se mezcla con la convulsión, y el hilo del silogismo flota sin romperse en la lúgubre borrasca del pensamiento. Tal era la situación de espíritu de Marius.

Mientras que así soñaba, agobiado, pero resuelto, vacilante sin embargo, y, en suma, temblando en presencia de lo que iba á hacer, sus miradas se dirigían vagamente al interior de la barricada. Los insurrectos conversaban allí á media voz, sin hacer el menor movimiento, haciéndose sentir ese casi-silencio que marca la postrera fase de la espera. Por encima de ellos, en un ventanillo de un tercer piso Marius distinguía una especie de espectador ó de testigo que le parecía estar singularmente atento. Era el portero muerto por El Cabuc. Desde abajo al reflejo del hacha escondida entre las piedras, percibiase vaga-

mente aquella cabeza. Nada más extraño y sorprendente á la incierta y sombría claridad que allí reinaba, que el aspecto de aquel rostro lívido, inmóvil, pasmado, con los cabellos erizados, los ojos abiertos y fijos y la boca abierta, inclinado hácia la calle en una actitud de curiosidad. Diríase que él que había ya muerto consideraba á los que iban á morir. Un largo reguero de sangre que se había derramado de aquella cabeza descendía en hilos rojizos desde el ventanillo hasta la altura del primer piso donde se detenía.

LIBRO CATORCE

LAS GRANDEZAS

DE LA DESESPERACION

LA BANDERA: PRIMER ACTO

El reloj de Saint-Merry había dado las diez, y aún no se presentaba nadie á hostilizarlos. Enjolras y Combeferre habían ido á sentarse, con la carabina en la mano, junto á la escotadura de la barricada grande, permaneciendo allí en ademan de escuchar, sin hablarse, y procurando darse cuenta hasta del ruido de marcha más sordo y más lejano.

De repente, en medio de esta lúgubre calma, hizose oír una voz clara, jóven, alegre, que parecía venir de la calle

mente aquella cabeza. Nada más extraño y sorprendente á la incierta y sombría claridad que allí reinaba, que el aspecto de aquel rostro lívido, inmóvil, pasmado, con los cabellos erizados, los ojos abiertos y fijos y la boca abierta, inclinado hácia la calle en una actitud de curiosidad. Diríase que él que había ya muerto consideraba á los que iban á morir. Un largo reguero de sangre que se había derramado de aquella cabeza descendía en hilos rojizos desde el ventanillo hasta la altura del primer piso donde se detenía.

LIBRO CATORCE

LAS GRANDEZAS

DE LA DESESPERACION

LA BANDERA: PRIMER ACTO

El reloj de Saint-Merry había dado las diez, y aún no se presentaba nadie á hostilizarlos. Enjolras y Combeferre habían ido á sentarse, con la carabina en la mano, junto á la escotadura de la barricada grande, permaneciendo allí en ademan de escuchar, sin hablarse, y procurando darse cuenta hasta del ruido de marcha más sordo y más lejano.

De repente, en medio de esta lúgubre calma, hizose oír una voz clara, jóven, alegre, que parecía venir de la calle

de Saint-Denis, la cual se puso á cantar distintamente, con la música de la antigua canción popular *Au clair de la lune*, esta poesía terminada por una especie de grito semejante al canto del gallo :

Mon nez est en larmes,
Mon ami Bugeaud,
Pret-moi tes gendarmes
Pour leur dire un mot.
En capote bleue,
La poule au shako,
Voici la banlieue!
Co-cocorico !¹

Al oír esta tonadilla, se dieron un apretón de manos.

— Es Gavroche, dijo Enjolras.

— Nos avisa, dijo Combeferre.

Una carrera precipitada turbó á los pocos instantes aquella calle desierta; distinguióse en la oscuridad un ser más ágil que un clown trepar por encima del ómnibus, y Gavroche saltó en medio de la barricada sofocado y gritando :

— ¡ Aquí están ya ! ¡ Venga mi fusil !

Un estremecimiento eléctrico recorrió toda la barricada, oyéndose por todas partes el movimiento de las manos buscando los fusiles.

— ¿ Quieres tú mi carabina ? dijo Enjolras al gamin.

— Lo que yo quiero es el fusil grande, contestó Gavroche.

Y se apoderó del fusil de Javert.

Dos centinelas se habian replegado y habian entrado casi al mismo tiempo que Gavroche. Era la centinela del extremo de la calle y el vigía de la Petite-Truanderie. El vi-

¹ Mi nariz se deshace en llanto, amigo Bugeaud, préstame tus gendarmes para decirles una palabra. Aquí está la banlieue con su capote azul, y con su gallina en el shakó ! ¡ ki-ki-ri-ki !

gía de la callejuela de los Predicadores habia permanecido en su puesto, lo que indicaba que nada venia por el lado de los puentes y de los mercados.

La calle de la Chanvrerie, en la cual sólo se distinguian algunas piedras al reflejo de la luz que se proyectaba sobre la bandera, ofrecia á los insurrectos el aspecto de un gran pórtico negro vagamente abierto al traves de una nube de humo.

Cada cual habia ocupado su puesto de combate.

Cuarenta y tres insurrectos, entre ellos Enjolras, Combeferre, Courfeyrac, Bossuet, Joly, Bahorel y Gavroche, se hallaban arrodillados en la grande barricada, con las cabezas á nivel de la cresta de la barrera, y los cañones de los fusiles y de las carabinas asestados sobre las piedras á modo de troneras, atentos, silenciosos, prontos á hacer fuego. Seis, al mando de Feuilly, se habian instalado, con el fusil á la cara, en las ventanas de los dos pisos de Corinto.

Algunos instantes transcurrieron aún, hasta que por fin se hizo oír distintamente un ruido de pasos, mesurado, lento, monstruoso, por el lado de Saint-Leu. Este ruido, débil al principio, despues preciso, y por último pesado y sonoro, se iba aproximando pausadamente, sin hacer alto, sin interrupcion, con una continuidad tranquila y terrible. Nada más que esto se oía. Era á la vez el silencio y el ruido de la estatua del Comendador, pero aquel paso de piedra tenia un no sé qué de enorme y de múltiple que despertaba la idea de una muchedumbre al mismo tiempo que la idea de un espectro. Créase oír la marcha de la espantosa estatua Legion. Aquel paso se fué aproximando; se acercó aún más, y se detuvo. Pareció que se oía en el extremo de la calle el hálito de muchos hombres. Sin embargo, nada se veía, distinguiéndose únicamente allá en el fondo, en medio de aquella densa oscuridad, una

multitud de hitos metálicos, finos como agujas y casi imperceptibles, que se agitaban sin cesar, semejantes á esas indescriptibles redecillas fosfóricas que á veces percibimos en el momento de acometernos el sueño, bajo los párpados cerrados, en los primeros vapores que nos excitan á dormir. Eran las bayonetas y los cañones de fusil confundidamente alumbrados por el reflejo del hacha de viento que ardía en la barricada.

Siguióse todavía una pausa, como si se esperase por ambas partes. De improviso, salió del fondo de aquella sombra una voz tanto más siniestra cuanto que no se veía á nadie, y parecía que era la misma oscuridad la que hablaba, gritando:

— ¿Quién vive?

Al mismo tiempo se oyó el fragor de los fusiles que se ponían en movimiento.

Enjolras contestó con un acento vibrante y altivo:

— ¡Revolucion francesa!

— ¡Fuego! gritó la voz.

Y en el instante mismo, un relámpago iluminó todas las fachadas de la calle, como si la puerta de una hornaza de fragua se abriera y se cerrara bruscamente.

Una espantosa detonacion estalló sobre la barricada. La bandera roja cayó. La descarga habia sido tan violenta y tan densa, que cortó el asta, es decir, la punta misma de la lanza del ómnibus. Várias balas que habian rebotado en las cornisas de las casas penetraron en la barricada é hirieron á algunos hombres.

La impresion de esta primera descarga fué una impresion glacial aunque de fuego. El ataque fué rudo, y á propósito para hacer cavilar á los más osados. Era evidente que tenían que habérselas, por lo ménos, con un regimiento completo.

— Camaradas, exclamó Courfeyrac, no desperdiciemos

la pólvora. Esperemos, para responder á su descarga, á que hayan penetrado en la calle.

— ¡Y, ante todo, anadió Enjolras, levantemos del suelo la bandera!

Recogió él la bandera, que habia caido precisamente á sus piés.

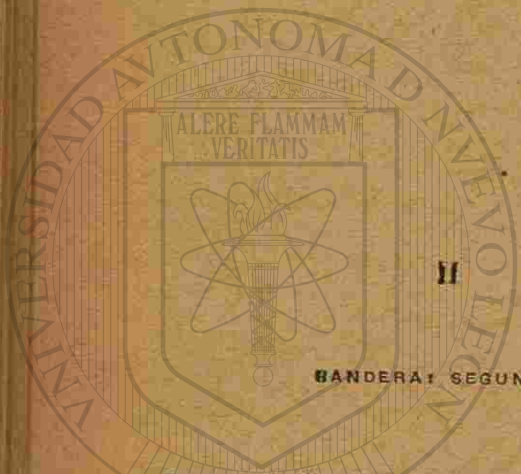
Entre tanto se oía allá fuera el choque de las baquetas que los soldados introducían en los fusiles: la tropa volvia á cargar sus armas.

Enjolras dijo entónces:

— ¿Quién es aquí el que tiene corazon? ¿Quién es el que va á restablecer la bandera sobre la barricada?

Nadie respondió una palabra. Subir á la barricada en el momento en que, sin la menor duda, era ella de nuevo el blanco contra el cual se hallaban encarados los fusiles de la tropa, era buscar de un modo seguro la muerte. El más valiente vacilaba al tratarse de un acto que equivalia á condenarse á la última pena y á ejecutarse en aquel mismo instante; hasta Enjolras experimentaba cierto estremecimiento de horror. Y repitió:

— ¡Nadie por fin se presenta?



BANDERA: SEGUNDO ACTO

Desde que habían llegado á Corinto y habían comenzado á construir la barricada, nadie había vuelto allí á fijar su atención en el tío Mabeuf. Y sin embargo, el tío Mabeuf no había abandonado el grupo. Había entrado en la sala baja de la taberna y se había sentado detrás del mostrador. Allí se había él, por decirlo así, anonadado en sí mismo. Parecía que ya no miraba y que no pensaba tampoco. Courfeyrac y otros se habían acercado á él dos ó tres veces, advirtiéndole del peligro, y aconsejándole que se retirase, sin que pareciese que él les diese oídos siquiera. Cuando nadie le hablaba, notábase que él removía sus labios, como si contestara á alguien; y desde el momento en que le dirigían la palabra, sus labios aparecían inmóviles y sus ojos no se mostraban ya vivos. Algunas horas antes de que atacaran las tropas la barricada, había él tomado una actitud ó pos-

tura que no había vuelto á abandonar ya, los dos puños sobre sus rodillas y la cabeza inclinada hácia adelante, como si estuviera mirando á un precipicio. Nada había podido arrarcarle á esta actitud; no parecía que su espíritu estuviese en la barricada. Cuando todos se habían ido á ocupar su puesto de combate, no había quedado ya en la sala baja nadie más que Javert atado al poste, un insurrecto con el sable desenvainado velando sobre Javert, y el tío Mabeuf. En el momento del ataque, al oirse la detonación, el sacudimiento físico le había conmovido y como despertado de su letargo; se había levantado bruscamente, había atravesado la sala, y en el instante en que Enjolras repitió su llamamiento: — ¿Nadie se presenta? vióse al viejo aparecer en el umbral de la taberna.

Su presencia produjo una especie de conmoción en los grupos, elevándose un grito que decía:

— ¡Es el votante! ¡es el convencional! ¡es el representante del pueblo!

Es probable que él no oía nada.

Se fué marchando paso á paso, derecho hácia donde estaba Enjolras; los sublevados se apartaban al llegar él, dejándole pasar con un respeto religioso; arrancó la bandera de las manos de Enjolras, que retrocedió petrificado, y en seguida, sin que nadie se atreviera á detenerle, ni á ayudarle, aquel anciano de ochenta años, con la cabeza bamboleando y el pié firme, empezó á subir lentamente la escalera de adoquines construida en la barricada. Era este acto tan sombrío, tan imponente y tan grande, que todos al rededor de él gritaron con voz unánime: ¡Quitarse el sombrero! Á cada escalon que subía, era un movimiento pavoroso, sus canas venerables, su rostro macilento y decrepito, su ancha frente, calva y arrugada, sus ojos hundidos, su boca abierta y como pasmada, su frágil y vetusto brazo levantando por alto

la bandera roja, se destacaban de la sombra y se engrandecían en la sangrienta claridad del hacha encendida; diríase que aparecía allí visible el espectro de 93, saliendo del seno de la tierra, empuñando en su mano la bandera del terror.

Cuando hubo llegado á la cima de la última grada, cuando aquella aparición fantástica, temblorosa y terrible, de pie sobre aquel montón de escombros, frente á mil doscientos fusiles invisibles, se enderezó en presencia de la muerte y como si fuera más fuerte que ella, toda la barricada proyectó en el fondo de las tinieblas una figura sobrenatural y colosal.

Hubo entonces uno de esos silencios que sólo se hacen en derredor de los prodigios.

En medio de este silencio solemne, el viejo agitó al viento la bandera roja y gritó:

— ¡Viva la revolución! ¡viva la república! ¡fraternidad! ¡igualdad! ¡y la muerte!

Oyóse de la barricada un cuchicheo bajo y rápido, semejante al murmullo de un sacerdote que despacha con premura alguna oración. Probablemente era el comisario de policía que estaba haciendo las intimaciones legales en el otro extremo de la calle.

En seguida, la misma voz sonora que ántes había gritado: ¿Quién vive? gritó de nuevo:

— ¡Retiraos!

El señor Mabeuf, lívido, con semblante torvo y huraño y las pupilas encendidas con las llamas del delirio y del extravío, alzó la bandera por encima de su frente y repitió:

— ¡Viva la república!

— ¡Fuego! dijo la voz.

Y una segunda descarga, que parecía ser de metralla, cayó sobre la barricada.

El anciano vaciló, doblegándose sobre sus rodillas

después volvió á levantarse, dejó escapar la bandera y cayó él hácia atrás, de espaldas sobre el empedrado, como una tabla, en toda la longitud de su cuerpo, y con los brazos en cruz.

Arroyos de sangre corrieron bajo su cuerpo. Su anciana cabeza, pálida y triste, parecía mirar al cielo.

Una de esas emociones superiores al hombre, que hacen hasta que olvide uno su propia defensa, embargó el ánimo de los insurrectos en aquel momento solemne; y todos ellos se acercaron al cadáver, poseídos de un espanto respetuoso.

— ¡Qué temple de alma! ¡qué hombres son estos regicidas! dijo Enjolras.

Courfeyrac se inclinó al oído de Enjolras y le dijo:

— Sea esto dicho entre los dos, pues yo no quiero disminuir el entusiasmo de la gente, pero distaba él mucho de ser un regicida. Yo le conocía: se llamaba el tío Mabeuf. No sé lo que él tenía hoy, pero era un buen hombre, un pobre simplon. Mira si no su cabeza.

— Cabeza de un pobre simplon, pero con el corazón de Bruto, respondió Enjolras.

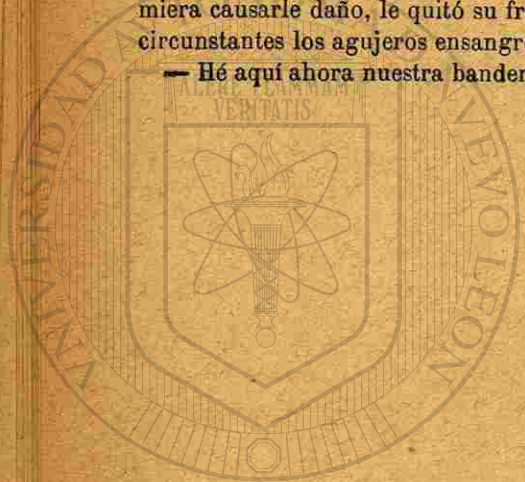
Después levantó la voz y dijo:

¡Ciudadanos! Ved aquí el ejemplo que los ancianos dan á los jóvenes. ¡Nosotros tuteábamos, él vino en seguida sin vacilar! ¡nosotros retrocedíamos, él se adelantó! Hé aquí lo que los que tiemblan de vejez enseñan á los que tiemblan de miedo. Este abuelo es un sér augusto ante la patria. Ha tenido una larga vida y una muerte magnífica! Protejamos ahora su cadáver; que cada uno de nosotros defienda á este anciano muerto como defendería á su padre vivo, y que supresencia en medio de nosotros haga esta barricada incontestable!

Un triste y enérgico rumor de adhesión siguió á estas palabras.

Enjolras se inclinó, levantó la cabeza del anciano, y con semblante austero y conmovido, le besó la frente en seguida, separándole los brazos, y manejando á aquel muerto con las más tiernas precauciones, como si temiera causarle daño, le quitó su frac, y mostrando á los circunstantes los agujeros ensangrentados, dijo :

— Hé aquí ahora nuestra bandera.



III

MÁS HABRÍA VALIDO Á GAVROCHE ACEPTAR
CARABINA DE ENJOLRAS

Echaron sobre el tío Mabeuf un grande pañuelo negro de la viuda Hucheloup. Seis hombres hicieron con sus fusiles unas parihuelas, pusieron en ellas el cadáver, y le condujeron, llevando las cabezas descubiertas, con una lentitud solemne, á depositarle sobre la mesa grande de la sala baja.

Aquellos hombres, consagrados enteramente á la grave y sagrada funcion que estaban ejecutando, no pensaban ya en la situacion peligrosa en que se hallaban.

Cuando pasó el cadáver cerca de Javert siempre impasible, Enjolras dijo al espion :

— ¡Tú! en seguida.

Entre tanto el niño Gavroche, que era el único que no bía abandonado su puesto, habiendo quedado en ob-

servacion, creyó ver á unos hombres acercarse á paso de lobo á la barricada; y de repente gritó:

— ¡Corriendo! ¡á la barricada!

Courfeyrac, Enjolras, Juan Prouvaire, Combeferre, Joly, Bahorel y Bossuet salieron todos tumultuariamente de la taberna. Ya casi no era tiempo. Distinguíase una chispeante espesura de bayonetas ondeando encima de la barricada. Varios guardias municipales de elevada talla penetraban, los unos trepando por el ómnibus, los otros atravesando la escotadura junto á la pared, empujando hácia adelante al gamin, el cual iba retrocediendo pero sin huir.

El momento era crítico. Era aquel primer instante formidable de la inundacion, cuando el rio se sale de madre rebasando el nivel de la calzada y el agua empieza á infiltrarse por las fisuras del dique. Un segundo más, y la barricada estaba en poder de los soldados.

Bahorel se lanzó sobre el primer guardia municipal que entraba, y le mató disparándole á boca de jarro con su carabina; el segundo mató á Bahorel de un bayonetazo. Otro habia ya derribado á Courfeyrac que gritaba: ¡Venid en mi auxilio! El más alto de todos, una especie de coloso, se dirigia contra Gavroche asestándole la bayoneta. El gamin encaró, con sus brazos diminutos, el enorme fusil de Javert, apuntó resueltamente al gigante, y tiró del gatillo. Pero no salió el tiro. Javert no habia cargado su fusil. El guardia municipal se echó á reir á carcajadas y dirigió de nuevo la bayoneta contra el niño.

Antes que la bayoneta hubiese tocado á Gavroche, el fusil escapa de las manos del soldado; una bala habia herido al guardia municipal en mitad de la frente, y la hizo caer de espaldas. Una segunda bala hirió en mitad del pecho al otro guardia que habia acometido á Courfeyrac, y le dejó tendido en el suelo.

Era Marius que acababa de entrar en la barricada

IV

EL BARRIL DE PÓLVORA

Oculto siempre en el recodo de la calle de Mondétour, Marius habia asistido como espectador á la primera fase del combate, irresoluto y tembloroso. Sin embargo, no habia podido él resistir por mucho tiempo á aquel vértigo misterioso y soberano que se pudiera llamar el llamamiento del abismo. Ante la inminencia del peligro, ante la muerte del señor Mabeuf, aquel fúnebre enigma, en presencia del cadáver de Bahorel, al oír á Courfeyrac gritando: ¡Socorro! ¡venid en mi auxilio! en vista de aquel niño amenazado, y de sus amigos que necesitaban auxilio ó venganza, toda vacilacion se habia desvanecido en su espíritu, y se habia lanzado en medio de la refriega con sus dos pistolas en la mano. Del primer tiro habia él salvado á Gavroche, y del segundo habia libertado á Courfeyrac.

Al ruido de los disparos, á los gritos de los guardias

municipales heridos, los acometedores habian trepado á lo alto de la trinchera, sobre cuya cima se veían ahora, mostrándose más de á medio cuerpo, y en la mayor confusion, varios guardias municipales, soldados de línea y guardias nacionales de las afueras de Paris, con el fusil empuñado. Más de las dos terceras partes de la barrera cubrían ellos ya, pero sin atreverse á saltar al recinto interior, como si vacilasen, por temor de caer en alguna emboscada. Miraban ellos en la barricada oscura como se miraría en una guarida de leones. El resplandor del hacha sólo alumbraba las bayonetas, las gorras de pelo y la parte superior de aquellos rostros inquietos é irritados.

Marius no tenía ya armas, habiendo arrojado al suelo sus pistolas descargadas, pero habia visto el barril de pólvora en la sala baja, junto á la puerta.

Cuando se hallaba medio vuelto, mirando hácia aquel lado, un soldado le apuntó con su fusil. En el momento en que el soldado apuntaba á Marius, una mano vino á colocarse en la punta del cañon, tapándole enteramente. Un individuo se habia lanzado precipitadamente á ejecutar este acto. Este individuo no era otro que el jóven obrero con pantalon de pana. El tiro partió, atravesó la mano que cerraba el cañon del fusil, y tal vez atravesó tambien al obrero, que cayó en tierra, pero la bala no tocó á Marius. Todo esto sucedía en medio del humo, y era más bien entrevisto que visto. Marius, que en aquel momento entraba en la sala baja, apenas se apercibió de lo que pasaba. Sin embargo, habia él visto confusamente aquel cañon de fusil dirigido contra él y aquella mano que le habia tapado y tambien habia oído el tiro. Pero en momentos como aquellos, las cosas que se ven vacilany se precipitan, sin que uno fije su atencion en nada. Siéntese oscuramente impelido hácia mayor sombra aún, y todo se convierte en nubes.

Sorprendidos, pero no asustados, los insurrectos se habian rehecho y reunido, estrechándose más y más entre sí. Enjolras habia gritado: ¡ Esperad! ¡ no disparéis á la ventura! Con efecto, en la primera confusion, podian herirse unos á otros. La mayor parte de ellos se habian subido á la ventana del primer piso y á las boardillas, desde donde dominaban á los acometedores. Los más determinados, con Enjolras, Courfeyrac, Juan Prouvaire y Combeferre, se habian respaldado arrogantemente en las casas del fondo, á pecho descubierto, y haciendo rostro firme á las filas de soldados y de guardias que coronaban la barricada.

Todo esto se llevó á cabo sin precipitacion, con esa gravedad extraña y amenazadora que precede á los combates. Por ambas partes se apuntaban recíprocamente, á quema ropa, hallándose tan cerca unos de otros, que se podían hablar entre sí. Cuando se hallaron en el punto crítico en que va á saltar la chispa, un oficial con su gola de faccion y gruesas charreteras levantó la espada y dijo:

— ¡ Rendid las armas!

— ¡ Fuego! gritó Enjolras.

Las dos detonaciones partieron al mismo tiempo, y todo desapareció en el humo.

Humo acre, sufocante, mortífero, en medio del cual se removian, con gemidos débiles y sordos, los moribundos y los heridos.

Luégo que el humo se disipó, vieronse en ambos lados los combatientes, aclarados, pero siempre en sus mismos puestos, cargando de nuevo las armas en el mayor silencio.

De improviso hizose oír una voz de trueno que gritó:

— ¡ Marchaos de ahí, ó hago volar la barricada!

Todos se volvieron hácia el lado de donde venia aquella voz.

Marius habia entrado en la sala baja, y habia tomado

allí el barril de pólvora; despues, aprovechándose de la humareda y de la especie de niebla oscura que llenaba el recinto atrincherado, logró deslizarse á lo largo de la barricada hasta llegar á aquella caja de adoquines donde se hallaba colocada el hacha de viento. Arrancar de allí el hacha, colocar en el mismo sitio el barril de pólvora, empujar la pila de adoquines bajo el barril, el cual se había desfondado en aquel mismo instante, con una especie de obediencia terrible, todo esto había sido para Marius el tiempo de bajarse y de volverse á levantar; y ahora ya todos, guardias nacionales, guardias municipales, oficiales, soldados, agrupados en peloton en el extremo opuesto de la barricada, le miraban con estupor, puesto de pié sobre los adoquines, con el hacha en la mano, su rostro altivo y amenazador iluminado por una resolución fatal, inclinando la llama de la antorcha hácia aquel formidable monton de piedras donde se distinguia el barril de pólvora desvencijado, y lanzando este grito aterrador:

— ¡Marchaos de ahí, ó hago volar la barricada!

Marius sobre aquella barricada, despues del octogenario, era la vision de la revolucion jóven, de la revolucion moderna, despues de la aparicion de la vieja revolucion, de la revolucion antigua.

— ¡Volar la barricada! dijo un sargento; ¡y tú también volarias con ella!

Marius respondió:

— Y yo también.

Y acercó el hacha al barril de pólvora.

Pero ya no había quedado nadie sobre la trinchera. Los invasores, dejando allí sus muertos y sus heridos, se replegaban confundidamente y en el mayor desorden hácia la extremidad de la calle, donde se perdian de nuevo en las sombras de la noche. Fué aquello un sálvese el que pueda. La barricada quedó despejada enteramente.

FIN DE LOS VERSOS DE JUAN PROUVAIRE

Todos rodearon á Marius. Courfeyrac le saltó al cuello,

— ¡Al fin te tenemos entre nosotros!

— ¡Qué dicha! dijo Combeferre.

— ¡Has venido á propósito! añadió Bossuet.

— ¡Sin tí, estaria yo muerto! repuso Courfeyrac.

— Sin usted, me habrían engullido á mí! dijo á su vez Gavroche.

Marius preguntó:

— ¿Dónde está el jefe?

— Eres tú, dijo Enjolras.

Marius había tenido durante todo el dia una hornaza en su cerebro; ahora tenía un torbellino. Ese torbellino que existia en él le producía el efecto de estar fuera de sí y de arrastarle. Parecíale que se hallaba ya á una inmensa distancia de la vida. Sus dos meses luminosos de

alegría y de amor venían á parar bruscamente en este espantoso precipicio; Coseta perdida para él, aquella barricada, el señor Mabeuf haciéndose matar por la república, el mismo convertido en jefe de insurrectos; y todas estas cosas le parecían una pesadilla monstruosa. Veíase obligado á hacer un esfuerzo de espíritu para recordar que todo cuanto le rodeaba era real y positivo. Marus había vivido aún demasiado poco para saber que no hay nada tan inminente como lo imposible, y que lo que es menester prever siempre, es lo imprevisto. Asistía él á su propio drama como á una pieza de teatro que no se comprende.

En aquella densa bruma en que se rebullía su pensamiento, no reconoció el á Javert que, atado á su poste, no había hecho ni el más mínimo movimiento de cabeza durante el ataque de la barricada, y que estaba mirando cómo se agitaba la rebelión en derredor de él, con la resignación de un mártir y con la majestad de un juez. Marius no fijó en él siquiera su atención.

Entre tanto, los acometedores no se movían ya, oíase los marchar y hormigonar en la extremidad de la calle, pero no se arriesgaban á penetrar en ella, ora fuese porque esperaban órdenes de sus jefes para obrar, ó bien que, antes de lanzarse contra aquel inconquistable reducto, esperasen refuerzos. Los insurrectos habían colocado centinelas, y algunos de ellos, que eran estudiantes de medicina, se habían puesto á curar á los heridos.

Todas las mesas, excepto las dos reservadas para las hilas y para los cartuchos, y la mesa en que yacía el cuerpo del tío Mabeuf, las habían sacado fuera de la taberna, agregándolas á las barricada, y las habían empilado en la sala baja con colchones de las camas de la viuda Hucheloup y de sus criadas. Sobre estos colchones habían acostado á los heridos. Por lo que hace á las tres pobres criaturas que habitaban en Corinto, no se sabía

qué había venido á ser de ellas. Si embargo, se acabó por hallarlas escondidas en la cueva de la casa.

Una emoción triste y desgarradora vino á oscurecer la alegría de la barricada que, de un modo tan providencial y tan feliz, habían logrado ver despejada y libre de los invasores.

Pasaron lista, y notóse la falta de uno de los insurrectos, ¿y quién? Uno de los más queridos, uno de los más valientes. Juan Prouvaire. Buscáronle entre los heridos, y no le hallaron. Buscáronle entre los muertos, y no le encontraron tampoco. Era pues evidente que le habían hecho prisionero.

Combeferre dijo á Enjolras:

— Ellos se han apoderado de nuestro amigo; nosotros estamos en posesión de su agente. ¿Tienes tú empeño por la muerte de ese espion?

— Si, respondió Enjolras, pero ménos que por la vida de Juan Prouvaire.

Todo esto pasaba en la sala baja, cerca del poste al cual estaba amarrado Javert.

— Pues bien, yo voy á atar mi pañuelo á la punta de mi bastón, y á ir como parlamentario á proponerles el canje de su hombre por el nuestro.

— Escucha, dijo Enjolras poniendo su mano sobre el brazo de Combeferre.

Oíase hácia el extremo de la calle un sonido metálico significativo de armas que chocaban entre sí.

Al mismo tiempo, una voz varonil y robusta gritó en aquel sitio:

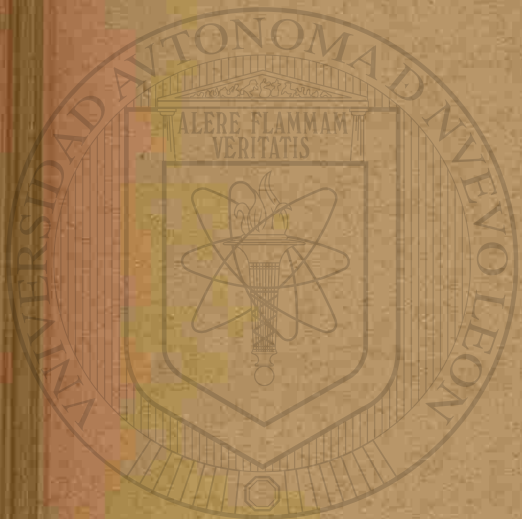
— ¡ Viva la Francia! ¡ viva el porvenir!

En esta voz se reconoció al punto la de Prouvaire.

Vióse un fogonazo semejante á un relámpago, al cual siguió una detonación.

Todo quedó sumergido en el más profundo silencio.

- Le han matado ! exclamó Combeferre.
 Enjobras miró á Javert y le dijo :
 — Tus amigos acaban de fusilarte.



VI

LA AGONÍA DE LA MUERTE DESPUES DE LA AGONÍA DE LA VIDA

Es propio de esta clase de guerra que el ataque de las barricadas se haga casi siempre de frente, y que en general los acometedores se abstienen de cercar y de atacar de flanco las posiciones, bien sea porque recelen emboscadas, ó bien porque temen comprometerse engolfándose en algun laberinto de calles tortuosas y atrincheradas. De aqui que toda la atención de los insurrectos se hallaba concentrada en la barricada grande, que era sin duda alguna el punto siempre amenazado y donde infaliblemente debia recomenzar la lucha. Marius sin embargo pensó en la barricada pequeña, y se dirigió hacia ella. Estaba desierta, no teniendo más guardia ni centinela que la lamparilla que temblaba entre los adoquines. Por lo demas, la callejuela de Mondétour y los ramales de la Petite-Truanderie y del Cisne se hallaban en la más completa tranquilidad.

Cuando, una vez hecha ya su inspeccion, se retiraba Marius de aquel sitio, oyó su nombre pronunciado débilmente en la oscuridad:

— ¡ Señor Marius!

Al oír esta voz se estremeció, reconociendo en ella la misma voz que le había llamado dos horas ántes, al traves de la verja de la calle de Plumet.

Solo que ahora ya aquella voz parecia no ser otra cosa que un soplo.

Dirigió la vista en derredor suyo y no vió á nadie.

Marius creyó haberse engañado, y que aquello no era más que una ilusion añadida por su espíritu á las realidades extraordinarias que se entrecocaban en torno de él. Dió un paso para salir de la hondonada en que se hallaba sumergida la barricada.

— ¡ Señor Marius! repitió la voz.

Esta vez ya no le era posible dudar, la había oído distintamente; miró, pero no vió nada.

— A sus piés de usted, dijo la voz.

Se inclinó, y vió en la sombra una forma que se iba arastrando hácia él, un objeto que venia como rodando por el suelo. Aquello era lo que le hablaba.

La lamparilla de la barricada permitia distinguir allí una blusa, un pantalon de pana rasgado, unos piés descalzos, y algo que parecia ser un charco de sangre. Marius entrevió un rostro pálido que se levantaba hácia él y que le dijo:

— ¿ No me conoce usted?

— No.

— Eponina.

Marius se bajó vivamente. En efecto, era aquella desgraciada criatura. Hallábase vestida de hombre.

— ¿ Cómo es que se halla usted aquí? ¿ qué hace usted en este sitio?

— Estoy muriéndome, contestó la muchacha.

Hay ciertas palabras y ciertos incidentes en la vida que despiertan á los seres más agobiados. Marius exclamó como sobresaltado:

— ¡ Está usted herida! ¡ Espere usted, voy á conducirla á la sala! ¡ Van á curarla á usted! ¿ Es cosa grave? ¿ cómo habrá de cogérsela á usted para no causarle daño? ¿ dónde sufre usted? ¡ Socorro! ¡ Dios mio! ¿ Pero qué es lo que usted ha venido á hacer aquí?

Y trató de pasar el brazo por debajo de ella para levantarla.

Al tiempo de removerla levantándola, se encontró con su mano.

La muchacha lanzó un grito débil.

— ¿ Es que la he hecho á usted daño? preguntó Marius,

— Un poco.

— Pero si no he tocado sino á su mano de usted.

Levantó ella entonces la mano, mostrándosela á Marius, y Marius vió en medio de aquella mano un agujero negro.

— ¿ Qué es eso que tiene usted en la mano? la preguntó.

— Que está agujereada.

— ¡ Agujereada!

— Si.

— De qué?

— De una bala.

— ¿ Cómo?

— ¿ No vió usted un fusil que apuntaba contra usted?

— Si, y una mano que le tapó.

— Era la mia.

Marius tuvo un fuerte estremecimiento.

— ¡ Qué locura! ¡ Pobre niña! Pero tanto mejor, si no es más que eso, no será nada, déjeme usted llevarla á una cama. Van á curarla á usted, nadie muere por tener horadada una mano.

Ella murmuró :

— La bala atravesó la mano, pero salió por la espalda. Es inútil llevarme de aquí. Yo voy á decir á usted cómo usted mismo podrá curarme, mejor que un cirujano. Siéntese usted junto, á mí, sobre esa piedra.

Y él obedeció : apoyó ella entónces su cabeza sobre las rodillas de Marius, y sin mirarle, dijo :

— ¡ Oh ! ¡ qué bueno es esto ! ¡ Qué bien está una aquí ! He ahí ! Ya no sufro nada.

Y permaneció un momento en silencio. En seguida volvió la cara, haciendo un esfuerzo, y miró á Marius.

— ¿ Usted no sabía nada de eso, señor Marius ? Pues sí, á mí me fastidiaba mucho que usted entrara en aquel jardín ; era una tontería de mi parte, puesto que yo misma fué quien le enseñó á usted la casa, y por último, también en debía yo decirle que un jóven como usted...

Al llegar aquí, se interrumpió, y salvando las sombras transiciones que sin duda habia en su espíritu, continuó, prorumpiendo en una sonrisa desgarradora :

— ¿ Me hallaba usted fea, no es verdad ?

Después prosiguió diciendo :

— ¡ Ya usted lo ve, está usted perdido ! Ahora ya nadie saldrá de la barricada. ¡ Toma ! y yo soy quien le ha traído á usted aquí. Va usted á morir, estoy bien segura de ello. Y sin embargo, cuando vi que le apuntaban á usted, fui corriendo y puse la mano en la boca del cañon del fusil. ¡ Co-sa más rara ! Pero es porque yo quería morir ántes que usted. Cuando recibí esta bala, me vine arrastrando hácia aquí, nadie me ha visto, por eso no me han recogido. Yo le esperaba á usted, y decia para mí : ¿ Si no vendrá ? ¡ Oh ! si usted supiera, mordía yo mi blusa, sufría tanto ! Ahora ya estoy bien. ¿ No se acuerda usted del día en que yo entré en su cuarto, y que me miré en su espejo, y el día que yo le encontré á usted en el bou-

levard, junto á unas obreras ? ¡ Cómo cantaban los pájaros aquel día ! No hace mucho tiempo. Usted me dió cien sueldos, y yo le dije : Yo no quiero su dinero de usted. ¿ Recogió usted á lo ménos su moneda ? Usted no es rico. Yo no me acordé de decirle que la recogiera del suelo. Hacía un sol hermoso, y no tenía una frió aquel día. ¿ No se acuerda usted, señor Marius ? ¡ Oh ! soy yo muy dichosa ! Todo el mundo va á morir.

Su semblante aparecía grave, insensato, aflictivo. Su blusa rasgada mostraba pecho y cuello desnudos. Cuando hablaba, apoyaba su mano horadada sobre el pecho, donde se veía otro agujero, por el cual salian de vez en cuando borbotones de sangre, como sale el chorro de vino de un tonel abierto.

Marius consideraba aquella criatura infortunada con una compasion profunda.

— ¡ Oh ! dijo ella de repente, esto vuelve. ¡ Me ahogo ! Cogió su blusa y la mordió, sus piernas se engarrotaban contra el suelo.

En este momento, la voz de gallo jóven del niño Gavroche resonó en la barricada. Se habia subido sobre una mesa para cargar su fusil, y cantaba alegremente esta cancion que entónces era tan popular :

En voyant Lafayette,
Le gendarme répète :
Sauvons-nous ! sauvons-nous ! sauvons nous !¹

Eponina levantó un poco la cabeza, se puso á escuchar y después murmuró :

— Es él.

Y volviéndose hácia Marius, dijo :

¹ Al ver á Lafayette, el gendarme repite : ¡ Huyamos, huyamos, huyamos !

— Mi hermano está ahí. Es preciso que él no me vea. Me reniría.

— ¿Su hermano de usted? preguntó Marius, quien á la sazón pensaba, desde el fondo más amargo y más doloroso de su corazón, en los deberes que su padre le había legado para con los Thénard er: ¿quién es su hermano de usted?

— Ese chiquito.

— ¿El que está cantando?

Marius hizo un movimiento.

— ¡Oh! no se vaya usted! ¡esto ya no durará mucho tiempo!

Hallábase ella casi sentada, pero su voz era muy baja y entrecortada por las convulsiones del hipo. El estertor la interrumpía por intervalos. Procuraba acercar cuanto la era posible su cara á la cara de Marius. Y anadió con una expresion extraña:

— Escuche usted, yo no quiero jugarle á usted ninguna mala partida. Tengo en mi bolsillo una carta para usted. Desde ayer. Me dijeron que la echara al correo; pero me la guardé. No queria yo que ella llegara á manos de usted. Pero usted tal vez me guardaria rencor cuando nos veamos despues, en la otra vida. Nos volveremos á ver muy pronto, ¿no es verdad? Tome usted su carta.

Cogió ella convulsivamente la mano de Marius con su mano agujereada, pero parecia que no sentia ya el sufrimiento, y la introdujo en el bolsillo de su blusa. En efecto, Marius tentó allí un papel.

— Cójala usted, le dijo.

Marius cogió la carta.

Ella hizo una seña de satisfaccion y de consentimiento.

— Ahora, por mi trabajo, prométame usted...

Y se detuvo.

— ¿Qué? preguntó Marius.

— ¡Prométame usted!

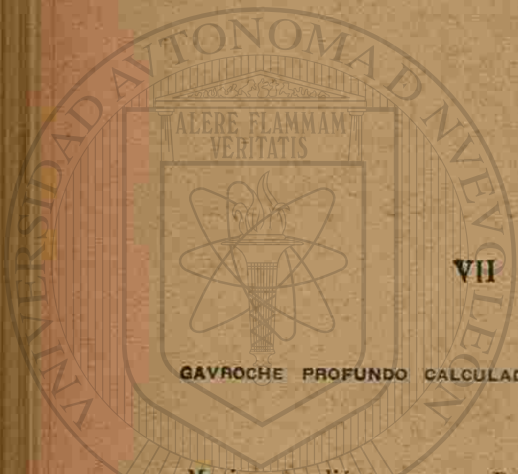
— Prometo, sí.

— Prométame usted darme un beso en la frente cuando esté muerta. — Lo sentiré.

Dejó caer su cabeza sobre las rodillas de Marius, y sus párpados se cerraron. Él creyó que aquella pobre alma habia partido ya. Eponina permanecia inmóvil; de improviso, en el instante en que Marius la creia dormida con el sueño de la eternidad, abrió ella lentamente los ojos, en los cuales aparecia la sombría profundidad de la muerte, y le dijo con un acento cuya dulzura parecia venir ya de otro mundo:

— Y despues, vea usted, señor Marius, yo creo que estaba algo enamorada de usted.

Probó aún á sonreír, y espiró.



Marius cumplió su promesa. Depositó un beso en aquella frente livida por donde brotaba un sudor glacial. No era esto una infidelidad á Coseta; sino una despedida pensativa y tierna á un alma desgraciada.

No había él tomado sin experimentar un estremecimiento la carta que le había dado Eponina. Desde luego vió él en ella todo un acontecimiento. Estaba impaciente por leerla. El corazón del hombre se halla formado de esta manera; apenas había cerrado los ojos de aquella infortunada criatura, cuando ya Marius se ocupaba en desdoblar aquel papel. La dejó reposar suavemente sobre el suelo, y se marchó. Alguna cosa le decía á él que no podía leer aquella carta delante de aquel cadáver.

Se acercó á una vela en la sala baja. Era un billetito plegado y sellado con ese elegante esmero propio de las se-

ñoras. El sobrescrito era de letra de mujer y decía de esta manera:

— Al señor Marius Pontmercy, en casa del señor Courfeyrac, calle de la Verrerie, n.º 16.

Rompió la nema y leyó:

« ¡Oh! mi muy amado! mi padre quiere que nos marchemos en seguida. Esta noche estaremos en la calle » del Homme-Armé, n.º 7. Dentro de ocho dias estaremos » en Inglaterra.

» COSETA.

« 4 de Junio. »

Tal era la inocencia de estos amores, que Marius no conocia siquiera la letra de Coseta.

Lo que había pasado puede decirse en algunas palabras. Eponina lo había hecho todo. Después de la noche del 3 de Junio, abrigó ella un doble pensamiento: desbaratar los proyectos de su padre y de los bandidos con respecto á la casa de la calle de Plumet, y separar á Marius de Coseta. Había cambiado sus andrajos con el primer pilluelo que halló y que había encontrado divertido el vestirse él de mujer mientras que Eponina se disfrazaba de hombre. ¡ Ella era quien había dado á Juan Valjean en el Campo de Marte el aviso expresivo de: ¡ Mude usted de domicilio! Juan Valjean, en efecto, había ido de prisa á su casa y había dicho á Coseta: *Esta noche nos marchamos; iremos primero á la calle del Homme-Armé con Toussaint; y para la semana próxima estaremos en Londres.* Aterrada por este golpe inesperado, Coseta había escrito con toda premura dos líneas á Marius. Pero, ¿ cómo arreglarse para echar aquella carta al correo? Ella no salía sola, y Toussaint, sorprendida de semejante encargo, habría enseñado seguramente la carta al señor Fauchelevent. En medio de

esta ansiedad, Coseta había entrevisto por entre la verja del jardín á Eponina vestida de hombre, que sin cesar rondaba á la sazón los alrededores de la casa. Coseta había llamado á aquel « muchacho » ó á aquel obrerito, y le había entregado cinco francos y la carta, diciéndole : Lleve usted esta carta en seguida á la casa que indica el sobre. Eponina se metió la carta en el bolsillo. Al día siguiente, 5 de Junio, había ido ella á casa de Courfeyrac á preguntar por Marius, no para entregarle la carta, sino, cosa que comprenderá desde luego toda alma celosa y amante, « para ver. » Allí había ella esperado á Marius, ó á lo ménos, á Courfeyrac, — siempre para ver. — Cuando Courfeyrac le había dicho : Vamos á las barricadas, una idea le había pasado por la imaginación. Lanzarse á aquella muerte, como se habría lanzado á otra cualquiera, y precipitar también en ella á Marius. Había seguido á Courfeyrac, se había asegurado del sitio en el cual se construía la barricada; y muy cierta, como ella estaba, puesto que Marius no había recibido ningún aviso, habiendo ella interceptado la carta, de que al anoecer se hallaría él sin falta á la cita de todas las noches, habíase dirigido á la calle de Plumet, había esperado allí á Marius, y le había dado, en nombre de sus amigos, aquel aviso ó hecho aquel llamamiento que creía ella produciría efecto inmediatamente, es decir, que le haría ir corriendo á la barricada. Contaba ella mucho con la desesperación de Marius cuando se hallase ya sin Coseta, y no se engañaba. Á su vez ella también se volvió á la calle de la Chanvrerie. Acabamos de ver lo que allí hizo. Había muerto con esa trágica alegría de los corazones celosos que arrastran al sér amado en su muerte, y que dicen : ¡nadie le poseerá!

Marius cubrió de besos la carta de Coseta. ¡Conque ella le amaba! Acarició un instante la idea de que ya no debía morir. Pero en seguida se hizo las siguientes reflexiones :

ella se va á marchar. Su padre se la lleva á Inglaterra y mi abuelo se niega á consentir en el casamiento. Nada pues ha cambiado en nuestra fatalidad. Los soñadores como Marius suelen tener de estos abatimientos supremos, de los cuales resulta á veces la adopción de ciertas resoluciones desesperadas. La fatiga de vivir es insostenible; la muerte, es cosa más breve. Entonces pensó en que le quedaban dos deberes que cumplir : informar á Coseta de su muerte, enviándole una despedida suprema, y librar de la inminente catástrofe que se preparaba á aquel pobre niño, hermano de Eponina é hijo de Thénardier.

Llevaba consigo una cartera; la misma que había contenido el cuaderno en el cual había él escrito tantos pensamientos de amor para Coseta. Arrancó de ella una hoja, y escribió con lápiz estas breves líneas :

« Nuestro casamiento era imposible. He pedido permiso » á mi abuelo, y me le ha negado; yo carezco de fortuna, » y tú también. He ido á tu casa corriendo, y ya no te he » encontrado; bien sabes la palabra que te di, la cumplo. » Voy á morir. Te amo. Cuando leas estas líneas, mi » alma estará junto á ti, y te sonreirá. »

No teniendo nada á la mano con que cerrar esta carta, se limitó á plegar el papel en cuatro dobleces y puso en él este sobrescrito :

« Á la señorita Coseta Fauchelevent, en casa del señor » Fauchelevent, calle del Homme-Armé, n.º 7. »

Una vez doblada la carta, permaneció pensativo algunos instantes, volvió á echar mano á su cartera, la abrió, y escribió con el mismo lápiz en la primera página estas cuatro líneas :

« Me llamo Marius Pontmercy. Que lleven mi cadáver » á casa de mi abuelo, el señor Gillenormand, calle de las » Filles-du-Calvaire, n.º 6, en el Marais. »

Volvió á meterse la cartera en el bolsillo de su frac, y en seguida llamó á Gavroche. Á la voz de Marius, acudió al instante el gamin con su semblante alegre decidido.

— ¿Quieres hacer una cosa por mí?

— Todo lo que usted quiera, contestó Gavroche. ¡Dios mío de mi vida! sin usted, ya estaria yo frito.

— ¿Ves esta carta?

— Sí.

— Tómala. Sal de la barricada inmediatamente (Gavroche, inquieto, empezó á rascarse una oreja), y mañana temprano irás y la entregarás á la persona que dice el sobre, la señorita Coseta, en casa del señor Fauchelevent, calle del Homme-Azmé, n.º 7.

El heroico niño replicó:

— ¡Está bien, pero mientras tanto tomarán la barricada, y yo no me hallaré aquí!

— La barricada, según todas las apariencias, no será atacada antes de amanecer, y no la tomarán antes de las doce del día.

La nueva tregua que los acometedores habian dado á la barricada se prolongaba en efecto. Era una de esas intermitencias, tan frecuentes en los combates nocturnos que son seguidas siempre de un redoble de encarnizamiento.

— Pues bien, dijo Gavroche, ¿y si yo fuera á llevar su carta de usted mañana por la mañana?

— Será demasiado tarde. La barricada estára bloqueada probablemente, todas las calles serán guardadas, y tú no podrás salir. Vé en seguida.

Gavroche no halló nada que replicar permaneciendo allí indeciso, y rascándose la oreja tristemente. De improviso, con uno de esos movimientos de pájaro que le eran habituales, tomó la carta y dijo:

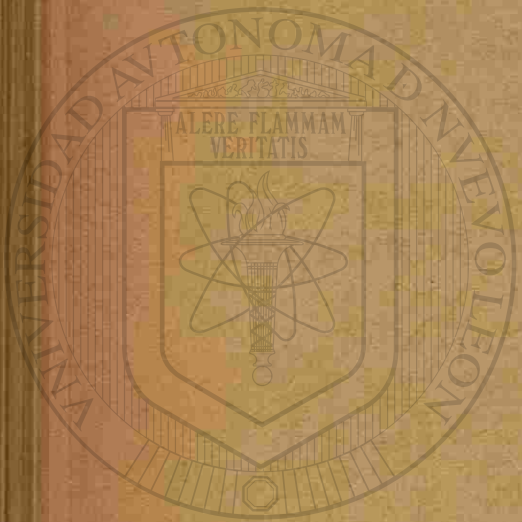
— Bueno.

Y se marchó corriendo por la callejuela de Montdétour.

Hábasele ocurrido á Gavroche una idea que le habia determinado, pero que no se habia atrevido á comunicarla, temeroso de que Marius le hiciera alguna objecion.

Esta idea, era la siguiente:

— Ahora son apenas las doce de la noche, la calle del Homme-Armé no está léjos, voy corriendo á llevar la carta, y así me ballaré aquí de vuelta á tiempo.



LIBRO QUINCE

LA CALLE DEL HOMME-ARMÉ

U A N L
I

CARPETA HABLADORA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Qué son las convulsiones de una ciudad en comparación de las conmociones del alma? El hombre es una profundidad mucho más grande aún que el pueblo. Juan Valjean era, en este mismo instante, víctima de una agitación tumultuosa. Todos los abismos se habían abierto nuevamente en él. También él se estremecía, como París, á las puertas de una revolución oscura y formidable. Algunas horas habían bastado solamente para este gran trastorno de su espíritu. Sus destinos y su conciencia se ha-

bian cubierto bruscamente de sombras. Como de París, de el tambien podía decirse : los dos principios están en presencia. El ángel blanco y el ángel negro van á asirse y á luchar á brazo partido en el puente del abismo. ¿Cuál de los dos precipitará al otro? ¿Quién triunfará?

La vispera de este mismo día 5 de Junio, Juan Valjean, acompañado de Coseta y de Toussaint, había ido á instalarse á la calle del Homme-Armé. Una extraña peripécia le esperaba en este sitio.

Coseta no había abandonado la calle de Plumet sin un ensayo de resistencia. Por la primera vez, desde que existían el uno al lado del otro, la voluntad de Coseta y la voluntad de Juan Valjean se habían mostrado en diferencia, y se habían, si no chocado, á lo ménos, contradicho. Había habido objecion por una parte é inflexibilidad por otra. El brusco aviso ó consejo : *Mude usted de domicilio*, lanzado por un desconocido á Juan Valjean, le había alarmado hasta el punto de hacerle absoluto en sus determinaciones. Creíase descubierto y perseguido. Coseta había tenido que ceder.

Ambos habían llegado á la calle del Homme-Armé sin despegar los labios, sin decirse una palabra, absortos cada uno en su preocupacion personal; Juan Valjean tan inquieto que no veía la tristeza de Coseta, Coseta tan triste que no veía la inquietud de Juan Valjean.

Juan Valjean se había llevado consigo á Toussaint, lo que no había hecho jamas en sus anteriores ausencias. Entreveía él que tal vez no volvería ya á la calle de Plumet, y no podía dejar á Toussaint allí sola, ni ménos confiarla su secreto. Por otra parte, la conocía bien y la creía adicta y segura. Del criado al amo, la traicion principia por la curiosidad. Ahora bien Toussaint, como si hubiera ella sido predestinada al servicio de Juan Valjean, no era curiosa. En medio de su tartamudeo, y en su lenguaje de

aldeana de Barneville, solía decir : Yo soy ansina ; jago mis caceres ; lo demas, na mimporta.

En esta salida de la calle de Plumet, que había sido casi una fuga, nada se había llevado consigo Juan Valjean excepto la maletita embalsamada que Coseta había bautizado con el nombre de *la inseparable*. Baúles llenos habrían exigido el empleo de mozos de cordel, y los mozos de cordel son testigos. Habían hecho venir un coche á la puerta de la calle de Babilonia, y se habían ido en él.

No sin mucho trabajo pudo conseguir la Toussaint permiso para empaquetar alguna ropa blanca y de color y varios objetos de toilette. Por lo que hace á Coseta, no se había llevado sino su carpeta y su papelera.

Á fin de aumentar aún la soledad y la sombra de esta desaparicion, Juan Valjean se había arreglado de manera que no salieran del pabellon de la calle de Plumet ántes de anocheecer; lo que había dejado á Coseta tiempo suficiente para escribir su billetito á Marius. Cuando llegaron á la calle del Homme-Armé era ya de noche.

Acostáronse en seguida, con el mayor silencio.

El cuarto que ellos ocupaban en la calle del Homme-Armé se hallaba situado en el segundo piso de un patio interior, y se componía de dos alcobas, de un comedor y de una cocina contigua á este, con un camaranchon donde había un catre, el cual tocó en suerte á Toussaint. El comedor servía al mismo tiempo de salita y separaba las dos alcobas. El cuarto estaba provisto de los utensilios necesarios.

A veces se tranquiliza uno casi tan sin fundamento como se inquieta : tal es la humana naturaleza. Apénas se halló Juan Valjean en la calle del Homme-Armé, cuando su ansiedad se fué templando, hasta que, por grados, se disipó enteramente. Hay sitios calmantes que obran en cierto modo mecánicamente sobre el espíritu. Calle oscura, ha-

bitantes pacíficos. Juan Valjean sintió como un contagio de tranquilidad en aquella callejuela del antiguo París, tan estrecha, que está barréada por un madero transversal colocado sobre dos postes para impedir el paso á los carrajes, calle muda y sorda en medio de la ciudad llena de rumor, crepuscular en mitad del día, y, por decirlo así, incapaz de emociones, entre sus dos hileras de altas casas centenarias que callan como viejas que son. En aquella calle reina cierto olvido estancado. Juan Valjean respiró allí pues tranquilo y confiado. ¿Quién había de dar con él en aquel sitio?

Su primer cuidado fué el de colocar á la inseparable junto á él.

Durmió perfectamente. La noche aconseja, y aún podemos añadir: la noche apacigua. Á la mañana siguiente, despertó casi contento. Halló muy bonito el comedor, que era horroroso, amueblado con una mesa redonda viejísima, un armario bajo, sobre el cual figuraba dignamente un vistoso espejo inclinado, un sillón apollado y algunas sillas cubiertas de paquetes de la Toussaint. En uno de estos paquetes, se veía, por un claro, el uniforme de guardia nacional de Juan Valjean.

— Por lo que hace á Coseta, se había hecho llevar un caldo á su cuarto por la Toussaint, y no pareció sino muy caída ya la tarde.

Á eso de las cinco, Toussaint, que iba y venía sin cesar, muy ocupada de aquella pequeña mudanza de domicilio, había puesto sobre la mesa del comedor un pollo fiambre que Coseta, por deferencia hácia su padre, había consentido en mirar.

Hecho esto, Coseta, pretextando una jaqueca fuerte y tenaz, había dado las buenas noches á Juan Valjean y se había encerrado en su alcoba. Juan Valjean había comido un ala de pollo con apetito, y apoyado de rodillas en

la mesa, serenándose poco á poco, entraba de nuevo en plena posesión de su seguridad.

Mientras que estaba haciendo esta sobria comida, había notado confusamente, en dos ó tres diversas ocasiones, el tartamudeo de Toussaint que le decía: — « Señor, hay gresca por allá, se están batiendo en París. » Pero, absorto en una multitud de combinaciones interiores, no había prestado la menor atención á estas palabras. Á decir verdad, él no había oído nada.

Levantóse, y se puso á andar desde la ventana á la puerta y desde la puerta á la ventana, cada vez más sosegado.

En medio de esta calma, Coseta, que era su única preocupación, volvía siempre á su pensamiento. No que él se inquietase por aquella jaqueca, ligera crisis de nervios, enfado de niña, nube de un momento, y que al cabo de uno ó dos días desapareciera completamente; sino que pensaba en el porvenir, y como de costumbre, pensaba con dulzura. Sobre todo, no veía él ningún obstáculo en que la vida dichosa cobrara su curso natural. Á ciertas horas, todo parece imposible, mientras que, en otras, todo parece fácil; y Juan Valjean se hallaba en una de esas buenas horas. Vienen ellas de ordinario después de las malas, como viene el día después de la noche, en virtud de esa ley de sucesión y de contraste que es el fondo mismo de la naturaleza y que los espíritus superficiales llaman antítesis. En aquella calle apacible adonde había ido á refugiarse, Juan Valjean se desprendía de todo lo que le había turbado hacía ya algún tiempo. Por lo mismo que él había visto muchas tinieblas, comenzaba á distinguir algo del azul del cielo. Haber dejado la calle de Plumet sin complicación, y sin incidente, era ya un buen paso dado. Tal vez sería prudente el expatriarse, aunque sólo fuese por algunos meses, y pasar á Londres. País bien, irían. Estar en Francia ó estar en Inglaterra, ¿qué le importaba á él, con tal que tuviese á su lado á Co-

seta? Coseta era su nación. Coseta bastaba á su felicidad; la idea que él tal vez no bastaba á la felicidad de Coseta, esta idea, que habia sido en otro tiempo su fiebre y su insomnio, no se presentaba ya siquiera á su espíritu. Hallábase en la postración de todos sus dolores pasados, y en pleno optimismo. Viendola junto á él, parecía que Coseta era suya; efecto de óptica que todo el mundo ha experimentado. El mismo arreglaba entre sí, y con toda especie de facilidades, su viaje á Inglaterra con Coseta, y veía reconstruir su felicidad en otros parajes, al través de las perspectivas de su ensueño.

Mientras que paseaba así á lo largo de la pieza, á paso lento, su mirada encontró de repente una cosa extraña.

Vió frente á sí en el espejo inclinado que se hallaba sobre el armario, y leyó distintamente las cuatro líneas que siguen :

« ¡ Oh! mi muy amado! mi padre quiere que nos marchemos en seguida. Esta noche estaremos en la calle del
» Homme-Armé, n.º 7. Dentro de ocho días nos hallaremos en Londres.

» COSETA. — 4 de Junio. »

Juan Valjean se detuvo, triste, caviloso y huraño.

Al tiempo de llegar, Coseta habia colocado su carpeta sobre la mesa del armario, delante del espejo, y abismada toda ella en su dolorosa angustia, la habia dejado allí olvidada, sin notar siquiera que la dejaba enteramente abierta, y abierta precisamente por la página en la cual habia apoyado y comprimido, para secarlas, las cuatro líneas escritas por ella y confiadas al joven obrero que pasaba por la calle de Plumet. Todo lo escrito habia quedado impreso en aquella página de la carpeta.

El espejo reflejaba las letras allí estampadas.

Así que resultaba lo que llaman en geometría la imagen simétrica; de tal suerte, que las letras, vueltas al revés en la carpeta, se ofrecían al derecho en el espejo, presentándose por consiguiente en su sentido natural; y Juan Valjean tenía á la vista la carta que la víspera habia escrito Coseta á Marius.

Era una cosa sencilla, y aterradora para él.

Juan Valjean se acercó al espejo, volvió á leer de nuevo aquellas cuatro líneas, pero no creyó lo que estaba viendo. Se le figuraba ser aquello una aparición vista al siniestro resplandor de un relámpago. Aquello era una alucinación. Aquello era imposible. Aquello no existía en el mundo de las realidades.

Poco á poco, su percepción fué haciéndose cada vez más precisa; miró la carpeta ó cartera de Coseta; y adquirió el sentimiento del hecho real. Tomó la carpeta y dijo: Aquello proviene de esto. Examinó con febril agitación las cuatro líneas estampadas en la hoja de la carpeta; pero las letras, vueltas allí del revés, le producían el extraño efecto de unos garabatos en desorden, y no vió en ellos ningún sentido. Entonces dijo para sí: Pero si esto no significa nada, aquí no hay nada escrito. Y respiró con toda la extensión de sus pulmones y de su pecho, experimentando un indecible alivio. ¿ Quién no ha tenido de esas alegrías tontas en los momentos más horribles? El alma no se rinde á la desesperación sin haber agotado todas las ilusiones.

Tenia él la cartera en la mano, y la contemplaba, estápidamente dichoso, casi á punto de echarse á reír de la alucinación de que habia sido víctima. De repente sus ojos volvieron á fijarse en el espejo, y vió en él de nuevo la visión. Las cuatro líneas se reproducían allí dibujadas con una claridad inexorable. Esta vez no era aquello ya una ilusión. La reincidencia de una visión es una realidad;

aquello era una cosa palpable y evidente, eran las letras que, tomadas del reverso en la página, las reproducía el espejo al derecho y en su sentido natural. En seguida lo comprendió ya todo claramente.

Juan Valjean vaciló sobre sus talones, dejó caer la carpeta, y se dejó él caer también sobre el sillón viejo y apollado, al lado del armario, con la cabeza inclinada, la pupila extraviada y vidriosa. Dijo para sí que era cosa evidente, y que la luz del mundo se hallaba ya eternamente eclipsada para él, que Coseta había escrito aquello á alguien. Entonces oyó él á su alma, que recobraba una actitud terrible, lanzar en las tinieblas un sordo rugido. Id á quitar al león el perro que tiene en su jaula.

Cosa singular, y triste al mismo tiempo, en aquel momento, Marius no poseía aún la carta de Coseta; la casualidad le había hecho traición llevándose la á Juan Valjean antes de que le fuese ella entregada.

Hasta este día, Juan Valjean no había sido nunca vencido por la prueba. Habíase él visto sometido á terribles ensayos; ni una sola vez de hecho de la mala fortuna le había faltado; la ferocidad de la suerte, armada de todas las vindictas y de todos los absurdos y errores sociales, le había escogido por blanco, encarnizándose en él. No se había doblegado sin embargo ni había retrocedido ante ninguna de tantas calamidades, ante ningún sufrimiento. Cuando había sido necesario, había él aceptado todos los extremos: había sacrificado su inviolabilidad de hombre á tanta costa recobrada, ó reconquistada más bien, había entregado su libertad, arriesgado su cabeza, perdiéndola, y sufrido todo, permaneciendo siempre desinteresado y estoico, en términos de que, por momentos, se habría podido creerle ausente de sí mismo como un mártir. Su conciencia, aguerrida en todos los asaltos posibles de la adversidad, podía parecer para siempre inexpugnable.

Pues bien, si alguien hubiera podido ver en aquel instante su foro interno, se habría visto obligado á consignar que ahora ya ella cedía, se debilitaba.

Y es que, de todos los sufrimientos que él había experimentado durante aquella prolongada cuestión de tormentos que le deparaba el destino, este era para él el más terrible, el más formidable. Tenazas de esta especie no le habían asido jamás. Sintió en su interior la agitada revuelta, el misterioso trastorno de todas las sensibilidades latentes. Sintió el pellizco, la violenta compresión de la fibra desconocida. ¡ Oh! la prueba suprema, mejor diremos, la prueba única, es la pérdida del ser amado.

El pobre viejo Juan Valjean no amaba, ciertamente, á Coseta de otro modo que como un padre; pero, según lo hemos hecho notar anteriormente, en esta especie de paternidad, la viudez misma de su vida había introducido todos los amores; así que amaba él á Coseta como á su hija, la amaba como á su madre, la amaba como á su hermana; y como nunca había él tenido amante ni esposa, como la naturaleza es un acreedor que no acepta protesta alguna, este sentimiento también, el más inalienable de todos, se hallaba mezclado con los otros, vago, ignorante, puro con la pureza de la ceguedad, inconsciente, celestial, angélico, divino, ménos como un sentimiento que como un instinto, ménos como un instinto que como un atractivo, imperceptible é invisible, pero real; y el amor propiamente dicho, en su inmensa ternura por Coseta, era como el filón de oro en la montaña, tenebroso y virgen.

Recordemos esta situación del corazón que ya hemos indicado en otras ocasiones. Ningun casamiento era posible entre ellos: ni siquiera el de las almas; y no obstante, era indudable que sus destinos se hallaban desposados. Excepto Coseta, es decir, excepto una infancia, Juan Valjean no había conocido nada, durante su larga vida, de

lo que puede amarse. Las pasiones y los amores que se suceden no habian formado en él esos matices sucesivos del color verde, verde tierno sobre verde sombrío, que se notan en las hojas de los árboles que pasan el invierno y en los hombres que pasan de cincuenta años. En suma, y nosotros hemos insistido en ello más de una vez, toda esa fusión interior, todo ese conjunto, cuya resultante era una alta virtud, se reasumía en hacer de Juan Valjean un padre para Coseta. Padre extraño, compuesto de abuelo, de hijo, de hermano y de marido; que de todo esto habia para ella en Juan Valjean; padre en el cual habia tambien una madre; padre que amaba á Coseta y que la adoraba, y que tenia á aquella niña por luz, por merced, por familia, por patria, por paraíso.

De modo que, cuando él vió que ya era cosa concluida que ella se le escapaba, que se deslizaba de entre sus manos, que se le iba á ocultar, que era una nube, que era un poco de agua en vapor; cuando tuvo ante sus ojos esta evidencia aterradora: Otro es el objeto querido de su corazón, otro es el deseo de su vida; hay ya el muy amado; yo no soy sino el padre; yo ya no existo; cuando ya no tuvo la menor duda; cuando se dijo: Ella se va lejos de mí! el dolor que experimentó excedió los límites de lo posible. Haber hecho todo lo que habia hecho él para venir á parar á tal resultado! y como pues! no ser nada. Entonces, según acabamos de decirlo, experimentó desde los pies hasta la cabeza un estremecimiento de rebelión. Sintió hasta en la raíz de sus cabellos el inmenso aguijón del egoísmo, y él yo bramó de una manera tremenda en el abismo de aquel anciano.

Existen en el hombre ciertos hondimientos interiores. La penetración de una certidumbre desesperada no se realiza en él sin apartar y sin romper ciertos elementos profundos, que son á veces el hombre mismo. El dolor,

cuando llega á tal grado de intensidad y de profundidad, es un sálvese-el-que-pueda de todas las fuerzas de la conciencia. Son estas crisis fatales. Pocos de nosotros salimos de ellas semejantes á nosotros mismos y firmes en el deber. Cuando el límite del sufrimiento se halla desbordado, la virtud más imperturbable se desconcierta enteramente. Juan Valjean volvió á coger la cartera, y quedó de nuevo convencido, permaneciendo inclinado y como petrificado sobre las cuatro líneas irrecusables, con los ojos fijos en aquel objeto de terror para él, y formándose un nublado tal en su cerebro, que habria podido creerse que todo el interior de aquel alma se desplomaba.

Examinó aquella revelación, al través de las hipóboles del delirio, con una calma aparente y pavorosa, pues es cosa formidable la calma del hombre cuando llega ella á la frialdad de la estatua.

Midió el paso espantoso que su destino habia dado sin que él se apercibiera de ello; recordó entonces sus temores del verano anterior, tan locamente disipados; reconoció el precipicio; notó que era siempre el mismo; sólo que Juan Valjean no se hallaba ya á la puerta, sino en el fondo de él.

Cosa inaudita y extraña, habia caído en él sin notarlo. Toda la luz de su vida se habia ahuyentado de él, mientras que él creía siempre estar viendo el sol.

Su instinto no vaciló. Reunió, combinó y comparó ciertas circunstancias, ciertas fechas, ciertos enrojecimientos y ciertas palideces de Coseta, y dijo para sí: Es él. La adivinación del desesperado es una especie de arco misterioso que no marra el golpe jamás. Desde su primera conjetura, se fijó su Marius. No sabia cómo se llamaba, pero halló al hombre en seguida. Percibió distintamente, allá en el fondo de la implacable evocación de su memoria, al desconocido rondador del Luxemburgo, aquel miserable corredor de

aventuras y de amorios, aquel holgazan de romance, aquel imbécil, aquel villano, pues es una villanía el venir á requebrar y á fingir amores á jovencitas que tienen consigo á su padre que las ama.

Después que hubo comprobado bien que en el fondo de aquella situación se hallaba aquel jóven, y que todo venía de allí, él, Juan Valjean, el hombre regenerado, el hombre que había trabajado tanto por su alma, el hombre que había hecho tantos esfuerzos para resolver toda la vida, toda la miseria y todo el infortunio en amor, miró en su interior y vió en él un espectro, el Odio.

Los grandes dolores contienen una gran dosis de abatimiento. Desalientan, y hacen la vida pesada, insoportable. El hombre en el cual penetran siente que algo se retira de él. En la juventud, su visita es lúgubre; más adelante, es siniestra. ¡ Ah ! si cuando la sangre está caliente, cuando el cabello está aún negro, cuando la cabeza va derecha sobre el cuerpo como la llama sobre el cirio, cuando el rollo del destino muestra aún casi todo su espesor, cuando el corazón, lleno de un amor envidiable, tiene todavía latidos que se le pueden corresponder, cuando uno halla delante de sí tiempo suficiente para la reparación, cuando todas las mujeres están allí, y todas las sonrisas, y todo el porvenir, y todo el horizonte, cuando la fuerza de la vida es completa, si cuando sucede todo esto, decimos, la desesperación es una cosa espantosa, ¡ qué será en la vejez, cuando los años se precipitan cada vez más abrumadores, en esa hora crepuscular en que se principian ya á ver las estrellas de la tumba !

Mientras que estaba así cavilando, entró Toussaint. Juan Valjean se levantó y la preguntó :

— ¿ Hacia qué lado es eso ? ¿ lo sabe usted ?

La Toussaint, estupefacta, no pudo ménos de replicarle:

— ¿ Qué manda usted ?

Juan Valjean repuso :

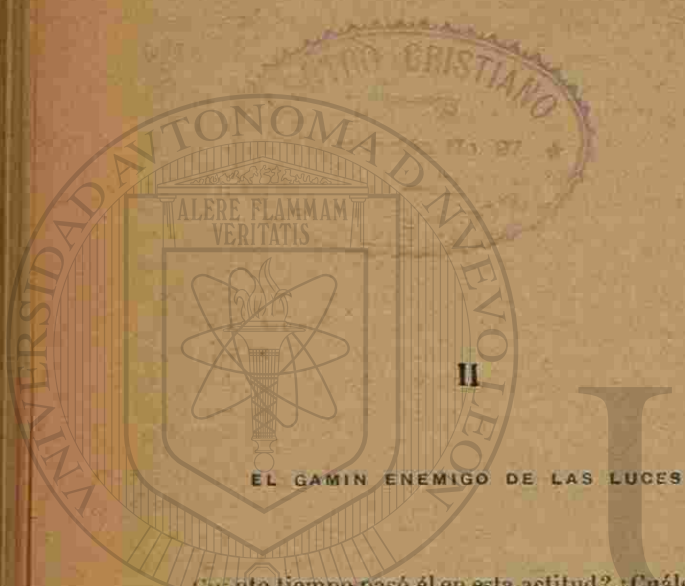
— ¿ No decía usted háce poco que se están batiendo ?

— ¡ Ah ! sí, señor, contestó Toussaint. Es hácia el lado de Saint-Merry.

Hay ciertos movimientos maquinales que nos vienen, aún sin notarlo nosotros mismos, de nuestro pensamiento más profundo. Sin duda bajo el impulso de un movimiento de este género, del cual no tenía él apenas conciencia alguna, fué cómo Juan Valjean se encontró en la calle cinco minutos después.

Estaba con la cabeza descubierta, sentado sobre el guardacanton de la puerta de su casa. Parecía como que escuchaba.

Ya era de noche.



Cuánto tiempo pasó él en esta actitud? ¿Cuáles fueron el flujo y reflujó de esta meditacion trágica? ¿Levantó al fin la cabeza? ¿permaneció doblgado y agobiado? ¿llegó á inclinarse hasta romperse? ¿podia aún levantarse y volver á tomar pié, en su conciencia, sobre algo sólido? Probablemente él mismo no habria podido decirlo.

La calle estaba desierta. Apénas si le vió algun que otro bourgeois inquieto que volvia á su casa y se encerraba á toda prisa. Cada cual por sí y para sí en los tiempos de peligro. El encendedor de las luces vino como de ordinario á alumbrar el farol que estaba colocado precisamente frente á la puerta del n.º 7, y se marchó. Á quien le hubiera examinado en aquella sombra, Juan Valjean, no le habria parecido un hombre vivo. Estaba allí sentado sobre el guardacanton de su puerta, inmóvil como una larva de hielo.

Hay en efecto cierto grado de congelacion en los desesperados. Oíase la campana, y al par que ella se oían tambien vagos rumbos tempuestuosos. En medio de todas estas convulsiones de la campana mezclada con la insurreccion el reloj de San Pablo dió las once, gravemente y sin apresurarse; pues el toque á rebato es obra del hombre, y el toque de la hora es obra de Dios. El oírse la hora no alteró en nada á Juan Valjean; Juan Valjean no se movió. Sin embargo, en este momento, poco más ó ménos, estalló una brusca detonacion hácia el lado de los mercados centrales, á la cual siguió una segunda, aún más violenta; probablemente era aquel ataque de la barricada de la calle de la Chanvrerie que acabamos de ver rechazado por Marius. Al oír esta doble descarga, cuya furia parecia acrecida por el estupor de la noche, Juan Valjean se estremeció; se incorporó del lado de donde venia el ruido; en seguida volvió á caer sobre el guardacanton, se cruzó de brazos, y su cabeza descendió lentamente hasta apoyarse en el pecho.

Entónces volvió á entablar su tenebroso diálogo consigo mismo.

De repente levantó los ojos, sintió pasos en la calle, oyó que álguien andaba cerca de él, se puso á mirar con atencion, y á la luz del farol, por el lado de la calle que va á dar á los Archivos, distinguió un rostro livido, jóven, radioso de contento.

Era Gavroche que acababa de llegar á la calle del Homme-Armé.

Gavroche miraba al aire, á la ventura, y parecia buscar algo. Veia perfectamente á Juan Valjean, pero no fijaba en él su atencion.

Después de haber mirado al aire, Gavroche miraba hácia abajo, se empinaba sobre las puntas de los piés y tentaba las puertas y las ventanas de los pisos bajos, pero todas las halló cerradas, con llaves y trancas, con cer-

rojos y candados. Después de haber probado á examinar cinco ó seis casas, y encontrádaslas todas ellas fortificadas de esta manera, el gamin se encogió de hombros, y entró en materia consigo mismo en estos términos:

— ¡Pardiez!

Y en seguida se puso otra vez á mirar al aire.

Juan Valjean, que, pocos momentos ántes, en la situación de espíritu en que se hallaba, no habría hablado, ni aún respondido siquiera á nadie, se sintió irresistiblemente estimulado á dirigir la palabra á aquel muchacho.

— Chicuelo, le dijo, ¿qué es lo que tienes?

— Yo no tengo más que hambre, respondió Gavroche con llaneza y con lisura. Y añadió: Chicuelo, usted también.

Juan Valjean echó mano al bolsillo y sacó de él una moneda de cinco francos.

Pero Gavroche, que era una especie de aguzanieve y que pasaba rápidamente de un gesto á otro, acababa de recoger del suelo una piedra. Había notado allí la existencia de un farol encendido.

— ¡Toma! dijo, ¿conque todavía tienen ustedes aquí faroles? Amigos, ustedes no se hallan en regla. Esto es un desórden. Rompanme ustedes eso pronto.

Y diciendo y haciendo, lanzó el guijarro contra el farol, cuyos cristales cayeron con tal estrépito, que unos bourgeois que estaban acurrucados y envueltos entre sus cortinas en la casa de enfrente, gritaron: ¡Aquí tenemos ya un 93!

El farol osciló violentamente y se apagó, quedando la calle en un instante brusco sumida en la más completa oscuridad.

— Eso es, calle vieja, dijo Gavroche, ponte tu gorro de dormir.

Y dirigiéndose hácia Juan Valjean:

— ¿Cómo llaman ustedes á ese monumento gigantesco que tienen ahí al fin de la calle? ¿Son los Archivos, no es verdad? Convendría sacudir un poco el polvo á esas bestiazas de columnas que están ahí, en ese edificio, y hacer boníticamente con ellas una linda barricada.

Juan Valjean se acercó á Gavroche.

— Pobre criatura, dijo á média voz, y como hablando consigo mismo, tiene hambre.

Y le puso en la mano la moneda de cinco francos.

Gavroche levantó la nariz, admirado del gran tamaño de aquel sueldo, le miro bien en la oscuridad, y la blancura de aquella gran moneda le deslumbró. Las monedas de cinco francos las conocía él solamente de oídas; la fama que estas tenían, en su sentir, le era sumamente agradable; de modo que tuvo el mayor contento al ver una de cerca: y dijo: Contemplemos el *tigre*¹.

Estuvo considerándola algunos instantes con éxtasis; y después volviéndose hácia Juan Valjean, le alargó la moneda y le dijo majestuosamente:

— Bourgeois, yo prefiero romper los faroles. Recoja usted y guárdese su feroz alimaña². A mí no se me corrompe. Eso tiene cinco garras; pero á mí no me araña siquiera.

— ¿Tienes madre? le preguntó Juan Valjean.

Gavroche contestó:

— Tal vez más que usted.

— Pues bien, repuso Juan Valjean, guarda ese dinero para tu madre.

Gavroche se sintió casi conmovido. Por lo demás, acababa él de notar que el hombre que le hablaba no tenía sombrero, y esto le inspiraba confianza.

¹ Palabra de *argot*, aplicada á estas monedas.

² Por el *tigre* (la moneda).

— ¿De véras, dijo, no me da usted esto para impedir-me que rompa los faroles?

— Rompe todo cuanto quieras.

— Usted es un hombre de bien, dijo Gavroche.

Y se guardó en un bolsillo la moneda de cinco francos.

Acreciendo por grados su confianza, añadió :

— ¿Es usted de la calle?

— Sí, ¿por qué me lo preguntas?

— ¿Podría usted indicarme el número 7?

— ¿Y con qué objeto, el número 7?

Aquí el niño se detuvo, sin pasar más adelante, temiendo haber dicho ya demasiado, clavó enérgicamente sus uñas en sus cabellos y se limitó á responder :

— ¡Curioso!

Una idea atravesó en aquel instante por la mente de Juan Valjean. La angustia tiene á veces estos rasgos de lucidez. De improvís preguntó al niño :

— ¿Eres tú quizás quien me traes la carta que estoy esperando?

— ¿Usted? dijo Gavroche. Pero si usted no es una mujer.

— La carta es para la señorita Coseta, ¿no es verdad?

— ¿Coseta? refunfuñó Gavroche. Sí; creo que es ese nombre tan raro.

— Pues bien, repuso Juan Valjean, yo soy quien debe entregarla esa carta. Dámela.

— ¿En tal caso, usted debe saber que yo soy enviado de la barricada?

— Sin duda, dijo Juan Valjean.

Gavroche metió el puño en otro bolsillo, y sacó de él un papel doblado en cuatro pliegues.

En seguida hizo el saludo militar.

— Respeto al despacho, dijo. Viene del gobierno provisional.

— Dámela, dijo Juan Valjean.

Gavroche tenía el papel levantado por encima de su cabeza.

— No vaya usted á imaginarse que esto es tal vez un billetito amoroso. Es para una mujer, pero es para el pueblo. Nosotros, nos batimos, y respetamos el sexo. No somos como las gentes del gran mundo, donde hay gavilanes que se entretienen en enviar palomitas pintadas en el papel á sus polluelas.

— Dámela.

— En verdad, continuó Gavroche, que usted me parece ser un buen sugeto.

— Dámela pronto.

Tómela usted.

Y entregó la carta á Juan Valjean.

— Y despáchese usted, señor Coseto, porque la señorita Coseta está esperando.

Gavroche se mostró satisfecho de haber hallado él solo estos nombres.

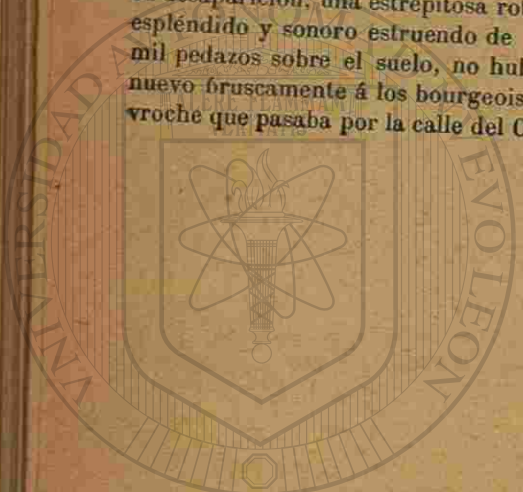
Juan Valjean añadió :

— ¿Es á Saint-Merry adonde deberá llevarse la respuesta?

— Buen pastel haría usted si la llevara allá, dijo Gavroche, haría usted un pan como unas hostias, segun dice la gente fina. Esa carta viene de la barricada de la calle de la Chanvrerie, y yo me vuelvo allá. Buenas noches, ciudadano.

Dicho esto, Gavroche se marchó, ó por mejor decir, volvió á emprender su vuelo de ave escapada hácia el punto de donde venía. Sumergiósese de nuevo en la oscuridad como si abriera en ella un agujero, con la rigida velocidad de un proyectil; la callejuela del Homme-Armé apareció otra vez silenciosa y solitaria; en un abrir y cerrar de ojos, aquel niño singular, que daba indicios de te-

ner en sí sombras y sueños, se había engolfado en la bruma de aquellas hileras de casas negras, perdiéndose allí como el humo en las tinieblas; y se le habría podido creer disipado ó desvanecido, si, algunos minutos despues de su desaparicion, una estrepitosa rotura de vidrieras y el espléndido y sonoro estruendo de un farol que cayó en mil pedazos sobre el suelo, no hubieran despertado de nuevo fruscamente á los bourgeois indignados. Era Gavroche que pasaba por la calle del Chaume.



III

MIENTRAS QUE COSETA Y TOUSSAINT ESTAN DURMIENDO

Juan Valjean se entró en casa con la carta de Marius. Subió á tientas la escalera, satisfecho de las tinieblas como el buho que lleva asida su presa, abrió y volvió á cerrar suavemente su puerta, escuchó si habria algun ruido, se persuadió de que, segun todas las apariencias, Coseta y Toussaint estaban dormidas, sumergió en la botella del eslabon Fumade tres ó cuatro fósforos ántes de poder conseguir una chispa de luz, tal era el temblor de sus manos; habia algo de robo en lo que acababa él de ejecutar; y por último, una vez encendida su vela, apoyóse de codos sobre la mesa, desdobló el papel y se puso á leerle.

En las grandse y violentas emociones, nose lee, se precipita uno, digámoslo así, sobre el papel que tiene en la mano. le comprime, le estruja como á una victima, le ar-

ruga, le maltrata, clavando á veces en él las uñas de su ira ó de su alegría; se corre ante todo á leer el fin, se salta al principio: la atencion se halla como en estado febril; ella comprende en globo, sobre poco más ó menos, lo esencial; se penetra de un punto, y todo lo demas desaparece. En el billete de Marius á Coseta, Juan Valjean no vió más que estas palabras:

«... Yo muero. Cuando leas esto, mi alma se hallará junto á ti.»

En presencia de estas dos líneas, experimentó una turbacion horrible; permaneció un momento como anonadado por el cambio de emocion que se operaba en él, miraba el billete de Marius con una especie de asombro lleno de ebriedad; tenia ante sus ojos este esplendor, la muerte del sér aborrecido.

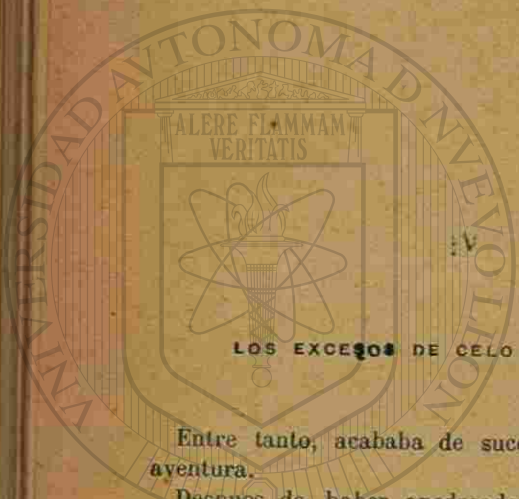
Lanzó un horrendo grito de gozo interior. Así, pues, era asunto concluido. El desenlace llegaba más pronto de lo que se habria podido esperar. El sér que ponía obstáculo á sus destinos desaparecía. Él mismo se suprimía, libremente, de su propia y buena voluntad. Sin que él, Juan Valjean, hubiera hecho nada para ello, sin que fuese por culpa suya, « aquel hombre » iba á morir. Y aún tal vez se hallaba ya muerto. — Aquí su fiebre empezó á hacer cálculos. — No. Todavía no está muerto. Es evidente que esta carta ha sido escrita para que Coseta la lea mañana por la mañana; desde esas dos descargas que se han oido entre once y doce de la noche, no ha habido más fuegos; la barricada no será atacada seriamente hasta al amanecer; pero, es igual, desde el momento en que « ese hombre » ha tomado parte en tal guerra, está perdido; ya le tienen cogido las ruedas dentadas, y no le soltarán sino hecho pedazos. — Juan Valjean se sentia libertado ya de aquel rival temible. Iba, por consiguiente, á hallarse él de nuevo solo con

Coseta. Toda competencia cesaba; y recomenzaba en porvenir. Él no tenía más que hacer sino guardarse aquella carta en el bolsillo. Coseta no sabria nunca que habia venido á ser de « aquel hombre. » — « No hay más sino dejar que las cosas se realicen por su curso natural. Ese hombre nopuede escapar. Si no ha muerto aún, está seguro de que va á morir. ¡ Qué dicha! »

Dicho todo esto en su interior, se puso á cavilar con aspecto sombrío.

Al poco tiempo bajó y despertó al portero.

Una hora despues, Juan Valjean salia con su uniforme completo de guardia nacional y armado. El portero le habia encontrado fácilmente en la vecindad con que completar su equipo. Llevaba un fusil cargado y una cartuchera llena de cartuchos. Encaminóse hácia el barrio de los mercados centrales.



LOS EXCESOS DE CELO DE GAVROCHE

Entre tanto, acababa de suceder á Gavroche una aventura.

Después de haber apedreado concienzudamente el farol de la calle del Chaume, Gavroche llegó á la calle de las Vieilles-Haudriettes, y viendo que no había en ella un alma, halló la ocasión oportuna para entonar las canciones de su repertorio favorito, que tan bien sabía él apropiár á las circunstancias. Léjos de retardarse, su marcha se aceleraba por el canto. Empezó pues á apedrear las casas donde se albergaban tantas familias dormidas ó aterradas con estas coplas incendiarias :

L'oiseau médit dans les charmillés,
Et prétend qu'hier Atala
Avec un Russe s'en alla.
Où vont les belles filles,
Lon la.

LOS MISERABLES

555

Mon ami pierrot, tu babilles,
Parce que l'autre jour Mila
Cogna sa vitre et m'appela,
Où vont les belles filles,
Lon la.

Les drôlesses sont fort gentilles;
Leur poison qui m'ensorcela,
Griserait monsieur Orfila.
Où vont les belles filles,
Lon la.

J'aime l'amour et ses bisbilles,
J'aime Agnès, j'aime Paméa,
Lise en m'allumant se brûla.
Où vont les belles filles,
Lon la.

Jadis quand je vis les mantilles
De Suzette et de Zella,
Mon âme à leurs plis se mêla.
Où vont les belles filles,
Lon la.

Amour, quand, dans l'ombre où tu brilles,
Tu coiffes de roses Lola,
Je me damnerais pour cela.
Où vont les belles filles,
Lon la.

Jeanne, à ton miroir tu t'habilles!
Mon cœur un beau jour s'envola;
Je crois que c'est Jeanne qui l'a.
Où vont les belles filles,
Lon la.

Le soir, en sortant des quadrilles,
Je montre aux étoiles Stella
Et je leur dis : Regardez-la.
Où vont les belles filles
Lon la¹

Sin dejar de cantar, Gavroche prodigaba al mismo

¹ El pájaro está trinando y maldiciendo en el vallado, porque

tiempo la pantomima. El gesto es el punto de apoyo del estribo. Su cara, inagotable repertorio de máscaras, hacia muecas y gesticulaciones más convulsivas y más fantásticas que las bocas de una sábana agujereada y expuesta á un viento fuerte. Desgraciadamente, como se hallaba solo y era de noche, nada de lo que él hacia era visto, ni visible tampoco. Hay así muchas riquezas perdidas, como esta.

De improviso cortó el vuelo á su canto.

— Interrumpamos la romanza, dijo para sí.

Su pupila felina acababa de distinguir en el fondo de un portal lo que los pintores llaman un conjunto, ó un grupo; es decir, un ser y una cosa; la cosa era una carreta de mano, y el ser, un auvernés que se hallaba dentro durmiendo.

según dice, Afala se marchó ayer con un Ruso. — ¿ Adónde van las niñas bonitas? Talaran-laran.

Gorrion amigo, que estás ahí charlando, porque Mila el otro día me hizo señas y me llamó dando golpecitos en sus cristales. ¿ Adónde van las niñas bonitas? Talaran-laran.

Son muy lindas, las picarueñas; su veneno, capaz de embriagar al mismo Orfila, me hechizó á mi completamente. — ¿ Adónde van las niñas bonitas? Talaran-laran.

Me gusta el amor, con sus reyertas, me gusta Ines, me gusta Pamela, Lisa se quemó al mirarme. ¿ Adónde van las niñas bonitas? Talaran-laran.

Quando en otro tiempo vi yo las mantillas de Suzeta y de Zaida, mi alma se entredó entre sus pliegues. — ¿ Adónde van las niñas bonitas? Talaran-laran.

Amor, cuando en la sombra donde tú brillas, coronas de rosas á Lota, me condenaría yo por ella. — ¿ Adónde van las niñas bonitas? Talaran-laran.

¿ Te estás vistiendo á tu espejo, Juana! Un día se me fué volando el corazón; yo creo que Juana es quien le tiene. — ¿ Adónde van las niñas bonitas? Talaran-laran.

Por la noche, al salir del baile, nuestro yo mi Stela á las estrellas y las digo: ¡ miradla! — ¿ Adónde van las niñas bonitas? Talaran-laran.

Los brazos de la carreta se apoyaban en el suelo y la cabeza del hijo de la Auvernia reposaba sobre las tablas del carreton; hallándose su cuerpo hecho un lio sobre aquel plano inclinado, y sus piés tocando al suelo.

Con su fina experiencia de las cosas de este mundo, Gavroche reconoció al punto un borracho.

Sin duda era algun mozo de cordel de la esquina inmediata que dormía demasiado, por haber bebido en demasía.

— Hé aquí, dijo entre sí Gavroche, para lo que sirven las noches de verano. El maruso se duerme en su carreton. Se toma el carreton para la república y se deja el maruso á la monarquía.

Su espíritu acababa de ser iluminado por esta esplendente claridad:

— La carreta hará un bonito servicio en nuestra barricada.

El auvernés estaba roncando á sus anchas.

Gavroche tiró suavemente de la carreta hácia arriba y del borracho hácia abajo, es decir, por los piés, y al cabo de un minuto, el auvernés, imperturbable é inmóvil, yacia tranquilamente en el suelo.

La carreta se hallaba libre.

Acostumbrado á hacer frente en todas ocasiones á lo imprevisto, Gavroche llevaba de todo siempre consigo. Se metió la mano en un bolsillo, y sacó de él un pedazo de papel blanco y otro de un lápiz rojo. birlado á algun carpintero.

Y escribió:

« República francesa.

» He recibido tu carreta. »

Y firmó:

« GAVROCHE. »

Hecho esto, introdujo el papel en un bolsillo del chaleco de pana del maruso, quien no cesaba de roncar, empuñó con ambas manos el carretón, y se marchó, en la dirección de los mercados centrales, empujando hácia adelante la carreta, á todo correr, con un glorioso y triunfal estrépito.

Esto tenía sus contras. En la Imprenta real habia un cuerpo de guardia, y Gavroche no pensaba siquiera en esta circunstancia. Aquel puesto estaba ocupado por guardias nacionales de las afueras. Cierta alarma empezó á cundir un poco entre los nacionales que estaban allí de guardia, levantándose algunas cabezas sobre los tablados ó camas de campaña. Dos faroles rotos uno en pos de otro, y aquellas coplas subversivas, cantadas con tan violento y enérgico teson, era ya demasiado para unas calles tan solitarias y tan silenciosas, que tienen ganas de dormir al ponerse el sol, y que suelen apagar tan temprano sus lámparas y bujías. Una hora hacía ya que el gamin estaba haciendo en aquel barrio tan pacífico el ruido de un mosquito en una botella. El sargento de la banlieue le escuchaba, y le esperaba. Era este un hombre prudente.

— ¡ Sin duda es toda una banda rebelde! dijo, vamos despacio.

Ara él era claro que la hidra de la anarquía habia salido de su caja y que se rebullia y se agitaba en aquel barrio.

Y el sargento se aventuró á salir fuera del puesto, con pasos mesurados.

De repente Gavroche, empujando siempre su carreta, en el momento en que iba á desembocar de la calle de las Vieilles-Haudriettes, se halló de frente con un uniforme, un shakó, un plumero y un fusil.

Por segunda vez volvió á pararse en su camino.

— ¡ Toma! dijo, es él. Buenas noches, señor orden público.

Las sorpresas de Gavroche eran breves, y se deshacian pronto.

— ¿ Adónde vas tú, granuja? le gritó el sargento.

— Ciudadano, dijo Gavroche, todavía no le he llamado yo á usted bourgeois. ¿ Por qué me insulta usted pues de esa manera?

— ¿ Adónde vas, perillan?

— Amigo mio, repuso Gavroche, quizás era usted ayer un hombre de chiste, pero esta mañana le han destituido.

— ¿ Te pregunto adónde vas, pilló?

Gavroche respondió:

— Vaya, que habla usted decentemente. En verdad que nadie le daría á usted la edad que tiene. Debería usted vender todos sus cabellos á cien francos la pieza. Le producirían á usted sus quinientos francos.

— ¿ Adónde vas? ¿ adónde vas? ¿ adónde vas, bandido?

Gavroche replicó:

— ¡ Echa! ¡ vaya unas palabras sucias! la primera vez que le den á usted de mamar, será preciso que le limpien muy bien la boca.

El sargento caló la bayoneta.

— ¿ Me dirás por fin adónde vas, miserable?

— Mi general, dijo Gavroche, voy en busca del médico para mi esposa que está de parto.

— ¡ Á las armas! gritó el sargento.

Salvarse por la misma causa que los habia perdido, es la grande obra de los hombres fuertes; Gavroche midió de una ojeada toda la situación. La carreta era la que le habia comprometido; la carreta por consiguiente debia protegerle.

En el instante mismo en que el sargento iba á precipitarse sobre Gavroche, la carreta, convertida en proyectil y lanzada á todo vuelo, rodaba sobre él con furia inaudita, y el sargento, cogido en mitad del vientre, cayó con vio-

lencia de espaldas en el arroyo, mientras que su fusil disparó al aire y fué con él rodando por el suelo.

Al grito del sargento, los hombres del puesto habían salido en el mayor desorden; el tiro que oyeron ocasionó una descarga general á la ventura, después de la cual volvieron á cargar las armas, y recomenzaron el fuego.

Estas descargas de fusilería hechas así á tientas, como á la gallina ciega, duraron un cuarto de hora largo, dando á unas cuantas vidrieras de las casas inmediatas.

Entre tanto Gavroche, que había vuelto pie atrás desatinadamente, se detuvo cinco ó seis calles más allá, y se sentó jadeando sobre el guardacanton que está en la esquina de los Enfants-Rouges.

Desde allí aplicaba el oído.

Después de haber respirado y resoplado unos instantes, volvió la cara hacia el lado donde las descargas de fusilería hacían tan rabioso y tan inofensivo estrago contra los cristales, levantó su mano izquierda á la altura de la nariz, lanzándola tres veces consecutivas hacia delante, y golpeándose al mismo tiempo con la mano derecha la parte posterior de la cabeza; gesto soberano en el cual los pilluelos de París han condensado la ironía francesa, y de cuya eficacia no es permitido dudar, puesto que ya cuenta medio siglo de existencia.

Esta alegría fué sin embargo turbada por una reflexión amarga.

— Si, dijo el gamin, yo me divierto aquí y estallo de risa, estoy rebosando de gozo y contento, pero pierdo mi tiempo y mi camino, y necesitare dar un rodeo. Con tal que llegue oportunamente á la barricada!

Y en seguida volvió á emprender su ruta.

Mientras que iba corriendo:

— ¡ Ah! vamos, dijo, ¿ dónde me hallaba yo de mis versos?

Y entonó de nuevo su canción, engolfándose rápidamente en las calles, y haciendo resonar el aire en las tinieblas con estas otras coplas:

Mais il reste encore des bastilles,
Et je vais mettre le hola
Dans l'ordre public que voilà.
Où vont les belles filles,
Lon la.

Quelqu'un veut-il jouer aux quilles
Tout l'ancien monde s'écroula
Quand la grosse bouie roula.
Où vont les belles filles,
Lon la.

Vieux bon peuple, à coups de béquilles
Cassons ce Louvre où s'étala
La monarchie en falbala.
Où vont les belles filles,
Lon la.

Nous en avons forcé les grilles,
Le roi Charles Dix ce jour-là
Tenait mal et se décolia.
Où vont les belles filles,
Lon la.

Este valeroso hecho de armas de la Imprenta real no

1 Pero todavía hay bastillas, y yo voy á poner orden en ese orden público que se nos depara. — ¿ Adónde van las niñas bonitas? Talaran-laran.

¿ Quiere alguien jugar á los bolos? Cuando la bota gruesa echa á rodar, todo el mundo antiguo se desploma. — ¿ Adónde van las niñas bonitas? Talaran-laran.

Mi bueno y mi viejo pueblo, rompamos á muletazos ese Louvre donde se ostentó la monarquía con sus oropeles. — ¿ Adónde van las niñas bonitas? Talaran-laran.

Nosotros hemos ya forzado sus verjas, aquel día el rey Carlos Diez se hallaba mal pegado y se desencoló. — ¿ Adónde van las niñas bonitas? Talaran-laran.

quedó sin resultados. La carreta fué conquistada y el borracho hecho prisionero. La primera fué reducida á secuestro, y el segundo sometido, más adelante, á un consejo de guerra y perseguido como cómplice de la rebelion. El fiscal, en esta ocasion, dió pruebas de su infatigable zelo en defensa de la sociedad.

La aventura de Gavroche, que conserva fielmente la tradicion del barrio del Temple, es uno de los más terribles recuerdos de los viejos bourgeois del Marais, quienes la intitulan: Ataque nocturno del cuerpo de guardia de la Imprenta real

FIN DEL TOMO CUARTO Y DE LA PARTE CUARTA

INDICE

DEL TOMO CUARTO

CUARTA PARTE

EL IDILIO EN LA CALLE PLUME

Y LA EPOPEYA DE LA CALLE SAINT-DENIS

LIBRO PRIMERO. — ALGUNAS PÁGINAS DE HISTORIA.

I. Bien cortado.....	1
II. Mal cosido.....	11
III. Luis Felipe.....	16
IV. Hendiduras en los cimientos.....	26
V. Hechos de donde emana la historia y que la historia ignora.....	36
VI. Enjolras y sus tenientes.....	52

LIBRO SEGUNDO. — EPOPIA.

I. El campo de la calandria.....	59
II. Formacion embrionaria de los crimenes en la incubacion de las prisiones.....	68
III. Aparicion al tío Mahent.....	75
IV. Aparicion á Marinus.....	81

quedó sin resultados. La carreta fué conquistada y el borracho hecho prisionero. La primera fué reducida á secuestro, y el segundo sometido, más adelante, á un consejo de guerra y perseguido como cómplice de la rebelion. El fiscal, en esta ocasion, dió pruebas de su infatigable zelo en defensa de la sociedad.

La aventura de Gavroche, que conserva fielmente la tradicion del barrio del Temple, es uno de los más terribles recuerdos de los viejos bourgeois del Marais, quienes la intitulan : Ataque nocturno del cuerpo de guardia de la Imprenta real

FIN DEL TOMO CUARTO Y DE LA PARTE CUARTA

INDICE

DEL TOMO CUARTO

CUARTA PARTE

EL IDILIO EN LA CALLE PLUME

Y LA EPOPEYA DE LA CALLE SAINT-DENIS

LIBRO PRIMERO. — ALGUNAS PÁGINAS DE HISTORIA.

I. Bien cortado.....	1
II. Mal cosido.....	11
III. Luis Felipe.....	16
IV. Hendiduras en los cimientos.....	26
V. Hechos de donde emana la historia y que la historia ignora.....	36
VI. Enjolras y sus tenientes.....	52

LIBRO SEGUNDO. — EPOPIA.

I. El campo de la calandria.....	59
II. Formacion embrionaria de los crimenes en la incubacion de las prisiones.....	68
III. Aparicion al tío Mahent.....	75
IV. Aparicion á Marinus.....	81

LIBRO TERCERO. — LA CASA DE LA GALLE DE PLUMET.

I. Una casa en secreto.....	89
II. Juan Valjean guardia nacional.....	96
III. <i>Follis ac frontibus</i>	100
IV. Cambio de verja.....	106
V. La rosa se apercibe de que ella es una máquina de guerra.....	113
VI. La batalla comienza.....	120
VII. A tristeza, tristeza y méfia.....	125
VIII. La cadena.....	133

LIBRO CUARTO. — SOCORRO DE ABAJO PUEDE SER SOCORRO DE ARRIBA.

I. Herida por fuera, curación por dentro.....	147
II. La ti Putarco no halla dificultades para explicar un fenómeno.....	151

LIBRO QUINTO. — CUYO FIN NO SE PARECE AL PRINCIPIO.

I. La soledad y el cuartel combinados.....	163
II. Miedos de Coseta.....	166
III. Enriquecido con comentarios de Toussaint.....	171
IV. Un corazón bajo una piedra.....	176
V. Coseta despues de la carta.....	183
VI. Los viejos suelen salir á propósito.....	187

LIBRO SEXTO. — EL NIÑO GAVROCHE.

I. Maligna travesura del viento.....	193
II. Donde el niño Gavroche saca partido de Napoleon el Grande.....	199
III. Las peripecias de la evasión.....	232

LIBRO SÉPTIMO. — EL ARGOT.

I. El origen.....	273
II. Raíces.....	283
III. Argot que llora y argot que rie.....	264
IV. Los dos deberes: vigilar y esperar.....	384

LIBRO OCTAVO. — LOS ENCANTOS Y LAS DESOLACIONES.

I. Luz plenaria.....	291
II. El aturdimiento de la completa felicidad.....	299
III. Principio de sombra.....	303
IV. Cab rueda en inglés y ladra en argot.....	308
V. Cosas de la noche.....	320
IV. Marius convertido á las realidades, en términos de dar á Coseta las señas de su casa.....	322
VII. El corazón viejo y el corazón joven en presencia uno de otro.....	331

LIBRO NOVENO. — ¿ADÓNDE VAN?

I. Juan Valjean.....	349
II. Marius.....	352
II. El señor Mabeuf.....	356

LIBRO DÉCIMO. — EL 5 DE JUNIO DE 1832.

I. La superficie de la cuestion.....	369
II. El fondo de la cuestion.....	378
III. Un entierro: ocasion de renacer.....	386
IV. La fermentacion de otros tiempos.....	394
V. Originalidad de Paris.....	394

LIBRO UNDÉCIMO. — EL ÁTOMO FRATERNIZA CON EL BURAGAN.

I. Algunas aclaraciones sobre el origen de la poesia de Gavroche. — Influencia de un académico en esta poesia.....	399
II. Gavroche en marcha.....	403
III. Justa indignacion de un peluquero.....	409
IV. El niño se albuira del viejo.....	412
V. El viejo.....	416
VI. Reclutas.....	420

LIBRO DUODÉCIMO. — CORINTO.

I. Historia de Corinto desde su fundacion.....	423
II. Alegrias preliminares.....	431

III. Principia á oscurecer sobre Grantaire.....	445
IV. Ensayo de consuelo á la viuda Hucheloup.....	450
V. Los preparativos.....	456
IV. Entre tanto.....	459
VII. El hombre reclutado en la calle de Billetes.....	463
VIII. Varios puntos interrogantes á propósito de un tal El Cabuc, que tal vez no se llamaba. El Cabuc..	47

LIBRO TRECE. — MARIUS ENTRA E LA SOMBRA.

I. De la calle de Plumet al barrio de Saint-Denis.....	479
II. París á vista de buho.....	484
III. La orilla extrema.....	488

LIBRO CATORCE. — LAS GRANDEZAS DE LA DESESPERACION.

I. La bandera : primer acto.....	491
II. La bandera : segundo acto.....	502
III. Más habria valido á Gavroche aceptar la carabina de Enjolras.....	507
IV. El barril de pólvora.....	509
V. Fin de los versos de Juan Prouvaire.....	513
VI. La agonía de la muerte despues de la agonía de la vida	517
VII. Gavroche profundo calculador de las distancias.....	524

LIBRO QUINCE. — LA CALLE DEL HOMME-ARMÉ.

I. Carpeta habladora.....	531
II. El gamin enemigo de las luces.....	544
III. Mientras que Coseta y Toussaint están durmiendo.....	551
IV. Los excesos de zelo de Gavroche.....	554

PARIS. — TIP. GARNIER HERMANOS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



GARNIER
HERMANOS
—
PARIS